OBRAS DE SAN JUAN DE ÁVILA

TOMO III

LIBRO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

NIHIL OBSTAT:
VALENTÍN M. SÁNCHEZ RUIZ, S. J.
Censor.

IMPRIMATUR:
CASIMIRO MORCILLO
Vic. general.

Madrid, 3 de julio 1941.

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-684-7
Depósito legal: M. 10.460-2008

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

AL LECTOR

Los tres libros, DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, DEL ESPÍRITU SANTO Y DE LA VIRGEN SANTA MARÍA, *que llenan casi todo este segundo volumen, vieron la luz pública en dos tomos, que formaron la* TERCERA PARTE (1) *de las* OBRAS DEL P. MAESTRO AVILA, *publicadas en Madrid, 1595-1596.*

Después de la carta dedicatoria a la Condesa de Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza, biznieta de la célebre doña Beatriz Galindo, y fundadora del Convento de Corpus Christi, *apellidado las Carboneras, sigue un* Prólogo *del editor Juan Díaz, sobre la Comunión frecuente, del cual interesa conservar la importancia que el Editor daba al apostolado eucarístico de su Maestro:*

«El piadoso Señor Dios levantó en la Iglesia santa al P. Maestro Avila, varón apostólico y escogido (cuya doctrina es la que se contiene en este libro), para plantar y renovar la devoción deste divino Sacramento, encendió en él un fuego grande de amor y reverencia suya, y comunicóle una singular devoción y alteza en celebrar el santo y tremendo sacrificio de la Misa, y predicar deste divino Misterio..., del cual nuestro Señor le dió gran don en declararlo a los hombres, como lo hizo por espacio de cuarenta y cinco años (2) *con doctrina tan escogida, tan llena y copiosa, como verá*

---

(1) TERCERA PARTE de las obras del P. Maestro Juan de Avila, Predicador en el Andalucía.—En Madrid, en casa de Pedro Madrigal. Año 1596. Dos tomos: el primero contiene 27 Tratados del Santísimo Sacramento, y el segundo, cinco Tratados del Espíritu Santo y 11 de la Virgen Nuestra Señora.

(2) Si es exacto el número de cuarenta y cinco años indicaría que el Maestro Avila empezó a predicar a los veinticuatro de su edad; esto es, desde 1524 hasta 1569.

el cristiano lector en este Libro de sus OBRAS, donde hallará tanta alteza y profundidad para encender en devoción deste divino Sacramento, que por helado que esté, se calentará. Hallará lo que ha de hacer para aparejarse y recibirle, para dar las gracias, y conservarse en devoción y fervor, para medicina de todo género de pecados y imperfecciones, para celebrar dignamente sus fiestas. Serle ha guía para ordenar toda su vida, dedicarla y ofrecerla en honra deste soberano Señor encubierto bajo del velo de los accidentes de pan y vino; finalmente hallará mucho más que yo le puedo decir; porque, mediante esta devoción, inflamó y encendió con su ejemplo y doctrina un fuego tan grande, que ilustró en gran manera las provincias donde sembró su santa doctrina con grande ganancia de almas; y crió muchos discípulos que siguiendo la devoción deste divino Sacramento, han sido varones de mucha perfección en la santa Iglesia romana, habiéndole seguido en la predicación deste divino Misterio.»

La cita contiene fuertes pinceladas sobre el valor ascético de los Tratados del Santísimo Sacramento, aunque está lejos de agotar la materia ni aun de profundizar en ella cuanto se merece.

Desgraciadamente, esta Tercera parte de las Obras no salió con el esmero tipográfico de la Primera y Segunda. Aun así, su confrontación nos ha sido utilísima para corregir innumerables errores acumulados por la incuria de los siglos. Además, se han dividido lógicamente los párrafos y rectificado la puntuación ortográfica. Una novedad de esta edición es que hemos insertado en el texto un sumario ideológico que sirva de hilo conductor para seguir el pensamiento del Maestro. Si no nos engañamos, este sumario, que reproducimos íntegro en el Indice, contribuirá no poco a la mejor inteligencia de esta Obra, dignísima de ser leída, meditada y estudiada.

Con el mismo método reproducimos los Cinco Tratados del Espíritu Santo, y los Once de la Santísima Virgen, tal como salieron en el segundo tomo de aquella Tercera parte. A éstos añadimos otros tres (12, 13 y 14), que, publicados por el P. Miguélez, O. S. A., fueron incluídos en la Edición del APOSTOLADO DE LA PRENSA (1927).

Termina la presente edición con las LECCIONES SOBRE LA PRIMERA CANÓNICA DE SAN JUAN, que tomamos de la edición Montaña (año 1901), t. IV, págs. 499-633. Tal

como hasta ahora se vienen publicando, son un mero resumen, pero de gran riqueza de fondo bíblico y teológico, con algunas exposiciones magistrales. Existe manuscrita una redacción más completa que, desgraciadamente, no hemos logrado publicar en esta edición. Esperamos no siga durmiendo en los archivos, ni se demore más años la divulgación de estos preciosos escritos, con menoscabo de la espiritualidad española.

LIBRO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

TRATADO 1.º

Del amor de Dios para con los hombres (1).

1.—*Dios nos ama como Padre, Madre y Esposo.*

La causa que más mueve el corazón al amor de Dios es considerar profundamente el amor que nos tiene Él, y con Él, su benditísimo Hijo, nuestro Señor. Más mueve al corazón el amor que los beneficios; porque el que hace a otro beneficio, dale algo de lo que tiene; mas el que ama, da a sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar.

Pues veamos, Señor, ahora si Tú nos amas; y si es así que nos amas, qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres a los hijos; ¿por ventura ámasnos como padre? No hemos entrado en el seno de tu corazón para ver esto; mas el unigénito Hijo tuyo, que descendió de ese seno (*Jn.*, 1), Él nos trajo señas dello, y nos mandó que te llamásemos *Padre* (*Mt.*, 6, 9) por la grandeza del amor que nos tienes; y, sobre todo esto, nos dijo que *no llamásemos a otro padre sobre la tierra, porque Tú solo eres nuestro Padre* (*Mt.*, 23, 9). Porque así como Tú solo eres bueno por la eminencia de tu soberana bondad, así Tú solo eres Padre; y de tal manera eres Padre, y tales obras nos haces, que en comparación de tus entrañas paternales, no hay ninguno que así pueda llamarse.

Bien conocía esto tu Profeta, cuando dijo: *Mi padre y mi madre me dejaron y olvidaron; mas el Señor me recibió* (*Ps.*, 26). Tu mesmo te quisiste comparar con los padres, diciendo por Esaías (49, 15, 16): *¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tenga piedad para con el hijo que*

---

(1) Este Tratado, joya de la literatura ascética española, no es un Tratado eucarístico.

salió de su vientre? Posible será que ella se olvide, mas yo no me olvidaré jamás de Ti; porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí (2). Y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar a sus hijos, con el amor della quisiste comparar la grandeza de tu amor, diciendo: *Así como el águila, defendió su nido, y como a sus pollos extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros* (*Deut.*, 32, 11).

Sobre el amor de la esposa es ese amor, por lo cual dice (*Gen.*, 2, 24): *Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre, y se llegará a su mujer, y serán dos en una carne;* mas a éste sobrepuja tu amor; porque según dices Tú por Jeremías (3, 1-2): *Si el marido echa a la mujer de su casa, y después de así echada, se juntare con otro, ¿por ventura volverá otra vez a él? Mas tú has fornicado con cuantos amadores has querido; y con todo eso, vuélvete a Mí, dice el Señor, que Yo te recibiré.*

2.—*Pruebas de su amor.*

Y si todavía eres incrédulo a ese amor, mira todos los beneficios que Dios tiene hechos a ti, porque todos ellos son prendas y testimonio de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuántos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra, y todos cuantos huesos y sentidos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos vives de la vida, todos son beneficios del Señor. Mira también cuántas inspiraciones has recibido buenas, y cuántos bienes en esta vida has tenido; de cuántos pecados te ha librado, y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caído, si Él no te hubiera librado; que todas estas cosas son señales y muestras de amor. Hasta los mismos azotes y tribulaciones que te envía, son argumentos de amor, porque son muestras del corazón de aquel Padre, *que castiga todo hijo que recibe* (*Hebr.*, 12, 6) para enmendarlo, y para despertarlo, y para purgarlo, y para conservarlo en todo bien. Finalmente, pon los ojos en todo este mundo, que todo él se hizo por amor para ti; y todo él, y cuantas co-

---

(2) Véase el *Epistolario espiritual* (Carta 20, núm. 2).

sas hay en él, predican amor, y demandan amor, y significan amor (3).

Y si a todas estas cosas estás sordo, no es razón que lo estés a las voces que el Salvador te da en el Evangelio: *En tanta manera amó Dios al mundo, que le dió a su unigénito Hijo, para que todo el que creyere en Él, no perezca, sino alcance vida eterna* (*Jn.*, 3, 16). Todas estas cosas son señales de amor, y ésta más que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios, su Evangelista San Juan (1 *Jn.*, 4, 9), diciendo: *En esto conocemos el amor que Dios nos tiene, que nos dió a su Hijo para que vivamos por Él.* Y este beneficio, con los demás, son señales del amor que Dios nos tiene, y como centellas que saltan acá fuera, de aquel abrasado fuego de amor. ¿Qué tanto mayor debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas de él son tan grandes? ¡Oh amor grande! ¡Oh amor gracioso! ¡Oh amor digno de ser gratificado con amor! *Danos,* Señor, *a sentir con todos los Santos la alteza y profundidad, la groseza y largura de ese amor* (*Eph.*, 3, 18) para que por todas partes sea nuestro corazón herido y conquistado de tu amor.

3.—*Fundamento del amor de Cristo: Largueza de Dios con Cristo.*

Pero veamos ahora, ¿qué tan grande fué ese amor que nos tuvo ese Hijo que nos diste? No hay lengua que lo pueda explicar; porque, como San Pablo dice, *la caridad de Cristo excede todo conocimiento y sentido* (*Eph.*, 3, 19), aunque sea el de los ángeles; porque todos no lo alcanzarán a conocer.

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perfección de la cosa amada (porque el objeto del amor es la bondad y perfección de las cosas), siendo el hombre una criatura tan baja e imperfecta según el cuerpo, y según el ánima, un vaso de maldad, ¿qué amor se podrá tener a criatura tan miserable? Considerando especialmente que

---

(3) Véase el Tratado 20 del *Santísimo Sacramento.*

aquel divino Amador no es ciego, ni apasionado, ni menos antojadizo. Pues donde no hay ceguedad ni pasión en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan fea y miserable, ¿qué amor se podrá tener?

No es ésta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor; porque no nace el amor de Cristo de la perfección que hay en nosotros, sino de la que Él tiene, que es mirar a su Eterno Padre.

Para lo cual (tomando este negocio de sus primeros principios) has de considerar la grandeza inestimable de las gracias que por toda la Santísima Trinidad fué concedida a aquella santísima Humanidad de Cristo en el instante de su concepción (*Col.*, 2, 3, 9). Porque allí le fueron dadas tres gracias tan grandes, que cada una de ellas en su manera es infinita. Conviene a saber, la gracia de la Unión divina, y la gracia universal que se le dió como a Cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su Anima (4).

a) Dióseles, primero, a aquella santa Humanidad el Ser divino, juntándola y uniéndola con la divina Persona; de manera, que a aquella Humanidad se le dió el ser Dios de esta suerte; que podemos con verdad decir que aquel Hombre es Dios, e Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios (5). Esta gracia ya se ve que es infinita, por la dádiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios; y por la manera que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por vía de unión personal (6).

b) También se le dio a aquel nuevo Hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud (*Col.*, 1, 18; 2, 9). De manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno y en cuanto Hombre es principio y Cabeza de todos los hombres; y conforme a este Principado, se le dió gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y un mar de santidad, la reciban todos los hombres (*Jn.*, 1, 16); no solamente por ser mayor de todos, sino por ser santificador de todos, y como si dijésemos, un tinte de santidad, donde han de re-

(4) Th. p. 3, q. 1 et 2.
(5) Véase Tratado 21 del *Santísimo Sacramento.*
(6) Th. p. 3, q. 7, a. 1 et 11.

cebir este color y lustre todos los que hubieren de ser Santos. Esta gracia también es infinita, porque es para toda la generación humana, que no tiene número de personas determinado, sino puede, cuanto es de su parte, multiplicarse en infinito; y para todo cuanto en ella se multiplicare, hay méritos y gracia en la bendita Anima de Jesucristo.

c) Diósele, finalmente, otra gracia particular para la santificación y perfección de su vida; la cual también se puede llamar infinita, porque tiene todo aquello que pertenece para el ser y condición de la gracia, sin que nada se le pueda añadir (7).

d) Diéronsele, demás desto, en aquel punto, todas las gracias *gratis datas,* de hacer milagros y maravillas, cuantas quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección. Porque ésta es aquella hermosa *flor* de hermosura, donde *se asentó* la paloma blanca del *Espíritu Santo,* y tendidas sus alas la cobijó, y tendió sobre ella toda su virtud y gracias cumplidamente (*Is.,* 11, 1). Este es aquel *vaso de escogimiento,* donde se infundió aquel río de todas las gracias, con todas sus avenidas y crecientes, sin que ninguna gota quedase sin entrar en Él (*Jn.,* 1). Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer, y dió cuanto pudo dar; porque aquí hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podía a aquella Anima dichosísima en el punto que fué criada (8).

e) Y, sobre todo esto, le fué dado en aquel mismo punto, que viese luego la esencia divina, y conociese claramente la Majestad y gloria del Verbo, con que era ayuntada; y así viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria, cuanta ahora tiene a la diestra del Padre (9).

Si te pone admiración esta dádiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se dió de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita Anima pudiese haber hecho obra meritoria ninguna por donde la pudiese merecer (10). Todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias; no por más de porque así quiso el Señor amplificar y exten

(7) 3 p., q. 7, a. 11; a. 7.
(8) P. 1, q. 25, a. 6, ad. 4.
(9) P. 3, q. 34, a. 4.
(10) P. 3, q. 19, a. 3.

der sus manos y largueza para con ella, y magnificar así su gracia. Por lo cual llama San Agustín a Jesucristo *dechado* y *muestra de la gracia;* porque así como los grandes escribanos (11) o pintores suelen trazar algunas muestras de labores en sus oficios, cuando se quieren dar a conocer, en las cuales, empleando todo su saber, hacen lo último de potencia, para que todo el mundo vea qué tanto es lo que alcanza, así aquesta bondad y largueza infinita de Dios determinó de criar una nueva criatura, y usar con ella toda su magnificencia y gracia, para que por esta obra conociesen los cielos y la tierra la grandeza de ella. El Rey Asuero hizo un convite maravilloso [a todo su reino. Dios hizo un convite muy mayor y más maravilloso] (12) a esta Humanidad con quien se desposaba, para que todas las criaturas celestiales y terrenales conociesen por ella la largueza y divina grandeza de su bondad, que a tales cosas se extendió.

Mira tú qué dádiva sea ésta tan admirable, y cuán dichosa haya sido aquella Anima bendita a quien Dios tal gracia quiso hacer; y no tengas envidia, sino alegría, pues la gracia que Él recibió, no solamente la recibió para sí, sino también para ti. En nombre suyo se escribieron aquellas palabras de Job (31, 17): *Si comí yo a mis solas mi bocado, y el extranjero no comió dél. Porque desde mi niñez creció conmigo la misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo.* Así que no comió su bocado a solas, mas antes lo repartió *con los peregrinos.* Como verdadera *Cabeza* nuestra, recibió lo que recibió, no solamente para Sí, sino para sus miembros también.

4.—*Su amor al Padre reverbera en nosotros.*

Ahora pasemos adelante, y veamos, de tan grandes riquezas como éstas, qué es la parte que nos cabe. Dime: Cuando esta Anima santa, que en aquel dichoso punto que fué criada, abriese los ojos y se viese tal cual has oído, y conociese de cúyas manos le viniese tanto bien, y como el que se nace Rey, y no lo gana con su lanza, se hallase con el principa-

(11) *Escribanos:* calígrafos.

(12) Lo que va entre corchetes falta en la edición de 1596.

do de todas las criaturas, y viese ante Sí arrodilladas todas las jerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto *le adoraron*, como San Pablo dice (*Hebr.*, 1, 6); dime, si es posible decir, ¿con qué amor amaría esta tal Anima al que ansí la había glorificado? ¿Con qué deseo codiciaría que se le ofreciese algo con que pudiese agradar y servir a tal Dador? ¿Hay algunas lenguas de querubines y serafines que esto puedan decir?

Pues añade más: que a este deseo tan grande le fuese dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que deste negocio se encargase el Hijo bendito, por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansase hasto salir al cabo con ella (13). Y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas es de obrar por amor—porque todas ellas obran por algún fin que desean, cuyo amor concebido en sus entrañas las hace trabajar (14)—, y, por tanto, pues Él había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, que los amase con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituídos en la propia gloria, se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.

Dime ahora: después que aquella Anima, tan deseosa de agradar al Eterno Padre, esto conociese, ¿con qué linaje de amor revolvería hacia los hombres, para amarlos y abrazarlos, por aquella obediencia del Padre? Vemos que cuando un tiro de artillería echa una pelota (15) con mucha pólvora y fuerza, y la pelota resurte a soslayo de do va a parar, tanto con mayor ímpetu resurte cuanto mayor furia llevaba. Pues si aquel amor del Anima de Cristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza—porque la pólvora de la gracia que le impelía era infinita—, cuando, después de haber ido derechamente a herir en el corazón del Padre, resurtiese de allí al amor de los hombres, ¿con cuánta fuerza y alegría revolvería sobre ellos para amarlos y remediarlos? No hay lengua ni virtud criada que aquesto pueda significar.

Esta es aquella fuerza que significó el Profeta

(13) Q. 47, a. 2, ad. 1.
(14) Aristot. 2 Physic.
(15) *Pelota:* bala.

cuando dijo: *Alegróse como gigante para correr el camino; desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta a lo más alto de él; y no hay quien se pueda esconder de su calor* (*Ps.*, 18). ¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y tornaste a Dios! (*Jn.*, 16, 28.) Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios; y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor, *no se puede esconder de tu amor,* porque haces fuerza a los corazones, como lo dice tu Apóstol: *La caridad de Cristo nos hace fuerza* (2 *Cor.*, 5, 14). Este es aquel amor que significó la santa Iglesia tuya en los Cantares (2, 8), cuando dijo: *Miradlo cómo viene con tanta priesa saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amado a la cabra montés y al hijo de los ciervos,* según la ligereza que trae. Esto mismo significó el Profeta Isaías (42, 4), cuando dijo: *No se entristecerá y turbará; hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su Ley esperarán las islas.* De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste: *Si diere Yo sueño a mis ojos; si dejare siquiera un poquito pegar mis párpados; si tomare algún descanso para mi vida, hasta que halle algún lugar y morada en la tierra para el Dios de Jacob* (*Ps.*, 131, 4-5).

Esta es la fuente y origen del amor de Cristo para con los hombres, si hay alguno que lo quiera saber. Porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni la hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, que dijo el jueves de la Cena: *¡Para que conozca el mundo cuánto Yo amo a mi Padre, levantaos, y vamos de aquí!* (*Jn.*, 14, 31). —¿Adónde? —A morir por los hombres en la cruz. Cata aquí, pues, ánima mía, la causa de este grande amor. Tanto quema más el resplandor del sol, cuanto más fuertes son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de ese Sol divino derechos iban a dar al corazón de Dios; de allí reverberaban sobre los hombres. Pues si los rayos son tan recios, ¿qué tanto quemará su resplandor?

No alcanza ningún entendimiento angélico qué tanto arda ese fuego, ni hasta dónde llegue su virtud. No es el término hasta donde llegó, la muerte y la cruz; porque si así como le mandaron padecer una

muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor. Y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres, le mandaran hacer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos. Y si como estuvo aquellas tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el día del juicio, amor había para todo, si nos fuera necesario. De manera, que mucho más amó que padeció; muy mayor amor le quedaba encerrado en las entrañas, de lo que mostró acá de fuera en sus llagas (16).

No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese, entre otras particularidades del templo de Salomón, ésta: conviene a saber, que las ventanas del templo eran saetías, que por de dentro eran mayores de lo que por fuera parecían (*Reg.*, 6, 4). ¡Oh Amor divino, y cuánto eres mayor de lo que pareces! Grande parece por acá de fuera; porque tantas heridas, y tantas llagas y azotes, sin duda nos predican amor grande; mas no dicen toda la grandeza que tiene, porque mayor es allá dentro, de lo que por fuera parece. Centella es ésta que sale de ese fuego, rama que procede de ese árbol, arroyo que nace de ese piélago de inmenso amor. Esta es la mayor *señal* que puede haber de amor, *poner la vida por sus amigos* (*Jn.*, 15, 13); mas es *señal* y no *igualdad.*

Pues si tanto te debo por lo que heciste por mí, ¿qué tanto más te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todos, ¿qué tanto más será lo que solamente ven los ojos de Dios? ¡Oh piélago de amor! ¡Oh abismo sin suelo lleno de amor! ¿Quién dudará ya del amor de Cristo? ¿Quién no se tendrá por el más rico del mundo, pues de tal Señor es amado? Suplícote, Señor mío, *por las entrañas de misericordia* que te movieron a dar tal dádiva, me des ojos y corazón para que yo lo sienta y conozca, para que me gloríe siempre en tus misericordias y cante todos los días tus alabanzas.

---

(16) Este pensamiento, que el amor de Cristo fué mayor de lo que declaran sus tormentos, se repite frecuentemente en los escritos del Maestro, que lo desarrolla en el AUDI, FILIA, cs. 78-80.

5.—*El amor de los Santos superado por el amor de Cristo.*

Si quieres, ánima mía, barruntar algo del amor de Cristo, del deseo que tuvo de padecer por ti, párate a pensar la grandeza del deseo que tuvieron los Santos de padecer por amor de Dios, y por aquí entenderás el deseo que tuvo este Santo de los Santos, pues les excede tanto en santidad y gracia, cuanto la lumbre del sol a la de las estrellas, y mucho más. Mira el deseo de aquel bienaventurado Apóstol San Andrés, que viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada, y le rogaba se alegrase con él, como él se holgaba con ella (17).

Vengo a otro género más alto de martirio y a otra manera nueva de deseo, que fué el de San Pablo, que pareciéndole pocos todos los géneros de tormentos juntos para satisfacer a su deseo, vino a tanto deseo de amor, que deseó las mismas penas sensibles del infierno por la honra de Dios y por la salud de los hombres. *Codiciaba*—dice—*ser anatema de Cristo por mis hermanos* (*Rom.*, 9, 3), deseando en esto estar apartado de Cristo cuanto a la participación de la gloria—aunque no cuanto al amor y a la gracia—, como dice San Juan Crisóstomo. Pues, ánima mía, toma ahora alas, y sube de este escalón hasta las entrañas y Corazón de Cristo; y mira que si este Apóstol sagrado, no teniendo sino una gota de gracia (18), tenía tan grande amor a los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del infierno por ellos, ¿cuánto mayores serán los deseos de Cristo, pues tanto mayor era su gracia y caridad? ¿Qué otra cosa nos quisiste dar a entender en aquellas palabras, cuando dijiste: *Con un bautismo deseo ser bautizado, ¡cómo vivo en estrechura!* (*Lc.*, 12, 50): porque era tan grande el deseo que tenías de verte ya teñido en tu sangre a fuerza de dolores por nosotros, que cada hora que esto se dilataba, te parecía mil años, por la grandeza del amor. Y de aquí nacía aquella fiesta gloriosa de los Ramos, que qui-

---

(17) In officio S. Andreae.

(18) ... *una gota de gracia:* en comparación de la gracia infinita de Cristo.

siste que se hiciese cuando ibas a padecer, para enseñar al mundo la alegría de tu Corazón, que así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que vas a la cruz, sino al desposorio, pues es tanta la fiesta que quieres que se te haga en el camino.

Pues *salid* ahora, *hijas de Sión;* salid, ánimas devotas y amadoras de Cristo, *y veréis al Rey Salomón la guirnalda con que le coronó su madre en el día de su desposorio, en el día de la alegría de su Corazón* (*Cant.*, 3, 11). No hallo yo, Señor, otra guirnalda sino la que hizo su madre la Sinagoga el viernes de la Cruz, no de rosas, sino de espinas, para atormentar tu cabeza. ¿Pues cómo se llamara ese día de fiesta *y alegría de tu Corazón?* ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Sí, por cierto, y más a Ti que a ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor; mas por la grandeza del amor que nos tenías, no mirabas a tu dolor, sino a nuestro remedio; no a tus llagas, sino a la medicina de nuestras ánimas enfermas. Si al patriarca Jacob *le parecían poco siete años* de servicio por casar con la hermosa Raquel, *por el grande amor que la tenía* (*Gen.*, 29, 20), ¿qué te parecerá a Ti un día de la Cruz por desposarte con la Iglesia, y hacerla tan hermosa *que no le quedase mancilla ni arruga?* (*Eph.*, 5, 27.) Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo. Tú eres aquel Noé que plantaste una viña, y bebiste el vino della en tanta abundancia, que, embriagado de este poderoso vino, caíste dormido en la cruz, y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos te escarnecieron e hicieron burla de Ti (*Gen.*, 9, 20-22) (19).

¡Oh maravilloso amor, que a tal extremo descendiste! Y ¡maravillosa ceguedad de los hombres, que tomaron ocasión para descreerte, de donde la habían de tomar para más amarte! Dime, ¡oh dulcísimo Amador!, si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera, fué tan espantable a los hombres, que ha sido *escándalo a los judíos y locura a los gentiles,*

---

(19) La misma semejanza usa en el Tratado 6.º del *Santísimo Sacramento.*

¿qué hiciera si les pudieras dar alguna otra muestra y que declarara toda la grandeza del amor tuyo?

6.—*La locura de la cruz.*

Pues si sola esta muestra, que es menor, hace salir a los malos de sus sentidos y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus verdaderos hijos y amigos, que tan creído y conocido tienen tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar atónitos, cuando recogidos en lo secreto de su corazón, les descubres estos secretos, y se los das a sentir. De aquí nace el deshacerse y abrasarse sus entrañas; de aquí el desear los martirios; de aquí el holgarse con las tribulaciones (*Col.*, 1, 24); de aquí el sentir refrigerio en las parrillas (20), y el pasearse sobre las brasas como sobre rosas; de aquí el desear los tormentos como convites, y holgarse de lo que todo el mundo teme, y abrazar lo que el mundo aborrece, y buscar *abominaciones de Egipto* para *sacrificarlas a Dios* (*Ex.*, 8, 26) (21).

«El ánima—dice San Ambrosio—que está desposada con Jesucristo, y voluntariamente se junta con Él en la cama de la cruz, ninguna cosa tiene por más gloriosa que traer consigo las insignias y librea del Crucificado.»

Pues ¿cómo te pagaré yo, Amador mío, este amor? Esto sólo es digno de recompensación, que la sangre se recompense con sangre. Aquella sangre con que Moiséis celebró el amistad entre Dios y su pueblo (la cual fué figura de ésta), parte se derramó sobre el altar y parte sobre el pueblo, recibiéndolo, reconciliándolo con Dios (*Hebr.*, 9, 20); y la que sobre las cabezas del pueblo, para obligar a los hombres. ¡Dulcísimo Señor!, yo conozco esta obligación; no permitas que yo me salga fuera de ella; y véame yo con esa sangre teñido y con esa cruz enclavado. ¡Oh cruz!: ¡hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor! ¡Ensánchate, corona, para que pueda yo ahí poner mi cabeza! ¡Dejad, clavos, esas ma-

---

(20) San Lorenzo.

(21) La locura de la cruz de Cristo siéntela arrebatadamente el M. Avila aquí y en muchos otros pasajes de sus obras; v. gr.: Cartas 23 y 58.

nos inocentes, y atravesad mi corazón, y llagadlo de compasión y amor! *Para esto*—dice tu Apóstol—*moriste, para enseñorearte de vivos y muertos* (*Rom.*, 14, 9), no con amenazas y castigos, sino con obras de amor. Cuéntame entre los que mandares, o por vivo o por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor.

¡Oh, qué *maravillosa manera de pelear ha tomado el Señor*—dice la santa Profecía—(*Judic.*, 5, 8); porque ya no con diluvio, no con fuego del cielo, sino con halagos de paz y amor ha conquistado los corazones; no matando, sino muriendo; no derramando sangre, sino la suya por todos en la cruz. ¡Oh maravillosa y nueva virtud! ¡Lo que no hiciste desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! ¡Oh robador apresurado y violento! ¿Qué espada será tan fuerte, qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar a un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes; Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones; Tú has inflamado a todo el mundo en tu amor; Tú mismo dijiste a un Profeta: *Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra*; y en tu Evangelio dijiste: *Fuego vine a poner en la tierra; ¿y qué otra cosa quiero sino que arda?* (*Lc.*, 12, 49). Bien había entendido la virtud de esta venida y de este fuego aquel santo Profeta, que por eso daba voces diciendo: *¡Ojalá rasgases ya los cielos y vinieses!; las aguas arderían como fuego* (*Is.*, 64, 1). ¡Oh dulce fuego! ¡Oh dulce amor! ¡Oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga, que así enciende los corazones helados más que nieve, y los convierte en amor! Este es el intento principal de tu venida, a henchir el mundo de tu amor; y como dice el Profeta: *Visitaste la tierra y embriagástela* en amor, *y así multiplicaste sus riquezas* con tal linaje de amor (*Ps.*, 64, 10). Visitando la tierra, embriagaste los corazones terrenos. ¡Oh amantísimo Señor, suavísimo, benignísimo, hermosísimo, clementísimo! Embriaga nuestros corazones con ese vino, abrásalos con ese fuego, hiérelos con esa saeta de tu amor.

¿Qué le falta a esa cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? La ballesta se hace de madera y una cuerda estirada, y una nuez al medio de ella, donde sube la cuerda para dispa-

rar la saeta con furia y hacer mayor la herida. Esta santa cruz es el madero; y ese cuerpo extendido, y brazos tan estirados, la cuerda; y el abertura de ese costado, es la nuez donde se pone la saeta de amor, porque de allí salga a herir el corazón. ¡Desarmado se ha la ballesta, y herido me ha el corazón! Ahora sepa todo el mundo que tengo el corazón herido. Corazón mío, ¿cómo te guarecerás? No hay remedio ninguno que te cure, sino morir (22).

Cuando yo, mi buen Jesús, veo cómo de tu costado sale el hierro de la lanza, esa lanza es una saeta de amor que me traspasa, y de tal manera hiere mi corazón, que no deja en él parte que no me penetre. ¿Qué has hecho, Amor dulcísimo? ¿Qué has querido hacer en mi corazón? Vine aquí para curarme, ¡y hasme herido! Vine para que me enseñases a vivir, ¡y hácesme loco! ¡Oh sapientísima locura: no me vea yo jamás sin ti!

No solamente la cruz, mas la misma figura que en ella tienes, nos llama dulcemente a amor; la cabeza tienes reclinada para oírnos y darnos besos de paz, con la cual convidas a los culpados; los brazos tienes tendidos para abrazarnos; las manos agujeradas para darnos tus bienes; el costado abierto para recebirnos en tus entrañas; los pies enclavados para esperarnos y para nunca te poder apartar de nosotros. De manera que, mirándote, Señor, en la cruz, todo cuanto vieren mis ojos, todo convida a amor: el madero, la figura y el misterio, las heridas de tu cuerpo; y sobre todo, el amor interior me da voces, que te ame y nunca te olvide mi corazón. Pues ¿cómo me olvidaré de Ti? *Si me olvidare de Ti, oh buen Jesús, sea echada en olvido mi mano diestra; péguese mi lengua a los paladares, si no me acordare de Ti, y si no te pusiere por principio de mis alegrías* (*Ps.*, 136, 5, 6).

Cata, pues, aquí, ánima mía, declarada la causa del amor que Cristo nos tiene. Porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino de mirar a Dios, y del deseo que tiene de cumplir su santa voluntad.

---

(22) Tratado 12 de la *Asunción de la Virgen*.—Tratado 22 del *Santísimo Sacramento*.

7.—*Fundamento de nuestra esperanza.*

Pues por este mismo camino podrás entender de dónde provienen tantos beneficios y promesas como Dios tiene hechas al hombre, para que de aquí se esfuerce tu esperanza, viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada.

Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa por que el Hijo nos ama, es porque se lo mandó el Padre; y la causa por que el Padre nos favorece, es porque se lo pide y se lo merece el Hijo (*Jn.*, 17, 20).

Estos son aquellos sobrecelestiales planetas por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia. Y se envían todas las influencias de gracias al mundo. ¡Cuán firmes son los estribos de nuestro amor!; y no lo son menos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo mandó; y tu Padre nos perdona porque Tú se lo suplicas. De mirar Tú su corazón y voluntad, resulta me ames a mí, porque así lo pide tu obediencia; y de mirar Él tus pasiones y heridas, procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus méritos. ¡Miraos siempre, Padre e Hijo, miraos siempre sin cesar, porque ansí se obre mi salud!

¡Oh vista de soberana virtud! ¡Oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? A un suspiro que dió aquella doncella Axa ante su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuando le pidió (*Jos.*, 15, 18-19); pues a los suspiros y lágrimas de tal Hijo, ¿qué se le podrá negar?

De esta manera, ¿cuándo faltará mi remedio, si lo buscare? ¿Cuándo se agotarán mis merecimientos, pues son los tuyos? ¿Cuándo olerá tan mal el cieno de mis maldades, que no huela más suavemente el sacrificio de tu Pasión, siendo tan grande su hermosura, que todos los pecados del mundo juntos,

no son más parte para afearla, que un lunarito muy pequeño en un rostro muy hermoso?

Pues anima mía, flaca y desconfiada, que en tantas angustias no sabes confiar en Dios, ¿por qué te desmayan tus culpas y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti sólo, sino en Cristo. No son tus merecimientos solos principalmente los que te han de salvar, sino los del Salvador. Porque si el demérito de aquel primer hombre a cabo de tantos años fué bastante a condenarte (*Rom.*, 5, 18), mucho más lo serán los méritos de Cristo a salvarte. Ese es el estribo de tu esperanza, y no tú. El primer hombre terreno fué principio de tu caída; el segundo y celestial es principio y fin de tu remedio (1 *Cor.*, 15, 47). Trabaja de estar unido con ése por fe y amor (*Jn.*, 15, 9), así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco; porque si lo estuvieres, así como por el deudo natural participas la culpa del transgresor, así por el deudo espiritual comunicas la gracia del Justo. Si con Él estuvieres de esta manera unido, sé cierto que lo que fuere de Él, será de ti; lo que fuere del Padre, será de los hijos, y lo que fuere de la Cabeza, será de los miembros; y *donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (*Mt.*, 24, 28).

Esto es lo que en figura de este misterio dijo el Rey David a un hombre temeroso y turbado: *Júntate conmigo; que lo que será de mí, será de ti, y conmigo serás guardado* (1 *Reg.*, 22, 23). No mires a tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira a ese remediador, y tomarás esfuerzo. Si pasando el río, se te desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto y mira los merecimientos del Crucificado, y pasarás seguro. Si te atormenta *el espíritu malo* de la desconfianza, suene la arpa de David, que es Jesucristo con la cruz (1 *Reg.*, 16, 23). *Echa tus cuidados en Dios* (*Ps.*, 54, 23), y asegúrate con su providencia en medio de tus tribulaciones, y si crees de veras que el Padre te dió a su Hijo, cree también que dará lo demás, pues todo es menos.

No pienses que porque se subió a los cielos, te tiene olvidado, pues no se puede compadecer en uno (23) amor y olvido. La mejor prenda que tenía te dejó

(23) *En uno:* juntos.

cuando subió allá, que fué *el palio* de su Carne preciosa en memoria de su amor (24).

Mira que no solamente viviendo padeció por ti, pero aun después de muerto padeció la mayor de sus heridas (*Jn.*, 19, 34) (25). Y para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas por aquí cuando dijo al tiempo del expirar: *Acabado es* (*Jn.*, 19, 30), aunque acabaron sus dolores, no acabó su amor; *Jesucristo*—dice San Pablo—*ayer fué, y hoy es también, y será en todos los siglos* (*Hebr.*, 13, 8); porque cual fué en este siglo mientras vivió para los que le querían, tal es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren, amaren y quisieren.

Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento a tal Señor y a tal amador.

---

(24) Alude a Elías, que al ser arrebatado en carro de fuego, dejó el *palio* o *manto* a su discípulo Eliseo (4 *Reg.*, 2, 13). Así Cristo, al subir al cielo, nos dejó en la Eucaristía su Cuerpo Santísimo, que es el *manto* que encubre su divinidad.

(25) *La mayor de sus heridas:* la lanzada que le abrió el costado.

TRATADO 2.º

La Procesión del Corpus (I).

(Predicado la víspera del Corpus.)

Pro eo quod laboravit anima ejus, videbit et saturabitur.
(Por lo que trabajó su ánima, verá y será harto.)

(*Is.*, 53, 11).

1. –*La procesión eucarística, singularidad de la fiesta del Corpus.*

Las justísimas razones que hubo para que esta festividad del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo fuese instituída y celebrada en nuestra Iglesia cristiana, en reconocimiento y hacimiento de gracias de esta inefable merced que el amoroso Señor nos hizo de quererse quedar con nosotros acá Él mismo por presencia real en este Santísimo Sacramento, notámoslo en otros sermones (1). Y lo que hoy nos conviene particularmente tratar en este presente, es de una excelente singularidad que esta fiesta tiene que así por ser ella digna de mucha consideración, como por no haberla en ninguna de las otras fiestas, por grandes que sean, causa mucha admiración, y pone deseo de saber su causa.

Instituirse día de esta santa fiesta, y que sea de holgar (2) y que se rece oficio propio de ella, y que tenga octavas solemnes, cosa nueva fué en la Iglesia, porque de nuevo fué instituída por el Papa Urba-

(1) Véase el Tratado 18.

(2) *De holgar:* de guardar; en que se prohiben los trabajos serviles.

no IV (3) y confirmada por el Santo Concilio de Viena (4), como en otro sermón hemos dicho (5).

Mas si miramos que también hay en la santa Iglesia católica otras muchas fiestas, así del Señor como de sus Santos que con todas estas dichas solemnidades son celebradas, no parece haber singularidad, ni ventaja de ésta a las otras, pues no vemos en qué las exceda.

Verdad es, que quien con atención mirare el resplandor de este sacrosanto Misterio, en el cual la misma Persona de Jesucristo nuestro Señor esta presente, y con Él celebramos la fiesta, hallará que esta fiesta echa de sí unas luces, y pone en el ánima un sentimiento, que aunque en el celebrar con solemnidad haya comunidad entre ella y otras fiestas, más todavía aparece en ésta una particular excelencia, una majestad no común. Y quien bien quisiere aparejarse para recibir lo que en ella se da, sentirá cuán particular cosa es fiesta de *Corpus Christi;* y verá cumplido en sí lo que está escrito: *Aparejaste, Señor, en tu dulcedumbre al pobre* (*Ps.*, 67, 11).

Mas aunque esto es así, y muy bastante para estimar esta santa fiesta, lo que en ella causa singular maravilla es mandarnos la Iglesia que hagamos mañana una procesión con cuan gran solemnidad alcanzaren nuestras fuerzas, y saquemos al Señor de su Palacio Real, y lo llevemos por nuestras calles con suaves cantares, fiestas y gran regocijo.

Esta particularidad tan preciosa no se cuenta en fiesta ninguna, ni del Señor ni de sus Santos, aunque sea en los alegres días de su Nacimiento, Resurrección y Ascensión, en los cuales con singular gozo y con justísima causa los cielos y la tierra se alegran (6).

Y si esta salida del Señor fuera a visitar y comulgar a algún enfermo, aunque es cosa digna de grande admiración y que pide singular agradecimiento por tan amorosa merced, mas ni es nueva en la Iglesia, ni está muy oculta su causa; pues es cierto que aquella caridad que le hizo salir del cielo a Belén, y

(3) En su Bula *Transiturus de hoc mundo*, en 1264.

(4) El Concilio Ecuménico de Viena de Francia (1311-1312), en el Pontificado de Clemente V (1305-1314).

(5) Sermón o Tratado 18.

(6) *In resurrectione tua, Christe, cœli et terra lætentur* (in Laudibus tempore Paschali).

después a la cruz por salvar los pecadores y medicinar sus enfermedades, aquella misma le hace salir de su casa cuando le han menester, a les visitar y consolar, para que recibiéndolo gocen ellos de la *copiosa redención* que Él les ganó, y Él reciba contentamiento viendo que su muerte y Pasión no salen en balde en aquellos a quien va a visitar.

Mas mañana no vamos con el Señor a visitar enfermos, sino a placeres y fiestas con Él.

Cosa, por cierto, para Vos, Señor, muy nueva, iros a pasear por las calles, y con regocijos; y cuanto más nueva, tanto más nos hace admirar, y con grande deseo suplicaros nos digáis el porqué de cosa tan nueva.

Mas no permita vuestra misericordia que este nuestro deseo nazca de aquella *curiosidad* que nace a los hombres del natural apetito que tienen de saber (7) lo que les cumple, y lo que no les cumple.

Ni tampoco permitáis que nazca de *infidelidad,* queriendo saber para creer. No, Señor; no, Señor, no, por quien Vos sois; porque no nos comprenda lo que está escrito: *Si no creyéredes, no entenderéis* (8). Firmemente creemos—por vuestro don—que lo que vuestra Iglesia ha ordenado es inspirado por Vos, y muy conforme a vuestro contentamiento y a nuestro provecho.

Mas deseamos saber la intención vuestra en esta fiesta, para mejor acertar a la celebrar, e ir con Vos como debemos en la santa procesión que para mañana la santa Iglesia, inspirada por Vos, tiene ordenada.

2.—*El cortejo triunfal del Corpus, recompensa de las afrentas de la Pasión.*

A esta pregunta, provechosa y justa, responden las palabras de nuestro tema, aunque muchos años antes dichas por el profeta Isaías, y en romance dicen así: *Porque el ánima del Señor pasó trabajo, verá y será harto* (*Is.*, 53, 11). Palabras breves, sentencia profunda, la cual declara el Apóstol San Pablo con más copia de palabras, que son como glosa de este texto. Dice así (*Phil.*, 2, 8, 11): «*Humillóse el Señor Jesús a*

---

(7) Aristóteles.
(8) *Isai.*, 17, según los 70.

Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual el Padre lo ensalzó, y le dió nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se incline, así de los celestiales como de los terrenales y los que están debajo de la tierra, y toda lengua confiese que el Señor está en la gloria del Padre.»

Justísimo galardón, por cierto, y muy clara razón, que aquella sobrepujante e inefable bondad de Dios, que le hace llegar a tanto, que Él mismo se da en galardón, y galardón eterno, en pago de un jarro de agua fría dado por su amor—y que salga de corazón limpio y que esté en estado de gracia—; no es justo que bondad que con tal galardón galardona una obra pequeña, y hecha por hombre pequeño, deje de galardonar tan grandes servicios, tan excesivos trabajos de Jesucristo nuestro Señor, cuya obediencia y amor le hicieron llegar a padecer una muerte, en la cual se juntaron tan graves tormentos con tan calificadas deshonras, que no se haya hallado desde el principio del mundo, ni se hallará hasta el fin de él, haber cosa igual.

Y si se junta con esta grandeza del servicio la grandeza y valor inmenso de la Persona que lo padeció, que es Persona divina, veremos que no sólo hay justa razón, mas que sobra para que el Padre lo ensalce en cuanto hombre, dándole *nombre sobre todo nombre,* dignidad sobre toda dignidad, *para que Él tenga el Principado en todas las cosas* (*Col.*, 1, 18) y haciéndole Señor de todo lo criado, mandando que, o de gana o por fuerza, toda criatura *en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra le incline la rodilla,* en reconocimiento de supremo señorío, y le sea dado el honroso y piadoso nombre de *Salvador del mundo,* con mucha más razón que lo dió Faraón al casto José (*Gen.*, 41, 45); el cual fué figura de este Señor, no sólo en la singular castidad, mas también en el ser vendido de sus hermanos y echado en la cárcel sin culpa, y en la mucha honra que después recibió.

Y de aquí nace que los pasos de la sagrada Pasión, que con mucha deshonra Jesucristo nuestro Señor padeció, quiere el celestial Padre que en la santa Iglesia cristiana sean honrados y solemnizados, así en las siete Horas canónicas, como en el ara, y altares y vestiduras sacerdotales, en el santo sacrificio de la Misa, representando todo y significando muy

en particular la muerte del Señor y sus circunstancias de ella (9). Y pues el Altísimo Señor quiso que en todas estas cosas correspondamos con honra y servicio a la deshonra y dolor con que su benditísimo Hijo lo padeció, ninguna razón sufre que, siendo honradas las cosas menores con colmo de honra, queden sin correspondencia las cosas mayores.

3.—*Múltiples traslados del Arca de Dios: pasos dolorosos de Cristo.*

Y para que más nos acerquemos a nuestro propósito, conviene que os acordéis que en tiempos pasados el Arca del Testamento del Señor no estuvo queda en un solo lugar, mas primero fué llevada del desierto a la tierra de promisión, y colocada en *Silo*—que fué camino asaz largo—(*Num.*, 10). Y después fué llevada a la guerra, y cautivada de los filisteos (1 *Reg.*, 4, 4), en cuya tierra anduvo de ciudad en ciudad; y de allí fué traída a Betsames, y de allí a Cariathiarim (1 *Reg.*, 6, 14) y después a Masfad, y después a Gálgala; y después fué llevada otra vez a la guerra, y también estuvo en Nobé, y después en casa de Aminadab, y de allí la trajo David y todo Israel a casa del levita Obededón (*Reg.*, 6, 11) y después la pasó David a su alcázar, donde la tuvo con mucha honra (2 *Reg.*, 6, 12).

¡Oh válame Dios, Señor! ¿Para qué tantas procesiones con aquella vuestra Arca, que si tuviera sentido, se cansara y quejara de tantas mudanzas largas y trabajosas?

No fué esto sin causa; mas para que sepáis que

---

(9) Enseña el Concilio de Trento (*Ser.* 22, c. 2), que en el divino sacrificio de la Misa incruentamente se inmola el mismo Cristo, que se ofreció cruentamente en la Cruz. También enseña (*l. c.*, c. 5) que las ceremonias de la Misa tienen por objeto despertar el espíritu de los fieles a la contemplación de los misterios profundísimos que se ocultan en este sacrificio.

Sobre este fundamento, la piedad cristiana, en cada una de las ceremonias de la Misa, en los ornamentos sacerdotales, etc., ha simbolizado algún misterio de la vida de Cristo o algún paso de su pasión y muerte. (Véase M. Gatterer: PRAXIS CELEBRANDI, 1926, págs. 2-4.)

así como aquella Arca de palo, y dorada, fué figura de la sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor en muy muchas cosas, también lo fué en figurar con sus muchas procesiones de una parte a otra las muchas y muy penosas que el Señor había de pasar. Cuan bien cumplisteis, Señor, la figura del Arca en ser *Arca de la divinidad*, tan bien la cumplisteis en andar más procesiones que ella, y con mucho dolor y deshonra, no sintiendo la otra Arca uno ni otro.

Caminó nuestra Arca en el día del Jueves Santo desde Betania al sacro Cenáculo de Jerusalén (*Jn.*, 12), dejando allí a su Santísima Madre muy llena de penas, como lo iba Él; y anduvo camino de dos millas, bastantes para cansar a su delicadísimo Cuerpo, mayormente con la carga de la compasión que de su sagrada Madre llevaba.

Y después de esta procesión que con sus discípulos hizo, se siguió la otra, desde el dicho Cenáculo hasta el huerto de Getsemaní, donde fué preso; que hay dos mil y trescientos y treinta y ocho pasos, que, según Él estaba cansado del primer camino, y del trabajo del lavar los pies a sus discípulos, y de la gran tristeza que su ánima sintió, no se pudieron dejar de andar con grande cansancio.

Mas en lugar de descanso, es el Señor preso, y con muy mal tratamiento es llevado cuesta arriba hasta la casa de Anás, que estaba en lo alto del monte de Sión, en distancia de otros mil y tantos pasos; de allí anduvo otros cuarenta y ocho pasos hasta la casa de Caifás, en la cual fué muy maltratado gran parte de la noche; y lo demás de ella estuvo preso y atado a una columna en una estrechísima cárcel. Y tras haber estado toda la noche en pie, anduvo por la mañana otra procesión de mil y trescientos y cincuenta y cuatro pasos, que había desde casa de Caifás hasta casa de Pilato. De allí fué llevado a casa de Herodes, que hay ciento y veinte pasos; y después los tornó a andar, siendo traído de Herodes a Pilato. El trabajo de todo lo cual fué tan grande, que si no fuera por vía de milagro, no se pudiera tener el Señor en pie.

Mas si cotejamos el trabajo de estas procesiones ya dichas con el de la postrera que le quedaba de andar, de casa de Pilato hasta el monte Calvario, para allí acabar de derramar toda su Sangre y dar la vida en la cruz por nosotros, parecerá que aunque

las pasadas le fuesen muy costosas, en comparación de ésta se pueden contar por livianas. Aquélla, Señor, aquélla fué procesión dolorosa, según que Vos que la pasasteis, muy bien sabéis; en la cual, sobre el cansancio de la noche y del día, y sobre la flaqueza causada de los malos tratamientos que en casa de Pilato recibisteis en vuestro sacratísimo Cuerpo con crueles azotes, con agudas espinas, y como Isaías (53, 4) dijo, todo hecho *como leproso*, y tan maltratado, que aunque os pusieran encima de una cama blanda, y os menearan aun por pequeño espacio, y con mucho miramiento y sosiego, os fuera grave dolor; mas no lo hacen así, mas añadiendo dolor a dolor, ponen sobre vuestros sacratísimos hombros dos pesados maderos, uno de quince pies en largo y otro de diez, para que como viga de lagar os apretasen y moliesen; y mandan os ir con este peso, no cinco o seis pasos, mas mil y ochocientos y sesenta y dos, que son los que hay desde la casa de Pilato hasta el monte Calvario.

¿Quién pudiera pensar que tal crueldad se pudiera hacer? Que parece, o que el Señor no sentía pena en lo que padecía, y por eso lo podía llevar, o si lo sentía, su amor y dolor eran tales, cuales nunca se vieron ni se verán. Y porque no tomasen los hombres malos ocasión de pensar que no lo sentía, o que lo sentía poco, fué ordenado por la Providencia divina que, para que rastreásemos algo de cuán graves eran sus dolores, de cuán grande el cansancio de su divina Persona. cuán pesada la cruz y cuán extremada la flaqueza de su sacratísimo Cuerpo, que si no fuera por milagro, no sólo andar, mas aun vivir no pudiera; comenzando a andar distancia de veinticinco pasos, apretó tanto el peso de la cruz al Señor. que dió con Él en el suelo, para que así públicamente a todos constase, presentes y por venir, y aun a sus mismos enemigos que lo llevaban a crucificar, que los dolores del Señor no eran de burla, sino muy de verdad, pues tal obra hicieron en Él (10).

Y porque esto fué tan notorio aun a sus enemigos, ordenaron ellos, que porque no se acabase la vida al Señor hasta que llegase al monte Calvario, donde le querían poner en cruz, y que muriese en ella, de no tornársela a poner encima de los hombros, y ponerla sobre algún hombre de muchas fuerzas que la

---

(10) *Bonav. in Vita Christi.*

pudiese llevar. Mas ella era tan pesada, y el llevarla tanta deshonra, que entre muchos millares de gente que había allí, ni un hombre solo fué hallado que por ruego, ni por dinero, ni por otro respeto la quisiese llevar; y tomaron por medio, de constreñir por fuerza a Simón Cirinense, para que, aunque no quisiese, la llevase y siguiese al Señor; al cual, aunque le quitaron el pesado madero de encima de los hombros, no por eso, en lo que restaba del camino, le dejaron de lastimar con malas palabras y con desacatadas obras, y pregonándolo con voz alta de pregonero por malhechor, y no como quiera, sino muy señalado; y al estruendo y pregón salían las gentes a las puertas de sus casas, y otros a las ventanas, para verlo llevar, deshonrado y afligido, compadeciéndose muy pocos de Él, y gozándose casi todos y los más principales de su mal tratamiento, diciendo que lo tenía muy bien merecido, y que aún mayores tormentos, hasta quitarle la vida, le habían de dar.

4.—*La fiesta del Corpus, recompensa divina.*

¡Oh misericordiosísimo Padre! ¡Oh inmensa bondad para galardonar aun los pequeños servicios que se hacen por Vos! ¿Podrá vuestro corazón sufrir que dejéis pasar sin galardón tantas y tan largas y tan costosas procesiones, especialmente esta postrera, que vuestro benditísimo Hijo anduvo por vuestra obediencia y por nuestro provecho, con tanto dolor y deshonra, que ninguna lengua lo pueda hablar, ni entendimiento humano ni angélico lo pueda alcanzar? *No es esto vuestro,* Señor, pues sois justo y *juzgáis* en igualdad *toda la tierra* (*Gen.*, 18, 25), como decía Abraham. Y pues se celebra con mucha honra su santo Nacimiento, y los otros actos de su vida en diversas fiestas, y también las particularidades de su Pasión en el santo sacrificio de la Misa, mandad, Señor, que en pago de aquellas procesiones, especialmente de la que anduvo al monte Calvario, se haga en toda la cristiandad tal día como mañana una solemnísima procesión, en la cual vaya vuestro benditísimo Hijo honrado y cercado de sus vasallos, como acullá iba de sus enemigos; y en lugar de los mentirosos pregones que entonces se dieron de Él, le canten

mañana las devotas alabanzas que con mucha verdad y justicia caben en Él.

Isaías dijo, hablando de este Señor: *Si pusiere su vida por* remisión de *nuestros pecados, verá* espiritual *generación larga,* que proceda de Él (*Is.*, 53, 10). Cumplidle, Señor, aquella promesa, y mandad que aquellos por cuyos pecados Él puso su vida, vayamos mañana en la procesión con Él, confesando que la generación espiritual que tenemos, por Él nos es concedida, y con devoto ofrecimiento de nosotros a Él, le digamos: «*Volved los ojos,* Señor, *alrededor y mirad, que toda esta gente,* que aquí va en la procesión, *se ha juntado y venido a Vos* (*Is.*, 60, 4) como a verdadero Señor y Redentor suyo. *Mirad,* Señor, y *ensánchese vuestro Corazón* con alegría de tener tantos vasallos, que aquí con Vos van, más determinados de morir por vuestra fe y por vuestros mandamientos, que los de la otra procesión os tenían aborrecimiento.»

Salgan mañana los sacerdotes, a quien Él tanto honró, que los eligió por ministros suyos, y llévenlo encima de sus hombros con grande reverencia y amor, teniéndose en esto por muy favorecidos, en recompensa de que el Señor llevó la cruz a cuestas, y todos nuestros pecados encima de Sí. Cérquenle los devotos cristianos, honrándole tan de corazón, que echen delante de Él la ropa en el suelo, para que la huellen los pies de los que al Señor llevan, como hicieron los que iban con Él el día de Ramos (*Mt.*, 21, 8). Mírenlo con mucho amor, y adórenlo con mucha reverencia los que están en las calles, y desde sus puertas y de las ventanas. Váyanle incensando los sacerdotes; bailen delante de Él los legos con devota alegría, como hizo David delante del Arca (2 *Reg.*, 6), y resuene la tierra con gran solemnidad; y con tal cuidado se ordene la festividad de mañana, que, para manifestación de la Justicia divina, que honra a sus obedientes, ninguna de las deshonras que le fué hecha al Señor en la otra procesión, quede en ésta, sin que le corresponda una honra igual o mayor que fué la otra deshonra.

Esta, pues, cristianos, es la procesión de mañana, singular y no celebrada en otro día ninguno; ésta la causa y justicia de ella; éste es el sentimiento con que se ha de celebrar, con memoria y correspondencia—por vía contraria—de la otra procesión muy amarga que el Señor anduvo; en la cual, como dice

el tema: *Trabajó su ánima* con grandes angustias, y su cuerpo con indecibles dolores; por lo cual quiso Dios que *vea* mañana en la procesión tanta muchedumbre de fieles vasallos que con devotas alabanzas y servicios protestan que son suyos, que dan al Señor *hartura* y descanso.

5.—*Gloria y provecho de los dolores de Cristo.*

Ya que esta duda está satisfecha, quédanos otra no menos digna que preguntar, ni menos provechosa para saber, y es ésta: que ¿con qué corazón y con qué justicia podremos celebrar con tales alegrías memoria de tales dolores?

Y esto ponía a San Anselmo en aprieto cuando lo pensaba, y de maravillado decía: «¿Cómo, Señor, me alegraré yo de haber recobrado salud, pues que me fué dada salud por tus dolores? ¿Cómo me gozaré de mi vida, que te costó a Ti muerte?» Esto dice este santo.

Y cierto, parece cosa extraña ir nosotros mañana en la procesión cantando y bailando, en memoria de *que el Señor iba en otra procesión llevando una pesada cruz a cuestas, cansado y sudado, y aun derramando* por el camino su preciosa Sangre. La Escritura dice (*Eccli.*, 22, 4) que, *la música en el tiempo del lloro es cosa importuna,* sin sazón y pesada. Y no parece ser consuelo del atribulado saltar y bailar en memoria de sus trabajos; antes—si bien se mira—, más parece obra de odio que obra de amor; que el que quiere mal a otro se regocija de verlos y acordarse de ellos; mas el que ama tiene los trabajos de su amigo por suyos, y como tales los siente y los llora, y aun muchas veces con mayor sentimiento que el mismo amigo que los padece.

¿Qué es esto, cristianos? ¿Qué es esto que tenemos aparejado para mañana? Organo, músicas, danzas y bailes: todo fiesta de mucha alegría, sin mezcla de ninguna tristeza; y siendo lo representado, en cuya memoria se hace, una grandísima y purísima pena, sin ningún rastro de alegría.

Si nos mandaran representar aquella procesión alegre que los santos Padres del limbo en el día de la Resurrección del Señor hicieron con su benditísima ánima hasta el sepulcro, para que desde allí el Señor

resucitado, y glorioso en cuerpo y ánima, acompañado de hombres y ángeles, todos llenos de alegría, fuesen a visitar y consolar a su Sacratísima Madre, como lo hizo, venía muy bien mañana hacer muchas alegrías en nuestras procesiones, en memoria de otras mayores que en la otra se hicieron (11). Mas celebrar mañana memoria de dolorosa Pasión regocijándose los que tienen amor al mismo que padeció, eso ponía a San Anselmo en admiración, y la pone a todos, con deseo de inquirir cuál sea la causa de correspondencia llena de tanta extrañeza y desigualdad.

Mas aunque esto parezca así al espíritu humano, que no sabe juzgar de las obras de Dios, la Iglesia enseñada por el Espíritu Santo, nos manda mañana celebrar esta fiesta de la manera y con las alegrías que la celebramos, según parece en la Clementina: *Si dominum...*, cuyas palabras santas son éstas: «Así los clérigos como los legos concurran gozosos a esta festividad, y se ejerciten en alabanzas y cantares del Señor; y los corazones, deseos, bocas y labios, todos digan cantares de saludable alegría. Cante la fe, dé saltos de placer la esperanza, regocíjese el santo amor, dé palmadas de regocijo la devoción; el coro cante con mucha alegría, y la puridad se regocije; y todos los fieles se junten con alegre corazón y pronta voluntad, v pongan en obra sus loables ejercicios, celebrando la solemnidad de tan grande festividad.»

¿Habéis oído bien aquestas palabras? Pues con esta alegría tan cumplida, que os he contado, nos está mandado por la santa Iglesia que llevemos mañana al Señor por esas calles, en memoria de su sagrada Pasión. ¿cómo acertaremos a hacer esto, para que vaya bien hecho?

Declaradnos Vos, Señor, este enigma como declaró el suyo Sansón a su esposa (*Judic.*, 14, 17).

Y debe ser esto la declaración de esta duda: Que en la Pasión del Señor hay dos cosas que considerar: una es mirando a ella misma *en sí*; y según esto, muy dolorosa y penosa fué al Señor que la padeció, y, por consiguiente, lo debe ser a todos aquellos que le quieren bien, y débenla sentir con amargura en lo entrañable de su corazón, y aun con lágrimas de los ojos en lo exterior. Y para cumplir con esta obli-

---

(11) *Bonav. in Vita Christi.*

gación tan justa, y celebrar con dolor esta dolorosa memoria, señaló la Iglesia el tiempo de la Semana Santa, en la cual las cruces se visten de luto, y mudan los altares sus ornamentos, cántase la Pasión del Señor cuatro veces (12), según los cuatro Evangelistas que la escribieron, y hácese de ella sermón, y todo provoca a sentimiento de compasión y tristeza, para que así paguemos el servicio de compasión al Señor que padeció, y padeció por nosotros, y cumplamos con esta primera consideración, mirando la sagrada Pasión *en sí misma*, que fué causadora de penas al Señor, y a nosotros de compasión.

Mas si la miramos según esta consideración, en cuanto a *los efectos* que de ella proceden, hallaremos por esta vía tanta materia para nos alegrar, como por la otra hallábamos para nos entristecer.

Lastimera cosa es pensar que Jesucristo nuestro Señor, sin deber nada, muriese, y muerte de cruz; mas si consideramos cómo, por merecimiento de esta preciosísima muerte, han resucitado desde el principio del mundo, y han de resucitar hasta el fin de él, millones de ánimas de la muerte del pecado a la vida de la gracia, y después del general juicio, juntos ánima y cuerpo gloriosos han de vivir para siempre gozando de Dios en el cielo, hallaremos mucho de que nos gozar, y llamaremos muerte dichosa la que tantas y tan preciosas vida causó. Porque si San Gregorio llama al pecado original, porque fué remediado con tal redención, y por tal Redentor, *culpa dichosa*, ¿cuánto más merece tal nombre la misma redención y muerte de Cristo, la cual no fué culpa como la de Adán, mas pena tomada sin culpa propia, con ferventísima caridad para destruir los pecados ajenos? *Este día vió Abraham* en espíritu, y *de verlo se gozó* (*Jn.*, 8, 56); no, cierto, de las penas que había de padecer el Señor, mas porque vió que de ellas había de salir muerte del pecado, vida de gracia y de gloria; el valor de lo cual no hay quien lo sepa sentir ni decir.

---

(12) El domingo de Ramos, martes, miércoles y viernes santo.

6.—*Cristo se gozó en padecer: gocémonos con Él en la procesión.*

Y lo que más confirma lo dicho es que, aunque, sabía el Señor cuánto le había de costar a Él nuestro remedio, no sólo no huyó de él, mas poniendo los ojos en remediarnos, y no teniendo cuenta con los dolores y muerte que le había de costar, decía, viviendo en esta vida mortal, con ferventísimo amor nuestro: *Con un bautismo tengo de ser bautizado: ¡cómo ando congojado porque se pusiese en efecto!* (*Lc.*, 12, 50.) Y así, cuando el día de su Pasión vino, y fué bañado con su Sangre en la cruz, aunque según Jeremías dijo en persona de Él: *No hay dolor igual al mío* (*Thr.*, 1, 12), mas entre los mismos dolores estaba su amor tan vivo para nosotros [tan] (13) sin se arrepentir, sin tornar atrás de comprar a sus criados con precio de su preciosísima Sangre y vida divina, que como la Escritura dice: *Las muchas aguas* de los dolores, *ni los* abundantes *ríos* de su Sangre preciosa *no pudieron apagar el amor* (*Cant.*, 8, 7), mas siempre quedó vencedor, y hacía decir al Señor: Si todo esto que por los hombres padezco no basta para su remedio, yo padeceré más y más. Y pues, conforme al amor que a uno tenemos, es el gozo que de su bien tomamos, ¿quién contará lo que el Señor se gozó de nuestro bien, aunque ganado muy a su costa, pues el amor de Cristo, como dice San Pablo, es *mayor de lo que puede ser conocido?* (*Eph.*, 3, 19.)

Ya, Señor, se cumplió vuestro *deseo*, que *os ponía en estrecho;* y vino *vuestro día*, penoso por una parte, mas muy gozoso por otra, en el cual hicisteis la mayor hazaña que nunca fué hecha, pues ejercitasteis la mayor obra de amor y con mayor amor que en el mundo se ha visto ni se verá, muriendo por vuestros esclavos, no buenos, sino traidores.

Y no es maravilla que de árbol tan preciosísimo salgan frutos poderosísimos y dulcísimos, y sean rescatados los que primero estaban cautivos; cobraron espiritual vista de fe los que estaban en tinieblas y ciegos (*Is.*, 35); reciben ligereza de ciervos para correr con fuerzas y con alegría el camino de Dios los

(13) *Tan:* los impresos consultados traen *que.*

que estaban antes flacos y cojos; son sueltos los que estaban presos en cárceles de pecados, *atados con hierro y pobreza* (*Ps.*, 106, 10), y toma Dios por hijos adoptivos a los hijos de los hombres, y como San Agustín dice: *Murió el único, porque no quedase* [*solo*] (14); quiere decir: porque tuviese compañeros y hermanos, que juntamente con Él gozasen de nombre de hijos de Dios, y de la esperanza de ser herederos del cielo.

¿Quién no ve, considerando estas cosas, cuán gran razón hay para que bienes de tanto valor, preciosos y eternos, sean celebrados con grandísimo gozo de dentro y de fuera, así para honra de Jesucristo nuestro Señor, que nos lo ganó, como por el grandísimo bien que a nosotros nos vino?

Providencia divina es ésta del Altísimo Padre, que ha manifestado con tales efectos, que fueron mentirosos los que mal sentían de su unigénito Hijo, cuando llevándolo a crucificar, y después de crucificado, decían: «Mirad en lo que ha parado este hombre, sus sermones, milagros y la gente que le creía: Él condenado a muerte, sus discípulos huídos, y todo acabado y perdido.»

Sean, Señor, confundidos los labios que hablan mentira (*Ps.*, 96); y los corazones ciegos, que pensaban que su doctrina y su vida era humana invención, y no obra vuestra, sepan, que aunque pusieron en cruz y entre dos ladrones a vuestro único Hijo, procurando de envolverlo con los malhechores para que la memoria de Él fuese olvidada como la de ellos, y que no hubiese hombre que creyese en Él, ni aun lo osase nombrar, que ha de ser todo al contrario de lo que pensaron, hablaron y procuraron; y que todo lo que hicieron, no sólo no les aprovecha para salir con su mal intento, mas que fué, como dicen, echar aceite en el fuego: porque tanto más honrado y amado fué, y es, y será para siempre vuestro benditísimo Hijo, cuanto más mal ellos le hicieron y desearon hacer, persiguiéndole con odio rabioso, y Él padeciendo con vuestra obediencia y amor.

Sepan, Señor, aquellos malos, que cuando pensaban que los negocios de vuestro unico Hijo estaban per-

---

(14) [*Solo*]; el autor traduce *uno,* latinismo, que en español moderno significa lo contrario de lo que se pretende.

didos, entonces comienzan a reverdecer con fuerza divina, la cual tanto más resplandece y se manifiesta, cuanto menos hay de humano favor, y más hay de humano disfavor. No esté, Señor, esta lumbre, encendida por Vos, debajo del candelero; sea pública en el mundo; sepan todos el preciosísimo y abundantísimo fruto que se siguió de morir nuestro Señor Jesucristo por el bien de los hombres; salgan a público, y hágase alarde de la gente que ganó, no derramando ajena sangre con lanza en la mano, mas siendo sus sacratísimas manos rompidas con clavos; y con nuevo y nunca visto modo de victoria, derramando su propia Sangre y muriendo, fué vencedor.

Haced, Señor, que en lugar de un pueblo que blasfemaba de Él y tenía por acabada su fe y los que le creían, salgan mañana pueblos innumerables en todo el mundo, llenos de grande regocijo, creyendo firmemente con el corazón, y confesando devotamente con la boca, que por los merecimientos de la muerte y Pasión de Jesucristo nuestro Señor han recibido la sagrada lumbre de vuestra fe, conociendo por un solo y verdadero Dios al Padre, Hijo y Espíritu Santo, y todo lo demás que enseña la santa Iglesia católica.

Salgan también mañana con el Redentor los muchos cautivos que en diversos pecados mortales estaban, haciéndole gracias y confesando que, por la sagrada Pasión de Él, les fué dado socorro con que hiciesen penitencia de su mala vida, por la cual el demonio los tenía cautivos, y mediante los santos Sacramentos que en la Iglesia hay, recibiesen el perdón y la gracia. Vayan mañana con el celestial Médico, regocijándose con Él los que han sido sanos, por los merecimientos de su Pasión, de largas y espirituales enfermedades, dándole gloria y agradecimiento. Y todos mañana se acuerden, y cada uno en particular, del tiempo que el Señor le ha sufrido cuando vivía en pecado, y de peligros de cuerpo y de ánima de que le ha librado; de las flaquezas y enfermedades espirituales de que le ha sanado, de las buenas obras que le ha hecho; y agradeciéndolo todo a esta sagrada Pasión, fuente de todo nuestro bien y remedio, cante cada uno con devoción al Señor aquel cantar de David: *Anima mía, bendice al Señor, y toda las cosas que dentro de mí están bendigan a su santo Nombre; porque Él ha sido manso y perdo-*

nador de todas tus maldades, y Él sana todas tus enfermedades, conserva tu vida que no caiga en muerte, y corónate con misericordia y misericordias (*Ps.*, 102, 1, 4).

Salgamos todos, todos por esas calles mañana con este Señor, protestando que Él es nuestro verdadero Criador y Pastor, y *nosotros*, por su gracia, *ovejas de su rebaño* (*Ps.*, 94, 7), que nos quitó de la boca del lobo infernal, y nos ganó y salvó con su Sangre preciosa; y démosle gracias porque nos libró del reino del pecado, que nos tenía sujetos, de la crueldad del demonio, de las penas del infierno, e incorporándonos en su Cuerpo, tomónos por sus hermanos, y diónos esperanza de reinar con Él en el cielo.

¿Quién no dará saltos de placer, mirando que ha escapado de la suciedad de la carne, de la amargura de la malquerencia, hinchazón de la soberbia y de otros muchos pecados en que se acuerda que anduvo, y ha pasado a la limpieza de la castidad, a la luz de la humildad, y a la blandura de [la] caridad, con la cual ama a los buenos en Dios, y a los malos por amor de Dios?

¿Quién habrá que considerando que le ha dado Dios conjeturas que le ha perdonado sus pecados pasados, y, como dice David, *los ha alejado tanto de nosotros cuanto hay de Oriente a Poniente* (*Ps.*, 102, 12), no cantará con alegría: *Digan los que son redimidos del enemigo por el Señor, y los ha juntado tornándolos* a sí mismos de los sueltos derramamientos que antes tenían (*Ps.*, 106, 2): *Alaben al Señor sus misericordias, y sus maravillas en los hijos de los hombres?* (*l. c.*, v. 8). Que así lo hacen los que han estado muchos años presos y metidos los pies en cadenas y grillos, que cuando salen de allí no se hartan de dar saltos de placer, dando gracias a Dios, ejercitando los miembros que antes habían tenido impedidos.

Sean, pues, *nuestras voces nuevas, corazones y obras* (15) y renovándonos con la gracia del Señor, y apartando de nos el pecado, por pegado que esté con nosotros, corramos mañana con nuestro Señor, humildes, devotos y agradecidos, y tan regocijados de dentro y de fuera, que demos a entender a todo

---

(15) *Nova sint omnia: corda, voces et opera.* (Del himno *Sacris solemniis.*)

el mundo que estamos tan gozosos y ricos con tenerle a Él por Señor, y con las mercedes que nos ha hecho, y con la esperanza de las que nos ha de hacer, que de muy llenos de alegría, ni cabemos dentro de nosotros, ni en nuestras casas, ni en los templos, y que salimos a lo ancho de las calles y plazas a mostrar con exteriores señales la grandeza del gozo que dentro de nosotros tenemos, acompañando, y dando gloria, y celebrando triunfo al Señor, que nos rescató de cautivos, muy mejor que los que David rescató de los amalecitas, los cuales iban delante de él, y los que lo oían decían: *Esta es la presa que ganó David* (1 *Reg.*, 30, 20). Véannos a nosotros mañana todos los hombres de toda la tierra, mírennos los ángeles y santos del cielo, y sepan que somos presa, que nos rescató y ganó Jesucristo nuestro Señor, y lo llevamos en la procesión con agradecimiento y confesión de que es Él nuestro Criador [y] Redentor, y esperamos que será nuestro Glorificador.

Y porque nosotros no bastamos a hacer esto como se debe hacer, rogamos a la tierra y al cielo nos ayuden a dar a Cristo la honra y el agradecimiento que le son debidos.

7.—*Cómo ha de ser nuestro público regocijo.*

De lo dicho se saca muy claramente la respuesta de la pregunta ya dicha; y es, que como en la Semana Santa sentimos y lloramos la Pasión del Señor, teniendo cuenta cómo le fué muy penosa por nuestros pecados, así mañana, considerando que de la Pasión del Señor nació honra y señorío para Él y grandes bienes para nosotros, nos gozamos con Él y manifestamos con exteriores señales de alegría el agradecimiento de los bienes que por su sagrada Pasión nos vinieron.

Y también sacaremos de aquí la medida con que hemos de tomar mañana este gozo. Porque así como tienen compañía causa y efecto, así es razón que ni la pena, que por la sagrada Pasión se toma, sea sin algún consuelo, ni el gozo que por sus efectos se toma sea solo, mas que vaya mezclado con las tiernas y dulces lágrimas que de la memoria de la Pasión del Señor suelen nacer. Los que en el cielo se gozan con el Señor tienen justísima causa para beber puro

el vino de su alegría, aunque se acuerden que la alcanzaron mediante la amargura de la Pasión que por ellos padeció el Hijo de Dios; porque están seguros de que ya para siempre no perderán su alegría, y certificados que no quiere Dios que mezclen tristeza con ella en mucho ni en poco; y aunque ellos la quisiesen mezclar, Él no concurrirá con ellos, y por eso no se seguirá tal efecto. Porque así como, por castigo de su justicia, estará para siempre lejos de los del infierno cualquier alegría, por pequeña que sea (*Mt.*, 8), así, por su grande misericordia, huirá muy lejos de los que están en el cielo, dolor, gemido, tristeza y cualquiera cosa que les dé pena en poco o en mucho (*Apoc.*, 9).

Esto, hermanos, es lenguaje del cielo; mas los que en este destiero vivimos, y no sabemos cuánto durará nuestra perseverancia en el bien, y que no nos ha vedado Dios, antes mandado que tomemos saludable tristeza, debemos celebrar estas santas festividades con gozo por el bien que tenemos, y mezcla de temor porque lo podemos perder, y de tristeza —aunque no desabrida—, por los dolores que nuestro gozo al Señor costó.

Lo cual no es invención mía, sino doctrina que nos da la santa Iglesia en la dicha *Clementina* (16), enseñándonos con lumbre del cielo cómo hemos de celebrar la festividad de mañana, por estas palabras: «Esta es la gloriosa memoria que hinche de saludable gozo los corazones de los fieles, y juntamente les da devoción de lágrimas. Con alegría gozámonos, y con razón hacemos memoria de cómo fuimos libertados; y acordándonos de la Pasión del Señor, por la cual nos vino esta libertad, dificultosamente podemos retener las lágrimas, que no corran de nuestros ojos. De manera, que en esta sacratísima conmemoración tenemos juntamente gozo de suavidad y acompañamiento de lágrimas; porque nos gozamos derramando lágrimas, y derramando lágrimas nos gozamos devotamente, teniendo alegres lágrimas y alegría llorosa: porque el corazón lleno de grande gozo destila dulces gotas de agua.» Todo esto dice la dicha *Clementina*, y de ello sacaremos doctrina de la templanza que han de llevar mañana nuestros

---

(16) Clementina *Si Dominum...*

corazones; conviene a saber, que vayan gozosos y tiernos acompañando al Señor.

Y también se nos da entender, que mañana no es día de representaciones dolorosas de la Pasión del Señor, pues que no se celebra con la amargura de la Semana Santa, mas por el bien que causó, según hemos dicho.

Y pues las tales representaciones, siendo tan santas en sí, no vienen bien con la procesión de mañana, por parecer cosa fuera del tiempo, claro está que muy menos se deben consentir otros juegos que en todo tiempo son indecentes, sino que todo vaya conforme al contentamiento de este Señor, a quien se hace la fiesta. Para lo cual conviene, y muy mucho, que ninguna cosa, chica ni grande, se represente, haga ni diga, que no sea examinada por persona grave y sabia; y que no se contente con que no haya en estas cosas palabras de error ni deshonestidad manifiesta; y que tenga sentido cristiano y espiritu del Señor, para gustar qué cantares y representaciones le agradarán a este Señor a quien se hace la fiesta; el cual, como es muy grave y honesto, y le parece mal cualquiera ociosa palabra, cualquier hecho que no vaya acompañado con mucha honestidad y decencia, claro está que lo que en todo tiempo y lugar no le parece bien, peor le parecerá en su santo día, procesión y presencia.

Graves yerros he visto y oído cerca de esto, y mucho se debe mirar que sea muy calificada la persona a quien se comete este examen; y ésta hallada, mandar, so graves penas, que ninguna cosa se haga ni diga en esta ni en otras festividades, sin ser examinado por ella; porque de otra manera, más sería renovar al Señor las penas de su Pasión, que darle gozo, pues no ve obrados en nosotros los efectos de ella.

Y esto sea a todos notorio, que lo que el Señor pretende en todas sus obras y festividades no es que tomemos alegría vana, de la cual ordinariamente se sigue algún daño del ánima, mas la ganancia de nuestras almas y santificación nuestra; y por eso todo lo ordenado en las fiestas ha de ir conforme a este fin.

[Las representaciones, a la tarde vienen mejor que se hagan] (17).

---

(17) Falta en la edición de 1596.

8.—«*A mis hermanos busco.*»

Este provecho de nuestras almas le trajo del cielo a la tierra; éste le puso la cruz en los hombros; y a quien le preguntara, yendo por la calle de la Amargura cargado con ella: «Señor, ¿dónde vais? ¿y por qué vais así tan ajenamente tratado de como Vos merecéis?», respondiera el Señor lo que José cuando le envió su padre a visitar sus hermanos, y andando fuera de camino, le preguntó uno qué buscaba, y él respondió (*Gen.*, 37, 16): *A mis hermanos busco.* ¡Oh válame Dios, y cuán fuera de su camino iba el Señor aquel día, pues que el padecer pena no conviene a quien no tiene culpa, y el morir no es cosa que cabe en el Inmortal! Mas estas obras tan ajenas de Él, mirada su justicia y su omnipotencia, tomó el Señor y se abrazó con ellas por obrar su misericordia para con los hombres. *que es obra* muy propia *suya,* como lo había profetizado Isaías (62, 11): Que por obrar el Señor su obra propia, *obró cosas muy ajenas de Sí*; y aquel salir de su propio camino, y aquello que parece ser fuera de camino, fué entrar más en él, pues las obras de su misericordia son a Él más honrosas y para los hombres más provecho sas, y por eso las usamos.

Estaban los hombres fuera de su propio camino—el cual es la Ley de Dios—, y como dice Isaías (53, 6): *Todos nosotros erramos, cada uno por su parte, como ovejas perdidas*; y si el piadoso Señor no saliera del camino de su descanso e inmortal (no porque perdiese lo que tenía, mas porque tomó la sacra Humanidad mortal y pasible, para en ella pagar las culpas de los errados y descaminados), nunca encontrara con ellos, ni los trajera a camino, ni los ganara.

Todo lo cual os he dicho para que sepáis que aquel mismo deseo de buscarnos y santificarnos que le sacó del sacratísimo seno del Padre, donde estaba invisible e impasible, y lo puso humanado, sujeto a trabajos y muerte en este mundo, y lo hizo predicar en templos, en casas, en calles, en plazas, en montes, en tierra y en mar, convidando a los hombres con el remedio que Él traía para todos los males que ellos tuviesen, y rogándoles que se aparejasen con penitencia para gozar de los dulcísimos frutos de su vida trabajos y muerte, que son eterna salud; ese mismo

deseo le sacará mañana de su casa, que es el templo, de su Sagrario donde está escondido, a ir por nuestras calles en la procesión.

Y a quien de esto se maravillare, y le preguntare: ¿Qué a Vos, Señor, con pasear nuestras calles de tierra, viles y estrechas, pues tenéis por vuestras las anchuras del cielo en que lo hacer? ¿No basta lo que paseasteis por la tierra de promisión con mucho trabajo, viviendo en carne mortal, sin que, ahora que tenéis cuerpo inmortal y glorioso, y está colocado en el cielo a la diestra del Padre, andéis por las calles de vuestro destierro, que no son propio camino vuestro, pues por ser lugar de corrupción no son lugar de cuerpo glorioso, que es incorruptible? ¿Sabéis qué responderá el Señor a quien esto le preguntare? Todo eso sé yo; mas quiero que sepáis vosotros, que así como el Padre me envió por mi Encarnación a visitar los hombres, hermanos míos, y anduve caminos extraños de Mí por los remediar, así por ordenación de mi Padre salgo de mi Sagrario, y voy por estas calles *a buscar mis hermanos*, para darles el fruto de mi muerte, que con ferventísimo amor por ellos pasé.

¡Oh entrañas dulcísimas ¡Oh amor inefable! ¡Oh amoroso fuego, que siempre ardes y nunca te apagas! ¡Oh Corazón más ancho que el cielo para sufrirnos y meternos en Ti, y buscar lo que nos cumple! ¿Quién contará los caminos que tienes para buscar el remedio, aun de los que huyen de Ti? Estás tan lleno del deseo de nuestro bien, es tanto el amor que en tu Corazón reina, que parece mañana que no cabes en tu templo, por grande que sea, y que la gente que allí te va a ver en la Misa, te parece poca, con el deseo que tienes de abrazar a todos; y lastimado de lo que pierden los que no van a Ti, y como madre ansiosa y cuidadosa del remedio de sus hijos, sales a las calles y lugares públicos, y según está escrito, predicas en público, y das voces en las plazas diciendo: *Si alguno es pequeñuelo, venga a mí* (*Prov.*, 9, 4).

¡Oh Sabiduría eterna del Padre, cuán callado parece que vas, puesto en las andas, debajo de las cortinas y accidentes de pan! Mas quien fuese digno de alcanzar de Ti unos ojos y vista espiritual que pudiese penetrar hasta ver tu amorosísimo Corazón, y tuviese tales orejas espirituales que te pudiesen

oír; este tal entendería, que así como cuando vivías en esta vida mortal, predicabas y con voz alta decías: *Si alguno ha sed, venga y beba* (*Jn.*, 7, 37). *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé* (*Mt.*, 11, 28), eso mismo que entonces decía tu lengua, dice ahora tu Corazón yendo en las andas. Porque aunque entonces era oída tu voz y ahora no; mas tu amor con que entonces hablabas, y ahora vas de esta manera, uno es; el cual no te deja descansar, y te mueve a buscar unos medios y otros, hasta que acabes tu deseada obra del bien de los hombres. Porque aunque tienes acabado con tu Eterno Padre que perdone y reciba a su gracia a los pecadores que por penitencia se convirtieren a Él, y alcanzar esto te costó a Ti tu vida; mas si el hombre no se apareja para recibir esta gracia, ninguna cosa le aprovechará haberla Tú alcanzado en la cruz. Y por eso, Señor, este cuidado te queda ahora, de acabar con los hombres que quieran ellos descubrir el perdón y la gracia; lo cual ellos habían de rogar, andando tras Ti, y aun trabajar hasta la muerte, porque se la dieses.

Esta dureza de corazón que en los hombres, Señor, hallas, con que no quieren recibir rogados aquello por lo cual ellos habían de rogar y dar la vida por ello, ésta te saca de tu casa propia, y te lleva por las calles, dando tu Corazón altísimas voces (*Mt.*, 11): ¡*Venid a mí todos* los que estáis perdidos; gozad de mi redención; que yo os daré remedio para cualquier mal que tengáis!

Y como cuando entonces, Señor, salías por las calles, sanabas enfermos, convertías pecadores, y hacías otras obras de misericordia a los que las querían recibir; así, si ahora hubiese quien entendiese que vas en aquellas andas mañana con el mismo amor que andabas cuando vivías vida mortal, y cuando fuiste con la cruz a cuestas a padecer por los hombres, y si te oyesen que vas diciendo en tu Corazón: «Aquí voy, hombres, en esta procesión, en testimonio que no estoy arrepentido de haber andado la otra al monte Calvario, sudando y derramando sangre por vuestro remedio; y si es menester tornar otra vez a pasar lo que allí pasé, y a morir en la cruz, todo lo que se me pidiere haré y sufriré, porque tu ánima no se pierda, mas alcance la eterna salud», ¿quién, Señor, que esto sintiese, se defendería de tu porfiada recuesta de amor?

Y viendo que sales a buscar por las calles aun a los que no te van a buscar en tu templo, y vas a convidar con tu vista aun a los que no te quieren ver, ¿quién quedaría sin rendirse de todo su corazón a la obediencia de tus mandamientos, y alanzar todo pecado de sí?

¡Ay de tanta dureza, que tan grandes bienes impide, y hace salir en balde la salida del Señor a pasear nuestras calles, que era para hacer su oficio acostumbrado, de curar los enfermos y pecadores que a Él se llegasen!

Acordaos que cuenta el Santo Evangelio (*Mc.*, 5, 24), que yendo el Señor a resucitar una moza difunta, *acompañado de mucha gente,* se llegó por detrás de Él una mujer enferma *por tiempo de doce años, que había gastado su hacienda en curarse,* y lo que había sacado de la cura era, que siendo primero rica y enferma, había quedado enferma y pobre, y sin esperanza de humano remedio; mas hallólo en Jesucristo nuestro Señor, *diciendo en su corazón: Si yo pudiese* llegar y *tocar el cabo de las vestiduras de este Señor,* confío en Él que *luego alcanzaría salud*: llegó y tocó, y en tocando fué sana, correspondiendo al corazón de la buena mujer la misericordia de Cristo; el cual preguntó a los que iban allí: *¿Quién me tocó?* Y respondió San Pedro: *Maestro, apriétate la muchedumbre de la gente, y Tú dices: ¿Quién me tocó?* A lo cual respondió el Señor, dando a entender que no llamaba Él tocarle al apretarle: *Alguno me tocó, que yo he sentido salir virtud de mí* (*Lc.*, 8, 46).

¡Oh si tanta merced nos hiciese mañana este Señor en la procesión, que hubiese algunos corazones deseosos de salud, devotos al Señor, confiados de su misericordia, que fuesen curados (18) de Él! Pues que han de ir mañana con Él muchos que están enfermos en sus ánimas, no hay que dudar. Unos llevarán enfermedades de pecados mortales—¡líbrenos de ellos la misericordia de Dios!—; otros veniales, otros malas inclinaciones y malas costumbres, que por ventura les han durado doce años, como a la otra mujer la enfermedad del cuerpo, y aun puede ser que más. Y llegará cerca de nos el Médico Omnipotente con gran voluntad de curarnos, y rogándonos con la cura, y aun pagándonos porque nos queramos curar; y por no ha-

(18) Las ediciones consultadas dicen *criados.*

ber quien *le toque*, como le tocó la otra mujer, acabada la procesión y hecha nuestra cuenta, hallamos que nos traemos a casa nuestros pecados y malas inclinaciones tan enteros como estaban de antes; y plega a Dios no volvamos peores que fuimos.

¿Sabéis qué es *tocar* al Señor para alcanzar salud de Él? Creerle con la fe católica, conocer las propias culpas, pesarle de haberlas hecho, proponer la enmienda y la confesión, tener confianza que por las llagas que padeció Jesucristo nuestro Señor en su sagrado cuerpo, manos y pies—que es *lo postrero de su vestidura*—, recibirá perdón de sus pecados y salud de sus llagas, y saliendo a la procesión malo y enfermo, tornará justificado y con salud de su ánima.

¡Oh Señor!, qué alegre procesión y hora es aquella para Vos, cuando halláis por esas calles *una oveja perdida* (*Mt.*, 18, 12), que deja sus pecados y viene a Vos, y consiente que la toméis encima de vuestros hombros y la llevéis a vuestra Iglesia, y confesándose y comulgandose, se junta con las otras de vuestro rebaño, que están en vuestra santa gracia y amor. ¡Oh si muchas ganancias hubiese de estas en la procesión de mañana!

9.—*Los que aprietan al Señor ¡y no le tocan!*

Mas ¡ay dolor!, que temo que acaece lo que dice San Pedro: Que *las compañas aprietan al Señor*, y apretándole, no le tocan. Aquellas gentes, de buena gana iban acompañando al Señor, y por ir cada uno más cerca de Él se apretaban unos a otros, y también le apretarían a Él; y tocándole tantos con el cuerpo, no le tocó provechosamente sino aquella mujer. ¿Habéis visto y mirado cómo lo mismo pasa a la letra entre nosotros? Vamos con el Señor por las calles con mucho regocijo y contentamiento; procuramos el lugar más cercano para ir junto con Él; y algunas veces habéis visto y oído decir, que en los templos y en las procesiones hay contiendas, y aun más adelante, sobre quién estará en el lugar más honrado y más cercano al Señor—¡cosa muy desacatada es, y muy castigada será!—; y con ir así, descuidados de sentir el ánima la dulcedumbre de la presencia del Señor, embebecidos en mirar los regocijos y juegos exteriores, sin orden, sin aparejo, sin pureza de ánima,

sin dolor de pecados, sin quererse aprovechar de aquella omnipotente virtud, poderosa para remedio de todos los males, ofrecémosle al Señor sólo el cuerpo con que allí le hacemos presencia y acompañamiento, y vamos apartados según el ánima; y de esta manera, aunque vamos cerca, *apretámosle y no le tocamos.*

¿Queréis ver esto más claro? ¿Qué cosa es *apretar un cuerpo,* sino quererle hacer que quepa en menor lugar del que le es justo y debido? Y así como el lugar donde el inmenso Dios ha de morar en nosotros ha de ser estimarle, amarle sin tasa y sobre toda medida, amándole sobre todas las cosas de la tierra y del cielo, y amándole más que a nosotros mismos, si tú, cristiano, no das a Dios tu corazón ensanchado con la grandeza y anchura de esta reverencia y amor, quiéreslo meter en lugar pequeño, quiéreslo pagar con amor pequeño, y Él quéjase y dice: *El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí* (*Mt.*, 10, 37). Y si tú fueses un infiel que carece de fe, diríamos: «Ningún lugar tiene allí Dios, y en el corazón y entendimiento de aquel hombre, es Dios como si no fuese»; porque sin la fe verdadera, que es el fundamento y principio de todo bien, no hay estima ni amor del Señor. Mas tú, que por una parte tienes la fe católica y verdadera, y celebras mañana esta santa festividad con acompañar y reverenciar al Señor; y por otra parte no llevas en tu ánima aquella anchura espiritual de corazón, amando al Señor sobre todas las cosas, llégaste con la fe, llégaste con el cuerpo, llégaste con las ceremonias corporales no más; aprietasle malamente; y cuando te mira no se podrá decir con verdad: *Verá, y será harto*; mas tiene todavía grandísima hambre de ver puesta tu ánima en estado de gracia, y que tornases a tu casa libertado de los pecados que trajiste a la procesión.

Gran dolor es que yendo con un Señor que te puede y quiere descargar de la pesada carga de tus pecados, que basta para llevar a un hombre al infierno, quieras tú más quedarte en estado de condenación con tus pecados a cuestas, que ser libertado y correr por los mandamientos de Dios con ligereza de ciervo.

10.—*Profanación del día del Corpus* (19).

Mas aun, lo que peor es y más de doler, y que basta para hacer reventar de dolor al cristiano corazón que tiene amor al Señor, es que en la misma fiesta de su sacratísimo Cuerpo, en la misma presencia del mismo Señor, en el día diputado para que *vea y se harte* y descanse *en pago de que su ánima trabajó* en su sagrada Pasión, allí, allí le ofendes, cristiano, y sin ninguna vergüenza alzas los ojos, que habían de ir fijos en el Señor, y cébaslos en las *faces* (20) de las mujeres, y en tu corazón las codicias. Y si en esta desmesura cayese sola la gente del vulgo, que, como dice Jeremías: *¡Por ventura ignoran el juicio del Señor!* (*Jer.*, 5, 4), mas aun también la gente principal, y cuanto más si es eclesiástica, los cuales, unos y otros deben tener más entendida y puesta por obra la voluntad del Señor, ¿quién tendrá corazón para lo sufrir? ¿quién lengua para lo hablar?, sino para decir con Jeremías (5, 5): *Mirad, que estos tales quebraron más el yugo, y rompieron las cadenas del mandamiento de Dios* (*Jer.*, 9, 1-2): *¿Quién dará agua para mi cabeza, y para mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré de día y de noche los muertos de la hija de mi pueblo? ¿Quién me llevará a la soledad, por donde pasan los caminantes, y desampararé a mi pueblo, y apartarme he de ellos, porque son adúlteros y junta de pecadores?*

¡Oh día santo y solemne del Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, y cuán poco descanso y hartura le das a Él, y tan poca ganancia a las ánimas, por el mal aparejo con que lo celebramos! ¡Oh cristiano ejército del gran Capitán Jesucristo, que tan esforzado solías ser para vencer las pasiones de [la] carne, para negar la propia voluntad, y que te ofrecías de muy buena gana a la muerte por la honra de tu Señor!, ¿quién te ha hecho, con miserable trueco, tan flaco, que en un día del Señor, en un rato, y en la misma presencia del Señor, no tengas fuerza para dejar de mirar y codiciar una mujer, teniendo delante de ti a Dios humanado, en el cual con mucha razón, con gran provecho y deleite podrás cebar hoy tu vista, y em-

(19) Sobre este asunto, véase el Tratado 13.
(20) *Faces:* caras, rostros.

plear todo el amor de tu corazón? ¿Por qué haces cosa tan al revés? ¿No sabes que saliste hoy acá para dar testimonio que, por la Pasión de Jesucristo nuestro Señor (*Col.*, 1, 13) *te libró* Dios Padre *del poder de las tinieblas, y te pasó al Reino del Hijo,* que es limpieza, gracia y justicia?

Y ¿cómo se dirá de ti, que eres *la presa* y despojo *que* nuestro *David libertó* del poder de las amalecitas (1 *Reg.*, 30, 20), si, por el pecado en que estás, te tiene el demonio en cruel cautiverio, y estás hecho miserable presa de él, haciendo que se pierda en ti lo mucho que el Señor trabajó por te ganar, para que viéndote recibiese descanso; y en lugar de esto, apriétasle con la dureza de tu corazón, lastímasle cuanto es en ti con nuevas heridas?

Y aunque allí va callando en el Sacramento a tu parecer, mas en la verdad, quejándose va de la crueldad que usas con Él, según está escrito: *A quien Tú heriste, ellos persiguieron, y sobre el dolor de mis heridas, añadieron dolor* (*Ps.*, 68, 27). El Eterno Padre le hirió por nuestros pecados, y dióse por contenta y satisfecha la divina Justicia con lo que el Señor por ellos padeció; y siendo razón que le ofrecieses mañana corazón confesado, comulgado y ataviado con buenas obras, en el cual Él reposase de los trabajos pasados, y *viese* tu limpieza y virtud, y *se hartase*, dasle en lugar de esta miel, amarguísima hiel, renovándole las antiguas heridas con las nuevas de los nuevos pecados que en su fiesta cometes. Y *herir sobre herida,* es cosa de gran dolor; y así lo es para el Señor hallarte ingrato al beneficio de su amor, y de la sangre que por ti derramó. Y habiendo sembrado uvas de dulcísimos beneficios en ti, haces tú que el fruto que coja sean abrojos y espinas.

¡Vergüenza, vergüenza, cristianos, de tan gran fealdad! ¡Compasión, compasión de lo que trabajó el ánima del Señor en su procesión al monte Calvario y muerte de cruz! Trabajemos, aunque nos cueste la vida, de dejar los pecados, e ir como humildes, pacíficos, devotos, y tales, que el Señor que nos mira, *vea y se harte.* Ninguno de cuantos allí vamos, por chico que sea, hay que no muriese Cristo por él; ninguno hay, grande ni chico, varón ni mujer, que no vaya allí con agradecimiento de esta merced y con limpia conciencia.

Principalmente tienen esta obligación las personas

principales, eclesiásticas y seglares, los cuales tanto deben exceder a los menores, y ser singulares en el servir y agradar con mayores virtudes a este Señor, cuanto más singulares son en haber recibido mercedes de Él, y en representar la persona de Dios por el público oficio que de Él recibieron. Y pues [no] son personas particulares, no se contenten con su bien particular; mas si quieren que su modestia y devoción que mañana llevaren, sea de doblado merecimiento y garladón, no consientan que la otra gente vaya como no debe, porque no pierdan el bien propio por el mal ajeno; pues de los tales se dice, que «el no resistir es consentir y aprobar».

11.—*Santifiquemos el día del Señor.*

Los sacerdotes que llevarán mañana en las andas al gran Señor, a quien adoran y reverencian los ángeles, agradézcanle mucho que se quiere servir de los hombros de ellos, y que sufran calor, y que suden; y esperen por ello galardón muy grande del liberalísimo Señor que sobre sí llevan; y acuérdense del trabajo que el Señor pasó llevando a ellos y a todos sobre sus hombros en el día de su Pasión, y sacarán ellos fuerza para sufrir el propio suyo con mucha paciencia y aun con alegría; y estén avisados, no sea más falta de devoción que de fuerzas corporales el sentir mucho el peso de las andas, el calor del sol, la longura del camino; que sería [cosa] muy vergonzosa.

Los legos que tienen hacienda, den mañana para rescate de algún cautivo, o saquen de la cárcel algún preso por deudas, en honra y agradecimiento de la dichosa redención de nuestro espiritual cautiverio, y de la libertad de las cadenas en que nos tenían nuestros pecados, que se celebra mañana en la procesión. Casar una huérfana también será cosa conforme a esta santa fiesta, pues celebramos en ella la procesión y día en el cual el Señor lavó con su Sangre a su Iglesia y la tomó por esposa. Y también vendrá muy a propósito dar de comer a los pobres, recrear los enfermos, vestir los desnudos, en honra de este sagrado manjar, que tan piadosamente nos es concedido en refección de nuestra ánima y cuerpo, en salud copiosa de nuestras enfermedades, en vestido, casa

y abrigo, y generalmente en remedio de todas nuestras necesidades.

Y para que estas obras de misericordia mejor se hiciesen, debían los cofrades (21) de este Santísimo Sacramento encargarse de ellas, y pedir en la fiesta de mañana, y en todo el octavario, limosnas a los fieles para efecto de ellas; y los fieles ser muy largos en dar, por amor del Señor y al mismo Señor, de sus temporalidades, pues Él dió por ellos su vida.

Y quien no tuviere hacienda para servir con ella al Señor, por ventura habrá recibido de su prójimo alguna mala obra, o pasará trabajo en sufrir la mala condición de él. Y si este tal perdona a quien le enojó, y sufre con paciencia la cruz de la mala condición ajena, piense que ha ofrecido mañana al Señor, no hacienda, sino sangre del propio corazón, pues duele mucho más esto que aquello. El enfermo o pobre ofrezca mañana paciencia al Señor, y acompañe mañana al Señor, conformándose con su santa voluntad, y dándole gracias por todo.

Y unos y otros procuren de llevar los corazones (a los cuales Dios mira) tan limpios, que los ojos corporales con que al Señor miraren le den vista agradable con que Él se contente; porque así como *los limpios de corazón han de ver a Dios* (*Mt.*, 5, 8) en el cielo con espiritual vista, así la vista corporal, que da contentamiento al Señor en la tierra, de la limpieza de corazón ha de salir. Y porque en esta limpieza va mucho, y poca gente sabe alcanzarla por vía de contrición sola y propósito de confesión, nos aconseja la santa madre Iglesia, según se ha dicho en otro sermón, que desde el domingo pasado nos aparejemos con buenas obras y pura confesión de nuestros pecados, para recibir a nuestro Señor y celebrar dignamente su fiesta, y gozar de los frutos de su sagrada Pasión.

12.—*Nuestro galardón.*

Y no os parezca cosa dura hacer lo que se os ha pedido para celebrar dignamente esta procesión. Porque si el Rey David (2 *Reg.*, 6, 19) dió en galardón

---

(21) *Los cofrades de este Santísimo Sacramento.* (Véase *La Loca del Sacramento.)*

pan y *carne* y *colación* (22) a los que acompañaron la procesión del Arca del Testamento Viejo, mucho mejor galardonará Jesucristo nuestro Señor los que acompañaren su divina Persona, significada por la otra Arca pasada. David era rey temporal, y dió pequeño galardón y de cosas de poco valor; mas las riquezas de nuestro Rey son preciosísimas y son eternas; y la anchura de su Corazón para dar, excede a cualquier gana que un hombre tenga de recibir. Dad, hermanos, a nuestro Señor lo que os pide, para ir como debéis en su santa procesión; y en lugar de *la carne* y *pan* que David dió, daros ha su sagrado Cuerpo y su preciosísima Sangre, y su Anima y Divinidad; todo lo cual recibís, cuando comulgáis; y dichoso aquel que bien lo recibe, porque en este bien están encerrados tantos bienes sin cuento, que si un hombre trabajase toda su vida con buenas obras, estaría muy bien pagado con entrar una sola vez nuestro Señor en su pecho.

Y no sólo este Santísimo Sacramento bien recibido os dará mantenimiento y fuerzas para vuestra ánima, como el *pan* y *la carne* las da para el cuerpo; mas también, en lugar de la *colación* que dió David, que es más *fruta* que mantenimiento, os dará este Señor, celebrando su procesión como os he dicho, y recibiendo su santo Cuerpo, una espiritual recreación, un sentiros descansados y descargados del peso de la mala conciencia, que os cause mayor deleite que todas *las frutas* del mundo.

Y también podéis contar por *fruta* las santas indulgencias y días de perdón que a los que bien celebraren estas fiestas son concedidos; porque aunque sea gran cosa, y muy de estimar, la remisión de las penas del purgatorio, que se conceden por estas y otras indulgencias, mas en comparación de la gloria eterna que a las buenas obras es prometida, aquélla es *fruta* y ésta es *manjar*.

Y aunque cualquier galardón de los ya dichos sea bastante para alentaros y esforzaros a hacer todo aquello que se os pide de parte de nuestro Señor, para ir mañana, como debéis, acompañándole en su procesión; mas si para vuestra tibieza aun esto no basta,

---

(22) *Colación:* refacción de dulces, pastas y a veces fiambres, con que se obsequia a un huésped o se celebra algún suceso. (Academia.) El Beato Avila dice más abajo que colación *es más fruta que mantenimiento.*

ruégoos por amor de nuestro Señor os acordéis de aquellas procesiones que eternalmente se han de hacer, no en las calles lodosas o pedregosas de aqueste destierro, mas en las anchas plazas de la Jerusalén celestial, tan preciosas y limpias, que dice San Juan en su Apocalipsis (21, 18), que son *oro limpio*; y allí *el Cordero que se asienta en medio del trono* tomará a sus dichosas ovejas que allá moraren, y *las regira y llevará a las fuentes de las aguas de la vida* (7, 17); y, como dice el mismo San Juan (21, 4): *Ni tendrán de ahí adelante hambre, ni sed, ni caerá sobre ellos sol, ni calor; y el Señor enjugará sus lágrimas de los ojos de ellos; y no habrá más muerte ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque todas estas cosas se fueron,* sin más parecer allí.

¿No os parece, hermanos, que es bien empleado sufrir el sol, y el calor una vez en el año por acompañar esta santa procesión, a trueco de que para siempre jamás ni calor os dará pena, ni habrá lloro, ni muerte, ni cosa que le parezca? ¿No os parece bien empleado que los principales y que rigen los pueblos vayan mañana confesados y comulgados, y con la reverencia y buen ejemplo que os he pedido, honrando al Señor, para que en aquellas procesiones honre el Señor a ellos, y como lo ha prometido *los ponga sobre todos sus bienes?* (*Mt.*, 24, 47.) ¡Qué bien pagada será allí la obra de misericordia que por honra de esta santa procesión hicieres, perdonando a quien te ofendió, o dando de comer al pobre, vistiendo al desnudo, rescatando al cautivo, con otras obras semejantes, pues en pago de ellas te harán participante de aquella grande, eterna e inefable misericordia que tiene prometido de hacer allá con los que aquí obraren misericordia! La cual, así como Jesucristo nos la ganó con su preciosa muerte y Pasión, viviendo en esta vida mortal, así Él mismo, reinando en el cielo y sentado en el trono de gloria que el Eterno Padre le dió, nos ha de poner en posesión de la gloria que nos ha de ser dada, y conservarnos en ella, pues Él es *Juez de vivos y muertos* (*Act.*, 10, 42) y mayordomo de su Padre, el cual le dijo *que pagase el jornal a los trabajadores* (*Mt.*, 20, 8).

Este Señor irá *delante de sus ovejas* (*Jn.*, 10, 4), porque tiene más gloria que hombres ni ángeles; y todos ellos le seguirán como ovejas a pastor, criados a señor, miembros a su cabeza; y llevarlos ha en proce-

sión *a las fuentes de las aguas de la vida*, que son las tres divinas Personas, que tienen una misma y sola esencia; y allí serán hartos, refrescados y recreados, viendo a Dios faz a faz (23), amándolo y poseyéndolo sin ningún fin; donde darán por bien empleado lo que aquí padecieron e hicieron por Él; y lo mismo haremos nosotros si nos aparejamos a ser los que debemos, y a llevar mañana con la debida reverencia a Jesucristo nuestro Señor en la procesión con nosotros, para que Él nos lleve después en compañía de su procesión en la gloria.

---

(23) *Faz a faz:* cara a cara.

TRATADO 3.º

La Comunión, alimento del alma (1).

Caro mea vere est cibus, et Sanguis meus vere est potus.

Mi Carne es verdaderamente manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.

(*Jn.*, 6.)

1.—*La Virgen nos ofrece el alimento del alma.*

Los que traen trigo a los pueblos, deben ser honrados y bien tratados; la que nos trajo el pan del cielo, con que nuestras ánimas se mantienen, ¿cuánto debe ser honrada y reverenciada? Hazañas hicieron algunas mujeres, por las cuales quedaron en perpetua memoria: Judith, Esther, Débora y otras semejantes; mas en comparación de la Virgen, todas hicieron muy poco. Instrumentos fueron para librar sus pueblos de la muerte del cuerpo; pero la Virgen María nuestra Señora, para librarles de la muerte del alma. Ella fué la que nos dió este fruto de que comemos y gozamos; la que nos amasó este Pan, y con tanto deseo que lo comamos, nos convida a él, que dice (*Eccli.*, 24): *Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis implemini.* Todos los que me deseáis, venid a Mí, y no os arrepentiréis; *iréis llenos de mi generación*; de lo que yo engendré seréis llenos; del fruto que en sí contiene todos los frutos y gracias; que quien este fruto recibe, todo lo

(1) Resplandecen en este Tratado la profundidad de pensamiento y la popularidad en la exposición, dos caracteres del Maestro.

recibe; porque en él se contienen todos los bienes. Y porque de este convite no se vayan nuestras ánimas ayunas de la gracia...

2.—*El alma necesita alimento.*

Caro mea vere est cibus, etc. «Mi carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.»

Con tres o cuatro hijos que tenéis, si no llueve, perdéis el sueño, pensando cómo les daréis de comer. El que tiene hijos es obligado a darles de comer. ¿Pensáis que no hay más sino ser casado y no mantener a los hijos? ¡Allá lo pagaréis! El que da el ser, es obligado a dar el mantenimiento y la doctrina. ¿Qué hará Dios con tanta gente como tiene, para darles de comer? ¿Pensáis que no hay más de lo que vos habéis visto? Esto es lo menos que Él tiene (*Ps.*, 144 y 148): *Oculi omnium in te sperant Domine.* Dar de comer a estos cuerpos, poco es para Dios. *Ipse dixit, et facta sunt.* Con criar un poco de pan y un poco de vino, los harta. Aunque hayamos hambre, con un poquillo que comamos, quedamos hartos. Mas es otra hambre, que aunque le deis todo el pan y vino del mundo y toda carne criada, no queda harta, antes más hambrienta. ¿Qué haremos para hartarla? *¿Dónde compraremos pan* para que la criatura racional coma y se harte? El hombre y el ángel, ¿qué harán de pan para comer, y que queden hartos y contentos, y digáis vos: Contento estoy? ¿Hay en la plaza pan? No, que el Rey y el Papa se mueren de hambre, no pueden hartarse. ¿Ahora veis qué boca tan grande y qué grande hambre? ¿Quién será aquel que diga: Harto estoy? ¿Pequeño negocio es éste, hartar tanta gente? Si Dios no fuera el que se te da, y a todos se da, no pudiera hartar tanta gente y tanta hambre.

¿Qué comerá un ánima y un ángel para que vivan? Estad atentos. Bien veis que tenemos ánima y cuerpo; y cuanto al cuerpo, habemos hambre, y si no comemos, morimos; bien lo veis. Y que el manjar que coméis no está dentro de nosotros, que de fuera lo tomamos, que en el campo se cría, y que, queráis o no queráis, está vuestra vida colgada del pan y del agua, y del cabrito, y de la gallina; al fin colgada de un animal; y si no, que moriréis; y después: «Muy rico

soy»; y que de un carnero estáis colgado, y que si no coméis, que moriréis; bien lo veis esto.

Pues que tenéis cuerpo, quiero que sepáis que tenéis ánima. Dígolo, porque hay algunos que viven tan sin pensar que tienen ánimas, como si no las tuviesen; ni saben si está viva ni muerta, si está harta o hambrienta, si está sana o si está enferma, y aunque la tengan llena de puñaladas, no la dan un poco de ungüento, ni dicen: «¡Ay!, que me duele.» Tienes un ax (2) [achaque] en una uña de un pie, y duélete, y buscas medicina; ¡y lo del alma no la sientes! Si creyeses que la tienes, ¿dejaríasla así? ¿No dirías: Quiero buscar remedio, que mi alma está enferma? Alma tienes, pues, que come; porque si no come, morirá. ¿Qué entendéis *morirá?* No digo muerte natural, que ésa no la puede morir, porque ésa siempre estará viva, aunque esté en el infierno, mientras Dios fuere Dios, para siempre. Su muerte, *segunda* la llama San Juan (*Apoc.*, 20); y los que están en el infierno estarán, como los que están en agonías de muerte, agonizando; siempre estarán tragando la muerte, y nunca acabarán de morir; tendrá muerte siempre viva, y vida siempre muerta. No hablamos de ésa, sino de la vida de gracia. Si alcanzará perdón; si ha de ir al cielo, comer tiene. ¿Qué comerá?

3.—*Alimento del alma es el conocimiento y el amor.*

¡Bendito sea el que da el manjar conveniente a cada uno en su manera! A Dios los ángeles lo miran y comen de su vista, y quedan hartos y contentos; y el alma, ¿qué será su manjar?

—Padre, decidme: ¿Cómo come, o qué será su manjar? ¿Qué dientes tiene, o estómago, y qué calor?

—El molino del cuerpo son los dientes. También el ánima tiene sus dientes, y estómago, y calor; todo lo tiene en su manera, como el cuerpo. ¿Cuáles son los dientes del ánima? Las potencias para todos; los dientes del alma son la fuerza que tiene para entender y amar. Esa fuerza se declarará con la ayuda de Dios.

Aquello con que *pensáis* y *amáis* son los dientes del alma; aquello con que desmenuzáis el manjar del alma, aquéllos son sus dientes. Ved el mal del alma,

(2) *Ax:* aje, achaque.

y luego lo bueno. Pensando tú en tus dineros, o en la mala mujer, o en la honra vana, aquello estáis pensando; pues aquéllos son los dientes con que desmenuzáis esto que estáis pensando. Y cuando lo habéis desmenuzado, os deleitáis en ello, y lo tragáis y lo pegáis en vuestra ánima, y de él y de vos queda una cosa, una voluntad y como mal casamiento (*Gen.*, 2): *Erunt duo in carne una*. Entonces lo habéis digerido. Que no sin causa dijo Agustino: «Que si tierra amáis, tierra sois; y si carne, carne.» Porque esto es comer tu alma, juntarte con aquello que pensaste. Comiste carnero, digerístelo, y hácese hombre; comiste una lechuga, y vuélvese por la digestión en carne y sangre.

¿Qué es la causa que de la comida y del que la come se vuelve y hace una cosa? Cuando tu alma come alguna cosa y se pega a alguna cosa, comídola ha; cuando amas el dinero está tu alma endinerada; y cuando amas la mala mujer, está enmujerada, encarnizada; y cuando amas el humo de la honra, está enhonrada (3); comido ha. ¿Qué es eso? Que resulta una cosa de esas dos: que ciertamente, que si pudieses hacerte una cosa realmente con lo que amas, lo harías; aquello que mucho amas, te vuelves (4). Yo te sé decir, que si a Dios amas, Dios eres. He aquí el mal amor, y comer malo.

Digamos del buen comer. Las fuerzas del ánima son los dientes. Daisos a estudiar aritmética o filosofía, y andáis a buscar una verdad, y cuando la halláis, quedáis muy contento, y muy harto vuestro entendimiento. Aquella fuerza con que pensó aquella verdad, es el diente del ánima. Pensasteis en una palabra de Cristo, que oísteis en el sermón: *Si perdonáredes a vuestros prójimos, vuestro Padre os perdonará a vosotros; y si no perdonáredes, no os perdonará Dios* (*Mt.*, 18). Cuando te paras a pensar: «Gran cosa es el perdonar, pues que si no perdono no me perdona Dios... Pues si lo perdono, ¿qué dirán de mí?... Si no lo perdono, no me perdona Dios. Al fin quiero perdonar, porque Dios me perdone a mí», comido has. Y el que antes no podíades ver, comienza a parecer bien, y habláis al que no hablábades, ni podíades ver más que al diablo; ya os comienza a parecer bien. Comido

(3) AUDI FILIA, cap. 16.

(4) *Te vuelves aquello que mucho amas:* te conviertes en aquello que mucho amas.

habéis. Así como el mantenimiento del entendimiento es la verdad, así el de la voluntad es la bondad, y bien estáis con la cosa que le queréis bien. ¿Qué ha comido tu entendimiento? Aquella verdad, pues que con tanta fuerza os movéis a amar al que tanto aborrecíades.

4.—*Sólo Dios es hartura del alma.*

¿Cuál es el mantenimiento de la voluntad? El bien, y no hay otro mayor, ni tan grande bien como es Dios; y éste es el manjar y hartura del ánima, y ninguno otro la puede hartar, ni contentar su seno y estómago: ¡Él sea bendito para siempre! ¿Cuál es el manjar del entendimiento? La verdad. Cuando veas a Dios, suma Verdad; cuando ames a Aquel sumamente bueno, entonces estará tu ánima harta, y sin Él no. Que no es posible estar tu entendimiento harto sin el conocimiento de esta suma Verdad, ni tu voluntad contenta sin este sumo Bien y Bondad.

Ahora habéis visto: vosotros finitos y tasados, y nuestra voluntad y entendimiento tasado, y no poderse hartar ni henchirse; si no les dan y echan infinito. ¿Qué es esto? Mayor [es] la boca que todo el cuerpo. Que si al mismo Dios no conoce bien tu entendimiento, no puede ser harto; y si al mismo no ama la voluntad, no puede tampoco contentarse; hambrienta se queda. Por eso dije, que si no fuera Dios, no pudiera hartar esta gente. Cuando en hora buena vayamos al cielo, cuando veamos la majestad infinita de Dios, allí quedará muerta nuestra hambre, y diremos: Contentos estamos, no queremos más. Cuando veas aquella Verdad y ames aquella Bondad, ni te cansarás de comer aquel manjar, ni el manjar [se] cansará de hartarte; pues tu alma es eterna, vivirás para siempre, mientras Dios viviere. ¡Qué lindo manjar! ¡Qué linda bebida! Esto es lo que la Escritura dice por metáfora de comer y beber. *Ego dispono vobis regnum, sicut disposuit mihi Pater, ut edatis et bibatis super mensam meam* (*Lc.*, 22), dice Cristo. *Yo seré entonces harto, cuando apareciere tu reino,* tu gloria (*Ps.*, 35). *Imbriabuntur ab ubertate domus tuae; et torrente voluptatis tuae potabis eos:* que nos ha de emborrachar de su deleite y abundancia.

—Catad, Señor, que en decirlo, dais ocasión a los

carnales que piensen que hay en el cielo comer y beber.

—Pareció a la sabiduría de Dios decirlo así debajo de estas metáforas de comer y beber; porque no hay cosa más deseada que la vida, y ella se sustenta por el comer y beber; y de ahí es, ser cosa deseada el comer y beber. No que allá en el cielo haya manjares y bebidas y esas poquedades; porque el manjar es Dios, y esto come tu alma con los dientes, con las fuerzas que tiene para conocerlo y amarlo. Esa es la hartura que allá tendrás, conocerlo y estar contento con Él, y estar comido y harto.

5.—*Cristo, alimento del ángel.*

—Veisnos aquí un poquito dentro de la materia.

—Pues ¿qué responderemos a las palabras de Cristo nuestro Señor (*Jn.*, 6): *Mi Carne verdaderamente es manjar?*

—Habéis dicho que el manjar del ánima es *ver a Dios,* y que no le puede hartar ni contentar otro manjar; ¿cómo decís ahora que *la Carne es manjar, y la Sangre bebida?*

—Henos aquí en la mar; tened paciencia un poquito.

—Decís que el manjar del ánima es infinito; la Carne de Cristo es finita: ¿cómo puede ser manjar de ánima, no teniendo eso?

—Gran verdad dijo aquel que dijo las palabras del tema. Mirad, por dos cosas se dice la Carne de Cristo sacratísima *manjar del ánima.* Porque el fiel manjar del ánima es la verdad, también es manjar del ánima la Carne de Cristo, como su Divinidad.

¡Atentos! Vais por el campo, paráisos a mirar una encina. Decidme: ¿no se crió este árbol tan grande de una bellota? El que de una cosa tan chica hizo tan grande árbol, ¡grande es su poder! El que le dió esta frescura, ¡también la podrá dar a mí! Quien le dió a ésta fruto, ¡también dará a mi ánima fuerzas para que haga fruto! El que tanto poder y bondad usó con este árbol, ¿qué hará y usará con mi ánima? Si de mirar aquel árbol vienes en conocimiento de la grandeza, poderío y bondad de Dios, comido has; de aquello se mantiene tu ánima.

Y de aquí será, que, aunque no sea vuestra la viña, si tenéis dientes para comer, y sabéis bien hurtar, sa-

caréis vos tanto fruto y tanta renta, y aun quizá más que su dueño, si de allí sacáis conocimiento, amor y alabanzas del que la crió, y comida para vuestra ánima y edificación; de manera que os mantenéis mediante aquel árbol o viña. Porque no crió Dios las cosas corporales solamente para el cuerpo, sino para el cuerpo y para el ánima, y para que te aproveches y digas: ¡Grande es la hermosura y poder del que tan grandes y tan hermosas cosas quiso criar! Y ¿qué me dará a mí, quien a estos árboles tantas hermosuras dió? ¿Pensáis que no crió Dios el sol más que para alumbraros? Para más lo crió; que bien pudiera Él con una lumbrecilla por ahí alumbraros. Crióle para que con su grandeza y hermosura lo alabásemos y engrandeciésemos, y de esta manera comiese nuestra ánima.

¿Habéis entendido esto? Pues apliquémoslo. Los ángeles que en el cielo están...—Dejo los hombres, que eso claro está, que como en el cielo nuestra ánima tiene su manjar, que es la Divinidad, así nuestro cuerpo tendrá su gloria y comida esencial, que será la Humanidad de Jesucristo; aquélla será su comida, su abundancia, su hartura. ¿Qué será la gloria de tu oír, sino oír aquella palabra de Cristo, que será más dulce que cuantas músicas hay? Y tu alma se hartará en su Divinidad, y así serán los dos hartos, y contentos y glorificados...—Pues tomad los ángeles. Ellos están contentos y hartos mirando la Divinidad. Pues tu alma mirando el árbol, come, considerando en él las grandezas de Dios, ¿no comerán los ángeles en el cielo, considerando la Humanidad de Cristo, espantándose de sus deleites tan excelentes, y conocerán la sabiduría de Dios viendo aquella Humanidad levantada a ser supositada (5) en Dios, y a ser personada (5) en Él, y a ser[le] comunicadas sus grandezas y atributos? Si en el árbol resplandece la bondad y saber de Dios, ¿qué sabor, qué gusto tomarán los ángeles en aquella Humanidad? ¿Qué hartura en la mirar?

—Padre, abajaos un poco.

—Que me place.

---

(5) *Supositada; personada:* unida personalmente al Verbo.

6.—*La Comunión meditada es alimento del alma.*

Cuando tú piensas que has comulgado, no sea el comulgar sin que pienses: «¡Señor! ¡Que tanto me amasteis, que derramasteis vuestra Sangre por mí! ¡Que sin buscaros, me llamasteis, y sin rogároslo yo, me hicisteis, y me disteis tantos bienes, y más que me tenéis aparejados!» Cuando esto has pensado, ¿no queda tu ánima contenta y consolada?

¿Qué es eso que has comido? Párate a desmenuzarlo; que así lo has de comer; no lo tragues entero, que te hará mal. Que por eso mandaba Dios en la Ley (*Lev.*, 9), que no le ofreciesen el carnero todo entero, sino que lo partiesen por partes. Quiere decir, que para que te aproveche el Cordero pascual, que es Cristo, no lo has de tragar así a bulto todo junto, sino que lo partas. Una coyuntura es cómo nació pobre, otra sus trabajos, otra cómo fué azotado, otra crucificado, otra sepultado. No lo tragues entero; piénsalo bien, rúmialo; que aunque seas de hierro y de piedra, te derretirá el corazón, y comerás y sacarás provecho.

Mira la Sangre de Cristo, recíbela en tu alma; que bálsamo es. Para probar el bálsamo fino, échanlo en la palma de la mano, y si la pasa calentándose por encima, es fino. La Sangre de Cristo échala y métela en tu alma; que yo sé cierto que pasará tu alma, y de indevota la hará devota, y de tibia la hará ardiente en el amor de Dios, y de dura la hará blanda y amorosa. Echala en tu alma; que no hay bálsamo que tanto pase. Si no dime: cuando te paras a pensar en la Pasión de Cristo, ¿no sientes que te pega nuevo amor y nueva devoción? ¿No se te ablanda el ánima? ¿No recibes fuerza? ¿No pides perdón de tus pecados? ¿No derramas lágrimas? ¡Oh lágrimas sabrosas las que se derraman por la Pasión de Cristo, que hacen derretir en amor suyo! Pues si este pensar en Jesucristo despacio te hace vivir, y te esfuerza y contenta, eso es haber comido y estar esforzado: comido has, que a eso llamamos *comer la Carne* de Jesucristo, reverenciarla; ella te hace que andes aprisa el camino de Dios, y te da fuerza y ánimo.

Luego síguese que la gloriosa Carne de Cristo es *manjar* de tu alma, viático para andar el camino del cielo.

7.—*La Santísima Trinidad nos da la vida: la comunión la sustenta.*

¿Por qué más es la carne *manjar* del ánima? (¡Atentos!)

¿El pan que vos coméis es la vida del cuerpo? No es; que el ánima es la causa, mediante aquel manjar que toma el estómago, y tomándolo, cuécelo y envía su parte al hígado, y allí se torna a cocer, y hácese sangre, y repártese de allí por las venas. Porque la sangre es asiento del ánima; toma de allí fuerzas para vivir, y toma fuerza para dar vida al cuerpo; no sé si me doy a entender; que da vida al cuerpo y al ánima. Sopló Dios en Adán (*Gen.*, 2): *Et factus est in animam viventem.* ¿Qué fué aquel soplo? El ánima que le dió. Pues sí el Espíritu Santo, espíritu de vida del ánima, es soplo de vida, soplo de Dios. Pues así como no basta para que viva el cuerpo que tenga ánima, sino que es menester que coma, porque morirá si no come, aunque tenga ánima, así también poco aprovecha que tu ánima tenga con qué viva, si no come.

—Padre, ¿no bastaba para dar vida a mi ánima la Santísima Trinidad?

—Si ella quisiera, sí bastaba; mas ella ordenó que no sea la Santísima Trinidad sólo su manjar; mas si no come de la Sangre de Jesucristo y de su Carne, no puede vivir. Ninguna ánima está en gracia, si no es mediante la Sangre de Cristo. ¿Quién da vida al ánima? La divinidad, la Santísima Trinidad. Mas no se la da, sino mediante la Sangre de Jesucristo, como el ánima no da vida al cuerpo sino mediante el manjar. Dijo Cristo (*Jn.*, 10): *Yo soy buen Pastor, y pongo mi ánima por mis ovejas. Yo soy puerta; quien entrare por Mí, salvarse ha. Los que antes de Mí vinieron, ladrones fueron; no vinieron sino para matar y perder. Yo vine para que tengan vida.*

—¿Qué queréis decir, señor?

—Que si tú no creyeres en Jesucristo, en el Verbo humanado, que en Él está tu salud y la de todos, no puede vivir tu alma. Si no lo crees y amas y obedeces, no te puedes salvar. No te dará nadie vida, si no comes de la Carne y Sangre de Jesucristo, si no tienes fe. Esto es lo que hizo a San Pedro que dijese (*Act*, 4): *Non est aliud nomen...* No hay otra vía o título

para que el hombre se salve, sino el nombre de Jesucristo y su fe.

—¿Qué queréis decir?

—Que si se hicieren los hombres pedazos, y ardieren en llamas por Dios, si no comieren este manjar, esta fe, perdidos van; no se pueden salvar. Que así como no está la vida del cuerpo en el manjar, sino en el alma, así también como el manjar está fuera del hombre, que no es de suyo; así has de conocer que tu pan, tu remedio no está en ti, sino que tienes necesidad de mendigarlo y pedirlo a Cristo, y conocer que nuestro remedio está en sólo Él. Si este manjar no comes, es imposible que vivas. El manjar no es sólo el Espíritu, ni en él solo está la vida; mas toma la Carne y Sangre para dar vida. ¿Habéislo entendido? *Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre bebida. Verdaderamente,* no fantásticamente. Que más verdaderamente vive el ánima por esta comida, que el cuerpo por el manjar corporal. Que cuanto es mejor el ánima que el cuerpo, tanto es mejor esta vida que da este manjar.

—¿Cómo, Padre? ¿Si uno no come este manjar no puede ir al cielo?

—En la mar estamos: *Quid paras dentem et ventrem? Crede, et manducasti.* Dice San Agustín: ¿Para qué aparejas el diente y el vientre? Cree, y ya has comido. Si no me creyéredes y amáredes por Salvador y Mesías, no podéis ser salvos. Así lo expone San Agustín. Mas el Concilio Tridentino dice (*Ses.* 15, c. 8) que aquel paso se entiende de la comida sacramentalmente hecha, y esto se ha de tener, éste es el comer.

8.—*Por la fe comulgaban antes de Cristo.*

¿Veis cómo la Carne de Jesucristo es manjar del ánima, que los que fueron antes de Cristo y se salvaron, comieron este manjar, esta Carne y esta bebida? Así lo dijo San Pablo (1 *Cor.*, 10): *Omnes eamdem escam spiritalem comederunt, et eumdem potum biberunt, bibebant autem de petra, petra autem erat Christus.* Helo ahí cómo comieron.

—¿Pues cómo, que aun no era venido Cristo?

—Tenían unos dientes tan largos, y unos ojos, que llegaban hasta acá: que es *la fe* que tenían que

había de venir un Salvador, un Mesías, en el cual se salvaron. Esto es comer la Carne y beber la Sangre de Jesucristo, y por esta fe somos nosotros un cuerpo con ellos, tenemos un mismo espíritu, una fe y una cabeza. Esto, pues, es comer la Carne de Cristo, sin la cual nadie puede ser salvo. Aunque haga todos los bienes que hicieron los hombres juntos, si esto no tiene, no basta para se salvar.

9.—*Causas de la institución de la Eucaristía: A) Para que no traicionemos a Cristo, nuestro Esposo.*

Pues *creer* y *amar* es comer, y para que se salve el hombre basta creerlo así; si esto es verdad, ¿para qué se nos quedó acá en manjar en especie de pan y vino? ¿Qué os parece a vosotros? ¿Fué bien que se quedase o no? ¿Pasámonos sin Él?

Saben bien esto los que tienen mujeres livianas. Cata, Señor, que es el género humano liviano desde su nacimiento. Fuése, y subióse Jesucristo al cielo, y no nos acordamos más de Él, y por esto ordenó su misericordia de se nos quedar acá. Que, para cuando te dijeren que todo tu bien está en el cielo y es Jesucristo, no lo teniendo acá, pareciérate que andabas engañado y vago: «Yo en la tierra y Él allá; ¿qué tal estaré yo sin Él?» Ordenó su bondad manera cómo esté allá y acá, porque tengas allá tu descanso, y acá tu amor y mantenimiento. Para que cuando te dijeren que es tu bien, y te dijeren «Veslo allí», se prende tu ánima para no recibir otro que no sea tu Pastor (6).

Sois desposado, habéis de estar con la esposa. Decid—ahora que se me acuerda—, ¿por qué absuelven al hombre que está él aquí y su mujer lejos de él sin necesidad? ¿Por qué se hace tal cosa? ¿Qué regimiento lo consiente, que una bestia que se va de su dueño hay quien la vuelva, y mesón de perdidos donde la llevan, y que se esté un marido ausente de su mujer [un] año y años, y que no haya remedio ni castigo?

—Señor, ya le envío cartas y joyas, y desde acá la proveo.

—Véaos ella a vos, que eso la moverá más; que se

(6) Véase el Tratado 24.

acordará que se casó con vos, y dejará el adúltero, y llegarse ha a vos.

¡Oh! Glorifíquente los ángeles, Señor. Cartas te envía Jesucristo tu Esposo, que son los Evangelios y los pensamientos santos, los sermones y los consejos buenos que oyes; envíate presentes y joyas, que es eso que comes y vistes, y en tanta abundancia. Y con todo eso es tan grande tu olvido, que olvidas a tu Esposo, que tanto bien te hace, y pones por tu maldad los ojos en lo que tu carne quiere, en deleites, en juegos, en vanidades, en burlerías. Envíate cartas, no te aprovechan; envíate presentes, no te aprovechan; antes algunas veces son causa de mayor olvido. Y determina Él venir acá, pues no aprovechan mensajeros, para que te acuerdes, que es el primero Esposo con quien te casaste. Él es el que derramó su Sangre por ti, para que quites los ojos del adúltero y los pongas en el que es tu Pastor, y le digas: «Perdonadme, Señor, que hasta ahora que os conocí, había vivido descuidado y olvidado de Vos; ahora no quiero sino a Vos; sólo a Vos amaré y serviré.»

¿No tenéis algún amigo con quien tengáis amistad en ausencia, que le escribáis cartas y le enviéis presentes? Y si os envía una cédula con que os libréis de la muerte, estando condenado a ella, cuando este tal amigo viene, ¿qué es lo que sentís? ¿cómo os lo paráis a mirar? ¿cómo le agradecéis lo que ha hecho por vos? Que esta es ley de la presencia del amigo, que cuando viene, le relatéis cuantos bienes ha hecho por vos, dándole gracias. ¡Oh consejo amoroso lleno de alegría, lleno de amor! Quedársenos acá Jesucristo, para que cuando le veamos nos acordemos de lo que por nosotros ha hecho, y se lo relatemos, y le demos gracias por ello: «Señor mío, Vos sois el que bajasteis del cielo, y os hicisteis hombre mortal por mí, y estuvisteis en el portal; el que pasasteis hambre y trabajos por mí; el que fuisteis preso, abofeteado y azotado por mí; el que derramasteis vuestra Sangre, y perdisteis vuestra hermosura y vida en la cruz por mí. Vos sois el que tanto me amáis. Vos sois todo mi bien.» Esto has de sentir cuando vieres a tu Señor, y comulgares; si esto sientes, tu alma come y comulga: «Vos, Señor, sois el que tanto me amasteis y tanto hicisteis por mí, estando yo ausente.»

—*Haced esto en mi nombre.*

—¿Qué, Señor?

—Como yo hice, haced en mi nombre.

—¿Quién lo hará?

—No todos los cristianos, sino los ordenados solos. Como yo hice. Que si el sacerdote consagra, no es en su virtud, sino en la de Jesucristo. *Haced esto en mi nombre, y cuando lo hiciéredes, acordaos de mí.*

—¿Qué es eso?

—Muero de amores de los hombres.

—¿Qué te va, Rey nuestro, en que se acuerden unos gusanillos de Ti? Dénos vuestra Majestad licencia que hablemos; ¿por qué no nos pide sino que nos acordemos?

—Es tanto lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, que no es menester para movernos decir más, sino que nos acordemos de sus obras, de su justicia, de lo que padeció; porque aunque seamos piedras y hierros, su memoria tiene tanta fuerza, que con ella se derretirá nuestro corazón. *Memoria Iosiae in compositione odoris, opus pigmentarii* (*Eccli.*, 4). La memoria de Josías es como una poma que quita los desmayos, y como miel, que es dulce en la boca, y como música en las orejas. Y así en cualquier corazón de hombres es más dulce que la miel la memoria de Jesús. Si tus pecados te desmayan, si tu carne te aflige, si tu alma está desmayada, toma esta medicina, que huele tan bien, que da salud, y quita dolor, y da dulzura a todo corazón.

—¿Para qué, Señor, presente?

—Para que me améis, para que me gocéis.

10.—*B) Para ejercicio de nuestra fe.*

Pues ¿por qué tan escondido, que ni la vista os ve, ni el oído os oye, ni el sabor, ni el tacto os conoce? (*Isa.*, 45.) *¡Verdaderamente Vos sois Dios escondido!* ¿Para qué tan escondido? Para que sepa otra vez el demonio con quién se toma; para que rabie y aúlle y le haga se vuelva por donde vino.

Cerca Senacherib con gran soberbia a Jerusalén, y con gran confianza en su gente, envía al rey Ezechías mensajeros que se diese:

—*¿En qué tienes confianza? ¿En Egipto? ¿En tu*

Dios? No te engañen sus palabras, que dicen que venció tal y tal rey, que no los libraron dioses de mis manos; pues tampoco te librarán a ti.

Rasgó Ezechías sus vestiduras, fuése al templo, echó las cartas de esta mensajería delante de Dios. Dícele: *Señor Dios de Israel, que hiciste el cielo y la tierra,* cuyos son los reinos y señoríos: ya has oído las blasfemias de éste contra Ti. ¿Qué son los otros dioses, de obras de manos, ni qué valen para defender? *Sálvanos, Señor, de sus manos, y conozcan todos los reinos y gentes que eres tú Señor.* Envía luego Dios a Isaías que le diga: Dile a esa bestia: *Yo te haré un freno,* yo te enfrenaré, loco, *y te haré que te vuelvas enfrenado por el camino que viniste,* y que en llegando allá te maten tus hijos (4 *Reg.*, 19). Así fué, que envió Dios un ángel aquella noche al real de Senacherib y mató ciento y ochenta y cinco mil hombres; y a la mañana alza su real y vase; y en llegando, lo mataron sus hijos; para que sepa con quién se toma.

¿Cómo se perdió el mundo? ¿Cómo se perdió el hombre? Por una fe falsa que tuvo una mujer. Vino el demonio a Eva y preguntóle: *¿Por qué os mandó Dios que no comiésedes de este árbol? —Porque no muramos por ventura. —Andad,* que son amenazas, *que no moriréis; antes en la hora que comiéredes, seréis como dioses.* Cree la mujer a la palabra del demonio falsa, que serían como dioses: creyó que debajo de la manzana que veía, estaba otra cosa, y que debajo del manjar corporal había ciencia espiritual: por esta falsa fe que tuvo a las palabrs del demonio, y mediante lo que veía, creyó otra cosa que no veía. ¿Por qué se perdió? Porque creyó (7); porque le dijo el demonio que debajo de una manzana había lo que no veía, y creyólo. Pues para que sepa el demonio con quién se toma, yo haré que se vuelva enfrenado por el camino que vino. Por una falsa fe se perdió el hombre; sálvese por una fe verdadera acá, que debajo de aquel manjar corporal hay manjar divinal, que parece pan en el olor, y sabor y color; hay sacramento del Altar; crea que está allí el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y su Sangre y divinidad.

---

(7) *Creyó;* la edición de 1596, *cayó;* pero parece errata.

Pues que hubo quien creyese por una fe falsa, haya quien crea por una fe verdadera lo que no ve. Que no es mucho, pues que el demonio halló quien creyese su mentira, que halle Dios quien le crea su verdad. Por la falsa fe del demonio se perdió el hombre: por la verdadera, que está allí el manjar que da vida, se salva; que está allí debajo de aquellas especies sacramentales que veis. Pues si no estuviera escondido, no hubiera fe; y no habiendo fe, no respondiera merecimiento y vida de gloria; y así quedó el demonio confundido.

11.—*Maravillas de la transubstanciación.*

¿Por qué tan escondido? Pues ¿qué, quisiérades vos verlo? Si la reina Esther (*Est.*, 15) no pudo sufrir la majestad del rey Asuero, ¿cómo podrá una hormiga sufrir el resplandor de la cara de Cristo glorioso? ¿Cómo podrá sufrir una claridad que en su comparación la del sol es tiniebla? No hay ojos mortales que le puedan ver. O te has de quedar sin Él, o tomarlo así escondido. O has de decir que te quieres quedar sin Él, o tomarlo así, tan gran Cuerpo en tan pequeño espacio. Sí, en la menor partícula está tan entero como está allá en su reino. ¿No preguntó Cristo a un demonio, cómo te llamas? Díjole, *Legio:* Una legión de demonios, ¿cómo cabían en un cuerpo tan chiquito? —No ocupan lugar. —Así el Cuerpo sacratísimo no tiene dimensiones cuantitativas en orden a lugar. Como tú podrías tener en tu manga un millón de ángeles.

¿Cómo se puede hacer del pan Carne, y del vino Sangre? ¿Cómo? ¿Porque vos no lo entendéis, no se puede hacer? ¿No hay cosas por ahí que hace un oficial, que otro en su mismo arte no las entiende? ¿y queréis vos entender el artificio y sabiduría de Dios? ¿Si vos viérades una bellota, y os dijeran que se hace de allí una grande encina, si no lo supiérades, creyéradeslo? ¿Cómo de un grano de trigo nace hierba verde, y ni el grano es verde, ni la tierra, ni el agua? ¿Pues cómo se hace aquella verdura? ¿Y cómo se hace vino en la viña, pues en la tierra no está, pues el agua que llueve no es vino? ¿Pues cómo se convierte en vino? ¿Cómo de una cosa se hace otra? No hay otra ventaja o diferencia, sino que en

el altar se hace presto, y en el campo más despacio. ¿Es mucho que se haga eso?

¿Cómo salió Jesucristo del vientre de su Madre, quedándola Virgen entera? ¿Cómo salió del sepulcro? ¿Pensáis que las cosas de Dios que son tan bajas, que las habéis de entender? Si ellas fueran tales que vos las entendiérades, ya no fuera Dios grande (8). Quiere hacer lo que tú no entiendes, para que te humilles y sujetes tu entendimiento a la fe, y merezcas.

—Pues ¿cómo puede estar en tantos lugares? —Cuando yo hablo, ¿cuántas voces son las que hablo, una o muchas? Una, porque claro está que no tengo más que una voz; esta una, ¿no es una en las orejas de muchos y de cuantos aquí estáis? ¿Cómo es esto? Pues si en la voz se hace, ¿cómo no se podrá hacer acá? —¿Cómo puede ser, que partiéndolo se quede entero en cuantas partes se parte la Hostia? —Partid vos un espejo y miraos en él. Cuando estaba entero hacía un rostro, y partido hace tantos cuantos pedazos hay. Así acá.

¿Qué locura es ésa? ¿No querer creer lo que no alcanza la razón? Pues que eres hombre de razón, y tan amigo de regirte por ella, pasemos por esa ley, pues que no quieres creer cosa sin razón, ni hacerla: Ningún hombre coma ni beba, si no supiere cómo se crió el mantenimiento y bebida, cómo se crió el pan y el vino que ha de comer y beber. ¿Queréis saber cómo se hace y no queréis creer? Pues quedaos sin comer, pues no sabéis cómo se cría el pan y el agua y el vino en la viña. Y pues no te paras a preguntar cómo se hace, y alguna vez os traen guisado de la cocina cosa que no sabéis cómo se guisó, y calláis y coméis, haced así acá, y callad y comed.

¿Para qué tan escondido? Para que tuviese lugar la fe verdadera.

12.—C) *Para fortalecer nuestras almas.*

Dijo Cristo nuestro Señor (*Jn.*, 6): *Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre verdadera bebida.* Así es que vuestra carne es manjar, porque *el pan confirma el corazón del hombre* (*Ps.*, 103, 15).—*Super*

(8) San Gregorio.

aquam refectionis educavit me, et animam meam convertit (*Ps.*, 22, 2). Poned aquello, por vuestra vida, en vuestro repostero. Estoy yo bien en gran manera con aquel verso: *Púsome Dios nuestro Señor sobre el agua de la refección,* de recreación, de refresco, agua de refrigerio: *Animam meam convertit.* El hebreo dice: *Animam meam restituit.* Que ese bocado de pan vuelve el ánima a su lugar; esto es *volvióme el ánima.*

Vase huyendo Elías de la mala mujer Jezabel; de desesperado (ya no podía andar), pónese debajo de un enebro, y dice a Dios (3 *Reg.*, 19): *Señor, sacadme ya de esta vida, que ya no lo puedo sufrir; llevadme ya; ¿para que vivo?* Duérmese con el cansancio y el enojo. Llegó el ángel de Dios, y despertólo y díjole: *Levántate y come, que te queda largo camino. Y dióle un pan cocido en la ceniza y rescoldo, y un jarro de agua; y comió y bebió* (*Ps.*, 118, 28). *Dormitavit anima mea prae taedio.*

—¿Ya queréis descansar tan presto, Elías? ¡Levantaos con presteza, que largo camino os queda!

Guardad, no andéis tras Dios: «Llevadme, Señor», que entonces os dará más larga vida.

—*Come y bebe.*—Levantóse, y comió y bebió, y *anduvo, con la fuerza de lo que comió, cuarenta días.* ¡Qué lindo manjar!

Mas notad que el que se lo dió que comiese, el que lo despertó, ángel de Dios era. Fué oficio de sacerdote; oficio de ángeles de Dios, convidar, rogar, importunar a los dormidos, a los desmayados, a los temerosos.

Desmayado estás; murióse tu padre; perdiste la hacienda; persíguente los pecados. ¡Levántate de los pecados, vete a confesar; y come, recibe este Santísimo Sacramento! Que para eso quedó acá, para remedio de tus llagas y trabajos.

Oficio de sacerdotes es decir a las almas (9): Corre, ve, recibe este pan, que no solamente se llama *Viático,* porque nos da fuerzas para *caminar* cuando morimos, sino mientras vivimos y sentimos desmayo en el camino. Cuando vos habéis de caminar, ¿no aparejáis alforjas, y comida, y bebida y lo necesario? Pues así los que vamos en este camino, más desierto que el de Egipto, más seco de aguas, más enemigos en él, más serpientes, más gigantes, tierra que la

---

(9) *Es decir a las almas;* falta en la edición de 1596.

llama Zacarías (*Lc.*, 1) *sombra de muerte*, ¿no hemos menester provisión y comida?

Cuando vuestros hijos vinieren a razón y discreción, enseñadles luego que sean devotos de este Santísimo Sacramento del Altar: «Corre, confiesa y comulga; cata que te queda gran camino, y peligroso; más de cuarenta días, largo en gran manera.»

¡Dios se lo pague a quien a mí tanto bien hizo! Fuí devoto de este Santísimo Sacramento; y creo que se me pegó de un (10) santo varón que me lo aconsejó (11).

13.—*Responsabilidad de los que no comulgan.*

¿Cómo podéis vivir sin este pan? Yo me espanto de ello; él harta, enseña y esfuerza para andar este camino. De una vez a otra que comulgáis, se os había de hacer un año, y diez años; ni tantas como algunas mujeres, ni tan pocas como algunos hombres. ¿Qué veis en el Sacramento, que os han de hacer venir a comulgar con penas y excomuniones? ¡Malaventurados de los tales!

¿Habéis ido por mesones cuando camináis? Lléganse algunos a comer a escote, y otros dicen: «No quiero comer así; quiérome pasar acá con lo que tengo, con pan y vino, para gastar menos.» Después, alzada la mesa, paga el que comió; el que no comió no tiene que pagar. Quien comió, escote. Aquí es al contrario; los que comieron irán salvos, y el que no comiere pagará el escote de lo que no comió. No hay bolsa que pague tanto cuanto debe porque no comió; que el que no quisiere aprovecharse de este manjar, el que no lo reverencia, adora y ama, a semejanza de los que le crucificaron, pagará el escote: *El que derrama la sangre, y el que no paga el jornal al que lo sirvió, iguales son*, dice el Sabio. ¿Por qué no pagas, hermano, el jornal a Jesucristo? Había sobre

---

(10) *De un santo varón...*; de uno (1596).

(11) Su devoción comenzó (a los dieciocho años) por el Santísimo Sacramento; y así se estaba muchas horas delante de él; y de ver esto, y la reverencia con que comulgaba, fueron muy edificados así los clerigos como la gente del lugar [Almodóvar del Campo]. (Granada, VIDA DEL M. AVILA, cap. 1.)

la tierra hombres tan desdichados, que pusieron manos sobre el Hijo de Dios y lo osaron crucificar; ellos son los que lo crucificaron, ¿y tú no pagas a Cristo el jornal? Pagarás el escote, que con mayor diligencia y trabajo te sirvió que el jornalero. Algunas veces gana el jornalero cantando, y come, y descansa; y Cristo bendito, de día y de noche no descansó, entendiendo en nuestro negocio; de día sanando enfermos, y de noche orando por nosotros al Padre en los montes, ¡y apenas lo queréis ahora creer esto! No te pide otra cosa por jornal de sus trabajos sino que goces de ellos, que te aproveches de su penitencia, y de sus cansancios y trabajos y azotes, y de su obediencia y su muerte: que eso es verdaderamente *comulgar*; que eso quiere decir el vocablo, *comunicársenos* lo que nos ganó Jesucristo. ¡Y que venga Jesucristo, y que se quede acá; y que llama al cristiano y que se esté quedo! Plega a Dios él lo remedie. Que por eso permitió Dios que en Alemania perdiesen la fe; porque usaban mal de este divino Pan, permitió Dios que se lo quitasen.

Si a uno le pusiesen una espada de Roldán o del Rey Don Fernando, si el tal, en lugar de emplearla en hazañas, se anduviese cortando melones y suelas de zapatos con ella, ¿qué os parece que merecía? Que le quitasen la espada, pues tan mal usa de ella. Este divino Sacramento significa aquel alfanje con que el rey David mató a Goliat. Estaba guardado en el templo, envuelto en un lienzo, y en un lugar a manera de sagrario; y el lienzo significa los accidentes y blancura. Y este divino Sacramento degüella los pecados mejor que el otro alfanje, que era no más que figura (12). ¡Oh espada mal empleada de Roldán con que pudiera hacer tales hazañas! *Yo vine para que los que no ven, vean; y los que ven, no vean* (*Jn.*, 11) ¿Qué harán en el infierno los malaventurados, privados de la vista de Dios? *Si no viniera, y los llamara, no tuvieran pecado* (*Jn.*, 15). Vísteisme, oísteisme, llaméos, convidéos con perdón, y me ofrecí a pagar por vuestros pecados, y lo hice. Que se les ponga todo eso que habéis hecho por ellos en una balanza a su cargo. Que quien se parare a pensar lo mucho que ha hecho por los hombres y lo poco

(12) *Este divino Sacramento... no más que figura;* este párrafo falta en la edición de 1596.

que de ello nos aprovechamos, dirá que nos ha dado la espada de Roldán, y que la empleamos en cortar nabos. ¡Y que hay personas que no vendrían a comulgar, si no los excomulgasen! ¿Quién no tiene devoción a este Santísimo Sacramento? Andad, que otro día nos veremos juntos; aunque no esté yo tan alto como ahora, estarlo ha Jesucristo. Entonces oirán los malaventurados aquella sentencia (*Mt.*, 25): *Andad, malditos* de mi Padre, *al fuego eterno,* pues no os quisisteis aprovechar de Mí.

14.—*Exhortación a comulgar.*

¡Oh, glo ifíquente los ángeles, Señor, que viniste del cielo a morar con nosotros! No entendáis que viene por ese aire bajando desde allá, sino que el que está en el cielo, comienza también a estar aquí, estándose en el cielo. Y viene a buscar posada, ¿y no habrá quien diga: Venid a mi casa, Señor? ¿Pensáis que viene Él, porque se huelga de estar en el relicario (13)? No estima más el oro, que yo el lodo; ándanos llamando y convidando: ¿Quiéresme tener por compañero de casa y mesa? Hombre miserable, cuando quieres a alguno bien, querríaslo meter en lo más dentro de tus entrañas, y pegarlo a ti mismo, y hacerlo uno contigo. Pues eso quiere Jesucristo, entrar allá y morar allá, y darte allá un abrazo de amor, y de todo más hartura que cuanto se puede pensar Que venga Él acá, que ande buscando posada; ¿[y] que haya hombre que no se quiera levantar a abrirle?

Que no me contento con que no haya herejías. —¡gracias a Dios por ello!—sino que debíamos tener tanta devoción y tanta hambre de este celestial Pan, que ardiese fuego en nuestras entrañas de su amor, y que se nos hiciese cada día que no comulgásemos treinta años. ¡Y con decir: «Acá está», nos contentamos! Un elefante, con ver sangre derramada, toma ánimo para pelear; y el esposo, viendo a su esposa delante, toma ánimo para defenderla, y no hay alguno tan cobarde que no defienda a su mujer. ¡Y que no tomemos ánimo, viendo la Sangre de Jesucristo ante nosotros, para pelear contra los enemi-

(13) *Relicario* Sagrario.

gos! ¡Y que no tengamos allí nuestra confianza, nuestro ánimo, nuestro consuelo! Plega a Dios que no nos castigue con quitarnos a la lumbre de la fe. Pues en eso empleas tu ánima, que te la quiten. Entonces me vengaré. Así será su venida, bien para unos y mal para otros. Veslo aquí: para quien lo recibe, ayuda, y es paga de sus pecados; y para otros que no lo recibieron, condenación.

Mas ¿qué trabajos y cuidados ponéis en hacer cálices, y ver si son menester corporales y lumbre y otras cosas para este Huésped?; sino en hacer vajillas, y vestidos y comidas para los gusanos.

¿En qué estábamos? No nos estaríamos hasta la noche predicando. Allí estábamos: *Animam meam convertit.* «Volvióme el ánima mía.» Así que no habéis de comulgar tanto ni tan poco: las Pascuas, las fiestas, para lo que se ha perdido entre año, que se gane entonces, y las otras veces con parecer del prudente y sabio confesor (14).

Está Elías desmayado, cansado, durmiendo; come, y levántase y anda *cuarenta días* con un bocado de pan. Córtenme esta cabeza con que lo digo, si no lo halláredes así. Y así ¿estás triste, tibio, desmayado, tentado, perseguido de tus enemigos? Vete a este Santísimo Sacramento, confiesa, comulga, y hallarte has consolado, contento, esforzado, con nueva fuerza para andar el camino de Dios. ¿No es éste *el Cáliz que* harta *y embriaga?*

Dirás: Yo no tomo la Sangre. —Sí tomas, que con el Cuerpo está. En el Pan está el Cuerpo *ex vi Sacramenti,* porque la forma del consagrar del pan lo significa así; y porque no puede estar el Cuerpo sin la Sangre, dícese [ella] estar allí *ex concomitantia.* En el cáliz está la Sangre *ex vi Sacramenti,* y el Cuerpo *ex vi concomitantiae,* o compañía, que todo es uno. De manera, que junto está Cuerpo y Sangre en cada una de las especies. Por eso no diga nadie: «Poco me dais a mí.» Que no se consagra en dos especies, sino para darte a entender que en el tiempo de la Pasión se apartó el Cuerpo de la Sangre; y para significar esto, se hace.

Pues a tan buena mesa te asientas, sábete aprovechar. Pues el manjar es Cristo, la divinidad harta

(14) *Y las otras veces..., confesor; falta en a edición de 1596.*

tu ánima, su verdad tu entendimiento, su bondad tu voluntad, y allí hallarás hartura, cómele, dale posada en tus entrañas; que por eso está acá peregrino en la tierra, para que le des posada, y morará en ti, esforzaráte, inflamaráte en caridad, defenderte ha de tus enemigos, y darte ha aquí gracia, y después su gloria.

TRATADO 4.º

La Comunión y la vida divina (1).

Qui manducat meam Carnem et bibit meum Sanguinem habet vitam aeternam.

Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna.

(Jo., 6, 55.)

1.—*Preciosa promesa de vida divina.*

¡Vida eterna! ¡Oh preciosa promesa! Fuéralo si prometiera el Señor solamente *vida,* aunque corruptible, aunque enferma; ¿qué hará prometer *vida eterna* a quien comiere su Carne y bebiere su Sangre?

No es menester encarecer en cuánta estima tienen todos las vidas, pues dan de ello testimonio todas las cosas que viven, así espirituales como corporales; las cuales, como desean su ser y conservación en él, así desean su propia vida; porque a las cosas que viven, el mismo vivir es el mismo ser.

Si no, preguntadlo a un hombre enfermo que se quiere (2) morir, qué dará por dos años de vida. En Job (2, 4) está escrito: *Pellem pro pelle dabit homo,* etc. Y el Señor dice: *Quam commutationem dabit homo pro anima sua? (Mt.,* 16, 26.) ¿Qué aprovecha al rico que tenga muchos tesoros, señoríos y reinos, si se muere y lo deja todo acá? Trocaríalo todo de buena gana por una poca de vida, aunque fuese con trabajos, y pidiendo por amor de Dios de puerta en puerta. Sin vida, ninguna cosa se goza, y con ella de todas; y cuando todas fallecen, el mismo vivir da

(1) Circula por este Tratado un soplo de vida divina que lo hace en extremo agradable.

(2) *Se quiere morir:* está para morirse.

contentamiento, aunque tenga anexos muchos trabajos.

Ea, pues, los que deseáis vivir, andad acá al manjar de la vida, que es la Carne y Sangre de Jesucristo, y hallaréis en Él vida sana, alegre, rica y fuerte, y no por tantos y tantos años, sino para todos los que Dios fuere Dios. ¿Quién hay que no despierte del sueño de su olvido? ¿Quién hay que no mire con otros ojos este divinísimo Sacramento, oyendo decir, y por su boca, de que quien lo come tiene vida, y vida eterna, que convida con ella el mismo Señor?

Pues qué, ¡si supiésedes en particular cuán excelente y bienaventurada vida es aquésta! Tanto, que esta vida que tenemos—que excede en valor a todas las cosas de acá temporales, según hemos dicho, y que el hombre la ama más que a todas ellas—, es cosa tan baja en comparación de esta vida que el Señor promete a quien bien lo recibiere, que ni tiene que ver con ella, ni merece nombre de vida; antes, como San Gregorio dice: «La presente vida es una muerte prolija», con la cual el hombre está muriendo tantos años. Esta es vida verdadera; y para deciros en una palabra la nobleza y valor de esta vida, es vida *sobre toda naturaleza;* pues vale más un hombre con esta vida, por bajo y pobre que sea, que todos los ángeles y arcángeles, hasta querubines y serafines, si de ella carecen. Paraos a pensar la excelencia de los espíritus angélicos, su sabiduría, fortaleza, hermosura y bondad que pueden alcanzar por su naturaleza; todo esto junto no vale tanto como aquesta vida, que da el altísimo Dios a una vejecita, y a un pastorcico, o a otro hombre, por bajo que sea, cuando habiéndose confesado, dignamente se llega al santo altar y recibe de mano del sacerdote el divinísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

La cual vida, si el hombre no la echa de sí, no haya miedo que ella se acabe, como la del cuerpo, que por muchos puntales que pongáis, y por mucho que la queráis guardar de todos sus contrarios, no la podréis tener sin que se acabe.

¡Oh válame Dios, y qué joya tan rica! ¿De dónde a los hombres tan grande bien?

No es como quiera el negocio; no es cosa que nace de criaturas, aunque ellas la tengan y gocen; mas la fuente de ella, sólo Dios es: *Apud te est fons vitae*

(*Ps.*, 35, 10). Porque como ninguna cosa puede tener ser sino participando, en su modo, del ser infinito, que es Dios, ninguna buena, ninguna sabia, ni fuerte, si no participa de estas perfecciones que hay en Dios; así ningun árbol, ni animal, ni hombre, ni ángel puede tener vida, si de esta infinita fuente, que es Dios, no la saca. Tuya es, Señor, la vida de todos los vivos, y tú la puedes dar y tornar a quien no la tiene; que para Ti no hay nadie muerto. Y por esto se dice con mucha razón: *¡Adoremos al Rey, al cual viven todas las cosas!* (3).

Mas entre todas estas vidas, que de la única Vida, que es Dios, manan, es esta de que hablamos, que en aquel divino Sacramento se da. Y porque no pensemos que es vida obscura y triste, añade diciendo: *Y en tu lumbre veremos lumbre* (*Ps.*, 35, 10). Vida rica, vida alegre; y que quien la tiene no vive en las tinieblas, mas en lumbre semejable a la lumbre en que vive el Señor.

¿Quién hablara estas cosas? ¿Quién tendrá peso para las saber estimar: que *quien* bien *come la Carne y bebe la Sangre del Señor, tiene vida* semejable a la vida que vive Dios? ¿Qué es esto, Señor? ¡Hacéis a los hombres deiformes, y acabáis, con darles gracia en este mundo de engrandecer en ellos la imagen natural que a tu semejanza criaste, para que así como, Señor, tu vida es, tus placeres, tu negocio, tu ocio, conocerte, amarte, gozarte, poseerte para siempre jamás, des a los hombres vida, dándoles tu gracia, con que te conozcan y amen y gocen acá en *su* modo, y en el cielo en el [tuyo] (4), ¡que, según se ha dicho, valga más un hombrecito que la tiene, que millones de ángeles si carecen de ella! No es vida *corporal* ésta, que haya menester *diente ni vientre* (5); vida es del *ánima*—y es la mejor parte del hombre—, y que se ceba y mantiene de sólo Dios, y hace para siempre bienaventurados los que la viven.

---

(3) Invitatorio del Oficio de Difuntos.

(4) *Tuyo;* la edición de 1596 dice *suyo* pero es errata evidente.

(5) Alude a las palabras de San Agustín: *Ut quid paras dentem aut ventrem?*

2.—*La vida divina comunicada a los ángeles y al primer hombre.*

Y porque la divina Sabiduría conoce cuán excelente vida es aquesta, la suma Bondad crió ángeles, no con otro intento sino para que participasen de esta vida tan buena y tan delectable. Criólos en *vida de gracia;* y a los que le agradecieron esta merced y usaron bien de ella, perfeccionóles esta vida, dándoles la *vida de gloria;* porque la gracia, principio es de la gloria; y a los que la perdieron arrojólos en el infierno, excluídos de todo bien, ajenos de la vida bienaventurada, alanzados de la lumbre de Dios, y condenados a *tinieblas de fuera* y muerte que no tiene fin.

Y porque la naturaleza de Dios es la misma bondad, y por eso le es propio el comunicarse y hacer mercedes, acostumbra Él de cuando en cuando, por unos que caen por su culpa y pierden la corona que les quería dar, si fueran los que debían, levantar a otros por su misericordia, que reciban los dones y buen lugar que los otros perdieron.

Caen los ángeles malos; pierden por su soberbia la vida de gracia, que Dios de balde les había dado; y cría Dios del polvo de la tierra a nuestro padre Adán; y dándole naturaleza a él y a Eva, dióles juntamente *vida de gracia,* con la cual su ánima viva, conociendo y amando y gozando de Dios por muy excelente manera, aunque no viéndole faz a faz (porque esta vida guárdase para su galardón de quien en este mundo hubiere guardado la santa voluntad de nuestro Señor); y para que la guardasen, les puso mandamiento en que ejercitasen la obra y sujeción que a su Señor y Criador es debida. Dióles también manera cómo, aunque la vida de su cuerpo, de sus propios principios fuese corruptible y que no podía durar para siempre, por ser el cuerpo compuesto de elementos contrarios, no obstante esto, crió un árbol, el cual plantó en medio de aquel Paraíso terrenal, comiendo del cual fuese su vida conservada para siempre jamás; y por eso se llamó *el árbol de la vida* (*Gen.*, 2, 9) De manera, que les dió árboles para comer y mantener la vida del cuerpo; y otro árbol (6).

---

(6) El árbol de la vida.

para que, *comiendo* de él, nunca muriesen; y otro árbol (7), para que, *no comiendo* de él, obedeciesen a Dios, y comiese su ánima del manjar de la obra que hace al hombre conservar y aumentar la gracia del Señor y merecer la vida eterna.

¡Qué bien lo habéis, Señor, ordenado todo con vuestra sabiduría, diciendo: *Cum eo eram cuncta componens!* (*Prov.*, 8, 30). Lo del cuerpo, lo del ánima; lo presente, lo por venir; lo que habían de hacer, lo que no habían de hacer; todo, Señor, hermoso, como Vos sois hermoso.

Y no sólo fuisteis bueno para con nuestros primeros padres, dándoles vida de gracia, justicia original, señorío sobre todas las criaturas, medios para vivir y para nunca morir; mas no paró vuestra bondad en ellos, como personas particulares, sino quisisteis que fuesen cabezas de todos los hombres, y que mediante ellos, gozásemos todos nosotros de la misma vida y mercedes, participando los miembros de los bienes de la cabeza.

Convite, Señor, les hicisteis, y muy rico y muy deleitable, por cierto, y a todos nosotros.

3.—*La vida perdida por Adán, recobrada por Cristo.*

Mas así como el criado del Profeta Eliseo salió al campo y cogió unas hierbas mortíferas y desabridas (8) y las echo en la olla de que habían de comer los convidados de su señor el Profeta Eliseo, así nos aconteció aquí. Echa el criado de Eliseo las hierbas en la olla, y cuando comenzaron a comer, halláronla tan amarga y ponzoñosa, que dan todos gritos al Profeta, diciendo la angustia que sentían con el gusto de aquellos manjares; y como a quien tenían por varón santo, que podía alcanzar el remedio de Dios, dicen a voces: *¡Varón de Dios, la muerte está en la olla!* (4 *Reg.*, 4, 40.) Esto acaeció allí, y conforme a esto acaeció a nuestra madre Eva (9), que se sale al campo, y cogió, y comió, y dió a comer a su marido del amargo manjar vedado por Dios, y por eso lleno

---

(7) El árbol de la ciencia del bien y del mal.

(8) Estas hierbas fueron *coloquíntidas,* dice el sagrado texto (4 *Reg.,* 4, 39).

(9) Véase el tratado 5.º, al final.

de ponzoña; y como ellos eran *la olla* en que estaba la naturaleza humana, y de ellos la habían de tomar todos los hombres buena y sana, si tal la guardaran, tomáronla mala, enferma, corrupta, despojada de la gracia y justicia original en el ánima, y de la vida del cuerpo que antes tenía, y condenada a muerte, y sujeta a tantas miserias, que no sólo de parte del cuerpo, más aun del ánima, se diga el hombre, con verdad, *relleno de muchas miserias* (*Job*, 14, 1).

¿Quién dirá cuán amarga cosa es llevar esta vida miserable que ya es atormentada con frío, ya con calor, etcétera? ¿Y quién dirá cuán más amarga cosa es sentir guerra dentro de sí, dividido el hombre en dos partes, queriendo cosas contrarias, y ser fuerte la parte que quiere el mal, y flaca la que quiere el bien? (*Rom.*, 7, 15-24.) Esta condición que el hombre siente, este tirano que mora en nosotros, y da tan mala vida al hombre interior que desea lo bueno, cosa es que todos lo experimentan y a todos amarga.

Sintieron esto los hombres que quisieron vivir vida humana, que es vivir según razón y no según apetito; y dábales mucha pena, y quejábanse de ello; mas como no sabían el remedio de este mal, no podían escapar de él, y así se quedaron en la muerte que de Adán heredaron.

Mas el Señor, cuya misericordia es grande, inspiró a Adán y a otros que le diesen voces a Él, que era el Señor que había hecho el convite, y tenía poder para remediar el mal que había hecho su mal cocinero Adán. Dan voces a Él, llenos de amargura y tocados de la ponzoña: «¡Señor de las virtudes! La muerte sentimos dentro de nosotros, y una inclinación tan viva a pecar, que nos lleva cautivos a lo que ella quiere: ¡remedio, Señor, para tanto mal!» Estas voces dió Adán, dieron los Patriarcas, dieron los Profetas; y, por su gran misericordia, oyólos el Señor.

Moisés dió remedio para que el pueblo de Israel en el desierto pudiese beber con dulcedumbre unas aguas muy amargas, porque no pereciesen de sed y hambre; y Eliseo hizo que pudiesen comer de la olla, en la cual había amargura y muerte; el primero echando *un madero* en las aguas (*Ex.*, 15, 25), y el segundo *un poco de harina* en la olla (4 *Reg.*, 4, 41).

Alabado seas Tú, Señor de la vida y Señor de la muerte; que fuiste servido de hacer Tú solo lo que estos dos siervos tuyos hicieron cada uno por sí, y

remediaste el mundo con el *madero* de la cruz y con la *poca de harina,* que significa la santa Humanidad de tu Hijo bendito; y ordenando que Él tomase nuestra naturaleza—que es echarse *en nuestras aguas* y *en nuestra olla*—, muriendo en la cruz por nuestros pecados, siendo hecho manjar debajo de las especies de pan (10), como en el divinísimo sacramento de la Misa está, nos hiciste libres de los errores, significados por las aguas amargas, y nos hiciste fuertes para obrar la verdad que nos enseñas, confortados con aquel divino manjar que alanza la muerte y trae la vida; de tanta virtud, que con él tenemos fuerza para caminar por los limpios caminos de tus mandamientos, hasta llegar al monte del cielo, como las tuvo Elías (11) para llegar *al monte de Oreb* (3 *Reg.,* 19, 4).

¿Qué te daremos, Señor, por esta merced; que nos has recobrado la vida perdida, nos has resucitado por tu Hijo bendito, al cual llama San Pablo *autor de la vida?* (12). Y el mismo Señor dijo: *Yo vine para que* mis ovejas *tengan vida, y muy cumplida* vida (*Jn.,* 10, 10). Este es el constituído por Príncipe, y Príncipe de paz y de vida, de todos aquellos que gimen sus pecados con amargura y los confiesan dignamente; y a éstos da vida, por la muerte que Él murió en la cruz, cuya virtud se aplica en los Sacramentos, que tienen virtud para resucitar ánimas muertas, y este divinísimo Sacramento del Altar para conservar y acrecentar la vida ya recibida, y aun para darla de nuevo, según adelante diremos (13).

Este Señor es *Cordero, y quita los pecados del mundo* (*Jn.,* 1, 29): cuya muerte tuvo virtud para esto, aun antes que Él la padeciese en la cruz; por lo cual se dice *muerto desde el principio del mundo* (*Apoc.,* 13, 8).

---

(10) *De pan;* la edic. 1596 dice *de la harina.*
(11) Tócalo el Beato en el Tratado 3.º
(12) San Pedro le llama así *(Act.,* 3, 15). San Pablo le llama *autor de la salvación (Hebr.,* 2, 10) y *autor de la fe (Hebr.,* 12, 2.)
(13) Dícelo en el Tratado 9.º

4.—*Cristo, árbol de la vida, alimenta a los Santos del cielo y a los justos de la tierra.*

Este es el *árbol de la vida,* puesto en medio de la Iglesia para que quien comiere de él viva para siempre.

San Juan en su Apocalipsis (22, 2) vió la ciudad grande, por la plaza de la cual corría *un río de agua, resplandeciente como el cristal, el cual salía de la silla de Dios y del Cordero; y en cada una de las riberas* de este río *había un árbol de vida;* que *daba doce frutos en los doce meses* del año, *y sus hojas daban sanidad a la gente.*

Este río tan hermoso es la gracia del Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo como de un principio; éste riega la gran ciudad, que es la Iglesia, así a la que está en el cielo como a la que está en la tierra; porque aunque la una goza y la otra trabaja, no son dos ciudades; *una es la escogida* de Dios, *una su Esposa* (*Cant.*, 6, 8); porque la de allá y la de acá, a un Dios adora, en un Dios se arrima, a un Dios ama y sirve según su manera. A esta ciudad riega el Espíritu Santo; allá dando gloria, acá dando gracia.

En las dos riberas de aqueste río está *el árbol de vida,* que es Jesucristo nuestro Señor. Cómo está de parte de la una ribera, que es allá en el cielo, los dichosos que allá están, y que [le] (14) ven faz a faz, lo sabrán decir; que en estotra ribera, acá en la Iglesia, veslo allí como está; al cual, aunque no vemos en su resplandor y hermosura inefable, como allá, mas suspiramos por ello, y esperamos de su grande bondad que traerá aquestos ojos que derramaron lágrimas por deseo de verle, o a lo menos, porque hicimos cosas por las cuales merecíamos no verle, le han de ver con mayor alegría que acá tuvieron amargura; y que decimos con Job (19, 26): *En mi carne veré a mi Salvador.* Entretanto miramos allí con los ojos de la fe; y «el galardón de quien cree lo que no ve (como dice San Agustín), es que algún día vea lo que creía». Y pues los que ahora le ven allá pasaron por aquí, y, por creerle y amarle, gozan ahora de su

---

(14) [*Le*]; la edición de 1596 trae *la,* pero parece error, pues debe referirse a Jesucristo o al árbol de la vida.

bienaventurada fiesta, debemos nosotros contentarnos con creer lo que creyeron, y obrar como obraron, y esperar lo que esperaron, y procurar de hacer lo que hicieron.

Allí está, cristianos, allí está *el árbol de vida* en el Santísimo Sacramento del Altar; regado con el agua del Espíritu Santo, porque su cuerpo no fué engendrado de hombre, mas de la Virgen Madre y formado por el Espíritu Santo; y su ánima tan regada de Él, que dice San Juan Evangelista (*Jn.*, 3, 34) *que le dió el Padre el Espíritu Santo, y no a medida.* Este árbol da *doce frutos,* por los doce meses del año; que ahora sean los doce *frutos* que cuenta San Pablo (*Gal.*, 5, 22), ahora sean otros muchos más, en fin, esto es cierto, que recibiendo bien a este Señor, recibe el ánima frutos de vida, no para tres años o cuatro, sino para siempre jamás; y que no se acaba el fruto recibido en un mes, mas luego otro y otro, y, como Isaías dice (66, 23): *Habrá mes de mes, y sábado de sábado,* que quiere decir que nunca se acabará.

¡Qué hermosos frutos que son las gracias, mercedes y gloria que da! ¡[Qué] frescas y saludables hojas, que son las palabras que nos predicó, tan poderosas para dar salud, cuanto lo probará quien de ellas se quisiere aprovechar!

¿Estás enfermo de ira o de soberbia? Reposa debajo de una sombra de este árbol, que dijo: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón* (*Mt.*, 11, 29). Mira la frescura de aquesta sombra. ¿Puede haber cosa más hermosa que Dios humillado, y tan manso, *que maldiciéndole a Él, Él no maldice; siendo atormentado, no dice amenazas* (1 *Pet.*, 2, 23); y siendo crucificado, ruega por quien lo persigue?

Si tenéis frío de ciciones (15) por falta de caridad con vuestros prójimos, comed de este árbol divino, y seréis sanos; la cual [fruta] es: *Amaos como yo os amé* (*Jn.*, 15, 12).

Y de esta manera, si conociéredes vuestras enfermedades, y entre las hojas de sus palabras buscáredes las recetas convenientes, si las quisiéredes poner en obra con su gracia, cierto, experimentaréis *que las hojas de este árbol de vida dan salud a las gentes.*

Mas una cosa queda por declarar, y digna de ser muy notada en aquesta revelación de San Juan; el

(15) *Ciciones:* terciana.

cual diciendo, que el río tiene *dos riberas,* y por consiguiente había de decir que había *árboles,* aunque no fuese más de unos de una parte y otros de otra; no dice sino que *hay árboles en entrambas riberas* Lo cual, aunque, según algunos dicen, se puede entender según la divinidad del Hijo de Dios, la cual, siendo una, está en todas partes, parece que esto es cosa muy clara; y para que tenga el negocio algún misterio, según es razón, y porque parece más conforme a la letra, esto se debe entender de su santa Humanidad. Y aquí está el misterio: que aunque está en el cielo, que es la una ribera, también está acá, que es la otra. Mas aunque está plantado en dos partes, no son dos Cristos: el mismo que está allá, ése mismo acá; árbol de vida allá, árbol de vida acá. Y en esto parece la grande misericordia y sabiduría divina, que ordenó modo cómo siendo Él uno, gozásemos de Él los del cielo y los del suelo.

Ya cesó aquel entredicho que estaba puesto por Dios, de que ni Adán ni otro no pudiese llegar a comer del árbol de la vida, que estaba en mitad del Paraíso; y para este efecto *puso Dios un querubín a la puerta con una espada muy ligera y de fuego* (Gen., 3, 24), para que, siendo el portero tan sabio (que quiere decir querubín *cumplimiento de ciencia*), ninguno le pudiese engañar; y teniendo *espada* (que allí significaba *justicia*), no se pudiese por pleito vencer; y siendo la espada *de fuego,* y tal fuego que ninguna cosa lo podía apagar, quedase el hombre tan excluído de comer del árbol de la vida, que ni se pusiese en ello, ni aunque se pusiese, lo pudiese alcanzar.

¡Oh riquezas, oh alteza, oh profundidad de sabiduría de Dios!, que movida por tu misericordia hallaste manera para cumplir con tu justicia, que era la que tenía cerrado el camino para comer del *árbol de la vida,* no sólo la del cuerpo, mas también la del ánima; y descargando tu espada (la cual sacaron y vencieron nuestros pecados) en el inocente Cordero que nunca pecó, y cayendo su Sangre sobre el fuego de tu encendida ira, que contra nosotros tenías, fué justicia, que pues el Hijo inocente había satisfecho por los malos esclavos, tu justicia no les castigase, mas cuanto es de tu parte, los perdonaseis y recibisteis por hijos, y fuesen juntamente herederos con tu bendito Hijo que los libertó; cuyo servicio te fué tan agradable, que Tú que de antes tenías ce-

rrado el camino del árbol de la vida, y dijiste: Póngase esa guarda, porque *por ventura no coma Adán y viva para siempre,* mandas ahora pregonar: *Si no comiéredes la Carne y bebiéredes la Sangre* de aqueste árbol de vida, *no tendréis vida en vosotros* (*Jn.*, 6, 54). Allí, de comer de un árbol murieron; aquí, dicen las palabras de nuestro tema: *Quien comiere mi Carne y bebiere mi Sangre, tiene vida eterna* (*Jn.*, 6, 55).

¡Cuán diverso mandamiento aquéste, del otro!, y aunque entrambos buenos, éste mejor. Manda allí Dios: «No comáis de este árbol; y si coméis moriréis, y si no coméis viviréis!» Manda aquí Dios: «Comed de aqueste árbol, y viviréis; y si no coméis, moriréis.» Allá mandaba ayuno, aquí hartura; aquello suele ser muy penoso, esto muy deleitable; y en gran manera excede el provecho que se sigue de comer de este árbol, que es Jesucristo, al que había de no comer del otro árbol vedado.

Gracias, Señor, a tu infinita bondad, que si el primer Adán nos convidó a comer de *su olla,* en la cual había *muerte,* dándonos a comer carne muerta y que mata nuestra ánima, nos convida el segundo Adán al convite de su sacratísima Carne deificada, Carne que da vida, Carne más poderosa para remediarnos que la otra para dañarnos.

5.—*Esplendidez del convite eucarístico.*

Extendido has, Señor, *tu brazo, y convertídonos nuestro llanto en gozo* (*Ps.*, 29, 12). Y si el demonio y Adán nos convidaron a pecado y a muerte, Tú, Señor Omnipotente, que sacas de los males bienes, y cuya bondad parece más ilustre destruyendo el mayor mal, prometiste en Isaías muchos años antes, y como lo prometiste, así lo cumpliste delante los ojos del mundo y delante de los mismos nosotros. La promesa dice así: «*El Señor de las batallas hará en este monte convite de cosas gruesas a todos los pueblos, convite de vendimia, convite de cosas gruesas y que tengan medulas, y de vendimia apurada* (16); *y despeñará en este monte,* etc., *y será trillado debajo de él Moab, como son trilladas las pajas debajo del trillo*» (*Is.*, 25, 6-10).

---

(16) *Apurada:* purificada.

Alabado seas, Señor Dios Todopoderoso de las batallas, que puedes hacer todo lo que quieres. Alabado seas, Señor misericordioso, que has compasión de los que están cautivos debajo de la tiranía del pecado y de la muerte. Alabado seas, Dios verdadero, que lo que tu misericordia prometió, tu verdad lo ha cumplido; pues en el monte de Sión *una noche antes que* tu Hijo bendito *padeciese por nosotros,* hiciste un convite de tu Hijo bendito, no sólo para que comiesen los doce Apóstoles que estaban allí, a quien se dió consagrado, mas convite universal para todos los pueblos que hay en el mundo. Y es tan bastante manjar aqueste para cumplir con tantos convidados, que si millones de mundos hubiese y todos comiesen de él, ninguna mella ni falta le hallarían. Porque así como, siendo muerto, no fué acabado, sino salió vivo del vientre de la ballena, así siendo comido no es consumido, mas quédase vivo y entero, sin disminución.

Convite de gruesas cosas que tienen medulas, convite de un vino muy apurado. *Quis sapiens, et custodiet haec, intelliget misericordias Domini?* (*Ps.*, 106. 43.) ¿Qué haces, Señor, qué haces? Parece que tienes cuenta solamente con la tu Omnipotencia y con tu bondad, y no con la nuestra flaqueza. Tú, Señor, inmenso eres. que ninguna obra, por grande que sea, es desproporcionada a Ti, antes el ser grande es señal de que es tuya; porque al grande, cosas grandes le conviene hacer. Mas mira, Señor, que nuestro seno es angosto, y aunque al tuyo convenga dar mucho, es de temer que por ventura no cabrá en nosotros.

Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan los cielos, oiga la tierra y lo que debajo de ella está, y todos digan: *¡Señor, no hay cosa semejable a Ti!* (*Jer.*, 10, 6), y especialmente en aqueste convite que a todo el mundo has hecho; en el cual el manjar que recibimos es el santísimo Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, que por las palabras de la consagración allí viene. Recibimos su purísima Sangre; los sacerdotes, consagrada con las santas palabras; los legos, acompañada con el santo Cuerpo que reciben; y así no reciben más unos que otros, y todos reciben el Cuerpo y Sangre de Jesucristo; y con su Cuerpo y Sangre está su benditísima Anima, y con el Anima está la divinidad del Verbo de Dios; y donde está el Ver-

bo, está el Padre y el Espíritu Santo; y todo esto recibe el que recibe el Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor.

¡Oh, bendito sea Dios! que con tal manjar nos mantiene, figurado en las *tres medidas de flor de harina* (*Gen.*, 18, 6) de que Sara hace pan que coman los ángeles. Un Cuerpo comemos el mejor de los cuerpos; y una Anima la mejor de las ánimas, en naturaleza, y mejor que todos los ángeles y celestiales espíritus que hay en el cielo en riqueza de gracia, y de gloria y de dignidad personal: porque ella es Señor de ellos, y ellos sirven a ella. Con el Anima y Cuerpo recibimos la altísima Divinidad, que no tiene comparación con cosa ninguna; porque es un Bien sumo, que en infinito excede a todos los bienes.

Esto prometiste, Señor, hacer: esto, Señor, has cumplido; y de tal convite como éste, ningún provecho que de él se siga no debe ser increíble. Todo es poco, Señor, el provecho que nos puede venir, en comparación de la grandeza de tan excelente manjar: es poderosísimo, y por eso suficiente para desatar y deshacer las ataduras malas con que están atados todos los pueblos; y por ser *manjar de vida*, y vida omnipotente, y vida eterna, *despeñará* a su contraria *la muerte para siempre* (*Is.*, 25, 8). Y porque es convite de grande alegría, *quitará el Señor lágrimas de toda faz* (*l. c.*), y la deshonra de su pueblo que por Adán había entrado; porque así lo ha hablado el Señor. Y los tales convidados con alegría confesarán lo que creen, diciendo: *He allí nuestro Dios; esperámosle y hanos hecho salvos; éste es nuestro Señor; confiamos en Él, y regocijarnos hemos y alegrarnos hemos en su salud; porque* tales cosas hará el Señor, que *su mano descansará en este monte* (*l. c.*, 9, 10). Y cuanto Él fuere más ensalzado, y más convidados hubiere, y más aprovechados con esta comida, tanto más *Moab*, que es el demonio y pecados, *serán trillados*, y quedarán tan sin fuerzas *como las pajas debajo del trillo*.

Esto ha dicho el Señor que había de suceder del convite que había de hacer a todo el mundo en el monte Sión. Y aunque allí se hizo la primera vez, con la misma verdad se ha hecho y se hace en toda la Iglesia, consagrando los sacerdotes el Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor en manjar de convite, para que todos los que quisieren comer de él lo puedan hacer. Aquí está la mesa, que es el altar; aquí la

misma persona de Jesucristo en manjar; no falta sino el conocimiento de tan grande merced, y el aparejar el ánima para gozar de estos frutos de libertad de pecado, de consuelo de conciencia, de este destierro de muerte, de unión con Dios, y de otros muchos frutos. Y si el solo oírlos y olerlos da gran consuelo, ¿qué regocijo será el del sabor?

Echemos, pues, de nuestra conciencia los malos humores, que son los que nos impiden el deseo y buena hambre de este santo manjar, vomitándolos con confesión pura, y dando casa limpia a Huésped tan limpio.

No seamos tan perezosos que el llegar el manjar a la boca nos parezca trabajo. Mas ahora sea por lo que nos cumple, pues no podemos vivir sin este manjar; ahora sea por dar contentamiento al Señor que lo manda, y porque tal convite no salga en balde, *echando de nos,* como dice San Pablo (*Hebr.*, 12, 1), *el pecado que tenemos junto con nosotros, corramos* con limpieza de vida, con profunda humildad, con propósito de enmienda, con hacimiento de gracias, a recibir este Señor, el cual es vida, y nos dará su gracia y gloria.

TRATADO 5.º

CAÍDA DE ADÁN Y EVA (1).

(Incompleto.)

Qui manducat meam Carnem et bibit meum Sanguinem, vivet in aeternum.

Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, vivirá para siempre.

(Joann, 6.)

1.—*Introducción.*

Es tan sublimada la naturaleza de Dios, es tan flaca nuestra vista para lo conocer en Sí mismo, que hasta que estemos en su reino, donde faz a faz es visto, debemos contentarnos y satisfacer a nuestro deseo con lo conocer, rastreándolo por sus efectos, como lo dice San Pablo (*Rom.*, 1): *Invisibilia Dei,* etc. Y su discípulo San Dionisio lo dice más largo.

Y no sólo esto es verdad en lo que toca al conocimiento de su Divinidad, mas aun en el de su santa Humanidad, cuya excelencia ni hombres ni ángeles pueden comprender, porque es elevada sobre todos ellos, y tiene *nombre sobre todo nombre, y toda rodilla se le debe inclinar* (*Philip.*, 2) haciéndole reverencia, no sólo según el cuerpo, mas aun según el entendimiento, abajándose y confesando que es más alto que ningún entendimiento puede acabar de comprender; y esto queda reservado para sola la Divinidad.

Ya que presente, Señor, os tenemos hoy, vuestra festividad nos compele a hablar de Vos. Pues si no

---

(1) Tal como ha llegado a nosotros no es éste un Tratado eucarístico, sino una introducción.

os conocemos hablaremos lo que no sabemos; y la tal habla, ni es conforme a razón, ni a Vos os agrada. Mas dadnos osadía, que aunque no os alcancemos a comprender en vuestra alteza, son tantos vuestros efectos que en nosotros obráis, ya quitando males, ya haciendo bienes, *levantando al pobre del polvo, y del estiercol al menesteroso, para sentarlo con los Príncipes de vuestro pueblo* (*Ps.*, 112), que lo que nuestro corto entendimiento no alcanza mirándoos a Vos, a lo menos rastreará algo por las mercedes y efectos que de Vos recibimos. Con esto, hermanos, nos contentemos, hasta que este Señor, que aquí se nos ofrece encubierto, se nos represente en su claridad; y hacerlo ha, si de aquesto que acá podemos, bien nos aprovechamos.

Grandes y muy grandes, grandísimas y muy grandísimas son las mercedes y socorros que este Señor, recibido de nosotros, nos hace; y debemos pedir lumbre particular del cielo para conocerle; que lo que nos pudiera aprovechar, respondiendo a ello con agradecimiento, no nos sea ello ocasión de daño, si en lugar de agradecimiento, nos da olvido e ingratitud.

Y porque los bienes que la santa comunión nos hace, y remedios que de nuestros males nos da, presuponen otros bienes y otros males, que otro tiempo teníamos, convendrá comenzar a hablar de aquéllos, para saber conocer estotros.

2.—*No comerás de este árbol.*

Por lo cual os debéis acordar que cuando el Señor en el principio del mundo crió a nuestros dos primeros padres Adán y Eva, poniéndolos en un huerto (*Gen.*, 3)—que eso quiere decir Paraíso en otra lengua)—, proveyóles de manjar que comiesen y de ejercicio que obrasen. Porque el buen padre ha de mantener a sus hijos, y en ninguna manera consentir que vivan ociosos ni mal ocupados; porque ningún tiempo ni obra se puede llamar ociosa con mayor razón, que aquellos en que el hombre se emplea en mal trabajar, pues es peor lo dañoso que lo ocioso. Proveyóles, pues, Dios de ejercicio de cortesanos, más para su recreación y evitar la ociosidad, que para darles trabajo; porque no habiendo pecado, no hubiera trabajo. Y proveyóles de comida, dándoles licencia que comiesen de los árboles de aquel huerto, salvo de uno.

Mas ¿por qué, Señor, les vedáis comer de aquel árbol? ¿Tiene aquel fruto alguna cosa más con que mate o haga enfermedad a quien lo comiere? No, por cierto; pues no criasteis Vos muerte ni enfermedad, ni hubiera cosa que las causara. No, Señor, ni fué por esto, ni fué por falta de liberalidad; que no sois Vos como los que dan las mercedes tasadas, y que aun no han comenzado a dar, y ya les parece que han dado mucho. Muy dadivoso sois Vos, y quien bien os conoce hallará que lo que quitáis o no dais, es para en recompensa de aquello dar otra cosa mayor y mejor. *De todo árbol de este huerto,* dice el Señor, *comerás, y de éste no comerás.* No para que mueras de hambre, sino para que los otros árboles, comiendo de ellos, mantengan tu cuerpo, y con no comer de este árbol, sea mantenida tu ánima, y estando tu ánima mantenida y viva en Mí, goces de Mí para siempre.

—Por cierto, si el quitarnos algo ha de ser para darnos a Vos, suplicámoos con todo nuestro corazón nos lo quitéis todo, para que, más desembarazados los senos de nuestra ánima, sean más llenos de Vos.

—No os puede servir si no os obedece; no hay obediencia si no hay mandamiento para que el hombre haga algo o se refrene de algo; y por eso mandó Dios que se refrenasen de comer de aquel árbol, como en reconocimiento, como sujeción que debían a Dios; la cual no pareciera tan clara si los mandara comer de todos.

Este fué el intento del mandamiento del Señor, y éste era su galardón si fuera guardado, y puso pena de muerte si lo quebrantasen. *En cualquier hora que comiereis de él, muerte moriréis*; que quiere decir, según la frase hebrea, *verdaderamente moriréis.*

3.—*La tentación de Eva.*

Mas ¡oh humana flaqueza, que tan poco persevera en el bien, y con tan pequeña ocasión se derriba, y elige caer antes en la ira del Señor que perseverar en su gracia! Vase la mujer a pasear por el huerto. ¡Cosa peligrosa por cierto! ¡que muy bien está la mujer al lado y sombra de su marido, como las ovejas debajo de la sombra de su pastor! Vase la oveja sola, y en esto halla el diablo ocasión para la acometer, y acométela por engaño, entendiendo que fácilmente la engañará

por saber poco, y no estar su marido presente para responder por ella, o decirle lo que había de responder (*Gen.*, 3): *¿Por que os mandó el Señor*—preguntó el demonio—*que no comiésedes de este árbol?* Respondió Eva: *De todos los árboles nos mandó comer, y de este nos mandó que no comiésemos ni le tocásemos.* ¡Oh madre nuestra! Cuán claro parece que os (2) habéis cargado con el mandamiento de Dios, pues, como persona desabrida de ello, añadís a lo que Él mandó. *Que no comiésedes* dijo, no *que no le tocásedes.* Según la carne, vuestros hijos somos; y pluguiera a Dios que no lo fuéramos en parecernos carga pesada lo que nos mandan nuestros mayores, y en poner tacha a sus mandamientos y juzgar a quien los mandó. Y plega a Dios no pase este mal adelante, y que no haya algunos que estén mal con los mandamientos de castidad, de templanza, de perdonar injurias y otros semejables, y que no se escandalicen del Señor que los mandó. No se canse nadie de obedecer; pues como San Agustín dice en este lugar: La obediencia es virtud propia de la criatura racional.

Adelantóse nuestra madre en decir más de lo que Dios había mandado; mas en lo que toca al castigo que Dios amenazó si quebrantasen su mandamiento, allí quedó corta. Allí dijo de más, aquí dijo de menos. Porque habiendo dicho Dios absoluta y determinadamente que si comían morirían, lo acortó ella a hacerlo dudoso. Responde al demonio: *Mandónos que no comiésemos ni tocásemos, porque por ventura no muriéramos.* ¿En duda ponéis, buena mujer, la verdad de Dios? Cerca estáis de perderla. Y los hijos que de vos descendimos, la misma tacha tenemos. Sentimos carga de los mandamientos de Dios; queremos cumplir nuestros apetitos; y aunque Dios ha amenazado que quien quebrantare sus mandamientos será atormentado con vivos fuegos en los infiernos, no acabamos de creer que es aquella verdad, o muy flacamente, y hacémonos entender que hay una cierta misericordia en Dios, que le haga no ser verdadero. Lo cual es blasfemia muy grande, pues no es menos de esencia de Dios su verdad que su misericordia.

¡Qué alegre quedó el demonio de ver esta poca duda en el corazón de la mujer, y cuán confiado que por aquella puerta que le había abierto podía fácil-

---

(2) *Os habéis;* la edición de 1596, *nos habéis.*

mente entrar, y robarle toda su hacienda, y quitarle la vida! No se descuide nadie ni tenga en poco los males pequeños, que es tan astuto y tan fuerte nuestro enemigo, que si le dais una puertecilla, por pequeña que sea, que aunque sea de los trascorrales de casa, desde allí os hará guerra, hasta llegar a la torre del homenaje.

«¿Así, dice el demonio, que os amenazó Dios que por ventura moriríades? No se lo creáis; que, *cierto, aunque comáis no moriréis*; sino como este árbol y su fruto tienen escondida una cosa admirable y divina, que aunque parece manjar para el cuerpo y para sustentación de la vida humana, es de tanta virtud, que *si coméis de él, luego seréis como dioses* en la sabiduría, *y sabréis bien y mal*—que quiere decir, de lo que habéis de hacer, y de lo que os habéis de apartar—; sin tener necesidad de preguntar ni de ocurrir a Dios, sabréis todo lo que os conviene.»

4.—*La caída.*

Créelo la mujer; ensálzasele el corazón con aquella promesa de ciencia y semejanza de divinidad, y cúmplese lo que después se escribió (*Prov.*, 18, 12): *Antes de la caída ensálzase él corazón*. Y llevando ya en su ánima aquella mala simiente que el diablo le echó en el corazón, tan mala y de tan malos frutos, que hizo al angel diablo, alza los ojos al árbol vedado; el cual con la hermosura y fresco que Dios le había dado como a los otros, y con los trampantojos que el diablo haría en los ojos de la mujer, parecióle el árbol tan bien y tan hermoso, tan deleitable para ser visto—y por aquí sacó cuán suave sería para comer—, que sin esperar consejo de su marido, sin considerar quién era aquel que le hablaba, sin pedir lumbre a Dios para ello, sin acordarse de las amenazas de Dios, alza las manos y asióse del árbol, y comienza a coger de la fruta—y no sería muy despacio—y come de ella, y hace que su marido la coma.

5.—*El árbol de la ciencia y el árbol de la cruz.*

¡Oh mujer, si supieras cuán cara había de costar esa comida de tu desobediencia a quien nunca gustó manjar de la desobediencia de Dios! ¡Oh, si supie-

ra ese tu gusto sabroso cómo se había de pagar con gusto de hiel y vinagre! Y si tú temieras, los brazos abiertos y alzados y asidos de un árbol, y supieras lo que representabas, y cuya figura eras (3), no fueras tan cruel, y por gozar tu paladar de comer de una fruta, pusieras a tu Criador en grandes dolores y angustias. Brazos alzados al árbol vedado, manos asidas con él, haz cuenta que al Hijo de Dios has crucificado, y que ha de tener, como tú, los brazos alzados y abiertos, y manos plegadas y fijadas con duros clavos en el árbol de la cruz; árbol seco, duro, sin hojas para le amparar, sin fruto para le recrear; porque con dolores ha de pagar lo que tú has pecado por tus placeres. Muerto lo has, Eva, muerto lo has. Hijo tuyo será según la carne, y Criador tuyo es según la Divinidad. Mira qué has hecho, en ser matadora de tu hijo, y más te digo, matadora de tu Dios. Porque el mismo que será hijo tuyo según la carne, ese mismo será Dios, teniendo en dos naturalezas una persona; y aunque no morirá según Dios, morirá el que es Dios. A Él has sido traidora, a la Madre que lo engendrará muy perjudicial, a todo el mundo has echado a perder; maldito sea placer que tan caro cuesta. ¿No os parece, hermanos, que fué mala madre? ¿No os parece maldad digna de grande castigo, por hacer su voluntad contra la de Dios, ser causa de la muerte de Dios humanado? Desde que hubo pecado, hubo causa para que Dios muriese, y en la determinación de Dios quedó determinado que así fuese. Dice San Juan (*Apoc.*, 13) que *el Cordero* es Cristo, que *fué muerto, ab origine mundi*; no en Sí, porque no había entonces tomado carne, mas en la determinación de Dios, que para remedio del pecado ordenó que muriese su Hijo. ¡Oh gran crueldad de nuestros padres primeros! ¡Oh grande inadvertencia, digna de que sea reprendida, escupida y condenada de todos los hombres!

Mas sabéis que temo que la virtud de Dios y su divino juicio, que está mirando cómo nosotros reprendemos y blasfemamos (4) de cosa tan mal hecha, no se torne contra nos y diga: *Et tu in eadem damnatione es* (*Lc.*, 23). ¡Oh cristiano!, ¿hate algu-

---

(3) *Eras:* era (1596).
(4) *Blasfemamos:* decimos mal.

na vez acaecido convidarte el demonio, o tu carne, o algún prójimo, con alguna manzana vedada por mandamiento? ¿Hante convidado, quiero decir, con algún pecado? ¿Has alzado los ojos al árbol vedado? ¿Hate parecido bien el pecado, y has extendido la mano de tu consentimiento, juntándolo contigo y diciendo: *Sí quiero,* olvida[n]do lo que Dios manda, el cielo que promete a quien le obedece, el castigo del infierno, donde se paga el pecado más que con las setenas; y cerrando los ojos a todo, como animal mudo, te dejaste vencer de lo que tanto bien te quita y mal te hace? No riñas con ella, riñe contigo; que ni sabía ella tanto, ni pensaron ellos que Dios se enojara tanto ni castigara tanto aquel pecado; porque como no habían visto cómo castigaba Dios los pecados, pensaron que era cosa liviana; y no solamente Eva, mas Adán, del cual dice San Agustín: *Credit culpam venialem*; mas a quien conoce que lo que hace es malo, ninguna excusa tendrá, aunque no sepa la cantidad de la pena. Mas ¿qué dirás tú, hermano, que sabiendo que lo que haces está vedado por Dios, y vedado con amenaza de muerte eterna—lo cual no sabían aquéllos—, y sabiendo que lo que puso al Hijo de Dios en la cruz son los pecados, haces cosa que a Dios mató, renovando la causa de su muerte?

¡Oh, válgame Dios! ¿Tan bien parece un poco de deleite bestial, que aunque vaya envuelta con él ponzoña, y tal ponzoña que mata para siempre, y hace perder a Dios para siempre, lo has de tomar a ojos cerrados? El rey David no quiso beber una poca de agua que había deseado, porque se había alcanzado con mucho peligro de los otros hombres (2 *Reg.*, 23); ¡y tú quieres beber el pecado que puso a Dios, no en sólo peligro como a los otros, mas en trance de muerte muy verdadera y muy lastimera! Con mucha razón pregunta Job (6): *¿Cómo puede uno gustar lo que, en siendo gustado, acarrea muerte?* No suelen esto hacer sino los locos o desesperados. Mas si es grande mal el gustar la cosa que mata a quien la come, ¿cuánto mayor será acusar por mi comida al Hijo de Dios? Bajemos todos nuestras cabezas de vergüenza, hiramos nuestro corazón de dolor, confesemos nuestra culpa; que desde el principio del mundo hasta el fin de él, sacando al Hijo de Dios y su Madre benditísima, todos hemos pecado, aunque unos mas que otros y todos hemos sido causa de nuestro

mal y de la muerte del Hijo de Dios, y dicho con nuestras obras: *¡Crucifícalo, crucifícalo!* Porque como dice San Pablo (2 *Cor.*, 5), *por todos murió Cristo.* y por consiguiente, por pecados de todos. ¿Del árbol vedado hemos comido? Incurrido hemos en muerte de cuerpo y de ánima, como dice David: *Quis est homo qui vivet, et non videbit mortem?*, etc. (*Ps.*, 88).

Un convite hizo Eliseo a unos hombres, y el que había de cocer la olla salió al campo a coger algunas hierbas para echar en ella, y asió de unas coloquíntidas, y echólas en la olla, y cuando fueron a comer de ella amargaba mucho, y comienzan a dar todos voces a Eliseo, diciéndole: *Varón, la muerte en la olla, en la olla* (4 *Reg.*, 4) (5).

¡Oh qué claro, oh qué espiritualmente se nos declara aquí nuestro mal y la causa de él, y aun también nuestro remedio! El que hizo el convite, Dios es, de buenas cosas por cierto, dando a Adán y Eva cuerpo y ánima, y su preciosísima gracia que morase en ellos, y la justicia original con que la parte sensitiva se inclinase y holgase de obedecer a la razón, y la razón a Dios; y ni hubiese muerte en ánima ni en cuerpo; porque aunque, por ser compuesto de elementos contrarios. naturalmente se hubiese de acabar, conserváralos Dios mediante que comiesen del árbol de la vida, hasta que de este mundo los llevase al cielo, sin saber qué era trabajo, ni muerte, ni enfermedad.

Criólos señores de todas las cosas, con corazones derechos, con cuerpos hermosos y sanos, y hechos hijos adoptivos de Dios, sin guerra de tentaciones que sintiesen dentro de sí, llenos de paz, por la justicia original; todo lo cual les dió para sí y para sus descendientes, si ellos perseveraran en la obediencia de Dios. ¿Visteis nunca convite tan precioso, sabroso y tan largo, pues era para todo el mundo universo? ¡Oh si no salieras al compo, Eva Madre! ¡Oh. si no echaras mala hierba en la olla, no sintiéramos la amargura que sentimos, ni estuviéramos en los males que estamos! ¿Quién hay, aunque sea (6) corto de vista, que no experimente cuánta amargura hay en la naturaleza humana? ¿Quién,

---

(5) Trátalo el autor en el Tratado IV, n. 3.
(6) *Aunque sea;* la edición de 1596, *que no sea.*

de los que a Dios quieren servir, no gusta cada día hiel y vinagre, con los amargos tragos que le hace beber su sensualidad? (7).

---

(7) Aquí termina el Tratado, evidentemente incompleto, pues ni siquiera ha entrado en materia, que era los efectos de la comunión.

TRATADO 6.º

SUAVIDAD DE JESÚS SACRAMENTADO (1).

Qui manducat meam Carnem, et bibit meum Sanguinem, in me manet et ego in eo.

El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí y yo en él.

(Jn., 6.)

1.—*Dios es amor: Cristo es amor.*

Aunque todas las perfecciones de la divina Esencia, que son infinitas en valor, sean una misma cosa que se llama Deidad, mas en lo que toca al uso de ellas, de algunas usa más que de otras; y si se pudiesen apartar en sí mismas, serían más perfectas unas que otras a la manifestación de las criaturas. La misericordia de Dios con que hace [bienes] y libra de males a sus criaturas, si apartarse pudiese de las otras perfecciones, más excelente sería que ellas, porque es redundancia de lo mucho que Él tiene. San Juan, tan sabio de los divinos secretos, dijo (1 *Jn.,* 4) que *Dios es amor*; no porque también no sea sabiduría y omnipotencia, y otras innumerables perfecciones; mas no hallándose en la Escritura, que tan claramente se diga Dios *sabiduría,* o *poderío* o cosas semejantes, se halla escrito que *Dios es amor*; y entendamos cuánto Dios se precia de aqueste nombre, y que quien quisiere agradarle tenga su amor, y quien mucho le agradare, tenga más amor. Fuego de amor infinito es Él, y cuanto uno más se

(1) Hermoso panegírico del amor de Cristo en la Eucaristía; este Tratado podría titularse «El Corazón eucarístico de Jesús».

llegare a Él, más encendido estará, y más semejable en el amor; lo cual declara el Señor diciéndonos (*Mt.*, 5): *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecieren, y rogad por los que os persiguen y acusan, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos.*

No os engañe nadie; ninguno tiene más santidad de cuanto es junto con el Santo de los Santos, que es Dios; y ninguno se junta con Él sino por el amor, y quien más ama, más junto está. Y ésta es la piedra con que este soberano Artífice toca los corazones de los hombres, y es la señal con que Él, como el águila, examina a sus verdaderos hijos, recibiendo por suyos a los [que], confortados los ojos de su ánima con los resplandecientes y encendidos rayos que de Dios a ellos descienden, imitaren según su manera al dechado de amor infinito, que es Dios. no espantándose, ni teniendo por imposible su mandamiento, en que manda *amemos a Dios, pues Él primero nos amó. Mi mandamiento es éste: que os améis unos a otros, así como yo os amé* (*Jn.*, 15). De donde parece, que pues Jesucristo nuestro Señor es más cercano, en cuanto hombre, a la Divinidad, fuego infinito de amor, y tiene alteza sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, ha de ser mayor que todos ellos en el amor, pues lo es en la santidad y en la cercanía con Dios. Y así como a uno que mucho sabe le llaman *Sabiduría,* así a Él le llaman *Amor,* sólo (2) porque según Dios le tiene mayor que se puede pensar.

Sepan todos que nuestro *Dios es amor,* y que sus deseos son amar y ser amado, sin buscar propio interés. Y porque los que le amaren y Él amare es razón que sean buenos (porque Dios aborrece al malo y a la maldad (*Sap.*, 14), y es enemigo capital de los malos), y ninguno habría bueno si Él no lo hiciese, ordenó (con el gran deseo de tener amigos) de hacer buenos aunque muy a su costa y con mucho trabajo, y perdiendo sobre ello la vida. Atended, hombres. qué gana tiene de amigos el que murió, ¡y tal muerte!, por hacer de enemigos amigos, y tener a quien amar y le amasen (*Jn.*, 15): *Ninguno tiene mayor amor*—dijo Él—*que poner su ánima* (que quiere de-

---

(2) *Sólo;* la edición de 1596, *no sólo.*

cir su vida) *por los amigos*; porque aunque murió por los enemigos, fué a fin de cobrar amigos.

Y de esta obra tan admirable y tan costosa, con cuyo precio quiso comprar amados cuando no los tenía, se verá claro qué trato les hace cuando los tiene, y cuánto se huelga de los tener.

2.—*Amor le sacó de Sí: amor le une con nosotros.*

«El amor—dice San Dionisio—tiene dos virtudes: una que hace *salir* al que ama *de sí,* y ponerlo en el amado, y otra que es *unir consigo* al que ama.» *Salió* Dios *de Sí* cuando encarnó, cuando lloró, cuando murió; no porque dejase la Divinidad que tenía, mas porque tomó la naturaleza humana que no tenía, y porque tomó flaquezas y muerte, que eran muy ajenas de Él, y muy conformes a aquellos a quien amaba. Y así como allí *salió de Sí* el que es Vida, para morir, así en este divino Sacramento, el que es Vida y resurrección, *junta consigo* por manera inefable a nosotros mortales y miserables. Amorosísimo trato de enemigos es morir por ellos en cruz; y también lo es, hechos amigos, juntarlos [consigo] en este divino Sacramento por manera tan inefable y tan llena de admiración, que todo lo criado en los cielos y tierra no la pueden comprender.

¡Oh si Dios tanta merced nos hiciese, que nos metiese, como a la esposa, en la bodega del vino, que es el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, como dice David (*Ps.*, 70, 15) que entró *en los poderíos del Señor* y se acordó *de su sola justicia!* Tengo por cierto que del olor y sabor de amor tan poderosos seríamos hechos embriagados y olvidados de todas las cosas; y con admiración que nos sacase de nos, exclamaríamos con altísimo efecto: *Señor, ¡quién hay semejable a Ti!* (*Ps.*, 33). Entonces sabríamos sentir la grandeza de este misterio, y nos tendríamos por muy dichosos en tener con nosotros tal prenda de amor, y nos aparejaríamos con gran cuidado para lo recibir. Y después de haber hecho todo esto, entenderíamos que el amor de Cristo, según dice San Pablo (*Filip.*, 4), *sobrepuja a todo conocimiento.* Así este beneficio de dársenos Dios para que lo recibamos, es mayor que se puede entender, y más digno de reverencia y agradecimiento que los hombres lo pue-

den dar, y que la pureza, aun de los ángeles, no es del todo digna para lo recibir.

3.—*Benignidad de Cristo sacramentado con su Esposa la Iglesia.*

Bondad y benignidad, dice San Pablo (*Gal.*, 5, 22), que son dones del Espíritu Santo; y unos tienen lo primero, que es una liberalidad y prontitud para hacer bien a otros; mas este Señor que aquí entre nosotros tenemos, como es rico en amor, eslo también en benignidad, y trata a su esposa en este Sacramento según las leyes que al buen desposado le pone San Pablo (*Col.*, 3, 19), diciendo que los maridos *no sean amargos,* quiere decir, desabridos con sus mujeres. Y el Eclesiástico (4, 35) dice: *No quieras ser como león, que trastorna y maltrata los de su casa.* ¡Qué lejos, Señor, estás Tú de aquesto! ¡Y con cuánta razón deben tomar ejemplo de Ti los casados y no casados, para ser prontos a hacer bien a todos con amor entrañable!

¡Con cuánta razón dijo David (*Ps.*, 67, 11) hablando de este divino Sacramento: *Apacentaste, Señor, en tu dulcedumbre al pobre!* Dice que le apacentó Dios, y no dice con qué, sino dice que es *cosa dulce.* Gustarse puede, comprender no. ¿Quién hablará, soberano Señor, la grandeza, la dulcedumbre que aquí nos enseñas?

Que si sola una vez esta maravilla hicieras, como el jueves de la Cena lo hiciste, y nunca más lo hicieras, tuviéramos hasta el fin del mundo que hablar tan gran maravilla, tan grande bondad como es consagrarte Tú a Ti mismo, y aun darte en manjar a tus amigos, y aun a tus enemigos; ¡y la paga que te dió por tal beneficio, fué salir de allí y entregarte a la muerte! Acordáramonos de esto con devoción; celebráramoste fiesta de ello, enterneciéranse nuestros corazones con tal memoria, como lo hacemos de los beneficios de tu Encarnación, vida y Pasión y de todos los demás. Y por enseñar Tú el invencible amor tuyo y la mucha dulcedumbre de tu Corazón para con nosotros, no te contentaste con igualar este misterio con los otros, ejercitándolo una vez no más, y que hiciésemos memoria de él; mas quisiste que como una vez te consagraste, tengamos

poder los sacerdotes de te consagrar tan verdaderamente como Tú lo hiciste; y no a uno, o cinco o diez, mas para mayor manifestación de tu deseo con que deseas comunicar tu poder, a innumerable número de sacerdotes.

Y si cada uno, Señor, te consagrara una vez en toda su vida, fuera grande merced y grande milagro; y si dieras licencia que, una vez no más en la vida, pudieran comulgar tus cristianos, también lo fuera. Mas ¡oh fuente de dulcísimo amor! que te consagran innumerables sacerdotes, y te reciben innumerables pueblos; y tan a la continua, que según por lo que del mundo está descubierto, y especialmente en nuestros tiempos, podemos conjeturar que de veinticuatro horas que tiene el día y la noche, muy pocas quedan en que no vengas del cielo a ser consagrado en este altar, y en las ovejas, que juntamente tienes en muchas partes (3), y tantas veces, que parece que todo te empleas en andar camino del cielo a la tierra. Mas no vienes Tú, Señor, descendiendo de allá acá por medio sino que desde do te estás sentado a la diestra de Dios Padre, y sin te mudar de allí, en diciéndose las palabras de la consagración, quedándote allá, estás acá, trescientos mil cuentos de leguas lejos del cielo donde Tú estás. ¿Quién te ha hecho, Señor, tan ligero, que creo muy más ligero que el sol y que el primer cielo, cuya velocidad es mayor que la de una saeta, y que de todas las otras cosas, y parece incomprensible al humano entendimiento?

Cierto, si a un criado tuyo o a muchos mandaras que anduvieran estos caminos, y tantas veces, por amor de los hombres, fuera tu amor admirable, y nuestro agradecimiento y servicio muy justo. Mas así como Tú eres el que nos criaste y el que nos redimiste en la cruz, sin enviar criado a que esto hiciese, así en lo que toca a nuestro mantenimiento y trato de nuestro amor, no te quisiste fiar de tercero; mas Tú mismo en tu propia persona nos vienes a ayudar cada día, y te encierras por admirable modo debajo de los accidentes de la criatura, dándotenos por manjar cada día, para que vivamos en vida de gracia, como por Ti vivimos en vida de naturaleza.

---

(3) Y en las orejas, que juntamente vienes en muchas partes (1596).

¿Qué sed es aquésta, Señor, que tienes de presencialmente visitar al hombre y meterte en sus entrañas? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres con tan continua e importuna recuesta? Dínoslo por tu misericordia, ¿por que lo haces? Y enséñanos ese horno de tu Corazón de ardentísimo amor, que te cumple hacer tales obras.

No se puede responder a esta maravilla tan grande, sino por vía de admiración. San Basilio responde diciendo: «¡Oh milagro! ¡Oh bienquerencia de Dios, que el mismo que está a la diestra del Padre sea tratado en las manos de los hombres!» Esta es la respuesta, cristiano, de lo que deseas saber, que la causa de tan admirables frutos, la raíz del amor es y bienquerencia de Dios; que no bastara la bienquerencia de otro. Como la justicia de Dios se llama ser *alta, como montes de Dios* (*Ps.*, 35) (y manera es de hablar hebrea, que queriendo encarecer una cosa, dicen es «como cosa de Dios»); bienquerencia de Dios es aquésta, y por eso grandísima y admirable es, y que excede a todo humano entendimiento. Amor le trajo al mundo; y después de venido, le hizo trabajar el amor de mejor gana y con mayor cuidado que trabajó Jacob por Raquel (*Gen.*, 29); y al fin de la vida embriagóse tanto con el amor de las criaturas que él mismo crió (como Noé con el vino de la viña que plantó), que se desnudó como él de todas sus ropas, como quien no puede sufrir tal calor; y así desnudo fué puesto en la cruz, donde su mal hijo, el pueblo de Israel, lo menospreció y crucificó; y aquel mismo amor que allí le hizo desnudar de sus ropas, en el Sacramento le hace vestirse de las ajenas, para que sea *comida de vida* a las ánimas, la cual las ganó con su muerte. ¡Oh admirable negocio, digno de que siempre estemos en perpetua admiración! Allí se quita la ropa, quiere decir, disimula su fortaleza, no usando de ella para poder padecer. Aquí el amor le hace cobijar su gloria y esconder su resplandor debajo de accidentes de pan, para que le podamos comer. Porque si Él no inventara estas nuevas invenciones, ¿cómo pudiera padecer en la cruz, ni comerlo nosotros en este Sacramento?

Admirables son, por cierto, a toda sabiduría humana y angélica; mas lo que te mueve, Señor, a hacer obras tan admirables, el amor que nos tienes es Este te tiene en estas prisiones de accidentes de

pan y de vino, para que hartemos nuestra hambre de Ti, como te tuvo preso de prisiones corporales en el tiempo de tu Pasión, para hartar la rabia de los que mal te querían. ¿Quién podrá contar la grandeza de este amor con que vienes tan impaciente de sufrir dilación y ausencia, pues que no puedes pasar un día sin dejar de ver a tu esposa, que es el ánima cristiana; y no sólo sin verla, mas aun estar muy cerca y abrazarla y juntarla contigo?

4.—*Finezas de Jesús en su vida mortal y en la Eucaristía.*

Señales de amor son aquéstas que el Señor en aqueste Sacramento nos muestra, que si bien se mira, parece que exceden a todas las demás que nos ha mostrado.

Enseñónos amor en aquel día, que siendo Dios, se hizo hombre, y como canta la Iglesia: *No aborreció de entrar en el vientre de una doncella* (4); mas si cotejamos la pureza de aquella doncella y la impuridad de nosotros, espantarnos hemos más de cómo no aborrece de entrar en el pecho del pecador que en el vientre de la Santísima Madre.

Y si consideramos su santo nacimiento, portal, pesebre, pobres pañales y su santa y dulce niñez, que toda ella convida a que lleguen los hombres a Él, veremos que así como el Niño bendito recibe dulce leche de los pechos de su sacratísima Madre, así Él todo de dentro y de fuera es ternura de leche y miel para nosotros. Y aunque esto sea gran consolación, como lo es, mas cuando un hombre mira con ojos cristianos a un sacerdote vuelto a la gente que ha de comulgar, y ve al Señor puesto en sus manos encima de una patena, hecho manjar con que vivan los que son sus criados, y no vestido de la ropa de su majestad, mas de unos accidentes de pan, que por ser accidentes son más pobres y bajos que los pañales y faja con que le envolvió su sacratísima Madre en Belén; y [que] estaba allí el Niño con la cantidad de una tercia, o más, que los niños recién nacidos suelen tener, y la que aquí lo mide, a duras penas tiene dos dedos; y que allí estaba en un pesebre cercado por

(4) Del himno *Te Deum.*

abajo y abierto hacia arriba, cual Él lo crió para que recibiese a su Criador; y mi corazón, que recibe a este Señor, está muy al contrario, pues está abierto para recibir las cosas viles y bajas, y cerrado (5) o que muy tarde abre a su Criador.

Allí cuando vinieron los tres Reyes, estaba el Niño en los brazos sagrados de la purísima Virgen, cuya santidad es tanta, que aunque la niñez del Niño bendito convide con su dulcedumbre a llegar a Él, mas la majestad de la Madre inefable parece que hace temblar a quien allí se llegare; y acá ¡tiénelo un sacerdote en sus manos, flaco como nosotros, pecador como nosotros, y que no hay por qué huir de llegar!

Y yo no sé cuál fué el favor que fué hecho a los pastores para que llegasen al Niño la noche de su nacimiento, ni los tres Reyes Magos que le vinieron a ver. Lo que la Escritura dice es, que *tendidos en el suelo le adoraron*; y cuando mucho favor les fuese hecho, sería que besasen los pies del Niño, teniéndolo su Madre en los brazos, y con esto serían los pastores muy bien pagados del camino y de la prisa con que vinieron al portal de Belén, y los grandes trabajos que los tres Reyes Magos pasaron en el largo camino desde Persia hasta Belén, y de haber puesto su vida a riesgo de perderla por confesar que había nacido Rey nuevo en la ciudad donde Herodes reinaba. Mas ¡oh dulcísimo Señor, cuán más breve camino andamos nosotros que Reyes y que pastores! ¡Con cuán menor devoción venimos aquí, y sin los peligros de muerte a que los otros se pusieron; y hallamos al mismo Señor en las manos del sacerdote, que aquéllos en los brazos de la Virgen! Y dánnoslo, no sólo para besarle los pies, mas para recibirle en nuestras entrañas, que más adentro no puede entrar. San Crisóstomo dice: *Admirabilis unio inter Christum et accidentia, per quam qui videt, tangit, comedit, dicitur videre Christum,* etcétera. Cuántos hay que dicen ahora: Deseo ver la cara de Cristo, sus vestiduras, su calzado, su figura. Pues sábete que en el Sacramento a Él ves, a Él tocas y a Él comes. Tú deseas ver sus vestiduras, y Él te concede no solamente verlo, mas comerlo, tocarlo y recibirlo dentro de ti.

En la cruz, ¿qué otra cosa da más que su Sangre,

---

(5) *Y cerrado;* la edición de 1595, *o cerrados;* errata corregida en la edición de 1603.

y su Pasión y misericordia para el hombre, por cuyo consuelo *da voces el Señor, que fué desamparado* y desconsolado? Mas allí está tan guardado de sus enemigos, que sus amigos, por mucho que lo deseen y lloren, no pueden llegar a Él. Y aquí está tan puesto en nuestras manos, y tan abierta la puerta, que Él está rogando consigo, y sólo aquel que no quiere no llega.

Y aunque el verle derramar su Sangre en la cruz es grande consuelo para el pecador, mas como se derrama por todos, y es menester que se aplique a cada uno en particular, por eso es necesario que tú le recibas en tu pecho con fe y amor, para que participes de tantas riquezas como allí se dan. Gocémonos, pues, de que esté una medicina hecha con que pueden sanar todos los males. Mas no basta estar hecha, si no es recibida aquí. Una cosa es hacer la medicina, otra cosa es recibir en nosotros la medicina que allí se hizo. Por lo cual es aquí la consolación más íntima y particular que la que sacamos de allí. Allí muere el Cordero bendito en precio de mi redención; aquí se me aplica la redención recibiéndolo a Él. Fué [allí] molido y atormentado, y perdió la vida, para que tanto me fuese más sabroso y provechoso, cuanto más hubiese padecido por mí; y aquí se me da en manjar dulce, y bebida de consuelo, el que por mí bebió allí hiel y vinagre.

Espantado de esto, exclama San Crisóstomo diciendo: «Mira con qué honra eres engrandecido, etc. Mira de qué mesa gozas, que los ángeles que la ven no osan mirarla libremente, por el gran resplandor que de ella procede. Con este Señor somos nosotros apacentados; a Éste somos unidos, y somos hechos un cuerpo y una carne de Cristo (*Ps.*, 105): *¿Quién hablará los poderíos del Señor, y quién cantará las alabanzas de Él?* ¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con la propia sangre de él? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que, después de los dolores del parto, entregan sus hijos a otras mujeres que les den leche y los críen. Mas esto no sólo no lo consintió Él, sino que con su propia Sangre nos mantiene y nos junta consigo.»

5.—*Del que come salió el manjar: y del fuerte la dulcedumbre.*

¡Cosa grande es aquésta, que sobrepuja todo nuestro sentido, y no la pudiéramos entender, si la fe de la Iglesia no nos la afirmara y no nos la enseñara! Dificultosa pregunta fué la de Sansón que hizo a los filisteos (*Judic.*, 14): *Del que come salió el manjar, y del fuerte la dulcedumbre* (6). Y si no la declarara aquélla [Dalila] a quien él la descubrió, no supieran ellos responder: *¿Qué cosa hay más fuerte que el león, ni más dulce que la miel?* ¡Oh inefables maravillas, manifestadoras de la bondad divinal en aqueste divino Sacramento que entre manos tenemos! ¿Quién vió matar al hijo del rey para que lo coma el esclavo? ¿Quién da al hombre, para que con él sea mantenida su propia gallina, su propio gusano, su propia hormiga, su propio perro, que no sólo ningún provecho le trae, mas le ha ofendido y mordido?

El que come de todas las cosas, por razón y justicia, Cristo es: quiere decir, que no se ordena Él para fin de ellas, como menor a mayor; mas todas ellas, como menores, le deben ser sujetas, y le deben servicio y amor, y si menester fuere, deben perder la vida para que Él viva, y para que su honra y su ley esté en pie. ¿Quién tornó estas cosas tan al contrario, que Aquel que es Señor de todos, y tiene derecho para mantenerse de todos, venga a morir Él, y en un madero, y sea hecho manjar de sus criaturas que le han ofendido? Según lo demuestra esta presente festividad, lo podrá comer cada uno que lo quisiere, estando dispuesto según el Señor lo tiene dispuesto y su santa Iglesia romana.

¡Oh fuerte León de la tribu de Judá! ¡Oh fortísimo diamante!, tan fuerte, que ni azotes, ni bofetadas, ni muerte, pudo quebrar el fortísimo amor que a los hombres tienes; ¡cuán suavemente, de aquella Pasión, que tan esforzadamente pasaste, has sacado la dulcedumbre de miel que, cuando nosotros te recibimos, gustamos!

En el león de Sansón, solamente en la boca había dulcedumbre de miel. Mas así como, Señor, siendo León, te hiciste Cordero, así no sólo tu boca, mas todo

(6) Véase el Tratado 7, n. 2.

Tu entero, eres dulce, suave y consuelo del ánima que te recibe en este divino Misterio, estando bien dispuesto.

Hartólos Dios—dice la Escritura (*Ps.*, 80)—*de miel que salió de la piedra.* Todo Tú fuiste piedra en la cruz padeciendo; todo Tú eres miel para quien te recibe en el Sacramento. Y si cosa hay (que sí hay) por la cual el Apóstol San Pablo (2 *Cor.*, 1) llama a Dios: *Dios de toda consolación, y Dios de solaz,* es por el consuelo que da con dar a su Hijo en manjar, o principalmente por esto le conviene este nombre, y el que en otra parte (*Ps.*, 144) dice David: *El Señor es suave para todos, y las misericordias de Él son sobre todas sus obras.*

6.—*¡Venid a comulgar!*

¡Aquí, aquí, hombres, los que andáis desconsolados, afligidos en vuestras conciencias, anheleados con diversas causas de amarguras, cuales vosotros sabéis: aquí halláréis miel, azúcar y toda blandura, que venza con su dulcedumbre a la amargura que traéis, cualquiera que sea! Dejad vuestras malas cargas de pecados, que os abajan hasta el infierno; dejad vuestros superfluos y demasiados cuidados llenos de congoja, para que vuestra ánima pueda correr los caminos de Dios. Y si no sabéis dónde echar cargas tan pesadas, ni conocéis quien os tenga tanto amor, que os quiera descargar de ellas, anúncioos, no con engaño, sino con verdad, y verdad de Dios, que está allí un Señor de hombros tan fuertes, que podrá llevar sobre Sí el peso de vuestros pecados, y ya lo ha llevado; que es de tanta sabiduría, que de los negocios que vosotros cuidáis, y no acertáis, y que más os enlazan mientras más pensáis libertaros, Él (7) los tomará a su cargo, los solicitará y dará mejor suceso que vosotros podéis pensar, ni aun desear. Y sabed que este Señor tan fuerte en sus hombros, de tan sabia cabeza, es tan amoroso y tierno en el Corazón, que iguala la liberalidad con la riqueza, y el amor con el poder y saber, según de Él está escrito: *Según la grandeza de Él, así es su misericordia.*

---

(7) *El;* la edición de 1596, *y El.*

7.—*Mi yugo es suave y mi carga ligera.*

Verdadera palabra os digo; tened fe para la creer no porque la digo yo, sino aquel Señor que allí está; que aunque Él calla, manda que yo hable por Él lo que Él habló cuando estaba y predicaba en vida mortal. Mas esto que yo dijere con mi lengua de carne, Él lo está diciendo con su Corazón, y con harto mayor clamor (aunque no se oiga con las orejas) que será el que yo diere en las vuestras, por alto que hable. Esto dice el Cordero de Dios, que allí está encerrado, a todo el mundo, y a todos los que estáis aquí (*Mt.*, 11): *Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí que soy manso y humilde de Corazón, y hallaréis holganza para vuestras ánimas; porque mi yugo es suave y mi carga liviana.* A todos convida el Señor, y el remedio de todos los males ofrece, y de balde lo ofrece, pues es tan poco lo que pide, que aun con esta merced que nos hace se ofrece a tomar todas nuestras cargas sobre Sí, con que nosotros tomemos su carga y llevemos su yugo.

Mas, Señor benditísimo, y cuán poco nos engañas en este trueco, pues que las cargas que nosotros te echamos a Ti fueron nuestros pecados y grandes maldades, que, como dice San Pedro (1, 2), *el cual llevó nuestros pecados sobre su cuerpo y sobre el madero,* que es su cruz; cargas pesadas, que te hicieron sudar, y aun gotas de sangre, y aun derramarla toda en la cruz; y a trueco de estas cargas tan pesadas, quieres Tú que llevemos la tuya suave y liviana, conviene a saber, humildad y mansedumbre, y otras virtudes, las cuales llevan a un hombre al cielo con su ligereza, como el pecado lo lleva al infierno con su pesadumbre. *Tu carga,* Señor, el amor tuyo es, el cual no apesga al hombre hacia las cosas de la tierra, ni le da trabajo, antes hace que tu Ley le sea suave y los trabajos corporales le san dulces, pobreza, deshonra, pedradas y ser azotado y muerto por Ti.

Las alas del ave peso son, mas peso que lleva a todo el cuerpo; y si propiamente las quisiéremos nombrar, alivio son, no trabajo. ¡Qué cosa más suave que amar, y amar a la suma Bondad y hermosura infinita! Carga con sólo nombre de carga, y como dice David (*Ps.*, 93), *trabajo fingido en el mandamiento.* Y a trueco,

Señor, de que te amen, te encargas de nuestras cargas; y no prometes recreación y holganza liviana, ni por de fuera, como el mundo y la carne la ofrece; mas *holganza para nuestras ánimas,* firme, interior, que llega hasta recrear y henchir los senos de nuestras entrañas.

Y esto, Señor, que de palabra dijiste, de ser tu *carga liviana,* aunque no ha menester otra prueba sino decirlo Tú, que eres suma verdad, que ni puedes engañar a nadie ni ser engañado, mas para que con mayor provecho y recordación se sienta en nuestras ánimas, quisiste confirmar tu palabra, llena de verdad, con obra maravillosa, que en este Santísimo Sacramento has obrado.

Dime, hermano, ¿quién está encerrado debajo de aquella blancura? Si católico quieres ser, tienes de creer que está allí el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, el mismo que está a la diestra del Padre, aunque allí manifiesto y aquí escondido; porque allí está dando gloria a los que lo miran, y aquí dando merecimiento de fe a los que lo creen. Pues si su Cuerpo, y todo entero, está aquí, ¿cómo tomando la Hostia en las manos no pesa más que pesaba antes de la consagración? ¿Qué se hace del peso del cuerpo, y cuerpo tan grande? No parece, no obra, ni más ni menos que si no estuviese allí. Para que entiendas que como allí, tomándolo en las manos, no hace peso, así tampoco lo hace tomar su Ley y su obediencia en las manos, que quiere decir las obras. Y a quien le parece que la guarda de sus mandamientos es grande carga, entienda, como dice San Agustín, que no ha recibido de Dios el don de su amor, con que la guarda de la Ley se hace suave.

Y si aquí está alguno a quien esto falta, y desea alcanzarlo, y me preguntare qué hará para ello, no sé mejor remedio que aparejarse con la gracia que el Señor le diere, y confesarse y llegarse al altar, donde está el fuego de Dios que del cielo vino, y recibir aquella Carne sagrada, que por estar unida con la Divinidad, la llama San Juan Damasceno *carbón encendido*; y metiendo el fuego en las entrañas, serán participantes de su calor e imitarán al que por ellos murió por amor. Y de ahí nacerá alcanzar las otras virtudes que ha menester para otra vez bien comulgar y para vivir como cristiano. Y si me preguntas cuáles o qué tales son, doyte por libro en que las leer, por retablo

en que las mirar, este divino Sacramento; que no sólo tiene fuego de amor para encender, mas lumbre para enseñar, porque en él sólo está proveída la Iglesia de uno y de otro, como en la vieja Ley en el templo había panes de la proposición para mantener, y lumbre de candelas para mirar (*Exod.*, 25).

8.—*Contra el lujo en vestidos y casa.*

Considera, cristiano, atentamente y despacio esta obra de Dios que aquí está; pídele don de entendimiento para en aquello visible entender lo invisible, y sacar luz de doctrina para acertar en lo que debes hacer, como también hay allí pan y esfuerzo para caminar. Allí le verás vestido, según hemos dicho, de vestiduras de poco precio, de accidentes de pan; y entiende tú, que estar tan pobremente vestido es reprenderte a ti de tus vestiduras preciosas, muchas, curiosas y delicadas. Avergüéncese el pecador y esclavo de traer curiosamente vestido un cuerpo corruptible, flaco, sujeto a pecados, cuanto más si viene a recibir a este Señor, el cual quiso, para nuestro ejemplo, estando ya inmortal y glorioso, vestirse más bajamente que cuando aun vivía acá en forma de siervo. Cosa parece contra razón; pues que las ropas de fiesta y de gloria deben ser más preciosas que las del trabajo de entre semana y del tiempo de la penitencia. Mas fué tanto el mal que Dios nuestro Señor vió que había de venir al pueblo cristiano por los muchos excesos y vanísima vanidad de estos vestidos y aparato de casas, que no se contentó con dar a entender cuánto le desagradan, con vestirse Él bajamente en el tiempo de su mortalidad, cuando sudaba y trabajaba haciendo penitencia por nosotros; mas para *cumplir toda justicia* que decía, con obras, muy más claro que si fueran palabras, subido ya al cielo, reinando sobre todos los ángeles, celebrando victoria y lleno de gloria. desciende a nosotros más pobremente vestido que estaba de antes, añadiendo humildad sobre humildad, para que, como dijo a Moisés (*Exod.*, 7): *Si no creyeron por el milagro de la primera señal, crean por la segunda.* Mas quien ni por la humildad del Señor en la tierra, ni por la que nos enseña siendo ya glorioso y encerrado en este Sacramento, no entiende o no quiere medirse en sus vestidos y pompas, disconforme

está del Señor, pues viene a recibir al que está vestido de ropa de tan poco precio, trayendo él *las señales de soberbia,* como la reina Esther (14) llamaba al atavío precioso.

9.—*Aprended de Jesús Sacramentado.*

Pues si quieres gozar de la buena cara y frutos de este Señor que allí recibes, conviene aprender de Él, y como espejo miraros en Él, y quitar lo contrario, y poneros semejables a Él. Mirad su humildad, su mansedumbre en sufrir a todos, buenos y malos, que lo reciben; mirad la obediencia, tan sin resistencia y tan presta, que tiene al sacerdote que lo consagra y tiene en sus manos; en siendo llamado de las palabras de la consagración, luego viene; y si el sacerdote lo quiere alzar y tenerlo alzado mucho o poco, Él no se resiste; y si lo quiere menear de una parte a otra despacio o de prisa, tratándolo con razón o sin ella; si lo quiere tener mucho en el altar, si lo quiere tener poco, a todo obedece como si fuese inferior a todo calla como si no supiese hablar. Todo lo sufre como un cordero, y no tiene movimiento propio, sino como las especies sacramentales son movibles por la voluntad del sacerdote, así se mueve o pára Él sin resistencia ninguna.

Aprendan de Él los hijos que quieren bien comulgar, a obedecer a su padres; las mujeres a sus maridos; los súbditos a los señores, los legos a los sacerdotes; para que recibiendo los obedientes al obediente, reciban corona de su mano, como Él la recibió de su Padre.

No sea nadie porfiado, no pertinaz ni pesado en su parecer, no amigo de su voluntad, pues ven a este Señor no tener movimiento propio, sino dejarse llevar sin elegir esto o aquello.

Aprendan los grandes a no extender sus grandezas, ni piensen que mientras más libremente hicieren lo que quieren, tanto más grandes son. No es poder usar mal del poder, mas usar de él según razón y derecho; pues ven este Señor, grande sobre todos los grandes, no usar de su grandeza, mas renunciar lo que le era lícito, y ponerse en aquel altar el que, según su valor, es más grande que todos los ángeles, y según el cuerpo, tiene estatura grande de hombre bien propor-

cionado, y está allí tan abreviado que no excede a dos o tres dedos, y hecho manjar que lo pueda comer, como lo canta la Iglesia, *el pobre, y el siervo y el bajo.* En la cruz se extendió todo su cuerpo cuan grande él era; y aun los sayones con estirar de sus brazos, le extendieron en más cantidad que Él tenía; y Aquel extendido en la cruz sobre Sí, se abrevia aquí en menor cantidad que la suya, para darnos a entender que si grandes queremos ser, lo seamos en la virtud, lo seamos en el padecer por ella y por el bien de los prójimos; como dice San Pablo (2 *Cor.*, 1) que fué *atribulado sobre sus fuerzas,* porque le dieron más trabajos de los que parece podía llevar. En estas cosas es bien extenderse, y hacer hasta más no poder; mas en el tiempo de la honra, y en el uso de la prosperidad y del mando y poder, deben los hombres abrazarse con la humildad, y tenerla por inseparable compañera de la alteza y prosperidad, si no quieren verse derribados tan bajos y con gran deshonra, cuanto primero estaban subidos y lozanos con la vanidad. Miren que el gran Dios se hizo hombre pequeño cuando encarnó; mírenlo hecho aquí más pequeño delante de nuestros ojos, y tengan por abominable atrevimiento, y digno de recio castigo, que se ensalce el gusano, viendo humillado al Rey de la majestad.

Vayan a recibir obedientemente los humildes al manso y humilde, los obedientes al obediente; los amorosos al amoroso. La vida buena que comenzaren no sea para un día; perseveren en ella, acaben lo comenzado; que eso quiere decir ponerse el Señor debajo de figura redonda en aquella Hostia, que es figura perfecta, que ni tiene principio ni fin. Y, como dice San Dionisio, «El amor hace vuelta redonda», porque torna a Dios, del cual procedió.

Y de esta manera sentirán la consolación que se da en comulgar, y cuán de verdad se llama este Sacramento *mesa de paz,* por el mucho consuelo que pone en el ánima; y de tal manera, que aunque un hombre reciba el sacramento de la Confesión, le parece quedar falto y desconsolado no recibiendo la Comunión. Testimonio de esto dió Absalón, que habiéndolo perdonado su padre, y traídolo a la ciudad donde estaba, no gozaba de su consuelo; y quejándose de cómo no veía a su padre, dijo al capitán Joab (2 *Reg.*, 14): *Si no tengo de gozar de la presencia y conversación de mi padre, ¿para qué vine acá?*

Este es el trato que entrañablemente consuela al pecador, verse sentado a una mesa con su Señor, como se suele hacer entre los que bien se quieren; y verse tan regalado, que el mismo Señor se le da, y se mete en sus entrañas, y en testimonio de perdón con señal de paz, en prenda de la gloria.

TRATADO 7.º

LA COMUNIÓN Y LA PASIÓN DE CRISTO.

Caro mea vere est cibus et Sanguis meus vere est potus.

Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.

(Jn., 6, 56.)

1.—*Admiración que pone el manjar eucarístico.*

Es tan grande cosa ésta de que habemos de hablar, que no puede menos, el que ha de decir algo de este divino Sacramento, sino que se le vaya luego la lengua a decir: *¿Qué es esto?*, como lo dijeron los hijos de Israel cuando comieron el maná. Es cosa tan admirable, es cosa tan alta, es cosa que saca de juicio (1) al que con juicio (1) lo piensa; sobrepuja entendimientos de ángeles, cuanto más de hombres. Porque decidme: ¿Quién hay en el mundo, que por mucho que se desvelara pensando, acertar[a] a pedir lo que nos ha dado Jesucristo nuestro Señor? Y acertado, ¿quién osara [pedir] que, estando en los cielos, tan grande como es, que su majestad y grandeza no cabe en los cielos ni en la tierra, se quedase acá entre nosotros; que lo tenemos aquí presente y está en los cielos; que lo recibimos en nuestros cuerpos, y que entra en nuestros estómagos como manjar suavísimo estando en los cielos?

¡Oh, bendita sea, Señor, tu santa misericordia! ¡Los ángeles y los cielos bendigan a tu santísima Majestad, que tanto cuidado tienes de nosotros, que excede a nuestros pobres y abatidos pensamientos, si pensarlo queremos! *¿Qué es aquesto*, hermanos? ¿que

(1) *Juicio;* el original dice *seso.*

tan cerca está, que tan entre las manos traemos a nuestro Dios, al que nos crió, al que nos redimió, al que nos sacó del poder del demonio, nuestro bien, nuestro amparo? *¿Qué es aquesto,* que tan cerca de nosotros anda, que nuestros ojos lo ven, y nuestras manos lo palpan, y nuestros estómagos lo reciben? *¿Que es esto?*

Mandaba Dios en la vieja Ley (*Deut.*, 26), que cada uno que cogiese nueva fruta de la tierra, fuese al sacerdote a hacer protestación, y decir, en señal que Dios había mandado al Patriarca Abraham (*Gen.*, 12, 7) y a su generación la tierra de Promisión, y que se le había dado una tierra, que en cada cabo estaba llena de miel, de leche, de mil maneras de animales, sin criarlos ellos, ovejas, cabras, vacas, carneros, aves, muchos géneros de fruta. Decía el que traía la fruta nueva: «*Yo protesto y confieso que Dios nuestro Señor nos ha sacado del cautiverio de Egipto, y nos ha dado la tierra de Promisión que prometió a nuestros padres; tierra que mana leche y miel*» (*l. c., v.* 3). Y allí cantaban todo el salmo 80: *Exultate Deo adjutori nostro, jubilate Deo Jacob.* Por estas misericordias allí decían todos: *Sicut audivimus, sic vidimus* (*Ps.*, 47). «Como lo oímos que nuestro Dios nos había de dar esta tierra, así lo hemos visto.» Así que allí protestaban cómo les había Dios dado aquella tierra tan abundante, y bendecían por ello a Dios.

Si por *la tierra que manaba leche y miel,* si por la tierra que tenía una poca de fertilidad de lo de acá, se le daban y hacían en la vieja Ley tantas gracias a Dios nuestro Señor, ¿qué ha de hacer el pueblo nuevo, el pueblo renovado? ¿qué de gracias, qué de alabanzas?

¡Oh!, bendita sea, Señor, tu palabra, que así la has cumplido; *como lo mandó, así nos lo ha dado.*

2.—*Adivinanza de Sansón.*

¿Qué es esto, que *nos mantuvo con la flor del trigo, y de la miel de la piedra nos ha hartado?* ¿Qué quiere decir eso? Paréceme «Qué es cosa, y cosa» (2) de Sansón (*Jud.*, 14, 14):

(2) *Cosa y cosa, Quisicosa, Cosicosa,* todo es uno: significa adivinanza, enigma, problema.

De comedenti exiit cibus,
et de forti egressa est dulcedo.

Para que lo entiendan: Iba una vez Sansón a la tierra de los filisteos, y salióle un león muy feroz al camino; arremetió a él, echóle mano de las quijadas, y desencajándoselas, matóle; fuése su camino. A la vuelta quiso saber, apartándose del camino, en lo que había parado el león, y halló que había venido un enjambre de abejas, y habían allí criado, y tenía en la boca muchos panales de miel; halló que le corría mucha miel por la boca. Espantóse mucho Sansón de aquello, y tomando de los panales, dió de ellos a su madre y padre y comió él. Y entonces hizo a los filisteos un problema, un «Qué es cosa y cosa»:

Del que come salió el manjar,
y del fuerte salió la dulzura.

Los filisteos, como no acertaban, no hacían sino ir y venir a interpretar lo que quería decir aquello; y no aprovechaba, porque no sabían ni entendían lo que significaba; hasta que, como Sansón se lo había declarado a Dalila, ella se lo descubrió a ellos.

Parece esto a lo que tenemos entre las manos: «¿Qué es cosicosa?»

Hartólos de la flor del trigo, y de la miel de la piedra los sustentó (*Ps.*, 80, 17). *Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre es verdadera bebida* (*Jn.*, 6, 56).

Del que come salió el manjar, y del fuerte salió la dulzura.

Del fortísimo León—*Vicit leo de tribu Juda, radix David* (*Ap.*, 5, 5)—: de Jesucristo penado y atormentado; de Cristo trabajado, azotado y crucificado; de Cristo muerto en una cruz; de Éste sacamos manjar, sacamos mantenimiento, con el cual nuestros trabajos, nuestros cansancios, nuestras miserias son remediadas; con Éste nos sustentamos en esta larga peregrinación; con Éste nos refrescamos para la sequedad y desierto de este camino.

¿Qué quiere decir: *De comedenti*, «Del que come»? (3).

---

(3) Esto mismo explica en el Tratado 6, n. 5.

Cuanta hermosura de criaturas veis en el mundo, todo lo crió Dios por amor de Jesucristo, para que le alabase, y fuese para gloria y honra y alabanza de Jesucristo. Todos nosotros suyos somos, por honra suya nacimos, y porque Él fuese glorificado: *Decebat enim propter quem omnia, et per quem omnia, qui multos filios in gratiam adduxerat,* dice el Apóstol San Pablo (*Hebr.*, 2, 10). Jesucristo es nuestro Señor, nosotros somos sus esclavos; para su servicio somos criados; porque Él nos redimió con su sangre bendita; Él nos rescató del poder del demonio; suyos somos; su sangre le costamos: obligados somos a servirlo como un esclavo sirve a su amo, que lo compró por tantos dineros (4). Dice San Pablo (2 *Cor.*, 5, 15): *Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est:* «Jesucristo murió por todos, para que todos fuésemos igualmente suyos; para que los que tienen vida por amor de Él, ya no vivan para sí, no sean suyos, sino de Aquel que los redimió.» Él es Juez de vivos y muertos, y a vivos y muertos compró.

De todos nosotros se enseñorea; suyo es todo lo criado, cielos y tierra; y esto Él lo dice en muchos lugares: *Omnia dedit mihi* (5) *Pater in manus* (*Jn.*, 13, 3): Todo es mío, «todo me lo ha entregado el Padre en las manos». Hémoslo, pues, de obedecer como a Padre, como a Pastor nuestro, como amparo nuestro; hémosle de temer como a Juez. Todo es suyo, todo se lo comió Él; todos nosotros somos manjar aparejado para Él. *Vivo ego, dicit Dominus*—dice Isaías (49, 18)—*quia omnibus his velut ornamento vestieris, et circundabis tibi eos quasi sponsa.* «Vive Dios, que te vestirás y compondrás de todos éstos, como de vestidura preciosa; ni más ni menos que una desposada de sus vestiduras muy ricas, te hermosearás y honrarás con ellas; darte he muchedumbre de gente que te sirvan, y te hermoseen; que los enseñorees; que te obedezcan ellos», dice Isaías. Los cristianos son honra, son hermosura, son gloria y alabanza de Jesucristo; todos son ordenados para que los enseñoree Él; para que los coma; así como un

---

(4) En tiempo del M. Ávila existían esclavos, que se compraban y vendían.
(5) *Mihi;* el sagrado texto dice *ei.*

capón es ordenado para vuestro servicio, y para que lo comáis vos. *Del que come:* de Él; todo es suyo.

De él salió el manjar. ¡Oh benditas sean tus maravillas! ¡Alabadas sean tus grandezas, y glorificadas sean tus misericordias! ¡Y cuán poco se puede decir de ellas! Y eso poco que se alcanza, la lengua no lo sabe ni puede decir; y todo cuanto dice también es poco.

Del que come salió el manjar; [d]el que se enseñorea de todos, de Aquel por cuya causa lo crió Dios todo, del Dios tuyo, del amparo tuyo, del Criador y Redentor tuyo, de Aquel de quien los ángeles tiemblan de estar delante de Él, de Éste salió el manjar; Éste se ha abajado hasta hacerse manjar con que te mantengas, que lo comas con la boca y lo metas en tu estómago para que engorde tu ánima. ¿Qué señor hay en el mundo que se haga manjar para sus criados, y diga: «Mi criado está malo; sángrenme a mí, azótenme a mí, muera yo en una cruz porque mi criado viva; pase yo trabajos porque él descanse; yo me quiero hacer manjar para que él coma y engorde? ¡Todo esto hiciste, Señor!

¿Qué es esto, Señor? ¿Faltaba a tu soberana magnificencia con qué mantenernos, que no te contentaste con cuantas aves y animales, frutas y otras cosas que criaste para mantenimiento y servicio del hombre, que fuiste ahora a hacerte Tú mismo manjar? ¡Los ángeles te bendigan! ¡Y cómo desfallecen nuestros juicios pensando en esto! Pues ¿por qué lo hiciste, Señor, si había otra cosa con qué mantenernos? Para que veamos cuánto nos ama, que no estuvo contento hasta hacerse manjar y meterse en nuestras entrañas. Para engrandecernos, para transformarnos, para hacernos una misma cosa con Él.

3.—*Miel de la piedra.*

Es el Santísimo Sacramento una representación de Jesucristo crucificado. Amad, hermanos, a Jesucristo: hallaréis alegría, hallaréis sosiego, hallaréis remedio, hallaréis dulzura y sabor para sufrir los trabajos, y no los sentiréis.

De la piedra salió la miel: de Jesucristo crucificado.

—Padre, ¿no es blando, no es sabroso, no es amoroso? ¿Pues por qué le llamáis piedra?

Piedra fué Jesucristo en sufrir trabajos. ¡Qué de bofetadas! ¡qué de pescozones! ¡qué de azotes! ¡qué corona de espinas sufrió! ¡qué de blasfemias oyeron sus orejas! ¡qué cruz! ¡qué clavos! ¡qué muerte tan deshonrada! ¡Y qué recio y qué firme, qué constante como piedra dura! Cuanto más le lastimaban, más fuerte estaba; nunca los trabajos le pudieron doblegar, para que dejase de padecer con el amor que nos tenía. ¡Qué firmeza hasta la muerte! ¡Qué dureza, que parecía que era de acero! Aquella carne virginal, limpísima, parecía que no sentía. *Ut adamantem, et ut silicem dedi faciem tuam*; dice Dios por Ezequiel (3, 9): «Púsele cara, púsele su rostro dile un gesto durísimo, fuerte más que el diamante.»

—Y si es así, ¿cómo es tan blando y tierno?

Mirad, ¿no lo veis? ¿Qué amigo tendréis vos, por quien sufráis una afrenta, una deshonra, un trabajo, que digáis vos: «Cargue esto sobre mí, porque a fulano no le venga esta pena»? Luego os quejáis por una tentacioncilla, por un trabajuelo, por un desconsuelo, que no lo podéis sufrir, y decís: «¿Quién ha de pasar adelante a tantos estorbos?» ¡No miráis aquel sufrimiento de Jesucristo! ¿Es mucho que pases tú por Él una nonada? ¿No ves lo que por ti pasó, con cuánta firmeza y fortaleza lo pasó? *Así como piedra, puso su rostro, así como diamante.* Mira con cuánta paciencia, con qué silencio, aparejado a sufrir más, si pudiera ser, aunque se imaginaran infinitos tormentos. ¿Sois yunque, Señor, que tanto sufrís?

Más pagó de lo que era menester, más pagó de lo que se debía a la Justicia de Dios. *Piedra* se dice por lo que sufrió, por aquella firmeza y determinación de no volver el rostro a las bofetadas. *Blando* es, porque a todos consuela. ¿Nunca has probado a ir cuando lo has menester? Ve, pues, a Él, hermano, y verás cuán blando lo hallarás para abrazarte, para consolarte y remediarte. ¿Quién nunca fué a Él que no lo consolase, que no volviese remediado? *De la piedra salió la miel,* de la piedra dura a las bofetadas, y a ninguna respondió mal ni ásperamente. Aquí cumplió Él a la letra lo que Él había mandado: *El que te hiriere en el carrillo, vuélvele el otro* (Lc., 6, 29). Anda, pues, hermano mío, vete al Santísimo Sacramento, vete a Jesucristo crucificado, vete a morar *a las cuevas de la piedra* (Cant., 2, 14), vete a me-

ter a las llagas de Cristo, y todos cuantos trabajos hay te parecerán pocos.

Dice San Bernardo «que los mártires no tendrían fuerzas para padecer los tormentos que padecían, si no tuvieran los trabajos de Jesucristo delante». Porque ¿en qué juicio cabe que una doncella, criada toda su vida en casa de su padre en grandes regalos, en camas blandas y vestiduras delicadas, que habían de poder por fuerzas humanas sufrir los tormentos que padecían? A una la asaban viva, a otra la hacían tajadas, a otras les peinaban las carnes con peines de acero: y ellas estábanse riendo. ¿Por qué lo sufrían? Porque estaban metidas *en los agujeros de la piedra*. Decían ellas: «Mi Señor Jesucristo pasó por mí esto—y teníanle delante de sus ojos crucificado, y en su corazón—: ¿es mucho que pase yo esta nonada? Todo es poco para lo que yo le debo; que Él hizo por mí esto, y más que esto.» Esto les hacía padecer con alegría, que de otra manera, ¿cómo era posible?

De la piedra salió miel. ¿Quién nunca tal vió, de la piedra seca y dura, miel suavísima? De la dureza de los trabajos de Jesucristo, miel dulcísima para que pasemos los nuestros con alegría, y que se nos hagan dulces; sale, de la tristeza de Jesucristo, alegría para nosotros; de su muerte, vida eterna; de sus penas, coronas para sus criaturas. ¡Quién nunca tal vió! ¡Quién se para a pensar los milagros y maravillas que Jesucristo obró, donde se anega nuestro juicio!

¿Tiene[s] sed? Piensa, hermano, en la que Jesucristo pasó por ti, y quedarás refrescado, y tu sed apagada sin agua. ¿Tienes hambre? Piensa en la de Jesucristo, y luego serás harto sin pan. ¿Estás desnudo? Piensa en Jesucristo crucificado desnudo, y hallarte has vestido sin ropa.

¡Oh! Dios nos dé gracia para pensar, pues tanto remedio hay escondido en sólo pensar la Pasión de Jesucristo.

Vete a las deshonras, hallarás honra; vete a la muerte, hallarás la vida; vete a sus trabajos, hallarás descanso; vete a la Pasión de Cristo, que allí está todo tu remedio. *Hartónos de la miel de la piedra*, eso quiere decir: que de la muerte sale la vida, que de un Dios-Hombre crucificado entre dos ladrones,

tenido por otro tal como ellos, sale la vida, y Él la da.

¿Qué es esto, que de un Señor solo sale vida, sale consuelo, sale alegría, sale hartura, sale remedio para todos nuestros males?

4.—*Pasión de Cristo y Comunión.*

Si del santísimo Cuerpo de Jesucristo nos vienen todos estos bienes, y toda nuestra bienaventuranza está en recibirlo como debemos, dirás: «Padre, ¿para qué es esta comunión? ¿Ya no nos ha redimido Jesucristo? ¿No se puso en la cruz por nosotros? ¿No murió por nosotros? ¿Ya no pagó por nosotros? ¿De qué sirve este comulgar?»

Para que no esté aquí alguno medroso, que aun con todo eso, no esté seguro, sino que piense que es menester más. Él pacificó al Padre la ira que contra nosotros tenía, como dice el Apóstol San Pablo (*Efes.*, 2, 13): *Nunc autem in Christo Jesu vos, qui aliquando eratis longe, facti estis prope in sanguine Christi; ipse enim est pax nostra.* Todo cuanto bien tenemos, nos vino de Él; en la cruz ganó el consuelo, remedio de nuestros trabajos, la alegría, la vida, la gloria que para siempre esperamos. ¿Que es menester más comunión? ¿No está ya la justicia de Dios satisfecha? ¿perdonados nosotros? ¿Qué era menester más?

Sí es menester, hermanos. Bendita sea la hora en que lo pensó; bendito el lugar donde tal pensamiento cupo; bendito sea el día en que tal ordenó; bendita la boca que tal habló, y bendito el que nos concedió y dió tal licencia que vayamos a recibirlo.

—*¿Qué es esto,* Padre? ¿Por qué es menester comulgar?

Mirad, hay algunos que piensan en la Pasión de Jesucristo, y piensan en los bienes que nos causó, conocen las misericordias que en ello nos hizo, que nos rescató del poder del demonio, que nos dió la vida y descanso, nos dió fuerzas para nuestros trabajos, medicina para nuestras enfermedades, que nos alcanzó vida y gloria; y con todo no estamos contentos ni alegres.

—¿Que hay hombres de ésos, Padre?

Sí. Mirad, ¡Jesús! Dios nos libre de tan poco es-

fuerzo; que de todas maneras nos está ya perdonado. ¿Qué temes? «Cuanta diferencia hay del cielo al abismo—dice San Agustín—, tanta diferencia va de lo que Jesucristo pagó a lo que se debía.» Mira la altura de los cielos, mira el profundo de los infiernos, mira la diferencia que hay de lo uno a lo otro; que no es nada en comparación de lo que Jesucristo pagó por nuestros pecados.

Hay hombres que aun no se consuelan con todo eso; dicen: «Padre, bien sé yo lo mucho que ganó Jesucristo en la cruz; bien sé que remedió allí a todos; bien sé las misericordias que nos ha hecho; pero ¿qué sé yo si querrá Él que se particularicen en mi los merecimientos de su Pasión? ¿Qué sé yo si sere yo uno de aquellos por quien Él se puso en la cruz? Que de haber Él muerto por todos, de haber Él redimido a todos, no hay duda; pero ¿qué sé yo si soy uno de ésos, Padre?»

No creo que me entendéis las viejecitas. ¿No habéis entendido? Pues escuchad. Habrá alguna que diga: «Bien sé yo que Jesucristo murió en la cruz por todos; mas como eran tantos, ¿qué sé yo si allí se acordaba Él de mí?»

Eso, pues, hace la comunión, que sepas que se acordó allí de ti. Pareció al que vino por nuestro consuelo, pareció al que trajo un manto de consuelo para cubrir los desconsolados, pareció a la magnificencia soberana de Jesucristo, dejarnos acá *una prenda* para que, poseyéndola, tuviésemos grandísima certidumbre moral que Jesucristo murió por nosotros, y que cada uno piense y tenga por cierto que por él particularmente murió, como si no hubiera más que él solo. *Panis quem frangimus, nonne participatio corporis* [*Christi*] *est? Quoniam unus panis et unum corpus multi sumus omnes qui de uno calice et de uno pane participamus* (1 *Cor.*, 10, 16, 17).

Cuando comulgas bebes un trago de *caldo esforzado.* Cuando acá está uno muy malo, que ya no puede comer, hácenle un poco de *caldo esforzado* con oro y con muchas piedras preciosas y perlas, y danle de aquello a tragos. Mirad, un trago de *caldo esforzado* recibís, que en su comparación todas las perlas y piedras preciosas son basura; un bocado de pan vas a recibir, que vuelve el alma a su lugar: *Super aquas refectionis educavit me, animam meam convertit* (*Ps.*, 22, 2, 3). Da esforzada confianza, da segurí-

sima certidumbre moral que eres tú uno de aquellos por quien Él murió. Di, ¿comulga otro por ti? No, que no puede ser (digo de los legos); sino tú comulgas por ti, y con tu boca recibes a Jesucristo; en tu propio estomago lo metes. ¿Para qué esto? Para que sepas de aquí adelante que, cuando te llegas a comulgar, no es otra cosa sino particularizar en ti los méritos de la Pasión de Cristo, y hacerte uno de aquellos por quien Él derramó su sangre.

Tengo mucha compasión de veros tan desmayados, tan tristes; que el uno falta aquí, el otro desfallece allí; ya le espanta la carne, ya la vanagloria, ya otras tentacioncillas. ¿Desmayados había de haber? ¿Desesperados había de haber estando con nosotros Jesucristo? Sí, desmayados estáis; sí, tristes; sí, desesperados, porque no sabéis comulgar: el uno llega tibio, el otro desconfiado, el otro no lleva más esperanza que lo ha de remediar Jesucristo, que si allá no fuese.

¿Qué es comulgar, di? Un certificarte, en cuanto es de tu parte, que lo que Jesucristo ganó en la cruz, es para ti; para que sepas que la sed, hambre y cansancio, deshonras, tormentos de Cristo, todo es para tu propio rescate.

¿Qué es comulgar? Hacerte saber que eres una de las ovejas por cuyo amor derramó su Sangre. Para eso abres tú la boca y comulgas tú, para que sepas que Cristo se cansó, lloró y gimió, le azotaron, le coronaron de espinas, y murió en la cruz por ti mismo.

5.—*¡No sabéis celebrar, ni comulgar!*

¿Habéisme entendido? Creo que no. ¿Por qué no sentís provecho? Porque no sabéis comer. No hay manjar, por muy amargo que sea, que si no lo mascáis, sintáis su amargura. Si no, miradlo en una píldora, que con ser como una hiel, no se siente, porque no se masca. Ni tampoco hay manjar tan dulce, que si os lo tragáis sin mascar, sintáis su dulzura.

¿Por qué no sabéis comulgar? Porque os tragáis el Santísimo Sacramento entero, y no lo desmenuzáis; que si el sacerdote, antes que fuese a decir Misa, pensase un rato en los trabajos de Cristo; si se entrase un rato en un rincón, y se parase a pensar en aquella tristeza que Jesucristo pasó en el huerto de Getse-

maní; si te lo estuvieses allí mirando con cuánta tristeza oraba al Padre, y te dolieses allí de Él, y llorases y te entristecieses con Él; y si pasases más adelante, cómo le prendieron, y cómo iba aquel benditísimo Cordero entre aquellos lobos rabiosos con tanta mansedumbre; si te pasases a mirarlo cómo anda de juez en juez; si tus ojos lo mirasen en aquella durísima columna amarrado, desnudas sus carnes, y te parases a pensar cómo las desmenuzan con crueles azotes; si un rato antes, tu ánima se parase a mirar a Jesucristo, cómo lo coronaban de espinas, y mirases por aquel rostro sacratísimo cómo corrían arroyos de sangre; si te parases a considerar cuál iba por aquella calle de la Amargura, tan cansado con la cruz por ti; si lo considerases puesto después en ella con tanta deshonra y tormento, tan blasfemado y hollado de todos; si te parases a pensar esto, y dijeses: ¿Adónde voy? ¿Qué voy a hacer? Señor, ¿que os voy a recibir a Vos? Señor, ¿que habéis Vos de entrar en mi cuerpo? Bendito Vos seáis: y ¡cómo desfallecemos (6) pensando en esto!

Si el sacerdote y el que va a comulgar desmenuzase muy bien a Jesucristo primero, no dudo sino que sentiríades grandísimo sabor y dulzura en comulgar. Pero no lo desmenuzáis, no os aparejáis, ¿qué queréis que os haga?

Ojalá, hermano, os aparejásedes como para un convite que hacéis a un amigo vuestro: Ver qué negociado andáis, qué solícito, diligente, buscando lo uno y lo otro.

No os disponéis como sería razón; no hay más sino ¡alto! a comulgar quiero ir; no lo habéis pensado cuando ya lo tenéis hecho. En comulgando, ni os recogéis más que antes; hacéislo como primero; en comulgando luego ¡alto! a la plaza; ¡alto! a casa a comer las ollas, a entender el uno con el otro; ¡alto! a la conversación, y andar por ahí perdidos.

No lo desmenuzamos; no sentimos nada, porque no rumiamos. Comémonos *el pan de la fuerza,* y quedámonos desmayados y flacos; comémonos el pan de alegría, y quedámonos tristes; comémonos el pan de la vida, y quedamos amortecidos como antes.

¿Qué es comulgar? El Santísimo Sacramento es

---

(6) *Desfallecemos;* así la edición de 1596; otras, *no desfallecemos.*

manjar para flacos, manjar de desmayados, de tristes, llorosos, desconsolados, manjar de pobres. En recibiéndole, di: «Comulgado he; he sido participante de lo que ganó la Sangre de mi Señor Jesucristo: mío es ya, con haber comulgado, lo que Él mereció; parte tengo en la herencia que me ganó; participado he de sus merecimientos.» Así lo dice el Apóstol San Pablo en la Epístola que escribió a los Hebreos (3, 14): *Participes Christi effecti sumus.* Dice Santo Tomás, que «así como el bautismo es entrada y puerta por donde uno entra a ser partícipe de los merecimientos de Jesucristo, ni más ni menos la santísima comunión es una señal de que eres uno de aquellos a quien ha de aprovechar la Pasión y Muerte de Jesucristo». ¿Qué quiere decir: «Comulgado he»? He participado de lo que Jesucristo pasó.

—Padre, pues tanto bien gano en la santísima comunión, ¿cómo no lo siento? Que ni tengo acá dentro sentimientos como otras personas, ni consolaciones, ni otras cosas de éstas.

Eso, hermano, nuestro Señor lo da a quien él es servido, no tengas tú cuidado de eso; bástate que recibes lo principal, que es la gracia para la gloria que esperamos, si bien comulgaste. ¿Pues qué más quieres? «Comulgado he», no quiere decir otra cosa sino «uno soy de aquellos para quien Jesucristo quiere su gloria».

¿Por qué no queréis comulgar? ¿Por qué no queréis ser participante de los trabajos ajenos, convidándoos con lo que otro trabajó y sudó, y no lo queréis? ¿Quién nunca vió tan grande locura?

Cuando van a dar el Santísimo Sacramento a los enfermos, díceles el sacerdote: «Hermano, dad gracias a Dios que os ha dejado recibir el Cuerpo santísimo de nuestro Señor Jesucristo» (7). Pluguiese a su Majestad, y no dijésemos noches y días otra palabra. ¡Oh, qué palabras para detenernos en ellas toda nuestra vida, y no predicaros más! Pluguiese al Espíritu Santo—pues a Él toca este negocio—, y viniese en nosotros, para que de verdad dijésemos: «Hermanos, demos muchas gracias a nuestro Señor, que nos ha dejado recibir su santísimo Cuerpo.» ¡Oh

(7) El *Manual Toledano* que se usa en España trae esta sentencia, aunque no con las mismas palabras. Nada de esto se lee en el Ritual Romano.

Señor, bendita sea tu misericordia! Y lo que Tú ganaste la lanza en la mano, es nuestro consuelo abrir nuestra boca, recibirte y comerte con el aparejo debido. Lo que Él sudó y trabajó con malas noches y peores días, es nuestro, con tan poco trabajo. ¡Oh, bendita sea, Señor, la hora en que ordenaste de hacerte nuestro manjar!

Muy grandes mercedes hace Dios a quien Él da gracia para que se confiese y comulgue: *Nam etsi ambulavero in medio umbrae mortis non timebo* (*Ps.*, 22, 4), dice David: «Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré.» Aunque los pecados me persigan y me digan: «Anda, vete, mal hombre; ¡y siendo quien eres, querrías tú ahora salvarte!» Aunque los demonios te hagan cocos (8), aunque todo el infierno se junte a espantarte, aunque todas las tentaciones se junten a querer derribarte comulga y no temerás.

6.—*La mesa de la paz.*

—Padre, ¿qué es comulgar?

¿No rogaríades ahora a Dios que nos enviase quien nos lo dijese y nos lo diese a entender de veras? Decid: si tuviese el Rey una mesa, como en tiempo de los romanos, que tenían una mesa donde se juntaban a comer de tanto a tanto tiempo. Los que unos a otros se habían injuriado, los que habían reñido. sentábanse todos a aquella mesa, y en asentándose, no había más enojo, ni más enemistad entre aquéllos; llamaban la mesa de la amistad, *la mesa de la paz.* Nuestra mesa es ésta, hermanos; mesa de paz entre Dios y los hombres, mesa de concordia, mesa de caridad, mesa de comunión, de pobres y ricos, el altar donde comulgamos es; que el altar, mesa significa (9). Decid: si dijese el rey, y mandase pregonar por todo

(8) *Hacer cocos;* según la Academia, es «halagar a uno con fiestas o ademanes», etc.; pero aquí parece significar lo contrario: «espantar con gestos y visajes».

(9) El altar representa la mesa de la Cena del Señor; el ara de la Cruz, la sepultura de Cristo, y al mismo Cristo, por el cual son ofrecidos a Dios nuestros sacrificios. (Véase el *Pontifical,* ordenación del Subdiácono.)

el mundo: «El que me ha hecho alguna traición, si me ha ofendido en algo, por la cual injuria merecía la muerte, doy señal, que si yo le convidare para que venga a comer a esta mesa, que yo le he perdonado.» Si hubieses tú hecho alguna traición, si te enviase a llamar el rey para que comieses con él, ¿qué alegría sentirías? ¿qué regocijo? ¿qué placer? «¡El rey me ha enviado a llamar para que coma con él, luego perdonado me tiene!» ¿Sería menester llevarte por fuerza? ¡No sería menester excomulgarte! ¡Oh Señor, bendito seas para siempre! Pues hombres hay ahora, que si han de comulgar de año a año, los han de llevar por fuerza, y a poder de excomuniones, y se les hace más de mal, y que tiemblan de ver venir el día en que han de comulgar. ¡Ah!, y si no los castigasen, no lo harían tarde ni temprano. Digo de parte de Dios, que no estáis los tales a un canto de real (10) de ser herejes. ¿Y de dónde, negro (11), se han levantado las herejías que se han dicho del Santísimo Sacramento? De no comulgar, de dejarlo olvidar el que no lo recibió sino de año a año. Dios nos guarde por quien Él es; Dios nos guarde y tenga que no caigamos.

Tenéis a Jesucristo entre vosotros, ¿y no lo miráis con los ojos que sería razón; no se lo agradecéis, no os aprovecháis de sus misericordias? Si comulgásedes muchas veces con devoción, con humildad, iríades de buena gana a la mesa de paz. ¡Qué nueva para el encarcelado, que está esperando cuándo lo han de sacar a la horca!: «¡Hermano, el rey te llama para su mesa!» ¡Qué nueva para tristes, para desmayados, para los que han ofendido a Dios!

Vete, hermano mío, a la mesa; que si vas triste, volverás alegre; si vas desmayado, volverás con esfuerzo. Llégate a la mesa; gozarás de un abrazo que allí da Dios tan suave, que no se sabe decir. Allégate, hermano, que allí está tu descanso, allí está tu placer, allí está tu gozo, allí está la paz, allí está la gracia y después la gloria.

(10) *Canto de real:* el grueso de una moneda de un real. Hoy decimos *el canto de un duro.*

(11) *Negro;* hoy diríamos *miserable.*

TRATADO 8.º

DEL PROPIO CONOCIMIENTO (1).

(¿Incompleto?)

Caro mea vere est cibus, et Sanguis meus vere est potus.

Mi Carne verdaderamente es manjar, y mi Sangre verdaderamente es bebida.

(Jn., 6.)

1.—¡*Ay del que no se mira!*

Dos peligros muy grandes, entre otros, traemos en esta vida, de los cuales nos cumple apartar; hemos menester vivir con grande vigilancia para no caer en ellos.

El uno es no mirarnos, no tomarnos cuenta de quién somos. El otro es, después de habernos visto, después de haber sabido quién somos, desmayar.

¡Ay de quien no se ha mirado! ¡Ay de quien no trae cuenta consigo y procura de saber quién es! ¡Y ay de aquel que, después que se ha mirado, y después que ha hecho la cuenta de lo que es, desmaya! El no mirarse, el no saber el hombre quién es, acarrea un grande mal, que es soberbia, presunción, tenerse en mucho, pensando que es algo. El haber puesto en sí los ojos, el haber conocido lo poco que es, el haber venido a conocimiento de cosa tan baja [acarrea desmayo]. Hay hombres tan olvidados de sí, tan hechos a pecar, tan hechos a tantas abominaciones, tan olvidados de quien son, que no han puesto los ojos en su miseria y maldades. Hay hombres tan olvida-

(1) Este sermón parece incompleto. Al final empieza a hablar de la comunión.

dos de Dios, que tan de nuevo pecan cada día, que hacen tantas abominaciones, que parece que no hay Dios que tal vea y castigue; parece que no ofenden a la Majestad de Dios, pues que les deja pasar con tantas maldades, y no los traga la tierra vivos y los sume en el profundo del infierno. Echado han atrás, olvidado han, Señor, tus palabras en sus corazones; no hay de ellos, Señor, quien de Ti se acuerde, ni de guardar tus Mandamientos; todo lo han olvidado (*Ps.*, 13): *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* Dijo el malo en su corazón: *No hay Dios,* no hay a quien toquen estos males que hago; quiero vivir como se me antojare; yo haré lo que mi apetito me dijere: quiero seguir mi carne en todo lo que ella me dijere; que *no hay Dios* que lo vea ni lo juzgue. Dijo el malo estas cosas *en su corazón,* no con la boca. Da a entender, que es mayor mal decirlo con el corazón, por decirlo en la parte afectiva—que allí está ser una cosa buena o mala—, que decirlo con la lengua. Porque bien puede uno decir una cosa con la lengua, aunque sea ella mala, y no serlo, porque siente otra cosa en el corazón contraria de aquélla; pero el que la dice con el corazón, es grandísimo mal, como lo nota aquí el Profeta.

De éstos, los que ofenden a Dios, el carnal, el avariento, el homicida, todo aquel que peca, con el corazón dice que *no hay Dios*; profesas uno con la boca, y tus obras dan a entender otro, y que no sientes con tu corazón lo que con la boca confiesas, dice el Apóstol (*Tít.*, 1). También tienen las obras su manera de hablar, como la lengua. El que vive descuidado de ver quién es. «¿En qué ando? ¿cuánto ha que nací? ¿en qué he gastado mi vida? ¿por qué he ofendido tanto a Dios? ¿por qué tantos pecados? ¡Oh miserable de mí, qué ha de ser de mí! ¡Cuán olvidado estoy de mí! En gran mal vivo, en gran peligro estoy; Dios haya misericordia de mí.»

¡Ay del que no se mira! Miras tu haza, miras tu viña, miras tu heredad, y tienes cuidado de ella; miras tu capa, miras tus zapatos, y tienes cuidado de traerlos limpios; de todo esto tienes cuidado de traerlo limpio, ¡y no te miras a ti, y haste olvidado de quién eres! De todo esto tienes cuidado, y estás olvidado de conocerte: ¡ay de ti! «Ruégote—dice San Agustín—que tengas tanto cuidado de mirarte a ti, como lo tienes de limpiar tus calzas, como de lim-

piar tus zapatos. Si no dejas ensuciar la ropa que traes vestida; sino andas limpiándola, relimpiándola, ¿por qué te olvidas de ti? No des al demonio fruto de ti, pues por lo demás miras que no se pierda, mírate.»

2.—*Tu tormento será mirarte.*

¡Ay de aquel que no se mira! ¡Ay de aquel que de sí se olvida! Cuanto menos te mirares ahora quién eres, tanto menos echarás atrás la miseria, la hediondez y podredumbre que eres; tanto más te mirarás y remirarás. Después que en los infiernos estés ardiendo, hará Dios que te estés mirando, y será el mayor tormento que tendrás, mirarte. Querrás huir de ti, y no podrás; querrás olvidarte de ti, y mientras Dios fuere Dios te estarás mirando, y te tendrás a ti mismo delante de los ojos, mirándote y remirándote, y dándote vueltas, que no quede cosita de ti, que delante de los ojos no la tengas. ¡Mírate! San Agustín es uno de aquellos a quien acaeció esto, antes que nuestro Señor le hiciera las misericordias que le hizo. Contábanle la vida de San Antón, aquellas virtudes suyas tan altas, aquella vida tan perfecta. Como estaba oyendo la vida del Santo, iba él dentro de sí comparándose a sí con el otro, y decía: «¡Oh Santo Dios!, aquél tan limpio y yo tan sucio, metido en otros mil cuentos de abominaciones y suciedades; aquél tan abstinente y yo tan glotón; aquél tan bueno y yo tan malo. ¿Qué ha de ser esto?» Viéndose cuánto le encarecían la vida del glorioso San Antonio, no quería más pensar en ella adrede, ni quería mirarse, por la suciedad y obscuridad de su corazón.

¿Hay aquí algún malo a quien acaezca otro tanto? ¿Predicamos aquí la Ley de Dios y sus mandamientos? ¿Predicamos aquí la luz y clarísima doctrina del Evangelio de Jesucristo? ¿Decimos aquí lo que os cumple de parte de Dios? Cuando estáis oyendo, ¿no os estáis mirando vuestra mala vida, vuestros pecados y abominaciones, y deseando que acabemos para iros? Vaisos, y dejáislo olvidar, porque os da pena, y os está escarbando la conciencia, y diciéndoos quién sois. Dejáislo olvidar, porque os escuece la luz de la doctrina; no queréis que se os acuerde adrede, por no pasar un mal rato; háceste olvidadi-

zo de quien eres. El mayor mal que hay en el mundo [es éste]; Dios, por quien Él es, lo remedie (*Jn.*, 3): *Dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.* Por esto se dijo: Amaron los hombres más las tinieblas que la luz; abrazaron más el olvido de sí propios que el acordarse de quién son.

No es mucho pecar, hermano; pasión es, flaqueza es. Harás un pecado, y mañana te enmiendas; andar malo es. Somos tan malos y flacos, que estamos sujetos a mil miserias. Si cuando viene el pensamiento bueno que envía Dios: «¿Qué haces, pecador de ti? ¿en qué andas? Si ahora te murieses, ¿qué sería de ti? Tantos años ha que naciste, ¿qué es de lo que has hecho por Dios? Vuelve sobre ti, mírate quién eres, deja esa mala vida.» Si lo recibes, si lo pones por obra, si no le dejas ir, la misericordia de Dios te ha cercado. Bueno estás, alaba a Dios. Pero si lo dejas ir, si se te olvida, si no te acuerdas más de él, vaste por ahí a pasear, no tienes más así que así, como si Dios no te hubiera avisado con el pensamiento bueno; desdichado de ti, ¿para qué naciste, si no te miras y te acuerdas de ti? Cuanto más te olvidares ahora de mirarte, más te mirarás después: cuando traiga Dios una hora en que salga el ánima de esas carnes, y vaya y se ponga delante el justo juicio de Dios (*Ps.*, 49): *Statuam contra faciem tuam.* Ponerte ha enfrente de ti, cercada de demonios [tu alma], cercada de pecados, que pone espanto mirarlos, y te los hagan mirar por fuerza, y que tú mismo te condenes, y digas: «Justísimamente merezco los infiernos.» ¿Qué harás, desdichado, di? ¿No será bueno mirarte ahora porque después no te hagan mirar por fuerza? No te olvides de ti, acuérdate de quién eres. Señor, tenme de tu mano, alúmbrame para que me conozca; aborrézcame yo a mí porque te ame a Ti. *Ut nobis displicentes, tibi placeamus*, para que desagradándome yo a mí, contente a Ti: queriéndome mal a mí, quiera bien a Ti. Con pensar quién eres, con la pena que recibes de tus pecados, con ese temblor de la justicia de Dios, con esos trasudores, viene el bien; con esa vergüenza que recibes en ver quién eres, vendrá tu salud y remedio. De no acordarte de ti, de no procurar conocerte, de no mirarte, de olvidarte, no sino grande vergüenza para el día del juicio, grandes tormentos, suma desdicha.

3. — *Transformación que causa el propio conocimiento.*

Espera cuando estés muy corrido de mirarte en ti de vergüenza, de mirar una vida de cuarenta años o cincuenta, y que apenas podrás dar cuenta de una hora buena y bien gastada: «¡Malaventurado de mí! ¿Qué he hecho? ¿en qué he andado envuelto? Olvidando a Él, heme olvidado a mí. He dejado a mi Dios, a mi Bien, a mi Señor, por uno que si lo conociésedes, no daríades por él un cornado, antes huiríades de él cielos y tierra. ¿A quién he dejado, y por quién? Cuando piensas (*Ez.*, 18) que *anima, quae peccaverit, ipsa morietur,* ¡qué haré yo, que he pecado, que he ofendido a Dios! ¡Oh! que si carga Dios la mano entonces, ¡oh qué paso! ¡oh qué angustia y por todas partes! Entonces es menester la ayuda de Dios mucho. Si así andáis, por ahí anda Dios. *Oculi sublimes hominis humiliati sunt, et incurvabitur altitudo virorum,* dice el Profeta Isaías (2). Si Dios ha andado por casa, *abajádose habrán ya los ojos muy altos,* los pensamientos elevados. Un día antes que venga a vuestras casas, *será abajada la alteza de los varones*; en eso se verá si ha venido, si andan todos bajos y humildes, derribados por tierra, si entendéis ya en pedir a Dios que os perdone, y no en las vanidades pasadas.

Si Dios ha tocado vuestras ánimas, sentiréis una carga de la Majestad de Dios, que os apesa, y que da con vos en el suelo, y os abate, que no os oséis menear y digáis: ¿Quién soy yo que he ofendido a tan alta Majestad? ¡Que gusano de tierra ha osado levantarse contra tan gran Señor! ¡Ah, desdichado de mí! Y como al día del juicio precederán aquellas señales tan espantosísimas, aquellos terremotos, aquel fuego terrible, que ha de quemar todo el mundo, para que los hombres tiemblen como hojas en el árbol; así también, cuando Elías estaba en la cueva metido, vinieron primero grandísimos terremotos de aire y de fuego, que viniese Dios (3 *Reg.*, 19); de esta misma manera, en el ánima, un rato antes que venga Dios, veréis el temblar: «¿Quién soy yo, que he de parecer el día del juicio delante de Dios? ¡Oh desdichado de mí, que mis maldades, mis traiciones, mis abominaciones han de parecer delante de los hom

bres, y de los cielos y de la tierra! Cuanto mal pense hacer toda mi vida, todo ha de ser descubierto. ¡Qué ha de ser de mí!»—Día amargo, día del parto es este día, día de dolor (*Ps.*, 44): *Timor et tremor venerunt super me.* El temor y el temblor vinieron sobre mí, dice el Profeta David; *el temor* de ver quién soy, *el temblor* de qué será de mí: *Dolores inferni circumdederunt me.* Los dolores del infierno me cercaron, los dolores de los pecados, de las maldades que he hecho. Así estoy condenado. ¡Oh Señor!, que estoy aquí, y mi nombre en el infierno. Está entonces el ánima tan arrecida, que no osará menearse, sino que pensará que se ha de hundir la tierra con ella está tan mansita. Y esto os doy por señal, si ha venido Dios a vuestra casa, si estáis chiquitos, si estáis tamañitos, entonces, aunque sea el rey y el Papa, está metido en un agujero, que aunque entonces le diesen de voces y de palos, no despegaría la boca, sino diría: «Todo es poco para lo que merezco. Había de estar ardiendo en los infiernos, ¿qué mucho que me den una bofetada, que me huellen por ahí todos? Yo lo doy todo por bien empleado, esto y más que hagan, porque haya Dios misericordia de mí, porque no me eche donde merezco; porque la Majestad de Dios me sea mansa, yo sufro todo eso de buena voluntad.»

Entonces, hermano, no habrá soberbia, no habrá tener a los otros en poco; no habrá fantasía, sino humildad, y andar la boca por el suelo, por mandado de quienquiera; olvídanse las curiosidades; de todo cuanto antes se hacía, no hay nada; ahora todo anda al contrario: Porque me perdonen, dice el hombre, yo andaré hecho basura por ahí. Los que se están enteros, los que no se han bajado, los que no han perdido nada de su fantasía, y de su locura y curiosidad, los muy galanes, los muy elevados, no ha venido esta hora por ellos. Si no están los soberbios quebrantados, si no están por el suelo, no ha entrado Dios por su casa, no saben qué cosa es Dios. Tiembla el que a Dios siente; tiembla, como hoja en el árbol, de la justicia de Dios.

4.—*El demonio pone desmayo en el propio conocimiento.*

Allí está el provecho, si te sabes aprovechar, y el peligro, si no te sabes regir; en eso está tu remedio si sabes usar de ello, y tu daño si no te has como te has de haber.

Grandísima cosa es la comunión. Ahí está tu salud si sabes aprovechar el comulgar, y tu perdición si no te sabes llegar al Santísimo Sacramento como es menester; ahí está el peligro, donde está tu salud. Muy solícito anda el demonio por estorbarlo.

¿Y por qué digo esto? ¿Quién nunca vió en tal día como el de ayer, en la procesión donde va el Cuerpo de Jesucristo, diablos llenos de cuernos y con unas malas vistas? ¿Quién entremetió al diablo con el Santísimo Sacramento? ¿Hay tal cosa en el mundo? No te espantes, si vas a comulgar con deseo de aprovechar, con deseo de estar bien con Dios, y allí va el demonio a decirte: ¿Qué haces? ¿Si está ahí Jesucristo o no está ahí? Pónete mil dudas y escrúpulos. No te espantes, ni cures de responder; hazte sordo, no hagas caso de él.

¿Qué cosa hay más alta ni más buena que la oración y contemplación? Pues ahí ha cogido el demonio a muchos livianillos, porque no saben regirse ni lo hacen con humildad. Están el ojo tan largo a si ven algo, a si sienten algo. No así, hermanos, no creáis de esa manera lo que el demonio se quiere. Tráeles luego mil imaginaciones: «Sí vi; no vi.» Háceles pensar mil desatinos; créenlo ellos pensando que es bueno; veislos ahí caídos.

Decid, ¿qué cosa hay más segura que temer a Dios, que temblar de Dios? Pues hay ahí gran barranco, hay ahí armado lazo. Bueno es conocer el hombre quién es, bueno es pensar el hombre en sus miserias; pero ha de tener tiento; no ha de pensar mucho. No has de ahondar mucho; no escarbes mucho, que peligrarás. Cuando uno pasa un río, si no tiene la cabeza buena, acaece que mira tanto al agua que corre, que se le anda la cabeza y cae. ¿Qué remedio? No mirar al agua, mirar la orilla, mirar la tierra firme. Bueno es pensar los pecados, bueno es tener dolor de tu miseria, pero no demasiado. No has de pensar luego que estás ya en el infierno; no

es posible, mira que se te anda la cabeza. No mires al agua, mira que caerás muy presto, mira que eso es víspera de la desesperación; no te mires de esa manera, mira a tierra firme, mira que la misericordia de Dios te puede perdonar eso, y muy mucho más que eso. No seas loco, guárdate, mírate con prudencia.

5.—*La comunión, esfuerzo del alma.*

¿Qué remedio para estos dos males, para los que nunca se miran, y para los que, mirándose mucho, desmayan? *Mi Carne*—dice Jesucristo—*es manjar, y mi Sangre cosa para beber.* ¿Si habrá aquí por ventura algún flaco desmayado que diga, quién soy yo para ir al cielo? ¿Quién soy yo para que Dios me perdone? ¿Que está temblando de Dios? ¿Si habrá aquí alguno que vence su carne y la trae sujeta? ¿que vence su soberbia, que vence sus pasiones y se enseñorea de todas ellas? Si hay aquí alguno que de tal manera se ha con las cosas de acá, que parece que no está en ellas; si hay aquí alguno que de tal manera está en el mundo, que no vive conforme al mundo, y con todo eso anda flaco, temeroso y desmayado, a este tal dice Jesucristo nuestro Señor: «No desmayes; esfuerza, prosigue lo que comenzaste; no desfallezcas en la mitad del camino, que de todo es remedio mi Carne. No te espanten tus males ni tus pecados, que de todo es cura y medicina mi Carne: esfuerza a tu flaqueza, dará fuerza a tu desmayo; quitará todo el miedo, y en su lugar pondrá grandísima confianza, quitará el temor, y darte ha sosiego. Mi Sangre refrescará tu sequedad, recreará tu ánima, esforzarla ha. Más puede este santísimo manjar para alegrarte, que tus pecados a entristecerte; más te esforzará y confortará este manjar, que los demonios y el ver quién eres te puede desmayar. *Mi Carne*—dice Jesucristo—*es verdadero manjar.*

Digamos un poquito de la Comunión espiritual, que otro día diremos de la sacramental. Todo el esfuerzo que pone un manjar bueno en un cuerpo enflaquecido y desmayado, ese mismo pone la Carne de Cristo a un ánima desmayada, desesperada y flaca, que ya está para perderse. Dios me dé gracia que os lo sepa decir, y a vosotros para que lo sep!is oír, y vayáis hartos,

gordos y consolados y muy esforzados. Creedme, que si entendiésedes que está muy gran parte de vuestro consuelo en saber comulgar espiritualmente, esperaría en nuestro Señor que iríades consolados y alegres.

¿Qué quiere decir: *Mi Carne es manjar?* No habéis de entender, que quiere una ánima la Sangre de Jesucristo para sustentar el ser natural que tiene, porque los del infierno vivirán para siempre, sino el ser sobrenatural, con lo cual vivirá el ser natural para siempre en el cielo. A semejanza de esto, comulgando y comiendo y recibiendo a Jesucristo, se te da ya, no señal, sino el mismo Señor que todo lo crió, y todo lo sustenta, y cielos y tierra están en su mano; ¿y páraste, con todo eso, a escrupulear si te dan la hacienda, dándote al Señor de la hacienda? *Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* dice el Apóstol a los Romanos (8). ¿Cómo no nos dió con su Hijo todas las cosas? Quien lo entregó a la muerte por nosotros, y porque viviésemos, y lo bajó por ensalzarnos a nosotros, ¿qué no se esperará de Él? Pues quien nos dió el reino, nos dará el reinado; quien nos dió el Señor, nos dará el señorío; quien nos dió tan bendito Hijo, en quien están y resplandecen todas las cosas, bien se sigue que nos ha dado todo lo que es del Hijo. Pues en testimonio que te han dado parte en sus méritos, el ser ya mantenimiento de sus lágrimas, lo que merecieron sus tristezas, con tantos azotes, corona de espinas, tormentos y muerte: te mandó comulgar, y ordenó la santa Comunión, para que confieses que Dios te quiere bien.

¿Qué mesa hay que pueda dar lo que ésta da? Pues en testimonio que eres uno de los que han de ir al cielo, comes tú a Dios, y te come Él a ti: que te tornas parte de su Cuerpo; esto quiere decir que come Dios a ti y tú a Él. Que te torna Él a ti en parte de su Cuerpo, es incorporarte en Dios, hacerte parte suya. No como acá, que si tú comes una lechuga o otro manjar, aquello se torna substancia de hombre. Tú no conviertes al Santísimo Sacramento en tu substancia, sino Él a ti en la suya, como hemos dicho. Este divino manjar te dará fuerza, darte ha confianza, darte ha gozo y alegría, darte ha una paz verdadera para siempre.

TRATADO 9.º

LA COMUNIÓN, REMEDIO CONTRA LA CONCUPISCENCIA.

Qui manducat me et ipse vivet propter me.

Quien me come a Mí, ése vivirá por Mí.

(Jn., 6.)

1.—*Reliquias del pecado original.*

La general y lamentable caída que los hijos de Adán dimos, heredando de él el pecado, la muerte y la privación de la justicia original, la compara el glorioso San Bernardo a un hombre que cayese en un charco, donde hubiese piedras y cieno; el cual quedaría sucio con el cieno, y lastimado, quebrantado y enfermo con el golpe que en las piedras dió. Así que aquellos a quien la grande misericordia de Dios fué tan favorable, que los trajo al santo Bautismo, donde los remedió contra el pecado original y contra todos los demás que ellos hubieren hecho, y son lavados interiormente de la culpa de los pecados por la Sangre de Jesucristo, representada en el agua con que de fuera nos lavan el cuerpo, y limpios perfectamente de la mancha o cieno que el pecado les pegó, con todo eso, quedan todavía con reliquias penosas y peligrosas, causadas de la carga del pecado original (1); como a un hombre que estuviese muy enfermo y muriese y Dios le resucitase a la vida que antes tenía, que aunque quedase vivo, quedaría enfermo y flaco para las operaciones que los sanos suelen hacer.

Llámanse estas reliquias del pecado original, *enfermedad del ánima*; porque la enflaquece para hacer su propia obra, que es amar al Señor con todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo.

---

(1) Aug., Serm. 207 de Tempore.

Llámase *herida del ánima,* porque la deja con ignorancia de muchas cosas que debe saber, del conocimiento de la voluntad de Dios en particular, y en la voluntad aficionada a la carne y cosas de ella; y cuanto más aficionada a la carne, tanto más tarda para guardar la ley de Dios, y tanto con mayor dificultad hace el bien que hace.

También se llaman estas reliquias del pecado, *tirano.*

Llámase *Ley de los miembros,* porque un hombre que no quiere estar sujeto a sufrir los movimientos torpes y desatinados que esta mala inclinación obra en él, aunque no sean pecados, le hace gemir, y aun a los que desean servir a Dios, como parece en San Pablo, cuando decía (*Rom.*, 7): *Infelix ego homo: quis me liberabit...? ¡Desdichado de mí! ¿quién me librará del cuerpo de aquesta muerte?* Palabra digna de consideración, y declaradora del espíritu de San Pablo; y creo, que palabra que nos declara nuestra flaqueza y pequeñez de nuestro espíritu. Aquel San Pablo, sobre el cual tantas persecuciones y de tantas maneras vinieron, y que estaba tan lejos de llamarse desdichado por ellas, que las tenía por gloria, y se regocijaba en ellas con muy grande afecto, siente tanto los insultos y movimientos con que el pecado le acomete, que sacan del, al parecer, mujeril y apocado ánimo: *Desdichado de mí, ¿quién me librará del cuerpo de aquesta muerte?*

Y este mismo sentido y gemido han tenido todos los Santos, que como personas vivas—y muy vivas—a Dios, no solamente sienten y gimen los pecados, aunque sean livianos, mas cualquier movimiento que nazca del pecado o vaya a parar al pecado; y con todo este sentimiento y cautela que, renovados por el espíritu de Jesucristo, tienen, es tanta la flaqueza que del pecado quedó, que ninguno de ellos escapó de caer en pecado y pecados, aunque veniales; unos mirando en ello, otros tomándoles el pecado de sobresalto; en fin, dieron caídas, causadas de la flaqueza, y no corrían con tanta ligereza el camino de la Ley de Dios, como si estuvieran del todo sanos.

Ni por esto imagine nadie que esta enfermedad o flaqueza sea alguna cosa positiva en el ánima, o alguna lesión en la substancia de ella; porque según dicen todos los Santos, imitando en esto a San Dionisio, si la naturaleza de los demonios se quedó sana,

aunque pecó, la de los hombres también lo quedaría. Y por eso no se ha de imaginar que la flaqueza del ánima, para andar el camino de Dios, se cause de estar ella misma en su naturaleza debilitada, como un hombre que tiene una pierna coja, que no puede tanto andar ni correr como si estuviera sano. Entera se quedó el ánima, entero se quedó el cuerpo; mas como fué quitado al ánima el don de la justicia original, con el cual ella se convertía y amaba a Dios con gusto y facilidad, y el cuerpo, aunque según su inclinación natural se fuese tras las cosas carnales y presentes, estaba tan enfrenado y sujeto al ánima, que no la traía a sí con demasiada afición, ni tenía movimiento ninguno, si primero por la razón no fuese mandado; esto quitado, fué como quitar un freno a una bestia, que siguiese sus inclinaciones con tanto ímpetu, que aunque por virtud de la gracia no traigan a consentimiento al que rige la bestia, hácele sudar y gemir, y con guerra tan importuna, descuídase o cánsase algunas veces. Y de ahí vienen sus pecados veniales, de aquí la lucha, de aquí los ayunos y vigilias, y de aquí las lágrimas y oraciones, por mortificar y crucificar los deseos de la carne, y poder señorearse de ella, para que ni haga al ánima caer, ni la impida de correr el camino de Dios según debemos.

2.—*Cautelas necesarias.*

Es de notar y maravillar cómo nosotros estamos tan tibios y tan lejos de sentir aquestas heridas, y tan flojos de pelear con nosotros mismos, teniendo tantos ejemplos de hombres santos, que tan amargamente lloraban, no solamente estas caídas veniales, mas aun los primeros movimientos; y aunque no los tuviesen, el verse inclinados a caer les eran suficient materia de lloro, y deseaban con grande ahinco de salir de vida, en la cual, por mucho que uno viva recatado, ha de caer en pecados veniales. y si más se desc ida, da consigo en los abismos del pecado m rtal. Cosa digna para hacer temblar a todos cuantos lo oyeren; y por nuestros pecados, hay en algunos, aun en los que están en el estado de gracia, tanto descuido para sentir esta enfermedad y flaqueza que de Adán heredamos, y en nosotros tenemos, que ni la lloran, ni la temen, ni se les da nada por primero movimiento. ni por caer en pe-

cado venial. Conténtanse éstos con estar vivos, aunque muy cercanos a la muerte; mas viven grandemente engañados, porque de tener en poco aquellas enfermedades, ordinariamente resulta perder la vida del alma por algún pecado mortal.

¿Quién no juzgaría por loco a un hombre que fuese por un camino, a la orilla del cual por una parte y por otra estuviesen unos hondísimos valles, que quien en ellos cayese se haría pedazos, y de sólo mirarlos desde arriba se le desvanece la cabeza al hombre? Y si el hombre fuese por allí a pie, aun no sería locura tan grande, porque puede mirar con diligencia dónde pone los pies, e ir poco a poco, y por ventura la grande atención le sería causa de escapar del peligro. Mas ¿con qué palabras encareceremos la locura del hombre, que pudiendo ir seguro por medio del camino, quiere ir a peligro por el cabo de él, caballero encima de una bestia que sabe poco de freno, que tira corcovos, que da saltos, y que es tal, que ir encima de ella por camino seguro aun es peligroso? Acuérdate, hombre, cuántas veces te ha acaecido sentir rebelde a ti, y sentir rebeldes a tus pasiones interiores, airarte donde has de ser manso, encenderte en malos deseos queriendo ser casto, y así en lo demás. Y si deseas huir la espartable y miserable caída de pecado mortal, no vayas tan cerca de esa misma caída, pues la bestia que llevas es tan inclinada a pacer la hierba vedada, que no dudará, si ve una poca de hierba fresca fuera del camino, arrojarse con desenfrenamiento a pacerla, y cuerpo y ánima daréis en las peñas bravas del pecado mortal.

¿Quién hay que quiera morar en los lugares pequeños, que ninguna defensa tienen, ribera de la mar, en tiempo que andan corsarios por ella, y llevan cautivos a los que no están como fuertes ciudadanos? Métete dentro en la tierra, mora en ciudades de muros, porque los corsarios son tantos y tan fuertes, que aun hasta allí te seguirán, y tendrás harto que hacer en escaparte de sus peleas con huída. No sé qué desventura es aquésta, que habiendo muchas cercas en una ciudad, y como las cercas que son más interiores sean más fuertes, y haya en ellas más gente y más esforzada, y el amparo del rey esté más cercano, que queramos nosotros vivir en la primera cerca, donde la guerra es ordinaria, los muros más flacos, el socorro menor; y viendo por experiencia que cada día hay allí

muchos vencidos, y tomados de los enemigos, y muertos con muy gran crueldad.

El amparo de los que bien quieren vivir, Jesucristo nuestro Señor es; el lugar donde ampara a los suyos, su santo Cuerpo místico es, que por otro nombre es llamado *Ciudad de Dios.* Y conforme a la gracia y diligencia que un hombre tiene, así vive más en lo de fuera o en lo de dentro de esta ciudad. Entre la cual y los enemigos hay tan continua y tan cruda guerra, que aun algunas veces acaece llevar los enemigos vencido al que estaba muy dentro y cerca del rey. Testigo de esto es San Pedro, testigo David, testigos muchos Santos del yermo, que de grande alteza de santidad cayeron en la profundidad del pecado mortal; a unos de los cuales levantó la piadosa mano de Dios, para que nosotros no desesperemos en nuestras caídas, y a otros dejó por justicia, y arden para siempre en el infierno, para perpetuo escarmiento y aviso contra nuestra negligencia y tibieza. Cristiano, si no se te da nada por caer en pecado mortal, ¡ay de ti!, ¡ay de ti! Si tienes balanzas para pesar la grandeza, y deseas salir de él, huye también de los veniales, porque aunque mirando a sólo ellos, hacen tanto mal al ánima, que ningún hombre cuerdo los debe admitir; mas mirando a que son escalón y disposición para, mediante ellos, caer en pecados mortales, todo buen cristiano con todo cuidado y diligencia los debe huir.

La enfermedad tienes dentro de ti, y no una sola, mas muchas: y acaecerte ha, como dice San Cipriano, que si vences la ira, se levanta la soberbia, y si vences la soberbia, se levanta la deshonestidad, etc. Y quien quiere no ser vencido de algún enemigo de éstos, razón es que vele; y el enfermo que quiere sanar, debe curarse y sufrir los trabajos de la cura, y no salir de ella hasta que sane. Y acuérdate bien, que muchas veces, enojado el Señor con la tibieza, y viendo en cuán poco le estima el que la tiene, alza su mano de él, y como en el Apocalipsis (3), lo ha amenazado, así lo cumple, *vomitando de sí,* y dejandolo caer en algún pecado mortal, para que el tal hombre tibio, siendo herido con golpe tan recio, despierte del sueño tan peligroso en que estaba, y entienda lo que no entendía y cuán mal caminaba, pues dió tan miserable caída. Y así como el soberbio, cuando es azotado con caer en algún pecado mortal vergonzoso, entiende la soberbia en que estaba por el castigo, y lo alanza de sí, hu-

millándose con gran confusión, así el negligente, herido con golpe de pecado mortal, debe entender que la causa de aquello fué el descuido y tibieza con que vivía, y avergonzado y lastimado con el efecto, poner remedio en la causa, levantándose por la penitencia, y andar su camino con más diligencia que antes.

¿Qué es esto, hermanos? ¿qué es esto, que en las cosas temporales está nuestro deseo tan vivo, y va tan adelante de lo que debemos, que no hay quien se contente con ruin capa, si la puede tener buena, ni con pocas cargas de uva de su viña, si puede hacer que haya más? La fruta que comemos, ni la queremos demasiadamente madura, ni que esté mal sazonada; pequeña falta en un manjar nos descontenta de manera que no le queramos comer; el servicio que nos hacen, querémosle con buena crianza: que sea presto y con buena gracia: quien puede estar sano y recio, no se contenta con estar enfermo. ¿Pues por qué, siendo tan adelantados en escoger lo mejor en todas estas cosas, somos tan apocados en contentarnos con lo menos en las cosas que valen más? Cogemos la ceniza y derramamos la harina; y los que desean tener mucho de tierra, no se les da nada por tener mucho del cielo; y para donde era menester la verdadera codicia, allí tiene una vergonzosa hartura, cosa muy reprendida de la divina Escritura.

Y si leemos al bienaventurado San Pablo (*Philip.*, 3), hallaremos con cuánto peso y cuántas veces nos amonesta que, desocupados de todo lo que nos puede impedir, corramos con ligereza a la celestial joya, para posesión de la cual Dios ha llamado a los cristianos por su misericordia; y que no nos contentemos con tener el principio de la virtud, sino que crezcamos en ella, y que perfeccionemos nuestra santificación en el temor del Señor.

Esta misma doctrina nos enseñan los Santos, incitándonos al aprovechamiento y perfección de la virtud, y reprendiendo mucho nuestra tibieza, enseñándonos que con gran cautela huyamos los pecados veniales, y con lágrimas y buenas obras los deshagamos, cuando en ellos cayéremos, y con las demás cosas que la Iglesia tiene ordenadas.

De manera que el cuidado del cristiano no ha de aflojar, ni dar de buena gana sueño a sus ojos, hasta que, a lo menos, viva sin caer en pecado mortal. No debe caer en él el hombre cristiano; y según hemos

dicho, para no caer en él, conviene huir de los pecados veniales; y este fundamento echado—con el cual tendrá esperanza de ser salvo por la misericordia de Dios—, añada sobre esto el edificio de la plata y oro y piedras preciosas, y la purificación de su ánima, el colmo de la caridad según más pudiere, con la gracia del Señor; de manera que nunca ande su ánima por el camino de Dios descuidada ni floja, mas herida con la espuela del temor o amor, procure *con ensanchado corazón correr el camino de la Ley de Dios,* alcanzando su perfección o trabajando por alcanzarla; porque como San Bernardo dice: «A los unos y a los otros contará el Señor por perfectos.»

3.—*El tibio es desdichado.*

Y este diligente cuidado de buscar perfecta limpieza y entera salud debe ser muy anejo a las personas religiosas que, dejadas las ocupaciones e impedimentos del mundo, se determinaron de servir a Dios; porque si no tienen este cordial cuidado, ni alcanzarán perfecta salud, y podráseles decir, que teniendo armas no pelean, y lo necesario para edificar y nunca edifican; y que habiéndose desembarazado de todas las cosas para ligeramente correr, a duras penas van paso a paso, careciendo de consolación interior, porque no se atreven a destetarse de las transitorias, ni teniendo en abundancia éstas, porque ni el remordimiento de la conciencia les deja, y algunas veces les falta aparejo.

Verdaderamente es vida muy miserable la del hombre tibio, el cual, por no trabajar de una vez, siempre trabaja; y, como el proverbio dice, *cabra coja no tiene siesta.* Pluguiese a Dios quisiesen entrar en cuenta, y poner en una balanza los trabajos que les costaría el servir a Dios de verdad, y en otra los desconsuelos y remordimientos de conciencia, y dudas de su salvación, que son anexas a la tibieza, y verán cuán miserable cosa es, por no querer un enfermo ponerse algunos días en cura, vivir toda la vida desabrido y flaco, sin comer esto ni aquello, y haciéndole mal el aire, el sol, el sereno, viviendo una vida que parece tormento, y en peligro de perderla por cualquier ocasión.

Pluguiese a Dios que determinases, cristiano, de una vez a poner la segur de la verdadera diligencia a la raíz de tus pasiones; que aprendieses a lavar tus lla-

gas con lágrimas de tus ojos, para que el Señor te las limpiase y diese perfecta salud; y no fueses tan perezoso ni regalado para tomar sobre tus hombros la cruz de la penitencia; porque cierto, antes de mucho tiempo experimentarías que no hay trabajo mayor que la perniciosa holganza, y que debajo de los santos trabajos, como en un campo, está escondido el Reino de Dios, que, como dice San Pablo (*Rom.*, 14), *es justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo*; y experimentarías cómo tienes fuerza para sufrir aires y vientos de persecuciones, sol de tentaciones carnales, heladas de las que causan los demonios; y *beberías ponzoña y no morirías con ella,* porque aquel fuerte amor de Jesucristo nuestro Señor a los que con porfía le buscan, de tal manera enseña al ánima, que puede decir con San Pablo: *Yo sé abundar y sé padecer pobreza; ser humillado y ser ensalzado; en todas cosas y en todo lugar me sé haber bien* (*Phil.*, 4). Y este amor que así enseña, hace al ánima tan robusta, que puede decir: *Todas las cosas puedo en Aquel que me conforta* (*Filip.*, 4). ¿Qué se puede comparar con la alegría y riquezas de aquesta salud? ¿Qué trabajo puede ser grande, saliendo tan precioso fruto de él?

No sé por qué las personas de ánimos generosos, a quien Dios dió lo que han menester para pasar esta vida sin que se ocupen en lo ganar, no sé, según he dicho, por qué no se enamoran de joya tan preciosa, de salud tan firme y alegre. Pues que deben pensar que no los desocupó Dios de los trabajos de los hombres para que viviesen en ociosidad o en malas ocupaciones, causadoras de mayores pecados, como si no fueran gente tan principal. No fué éste el fin de Dios, sino hacerlos en el cielo más grandes que a otros, como acá los hizo; y el medio para esto son los más justos y devotos ejercicios; y para que los pudiesen hacer, desocúpalos de las cosas de acá, líbralos de las de aquella maldición echada a los hombres: *En sudor de tu cara comerás tu pan* (*Gen.*, 3), para que en lugar de aquella obra terrena que mantiene al cuerpo, se ocupasen y sudasen en escardar su ánima de la hierba de las malas pasiones, la arasen y revolviesen con el arado de la cruz e imitación de ella, y se sembrase en ellas Jesucristo crucificado, y no se contentasen con cualquier fruto sino que fuese muy grande, colmado y perfecto.

4.—*Jesucristo, Pastor y Médico de las almas.*

Posible es que, convidados algunos con el deseo de aquesta salud—pues a todos nos es enojosa la enfermedad—, conciban propósito firme de querer curarse de sus enfermedades, y me pregunten que quién es el médico de ellas, y cómo y con qué condiciones se hace esta cura.

¡Bendita sea tu misericordia, Señor, que tan a tu cargo están los enfermos, que para remedio de ellos «enviaste del cielo un grande Médico, porque—como dice San Agustín—había en el mundo un gran Enfermo»!

Leed las quejas que Dios da, por el Profeta Ezequiel (34, 10-16) de los pastores de aquellos tiempos, porque no curaban las ovejas con aquel cuidado que era razón; no sanaban a las enfermas, no esforzaban a las flacas, no atacan las quebraduras, no traían a la manada la que se había perdido, ni aun la buscaban; y enojado de esto, dice el Señor: *Yo libraré mi manada de la boca de estos pastores, y no se las tragarán más; porque esto dice el Señor Dios: Mirad, que yo mismo buscaré mis ovejas y las visitaré; y así como el pastor visita su manada, en el día que estuviere en medio de sus destrozadas ovejas, así visitaré yo mis ovejas, y las libraré de todos los lugares, en los cuales fueron esparcidas en el día de la nube y obscuridad. Yo las apacentaré en pastos muy abundantes; en los altos montes de Israel serán los pastos de ellas; allí descansaran en las hierbas verdes, y en los pastos gruesos se apacentarán. Yo apacentaré mis ovejas. Yo haré que se echen, dice el Señor Dios; yo buscaré lo que se había perdido; yo tornaré lo que había sido alanzado; yo ataré lo que se había soltado y desmandado; yo esforzaré lo flaco, y guardaré lo que está fuerte y grueso; y en juicio las apacentaré.*

Grandes promesas y piadosas palabras dice aquí Dios, manifestadoras de su mucha caridad para con sus ovejas, y tanto hace por su remedio. *Yo mismo*—dice el Señor—*las visitaré*; y si queréis saber cómo—añade Dios Padre, diciendo—: *Yo despertaré sobre ellas un Pastor que las apaciente: a mi siervo David; ése las apacentará, y él será pastor de ellas; y yo, su Señor, seré su Dios; y mi siervo David, Príncipe en medio de ellas.* Cuando estas palabras se dijeron, muy muchos

años había que el rey David era muerto; y sin duda ninguna *este David* que Dios había de dar por pastor a los hombres, Jesucristo nuestro Señor es. Y con razón tiene este nombre [David], que quiere decir, *fuerte con la mano,* pues hizo las mayores hazañas, y de mayor fortaleza que nadie hizo, que son matar la muerte y pecado, y ganar a los hombres la gracia de Dios, y hacerles herederos del cielo.

Este Señor, por ser Dios, es dueño de las ovejas, pues las crió con el Padre y con el Espíritu Santo. Y llamóse *siervo* del Padre en cuanto hombre, porque le sirvió y obedeció en la obra de la Redención de los hombres; según está escrito (*Is.*, 45, 13): *Él libertará mi cautividad.* Y en otra parte (53, 10): *La voluntad del Señor en la mano de Él será prosperada.* Este Señor fué del cual está escrito (*Bar.*, 3, 37) *que halló el camino de la doctrina, y la dió a Jacob su siervo, y a Israel su amado*; lo cual fué cuando en el monte Sinaí dió su Ley al pueblo de los judíos. *Después de lo cual,* dice el Profeta, *fué visto en la tierra, y conversó con los hombres.*

Muy bien proveído fué que Dios humanado fuese nuestro Pastor y nuestro remedio, para que quedasen llenos nuestros corazones de esperanza, que pues no hay cosa mayor que Dios, ningún mal nuestro hay sin remedio, si queremos aprovecharnos de él.

5.—*Cristo, Pastor en su vida mortal.*

¿Quién contará cuán bien ejercitó este Señor, cuando al mundo vino, el oficio de Pastor, predicando, sanando enfermos, resucitando muertos, consolando tristes, perdonando pecados? Y en testimonio que era Criador del hombre todo entero, y que su remedio era bastante para todo el hombre, mantenía las ánimas con cosas espirituales, y remediaba el hambre de los cuerpos y las otras enfermedades en el trabajo que lo habían menester

Visitó a sus ovejas, visitó *como el pastor que está en medio de ellas,* sanando lo enfermo, esforzando lo flaco, guardando lo sano, buscando lo perdido, y trayéndolo al rebaño aun *encima de sus propios hombros* (*Lc.*, 15, 5); y en fin, dando remedio a sus ovejas de todos los males que les habían venido *en el día de la nube y de la obscuridad* del pecado original, y también

de los mortales y veniales que ellas han hecho, si de ellos piden perdón y hacen penitencia verdadera. Sanólas *puesto en medio de ellas,* viviendo, y en medio de dos ladrones, muriendo; puesto encima de su cayado, que es la santa cruz, para, como desde lugar alto, mirar mejor por sus ovejas, por las cuales moría. Dichosas ovejas, que vieron y oyeron las obras y la voz de su propio Pastor, con las cuales los que de ello se sabían aprovechar, maravillosamente eran apacentados y remediados.

¡Alabada sea tu bondad, Señor, que te traía de tierra en tierra sanando enfermos, enseñando ignorantes, andando en medio de ellos haciéndoles bien, como cuidadoso Pastor a sus amadas ovejas!

6.—*En su vida eucarística.*

Y otra vez y otra vez (2) seas alabado, porque tu grande bondad y amor excesivo que a los hombres tienes, no se acabó en aquellos tiempos, ni en aquella tierra, mas extendióse por todo el mundo, y por todos los años que el mundo durare. Danos, Señor, danos, por tu misericordia, espíritu, no de este mundo, mas del Espíritu Santo tuyo, con cuyo favor alumbrados y fortificados, conozcamos y agradezcamos esta inefable merced de que estamos hablando; que Tú mismo, que entonces personalmente estabas y andabas con tus ovejas [hace] mil y quinientos y tantos años, nunca las desamparaste, y Tú mismo estás aquí entre nosotros, y estarás, mientras el mundo durare, en tu Iglesia.

¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué es esto? ¿Cómo no salimos de nos de admiración? ¿Cómo no estimamos esta merced? ¿Por qué no nos tenemos por ricos y bienaventurados, por tener con nosotros a nuestro Señor? ¿Y por qué no somos más cuidadosos de aprovecharnos de tal pasto y Pastor? Veislo allí al Príncipe soberano cómo está en medio de sus ovejas, que somos nosotros. Y aunque parece que no hace nada, desde allí ejercita con sus ovejas las obras de verdadero Pastor.

Paraos a contar los beneficios que entonces hacía, y

---

(2) *Otra vez y otra vez;* frase latinizada: *iterum iterumque.*

veréis que no los hace menores ahora, y aun por ventura mayores, pues da fe con que le conozcamos, y amor con que le amemos, más que al vulgo de la gente de entonces.

Meta cada uno en su conciencia su mano, y mire qué pasto recibe de la mano de este bendito Pastor cuando viene a Misa, cuando le adora, y principalmente cuando comulga y lo recibe en su pecho. Que verdad digo, y verdad de Dios, que este Príncipe nuestro, Jesucristo, Médico y Pastor amoroso, está entre nosotros, y Él mismo entra en nosotros, y obra en sus ovejas todo lo que obró por las calles, plazas y templo de Jerusalén. Mirad vos que lo recibáis bien; que por su parte Él sanará vuestras enfermedades, que os quedaron como reliquias *del día de la nube y de la obscuridad* del pecado original, y segun he dicho, aun de las reliquias de las malas costumbres, y de la flaqueza de la virtud, que de los pecados que vos habéis hecho, os han quedado; y finalmente, hallaréis aquí lumbre contra la ignorancia de lo que debéis hacer; hallaréis bondad contra vuestra malicia; facilidad para bien obrar, contra la dificultad que sentís; y ese malo y extraño calor (que se llama concupiscencia o *Fomes peccati*) que mora en nosotros, que nos va gastando nuestra virtud y enflaqueciéndonos, y siendo causa que caigamos en pecado; este divino Sacramento, este Médico y Pastor enviado del Padre, con el rocío de su gracia templa aquel mal calor, para que no nos gaste tanto, ni tenga tanta fuerza en nosotros.

Y como es propio manjar en nuestra ánima, esfuerza nuestro corazón, y con su excelencia restaura lo que el mal calor de nuestra concupiscencia había gastado de nuestra virtud. Y no sólo hace esto, como el pan y manjar corporal lo hace en el cuerpo, mas mucho mejor; porque lo que el manjar corporal restaura en el cuerpo, no es tan bueno como lo que se había perdido; y de ahí nace, que como se va poco a poco gastando, y no se restaura tan bueno como se perdía, necesariamente viene el hombre a morir. Y para que en el estado de la inocencia se supliese aqueste efecto, ordenó la divina Sabiduría que, [aunque] los hombres tuviesen otros manjares con que mantenerse, comiesen *del árbol de la vida*, con cuyo fruto se remediaba aquella falta que no podían remediar los otros manjares.

¡Cuán admirables son tus obras, Señor! ¡Quién fue-

se tan dichoso que pudiese decir con verdad lo que dijo David (*Ps.*, 138, 14): *Y mi ánima las conocerá mucho!* ¡Cuánto te debemos, cuán poco te lo servimos, y algunos hay que aun no miramos en ello! Merced hiciste a los hombres de proveerlos con mantenimiento cuando vivieron en tu obediencia (3); y mayor merced fué plantarles un árbol en medio del Paraíso terrenal—que se llamaba el árbol de la Vida—para que comiendo de él, su salud y fuerzas no se enflaqueciesen y se disminuyesen. Mas en comparación de Ti, mi Dios y Señor, manjar verdadero, que vales por manjar y por árbol de Vida, plantado en tu Iglesia, como aquí te tenemos en medio de nosotros, aquello que parecía beneficio queda tan obscurecido con el resplandor de éste, que quita la gana de acordarse del otro árbol de Vida. ¡Manjar de nuestra ánima, hierba molida, majada (4) con graves tormentos, para que seas puesta por emplasto saludable encima de nuestras heridas, y seas sustento de nuestra flaqueza y restauración de lo que por el pecado, que mora en nosotros, hemos perdido! No hay miel rosada (5), no hay medicina que así chupe la podre que mana de nuestras llagas, como esta divina medicina lo hace en nuestra ánima, renovando y haciendo cada día lo que una vez hizo con una mujer enferma de doce años, que siendo tocado en lo postrero de sus vestiduras, luego la sanó, y se restañó la fuente de la sangre que de ella salía (*Mt.*, 9, 20-22).

No lo dude nadie, no; medicina eficacísima es este divino Sacramento bien recibido para templar todas nuestras pasiones, para alumbrar todas nuestras ignorancias, para confortar nuestro corazón. Contra toda flaqueza hay pelea (*Exod.*, 16). Y si creéis que aquel maná corporal pasado, manjar de cuerpos, que al fin se morían los que lo comían, le daba Dios tal virtud, que si el que lo comía era bueno, aunque el sabor natural era de pan con miel (*Exod.*, 16, 31), le daba Dios tal virtud, que siendo unos granillos blancos y pequeños, supiese a perdiz capón, y generalmente a todo

(3) Se refiere a nuestros primeros padres antes del pecado.

(4) *Majada:* machacada.

(5) *Miel rosada:* preparación de miel batida con agua de rosas y hervida después hasta que adquiere consistencia de jarabe (Academia).

aquello que el buen hombre que lo comía quería (*Sap.*, 16, 20); este bendito Señor nuestro ha puesto, en el manjar que allí está, remedio bastante y sobrado para todos cuantos males tenemos y podemos tener.

Y San Juan lo vió esto, y lo agradeció el Profeta David, cuando dijo (*Ps.*, 22, 5): *Pusiste en mi acatamiento una mesa contra todos los que me atribulan.* ¡Oh grande palabra! ¡Oh poderoso remedio! Consuelo eterno para los necesitados que de él se quieren aprovechar, y justa causa de condenación para los que no.

—¿Qué decís, santo Rey David? ¿Qué *mesa* es ésta *contra todos los que os atribulan?*

—Contra todos: mundo, carne, demonio; pobreza, riqueza; males de cuerpo, males de ánima.

¡Oh palabra, tan grande como verdadera! *Contra todos los que me atribulan.* Vengan aquí los atribulados, y hallarán su remedio. No se queje nadie ya: «Este mal tengo y aquéste», sino quejaos de vos mismo, porque estáis en pobreza, de no venir a la mesa del entero remedio.

7.—*Si no os sana la Eucaristía es porque comulgáis de tarde en tarde.*

Y los que os sentís aliviados de la carga de vuestras pasiones, y con más fuerzas para bien obrar, mirad que os aviso: si queréis que el bien os dure, comulgad hoy.

San Bernardo ¿qué dice? [«Si alguno de vosotros no siente con tanta frecuencia o tanta fuerza los movimientos de la ira, de la envidia, de la lujuria, o de otros vicios semejantes, dé gracias al Cuerpo y a la Sangre del Señor, pues la virtud del Sacramento obra en él; y regocíjese de que una herida tan grave se acerca a la curación»] (6).

Y conforme a esto, dice San Ambrosio: «Que este divino Sacramento es dado para remedio de nuestra cuotidiana flaqueza.» Gran verdad nos dice; y con aquella flaqueza nos avisa de la causa por que, teniendo manjar tan poderoso contra nuestra flaqueza, todavía estamos tan flacos. ¿Queréis oír cuál? La flaqueza es de cada día, el comer es de año a año, o poco

---

(6) *Sermo in Coena Domini,* lit. T.

menos; viene tarde el socorro del bastimento (7) y la medicina de la herida; y así, aunque alguna vez aprovecha para que, después que el hombre cayó y murió, se levante, mas no aprovecha para preservar de la muerte, por ser tan de tarde en tarde comido.

Pluguiera a Dios, que cuando los ministros del rey de Babilonia (*Dan.*, 3, 19) encendían en ti el horno de las concupiscencias, te llegaras al altar y recibieras a este Señor; y no tuvieras que llorar tu caída, y aprobaras la virtud de este sacratísimo Pan, que conforta el corazón del hombre para no caer.

8.—*O porque no comulgáis con fervor.*

Y no sólo pierden el fruto de este *árbol de Vida* estos que tan tarde lo comen, mas también los que a menudo, y por no saber usar de esta medicina. Todos los enfermos desean sanar, mas no todos se quieren poner al trabajo de la cura; y sin la obra, aprovecha poco el deseo.

Adviértase bien cómo para purgarse, uno recibe jarabes, deja de comer lo que quiere, come lo que mal le sabe, sufre sangrías y otros trabajosos remedios, entendiendo que le va más en su vida; y el que se holgaba mucho andar por las calles y aun por el campo, se encierra en su casa, y se mete en un rincón, como preso en cárcel, y con esfuerzo sufre estar privado de su voluntad y hacer lo que es contra ella, por recobrar la salud perdida y gozar de la vida de sano; y con todo esto aun le sale muchas veces en balde lo que esperaba, y sobre su enfermedad se queda con sus trabajos; y algunas veces, el que era enfermo y rico se queda enfermo y pobre, y aún más enfermo que antes; que por eso leemos que acaeció así a la mujer de *doce años enferma* (*Mc.*, 5, 26), para que entendamos que no es ella sola a quien esto acaece. ¿Qué responderemos en el juicio de Dios, pasando tantos trabajos, tormentos y martirios con esperanza de salud incierta, y la que se alcanza, o se torna presto a perder, o se acaba del todo con la muerte, y que por alcanzar la salud del ánima que para siempre ha

(7) *Bastimento:* provisiones de boca, comestibles. Es voz propiamente militar; pero también se usa fuera de la milicia.

de durar, se nos hace de mal confesar nuestros pecados, hacer de ellos penitencia, pagar lo que debemos, perdonar nuestras injurias, cesar de otros negocios por pensar nuestros pecados? Y finalmente, queremoslo hallar todo hecho, sin que nos cueste trabajo, ni que perdamos de nuestros antojos poco ni mucho; dando a entender con las obras que la salud y vida del ánima, y el alcanzar la gracia de Dios y gozar del mismo Dios para siempre, es cosa de tan poco valor, que no queremos por ello dar precio ninguno. Y por ventura hay algunos que no lo quieren recibir, aun que se les conceda de balde.

En cargo, Señor, te lo tienes (8) esto que te quiero suplicar; mas todavía lo diré por celo de tu honra, y en confusión de los que en poco te precian: Que no te des a nadie para que te posea, sino al que te amare y preciare sobre todas las cosas; y si le pidieres la honra, la vida y la hacienda por Ti, lo dé todo de buena gana; y piense que aun con todo esto te ha comprado barato.

¡Oh falsas balanzas de aquellos de quien se verifica lo que está escrito! *No tuvieron en nada la tierra digna de ser deseada* (*Ps.*, 105, 24); donde se puede esperar que el justo Juez pondrá nuestras balanzas falsas en la picota (9) del infierno para siempre jamás.

9.—*O porque no vivís como quien comulga.*

Y los que por la misericordia [de Dios] pasan el trabajo que es menester para limpiar sus ánimas, y ser hechos hábiles para recibir a este Señor, medicina cordial (10) de los flacos y quebrantados, no se descuiden por haberlo recibido con el digno aparejo; porque si no tienen cuenta sino con que se gaste bien aquel rato de cuando confiesan y comulgan, y no guardan la salud recibida, acaecerles ha gozar tan

---

(8) *En cargo te lo tienes:* de tu cuenta corre; tú te encargas de esto.

(9) *Picota:* columna que había a la entrada de algunos lugares, donde se exponían las cabezas de los ajusticiados o los reos a la pública vergüenza.

(10) *Medicina cordial:* que fortalece el corazón.

poco de la salud, poco menos que los que no la reciben.

Hermano: San Bernardo dice que muchos tienen costumbre de ser oradores [hacer oración], y no tienen vida de oradores; porque el que trata con Dios en la oración un rato, hásele de parecer en lo demás de la vida. Que si vos lloráis en la oración, y cobráis alguna mejoría, y por parlar y reír, perdéis lo que allí ganasteis, nunca en vuestra vida enriqueceréis, ni saldréis de pobreza y miseria. Si os llegáis (11) a la mesa del Señor, y recibís al mismo con razonable aparejo. y vais confortado y santificado por haber participado de la fortaleza y santidad verdadera, y os sentáis a otras mesas llenas de parlería, de diversidad y muchedumbre de manjares, y muy más despacio que estuvisteis en la mesa del Señor, no os maravilléis que esté vuestra ánima flaca, pues la salud que aquí recibió, allí la perdió.

La vida cristiana no es cosa que consiste en un punto sólo. Cosa junta es, como una cadena que contiene en sí muchos eslabones, que se han de llevar todos juntos, o dejar todos juntos; y quien quisiere gozar bien de los frutos de este divino Manjar, toda la vida ha de ordenar de manera que sirva, o para bien recibir aquesta salud, o para guardarla después de alcanzada.

Mirad que cuando toma el enfermo alguna medicina, dícenle que repose sobre ella, para que obre su efecto; y si no lo hace así, no sólo perderá el provecho de ella, mas si sale luego a que le dé el aire, por ventura le fuera mejor no haberla recibido. ¿Cómo queréis vos que obren en vos los excelentísimos frutos de esta celestial medicina, después que la habéis recibido, si en lugar de estar recogido un buen rato, agradeciendo la merced recibida, y gozando del Huésped que en vuestras entrañas tenéis, os salís luego al aire de los temporales negocios? Y plega a Dios que no sea a parlar y murmurar, y no sólo no saquéis fruto de tan gran merced, mas cometáis pecado nuevo, por el desacato que come éis en no hacer presencia y estar en conversación con nuestro Dios y Señor,

---

(11) Las ediciones consultadas dicen: *Si no os llegáis*, pero el contexto pide: *Si os llegáis*.

que tan benignamente ha concedido (12) a venir personalmente a visitaros.

Cosa nunca vista y de tan mala crianza, que suplicando vos a un rey que venga a vuestra ca a a veros, que estáis enfermo, y a remediar vuestras necesidades, que en entrando él por la puerta de vuestra cámara, os levantéis vcs, y va[yá]is a entender en otros negocios: ni se hace con reyes, ni con grandes señores, ni con hombre a quien se tenga respeto, por pequeño que sea. Sosegaos, hermano, para que obre en vos esta divinal medicina; y después en vuestra casa tened algún lugar señalado donde con reposo del cuerpo entendáis en considerar vuestras enfermedades, y las gimáis, y os castiguéis por ellas, y pidáis al Señor medicina, y las tengáis tan sabidas y tan en la uña; que después de haberlas llorado en la confesión, vengáis a esta mesa sagrada y sepáis contar al celestial Médico qué enfermedades tenéis, dónde os duele, y se las presentéis, con esperanza que, pues por tocar un hombre muerto a los huesos secos del Profeta Eliseo, fué resucitado (4 *Reg.*, 13, 21), recibiendo vos a Jesucristo vivo, no iréis enfermo. Y si sabéis guardar lo que allí se os diere, cierto, experimentaréis la grande merced que Dios hizo a los hombres en darles licencia para comulgar, según está escrito (*Prov.*, 27, 18): *El que guarda la higuera, comerá los frutos de ella.*

Porque de otra manera, miedo me tengo, que, como en aquel tiempo que este sagrado Pastor, viviendo vida mortal, andaba en medio de sus ovejas, usando oficio de sabio Médico y de amoroso Padre, no lo supieron estimar, y dijo San Juan Bautista (*Jn.*, 1, 26): *En medio de vosotros está el que no conocéis*; que así ahora hay muchos, que, aunque, por conocimiento de fe muerta, creen aqueste divino Misterio, mas con la afección (13) hacen tan poco caso de él, que por gozar de él no quieren pasar un poco de trabajo en poner rienda a sus pasiones, en entender en buenas obras; antes huyen de llegarse a él muchas veces, por no obligarse a vivir con mayor cuidado y a negar en algo su propia voluntad.

Grandísima merced es estar en medio de nosotros este divino Pastor. Gran cuenta se ha de dar de tal

(12) *Ha concedido:* ha condescendido, ha accedido.
(13) *Con la afección:* con la voluntad, con el afecto.

beneficio, y recísimo castigo al que no se aprovechare de él. Tomemos mejor acuerdo los cristianos, y lo que Dios nos da para nuestro bien por su inefable bondad, no lo torne en daño nuestra negligencia.

10.—*Paciencia del Médico celestial.*

Comencemos nuestra cura en confianza de tan buen Médico, que cura y da las medicinas de balde; de balde digo, en respecto de nosotros, porque a Él la vida le costó hacerse nuestro Médico y nuestra medicina y nuestro precio. Y no sólo cura de balde, mas aun paga muy bien pagado a quien se quiere curar con Él: y es Médico tan acertado, que ningún enfermo que se curare según sus reglas, dejó ni dejará de sanar.

Lo que se nos pide es, que queramos ser sanos y entendamos en nuestra cura; y aunque no sanemos luego del todo, no desmayemos por ello. La enfermedad es larga, y la salud que en esta vida se alcanza, más semejable a convalecencia es que a perfecta sanidad.

Y aunque está escrito (*Eccli.*, 10, 11) que la *enfermedad larga es cosa pesada para el médico*, no ha aquí lugar; porque aqueste Señor ámanos tanto, que no se cansa de entender, por toda la vida que sea, en curar nuestras enfermedades. Y no dice: «Pues que no sanáis luego, y no os esforzáis cuanto podéis, no quiero perder mi tiempo, ni cansarme en curaros»; no, no hay tal cosa en la condición de aqueste Señor; que escrito está de Él (*Is.*, 42, 3): *No quebrará la caña que está quebrantada, ni la vela que echaba un poco de humo, no la acabará de matar.* Pacientísimo es; y con ver que os vais mejorando en algo, os esperará a que mejoréis más; y mucho respeto tiene a nuestra flaqueza, para no dejarnos de curar, aunque no nos vea tan diligentes como era razón en pasar los trabajos de nuestra cura; y aquel poco deseo y cuidado que tenemos de nos curar, aunque flaco como fuerza de *caña quebrantada* y como calor de *vela apagada,* le mueve más a sufrirnos, esperarnos y mejorarnos, que lo que nos falta a echarnos de sí y quebrantarnos del todo.

Bien conoció el Eterno Padre la flaqueza de los hombres, y por eso el Pastor que nos envió le hinchió primero de tan grandísimo amor para con sus ovejas, que por mucho que ellas tengan pesadumbres

y faltas, Él tiene mucho más sin comparación para las sufrir y llevar encima de sus hombros; y está el mismo hombre enfermo tan descontento de sí y desesperado de alcanzar salud, que él mismo no se puede ver ni sufrir, y se querría echar a los perros; [y] este Señor, que ama a sus ovejas más que ningún hombre se amó a sí mismo, no está cansado de las sufrir ni curar, y les da buena esperanza de que, no apartándose de las manos de Él, Él les dará, en el tiempo que les conviene, la salud.

11.—*¡Luchad y comulgad!*

Osemos acometer esta empresa de pelear contra nuestras pasiones, y contra el mundo y demonio, y contra cuantos impedimentos tuviéremos para nuestra salud, y entendamos que este Señor es favorecedor de todos los que quisieren comenzar esta guerra en provecho nuestro y en honra de Él, y que es más poderoso su solo favor para nos salvar, que todos los contrarios para nos destruir.

No te espanten, cristiano, muchedumbre de pecados que hayas cometido, no flaquezas presentes, no peligros en lo por venir, ni innumerables contrarios que parezcan muy más fuertes que tú.

Y acuérdate de que, estando Gedeón en grande aprieto por un innumerable ejército que venía contra él, le confortó el Señor diciendo (*Judic.*, 7, 9-16): *No temas, que yo te entregaré este tan poderoso ejército para que lo venzas. Y porque con más osadía acometas la guerra, desciende disimuladamente esta noche al real* (14) *de los enemigos, y allí oirás palabras con que te confortes.* Descendió y oyó que estaba uno contando a otro el sueño siguiente: *Parecíame que del real de Gedeón venía un pan, hecho debajo de la ceniza, y venía revolviéndose como rodando, y entró por nuestro real, y no paró hasta la principal tienda de todas, y desde lo alto hasta lo bajo da con ella en el suelo, y que todo nuestro real era destruído y vencido.* Y dijo el otro que oía este sueño: *No es eso otra cosa, sino la espada de Gedeón, varón de Israel, que ha de venir contra nosotros y vencernos a todos.*

Lo cual oído por Gedeón adoró al Señor, y con

---

(14) *Al real:* al campamento.

buena esperanza de la victoria tornóse al real; y con solos trescientos hombres, y sin que usasen de sus armas, venció innumerable copia de gente, para que se cumpliese la verdad de Dios que el otro había soñado: Que la virtud *del pan cocido debajo de la ceniza* fué bastante a destruir el ejército de Madián.

Alabado seas, Señor, para siempre, que confortaste a Gedeón con el sueño, y a nosotros con la verdad allí figurada, y por eso nuestro conforte es mayor, pues tenemos en nuestro favor al verdadero Pan Jesucristo, concebido y cocido con humildad, y en forma redonda como estaba el otro: en el cual nuestros enemigos—¡sean cuales fueren, sean cuantos fueren!—serán destruídos y vencidos de los que, recibiendo este sagrado Pan, somos hechos participantes de su virtud.

Y pues el Capitán es tan poderoso, el Médico amoroso y sabio, el trabajo de la cura y de la guerra se irá poco a poco disminuyendo con la buena costumbre; las leyes de la guerra son tan favorables, que aunque uno sea herido, no por eso, sino por huir de la guerra, perderá la victoria; comencemos con denuedo nuevo partido por la honra de Dios, no confiados en nuestras fuerzas, mas en las suyas; y tomando con una mano *la trompeta* de la confesión de la fe, y especialmente la del artículo de este divino Misterio, con la otra mano *quebrantemos el barro* de nuestro cuerpo, afligiéndole con pena, para que en el cuerpo quebrantado, *aparezca la luz* de la buena vida para gloria de Dios; que con estas armas venció Gedeón a los madianitas, y venceremos nosotros a nuestros contrarios con el favor de aqueste divinísimo Pan, alto y humillado, que recibiéndolo y humillándonos, nos ensalzará con poderosa virtud.

TRATADO 10

CRISTO ES NUESTRA CABEZA (1).

Qui manducat meam Carnem et bibit meum Sanguinem, in me manet, et ego in eo.

Quien come mi Carne y bebe mi Sangre está en mí, y yo en él.

(Jn., 6, 57.)

1.—*Nuestra unión con Cristo.*

Para subir a las cosas altas no basta un solo escalón, ni para agotar un grande lago de agua no basta una sola vasija; y cuanto una cosa es más excelente, más nombres y más inducciones ha menester para ser declarada. Esto parece manifiesto en la cosa más excelente de todas, que es la divina Esencia; pues siendo ella una, y más unísima que ninguna de las cosas, ha menester más nombres y semejanzas, para que cada una por su parte declare algo de la infinidad de perfecciones que ella juntamente en Sí tiene.

También es notorio cuán muchas figuras, sacrificios, ceremonias, nombres, profecías y semejanzas están escritas en el Viejo Testamento para declarar la excelencia de un solo Jesucristo nuestro Señor. Y por esto no es de maravillar que, pues el Misterio que al presente tratamos, de la dulcísima unión entre Jesucristo nuestro Señor y los que bien le reciben, es tan grande, no nos contentemos con declararla con una sola metáfora de *comer* y *beber,* mas que aña-

---

(1) El tema eucarístico está velado en este Sermón, que propone con maravillosa claridad el misterio del cuerpo místico de Cristo como fundamento de la Redención y Justificación. Es dignísimo de estudiarse.

damos otras, no de nuestra cabeza, porque en cosa tan alta y tan sobre nuestro sentido, ¿quién osará seguir otro parecer que el de Dios? para que de Aquel mismo venga la lumbre con que conozcamos este tan gran bien nuestro, de quien viene el hacer la merced, y tengamos por maestro a quien tenemos por bienhechor.

La metáfora que en este presente tratado nos ha de dar lumbre para el conocimiento deste sagrado Misterio, nos la dió Dios por boca del Apóstol San Pablo, órgano muy usado para declarar *las riquezas investigables de Jesucristo* nuestro Señor (*Eph.*, 3, 8), que para Sí y para nosotros tiene; y esta [metáfora] llama por nombre de «cabeza y cuerpo» o «cabeza y miembros». En una parte dice, hablando de Cristo: *Él es cabeza del cuerpo de la Iglesia* (*Col.*, 1, 18); y en otra parte que Dios Padre *dió a Jesucristo* nuestro Señor *por cabeza de toda la Iglesia* (*Eph.*, 1, 22) y en otras partes usa de esta misma metáfora, como cosa en que hallaba particular gusto, y que entendía ser conveniente para nuestra consolación, porque declara muy al propio este gran beneficio de la unión de Cristo y nosotros.

2.—*Adán, cabeza deshonrada de los hombres.*

Había Dios dado a Adán, hombre primero, que fuese *cabeza* de todos los hombres, principio de todos ellos, y que si él permaneciera en los bienes en que Dios le crió, se derivasen de él en ellos como de una cabeza a su cuerpo. Mas porque aquella cabeza fué de mal seso, quebrantando el mandamiento de Dios, cayó en desprecio y deshonra en los ojos de Él, y fué despojado, como traidor, de los bienes que había recibido, y de otros mayores que esperaba recibir, y fué condenado a muerte y a graves penas por la divina Justicia, pues no había querido aprovecharse de su gracia y misericordia. Cabeza deshonrada, pobre y condenada, ¿qué pudo pasar a sus miembros sino lo que ella tenía? Y porque el demonio tuvo derecho sobre él, mediante el pecado, túvolo también contra sus miembros; no como quiera, sino siendo cabeza de ellos, influyéndoles de su ponzoña, y haciéndoles participantes en sus penas.

3.—*Cristo, nuestra gloriosa Cabeza.*

¡Alaben al Señor sus misericordias y sus maravillas en los hijos de los hombres! (*Ps.*, 106, 8). Porque se adoleció de las miserias de ellos, y los sacó del profundo de la deshonra, y de la pobreza de las cosas espirituales, y les rescató de las penas que debían, y les quitó cabezas tan malas como era Adán y el demonio. Y no se contentó su misericordia con sacarnos de estos males, tornándonos a la honra y riquezas que antes teníamos; mas, multiplicando su magnificencia, remediónos con tanta ventaja de lo que antes teníamos, como excede el cielo a la tierra; diónos por remedio a Jesucristo su Hijo bendito; y no como quiera, mas diónoslo por *Cabeza*, cuyo cuerpo fuésemos nosotros, con lo cual quedamos, sin comparación, muy más honrados y agradables a Dios, que antes estábamos deshonrados, y que estuviéramos, si por otro modo ordenara nuestro remedio.

Pudiera muy bien su infinita Sabiduría tornarnos a dar a Adán por cabeza, o algún hombre que viniera de él, por el cual nos viniera el bien que habíamos perdido; mas para enseñar Dios las riquezas de su misericordia, y la grandeza de su amor con los hombres, y su inefable sabiduría, tomó el vaso quebrado en las manos, y no se contentó con hacerlo como antes estaba, mas hermoseólo y honrólo con muchas ventajas.

Grande honra fuera tener por cabeza un hombre bueno, y mayor tener un ángel, y mucho más un serafín, y fuéranos ocasión de alabanzas y gracias al Señor, que tanto bien nos había hecho. Pues ¿cuáles serían aquéllas que debemos dar, porque pareciéndole todo poco—no por serlo ello, sino por el grande exceso del amor que nos tiene—, nos dió por cabeza al mismo Hijo suyo y Verbo encarnado? De manera que si entonces nos pudiéramos gloriar de que teníamos honra en nuestra cabeza, y de que era Angel nuestra cabeza, digamos ahora que tenemos una cabeza que es Dios, y seamos *una persona mística con Él.* Cosa parece ésta que espanta oyéndola, y que hace encoger al hombre, mirando su poco valor; y parécele cosa desigual, que sea él parte o cuerpo que tenga a Dios Humanado por su cabeza; mas, en

fin, llega la bondad divinal hasta a hacer estos bienes a los miserables, para que se verifique lo que dijo Isaías (43, 21): *Este pueblo formé para mí, cantará mi alabanza.* Obra es de Dios, Él da testimonio de ella; creámosla, alabémosla, aprovechémonos de ella, pues tan buena fué nuestra dicha, que por la gracia de Dios nos cupiese tal suerte.

4.—*Propiedades de nuestra Cabeza.*

Cristo nos es dado por cabeza; y conviénenle muy bien las propiedades de este nombre, porque tiene con mucha verdad lo que significa.

La cabeza es más alta que todo el cuerpo, y Cristo más alto que todos los hombres y todos los ángeles.

En la cabeza están los cinco sentidos, y el regimiento y gobernación de todo el cuerpo; y en Cristo toda la sabiduría, todas las gracias, el poderío y la gobernación del cielo y de la tierra.

Y si de la cabeza desciende influjo de espíritus que den movimiento y sentimiento a los miembros del cuerpo, mucho mejor desciende el Espíritu de la gracia de Cristo en los suyos (2), con que viven y obran obras de vida agradable y meritoria delante los ojos de Dios.

La cabeza es de una misma naturaleza con el cuerpo; y Jesucristo nuestro Señor, por la parte que e hombre, es de una misma naturaleza con nosotro Y por esto, aunque, por ser Dios, le pudiesen conv nir las otras condiciones de cabeza, mas porque n es de una naturaleza con nosotros, ni el Padre ni e Espíritu Santo no se llaman con aquella propieda cabeza nuestra, como se llama Él, en cuanto Hom bre. Había mucha distancia de Dios a nosotros; aba jóse a hacerse hombre y ensalzónos a nosotros, ha ciéndonos cuerpo de aquel Hombre, para que así, po medio de Él y en Él, nos juntásemos con Dios, d quien tan apartados estábamos: Dios en Él y nos otros en Él; no se pudo hallar mejor medio par nuestro remedio.

Bienaventurado reino que tiene tal Rey, much más sabio que Salomón para saberlo regir, y much más rico para poder enriquecer a los suyos, y ta

(2) 3 p. q. 8, a. 3 et seqq. et q. 12.

lleno de amor para con ellos, para tratarlos, curarlos y regalarlos, como lo es una cabeza para con su cuerpo. ¿Quién podrá, Señor, callar tales misericordias? ¿Quién podrá, Señor, hablar tales misericordias?

5.—*El pecado nos hace bajar la cabeza: mas por Cristo la levantamos.*

¿Qué hacen los hombres que no vienen a juntarse con esta sagrada y honrada Cabeza, para huir de la deshonra, que por ser miembros de Adán y del demonio, los tiene metidos en el profundo de la bajeza y desprecio delante el acatamiento de Dios? Sí; tienes, hombre, tantos pecados sobre ti, que no los puedes sufrir, y anda tu ánima acorvada con el mucho peso que sobre ti traes, diciendo con David (*Ps.*, 37, 5): *Mis maldades han sobrepujado mi cabeza, y como carga pesada se han apesgado sobre mí.* Sí; tus pecados pesan más que tú, y no los puedes pagar, aunque te vendan y entreguen en manos de todos los tormentos que de aquí al fin del mundo te pudiesen dar. Mas ¿qué digo? ¡Hasta el fin del mundo tanto mal! Es el pecado talento de plomo tan pesado, que sin hacer agravio ninguno, merece ser castigado con tormentos que no se acaben mientras Dios fuere Dios. ¿Qué os maravilláis que un pecador ande triste, y la conciencia herida con remordimientos crueles, fatigado, desesperado y temeroso dondequiera que esté, considerando que tiene por enemigo al Omnipotente Dios, de cuyas manos no se puede librar? Debéis vos no sé cuántos dineros, y andáis penado y pensativo, y decís que no os entra en provecho lo que coméis y bebéis. Pues si está en la cárcel uno, y condenado ya a que pierda la vida, ¿quién osará pedirle a aquél que se alegre? Y si alguno se lo pidiere, el encarcelado no lo podrá hacer.

Liviana cosa parece el pecado cuando se comete; mas pesadísimo es después de cometido; y tal aparecerá el día que Dios viniere a juzgar los vivos y muertos, y a castigar los pecados con fuego que nunca se acabe. Cristiano, siente este peso que sobre ti has echado; porque ¡ay de aquel que, ya que no fuere para no pecar, no se le da nada de haber pecado! Mas tú, hermano, gime con el peso, mas no

desesperes; abaja tu cabeza con vergüenza y dolor; y si quieres que venga por ti un día en que la tengas ligera y aliviada de esta grande carga, y la puedas alzar sin confusión a mirar a tu Dios, yo te daré remedio muy cierto con que lo alcances.

Jeconías estaba cautivo en Babilonia, y preso y pobre en la cárcel del rey; y vino un día en que Dios le hizo merced de que el rey Evilmerodach se acordase de él, y lo sacó de la cárcel, y lo vistió muy bien, y lo sentó a su mesa; y dice la Escritura, que *le levantó la cabeza* (4 *Reg.*, 25). Si preso estás en poder del demonio, traerte ha pensamientos de desesperar; y aquellos que primero te decían: «Peca, que luego saldrás del pecado; Dios te perdonará, que misericordioso es; no eres tú solo el que haces esto; cuando quisieres harás penitencia», y cosas semejantes, con que te aliviaban la carga que te querían echar encima de tus hombros, a los cuales si tú fueras cuerdo, habías de responder (3): Quiero primero probar si puedo llevar esa carga, pues que a uno que vive de este oficio, si le piden que lleve alguna carga de una parte a otra, ase primero de ella, y prueba si la puede alzar y llevar; y si ve que no, por cosa que le den no quiere tomar sobre sí carga que lo derribe en el suelo, y lo mate o lastime.

¡Oh miserables, que en los infiernos estáis! ¿Por qué no probasteis primero, cuando os parecía pequeña la carga? ¿cuando no teníades en nada oír que el castigo del pecado es tormento del infierno para siempre jamás? ¿Por qué no probábades siquiera lo medio (4), siquiera un poco de lo que ahora decís que es incomportable, y blasfemáis de aquel que tal peso y tormento os echó a cuestas, diciendo que no lo podéis llevar?

Cristiano, prueba, primero que hagas el concierto, si puedes llevar el peso de la sentencia: *Ite, maledicti* (*Mt.*, 25). Mas si fuiste tan inadvertido, que a trueco de muy vil y pequeño precio, echaste sobre ti la pesada carga del pecado mortal, no añadas mal sobre mal, ni eches sobre ti la pesada piedra de la desesperación, incomportable para sufrir, y poderosa

---

(3) En nota marginal, dice la edición de 1596, página 266: *Nadie tome carga de pecado sin* sospesgalla *primero.*

(4) *Lo medio:* la mitad.

para en un punto dar en el infierno contigo. Entiende y siente que has hecho muy mal en dar males por bienes, enojos en lugar de servicios, a tu Dios y Criador. Gime, que has sido ingrato al Señor que te compró con su sangre y muerte preciosa. Y si la muchedumbre de tus pecados, y la acusación de los enemigos, y la grandeza de los tormentos de infierno, el temor de la divina Justicia te aprietan tanto, que te quieren hacer desesperar como a Judas, vete así espinado como estás con las punzadas de dolor que te dan tus pecados, y con confianza cristiana dile a este Señor: *¡Cuán multiplicados son los que me atribulan! Muchos se levantan contra mí; muchos dicen a mi ánima,* con pensamientos secretos, *que no tengo salud en mi Dios* (*Ps.*, 3). Si me dijeran que no la tenía en mí mismo, no me deshicieran, ni me desmayaran, pues que el mal en mi está, el remedio no; mas decirme que no tengo parte en vuestra redención, que me habéis arrojado de Vos, y que aunque sois Salvador, por mis grandes pecados no me habéis de salvar, esto, Señor, me desmaya mucho, y para esto os pido remedio, y que *no me vea yo sumido debajo de la tempestad de las aguas* ni caído *en el pozo* de la desesperación y *cerrada la boca* (*Ps.*, 68).

Dadme fuerza, Señor, para que yo confiese mis pecados con esperanza de perdón, y que os diga con verdad las palabras que se siguen: *Tú, Señor, que eres mi recibidor, honra mía, y que levantas y ensalzas mi cabeza;* que entre yo, Señor, con verdad, dando gracias y alabando a vuestra misericordia, *que con mi voz llamé al Señor, y que oyó mi voz desde su santo Templo*—que es vuestra santísima Humanidad.

¡Oh pecadores, que tenéis los corazones espinados por haber ofendido al Señor! ¡Oh pecadores, que de verdad queréis hacer guerra a vuestras pasiones por tener paz con Dios, y comenzar nuevo partido con Dios, y por la obediencia de sus santos mandamientos y de su Iglesia sagrada! No desmayéis, que tenéis en Jesucristo remedio, según está escrito: *Los montes son para los ciervos, y la piedra es refugio para los erizos* (*Ps.*, 103). Si no has sido leal a Dios corriendo con ligereza el camino de sus mandamientos, y no te puedes salvar por vía de la alteza e inocencia de vida, conoce tu bajeza, y que no has sido para correr por los montes; y entiende, que como Jesucristo nuestro Señor es santidad de

los santos, y ligereza de los ciervos que corren por el alteza de la vida, también es piedra puesta a la raíz del monte, que está *cavada* y hecha casa, donde reposen y sean recreados *los erizos* llenos de espinas, que son los pecadores lastimados por haber pecado. Dile—si de verdad quieres ser suyo—, confiado de su misericordia, lo que dijo David: *Señor, Tú eres mi recibidor, Tú mi honra y el que levanta mi cabeza.* Yo, Señor, me despeñé cuando caí en el pecado mortal; y por tu misericordia no caí hasta los profundos del infierno; no porque yo no lo mereciese, mas porque se cumpliesen en mí aquellas palabras dulcísimas que mandaste decir en alabanza de tu misericordia: *Cuando cayeren, no se quebrarán, porque el Señor pone debajo su mano* (*Ps.*, 39).

Alabanzas, Señor, sean a tu bondad, que ya que mi maldad me derribó al abismo del pecado, tu bondad me guardó que no cayese en el del infierno, esperándome a penitencia para darme perdón. A Ti confieso por piadoso recibidor mío, y a mí por muy cruel ofendedor tuyo, y más duro que piedra contra Ti. Yo soy mi deshonra, porque te ofendí; y soy tu deshonra, porque fuí causa que te deshonrasen por mí; y Tú, Señor, con tu deshonra me honraste, y a boca llena te alabo y confieso por *honra mía.* Que si oso llamarte, si oso alzar mis ojos a Ti, si espero verte en el cielo, siendo tan indigno de alzar mis ojos del suelo, a Ti, Señor mío, lo debo, pues por tu sangre y Pasión espero que has de quitar de encima de mi cabeza la pesada carga de pecados que yo eché, y olvidarlos de tu memoria como si no fueran hechos, para que yo tenga corazón para vencer la confusión de mi cara, y levantar mi cabeza, no con soberbia, mas gloriándome en Ti, que libras de la confusión que tienen los pecadores, que levantas a los caídos y (*Ps.*, 112) *del polvo y estiércol levantas al pobre, para lo asentar con los Príncipes de tu pueblo* cristiano.

Si mirándote a ti, gimes y te hinches de confusión, que no osas alzar tu cabeza, y mirando a Jesucristo nuestro Señor, y tomando las medicinas que en su Iglesia dejó para que tus llagas sean curadas, tienes confianza de su perdón, haces muy bien, y vendrá sobre ti la palabra divina, que consuela los tales, diciendo (*Ps.*, 31, 10): *Al que espera en el Señor, su misericordia lo cercará,* remediará y perdonará.

6.—*Cristo humilló su cabeza para que levantemos la nuestra.*

Mas para que sepas qué debes a este Señor, para que más agradecido le seas, y mejor entiendas el misterio de la sagrada unión de Cristo con nosotros, cuya declaración pretendemos, te digo, que aunque mucho debamos al Señor porque levantó nuestra cabeza caída con el perdón de nuestros pecados, no sé si le debemos más por el modo con que nos la levantó. Dificultosa cosa es de juzgar; secretísima de escudriñar; dénos Él su santo Espíritu, al cual no hay cosa ninguna escondida, y *que escudriña las profundidades del corazón de Dios* (*Cor.*, 2, 10) para que sepamos este secreto.

¿Qué camino veía el Señor para levantar nuestra cabeza, la cual por nuestros pecados no osábamos nosotros levantar? Por la fe sabemos que *el Verbo* de Dios se abajó a *hacerse hombre* (*Jn.*, 1) por ensalzar a los hombres: que no se contentó con esto, pues que también Él, hecho hombre, abajó su cabeza en el día de su sagrada Pasión. Aquella corona de espinas, claro está, que dándole golpes encima, de manos tan crueles como las de los sayones que con las cañas le herían en la cabeza, que lastimada con las espinas, se había de abajar e inclinar con el duro golpe.

¡Qué caro costaron al Señor los levantamientos soberbios de nuestra cabeza, pues que, para librarnos de la burla y tormentos que por ellos merecíamos, ofreció su sagrada cabeza a trances tan dolorosos! Allí abajó su cabeza con grave dolor, y en la cruz, cuando inclinándola dió su espíritu al Padre. ¡Oh, qué te deben los hombres, Señor! ¡Oh, cómo no miran en ello! ¡Oh! ¿cómo no huyen levantar mal sus cabezas? ¡Oh! ¿cómo no las abajan a Ti, para que Tú se las alces? Dejan perder la medicina tan preciosa y costosa que para nuestro remedio hiciste, y queremos más vivir de manera que tomes nuestras cabezas, y según está amenazado (*Ps.*, 109), las arrojes y *quebrantes*, que no gozar de la honra de poderte mirar, que con el abatimiento de tu cabeza Tú nos ganaste.

7.—*Cristo abogó por nuestros pecados como si fuesen suyos.*

Mas ¿quién pasará adelante? ¿Quién le osará preguntar, si para levantar nuestra cabeza caída, hizo Él alguna cosa más de las dichas?

¡Oh benditísimo Señor!, gracias a tu misericordia, que con bajar tu cabeza viviendo y muriendo, mereciste que yo fuese perdonado y mi cabeza ensalzada; y con bajar Tú a ser cabeza mía y a darme disposición para ser miembro tuyo, efectuaste en mí lo que en la Pasión me ganaste. Señor, ¿qué haces cuando te haces Cabeza del hombre? Señor, *¿qué participación hay entre luz y tinieblas? ¿entre justicia con injusticia? ¿entre el templo de Dios y de los ídolos? ¿y entre Vos y Belial?* (2 Cor., 6.)

Vos, Señor, ¿no sabéis que suelen los hombres avergonzarse de cuando alguna persona conjunta con ellos, comete alguna cosa fea, y tiénense por deshonrados, y tanto más cuanto la persona que comete el mal es más conjunta? Plúgoos satisfacer con dolores nuestros pecados; hiciérades como hacen los fiadores, que aunque pagan por aquellos a quien fían, pagan como por extraños; y no se les pega deshonra de lo que como tales hicieron, y créceles mucha honra porque pagan lo que no debían. Mas Vos, Señor, que habéis tomado por vuestras nuestras culpas para las pagar, tomáisnos a nosotros por cosa vuestra, siendo Vos tan enemigo de la maldad, tan honesto y vergonzoso, que ni aun verla, ni oírla, ni pensarla querríades. ¡Mucho debiera de ser vuestro sentimiento, de que personas conjuntas a Vos hiciesen las maldades que hemos hecho nosotros! ¿Quién sabrá este secreto, Señor? ¿Quién nos dirá qué sentiste, y cómo pediste nuestro perdón, y cómo lo alcanzaste?

Gracias a vuestra misericordia, que para consuelo de nuestras ánimas, y para manifestación de vuestro grande amor con nosotros, haya vuestra providencia ordenado que el Espíritu Santo en la divina Escritura nos haya declarado este secreto de vuestro Corazón, del negocio de nuestro remedio, tan oculto a nosotros.

Tomad, hermanos, por ejemplo, que si unos criados de un hijo de un rey hubiesen hecho una grande maldad y traición contra el rey su padre, de lo cual el hijo del rey estuviese muy sentido, y por ser muy bue-

no, estuviese como afrentado, porque cosa suya se hubiese desacatado contra su padre, y hecho fealdades indignas de que se nombrasen; y con todo esto, es tanto el amor que tiene a sus criados, que le constriñen a ponerse delante la presencia de su padre, y aunque está rogando por ellos, se le avergüenza la cara delante el acatamiento de tanta limpieza, oyendo contar cosas de tan gran fealdad, y parécele que por haberlas cometido cosa tan suya, se le pega deshonra, y esté como afrentado delante de su padre.

Cosa, hermanos, usada es ésta, afrentarse el pariente del delito que hace el pariente; avergonzarse la madre de la fealdad que ha hecho la hija: si la relata pidiendo della perdón, parécele cuenta un propio pecado que ella hubiese cometido. Por aquí podéis atinar, siendo nuestros pecados tan feos, siendo la limpieza de Cristo tan grande en cuanto hombre—que es el que pide perdón—, y siendo muy mayor la del Padre y suya, en cuanto Dios, y del Espíritu Santo, delante de quien relatan los pecados, y a quien se pide el perdón, ¿qué sentiría aquella sacratísima Anima cuando en tal tribunal lo relatase, y procurase alcanzar el perdón? ¿Queréis que lo diga el Espíritu Santo? Oíd sus palabras: *Todo el día está mi vergüenza delante de Mí, y la vergüenza de mi cara me ha cobijado, por lo que me daban en rostro y decían de Mí, y por la faz del enemigo y del que me persigue* (*Ps.*, 43).

Y para declaración de esto, acordaos que el Profeta Zacarías (3, 1-3) vió en espíritu a nuestro Jesús *vestido de vestiduras sucias, y a la mano derecha de Él* estaba Satanás para hacerle contradicción. ¡Oh, alabado seas, mi Dios y Señor, para siempre, fuente de toda limpieza, del cual y por el cual son limpios todos los que lo son! ¿De dónde a Ti vestiduras sucias, sino de juntarte con nosotros y rodearte de nuestros pecados, tomando nuestra naturaleza para los pagar, y vestirte de ellos para desnudarnos a nosotros de ellos y vestirnos de la ropa de tu santidad? Bien sabemos, Señor, que mirándote a Ti el príncipe deste mundo, ninguna cosa halló mala de que te asir; y si el Profeta ve que *está a tu mano diestra contradiciéndote*, es en el negocio que toca a nosotros; en lo cual no estará mudo, como en lo que toca a Ti, mas tiene muchísimos males, y cosas muy vergonzosas, que con verdad decir de nosotros, porque las hicimos, y de Ti, Señor, porque las quisiste tomar a tu cargo para las

pagar. Este es el enemigo que dice David (*Ps.*, 43, 17) que *te da en cara,* y que *habla mal,* y que *te persigue,* haciendo y diciendo cuanto puede, porque no se dé la sentencia en favor de nosotros, cuyo abogado Tú eres.

Señor, si *la vergüenza todo el día* (que quiere decir por toda tu vida) *está delante de Ti,* y si *la confusión ha cobijado tu cara, por la faz del enemigo,* que como a marido de mala mujer, le da en rostro los adulterios que ella ha cometido, ¿qué vergüenza pasarías Tú, Señor, por ser tan honesto, y el juez de aquel tribunal, que es la divinidad, muy más honesto, en relatar cosas tan feas como se relatarían? ¡Ay de nosotros, porque las hicimos!

Señor, suplicámoste que las cuentes como maldad de gente extranjera, cuya deshonra no toca a Ti; y basta que nos alcanzaste perdón, y que en el monte Calvario seas deshonrado por mano y lenguas de malos hombres, sin que en aquel secretísimo tribunal de la divina Justicia, tengas por tuya gente de cuyas maldades te avergüences y te lastimen. Mas, ¿quién podrá acabar esto con tu encendido amor, con que estás determinado de *ser uno con nosotros como cabeza con cuerpo,* y quieres que nuestras culpas se digan culpas de los que son miembros tuyos?

Dinos, Señor, ¿cómo abogaste en aquella audiencia? ¿Cómo dijiste? ¿No tuviste empacho de confesarte por cabeza de gente tan miserable? Deseamos mucho oír lo que entonces dijiste, pues con ello alcanzaste nuestro perdón y remedio.

Otra vez gracias a tu Providencia, que ordenó que supiésemos qué fué tu estilo, qué palabras dijiste en negocio tan pesado, e imposible de hallarle remedio, si por medio tuyo no fuera.

Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan tus orejas, Señor, la grandeza del amor que Jesucristo, nuestra Cabeza, tiene con nosotros, que por acordarse de nosotros, no se mira a Sí; por ensalzarnos, se abaja; por obrar las obras de su misericordia, hace obras muy ajenas de Sí; y siendo más limpio que las estrellas del cielo, y más *apartado de compañía de pecadores* (*Hebr.* 7, 26) y de cometer pecados, que la alteza del cielo del centro de la tierra, se ha juntado tanto con los hombres, y tomádolos por cosa tan suya en el tribunal de la divina Justicia, que pide perdón de los pecados de ellos diciendo: *Señor, ten misericordia de mí: sana*

mi ánima, porque he pecado a Ti (*Ps.*, 40, 5). Otra vez: *Señor, ten misericordia de mí: sana mi ánima, porque pequé a Ti.* ¡Oh palabras tan nuevas y extrañas, y para ponernos atónitos, oír pedir *misericordia* al que es la misma misericordia, y pedir *sanidad* para su ánima, nunca habiendo enfermado; y decir *que pecó* el que nunca lo hizo ni lo pudo hacer!

¡Oh Rey de todos los siglos, en cuánta confusión pone a mi soberbia oír la humildísima contemplación tuya! Yo soy el que pequé, y a duras penas se puede acabar conmigo que lo conozca y confiese. Está mi ánima enferma; y ocupada en otras cosas, no siento mi mal, ni procuro el remedio. Soy mísero y miserable, y no pido misericordia de corazón; y estando Tú ajeno de todo aquesto, oigo decir a tu boca: *Señor, ten misericordia de mí: sana mi ánima, porque pequé a Ti.*. Yo, Señor, huyo de que se me pegue deshonra de pecados ajenos, y por esto muchas veces desconozco mis conocidos; y véote decir a Ti: *Sana mi ánima, porque pequé a Ti.*

Contentáraste—¡oh para siempre bendito!—con decir: Señor, ten misericordia de [sus] pecados, sana *el ánima dellos*; y si más quisieras honrarlos, sea con decir *ánimas de mis parientes, de mis hermanos*; y si más querías, dijeras, como la mujer cananea que alcanzó misericordia de Ti diciendo: *Ten misericordia de mí, porque mi hija mal atormentada es del demonio* (*Mt.*, 15). Porque es señal de gran caridad llamar hijo al que no engendré, y quererlo tanto, que tengo su misericordia por mía, y digo: Ten misericordia *de mí,* habiendo de decir: Ten misericordia *de ella.*

Mas ni hay, Señor, padre, ni madre, ni amigo semejable a Ti; ni es razón de pedirte que hables como los otros, pues les excedes mucho en amar. *Sana mi ánima,* dices, Señor. ¿Cuál ánima? Una conocemos, y confesamos que fué criada e infundida en tu sacratísimo Cuerpo en el día de tu Encarnación. De ésta, aunque se dice que *llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores* (*Is.*, 53), mas nunca cayó enferma de enfermedad.

Pues ¿qué ánima es ésta, que está enferma por haber pecado, y la llamas *tuya?* Nunca tal hemos oído, haber un hombre que tenga dos ánimas.

Si mi ánima es *tuya,* Señor, será ánima de tu cuerpo, y vivirá él por ella, y no ella por él, pues el ánima tiene vida de sí, y el cuerpo la recibe de ella. Mas no

es esto así; ya lo hemos dicho, que Tú, Señor, nos transformas en Ti, y no Tú en nosotros; que así como el ánima da vida al cuerpo, así Tú la das a nuestras ánimas; y así ellas, aunque en substancia sean ánimas, tienen vez de cuerpos, pues reciben de Ti la vida espiritual y el influjo de buenas obras, no como cosa que das a algún extraño, mas como cosa que das a Ti mismo.

Mi ánima es tuya, como un pie o una mano es miembro de una cabeza; y si el pie, por andar muy de prisa, tropezó y se hirió, o le dio alguno una cuchillada, a boca llena dice la cabeza: Curadme, que enfermo estoy. Y de esta manera dice el Señor: *Sana mi ánima, porque pequé a Ti.* Y en otra parte: *Mis delitos no están escondidos de Ti* (*Ps.*, 68). Y también dijiste: *No tienen paz mis huesos delante de la faz de mis pecados* (*Ps.*, 37). La voz, Señor, tuya es, como de Cabeza; mas no la dices en tu propia Persona, mas de tus miembros; que tienen lengua en sí mismos, y ténenla en Ti, Cabeza suya, para quejarse, mediante ella, de sus trabajos y pedir lo que han menester; y esto te hace decir que *pecaste,* y que nuestros pecados son *tuyos,* y pedir perdón de ellos como si los hubieras cometido; porque los que los cometimos, somos cosa tuya, somos cuerpo tuyo.

¡Oh consolación inefable para el pecador que, mediante la penitencia y los Sacramentos, quiere incorporarse en Jesucristo nuestro Señor! ¿Qué temerá pecado quien oye decir que los toma Jesucristo tan a su cargo, que dice que Él los ha hecho, y que le sanen y le perdonen? Si pide perdón para Sí, ¿cómo le será negado, pues que no lo pide de gracia, sino pagando nuestros pecados con acerbísimos dolores, con justa paga, y aun sobrada, de lo que debíamos?

8.—*Ni Cristo tiene que ver con el infierno, ni nosotros.*

¡Oh admirable misterio! Que diga el Justo: «Yo pequé, perdóname mis pecados»; y que el no tener que ver Jesucristo con el infierno, es no tener que ver el pecador, unido a Él, con el infierno; y que ser Jesucristo perdonado y salvo, es ser el pecador perdonado y salvo.

Misterio declarado en el Nuevo Testamento, y barruntado en el Viejo, aunque no del todo entendido.

Muchos maestros de la vieja Ley, leyendo aquel lugar de Isaías (45, 17) *Israel es hecho salvo en el Señor con salud sempiterna*; y el otro lugar del Profeta Oseas (1, 7), en el cual habla Dios Padre, diciendo: *Yo solo los salvaré en el Señor Dios de ellos,* maravillábanse, y olían estar encerrado en estas palabras un grande misterio, y decían: «Lugar dificultoso es aquéste, y digno de grande admiración, que la salvación de Israel esté en *ser Dios hecho salvo.*» Y en otra parte dice: *Con él estoy en la tribulación, librarle he y enseñarle he la salvación de Dios* (*Ps.*, 4). Nota (decían estos letrados) que la salvación con que *Dios es salvo,* es salvación de su pueblo. Y desta manera dice el Profeta Zacarías (9, 9) según ellos lo leían (5): *Decid a las hijas de Sión: mirad que viene vuestro Rey justo y hecho salvo.*

¿Cómo habían de entender esta unión tan grande entre Dios y los suyos, que *la salvación de Dios* fuese salvación de los suyos, y en ser hechos salvos *fuese Dios hecho salvo?*

Veis aquí claro lo que estaba obscuro: Dios Humanado es Cabeza, y los suyos son su Cuerpo; y cabeza y cuerpo son una misma cosa. Ser la Cabeza perdonada, librada del infierno, heredera del cielo, es ser todo esto los que son su Cuerpo. El pie hecho sano, dice a la cabeza: «Sanado me habéis»; y la sanidad de la cabeza redunda en el cuerpo.

Acuse el demonio cuanto quisiere a los que se han incorporado en Jesucristo nuestro Señor, porque no hallará lo que buscaba.

«Acuso—dice el demonio—a Pedro o a Juan, que merecen el infierno, por este y este pecado que cometieron.»

Mas si aqueste tal hombre tuvo tan buen seso, que recurrió a los medios de la penitencia y de los Sacramentos, por lo cual se incorporó en Jesucristo, cuando el demonio llamare a la puerta diciendo: «Vengo a buscar a Fulano, que tengo contra él sentencia de condenación», responderá su Cabeza, que es Jesucristo, como verdadero Abogado:

«Aquí no hay ese hombre que vos buscáis; ese pecador sentenciado al infierno en desgracia de Dios, en las aguas de mi bautismo o de la penitencia se ahogó, y nació otro hombre, que no tiene nombre arrimado

---

(5) Según el texto hebreo.

en sí (6); de mi nombre se llama, miembro vivo mío es; y en mi Cuerpo no hay cosa digna de condenación. Si contra Mí tienes algún derecho, enséñalo, porque ese que buscas y yo, juntos estamos; o hemos de ir juntos al infierno, o ser libres del infierno juntos; y aunque él merecía ir allá, yo no merecía ir allá; y más fuerte es mi derecho para no ir allá, que su desmerecimiento para ir allá. Yo le he tomado por cosa mía, y le he hecho participante en mis derechos: si contra ellos tienes algo, eso alega; que si a él tocas, a Mí mismo tocas; porque él y yo somos uno. Ya una vez respondí a los que me venían a prender: *Si me buscáis, dejad ir libres a los míos* (*Jn.*, 18). Prendiéronme, atormentáronme, perdí mi vida en la cruz, y fuí tratado como si fuera pecador: justicia es, y muy justa, que los que buscaron para castigar a quien no debía nada, que no hallen, aunque busquen, a los que eran deudores.

Haz cuenta que una manzana era tuya, o te debía algo: toméla yo, comíla, transforméla en mí; ella es yo. No tienes que ver tú conmigo, y por eso ni con él.»

Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum. ¡Oh bienaventurada penitencia, bienaventuradas lágrimas, preciosísimos Sacramentos, dichosa comunión, que levantan un hombre tan alto, que lo suben de sí a ser Jesucristo! ¿Qué refugio tan alto, como no llegar hasta allí el azote de la condenación? El que ha de juzgar vivos y muertos, Jesucristo es: ¿cómo dará sentencia contra Sí mismo? Pues condenar a su Cuerpo sería condenarse a Sí. Si dicen que va seguro a juicio quien tiene padre juez, ¿cuán más seguro estará quien es Cuerpo del mismo Juez?

9.—*Escondidos en el rostro de Cristo.*

¿Qué hacéis, hombres, hijos de Adán, dondequiera que estáis, que no venís a gozar de redención tan copiosa, de lugar tan seguro, donde seáis escondidos de la justicia de Dios, que no os castigue por vuestros pecados?

No se engañe nadie, no; ningún escondrijo hay donde el pecador pueda esconderse para ser perdonado, si no es en la Casa del refugio, que es Jesucristo nues-

(6) No tiene personalidad propia: se llama Cristo.

tro Señor; que *no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual los hombres sean salvos, sino el de Cristo* (*Act.*, 4). No os aprovechan vuestros ayunos, ni vuestras limosnas, ni otros trabajos, ni aun perder la vida. No pudo librar la yiedra al Profeta Jonás del grande calor del sol, porque un gusano se la derribó (*Jon.*, 4, 7). ¿y podréis vosotros escapar de los encendidos e incomportables rayos de la Justicia divina? ¡Ay de aquel a quien la divina Justicia hallare descubierto y fuera desta Casa, que es Jesucristo, porque más desventura suya será, que de los que perecieron en el tiempo del diluvio, por no entrar en el Arca! (*Gen.*, 7.) ¿Quién podrá resistir una justicia que por un pecado mortal condena a tormentos eternos? Huíd, hombres, tan grande mal; venid todos aguijando, corriendo y volando a este Señor que aquí está, con verdadera fe, con entrañable penitencia; postraos delante de Él; decidle, conociendo vuestros pecados, confiando en su misericordia: «Acosado vengo, Señor, huyendo de la divina Justicia; sedme Casa de refugio; no me seáis Dios airado, mas Dios defendedor; sedme Casa de fortaleza para me defender y salvar. *Tú eres mi refugio de la tribulación que merezco. Alegría mía, líbrame de los que me cercan* (*Ps.*, 31, 7); ponme cerca de Ti, enciérrame en tus entrañas, escóndeme en tu Corazón, cobíjame con tu manto, para que no me hallen los que me buscan.

No hayas miedo, pecador, que si desta manera llamas, se haga sordo el Señor de la Casa; esconderte ha, y serás salvo, mejor que David cuando se escondió en la cueva de Odolán (1 *Rg.*, 22); mejor que Elías cuando se escondió en el arroyo de Carit (3 *Rg.*, 17); mejor que los mensajeros que iban a David, que se escondieron en el pozo por mano de la mujer (2 *Rg.*, 17); mejor que los mensajeros de Josué, que los escondió Raab la Jericontina (*Jos.*, 2). Un escondrijo tiene este Señor donde esconderte, que vale más que todos aquésos, aunque fué figurado en todos ellos: *Esconderlos has*—dice David (*Ps.*, 30)—*en el escondrijo de tu faz, de la conturbación de las lenguas: defenderlos has en tu morada, de la contradicción de los hombres.* No envía Cristo al pecador, que se esconda de la Justicia divina, a la sombra de algua yiedra, de algún humano socorro; en Sí mismo lo esconde, y no dondequiera, sino en la parte más honrada de Sí, que es *en el escondrijo de su cara.*

Mas ¿qué escondrijo tiene su faz, pues es más luciente y manifiesta que el sol? ¿Sabéis cuál? *Vímosle y no tenía hermosura ni lindeza, y su gesto como escondido, y por eso no lo estimamos* (*Is.*, 53). Escondió Jesucristo su faz cuando se ofreció a ser escupido y desestimado azotado y coronado de espinas, y muerto en madero de malhechores. ¿Qué cosa más escondida a los ojos humanos, que ser Dios y Mesías el que así era tratado? Mas a los ojos de la fe, manifiesto está, pues creemos que, no por sus culpas, sino por quitar las nuestras, fué tratado de aquella manera. Y fué justicia, que pues cayó la maldición sobre el bendito, y la justicia sobre el inocente, y la condenación sobre quien no debía nada, que los condenados sean absueltos, los pecadores justificados, y sean abrazados con misericordia los que merecían ser condenados y maltratados con la justicia, en esta paga que pagó Jesucristo por nuestros pecados, suficiente y sobrada de lo que merecían (7).

En este escondrijo mete al pecador, que viene huyendo de la Justicia divina. Y diciendo: «Yo morí por él, yo pagué lo que él debía, él me recibe en sí mismo, yo lo transformo en Mí», no hay quien pueda sacar al pecador deste escondrijo. Y dícele el Señor lo que a la mujer adúltera: *¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ni yo tampoco te condeno*; antes te hago salva, y te glorificaré en mi eternidad.

Vive, anima mía, en perpetuo agradecimiento a tal amador y tal Señor.

(7) Véase la Carta 59.

TRATADO 11

PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN.

(Predicado en la Octava del Corpus.)

Qui manducat mean Carnem et bibit meum Sanguinem, in me manet, et ego in eo.

Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, él está en mí, y yo en él.

(*Jn.*, 6.)

1.—*Introducción.*

Institución divina es que se celebren las octavas de las fiestas. Mandó Dios que la fiesta del Cordero se celebrase ocho días, y que el día octavo fuese de tanta solemnidad como el primero (*Ex.*, 12): figura de esto que tenemos presente. Ocho días se celebra la fiesta del Santísimo Sacramento, y este del día de hoy no es menos solemne que el primero. Las fiestas que Dios nos manda celebrar, mercedes son que nos hace, porque es decirnos que pidamos mercedes. Tornarnos a mandar que celebremos hoy otra vez esta fiesta, es decir: «Quizá habrá alguno que la fiesta principal celebrase tibiamente, y se haya descuidado estos ocho días; celébrese, pues, otra vez el octavo día.» Y el mismo Dios que así lo ordenó, como su intención es despertarnos a celebrar sus fiestas y a recibir sus mercedes, hanos dado vida hasta hoy para que las recibamos.

Henos aquí juntos este día, donde las entrañas de Dios están abiertas para los hombres. ¿Qué diremos hoy a nuestra Señora? (*Isa.*, 58): *Frange esurienti panem tuum, et egenos vagosque induc in domum tuam: cum videris nudum operi eum, et carnem tuam ne despexeris.* Repartid, señora, con los pobres de *vuestro*

pan. —Muy bien dicho está, que aunque este Pan sea de todos, de ninguno es tan propiamente como suyo. —Pues, Señora, Aquel que es tan vuestro, comunicádnoslo a los pobres y seremos ricos.

2.—*La carne de Adán pecadora y la carne de Cristo salvadora.*

El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en mí está y yo en él. Palabras son de gran consuelo; por eso me pareció no tomar otras nuevas, sino las mismas del primer día. Díjolas Jesucristo nuestro Señor, y por esto deben de ser de nosotros aceptadas con gran benevolencia y amor. Huélgase el Señor de dar a sus criaturas a entender que sin Él no hay consejo que prevalezca, ni consejo que se pueda acertar; y esto tan de verdad, que por aquel modo que el hombre pensare remediarse, si estriba en sí, permite Dios que se pierda, y por el camino que tomare para hacer algo contra Dios, le venga mal.

Muchos testimonios de éstos tenemos en la divina Escritura. ¿Qué fué el intento del demonio cuando engañó a nuestros padres? Echar a perder los hombres; ése es todo su cuidado. ¿Por qué medio? Por hablar con una mujer, y darle a entender que el manjar que Dios había criado para sustentar la vida corporal, era bastante para dar vida espiritual.

—*¿Por qué os mandó Dios que no comiésedes de este árbol?*

No se ha de preguntar *por qué,* en lo que toca al mandamiento de Dios.

—*Porque no muramos*—dijo ella.

—*Que no por eso*—dijo el demonio—, *sino porque sabe Él que en comiendo de esta fruta seréis como dioses.* Mirad; aquella manzana (o lo que es) (1), no es manjar del cuerpo solamente; sabed que tiene escondida la divinidad de Dios, *y en comiendo os habéis de tornar como dioses.*

¡Qué mentira! ¡Y qué creída! Como el demonio lo dijo, así lo creyó. ¡Manjar corporal, y que sea mantenimiento espiritual, y que tenga divinidad, y que haga dioses! Pone los ojos en él; y dice la Escritura que le pareció dulcísimo y hermosísimo—¡con tales

(1) *O lo que es:* o lo que sea.

ojos lo miraba!—, enamoróse de él. ¡Oh, cómo le sabía aquella fruta! Alza sus brazos, y cuélgase del árbol. Aquello se pagó con extender Jesucristo los suyos en la cruz y estar colgado de ella. Comió él y ella, y probaron que lo que el demonio les había vendido por manjar de vida eterna, era manjar de muerte eterna. Pasó adelante. Ella comió primero, y dió de ella a su marido. Si él fuera cuerdo, riñera con su mujer porque había quebrantado el mandamiento de Dios; mas fué tanto el amor que le tenía, y el rogar de ella, que por no entristecerla, sabiendo que era mentira lo que el demonio dijo, comió él también de la fruta.

San Pablo dice (1 *Tim.*, 2) que *el varón no fué engañado*; bien entendió la falsedad del demonio, y solamente por no dar pena a la mujer, comió. Castigólos Dios a entrambos; a la mujer en los dolores del parto, y al varón en que así como pecó en obedecer a la que él había de regir, así él sea esclavo de aquella a quien él había de mandar; y como él obedeció a su mujer, así obedezca a su sensualidad.

Lo que allí pasó, pasa en cada uno de nosotros. ¿Sabéis qué tenemos en tener dos naturalezas? Otro Adán y otra Eva. La razón, es el Adán; y la sensualidad, Eva; la manzana es el deleite, y el que convida es el demonio. Obedece el varón a la mujer; sea éste su castigo—harto mayor, por cierto, que el de la mujer, porque el pecado fué mayor en él—: que así como tú obedeciste a la mujer, así obedezcas a tu miserable sensualidad. ¿No es verdad? Cuando las mujeres sienten los dolores en el parto, tienen por verdadera la sentencia de Dios. Y cuando el hombre ve que el pecado es malo, y siente allá dentro una gana muy grande de comer de esta fruta, y la guerra que anda entre la razón y apetito, experimenta él también la verdad de su sentencia. *La mujer come* cuando la sensualidad la deleita; si la razón no consiente, no hay pecado mortal. Importuna la mujer, y combate la carne con sus halagos; la razón, en lugar de corregirla y disciplinarla, por no sufrir tal guerra, por no enojar su carne—¿quién sufrirá que una parte de sí esté enojada?—consiente en lo que quiere, y déjase vencer de ella. ¿Qué hijos nacerán de aquí? ¿De una madre loca y de un padre desbaratado? Yo os lo diré; nacemos hijos de estos hombres, una gente hecha al revés, gente desbaratada y sin orden. ¿Qué habemos de heredar de tales padres, sino que

nuestra razón ande debajo los pies de su sensualidad? Ojalá no lo experimentásemos. Eso es haber Eva, que convida tanto a la razón, que [ésta] aunque vea que es cosa mala, a sabiendas consiente en sus placeres por no la enojar. Hombres que caen los ojos abiertos. y entendiendo que una cosa es mala, consienten en ella.

De esto se veía tan agraviado San Pablo glorioso, que se llama *desdichado* y dice (*Rom.*, 7): *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* Así pasa: veis aquí el ánima cautiva de su cuerpo. ¿Quién vive por quién? ¿el cuerpo por el ánima, o el ánima por el cuerpo? Eso los ciegos lo ven, y si vos no lo sabéis, esperad un poquito que muera, y lo sabréis, y veréis qué tal queda el cuerpo sin el ánima. No hay que dudar, sino que el cuerpo vive por el ánima. Cosa monstruosa sería vivir un anima por el cuerpo. En la vida de las costumbres (2), por aquello vive un hombre a lo cual ama. Si la cosa que vos amáis es buena, vuestra vida es buena; y si es mala, vuestra vida es mala. El amar es el comer; y lo amado es el manjar. Pues si una ánima ama a su carne, el ánima vive por la carne, y recibe vida de la carne. Mas ¿qué tal será aquella vida? Muerte le digo yo (*Rom.*, 8): *Si secundum carnem vixeritis, moriemini:* Mirad a quién amáis, que si amáis a vuestra sensualidad, moriréis. —¿Cuándo? —Luego; que vivir según carne, es morir. *Vidua quae in deliciis est, vivens mortua est* (1 *Tim.*, 5): La vida de la viuda—dice el Apóstol San Pablo—es vida de penitencia y de trabajo; y si la viuda vive en deleites, viviendo está muerta; porque vivir según deleite, es morir. Que si el ánima vive según la carne, ¿qué tal será nuestra vida, sino muerte?

Veis aquí la urdimbre del demonio. Había hecho Dios el ánima buena; sujetóle la carne para que la carne fuese regida y viviese por el ánima. Veislo aquí todo al revés.

Señor, ¿y sufrirán tus entrañas esto? ¿Consentirá tu msiericordia que la obra que Tú hiciste tan buena, la tenga el demonio tan hecha al revés? Mira, Señor, esta criatura tuya perdida por estar aficionada a su carne; remédiala.

¿Por qué está Jericó tan estéril? Porque tiene las

---

(2) *En la vida de las costumbres:* en la vida moral.

aguas amargas y estériles (4 *Reg.*, 2, 20). *Dad acá un vaso nuevo*—dice el Profeta—*con sal y agua*. Echólo en las aguas, diciendo: *Esto dice el Señor: El Señor ha sanado estas aguas, y de amargas y estériles, las ha hecho dulces y fecundas*. Dicho y hecho.

«Varón de Dios», le dijeron otra vez (4 *Reg.*, 4, 40). Salió uno al campo y cogió unas coloquíntidas, y guisadas amargaban como las hieles: *Mors in olla*, etc.: La muerte en la olla... Remédialo en el nombre de Dios; toma un poco de harina y échalo en la olla: comed ahora, que la muerte se ha tornado vida.

Señor, nuestras aguas son tan amargas como todos experimentamos; guerras traemos dentro de nosotros, que nos hacen sudar; la muerte está en lo que comemos, *la muerte en la olla*. El comer se ordenó para vivir, y eso nos es la muerte. Señor, varón de Dios, Mesías enviado de Dios, Redentor del mundo, ¿sufrirán tus ojos vernos tales?

—Yo lo remediaré. Dadme un vaso nuevo; el santo Cuerpo de Jesucristo es el vaso nuevo. Hágase Dios Hombre, tome flor de harina, tome Carne nueva, Carne pura de Hombre y Dios; échese en las aguas amargas y en la olla de la muerte; la amargura se volverá en dulzura, y la esterilidad en fecundidad, y la muerte en vida. *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí está, y yo en él. Quien some mi Carne vivirá para siempre*. ¡Oh milagro de Dios! ¿Quién vió, por comer carne, vivir para siempre? Esa fué la invención del diablo para dar la muerte; pues ésa sea la invención de Dios para dar la vida, para que sepa el demonio con quién se toma. Si la carne causó la muerte, la carne cause la vida. Y aún más poderosa es esta Carne para dar vida, que fué aquélla para dar la muerte.

¿Queréislo ver? Más fuerte es Dios que la criatura. La carne de Adán, carne de criatura era: la carne de Jesucristo, carne de Dios es. Si mi daño me vino por carne de hombre, mi remedio me vino por carne de Dios. Carne de Adán, ¿cómo me dañó? Porque era concebida en pecado: la carne de Jesucristo, concebida por el Espíritu Santo; pues, ¿quién es más fuerte, el pecado o el Espíritu Santo? Pues si el daño nos vino por carne concebida en pecado, y el bien y el remedio nos viene por carne concebida por Espíritu Santo, mayor es la virtud de este Cuerpo para sanar, que la de aquél para dañar; mayor es esta

limpieza, que aquella suciedad; más eficaz es esta gracia, que aquel pecado; cuanto ésta excede al hombre, tanto excede mi remedio a mi mal. Por carne vino la muerte, por carne se nos da la vida.

Si eso es así, luego de parte de Cristo, todos estamos vivos, y la harina está echada en la olla. Ya va fuera la muerte, ya tenemos vida.

3.—*Comulgad con fe viva.*

No os dañará vuestra carne si no la amáis, ni os aprovechará la Carne de Cristo si no la coméis; en el comer está lo uno y lo otro. *Tomad y comed,* y comiendo y creyendo viviréis. ¿No lo dice Él así? *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí está.* Para que nos aproveche, menester es comer y creer. Que estáis tan lejos de estos negocios, que aun no sabéis qué cosa es este comer. Duéleme veros tan bozales (3) y extranjeros de estos Misterios. Creedme, que si los entendiésedes, eso bastaría para traeros consolados, y para haceros ricos y generosos, menospreciadores del mundo, y para que ni las cosas prósperas os levantasen, ni las adversas os derribasen.

¿No lo entendéis? ¿Qué es comer su Carne? Iros al altar y comulgar, y que se haga bien hecho. ¿No dijo el Señor que si falta el espíritu, *la carne no aprovecha?* (*Jn.*, 6, 64) (4). Comer la carne de Jesucristo, es *estar Jesucristo en vos, y vos en Él,* comida como se ha de comer y con buena disposición.

En la Mesa del Señor mandaba Él que hubiese *pan y lumbre* (*Ex.*, 25, 30, 37). Si os llegáis a comer a obscuras, ¡gentil negocio es! Ni sabéis a qué vais, ni qué representa esta Mesa, ni qué habéis de traer, ni cómo lo habéis de comer, ni qué habéis de desear. Vais sin

---

(3) *Bozales:* ignorantes.

(4) El Concilio Tridentino (ses. 13, c. 8) enseña que hay tres maneras de recibir a Cristo. Unos le reciben *sólo* sacramentalmente, y son los que hacen comunión sacrílega. Otros, *sólo* espiritualmente, y son los que se unen a Cristo con fe viva, movidos por la caridad. Los terceros, los que comulgan a la vez espiritual y sacramentalmente. De la comunión espiritual que es disposición para la sacramental, habla el B. AVILA.

lumbre, y volvéis sin lumbre, ¿qué negocio es éste? Dígaoslo Dios por su misericordia.

—¿Qué he de hacer cuando comulgo? ¿qué he de pedir, qué he de esperar, qué he de pensar?

—¿Sabéis qué es comer? Quitad allá los dientes, que no son menester aquí: *Ut qui paras dentem, et ventrem? Crede et manducasti,* dice San Agustín: Cree y has comido.

—¿Cómo es eso?

El ánima que creyere que no hay vida fuera de Jesucristo; el ánima que creyere que fuera de Él no hay perdón de pecados ni agradar a Dios, sino estando en Jesucristo; el ánima que tuviere a Cristo por manjar de vida, ya tiene una parte de lo que se requiere para comer a Cristo. Pero no basta, porque habéis de entender aquello que dice San Agustín, de la *fe viva:* Habéis de creer y amar.

Señor, a Vos mismo os habéis dado en manjar.

¿Qué tal os dais? ¿De qué manera guisado? ¿asado, o cocido?

Dicen que lo asado es más sabroso; así lo prueban los enfermos. ¡Oh bendito seas, Señor, para siempre! (*Ps.*, 85, 8): *Non est similis tui, et non est secundum opera tua.* ¿Visteis nunca tal cosa, que porque vayáis de mejor gana y con amor a comulgar y a comer su carne, quiso que fuese asada?

El *Cordero* mandó Dios que se comiese asado (*Ex.*, 12, 9) y en asador de palo, porque fuese más clara figura de la cruz, en que la carne de Cristo se había de asar. ¡Sea la carne de Cristo asada, porque os sepa mejor! ¿No os sabe bien, decid? Porque mejor os supiese, se entregó en las manos del fuego, y allí le dieron una vuelta y otra vuelta, un tormento y otro tormento, y tantos tormentos, cuantos Él solo que los pasó los conoce. «Asenme, porque sepa mejor; ásenme bien, porque no digas que soy desamorado.» ¡Oh, qué sabroso está para quien lo gusta: *Parasti in dulcedine tua pauperi Deus!* (*Ps.* 67, 11). ¡Aparejaste, Señor; en dulzura para el pobre!

—¿Qué le aparejaste?

No dice qué; que no tiene nombre, y si algún nombre tiene, es *Maná,* que quiere decir: *¿Qué es esto?* Más es admiración que declaración. Mayores bienes tiene encerrados en sí, que lengua puede hablar, y que entendimiento puede pensar.

Aparejaste con dulzura. ¡Oh qué dulce estabas

cuando lo ordenaste! ¡Qué salsa tan sabrosa es este pensamiento: *Dominus quidem Jesus, in qua nocte tradebatur, accepit panem*, etc.! (1 *Cor.*, 11, 23). ¡Qué palabras para abrasar corazones!

A la puerta de su Tabernáculo estaba Abraham, *en el fervor del día* (*Gen.*, 18, 1), cuando convidó a los caminantes que reposasen a la sombra del árbol, y les lavaría los pies, y les daría aquel bocado de pan A la puerta de su morada estaba Jesucristo cuando este convite ordenó, ni dentro ni fuera, y en medio el fervor de su amor; que cuando hizo esto, para salir estaba de esta vida (*Jn.*, 13, 1), y al tiempo en que más se mostraba el fuego de su divino amor. ¡Quién viera entonces, Señor, tu Corazón! ¡Cuando los otros se olvidan de todas las cosas, te acuerdas Tú de nuestra vida! Pues en esa hora tomó el pan y lo consagró, y comulgó Él para morir, ¡y comulgo yo para vivir!

Aparejaste para el pobre. De manera que no se admiten a esta mesa sino pobres; y *los ricos fastidiosos* (5) son desechados, hasta que se humillen y se hagan pobres. ¡Qué dichoso pobre! ¡qué pobreza tan rica! Hermano, para ir a comulgar no os espanten vuestras flaquezas, no os desmayen vuestras caídas; no es este manjar solamente para los sanos. ¿No lo dijo Él así? *No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos* (*Mt.*, 9, 12).

Para el pobre. ¿Quién es el pobre? Un gemido que salga de las entrañas, por veros tal, un deseo de veros remediado, un deseo de agradar a Dios, un propósito firme de no pecar, pedirle su gracia para mejoraros. Este, que no halla en sí arrimo, éste es el pobre; para éste, que va desagradado de sí a pedirle remedio, y cree que hay mayor remedio en Él que mal hay en sí; para éste es la medicina de los Sacramentos.

Así que lo primero que se requiere es *creer*: «Allí está mi remedio, allí está el que puede, y sabe y quiere dármelo; allí tengo un Padre y un Hermano y un amigo que me ama mucho más que yo mismo; allí tengo lumbre para mis ignorancias, esfuerzo para mis flaquezas, rescate para mis deudas, perdón para mis pecados: allí todos mis bienes, y me los quiere dar.»

---

(5) Antíf. *O quam suavis...*, del Oficio del Corpus.

Si esto creyésedes de veras, de otra manera os llegaríades a Él.

El pájaro halló casa, y la tórtola nido donde ponga sus hijos; y el hombre para los suyos, *Altaria tua, Domine virtutum* (*Ps.*, 83, 4). ¿No habéis mirado el cuidado que tienen los pájaros de sus nidos, que es para bendecir a Dios? ¿Qué es ver una golondrina cómo hace su nido, y cría en él sus hijos, cuán a menudo los requiere? A osadas (6) que no se va a pasear, si tiene hijos. ¿Pues veis la prisa del pájaro, el ir y venir a su nido? Así haríades vos al altar; allí habéis de tener vuestro pensamiento, que son los hijos; allí ha de ser el ir y venir, y aunque no con el cuerpo, siempre, en casa, en el campo, en todo lugar acudir al nido; en el trabajo, al altar por remedio; en el bien, al altar, a regraciarlo. Si lo sintiésedes, más diligentes andaríades y con más fervor.

¡Tus altares, Señor de las virtudes, Rey mío y Dios mío! Si creyésedes esto con viva fe, no tendríades mal ninguno. ¡Qué lástima es veros cuáles andáis de pura necesidad! ¿Estás desconsolado? Vete a tu Padre, vete a tu amigo, que te está convidando y rogando que vayas a Él, y allí te remediará y hará rico de sus bienes.

O Israel, quam magna est domus Dei, et ingens locus habitationis ejus! (*Baruc.*, 3, 4). ¡Oh Iglesia, y cuán grande es la casa de Dios.

—¿Cuál? ¿El cielo?

—Otra casa hay mayor. ¿Cuál es mayor, el cielo, o quien hizo el cielo? ¿Cuál es la casa de Dios, donde recibe al peregrino y extranjero? ¡Su Corazón! ¿Por qué, veamos, pensáis que permitió que se lo abriesen, sino para que viésedes la casa de vuestra morada, donde os trajo encerrados treinta y tres años? En sus entrañas os tiene metidos y abrigados. San Pablo dijo (*Philip.*, 1): *En mis cadenas y corazón os tengo*. Cuando esto dijo el discípulo, ¿qué haría el Maestro? Cuando miráredes la anchura del cielo, acordaos de la de su Corazón; no dudo sino que robaría el vuestro, y que tendríades tan gran confianza de Él, que en todos vuestros males iríades a Él como una saeta.

¿A quién contaré yo mis penas mejor que a Él?

---

(6) *A osadas:* seguramente.

¿A quién daré parte de mis males y de mis bienes, que de mejor gana los quiera oír?

Porque esto no entendéis, andáis mendigando el consuelo de aquí y de allí, buscando arrimos de caña, que al mejor tiempo se os quiebran; y, en fin, estando allí Jesucristo para tu remedio y consuelo, andas con todo desconsolado.

Esta *fe* es el primer diente.

4.—*Comulgad con amor a Cristo: entrega total.*

¿Cuál es el otro diente? Amar. *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum-Christum, sit anathema* (1 *Cor.*, 16, 12). Quien no ama a Jesucristo, no tiene parte en Jesucristo.

¡Corazón noble, no te dejes vencer sino del amor, aunque te den todo el mundo! *Si diere el hombre toda su hacienda en pago del amor, no lo tendrá el Amado en nada,* dice en los Cantares (8, 7). Amad, amad a Jesucristo y será vuestro Jesucristo. No cuesta más. Quien le cree y le ama, ése le come, ése se mantiene de Él, ése vive por Él.

¿Y qué hará Él cuando viere que el hombre se arrima a Él y le ama de corazón? Desnudarse ha, como hizo Jonatás (1 *Reg.*, 18, 4) y vestirá al pastorcico con las vestiduras del hijo del rey hasta ceñirle su espada. ¿Qué hará con uno que allega arrepentido de sus pecados, y desconfiado de sí y confiado en Él, y se pone en sus manos y le dice: «Vos, Señor, os disteis (*nobis datus*) a mí, y yo me doy a Vos. Aquí, delante de vosotros, Angeles, me doy a Vos; yo vuestro y no más mío.» Si así no lo hacéis, no se os dará a vos; no se hará este trueco, si no hay permutación de personas.

¿No lo veis en el matrimonio, donde el varón se da a la mujer y ella a él? Si él se hurta a ella y ella se da a otro, mayor hurto cometen que si hurtasen mucha hacienda.

¿Queréis que sea Dios todo vuestro? Sed vos todo suyo. ¿No osáis? ¡Tan duro, ¡ciego de vos!, que teméis trocaros a vos por Dios? ¿Por qué teméis daros a Él y ofreceros a su voluntad?

«Señor, yo me doy a Vos, llevadme por do quisiéredes, yo me ofrezco a vuestra voluntad, y me entre-

go a Vos; y si fuere menester que me desnude delante de escribano, también lo haré.»

Mas dirá tu flaqueza: Si así todo me ofrezco a Dios, dirá Él: «Yo quiero que te venga este trabajo o esta afrenta», y por eso no osáis.

Si por lo que vos le dais os da a Sí mismo, ¿no os atreveríades? Pues eso es comulgar, y significado y hecho en el comulgar. Toma el sacerdote el pan en las manos, y dice las palabras de la consagración; acabadas de decir, ya no hay pan; accidentes sí, pan no. ¿Quién entró allí en lugar del pan? Jesucristo. De manera que se transmudó el pan en el Cuerpo de Cristo, por la transubstanciación. Pues eso que pasa de fuera, se ha de obrar allá dentro; que los Sacramentos así son, que lo que muestran de fuera obran de dentro. Lavan os en el Bautismo el cuerpo con agua, y lavan os los pecados del ánima con la gracia del Espíritu Santo. Cuando llegáis a comulgar, haced cuenta que vos sois el pan, y que se ha de convertir en Jesucristo, para que digáis con el Apóstol San Pablo (*Galat.*, 2, 20): *Vivo yo, ya no yo, vive Jesucristo en mí.* Cuando me injurian, no me injurian a mí, que ya no hay *yo*, sino mi Señor Jesucristo vive en mí. ¡Oh dichosa tal vida y tal dádiva!

Palabras, por cierto, bien lejos de vosotros.

Pues *si alguno quiere venir tras Mí, niéguese a sí mismo* (*Mt.*, 16, 24). Mientras no dijéredes un *no* a vuestro *sí*, y un *sí* a vuestro *no*, no habéis pasado a Cristo. Habéis de pasar por el: *Cristo vive en mí, ya no yo.* Quien a Cristo enoja, a mí enoja, y quien a Cristo alaba, a mí alaba; y quien a Cristo sirve, a mí sirve; porque ya no vivo en mí, sino Él; ya se murió fulano, ya no soy yo, ya no vivo para mí, ni duermo para mí, ni trabajo para mí, ni hago cosa para mí. Viva Cristo, y muera yo en mí, para que viva yo en Él. Esto es comulgar, y esto habéis de pedir y desear. «Señor, ¡que me torne yo Vos! ¡Que de este altar no vuelva fulano, sino que como el pan se muda en Vos, así haga yo!

5.—*Un solo Corazón: el de Cristo.*

¿Habéis mirado cómo están los hombres? Perdidos por comer pecados. Dolámonos de esto. Muy novicio es en la Escritura quien esto piensa. Carne es *amar-*

se a sí mismo, y carne llama el Apóstol San Pablo (*Gal.*, 5, 19-21) a la *enemistad*, y a *la idolatría* y a *las contiendas*; porque todas esas cosas nacen del propio amor; y como cada uno se ama a sí mismo, de aquí viene *comer* cada uno su carne, y haber división entre muchos; y de la división nace la perdición, la cual quiere Cristo remediar con este divinísimo Sacramento.

Mirad qué bien lo pide la Iglesia en la oración Secreta de la Misa de esta presente festividad: *Ecclesiae tuae, quaesumus Domine, unitatis et pacis propitius dona concede, quae sub oblatis muneribus mystice designantur.* «Señor, suplicamos a vuestra Majestad que deis a vuestra Iglesia las mercedes de la unidad y paz, que hagáis a todos vuestros cristianos uno; las cuales cosas son figuradas debajo de estos dones que ofrecemos.» Lo que ofrecemos es pan y vino: el pan se hace de muchos granos, y el vino de muchos racimos; pues así como aquí de muchas cosas se hace una, y la muchedumbre se torna en unidad, así todos los cristianos, aunque sean muchos, se hagan una misma cosa.

¡Oh qué chica trompeta es mi voz, y qué poca gente para esto! ¡Aquí os quiero! Si comulgáis, ¿cómo no sois uno? La división, de Adán viene porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de dónde? De la carne de Cristo; no hay más de una carne aquí. Porque aquél amaba su sensualidad, y aquél la suya, de ahí vino la división y el cisma, y que cuando uno lloraba, otro reía. «Pues yo—dice Dios—os daré una carne sola, y será más fuerte mi carne para haceros uno, que la vuestra para haceros muchos.» Porque más fuerte es el amor y lazo que tiene el ánima con la carne de Cristo, que con su propia carne. Si no, miradlo en los mártires. «Mucho amo mi carne—dicen ellos—, pero más amo la carne de mi Señor Jesucristo. Quiébrese este lazo que tengo en la mía, y muera yo y viva Él.»

Sois muchos, tenéis muchas carnes; yo os daré una carne sola, y será más fuerte carne, y seréis uno. Esto es comulgar. ¡Ni sabéis qué es comulgar, ni qué es comer una carne sola, ni qué es ser todos unos!

¿Sabéis qué es comulgar? Tener todos un corazón (*Act.*, 4, 32): *Erat credentium cor unum et anima una.* ¿Cómo es posible que todos tuviesen un ánima y un corazón?

No es obra de hombres. ¿Cómo se hace eso?

Ya que todos los corazones sean unos, ¿cúyo será ese corazón, para que todos los otros se conformen con él? ¿Será quizá el corazón del Rey el molde donde se han de amoldar todos los corazones? ¿Cúyo será?

No es corazón de ningún hijo de Adán, que descienda de él por vía de pecado; no es corazón de hombre mortal, que es corazón malo, corazón sucio.

¿Pues cúyo?

Nos autem sensuum Christi habemus (1 *Cor.*, 2). O como dice lo griego: *Nos mentem Christi habemus.* «Nosotros—dice San Pablo—tenemos el sentido, o Corazón de Cristo», que todo es uno.

¡Oh bienaventurado hombre que tal tiene! ¡Que ande un hombre por ahí, y quizá enfermo, y quizá menospreciado de todos, y que tenga el Corazón de Dios!

Allí veis cosa baja, veis accidentes de pan. ¿Hay cosa más baja que accidentes? ¡Y tienen dentro a Dios vivo! Que sois vos hombre, y por el mismo caso cosa baja, ¡y dentro de vos tenéis el Corazón de Dios! *Nos mentem Christi habemus.*

¿Qué es ser cristiano? Tener la condición de Jesucristo.

¡Oh qué sabio es Dios! ¡Qué alto su consejo, que supo hacer para convertir el mundo! *Padre*—dice Cristo (*Jn.*, 17, 21)—*ruégote, que como Tú y yo somos uno, así todos éstos sean uno, para que crea el mundo que Tú me enviaste;* para que viendo los infieles tanta paz y unidad entre los cristianos, digan: No es posible sino que el Dios de éstos es el verdadero.

Veis aquí qué es comulgar. Tanto tenéis de buen cristiano, cuanto tenéis de la condición de Jesucristo. *Aprended de Mí, que soy humilde y manso de Corazón* (*Mt.*, 11, 19). Aprended del amor que os tengo: *Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, de la manera que yo os amé* (*Jn.*, 15, 12). ¿Qué es eso, sino tener su Corazón?

Si me mandáis, Señor, hacer lo que Vos hicisteis, dadme vuestro Corazón.

Este ha de ser vuestro ahinco: Señor, dadme vuestro Corazón. Estas vuestras oraciones, éstas vuestras disciplinas, éstos vuestros ayunos, éste vuestro decir de Misas ¿Hay más que esto? Quien da su Corazón,

¿qué no dará? Esta es cristiandad, una gente según la condición de Cristo.

Veis un muchacho bien dispuesto, bien criado, virtuoso; decís: «Así era su padre.» El padre sacan por el hijo. Han de ser tales los cristianos, que viendo un infiel cómo perdonan las injurias, cómo viven castamente, cómo son liberales, dijese: «Así dicen que era su Jesucristo.» Esta es la cristiandad, y esto lo que prometimos en el Bautismo.

Si tenemos un corazón, ¿cómo reñimos unos con otros?

Esto es comulgar. Así como el pan deja de ser pan y se transubstancia en el Cuerpo de Cristo, así el hombre deja de ser quien era y entra en el Corazón de Cristo.

6.—*Tesoros que tenemos en Cristo.*

Señor, ya que yo me atreva a todo eso, y diga que haga de mí lo que quisiere, y que su voluntad sea la mía, y Él entre en mi corazón como entra en la substancia del pan, ¿qué haré yo? ¿Qué será de mí?

—¿Qué hace el pan? ¿No se muda en Él?

—Sí.

¿Pues por qué no os mudaréis vos en Él?

Escondida es a vosotros esta palabra: *Et volucres coeli latet* (*Job*, 28, 21). ¿No somos los hombres codiciosos? ¿Dónde está nuestra codicia? ¿Cómo no viene aquí? Siquiera por codiciar bien tan grande, de lo que nos dará nos habíamos de aficionar. Haráos este Señor bien, daros ha su divinidad. No entendáis que viene allí sólo su Cuerpo; la Sangre viene, y el Anima viene junta con el Cuerpo, y la persona del Hijo de Dios unida con Anima y Cuerpo, y el Padre y el Espíritu Santo juntamente con el Hijo. Atreveos a dar ese *cornadillo* (7) (*Mc.*, 12, 42), y daros han en trueco todo esto.

¿No lo entendéis? ¿Pensáis que es pequeña cosa Jesucristo, no digo en Sí mismo, sino aun para vosotros? ¿Pensáis que tenéis poca cosa en Él? ¡Si hubiera muchos Pablos que nos dijeran lo que tenemos

---

(7) *Cornadillo:* cornado (de coronado), moneda antigua de cobre con una cuarta parte de plata. Tenía grabada una corona; valía un cuarto y un maravedí.

en Jesucristo! (*Ephes.*, 3, 8): *Mihi autem omnium Sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi, et illuminare omnes, quae sit dispensatio Sacramenti absconditi a saeculis in Deo, qui omnia creavit.* «A mí, el menor de los Santos, me fué hecha esta merced.» *Vaso escogido*, dijo Cristo de él (*Act.*, 9, 15), *para llevar mi nombre delante los reyes y de todas las gentes*; pero *yo le mostraré los trabajos que ha de pasar* en llevar mi bandera.

¡Qué merced me ha hecho Dios! «Que *anuncie a las gentes las investigables riquezas de Jesucristo* y declarar a todos *qué* (8) *sea la ordenación de Dios en este misterio escondido*», de dar a su Hijo a los hombres. Si hubiese lenguas que os dijesen los bienes que tenéis en Jesucristo, más ricos os hallaríades que si tuviérades todo el mundo. Por eso echáis mano del dinero, por eso buscáis consuelo en las criaturas, porque no sabéis lo que tenéis en vuestro Criador.

¿Qué os da, veamos? Cásase el rey con una esclava; comunícanse a la esclava los bienes del rey, y de la honra del rey se le da a ella, salvo que a ella honran por él, y no a él por ella. ¿Haría deshonra al rey el que a su mujer no honrase? Hónrente, Señor, los hombres y ángeles; y glorifíquente para siempre, que así nos honraste. *Tu es gloria mea, et exaltans caput meum* (*Ps.*, 3, 4). Si miro a mí, luego se me caen los ojos de vergüenza; mas cuando miro a Ti, luego hallo de qué gloriarme. *Tú eres mi honra*, Tú mi santa jactancia, Tú mi santa altivez; en Ti me honraré y me gloriaré. Porque después que recibiste mi naturaleza por esposa, después que me tomaste por hermano, después que me hiciste miembro tuyo, y Tú mi Cabeza, e hiciste a todos uno en Ti, ya Cristo y cristianos es todo *un Cristo*, como dice San Agustín. ¿Qué honra puede haber que a ésta se iguale, ni a estas riquezas? ¿Quién tendrá envidia a los altos del mundo, pues lo más bajo de esto es más alto que la alteza de los reyes? Decidme, con qué ojos mirará Dios Padre al que ve casado e incorporado en su unigénito Hijo. Y ¿cómo le faltarán riquezas al que se aplican las de Jesucristo?

Sabed, hombres, conocer a vuestro Bienhechor, y aprovechaos de sus inmensos trabajos que por vos-

---

(8) *Qué:* cuál.

otros pasó. Sabed cierto, que aquel pasar de tormentos, de azotes, espinas y clavos, y aquellas deshonras tan sin medida, y aquella vida y muerte preciosa, todo era atesorar merecimientos para sus hijos, y como piadosísimo Padre y fortísimo peleador, salió al campo con la lanza en la mano, no derramando ajena sangre, mas la propia suya; murió en la bajeza y pobreza de cruz por dejar ricos a los que quisieren con debido aparejo recibir sus riquezas; las cuales son tantas, que si un hombre, gimiendo su propia maldad, recibiere como debe el sacramento de la Penitencia y este divinísimo Cuerpo del Señor que presente tenemos, puede con santa osadía decir (*Ps.*, 117): *Abridme las puertas de la justicia, y entrando por ellas bendeciré al Señor.*

—¡Oh hombre! ¿y qué pides? ¿Entiendes bien lo que dices, en pedir que se te abran *las puertas de la justicia?* ¿Quién eres tú para nombrar nombre de *justicia,* habiendo menester ser perdonado por misericordia?

—Pues no dijo mal, ni merece reprensión el que aquesto dijo. Porque aunque, mirando el penitente a sí mismo, no tiene cosa justa que alegue en el tribunal de Dios para ser perdonado, mas mirando a que los trabajos y merecimientos de Jesucristo se le aplican a él por la penitencia y los Sacramentos; el perdón y la gracia, que mirando a él se le dan por misericordia, mirando a Jesucristo se le dan *por justicia,* como dice San Pablo (1 *Cor.*, 1, 30), que Cristo *nos es hecho justicia,* porque debiendo nosotros los tormentos de nuestros pecados, los pagó Él con tanto exceso, cuanto va de paga de Dios a deuda de hombres; para que, conforme a la buena disposición que el hombre llevare, participe, según su modo, de aquella riqueza tan sobrepujante.

Y por esto pide el hombre que le abran *las puertas de la justicia* de Cristo, y *entrando por ellas,* dice que *alabará al Señor;* porque viendo que de sí mismo merece infierno, y que por la Redención de Jesucristo se lo perdona[n], y le dan gracia con que sea hijo de Dios y heredero del cielo, es lleno de tanto gozo y admiración de la bondad divinal que tal remedio dió para los miserables, *que todos sus huesos dicen: Señor, ¿quién hay semejable a Ti?* (*Ps.*, 34, 10).

Estos tales piensan de buena gana en Jesucristo, como en piadoso Bienhechor; celebran devotamente

la fiesta de su Santísimo Cuerpo, y vánseles los ojos del cuerpo y del ánima tras de aquella santísima Hostia consagrada que allí está, creyendo con firmísima fe que allí está encerrado el verdadero Jesucristo, su Esposo, su Cabeza, su Hermano y Señor; su preciosa honra, su bien y su Dios; el dador de la gracia y de la gloria.

TRATADO 12

SEÑALES DE LA VERDADERA IGLESIA.

(Predicado el Jueves Santo) (1).

Justorum semita, quasi lux splendens crescit, usque in perfectum diem.

La senda de los justos, como luz resplandeciente crece, hasta hacer día perfecto.

(Prov., 4.)

1.—*En el cenit del amor.*

Si de cualquier justo se dice esto [de los Proverbios] con verdad, ¿con cuánta más se dirá del Justo de los justos, por el cual todos los justos lo son: *Justus et justificans impium* (*Rom.*, 8)—en cuya comparación no se debe nadie llamar justo: *Sicut nemo bonus, nisi solus Deus?*

¡Qué caminos, qué sendas llevaste, Señor, desde que en este mundo entraste, tan llenos de luz, que dan *sabiduría a los ignorantes* y calor a los tibios! ¡Cuánta verdad dijiste! (*Jn.*, 9): *Quamdiu sum in mundo, lux sum mundi.* Luz fué tu Nacimiento, luz tu Circuncisión, tu huir a Egipto, tu desechar honras; y esta luz *crece hasta hacer perfecto día.* El *día perfecto* hoy es y mañana, en los cuales obras cosas tan admirables, que parezcan olvidar las pasadas; tan llenas de luz, que parezcan obscurecer las que son muy lucidas. ¡Qué denodado estáis hoy, Señor, para hacer hazañas nunca oídas, ni vistas en el mundo, y nunca de nadie pensadas! ¿Quién vió, quién oyó que Dios

(1) Después de un exordio eucarístico, el autor trata principalmente sobre la verdadera Iglesia.

se diese en manjar a los hombres, y que el Criador sea manjar de su criatura? ¿Quién oyó que Dios se ofreciese a ser deshonrado y atormentado hasta morir por amor de los hombres, ofendedores de Él? Hazañas, Señor, en que das a entender tu amor, con que nos consuelas; como en tiempo pasado las enseñabas con rigor, con que hacías temblar. Cantaremos con mucha razón (*Isa.*, 12): *Confitebor tibi, Domine, quoniam iratus es mihi, conversus est furor tuus.* Mirad qué va de riguroso Juez a manso Cordero, que muere por el bien de su ofensor.

Estas, Señor, son invenciones de tu amor, que hacen *día perfecto,* pues no puede más subir el amor de lo que Tú lo encumbraste hoy y mañana, dándote a comer hoy a los que con amor tienen hambre de Ti, y mañana padeciendo hasta hartar la hambre de la malquerencia que tienen tus enemigos de te hacer mal. *Día perfecto* en amor, *día perfecto* en padecer, y creciendo ha ido en lo uno y en lo otro, hasta el día de hoy y mañana; de manera, que no hay más que subir al amor que adonde Tú lo has subido. *In finem dilexit eos.* Has amado a los tuyos *hasta el fin* del amor, pues amaste hasta donde nadie llegó ni pudo llegar.

Mas hace dificultad a esto, que los justos crecen en gracia, crecen en amor, crecen en méritos; que un tiempo tienen amor imperfecto, y otro son que van aprovechando; mas nuestro Señor y grande amador, nunca fué principiante en el amor; porque desde que su ánima fué criada y unida al Verbo divino, le fué dada toda la gracia y amor que son posibles tener una criatura; y aquel amor nunca creció, porque no hubo donde pasase; como un calor de un fuego no hay donde pase, por estar allí en sumo grado. De nuestro Dios está escrito (*Deut.*, 4): *Ignis consumens est;* no sólo en cuanto Dios por esencia, que es amor infinito, mas en cuanto hombre, que *gasta* nuestros pecados, padeciendo por ellos, y *gasta* aquel divinísimo Cuerpo, poniéndolo en la cruz por amor de nosotros.

Escrito está (*Eccl.*, 27): *Homo sensatus in s pientia permanet sicut sol; stultus autem sicut luna mutatur;* y no hay a quien no quepa parte de esta mudanza; pues unos están unas veces en gracia, otras en pecado: otros, aunque siempre en gracia, ya están tibios, ya fervorosos; ya aman más, ya menos; ya crecen, ya descrecen. Mas nuestro *Justo,* por antono-

masia, *permanet fixus sicut sol;* porque nunca crece ni mengua, mas [está] siempre aquel fervor lleno y vivo, amando cuanto se puede amar. Y este mismo amor tenía a los hombres cuando caminaba y cuanno descansaba; cuando comía y cuando ayunaba; y no amó más a los hombres cuando estaba muriendo en la cruz por amor de ellos, que cuando estaba comiendo o durmiendo. Con tanto amor daba un paso por ellos, cuanto dió la vida por ellos.

Y de aquí es, que si se mira a lo que el Señor merecía y amaba y a lo que hacía, cualquier obra suya merecía nuestro rescate y nos merecía la gracia. Mas ordenó Dios, que aunque una obra bastara, y a *fortiori* muchas, todavía muriese, y con su muerte nos rescatase; para que siéndole a Él el rescate más costoso, nos declarase más su amor, y más le amásemos nosotros, y amándole fuésemos salvos.

¡Oh hijos de Adán, y cuán malos somos, pues para levantar nuestro amor para seguir el camino de la virtud, le pareció a Dios que no bastaba haberse hecho Hombre, y ayunado, haber caminado a pie, haber pasado trabajos e injurias, sino que nuestra tibieza y maldad hubiese menester cura tan costosa, que el Señor de todos padeciese bofetadas, y clavos y muerte! Confúndete, hombre, avergüénzate, y ensáñate contigo, que seas tal que sea menester levantarte con grandes palancas para sacarte el amor que eras obligado a dar de balde, con tanta costa de Cristo. Y si fuiste tal que con lo hecho no amases, no pase tu maldad tan adelante, que después de haber muerto por ti, le dejes de amar. Si no le amas, aun sin esto, es muy grande delito, ¿dónde pondremos al hombre que, siendo amado de su Dios hasta dar la vida por Él, no le ame? (1 *Cor.*, 16): *Si quis non amat Dominum Jesum, anathema sit.*

Saca, pues, por esto que hoy y mañana ves en lo de fuera, lo que el Señor trajo siempre en su Corazón escondido. Este amor, que ves salir por estos resquicios o caños, de dársete en manjar y de morir por ti, este mismo, tan grande y maravilloso, te tuvo desde que se hizo Hombre por ti, y nunca de Sí lo quitó; con éste te traía en su pecho escrito, como madre a su hijo en su vientre. De manera que se cumple con gran verdad (*Isa.*, 16): *Qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva.* Lo de ahora fué rebosar el amor encerrado.

No crece el amor del Señor *en sí*, ni tiene mudanzas de luna, mas estabilidad de sol; mas crece—como dijo la primera autoridad (*Prov.*, 4)—*cuanto a los efectos*, manifestándose más y más; y en estos dos días se manifestó hasta lo supremo que se puede manifestar y pensar. *Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus?* (*Ps.*, 105). Y si *las potencias* (obras de su potencia) no hay quien las hable, ¿qué hará las obras de su amor y misericordias, pues que son: *Super omnia opera ejus?* (*Ps.*, 144). *Quis sapiens, et custodiet haec, et intelliget misericordias Domini?* (*Ps.*, 106). ¡Oh entendimientos de ángeles, venid, mirad las misericordias del Señor, que son tales, que ni aun vosotros las podréis comprender, cuanto menos nosotros! Si *vuela sobre el querubín* (*Ps.*, 17), que quiere decir *cumplimiento de ciencia*, ¿qué hará sobre unos entendimientos tan rudos? No usa aquí el Señor tanto de poder cuanto de amor; no tanto de alteza cuanto de humildad. Por eso es cosa más maravillosa en Él; porque un alto tratarse como tal, no hay que maravillar; tratarse como bajo, eso sí; y eso es lo que aquí trata Dios, de humillarse y amarnos.

Veamos ya estas maravillas tan nuevas y tan provechosas; veamos las invenciones de Dios; veamos los misterios de nuestra redención y vida; y descalzos los zapatos de nuestros sentidos de carne, quitados los vicios, que son tinieblas del corazón, atentos, humildes y devotos hallémonos presentes, y acompañemos al Señor, que en otra cosa no entiende sino en nuestro remedio, aunque sea con pérdida de su vida.

2.—*Jesús cumple la Ley.*

Prima die azymorum accesserunt discipuli ad Jesum (*Mt.*, 26). El obedientísimo, el ejemplo de la obediencia, quiso hasta la muerte guardar la Ley vieja, para cumplir con la obediencia de su Padre. Y para acabar la ley; porque no tiene ella más que desear, ni quiere ya que nadie la guarde, pues que Jesucristo la guardó. No quiere ya casarse con nadie, después que se casó con Cristo; porque nunca tanta honra le pudo venir, como guardarla el mismo que la dió. Ya vino, y la guardó, y se sujetó Él a ella: *Factum sub lege* (*Gal.*, 4). Quedó tan honrada y ufana, que no

quiere que más la guarde nadie, sino la que Cristo nuestro Señor dió nueva. ¿Qué es la circuncisión de carne? Circuncisión de espíritu; y así muy honrada y cumplida, quede sepultada en la letra, y viva según el espíritu. Porque otra cosa no es *nueva Ley,* sino espíritu de la Vieja, encerrado en la carne y sombras de la Ley y figuras. Y por eso, aunque muere según la letra, vive según su ánima; y más se dice cumplida y mejorada, que destruída; y así protestó el Señor que la venía a cumplir: *Non veni solvere legem sed adimplere* (*Mt.*, 5). Y San Pablo dice (*Rom.*, 3): *Legem ergo destruimus per fidem? Absit, sed legem statuimus.*

Manda, pues, a sus discípulos que vayan a Jerusalén a aparejar el cordero, y lo que fuere menester para la celebración de la pascua, que quiere decir *tránsito,* en representación y memoria de cómo Dios *pasó* de las casas de los de su pueblo, saludándolos, y matando a los enemigos. La señal de que los salvaba, era tener la sangre del cordero a las puertas; todo lo cual era figura.

3.—*Sólo en la Iglesia romana celebra Cristo la Cena.*

Mas veamos a qué Casa los envía para que le aparejen la Pascua. ¿Cuál es la Casa donde tal novedad ha de hacer Cristo, que se acabe lo viejo y comience lo nuevo: nueva Ley, nuevo sacerdocio, nuevo sacrificio, nuevo culto, y donde se había de cumplir lo escrito (*Isai.*, 43): *Antiqua ne intueamini?*

No se nos pase por alto esta Casa, porque ésta significa la Iglesia. Y ¡ay de quien no supiere esta Casa, y morare en ella, porque tan imposible es salvarse fuera de ella, cuan imposible fué no ahogarse hombre que en el tiempo del diluvio no entrase en el Arca; y aún más imposible! No hay, fuera de la santa Iglesia Romana, salud; no aprovechan buenas obras; como San Cipriano dice: «Morir por Cristo fuera de la santa Iglesia Romana, no es martirio, ni basta para salvarse; más es perfidia y porfía, que martirio cristiano; porque no acepta Dios honra que le hagan, si deshonran a su Esposa la Iglesia.» En ésta, con poco se salvan, pues la fe y obras que se piden son fá iles con la gracia de Dios; fuera de ésta, ninguna cosa aprovecha. Pues San Agustín dice: «Obras buenas fuera de

fe, son como quien anda fuera de camino, que mientras más anda y corre, más se aleja del camino y llega al despeñadero.» Porque el que está fuera de la Iglesia, mientras más obras buenas hace, menos merecen nombre de buenas obras. Sin fe verdadera, engañado y fiado el tal hombre que está en buen camino, menos busca el bien, y más se confirma en el mal; y así se aleja más de la verdad, por ocasión de sus buenas obras.

¡Siete ojos, hermanos, siete ojos a la Casa donde el Señor celebra su fiesta, donde consagra, donde hace sacerdotes, donde predica a sus discípulos, donde envió después al Espíritu Santo! Porque como no hay más de una Iglesia verdadera, y en ella—y no fuera de ella—hay salvación, ya veis cuánto nos cumple acertar con ella, cuánto nos cumple salvarnos en ella.

4.—*Fe y Sacramentos hay en la verdadera Iglesia.*

—¿Qué señas, Señor, tiene vuestra Casa, para que los discípulos atinen a ella para os aparejar la fiesta? ¿Qué señas tiene, Señor?

—*Intrantibus in civitatem, oscurret vobis homo* (*Lc.*, 22). Entre tantas calles como hay en Jerusalén, entre tantas casas y gentes, tomad esta señal para que acertéis: *Seguid a un hombre que lleva un cántaro de agua.*

—¡Válame Dios, y qué señal tan extraña, tan humilde, y tan cierta, y llena de significación! El *agua* en la divina Escritura, *sabiduría* significa. *Aqua sapientiae salutaris* (*Eccli.*, 15). En la divina Escritura, el agua significa la *gracia. Si quis sitit, veniat ad me et bibat. Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae. Hoc autem dixit de spiritu, quem acepturi erant credentes in eum* (*Jn.*, 7). Donde hay *sabiduría del cielo*, así atinaréis a mi Iglesia.

—Obscuras señas son, Señor.

—Pues mirad bien, que el agua va *en cántaro*, y así podréis por el cántaro atinar el agua. ¿Qué cántaro lleva *sabiduría* del cielo, sino la Escritura divina, en la cual está la ciencia y palabra de Dios? ¿Qué cántaro contiene *gracia celestial* con que se apagan los malos deseos y se riega el ánima, con que da fruto que lleve a la vida eterna, sino los santos Sacramentos

de la Iglesia que, como el Concilio Florentino y Tridentino dicen, contienen y dan gracia? ¡Oh preciosísimos vasos, que contienen tal licor, que es la gracia, y en los cuales mora y obra la virtud de la Sangre de Cristo, por la cual se nos ganó la gracia con que bien vivimos y nos salvamos!

Aquella Iglesia que cree y tiene la Escritura divina, y que tiene y confiesa haber Sacramentos por los cuales se da la gracia, aquélla tiene señales de la verdadera Iglesia. Porque la que dice que no hay Escritura, o que la gracia se da por la fe sola, y no los Sacramentos, no es agua en cántaro, ni tiene la señal que dió Cristo, y la que dijo, cuando dijo: *Quien bien creyere y fuere bautizado, sera salvo* (*Mc.*, 16). No *creer* sólo, no *bautismo* sólo; fe y Sacramentos bien recibidos, y obras, es menester para ser salvos. Yo creo que queréis agua en cántaro, que salva ánimas; hela aquí: *Mundans eam lavacro aquae in verbo vitae. Salvos nos fecit per lavacrum regenerationis* (*Eph.*, 5).

Y si por decir San Pablo en unas partes (*Rom.*, 3): *Per fidem justificamur,* se entiende que la fe se requiere—como es verdad—, también se saca que Sacramentos se requieren y obras; pues dice por las mismas palabras lo uno y lo otro (2). Y si por decir que *per fidem,* o *ex fide,* se excluyesen los Sacramentos, luego diciendo *per lavacrum,* se excluirá la fe, pues no hay diferencia en el modo de hablar. Mas así como no es lícito excluir a la fe porque pide Sacramentos, así ni Sacramentos porque pide fe. Donde hubiere Escritura de Dios y Sacramentos, que contienen y dan gracia, *seguid a aquél,* y atinaréis a mi Iglesia.

5.—*El Papa, señal de la verdadera Iglesia.*

—¿Qué haremos, Señor, si hay herejes que digan que creen la Escritura, y tienen a su modo sacramentos; dicen que tienen fe en Cristo, y dicen maravillas de Él? Dadme otra señal más precisa, y que no me deje engañar; señal clara, visible y manifiesta. ¿Cuál es, Señor, vuestra Iglesia?

—Mirad bien en lo que he dicho, que allí lo veréis. No dije yo: Entrad en una casa, y mirad donde hubiere un cántaro de agua, y allí aparejad, sino: *Se-*

(2) Véase el AUDI FILIA, cap. 44.

guid un hombre que lleva un cántaro de agua. Si miráis a solas el agua o el cántaro, por ventura os engañaréis; mas mirad que lo lleva *un hombre,* y de cierto no os faltará nada para acertar.

Herejes puede haber que traten palabras de Dios, Sacramentos santos; mas no quieren confesar que hay *un hombre no más* que lleve ese cántaro de agua. Dicen que no es menester que haya cabeza que sea hombre, sino que basta que el que es Dios y Hombre sea cabeza, y que a ése habemos de seguir.

Mirad que dice que *un hombre* lleva el cántaro de agua, porque ha de haber *un hombre* que sea cabeza y guía a quien vosotros sigáis, para acertar a la Iglesia. San Pablo dice: *Una fe, un bautismo* (*Ephes.*, 4). Pues nunca habrá una fe, ni un bautismo, ni un Dios, ni un Cristo en los entendimientos de los hombres, si no hay *un hombre* que lleve el cántaro de agua, al cual vosotros sigáis.

Si no, preguntad a los que no quieren reconocer *hombre* que sea Vicario de Cristo en la tierra, si tienen una fe, y veréis que cada uno tiene la suya, y tantas fes cuantas cabezas, y tantas maneras de bautizar y tantas maneras de dioses. Un Dios hizo Arrio; y contrario de éste hizo Sabelio; uno pone distinción en la esencia, otro confusión en las personas; y otro hace su Dios como se le antoja. Y el Cristo de Eutiques es contrario al Cristo de Nestorio, y el de otros al de otros; y así, ni hay una fe, ni es conocido un Dios, ni un Cristo, si se quita que haya *un hombre* que vaya adelante con el cántaro de agua, a quien sigan los otros. Este es el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, que lleva en su mano *el cántaro de agua,* que es la divina Escritura y los Sacramentos; no porque él pueda hacer fe ni Sacramentos, como tampoco el hombre que lleva el agua crió el agua ni el cántero; mas llevarlo en la mano es *declarar cómo se ha de entender,* y poner cada cosa en su lugar, y dar a beber el agua que Dios dió. Pues le está dicho (*Jn.*, 21): *Apacienta mis ovejas,* ¿cómo las apacentará, si no le dan que pueda declarar la Escritura y los Sacramentos en que las ovejas se apacientan? Diósele este poder para *soltar y ligar,* para declarar e interpretar, y sobre él está fundada la Iglesia.

Y así la Iglesia es cosa manifiesta y clara, que aun los ciegos, si no quieren a sabiendas cegarse, encontrarán con ella. Esta es *la ciudad puesta en alto* (*Mt.*, 5),

señal que aun desde lejos atinan a ella los caminantes. Si ella estuviera escondida, todo estuviera escondido; porque ella es la que da luz a todo. ¿Qué me aprovecha de que haya Escritura de Dios, si yo no se si es Escritura de Dios? ¿Y cómo sabré si lo es, si la Iglesia no me lo dice? «El Evangelio no creería, si la Iglesia no me lo dijera», dice San Agustín; no porque la [verdad] de Dios dependa de nadie, mas porque para saber si es verdad de Dios, es menester que la Iglesia me lo diga. ¿Y cómo sabré que tal paso de la Escritura quiere decir «esto y esto», pues cada uno da su entendimiento (3), y no hay cosa cierta, mirando a lo que cada uno dice, si no hubiese *uno* que sin errar me dijese: «Esto se entiende así»? Quitad esto, y andaremos tan a ciegas como si no hubiese palabra de Dios en la tierra. Porque si el entendimiento de ella queda a lo que un hombre dice, ya no es palabra de Dios, sino palabra de hombre; pues la palabra, en el entendimiento consiste, que no en el aire o en la escritura muerta. Pues para que haya una fe, es menester un sentido; y para un sentido cierto, ha de haber *un hombre que lleve en su mano el cántaro de agua,* y tenga poder para declarar y aclarar a los hombres *el agua,* que de sí es muy clara. Y esta es la señal de la Iglesia en que Dios mora: que tiene una Cabeza, que es el Papa, a quien han de seguir todos los demás y obedecerle. Iglesia manifiesta, no escondida, no invisible; porque de esa manera, lo que ha de declarar sería más obscuro.

6.—*Jesús, a la mesa con sus discípulos* (4).

Tornando, pues, a la historia, idos los Apóstoles San Pedro y San Juan, hallaron *al hombre* que les dijo. Siguiéronle. Siéntase el Señor a cenar al modo de entonces, que era recostado, con sus discípulos, con sus doce ovejuelas, y con el lobo Judas enfrente de Sí. ¡Así, Señor, así nos dais ejemplo de igualdad unos con otros, pues tenéis asentados con Vos a una mesa unos hombres tan desiguales a Vos! Para que los que se

(3) *Entendimiento:* sentido.
(4) Desde aquí el autor indica, más bien que desarrolla, el asunto del lavatorio de los pies.

tienen por principales en los pueblos, no se desdeñen de estar sentados en un asiento con los menores. ¡Oh cosa tan al revés, que en el convite que el Señor ordenó para enseñar igualdad y humildad, en aquella misma obra tú hagas cisma, y enseñes tu soberbia, tornando al revés la orden de nuestro Señor! Si por allá, en el siglo, eres soberbio, no lo seas en el convite que el Señor ordenó para te humillar; no te desdeñes de tener por compañero a tu menor, pues por mucho que le excedas, no será tanto como Cristo excedió a sus Apóstoles.

Mas aquesto de comer a una mesa con Judas, ¿quién lo contará? ¡Qué ejemplo de mansedumbre y caridad tan grandes nos es dado, para sufrir y procurar de reducir a buen camino al que por hacernos mal estaba perdido!

Y si estas cosas, Señor, no hay ojos que lleguen a poderlas mirar y reverenciar como es razón, ¿quién podrá mirar lo que se sigue? Está sentado Dios humanado a una mesa con unos pobres hombres, y no como principal, sino como sirviente; que Él lo dijo así (*Mt.*, 20); porque debiera repartirles Él la comida. Si esto excede a todo entendimiento y lo saca de sí, ¿qué hará, Señor, verte levantar de la mesa a lavarles los pies? (*Jn.*, 13.) ¿Qué haces, Señor, que no hay quien te alcance a mirar? ¡Señor, que te vas de vista, como águila que vuela mucho! Mas no es este vuelo levantándote en alto, que esto para Ti no fuera mucho; mas te postraste, Señor, tan bajo, que, de bajo, no hay quien te vea.

Va un hombre por un camino de una sierra alta, y si se para a mirar a la hondura en algún valle, parece que se le anda la cabeza, y no tiene vista para bien mirar lo que allí está. Así, cuando uno se para a considerar a Jesucristo arrodillado delante de unos pescadores, no hay juicio ni entendimiento que baste a mirar tal humildad. Y así San Pedro, que fué el primero a quien Cristo lavó, no pudo sufrir tal obra, y por tanto no lo quería consentir. Te abajaste, Señor, tanto, que no te hallamos; mas según nos dieres tu gracia, consideraremos, siquiera en parte, algo de este tan profundo misterio.

7.—*Lavatorio de los pies.*

Ante diem festum Paschae... Cuenta el Evangelista su alteza primero, para más encomendar su humildad. Dice San Agustín: «Este tan alto, *levantóse* de la mesa. El que ha estado en la mesa de la Escritura, ya entendido de lo que debe hacer, y mantenida su ánima con el pan de la Sabiduría, no se ha de estar siempre sentado, pensando y rumiando consideraciones devotas, y revolviendo siempre libros; *levantarse* conviene a la obra. Porque muchas veces acontecio no ser verdaderos los propósitos buenos que en la lección se tenían, porque faltaron en la obra. Conviene probar las armas en la obra, que habemos cobrado en la lección y oración. Adonde obra no hay, no hay que fiar de buenos propósitos y pensamientos. *Levántase* el Señor a obrar.

Ponit vestimenta sua; porque para servir a los hombres, se quitó Él lo que lícitamente pudiera tener; y da ejemplo que los mayores, por bien de los suyos, no usen de algunas cosas que lícitamente pudieran. Si los mayores perdiesen algo de su ornato, que es significado por la ropa, aunque lícitamente, se remediarían con este ejemplo los excesos de los menores, y serían vestidas las ánimas de estos mayores con caridad, cuanto menos lo fuesen en lo de fuera. No miró Cristo a *licet,* sino a *expedit,* y *aedificat, ut Paulus* (1 *Cor.*, 10). *Omnia mihi licent, sed non omnia aedificant, non quaerens quod mihi utile est.* Para servir conviene quitar el ornato, porque muchas veces la pompa del mayor le estorba que no aproveche a sus súbditos. Olvidad la majestad y superioridad, y haceos humilde, *et sicut unus ex illis,* si no queréis que huyan de vos las ovejas, y que osen llegarse a descubriros sus llagas.

Quitó su vestidura, disimuló su alteza, porque el que *induit fortitudinem* (*Ps.*, 32), de aquí a poco *coepit taedere, et pavere* (*Mc.*, 14).

Misit aquam in pelvim. Él por sus mismas manos obra. Obra personal ha de tener el superior temporal o espiritual, y no se ha de contentar con echar agua con manos ajenas.

Toma toballa, con que se ciñe para limpiar los pies después de lavados; porque hay algunos que con su propia ropa limpian las ajenas inmundicias, y quedan

ellos sucios de limpiar los otros. Quien entiende en limpiar ánimas ajenas, mire que tenga lienzo ceñido, donde reciba las ajenas inmundicias. Porque hacer a otros buenos, y de allí quedar él malo, tentado o caído, o con otras faltas, no es a Dios agradable. Tenga virtud tal, que no se le pegue la maldad que del otro quita.

Tu mihi lavas pedes? Tenéis razón, San Pedro. Y ¡ay del desvergonzado que, cuando comulga o dice Misa, no se confunde, espanta y sale fuera de sí! *Tu intrasti in stomachum meum!* ¡Yo delante de ti! (*Lc.*, 5): *Exi a me Domine,* etc.

Quod ego facio tu nescis modo. Cree, obedece; no te lo quiero decir el por qué lo hago, porque más merezcas con creer y obedecer, sin saber; haz lo que mando. Sufre, hombre, lo que Dios te envía, aunque no entiendas el porqué; espera a Dios, que antes de mucho verás—aquí o en el otro mundo—, cómo en eso procuraba Dios tu bien, aunque tú te quejabas de ello. Cree ahora; que *scies autem postea.*

Porfía San Pedro en su humildad, y amenázalo Cristo que lo perderá. ¡Oh recia cosa! ¡Quién dijera que San Pedro hacía mal en porfiar cosa de tanta humildad! ¿Qué espera el soberbio de tener parte en Cristo, si el humilde es amenazado, que no la tendría? Porque la humildad que no es obediente, no es humildad. Y no se engañe nadie con color de virtudes; que si es porfiado en ellas, si las hace por su propia cabeza contra la obediencia de su superior, no tendrá parte en Cristo. ¡Qué hoya tan peligrosa, en la cual tantos han caído, y tan mal se han descalabrado, o perdiendo la gracia, o la fe! ¿Qué hace al hereje ser loco? ¿es errar? No; sino el porfiar contra el parecer de los mayores. No se fíe nadie de sí, en bien ni en mal.

Non tantum pedes. Porfiado hasta saber la voluntad de su Maestro; y sabida, ¡cuán largo y blando en obedecer! Quien conoce la voluntad de Dios, no queda nada que no se sujete a Dios. ¡Señor, pues yo todo entero me pongo en vuestras manos!

Qui est mundus... Contra los herejes, que dicen que no está el hombre sin pecado mortal ni por breve tiempo.

Scitis quid fecerim vobis? ¡Oh qué linda palabra para después de comulgar!

Vos vocatis me Magister... Todo este negocio tan

admirable, para decirnos fué que tengamos humildad y caridad unos con otros. Muchos hay que no les parece que son cosas de tanta estima, que el Señor hiciese tan admirables cosas para las encomendar.

Hoc sentite in vobis... (Cum littera praecedenti et sequenti) Preparación para comulgar fué el lavatorio, y significativa de la limpieza que habemos de llevar, aun de los veniales.

TRATADO 13

REVERENCIA EN LA PROCESIÓN DEL CORPUS (II).

Primera parte.

¡SEÑORAS, RESPETAD LA PROCESIÓN!

Sanctificamini, cras enim faciet Dominus inter vos mirabilia.

Santificaos, porque mañana hará el Señor entre vosotros maravillas.

(*Jos.*, 3.) (1)

1.—*Las cosas santas se han de tratar santamente.*

Toda la ley y razón humana y divina pide que a las cosas más excelentes y de valor singular les sea hecho distinto tratamiento y se les dé particular reverencia, distinta de la que se da a las otras comunes cosas. Y con este fundamento mandó el rey Asuero (*Esth.*, 4) que ninguno entrase en su presencia vestido de sayal, porque la bajeza del vestido parecía ofensa a la presencia y vista del rey. Y así vemos ser cosa usada, y muy justa, que los que están en presencia de señores y reyes tienen particular mesura en el rostro, hincan sus rodillas, no miran con los ojos a una

(1) Si alguno quiere saber cómo predicaba el Venerable Maestro, cómo eran los sermones que volcaban corazones y sacaban a los hombres dando voces, y hacían que las mujeres mudasen vidas y trajes, lea este Sermón, y considere aquellas razones dichas por un hombre santo, y con viveza y espíritu, y verá que no han sido encarecimientos todo lo que hemos escrito. (Lic. Muñoz, edic. *Montaña*, t. III, p. 505.)

parte ni a otra; y con aquel temor reverencial que tienen, honran a sus señores y dan sentimiento de su grandeza.

Y si queremos considerar las cosas más bajas, hallaremos ser verdad que se requiere cierta proporción del que trata, con la cosa tratada; del que recibe, a lo recibido; del lugar, a lo que está en él; pues que ni está bien recibir una purga sin disposiciones que precedan a ella, ni un fuego produce su forma sin que el madero esté para ello dispuesto. Y no está bien un precioso bálsamo en un inmundo vaso de barro; y una mano leprosa y llena de llagas, tocando el oro limpio y resplandeciente, parece que le hace ofensa, por la mucha desproporción que hay entre la inmundicia de la mano y la limpieza del oro.

Y quien considerare cuán guardada es esta ley entre las criaturas altas y bajas, tendrá por cosa muy justa que el altísimo Dios, cuya Majestad es inmensa, cuya faz (2) sobrepuja a todo entendimiento criado, pida a los que han de tratar con Él, que pues Él tiene singular majestad, en comparación de la cual las cosas muy altas son muy bajas y no tienen ser, le den un particular tratamiento lleno de reverencia y puridad, distinto del que se da a las criaturas en el cielo y en la tierra, por altas que sean.

Y conforme a esta verdad, queriendo Moisés llegarse a la zarza que ardía y no se quemaba, en la cual estaba el Señor, le fué mandado de parte de Él que *se descalzase los zapatos, porque la tierra donde estaba era santa,* por la presencia del Señor que allí estaba (*Ex.*, 3). Y cuando el mismo Señor hizo aquella merced tan grande a su pueblo, de darle los diez mandamientos, en los cuales conociesen lo que a Él le era agradable, y obedeciendo se pudiesen salvar, dice Dios a Moisés (*Ex.*, 19): *Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y laven sus vestiduras, y estén aparejados para el día tercero; porque en el día tercero descenderá el Señor delante de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí* (3). Y después, una vez que el Señor hizo merced a Moisés de se le enseñar y pasar delante de Él (*Ex.*, 33), estuvo Moisés metido en un agujero de una peña, y allí postrado—porque la peña

(2) *Faz;* la edición de 1596, *paz.*
(3) Vide Teodoretum.

no daba lugar para más—adoró al Señor con gran reverencia.

Y para que vengamos a nuestro propósito, habéis de saber, que cuando el Señor quiso que su Arca pasase por el río Jordán, y entrando ella en el río, se hiciese aquella gran maravilla, que las unas aguas del río se tornasen atrás, y las otras corriesen hacia abajo hasta que no fuesen vistas, y así quedase camino seguro y sin agua en el dicho río, y por donde todo el pueblo pudiese pasar, pareció—y con mucha razón—al Altísimo Señor que esta maravilla hacía, que la gente que la había de ver y gozar, se aparejase para dignamente recebir tal merced, y mandó al capitán Josué que dijese al pueblo las palabras de nuestro tema: *Santificaos, porque el Señor mañana ciertamente hará maravillas entre vosotros.* De donde parece, que no sólo para tratar con el mismo Señor, mas aun con sus cosas y obras, es menester particular disposición y santificación. Para oír sus palabras cuando dió la Ley mandó que se santificasen (*Ex.*, 19); y al que las ha de hablar le conviene ser santo, porque no diga el Señor aquella terrible y digna palabra de ser temida (*Ps.*, 49): *Al pecador dijo Dios: ¿por qué tú cuentas mis justicias por tu boca?* A los sacerdotes mandó que se santificasen para las cosas del templo. Y los que habían de comer de las cosas sacrificadas y celebrar la Pascua comiendo un cordero, habían de estar santificados, so pena de graves castigos (*Ex.*, 13).

Esto entendía San Pablo cuando, manifestándonos por ejemplo suyo el respeto, la pureza y santificación con que se ha de ejercitar el oficio de la predicación de la palabra de Dios, dice (*Rom.*, 15) que *santificaba el Evangelio de Dios*; no porque él lo hiciese santo, pues que el mismo Evangelio lo es en sí; mas porque, como uno que con mala conciencia trata las cosas de Dios, se dice que las ensucia, porque si pudiesen ellas ser ensuciadas, bastaba lo que él hacía para las ensuciar, y en cuanto es en sí, con aquel mal trato da a entender que las tiene en poco y las tiene por indignas de mejor tratamiento, así, quien las trata con debida santificación, aunque no las dé santidad *en sí mismas,* dasela *en la estimación de su corazón,* teniéndolas por dignas de toda reverencia y de toda limpieza.

Y en este sentido dijo el Apóstol San Pedro a los

cristianos (1 *Petr.*, 3): *Santificad al Señor Jesucristo en vuestros corazones.* Parece recia palabra que el hombre *santifique* a Cristo, el cual es santísimo en Sí, y fuente *de cuyo cumplimiento* (*Jn.*, 1, 16) (4) *todos* los que tienen gracia y santificación *la reciben,* sin que nadie la pueda haber de otra parte en mucho ni en poco, porque de Él y no de otro, dice Dios Padre (*Ps.*, 131): *Sobre Él florecerá mi santificación.* Con el cual sentido concuerda San Pablo cuando dijo (2 *Cor.*, 1) *que Cristo, por virtud de Dios Padre, es hecho nuestra santificación*; porque la que tenemos nos viene de Él y por Él. Él nos santifica, haciéndonos verdaderamente de sucios, limpios; y justos, de injustos; quitándonos la inmundicia que teníamos, y dándonos la santificación que nos faltaba. Mas santificarle nosotros a Él, es de otra manera, como declara Isaías (c. 8) diciendo: *Santificad al Señor de las batallas.* Y como si le preguntáramos: ¿Cómo hemos de santificar nosotros, criaturas no santas, a nuestro santísimo Criador?, añade luego diciendo: *Sea Él vuestro temor, sea Él vuestro temblor.* Porque el hombre que a Dios teme con reverencial temor, le trata y le estima en lo que debe, y le sirve y ama como a Señor suyo y ultimo fin, éste le da en su corazón un cierto ser y santificación, pues que lo estima y trata como a cosa santa. Y esto le quita el malo, tratándolo indignamente, y ensuciándolo, si fuese posible, y como el mismo Dios se queja de ello en el Profeta Ezequiel (c. 22).

Y en este mismo sentido deseamos y pedimos a Dios que *sea santificado su nombre* (*Mt.*, 6), dándonos gracia que lo tratemos con aquella reverencia y sentidad que le es debida con mucha justicia; y de no tratarlo así, se queja Dios (*Ez.*, 36, 20) que *le han ensuciado su nombre.*

Mas esto se tenga por cierto, que quien a Dios y a sus cosas no santificare, y con loco atrevimiento indignamente se llegare a Él, que pues él no tiene a Dios por Santo, tratándole sin reverencia, el mismo Señor tornará por su honra, y con el castigo que hiciere, dará a entender que es Santo, y que los profanos y mal aparejados no se han de llegar a Él. Ejemplo de esto lo tenemos en Nadab y Abiud, sacerdotes, hijos de Aarón, que con mal atrevimiento ofrecieron

(4) *Cumplimiento:* plenitud.

al Señor incienso con el fuego que no debían; y estando incensando, salió fuego por mandamiento del Señor, que los tragó, y cayeron muertos delante de Él. Y para que se supiese la causa de este terrible castigo, que daba mucha pena a Aarón, padre de ellos, declaróselo Moisés y díjole (*Lev.*, 10): *Esto es lo que el Señor ha dicho: Seré santificado en los que se llegan a mi justicia.* Justísimo es que el que no tiene a Dios por Santo, tratándole como a tal, sea castigado con tal castigo, que él y todos manifiestamente vean que Dios es de tal majestad y pureza, que los justos han de morar con Él, y los sucios no han de llegar a Él.

2.—*Nada tan santo como la Eucaristía.*

¿Habéis oído estas cosas, hermanos? ¿Qué sentís de ellas? ¿Quién hay entre nosotros, que no tenga mucha razón para temer el castigo de las muchas ofensas que al Señor hemos hecho, en la poca reverencia con que hemos estado en su templo, oído o dicho los Oficios divinos, recibido sus Sacramentos, mirarle a Él con nuestros ojos, oír con poca devoción su palabra, y, en fin, no haber tenido aquella reverencia y pureza de conciencia, que para servirle y para tratar la menor de sus cosas le es justamente debida? Henos aquí en víspera del santo día del *Corpus Christi* y de la procesión del Señor, fiesta dignísima de reverencia, y de mucha alegría para quien bien la celebrare, y de mucha tristeza y daño para quien con desacato y descuido. Despertad y velad, que esto es menester para bien celebrar el día santo y procesión que Dios ha querido alcancemos a ver. Porque si a Moisés mandaron quitar los zapatos (*Ex.*, 3), si al pueblo que se santifique para oír los mandamientos y para ver la maravilla que se hizo en el río Jordán (*Jos.*, 3), claro está que quien para aquellas cosas menores pide santificación, para ésta que entre manos tenemos la pedirá, y muy mayor, pues esta fiesta es mayor que las otras.

¡Oh grande, dichoso y solemnísimo día, que pone a los cielos en admiración, en el cual se celebra el misterio de que el pan y el vino se convierten en Curpo y Sangre de Jesucristo, quedando en su ser los accidentes del pan y del vino, y conteniendo dentro

de sí al Hijo de Dios humanado, igual al Padre y al Espíritu Santo, Señor de todo lo que hay en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra! Misterio tan lleno de maravillas, que la menor dellas es mayor que arder la zarza y no quemarse, y que ser oídas voces en el monte Sinaí, y que tornar las aguas del río Jordán hacia atrás. Maravillosas cosas son éstas; mas son maravillosas *en las criaturas* por el Criador. Mas las maravillas de aquí son hechas *en la misma persona del Criador,* y por medio de un sacerdote, que es criatura. *Santificaos, porque mañana hará el Señor maravillas entre nosotros.* Y en el nombre del Señor os digo: *Santificaos, porque el Señor os hará mañana mayores maravillas entre vosotros.*

No es invención ésta de mi cabeza, sino ordenación (5) del Espíritu del Señor, que en el Concilio de Viena mandó «que los Obispos, por sí o por los ministros de la Iglesia, avisasen al pueblo el domingo de la Santísima Trinidad, que se aparejasen para el quinto día con oraciones, confesiones y limosnas y buenas obras, para dignamente celebrar esta fiesta, recibiendo al Señor y reverenciándole en la procesión». Y en pedir cuatro días de aparejo y santificación, habiendo pedido para las otras un día o dos, nos da claramente a entender, que pues aquí se pide mayor santificación, nuestra fiesta es mayor que las otras. ¿Qué proporción tiene aquel Arca de madera de Setín, aunque dorada, que llevaba dentro de sí las Tablas de la Ley, y un vaso de Maná, y la vara de Aarón, con la preciosísima Humanidad de Jesucristo nuestro Señor, en la cual mora por unión personal el Verbo divino, Dios verdadero? Y por una maravilla que allí se hizo en el río Jordán, hay aquí tantas, que no se pueden contar. El fruto de aquel milagro fué entrar a poseer tierra y cosas de tierra; y por esta Arca divina pasamos nosotros del pecado a la gracia, y de la pobreza de la tierra a las riquezas del cielo.

Y si cuando fué dada la Ley descendieron los ángenes al monte Sinaí para hablar en persona de Dios, llevaremos nosotros mañana al mismo Señor en la procesión, y ellos descenderán a le acompañar y servir. Allí fué dada la Ley, mas no fué dada la gracia; y Ley sin gracia, ocasión es para más pecar, como dice San Pablo (*Rom.*, 3). Mas este Señor, cuya fiesta es

(5) *Ordenación;* la edición de 1596 dice *acción.*

mañana, es de quien dijo San Juan (1): *La Ley fué dada por Moisés; mas la gracia y la verdad, por Jesucristo son hechas.* Truenos terribles, sonidos de bocina, y espantables relámpagos hubo allí, tanto, que el pueblo, atemorizado, huía de Dios y decía a Moisés: *Háblanos tú, y oiremos; no nos hable el Señor, porque no muramos* (*Ex.*, 19). Muy de otra manera será nuestra fiesta mañana; porque aunque está escrito (*Hebr.*, 12) que *Dios es fuego que consume,* iremos mañana juntos con Él, y su fuego no nos destruirá; y si destruyere, será a nuestros pecados, para que nosotros quedemos limpios y purificados como oro en crisol.

No hay mañana espanto de truenos, ni de relámpagos, ni cosa alguna que nos haga huir de temor; manso va el Señor y callado como un cordero, y con entrañas encendidas de amor para darnos lo que nos cumple: y todo lo que allí se ve y se cree nos convida a que nos lleguemos a Él, a recebir de su mano el perdón y la gracia, y a descansar de nuestros trabajos, y a esperar la gloria que está por venir. ¿Veis con cuánta razón se nos pide que desde el domingo y aun desde antes nos aparejemos y santifiquemos para esta solemnísima fiesta?

3.—*Muchos harán mañana fiesta a sí mismos.*

Mas esto es lo que yo temo, y con mucha razón me da pena, que como tal fiesta como ésta había de ser celebrada con un amor y una reverencia que pareciese a la que en el cielo tienen los santos y ángeles a este Señor, no sé si ha de haber entre vosotros algunos que no sientan esto de esta manera, sino que piensen con terreno sentido que esta fiesta se instituyó solamente para holgarse y corporalmente regocijarse los cristianos en ella; y que haya algunos que estén tan ajenos de limpiarse de los pecados pasados, que por ventura cometan en la fiesta algunos pecados, que si no fueran en ella, no los hicieran.

¡Oh lamentable desdicha, que enfermes con la medicina, que te ennegrezcas con la blancura, y que llegue tu maldad a tanto, que de fiesta tan santa, de la compañía de Dios, de la bondad que usa yendo en la procesión con nosotros, tú no te aproveches de tanta bondad, mas que saques maldad! Cristianos,

cristianos, no es esta santísima fiesta para hacer ofensas a Dios, sino para deshacer las hechas, y dar al Señor un día bueno, celebrando con tanta santificación, que le dé a Él entero contento y placer. No solape nadie, no, hacer fiesta mañana a sí mismo y a su vanidad, debajo de título de fiesta del Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor.

Y aunque entiendo que hay muchos entre vosotros que de tal manera os habéis aparejado y aparejaréis, que deis en esta fiesta gloria y contentamiento al Señor, y que el oír el domingo de la Trinidad que el jueves siguiente era día del Cuerpo de nuestro Señor os puso un alegre cuidado de aparejaros para tal fiesta, y un entrañable deseo de que ya hubiese llegado este día para recibir al Señor con mejor aparejo que os fuere posible, acompañarle en la procesión con amor entrañable y reverencia cristiana, con que deis placer al Señor que la recibe, y a los prójimos que os miraren, y al predicador que os amonestó; así sospecho que hay algunos entre vosotros que antes que viniese esta fiesta les nació cuidado. no de celebrarla al Señor, mas de celebrarla a sí mismos. Alegre cosa es hablar de los unos, y triste haber de hablar de los otros; mas habéisme de dar licencia para, si por ventura algunos de estos tan mal mirados, y que vuelven esta fiesta tan al revés, hurtándola a Dios y tomándola para sí, siendo amonestados por mí de este su error, se quisieren enmendar, y celebrar fiesta al Señor, convendrá hablarles una palabra.

4.—*Tú que robas a Cristo las miradas de los hombres.*

Decidme, buena mujer, baja o alta, quienquiera que seáis, si estos días pasados, especialmente esta noche, ponéis vuestros pensamientos en cómo saldréis mañana más curiosamente ataviada que otros días, para hacer fiesta a vuestro vano contentamiento y a los ojos vanos de los que os quisieren mirar, vos también miraréis a todo lo que se os antojare, y por ventura almorzaréis mañana mejor que otros días, sin daros pena ni mirar en ello, de cómo os quedáis sin comulgar y recibir el manjar que del cielo vino. Tendréis vuestro corazón derramado en vano, y quizá con pensamientos más ruines que otros

días, el cuerpo liviano para la vanidad, pesado para rezar y para otras buenas obras; poneros heis a una ventana, como ídolo en alto, para ser vista. Haciendo estas cosas y otras semejables mañana, decidme, por Dios, ¿cuya fiesta celebráis, de vuestra vanidad o del misterio de Dios? ¿De vuestro corruptible cuerpo miserable, o del precioso Cuerpo de Jesucristo? Los niños, las piedras lo dirán, los ciegos lo verán, que tal fiesta celebráis cuales obras hacéis, y que para aquel celebráis fiesta a quien dais contentamiento con ellas.

La fiesta del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con templanza en los vestidos, en la abstinencia del cuerpo, con agradecido corazón y devotas lágrimas, con haberlo bien recibido, con acompañarle con reverencia y devoción, se ha de celebrar, si a Él se hace la fiesta: porque estas y otras semejantes cosas son las que Él pide, y son agradables delante de sus ojos, y dan contentamiento a su Corazón. Mas de éstas ninguna lleváis vos, y de las contrarias vais llena. Más parece que vais a fiestas carnales, que espirituales; a bailar con el cuerpo, que a gozar de Dios con el ánima; y aun lo que peor es, que vais más ocasionada para pecar y hacer caer en pecados, que para incitar y dar ejemplo de que sirvan a Dios, declarando que, o vais deshonesta, o a lo menos que hay vanidad en vuestro corazón en ir tan aderezada y vistosa, que parece que queréis—o o lo menos sois causa de ello—que los hombres mañana quiten los ojos de mirar al Señor y los pongan en vos.

¡Oh desvergüenza tan grande! ¿Quién hay que no vea que si fuese a desposarse un rey, o una reina, no se debía sufrir que algún criado a criada suya fuesen con su señor más ataviados y vistosos que el mismo señor, y fuesen causa que los ojos de los que van presentes dejasen de mirar al rey por mirar al criado? Hermana, en el día de vuestra fiesta que a vos se hace en vuestro casamiento, o cosa semejable, que vos sois la principal a quien se hace la fiesta, ataviaos en hora buena. Aunque la mujer cristiana en todo tiempo y lugar ha de tener tanta templanza y modestia en sus atavíos y trato, que siempre resplandezca en ella la cristiana humildad, cuya honra ha de ser en la cruz y no en los vestidos, como

dice Tertuliano (6). Mas tal día como mañana, que ni se hace la fiesta a vos, ni por vos, ni vais vos a vistas, sino Jesucristo, ninguna razón sufre que vos le quitéis su vez, ni le robéis los ojos de sus cristianos.

Y tened entendido, y entiéndanlo todos, que si el Señor quisiese descubrir la hermosura de su Cuerpo precioso y glorioso, ni tendríamos que rogaros que no saliésedes muy ataviada mañana, ni aunque lo saliésedes, tendríamos temor que dejasen los hombres de mirar a Él por miraros a vos. Ese sol, que en el cielo veis tan resplandeciente y hermoso, es pura obscuridad y fealdad en comparación de la hermosura de nuestro Señor Jesucristo que allí va; ¿cuánto más lo seréis vos, cuya propia hermosura—la cual Él os dió—es muy poca en comparación de la de Él; y la que vos queréis acrecentar y fingir con los aderezos inventados por el demonio está tan lejos de ser hermosura, que para quien la sabe es i-mar es fealdad verdadera y muy bastante para que quiten los ojos de vos? (7). Una vez quiso el Señor en este mundo enseñar la hermosura de su Cuerpo en el monte Tabor (*Mt.*, 17) y quedaron los que le vieron tan aficionados y tan satisfechos, que tuvieron por gran bienaventuranza cebar siempre sus ojos en tal hermosura, aunque ni bebieran, ni comieran, ni tuvieran otra riqueza. Y cierto, nosotros haríamos lo que ellos hicieron, si viésemos lo que ellos vieron, y se quitase el Señor su velo que allí le encubre para que le pudiésemos ver faz a faz. Y si esto no hace, no es por privarnos de tanto placer, mas por darnos ocasión de mayor provecho. Porque yendo escondido a los ojos corporales, hay hombres tan vanos, que los quitan de Él, y los ceban en la faz de la mujer vanamente ataviada no faltarán para estos tales castigos.

5.—*¡Arrojadla de la ventana!*

Mas procurad vos, si agradar queréis al Señor, de no poner a nadie tropiezo, ni ir tan vistosa, que seáis escándalo para los flacos; unos de los cuales pecarán

---

(6) Vid. Cypr. de ornat. mulier. impudic,
(7) Cyprian,

venialmente en miraros, y si la maldad de su corazón llega hasta consentir en codiciaros, cometerán pecado mortal; y si son muchos los que os codician, muchas ánimas mueren por vos; y morir una sola, es mayor daño que morir todos los cuerpos que se han criado en el mundo y se han de criar hasta el fin de él. Y habiéndose perdido tantas ánimas por ocasión vuestra, acabada la procesión iréis muy contenta a vuestra casa, y diréis que habéis andado en la procesión, y celebrado la fiesta del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y según verdad, habéisle a Él ofendido, y robádole su hacienda, y héchole fiesta al demonio; pues ha cazado con vos, como con ave muerta, muchas ánimas que estaban vivas, y codiciándoos a vos por mal consentimiento, murieron. Día vendrá en que tanta maldad sea castigada. Y si os pusisteis, como el dios Dagón (1 *Reg.*, 5) en igual lugar con el Arca de Dios, y aun lo que peor es, que quisisteis más ser honrada y vista que Jesucristo nuestro Señor, Arca divina, derribaros ha Dios, no cortándoos los pies y las manos, mas castigándoos en cuerpo y en ánima, pues aquí le quisisteis robar su honra y ocupar los corazones de los hombres, que tan justamente le son debidos.

Un día entró el capitán Iehú, por mandado de Dios, en la ciudad de Iezrael a hacer venganza de lo que había aquel pueblo pecado (4 *Reg.*, 9); y la reina Jezabel, por evitar el castigo, pensó aficionar a sí el capitán Iehú, y púsose en una ventana por donde él había de pasar, muy ataviada y alcoholada; y salióle muy al revés el negocio, porque pasando él por allí, y alzando sus ojos a la ventana, vió aquella mujer muy ataviada, y preguntó a los que iban con él: *¿Quién es aquella mujer?* Los cuales respondieron: *Aquélla es la reina Jezabel*; y luego en oyéndolo el capitán Iehú, dijo a unos hombres que estaban a la ventana con ella: *¡Arrojadla de esa ventana abajo!* Y como fué mandado, así fué obedecido, y la sangre de su cuerpo roció las paredes por donde cayó, y después de caída en el suelo, las uñas de los caballos la hollaron y mataron. Y no paró en esto, que después los perros la comieron su cuerpo, según Dios lo había amenazado y mandado profetizar. Y espantados de tal castigo los que pasaban y la miraban, decían: *¿Esta es aquella Jezabel?*

¡Oh mujer, a quien esto toca, quienquiera que

seas! ¿No ves que pasará mañana nuestro Señor por donde tú estás la cara acicalada, los vestidos curiosos, los ojos poco honestos y derramados, el corazón indevoto? ¿Qué piensas que dirá de ti? Lo que dijo Iehú de Jezabel; preguntará: *¿Quién es aquélla?* Cosa por cierto digna de ser considerada y temida. Señor, ¿que preguntáis quién es aquélla? Parece que de ataviada no la conocéis; aunque ella por ser más conocida se atavió. Señor, criásteisla Vos, habéisla dado a vida hasta esta hora; sabéis Vos muy bien quién es, y hasta sus más secretos pensamientos son a Vos manifiestos; sabéis lo que ha de hacer; sabéis cuándo ha de morir; sabéis si la habéis de echar en el infierno o llevar al cielo, ¿y preguntáis quién es aquélla? Declaradnos, Señor, esta vuestra pregunta; porque parece es semejable a la respuesta terrible que daréis a las vírgenes locas: *En verdad os digo que no os conozco* (*Mt.*, 25).

San Ciprián, obispo y mártir, nos declara esta duda en el tratado que hizo del atavío de las vírgenes consagradas a Cristo, y de las otras mujeres también, donde afirma que «no los ángeles buenos, sino los demonios, enseñaron a horadar las orejas y ponerse zarcillos, pintar los ojos, ponerse afeite y color, teñir el carmesí, y todo género de vanidad y curiosidad de atavío». Y según esto, no se espante nadie que el Señor no conozca a las tales mujeres, viéndolas vestidas al traje de su contrario el demonio.

Y con mucha verdad y razón dirá el Señor: «Yo de mucha llaneza y simplicidad usé en mis vestidos, y mi Madre sagrada también; y así lo mandé yo a mis cristianos, para que aun en la humildad exterior pareciesen no ser del mundo, sino de mi bando; y que lo de fuera fuese tan honesto y lleno de edificación, que diese testimonio que el corazón de mis cristianos desprecia el mundo y sus pompas, y tiene por verdadero atavío mi gracia y virtudes. Mas esto que veo, no es obra mía; obra es de mi enemigo, contradicción de mi voluntad, traje profano, ocasión de pecados, señal de liviano corazón; no lo conozco, porque no lo apruebo, aunque para castigar no lo ignoraré.»

Y el castigo será, que ni el Señor mañana holgará que le mires, porque no tienes aquellos ojos que de corazón limpio y cuerpo cristianamente ataviado han de proceder para darle contento, ni Él holgará

de mirarte, antes apartará los ojos de ti, porque no ve cosa de esas que tienes, que sea agradable en sus ojos; y sabe Él muy bien que el menor cuidado que tú tuviste fué de ir mañana a la fiesta con los atavíos del cuerpo y ánima que le diesen contentamiento a Él. Mañana te verá puesta a la ventana, y notará muy bien cuán ajena estás de como era razón que estuvieras en su presencia y procesión. Y en el día de tu muerte, cuando Él venga por mandamiento del Padre a galardonar a los buenos y castigar a los malos, entonces te hará cargo de cuán mal celebraste su fiesta. Y no sólo no se aficionara a tu vano atavío, ni te dejará de castigar por él, mas lo castigará como cosa desagraciada a sus ojos.

Y viendo que tenías cuerpo vestido con ricos y costosos vestidos, y cara hermoseada con mucho artificio, y la triste de tu ánima desnuda de caridad y afeada con pecados, mandará a los demonios, ejecutores de su justicia, los cuales te incitaban a la maldad y a la vanidad y te acompañaban en ellas: *Derribadla de esa ventana.* Y será así hecho; y del estado de honra en que estaba, y del atavío de muchos y costosos vestidos, será derribado tu cuerpo en una angosta sepultura; y echándote tierra encima, te pisarán hombres, y aun por ventura animales que pasarán sobre ti. Allí se podrecerá ese tu cuerpo, y se parará tan hediendo, que ninguno pueda sufrir el mal olor dél. Y verás cuán poco te aprovecharon los vanos vestidos, curiosos olores y demasiados regalos con que criaste un manjar de gusanos. Verte han enterrar; y enterrada, acordarse han los hombres de la lozanía que tu cuerpo tenía; y entonces, de verte tan fea y que te han de comer los gusanos, dirán con grande espanto: *¿Es ésta aquella Jezabel*, tan ataviada y lozana, que parecía que no había de morir?

¡Oh válame Dios, y cuán vana es la gloria del cuerpo, cuán presto se pasa, cuánta fealdad le sucede, y cuán ciego es quien esto no ve, y cuán imprudente quien no la desprecia, y no pone su cuidado en el atavío del ánima, que ha de durar para siempre! Hermana mía, en esto para el cuerpo y su vanagloria, y así lo castiga Dios con deshonra, y corrupción, y hedor.

Mas el castigo del ánima que por tener mucho cuidado de servir al cuerpo, regalándole y buscán-

dole entretenimientos, y vistiéndole muchas veces, anda desnuda el ánima, muy mayor será. Dios os guarde, no diga Dios a los demonios que os derriban el cuerpo: «Arrojadle también en el infierno su ánima», adonde se cumpla espiritualmente lo que Dios tiene amenazado a las tales mujeres, diciendo (*Isa.*, 3): «Porque se ensalzaron las hijas de Sión, y anduvieron con el cuello extendido, y mirando vanamente con los ojos, regocijábanse y andaban con pasos entonados; hará calvas las cabezas de las hijas de Sión el Señor, y quitarles ha sus cabellos. Y en aquel día quitará el Señor el atavío de sus calzados. *Pro eo quod elevatae sunt filiae Sion*; y tendrán hedor en lugar del suave olor que acá tuvieron, y por la cinta tendrán una cuerda, y calva por el cabello encrespado, y por la faja que trajeron ceñida serles ha dado cilicio.» ¡Oh qué mal fin tiene el demasiado atavío del cuerpo y descuido de atavío del ánima! pues el que no lleva atavíos de fiesta, que son gracias y virtudes, celebra mal las fiestas de acá, y está fuera y lejos de la gloria de Dios, donde hay desnudez, fealdad, batimiento de dientes, y pena para siempre jamás.

No se atreva la mujer cristiana a desenfrenarse en sus atavíos, aunque sea rica, moza y noble; ni siga las inclinaciones de su corazón, porque no tenga que llorar para siempre.

6.—*¿Qué se me da a mí?*

Espero en nuestro Señor, que algunas de las mujeres que aquí estáis conoceréis aquesta verdad, y compungidas con estas palabras os pese el poco cuidado que habéis tenido otros años de ir a estas fiestas; de manera que si algunos se hayan escandalizado en vuestros atavíos y vista, que desde mañana comenzaréis a tener cuenta con ataviar vuestras ánimas, para salir a las fiestas con aquel cuidado que otros años ataviábades los cuerpos; y en el atavío déstos os contentaréis con una cosa mediana, que no provoque los ojos de los hombres a os mirar, ni por muy ataviadas ni por muy despreciadas. Echeos Dios su santa bendición a las que este propósito habéis concebido, y déos fuerza del cielo para que

toda vuestra vida la podáis cumplir, y escapéis del peligro tan grande, vuestro y ajeno.

Mas aunque me alegro de considerar a estas tales mujeres, penome de pensar que por ventura habrá otras a quien esta verdad se les torne en mal, y que ciegas con la afección de sus atavíos, e ignorantes de la Ley de Dios, y aun engañadas del enemigo, en lugar de enmendar su desenfrenada y dañosa soltura, la quieran defender, y añadan mal a mal, diciendo con ánimo obstinado: «¿Qué se me da a mí de lo que hacen los otros? ¿Soy yo cura (8) de ellos? Tenga yo mi corazón limpio de todos esos malos deseos; que si los hombres quieren pecar, ¿qué culpa les tengo yo? Mire cada uno por sí; que no tengo de estar atada por nadie para no ataviarme, pues tengo con qué.»

Libre y no cristiana respuesta es ésta, y paréceme muy semejable a la que daban unos cristianos en el tiempo de San Pablo (*Rom.*, 14), los cuales, como eran sabios, entendían que aunque un manjar fuese sacrificado a un ídolo, no por aquello era más pecado comer de aquél, que del otro. Y así, cuando se hallaban en algún convite de algún infiel, y había en la mesa algún manjar de éstos, comían de él (9) sin ninguna diferencia y ningún escrúpulo. Mas como donde hay sabios hay también otros que no lo son, y adonde hay fuertes hay flacos, había también entonces otros cristianos que no sabían aquesta verdad, y pensaban que comer de lo sacrificado al ídolo era honrar al ídolo; así, ni ellos osaban comer de aquellos manjares, ni tenían por buenos cristianos a los que los comían. Y otros había que pasaban más adentro, y que decían: «Pues éstos son sabios y gente principal, y comen de esto, aunque pequen en ello, no es mucho que yo también coma, aunque peque en ello.» Y aunque los sabios entendían esta flaqueza y grande ignorancia de aquéstos, no por eso dejaban de comer los dichos manjares, diciendo: «¿Tengo yo de estar atado a no comer lo que según verdad no es malo, porque al otro ignorante se le antoje que yo hago mal? Si él por su necedad, pensando que

(8) *Cura, curador, tutor:* persona que tiene el cuidado de otro.

(9) *De él;* la edición de 1596 dice *de los otros;* pero no hace sentido.

peco en aquello, lo come, yo que sé que no peco, quiero usar de mi libertad, y no tengo de perderla por nadie.»

Veis aquí, señoras, una respuesta semejante a la vuestra. Veis aquí un corazón amador de cumplir su apetito en comer—el vuestro en ataviaros—, sin dárseles nada a aquéllos, ni a vosotras, de que el prójimo flaco peque o no peque. La obra que aquéllos hacían y la que vosotras hacéis, diferentes son; mas las palabras y apetitos de cumplir vuestra voluntad, sin tener cuenta con lo que al prójimo toca, uno mismo es. Y por eso daremos una misma respuesta a vosotras, y a aquéllos; que para que no la tengáis en poco, por ser mía o de otro hombre, como de persona que puede errar, os diré la respuesta que el Espíritu Santo, espíritu de verdad, que no puede mentir ni ser engañado, dió a aquellos sabios amigos de su libertad, por boca de su ministro San Pablo, la cual dice desta manera (1 *Cor.*, 8, 9-13): *Mirad que esta vuestra licencia o libertad no sea tropiezo para los flacos. Porque si alguno viere al que es sabio asentado a la mesa donde se comen los manjares sacrificados a ídolos, ¿no está claro que la conciencia de éste, siendo flaca, y pensando que hace en ello mal, será provocada a comer de aquellos tales manjares? Y perderse ha por la libertad de tu conciencia aqueste prójimo flaco, por el cual murió Cristo. Y pecando de esta manera contra vuestros prójimos, e hiriendo la conciencia flaca de ellos, contra Cristo pecáis. Por tanto, si el comer algún manjar escandaliza a mi prójimo, no comeré carne para siempre, porque no escandalice a mi prójimo. Porque si por comer algún manjar, tu prójimo es entristecido, ya no andas tú según la Ley de la caridad. No quieras por tu manjar, echar a perder a aquel por el cual Jesucristo murió... No quieras por tu comida destruir la obra de Dios. Buena cosa es no comer carne y no beber vino, ni otra cosa, por la cual tu prójimo es ofendido, o escandalizado, o enflaquecido en la virtud.* (*Rom.*, 14, 15, 20-21).

Todas estas palabras dijo el Espíritu Santo por boca del Apóstol San Pablo, aunque no en un mismo lugar. Y aunque se dijeron a los de aquel tiempo, hanlas de tomar por dichas a sí mismo las personas a quien tocan, pasadas, presentes o por venir, hasta que el mundo se acabe; porque la Ley y palabras

de Dios no se acaban con las personas a quien fueron dichas; mas como dice Job (33): *Una vez habla Dios, y no torna a decir lo ya dicho.* Porque en la divina Escritura, que son palabras suyas, se habla con todos los de todos los tiempos, sin que sea menester hablar a cada uno por sí, diciéndole a él en particular lo que en común dijo a él y a los otros.

Así que, señoras, tomad estas palabras por respuesta de Dios, a vuestra mala respuesta y malos propósitos; y entended, que aunque la lengua o mano que esto habló o escribió fueron de carne, mas el principal autor Dios fué; y por eso, antes *perecerán cielo y tierra,* como el Señor dijo, que estas palabras dejen de ser verdaderas.

Y con todo eso temo que, como habéis entendido con más tiempo y con más cuidado en aprender consejas y maneras de ataviaros, y hacer otras obras desaprovechadas y aun dañosas, más que en aprender la Ley de Dios, fundada en caridad de Dios y del prójimo, no sé si os han de parecer bien estas palabras, que ponen freno a vuestros apetitos y atan vuestra libertad, cuando de ella se sigue daño al ánima de vuestro prójimo.

7.—*¡Ni tenéis caridad, ni tenéis parte con Cristo!*

Cosa es digna de consideración y de llorar, cómo siendo el mandamiento de la caridad del prójimo *semejable* al mandamiento de amar a Dios, y siguiendo después (*Mt.*, 22) lo haya hecho el descuido y desamor de los hombres de tan poca estima, que no sólo no lo anteponen a los otros, pero aun no lo igualan, y ponen a la postre de todos. Hombres hay fuertes en hacer abstinencia, y en otras obras penales, y en rezar devociones; y muy flacos en la caridad, como si no hubiera dicho Jesucristo nuestro Señor (*Jn.*, 13): *En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os amárades unos a otros.* Y siendo mandamiento de Dios que primero le amemos a Él, y después a nuestras ánimas, y tras ellas las ánimas de nuestros prójimos, y a la postre la vida de nuestros cuerpos, estamos tan lejos de amar sus ánimas más que a nuestros cuerpos, que hay muchos que sólo el oírlo les da mucho espanto, y a duras penas pueden creer que Dios nuestro Señor haya

mandado tal cosa. Lo cual es señal que están sin la joya de la caridad, porque ésta, no sólo no es pesada a quien la tiene, mas hace a las cosas pesadas ser tan ligeras, que la más terrible de todas, que es la muerte, hace pasar de buena gana por el amigo.

No es conseja, señoras, no es conseja, que habemos de amar más a la vida del ánima del prójimo que la vida de nuestro cuerpo; porque para decirnos esto, perdió Dios humanado la vida preciosísima de su Cuerpo en la cruz, porque nuestras ánimas viviesen vida de gracia. Y quien se contenta con conocer y alabar aquella hazaña tan grande que el Señor hizo, y no la quiere imitar cuando conviene, muy engañado está, y no ha leído—o no lo quiere cumplir—lo que el Espíritu Santo dijo por boca del Apóstol San Juan (1 *Jn.*, 3): *Si Dios nuestro Señor puso por nosotros su vida, también nosotros debemos poner la nuestra por nuestros prójimos.*

Por tanto, señoras, esto os sea notorio, que si en vuestro corazón y estimación se enseñoreare más el amor de vuestro atavío, y aun de vuestra vida, que el de la vida del ánima del prójimo, bien podréis no estar en pecado mortal por no ser deshonestas, mas en pecado mortal estáis por no tener caridad, a la cual pertenece amar con orden, y lo mejor amarlo más. Vestida podréis ir mañana de preciosas vestiduras en la procesión; mas todas aquéllas o serán lana, o seda, o cosas semejantes, hechas de cosas terrenas. Mas de la vestidura de la caridad, por la cual poner en nosotros Cristo murió, y fué abierto su sagrado costado, y herido su sagrado Corazón con lanza cruel, para que viendo aquellas amorosas entrañas con que nos amó hasta la muerte, y muerte de cruz, le amásemos nosotros a Él y a los prójimos por amor dél, muy desnuda iréis mañana, y fea delante los ojos de aquel Señor, al cual ninguna cosa le parece bien si no hay caridad; y viendo que no lleváis ropa de boda, alanzaros ha de su soberano convite, y aunque vayáis presente a la fiesta, ayuna os tornaréis de ella.

No es palabra cristiana la que habéis dicho con la boca: «¿Qué tengo yo que ver si el otro peca o no peca?» Porque quien no tiene que ver con las ánimas, no se le dando nada que se pierdan o se ganen, no tiene que ver con este mundo, que Dios crió para mantenimiento y regalo del cuerpo del

hombre, y el cuerpo por amor del ánima, y el ánima para que se salve. Y menos tendrá que ver con la Encarnación del Hijo de Dios, ni con su santo Nacimiento, ni misterios de su niñez, ni con su santísima vida, ni con su preciosísima muerte, ni con todo lo demás que hizo después de resucitado, porque todo esto obró el amorosísimo Amador de las ánimas, Jesucristo nuestro Señor, para resucitar las ánimas muertas, y conservarlas en la vida de gracia, y después de gloria, que también para ellas aparejó. De manera, que quien no tiene en nada las ánimas, no tiene que ver con este mundo, ni con el cielo, ni con Dios nuestro Señor, ni con sus ángeles, ni con sus Santos, porque todos ellos trabajaron mucho por ellas, y las amaron entrañablemente; y no le resta sino tener que ver con los demonios, que las aborrecen y las inducen a pecar, y con el infierno, donde son castigados con fuegos eternos los que murieron con ánimas frías, por faltarles el dulcísimo fuego de la caridad. No os parezca, señoras, pesada la palabra de Dios, que dijo San Pablo (*Rom.*, 14): *Mirad que esta vuestra libertad no sea tropiezo para los flacos.* Otra vez os ruego, señoras, no os parezca cosa pesada dejaros atar de las dulces ataduras de la caridad, para no ataviaros de manera que los hombres flacos tropiecen en vuestro atavío; y como en aquel tiempo el prójimo flaco pecaba por no usar bien de su ciencia el que era letrado, se pierda ahora por vuestro atavío el hombre flaco, por el cual Jesucristo murió.

¿Hasta dónde era razón que penetrase esta palabra, *por el cual Jesucristo murió?* Hasta allí penetrara, hasta donde penetrare su amor; y para ser el que debe, ha de penetrar hasta lo más íntimo y principal de nuestro corazón, pues nos está mandado que le amemos *sobre todas las cosas.* Cristiano, pesa a tu pró imo con aqueste peso; *que murió Jesucristo por él,* y verás cuán justa cosa es que tú estimes en más que tu atavío al que Jesucristo estimó más que a su vida.

8.—*¡Cazadoras de almas!*

Están tan juntos Cristo y el prójimo, que dice San Pablo en las dichas palabras, *que pecando contra los prójimos, pecáis contra Cristo.* Porque, como dice la

Glosa, «ellos son miembros de Él»; y claro está, que quien corta una parte del cuerpo, a la cabeza y al cuerpo lastima, injuria y ofende. ¡Oh desdichado atavío, que mata el cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, y ofende a la Cabeza de hombres y a la Cabeza de ángeles! ¿Que gusto puedes hallar en cosa mezclada con tanta hiel? ¿Qué provecho tuyo con tan gran daño de Dios y del prójimo?

¡No comeré carne para siempre, por no escandalizarlo! ¡Oh qué mal hecho hacían aquéllos, por causa de comer de un manjar, escandalizar y hacer pecar al cristiano flaco, que estaba delante viendo los sabios, que por causa de aquello pecaban a su parecer! ¡Oh qué mal hecho hace la mujer sin temor de Dios que sabiendo que algún hombre flaco le está aficionado, según da las muestras de fuera, que parece que la codicia en su corazón, en lugar de dolerse ella del pecado del prójimo y de temer el propio peligro, se huelga de ello, y para acrecentar su locura se le atavía y se le pone delante!

¡Oh caza cruel, nunca vista, que sobrepuja a la crueldad de los tigres, tejer redes de atavíos, e irlas a tender delante de las personas que con razón se debe creer que han de caer en ellas! ¡Aderezas lazo, saeta y espada—que todo esto es el curioso atavío—para que de lejos o de cerca, puedas herir y derramar sangre de ánimas! ¿Qué corazón puede sufrir a hacer tan gran maldad y crueldad, pues que el corazón cristiano aun para oírlo y pensarlo no tiene fuerza? Ataviarte para que el ánima muera; echar miel en la ponzoña, para que con mayor seguridad sea bebida; llamar con el señuelo de tu hermosura y ojos halagüeños, para que por la vista entre la muerte al corazón; si esto no es crueldad sobre toda crueldad no sé cuál lo será.

Si quitar la vida al cuerpo místico de Jesucristo nuestro Señor no pone espanto de sólo oír, ¡no sé qué trueno bastará para te espantar! Las buenas obras que no son de precepto, se deben dilatar si el prójimo se escandaliza por ignorancia o flaqueza; los males que escandalizan, ¿por qué se deben hacer? No tengáis éste por pequeño mal, pues que el justo Juez, que ni engaña ni puede ser engañado, *en cuyas manos es terrible y muy espantable caer* (*Hebr.*, 10, 31), ha pronunciado sentencia sobre ello, diciendo: *Quien escandalizare uno de estos chiquitos que en*

Mí creen, conviene que le pongan una piedra de atahona en el cuello, y sea hundido hasta el profundo del mar. ¡Ay de aquel hombre por quien escándalo viene! (*Mt.*, 18, 6-7). ¡Oh cuán triste parecerá entonces la caza que ahora haces con la lozanía! ¡y cómo pagarás en la profundidad de los infiernos con grande peso, que ni te deje salir ni menear para siempre, la soltura que tuviste en querer con liviandad parecer bien al que te codiciaba!

Escrito está (*Rom.*, 1, 32): *Que no solamente los que hacen el mal son dignos de muerte, mas también los que lo consienten.* Y pues tú te huelgas de la culpa ajena y ayudas a cometerla, no te tengas por casta, pues te huelgas que otro no lo sea; y serás participante en su pena, pues tienes compañía en su culpa.

Y si decir bien de uno a un hombre que está tan apasionado contra él, que sabes tú que diciendo bien del tercero, aquel a quien lo dices le ha de querer mal, o deshonrar, o procurar de hacerle mal, es grave pecado tuyo, pues pones por tropiezo al que sabes que ha de caer; y si por hablar una mujer a su marido una palabra ociosa, sabe que el marido ha de blasfemar; y en otros muchos ejemplos semejables a éstos, en los cuales, aunque lo que yo digo o hago no sea malo, o livianamente malo (10), sé que otro ha de caer en pecado mortal, yo peco mortalmente, ¿cuánto más lo será en el caso presente, pues la hermosura y el atavío de la mujer son de sí mismos provocativos a que el hombre caiga en pecado? Que no en balde dijo el Espíritu Santo (*Eccli.*, 9, 9): *Por la hermosura de la mujer se han perdido muchos; y de ésta se enciende el mal deseo, así como fuego.*

Muchos, mirando con admiración la hermosura de la mujer ajena, se hicieron reprobados. Y en muy muchas partes de la Escritura amonesta el Espíritu Santo a los hombres que quiten los ojos de las mujeres como de cosa peligrosa y en que fácilmente podemos pecar. Y en decir la Escritura que son *muchos* los que por mirarlas *se han perdido*; y en conformar con esto la experiencia de varones pasados, aunque éstos sabios y fuertes, se sigue claramente que la faz de la mujer ataviada provoca de sí misma a ser codiciada. Y por esto es más cierto que peca; pues, según hemos

---

(10) *Livianamente malo:* levemente malo.

dicho, que diciendo una palabra que de sí no provoca a pecado, si por ella se sabe que otro ha de hacer pecado, es también ella pecado.

Y aunque el poner la mujer aqueste estropiezo a un hombre que es bueno y tiene propósito de no pecar, y sabe la mujer que poniéndosele delante, él con su flaqueza la ha de codiciar, será mayor y más claro el pecado; mas también lo es ponerse delante, sin alguna causa muy justa, al que sabe que ya la codicia, que tiene poco temor de Dios, que con pequeña ocasión codicia a quien tan bien le parece, mayormente ataviándose ella excesivamente, causando con un mal otro. Y cuando San Pablo (*Rom.*, 14) dice *que no coman los sabios aquellos manjares delante de los flacos, si saben que se han de escandalizar,* no hace diferencia si aquellos flacos estén en gracia o no, o sin pequeña o grande ocasión caerán en pecado, sino que se tenga cuenta con sobrellevar su flaqueza, y no darles causa para que caigan por ella.

Y por esto, y porque la mujer mal puede conocer si el que la ha de codiciar está en gracia o no está en gracia, o si para caer ha menester grande o pequeña ocasión, conviene huir, en cuanto pudiere, pequeña ocasión de salir ataviada curiosamente, para ser vista de persona que con razonables conjeturas puede creer que la ha de codiciar o codicia. Porque claro está, que si un prójimo está en pecado mortal, del cual yo le puedo sacar, soy obligado—si puedo—a impedir que no caiga en él, aunque yo ni dé causa, ni ocasión a que caiga en él. Porque el mandamiento de la caridad no sólo obliga a que yo no tenga parte en el pecado ajeno, mas a que lo impida en mi prójimo, en cuanto buenamente pudiere. Y está claro, que un buen cristiano no sólo le dolerá cuando él hace mal a otro, mas también si ve que un tercero le hace mal, y que un león le está cruelmente despedazando; y le impedirá, por las vías que buenamente pudiere. Y así la mujer que entiende que el hombre ha de pecar y caer en los dientes del león infernal por ocasión de ella, aunque ella no dé causa de su parte culpable, debe con mucha razón evitar aquel pecado en el prójimo. Como si supiera que aquel hombre había de codiciar a otra mujer, era obligado a lo impedir. si buenamente pudiera, aunque algo le hubiese de costar.

9.—*No eres del todo casta.*

Que esto tenga por cierto la mujer que no toma pena de que otro la codicie para mal—aunque ella no tenga culpa—, que su castidad no está limpia y cabal como debía estar. Porque la mujer del todo casta, por género de desdicha ha de tener ser mirada de ojos deshonestos, y codiciada de corazón deshonesto. Y así como si la echasen en un cieno, aunque fuese por fuerza, ella se tendría por agraviada, y aunque fuese una ropa suya le daría pena, así saber que su memoria anda en el corazón del hombre sucio, que se anda revolcando en deshonestos pensamientos con ella, le da y debe dar grande pena, y es cosa digna para hacerle derramar lágrimas, y rogar a Dios nuestro Señor que no lo permita.

De Lucrecia Romana, casada, se lee que aficionándose a ella un hombre principal vino a tanto mal el negocio, que hizo maldad con ella por fuerza, estando ausente el marido; el cual después de venido, y sin saber nada de lo que había pasado, ella se lo contó muy por extenso; y después de contado, se echó encima de una espada y se mató, con el gran sentimiento de que aunque forzada, había pasado tan mal negocio con ella. El cual hecho y muerte, aunque los historiadores romanos mucho lo alaban, mas no tienen en ello razón. Ahora consintiese ella en aquel mal, ahora no, hizo mal en matarse. Porque, como dice San Agustín, *si fué adúltera, ¿por qué la alaban? Si no tuvo culpa, ¿por qué se mató?* Mas aunque no contamos este hecho por bueno para que nadie lo imite; contámoslo para ejemplo de que se debe sentir una mujer casta destos acaecimientos, aunque no tenga culpa.

Y si os parece que aqueste caso, por haber llegado al cabo, es digno de sentir, mas el ser deshonestamente miradas o codiciadas, sin pasar adelante, no es de hacer caso de ello, traeros he otro ejemplo de aquella santa mujer Drusíada, casada y hermosa, discípula de San Juan Evangelista, que siendo codiciada de un mal hombre, enviándole él a decir su mala intención, lo sintió tan ásperamente, que a cabo de pocos días murió de aqueste dolor. No os maravilléis, señoras, desto; porque la verdadera castidad es cosa muy delicada, y muy estimada en los ojos de Dios; y cual-

quiera cosa, sabida o sospechada, de tomo o liviana, que en ella le toque, hace temblar a la casta mujer. Y considerando cuán mal puesta está su memoria en el corazón del mal hombre, y cómo de aquellos malos deseos suelen nacer malas obras, que unas veces causan infamia a las buenas mujeres, y otras veces llegan a más, no pueden dejar de temer malos sucesos, sabiendo los malos principios. Porque la mujer que no teme los peligros, presto llorará las caídas.

Y aunque a ella no le tocasen a peligro, duélele que se pierdan ánimas tropezando en ella. Y así Dios, aunque castiga culpados por su divina Justicia, procede con sentimiento de misericordia, que le diera pena, si recebirla pudiera. Y de aquí aprenden los buenos jueces de llorar primero con misericordia a los que han de castigar con justicia.

Y sobre todos tuvo este sentimiento Jesucristo nuestro Señor: que aunque su vida, doctrina y milagros fué tan nivelado con la voluntad de su Padre, y tan provocativo todo al bien de las ánimas, que no pudo más ser, y su pueblo con quien conversó, por su propia malicia y culpa volvió esto al revés, y no sólo no se aprovechó de cosas tan provechosas, mas tropezando en la luz más clara que el mediodía, desconoció, y negó y puso en cruz al Señor que le venía a salvar, por lo cual perdieron sus ánimas con la culpa, y fueron castigados por la divina Justicia con grandísimas penas; mas no le costó poco esto a Jesucristo nuestro Señor, pues sintió tanto el perderse aquellas ánimas y haber tropezado en Él, aunque por culpa dellos, que como dicen los santos, una de las causas que la noche de la Pasión hicieron a *su ánima triste hasta la muerte*, y sudar de su cuerpo gotas de sangre, fué la compasión de aquel pueblo, porque se les tornaba en olor de muerte el olor de vida que Él predicaba.

Y por no contar cada cosa en particular, entended que como el espíritu de Jesucristo nuestro Señor mueve al hombre a desear la honra de Dios y la salvación de las ánimas, y a emplearse él de muy buena gana en proseguir los medios que para ello convinieren, por fuerza es, que cuando ve lo contrario desto, que las ánimas se pierden, ahora sea por otras ocasiones, ahora porque tropiecen en ellos, no le consuela ni le enjuga las lágrimas el pensar: «Yo no tuve culpa en su perdición»; como ni tampoco una buena madre que ve muerto a su hijo, aunque le curó e hizo

por él todo lo que pudo, mayormente si murió por alguna medicina o cosa que la madre hiciese, aunque bien hecha y con buena intención, y sin culpa.

De esto debemos sacar, que si sabemos que otro ha de pecar por cosa que hagamos o digamos, mayormente si no es buena, huyamos con todas nuestras fuerzas de dar mal escándalo a la flaqueza del prójimo.

10.—*Soy amiga de galas, mas no a mala parte.*

Ya entiendo, señoras, que habrá muchas entre vosotras que estéis muy contentas, diciendo en vuestro corazón: «Gloria a Dios, que no me tocan a mí estas palabras; porque ni sé que hombre mal me codicie, ni yo lo quiero, ni plegue a Dios que tal haya. Verdad es, que soy amiga de galas, huélgome de me las poner para parecer bien, mas no a mala parte, ni quiero que nadie con tales ojos me mire.»

Yo también, señoras, doy gracias de que no deseéis ni os holguéis con muerte de ánimas. Mas, pues estamos aquí en presencia de Dios, delante del cual hay particular obligación de hablar verdad, decidme: ¿Tan pocos años ha que venisteis al mundo? ¿tan cerradas habéis tenido vuestras orejas a oír lo que en él pasa? ¿y tan ajenas estáis de las humanas pasiones, que nunca habéis oído ni sentido uán fáciles son los hombres para codiciar mujeres que bien les parecen, y cuán fuertes armas son para los vencer y matar los atavíos desordenados de las mujeres? Y esto no sólo ha acaecido en hombres de poco valor, mas, según la Escritura divina nos da testimonio, hombres fortísimos han sido muertos espiritualmente por ellas. Hay tantos ejemplos de aquéstos que han acaecido (11) y cada día acaecen, que ignorar esto es ignorar que hay sol en el cielo, y cosa que nadie, señoras, os creerá, si dijéredes que no lo sabéis; porque en cosa tan manifiesta, o la sabéis o tenéis obligación a saberla.

Pues siendo esto así, no estéis muy ufanas, porque no conocéis muy en particular que fulano o fulano os codicia, pues que tenéis obligación de saber que si vos vais vistosa, llena de galas e invenciones, ha de

(11) Judic., 16; 2 Reg., 11; 3 Reg., 11.

haber gente que os mire, y tras el mirar se ha de seguir el codiciar y pecar mortalmente. Y no veo mucha diferencia en que yendo por la calle os encuentre un hombre, que teniendo sospecha de él que os está aficionado, bebe la ponzoña que lleváis vos, y muere con ella, o que pongáis la ponzoña delante de mucha gente en lugar público, donde hay gente tan flaca, que mirándola ser hermosa en lo de fuera, les de codicia de la beber, y matéis con ella. ¿Qué se me da que vos no sepáis quién la bebe, si ella es de sí provocativa a matar, y vos la ponéis delante de gente que debéis creer que la beberá?

Y si agora no conocéis quién son los que mueren en su ánima por codiciaros, saberlo heis—¡y con harto dolor!—cuando el día de vuestra muerte seáis presentada delante del juicio de Dios, y seáis acusada de los mismos demonios que os incitaban a hacer la ponzoña, y os digan muy en particular quién y cuáles y cuántos fueron los que murieron por miraros y codiciaros. ¡Oh qué tristes nuevas os serán aquéllas, de ver muertas ánimas por lo que fácilmente pudiérades excusar! Mucho os debieron de costar los vestidos y joyas con que os engalanasteis, mas mucho más caro os costará aquel día haber derramado sangre de ánimas, por las cuales murió Jesucristo, Señor de todos. Y no os valdrá entonces decir delante del acatamiento de Dios lo que ahora libremente decís: «Yo, aunque me huelgo de ser vista, mas no de ser codiciada»; porque si los hombres os sabemos responder a esa fría disculpa, ¿cuánto más os responderá Dios?

Decidme, señoras: si vosotras no tenéis manos para refrenar vuestro propio corazón de ese tan desordenado apetito que de engalanaros tenéis, ¿cómo queréis tener mano en corazones ajenos y les queréis poner tasa: «Llegad hasta aquí, y no paséis adelante; mirad, mas no codiciéis»? Estáisos tres horas enteras tejiendo redes aparejadas, como dice la Escritura, *para cazar ánimas* (*Prov.*, 7, 10), y os desveláis por cuantos sentidos tenéis para hacerlas más sutiles y atractivas que podéis, y luego tendéislas muy bien tendidas, donde hay mucha copia de aves, las más de las cuales no tienen ejercicio de dar vuelo al cielo, pidiendo al Señor socorro para que los libre de vuestras redes; y aun los que dan este vuelo, por presto que lo hagan, se les pega algo de vuestros embarazos; ¿cómo decís: «No quiero cazar a nadie, sino que

se contenten con sólo mirar las redes que yo he tejido»?

Considerad la humana flaqueza en aquesta parte, y la fuerza que la faz de la mujer curiosamente ataviada tiene en el corazón de los hombres; y veréis que poneros en los ojos de ellos, y decir que os miren y no os codicien, es poner un jarro de agua fría muy fresca en un vaso transparente en tiempo de grande calor delante de muchos sedientos, y decir: «Contentáos con mirarlo, mas ninguno codicie el beber aquesta agua.» ¿Qué cosa se puede pensar más desatinada que aquésta? Poned a los niños la leche delante, y decidles: «Miradla, mas no la gustéis.» Y siendo, como San Jerónimo dice, «la faz de la mujer espada de fuego», daisle cuantos filos podéis, para que más fácilmente y más cruelmente mate las ánimas. Y como el niño, mirando el resplandor de las brasas, le da gana de las tomar, porque no conoce cuánto queman, habéis de saber, que así hay muchos hombres en edad y niños en virtud, que cuando ven la espada de vuestra faz resplandeciente, la codician gozar, sin entender que debajo de aquella faz apacible está muerte eterna. Señoras, no penséis que llevando en las manos un grande fuego, por más que digáis: «Quiero que lo miréis, mas que no os calentéis», no se ha de hacer lo que deseáis; sino que entre aquella muchedumbre de gente, unos codiciarán muy fácilmente, porque no tienen temor de Dios; y otros que temen a Dios, que son fuertes, recibirán golpe, y aunque con trabajo, escaparán de la muerte; y otros habrá, que aunque tengan virtud, será flaca, y trayendo sus ánimas vivas a la procesión, recibirán heridas mortales, mediante la vista de vuestro curioso atavío. ¡Oh dolor grande, si entenderlo sabéis, que mueran ánimas, porque toméis un poco de vano complacimiento, y que presto pasa!

Y no tengáis en poco este mal, de que haya hombres que os codicien, pues que por particular privilegio, como dice San Buenaventura, «fué concedida a la limpísima Virgen María Madre de Dios que no sólo hombre ninguno que la viese no la codiciase, mas que el verla obrase en ellos refrenamiento de sus apetitos, y les pegase castidad en los corazones». ¿Pues por qué, señoras, no desearéis vosotras que nadie os codicie? Y si decís que lo deseáis, ¿por qué hacéis obras contrarias? Pues que la lengua que dice lo uno es testi-

monio sospechoso, porque acostumbra a decir mentiras; y pruébasele; que hacer lo contrario es testimonio más verdadero. Sea, señoras, tal vuestro vestido, y traje, y meneo, y gravedad en el rostro, que todo dé testimonio que aborrecéis mucho de que nadie os mire con malos ojos, y de que lo procuraréis así con todas vuestras fuerzas.

¿Quién os ha hecho entender que las ánimas son de tan poco valor como aves del campo, que por tomar pasatiempo los hombres las cazan y matan? Preciosísima cosa son, y criadas a la imagen de la Santísima Trinidad; y una sola de ellas es más valerosa que todos los cuerpos del mundo criados y por criar, así por tener más excelente naturaleza, como por ser capaces de recibir gracia y gloria, y de poseer al mismo Dios que las crió. Y para que este valor a todos fuese manifiesto, salió el Verbo de Dios del escondido seno de su Padre, y tomando carne, padeció y murió en ella por la salud de las ánimas. Y pues sois, señoras, cristianas, por la misericordia de Dios, sentid de las cosas conforme al sentido de Jesucristo; estimad en mucho lo que Él estimó, pues que castigó su vida y su honra por el provecho de ellas, y le fueron enclavados los pies y las manos en su cruz. No os parezca a vosotras pesado enclavar vuestros apetitos con el amor de aqueste Señor, procurando el bien de las ánimas muy amadas de Él. Y este cuidado de no dañar ánimas, antes de las aprovechar, deseo ver puesto en vuestros corazones, y que de ellos saliesen las obras de vuestros honestos atavíos que los testificasen, porque seáis del bando de nuestro Señor, el cual dice (*Mt.*, 12): *El que no es conmigo, contra Mí es; y quien no coge conmigo, derrama.*

11.—*¡Ay de la oveja que hace cocos al lobo!*

Y no sólo debéis hacer esto por la caridad de los prójimos, mas también por la prudencia que debéis tener en lo que toca a vosotras mismas; la cual os enseñará, así por razón como por experiencia de muchas mujeres de muchas maneras, que les fuera mejor haber tenido rostros muy feos y atavíos muy pobres, que no, por haber tenido hermosura con atavío, haber provocado ojos de hombres para que las miren, y de allí a poco haber sucedido la perdición de ellas

y muerte de muchos, y destruimiento de pueblos y aun de reinos enteros, como acaeció a la desdichada Helena, por ser codiciada de Paris.

Yo no entiendo, señoras, cómo no advertís a esta verdad tan manifiesta; que anda más segura una oveja paciendo sencillamente su hierba, sin que los lobos anden por allí, que no que la cerquen y que la acometan, y sea como milagro escaparse de la conquista de ellos; y que con todo esto sea tan vana e imprudente, que esté haciendo cocos (12) a los lobos para que arremetan a ella. Señoras, ¿para qué? ¿para qué incitar a los hombres a que os miren? ¿Qué ganancia podéis sacar desto, que sea igual con los daños que de esto os pueden venir; pues están muy cercanos y muy a la mano?

Entended, por amor de Dios, que si nuestro Señor os ha dado hermosura en el rostro, que antes habéis de temerla que alegraros con ella, porque es cosa que ha menester mucho seso para regirla, sin que dañe a su dueño y a los otros; y no hay pequeña guerra entre la hermosura y la cordura, ni entre ella y la castidad (13). Y vivid con tanto recato, como quien trae fuego en las manos, o quema su roza en tiempo de grandes vientos, que ha de estar mirando y temblando no pase el fuego la raya, y queme las heredades de sus vecinos; o como los que traen la ballesta armada, que la enderezan hacia lo alto, porque como el soltar es cosa fácil, podría matar algún hombre.

Temed, temed, señoras, la hermosura del cuerpo, y gemid a nuestro Señor temiendo no se os haya dado para vuestro mal y en castigo de vuestros pecados. Y como las mujeres vanas procuran de acrecentarla, y manifestarla a los ojos de muchos, aguzando la espada para que con filos más agudos penetre, así vosotras procurad que esta espada no corte tanto, y en cuanto buenamente pudiéredes, escondeos de los ojos de los hombres. Y entended que la hermosura que Dios os dió fué para probaros en ella si amáis tanto vuestra vanidad, que por cumplir con ella ponéis en público vuestra hermosura, teniendo en poco el ajeno peligro y el vuestro, o si por hacer servicio al Se-

(12) *Haciendo cocos:* haciendo gestos y ademanes para *halagar.*

(13) Véase AUDI FILIA, c. 103.

ñor que os la dió, os priváis de aquel pasatiempo, y por no le ofender ni que otros le ofendan, os escondéis en cuanto buenamente podéis, no haciendo guerra al Señor con las armas que Él os dió, antes servicio.

Y aunque este cuidado debe traer la mujer a quien Dios hizo hermosa, y debe temer los peligros ya dichos, mucho más la que no se contenta con la medianía que Dios la dió, sino con artes gasta mucho cuidado [en] procurar alcanzar una cosa, la cual debía agradecer porque no se la dieron, y debería tener en poco si se la dieran, y aun rogar de buena gana con ella a sus vecinas. ¿Qué desatino es aquéste, procurar un vano aplacimiento a los ojos de los hombres, con peligro de ánimas ajenas y propia? Estas son con mucha razón reprendidas, y culpadas de los males que por su hermosura y curiosidad de atavíos vienen a otros y a ellas, pues con sus propias manos toman el peligro, y cometen una culpa, de la cual suceden otras culpas y daños. Y ruego yo a Dios que nos libre de todo pecado, aunque sea venial; y muy más particularmente de aquel que, aunque es *en sí* venial, se sigue de él que otras personas cometan pecados mortales.

12.—*Lo hago por amor del marido.*

Ni se engañe nadie, diciendo: «Hago estas cosas para hallar marido, que por aficionarse a mí, se case conmigo.» Porque muy más se aficionará un hombre —si es cuerdo— por oír de vos que sois tan encerrada, que aun las vecinas no saben decir si sois fea o hermosa, que no por veros andar en lo público y acá y acullá convidando a que os miren con mucha aparencia de vanidad; y pensará que también seréis callejera después de casada, como sois antes; y arrepentirse ha —y caberos ha a vos parte de su desabrimiento— de haber elegido mujer por hermosura, más que por la virtud.

Y si sois casada, y decís que por agradar a vuestro marido tomáis estos trabajos y peligros de atavío curioso, posible es que sea ello ansí; y si vuestro marido tiene de ello necesidad, bien hecho es; aunque tengo mucho temor, no se mezcle con la necesidad del marido la vanidad de vuestro corazón, a la cual naturalmente sois inclinadas.

Y algunas dicen que aunque los maridos no tengan esta necesidad, son amigos de que anden sus mujeres muy ataviadas. y que se lo mandan expresamente. A lo cual, señoras, os digo, que yo no creo tal mandamiento; o que no es hombre cuerdo el que lo manda. Porque lo que yo veo es, que cada uno quiere guardar bien su hacienda y dinero, y no se contenta con echar una llave, sino dos o tres, cuando teme peligro. Y quien pone tan buen recaudo en guardar el dinero, no es de creer que lo ponga malo en guardar su mujer. Y es cosa cierta que mientras más ataviada, más codiciada ha de ser; y que es dificultoso guardar lo que muchos codician. Por ventura os manda esto, porque entiende que vos lo deseáis, y que le daréis mucho desabrimiento si no os lo concede, y quiere evitarlo a trueco de esotro.

Mas ya que sea verdad que ellos lo manden por su voluntad propia, ¿por qué la buena mujer no procura de poner a su marido en razón, y quitarlo de aquese engaño? Sois presta en contradecirle en otras cosas que os dice, ¿y para esta que es dañosa sois muda? Yo pienso que si aquel cuidado, rodeos, quejas, desabrimientos y aun lágrimas, que ponen las mujeres vanas para alcanzar de sus maridos aquestas curiosidades—aunque ellos como cuerdos no las hayan gana—, pusiesen las mujeres buenas en alcanzar de ellos que no se lo mandasen traer, saldrían en esto con la suya, y vencerían a sus maridos con la razón, pues las otras con importunidades los traen a la sinrazón.

Y con todo esto, no sé cómo podamos creer que vuestro atavío es por contentar a vuestros maridos, y no a los extraños; pues que por experiencia se ve que donde ellos más os ven y os tratan, allí andáis menos ataviadas, y todo el atavío se guarda para cuando os tienen de mirar ojos extraños.

Negocio es éste de muchas marañas, y en el cual, por la mucha inclinación que, señoras, tenéis, os debéis sospechar a vosotras mismas, y no creer a vuestro corazón; y huyendo de vosotras y renunciando vuestro parecer y vuestro contentamiento, debéis aconsejaros con personas sabias y temerosas de Dios, que conozcan su santa voluntad, que os declaren cuál atavío llega a pecado mortal, cuál a venial, y cuál el que conviene a mujer cristiana; la cual, como dice el

Apóstol San Pablo (*Tit.*, 2), *profesa el servicio de Dios con ejercicio de buenas obras.*

13.—*Daños del lujo*

Y quien no se quisiere engañar en este negocio, no tenga cuenta tan solamente en los atavíos y gastos de cosas profanas, mirándolos a ellos por sí; mas considere los muchos males que de aquellos proceden, pues ponen a los hombres en tan grandes necesidades, que para las remediar hacen no pocos pecados mortales.

De aquí viene el no osar muchos hombres casarse; y los padres dejar de casar a sus hijas, y estar necesitados a dejarlas después de muertos en grandes peligros de su castidad, o viviendo, meterlas por fuerza en los monesterios con grande ofensa de Dios.

De aquí también viene padecer los hombres pobres necesidad, y aun perder la castidad muchas mujeres; y lo que peor de todo es, renegar de la fe muchos cristianos en tierra de moros.

Porque si se ha de cumplir con atavíos profanos de las personas, de sus camas, tapicerías, criados y casas, no sobra nada para remediar males de prójimos. Y el estar estos gastos en pie, es causa que también lo estén los males ya dichos, y otros que se pueden decir, y no todos; porque, a modo de decir. antes se podrán contar las arenas que hay en la mar, que los males que de aqueste mal, que parece liviano, proceden. Mas si, según doctrina del Evangelio (*Mt.*, 12, 33) *por los frutos se conoce el árbol*, todo cristiano debe maldecir y aborrecer, y por su parte destruir este árbol de excesivo atavío, aunque tenga aparencia muy fresca y hermosa, pues tantos daños para los hombres y tantas ofensas contra nuestro Señor de él proceden, como frutos perniciosos y pestilenciales.

Dicho os hemos, señoras, a algunas de vosotras que los habréis menester, cómo habéis de celebrar mañana la fiesta, no con vanidad de corazón ni precioso atavío, sino con devoción interior y atavío cristiano, si no queréis dar enojo al Señor, y ser castigadas por la Justicia divina. Plega a su misericordia os dé lumbre para lo entender, y gracia para bien lo cumplir

TRATADO 13

Segunda parte.

A LOS MANCEBOS.—A TODOS.

1.—*¡Miráis la Hostia con ojos lascivos!*

Tiempo es ya que demos doctrina a algunos mancebos que también irán mañana en la procesión, y Dios sabe cómo; aunque a la verdad, hay algunos que, yendo en ella, dan tales muestras, que aun a los que saben poco es cosa clara cuán lejos van en su corazón de aquel Señor a quien con el cuerpo van muy cercanos.

Mucha razón sería, señores, que si la mujer, como cosa inclinada a lozanía y a parecer bien, quisiese mañana ir cual no debe, y hacer plato de su faz a los vanos que la quisiesen mirar, que el hombre, como más perfecto en el entendimiento y virtud, no se fuese tras aquella vanidad; mas con el mirarla, la reprendiese, y diese ocasión a la mujer vana para tornar sobre sí, viendo que le salían en vano sus trabajos, pues ni le compraban sus mercaderías, ni aun la querían mirar con los ojos. Así se había de hacer, cierto, para celebrar al Señor fiesta agradable, yendo los hombres modestos y con profunda reverencia del celestial Rey que allí va, y que fuese tanta, que confundiese a las mujeres vanas, y las provocase a lo que es razón.

Mas si esto así se hace, vedlo vosotros, señores. ¿Con qué ojos miráis al Señor? Sábelo Dios y vosotros.

¡Oh gran dolor!, que no sólo os vais tras la vanidad de las mujeres vanas, pero aun las sobrepujáis; porque si ellas miran al Señor con ojos que salen de corazón vano, vosotros lo miráis con vista que sale de corazón malo.

¡Oh Señor, y quién hará creer a aquesta gente, que no todos ojos son para miraros a Vos, y que como es menester aparejo para bien recibiros, conviene que la vista con que habéis de ser visto, salga de corazón que tenga limpieza! Vos dijisteis (*Mt.*, 5, 8): *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* en el cielo. Y los ojos del cuerpo que para darle contentamiento a Él, en la tierra le han de mirar, de este limpio corazón han de salir.

Leed a San Dionisio y veréis que en el principio de la Iglesia, cuando habían dicho en el Oficio de la Misa la Epístola y Evangelio, y quería (1) el sacerdote comenzar el Prefacio, echaban fuera de la iglesia a tres maneras de personas. Unos, los que eran atormentados de los demonios, que llamaban *energúmenos;* otros, *catecúmenos,* porque estaban aprendiendo la doctrina cristiana para ser bautizados, la cual se enseñaba con más espacio y tiempo que ahora; y otros eran los cristianos bautizados *que hacían penitencia* en la iglesia por algún pecado mortal que hubiesen hecho, y que no la habían acabado. A todos éstos echaban fuera, como a indignos de estar presentes a la consagración del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y de mirarlo cuando el sacerdote lo alzase; y solamente quedaban en la iglesia, con licencia de poder mirar al Señor, aquellos que estaban dispuestos para comulgar.

Entonces se sentía bien la reverencia que se debe tener en mirar a este Señor que allí está encerrado, y que quiere ser mirado con *ojos* limpios, como *de paloma* (*Cant.*, 1, 14), que son los que (4, 9) *con su vista le hieren* de amor.

Y por aquello que entonces pasaba, podremos entender el gran desacato que ahora se le hace en mirarlo con ojos irreverentes, sucios y desacatados; y por cierto, no con corazón dispuesto para comulgar, como entonces se hacía; y—para decir la verdad—, ni aun dispuestos para confesar, ni aun para estar en la iglesia.

¡Oh grande confusión! ¡Oh cosa para que todos lloren, y para que las personas a quien toca la lloren y teman!; que no siendo entonces lícito mirar al Señor el cristiano que hacía penitencia de su pecado, aunque estuviese arrepentido de él, hasta que

(1) *Quería comenzar:* iba a comenzar.

del todo la hubiese acabado y satisfecho a Dios nuestro Señor por la ofensa contra Él cometida, y con esta penitencia y buenas obras estuviese dispuesto para comulgar; que pasen las cosas ahora tan al revés, que miren al Señor muchas personas desvergonzadamente, aunque hayan cometido no uno, mas muchos pecados mortales, no sólo sin haber acabado de hacer penitencia por ellos, mas—lo que peor es—sin haberla comenzado a hacer; y—lo que muy peor es—sin haberse arrepentido del pecado ni aun tener intención de hacer penitencia.

Pues si esta desvergüenza es tan calificada, que aun faltan palabras para declarar los grados de su malicia, ¿en qué lugar pondremos, cómo llamaremos al desacato de mañana, si en presencia del mismo Señor Dios nuestro vaya gente que, alzando los ojos a las ventanas, y mirando curiosamente la faz de las vanas mujeres, con aquellos mismos ojos que cebaron y *encarnaron* (2) en la criatura deshonestamente, se atreven a mirar al honestísimo Señor Jesucristo, Dios y Hombre, que allí va encerrado? Y si tras el mirar a la faz de la mujer se sigue codiciarla para mal con dañado consentimiento, esta ánima, ¿qué tales ojos tendrá? Este tal hombre ¿con qué mirará al Señor?

¿Acordáisos de los ojos con que miraban al Señor los que le iban a crucificar? (3); cuya vista era tan cruel y terrible que ponía espanto, y daba testimonio de la rabia y odio que en sus corazones tenían, no se hartando de todos los tormentos que pasaba el Señor, sino creciéndoles el maldito fuego del deseo de la venganza con los tormentos que el Señor padecía, como el fuego con echarle leña. ¡Malditos y *terribles ojos* eran aquéllos!

Y dirás tú: «No son los míos así.»

¡Oh dolor!, que aunque tus ojos parecen blandos, con que miras a las mujeres vanas, y las codicias con vista requebrada y halagüeña, si cotejas la pena que

(2) *Encarnaron.* La fuerza de esta palabra se entiende por estas otras: «Cuando amas el dinero está tu alma *endinerada*, y cuando amas a la mala mujer está *enmujerada. encarnizada.*» (Tratado 3.º, n. 3.)

(3) El oficio divino (feria VI *in Parasceve)* en el Responsorio que sigue a la Lección I habla de los *ojos terribles* de los verdugos de Cristo.

al Señor dieron tus pecados—y se la darían ahora, si Él la pudiese recibir—, con la pena que le daba el ser mirado con los ojos crueles de los que le querían mal, no tiene comparación la pena que le daba nuestra culpa con la que le daban las bofetadas, las espinas, los clavos y todo lo que padeció en su muerte. Porque por quitar nuestros pecados y la pena que le daban, se ofreció a tan dura pasión, como quien elige el menor trabajo por evitar el mayor.

Pues si el Señor fué tan cruel contra Sí, por ser a ti piadoso, y todo lo que hizo y sufrió daba testimonio del inmenso amor que en su Corazón tenía, ¿por qué tú quieres imitar a aquellos que declaraban en los ojos la malquerencia que le tenían en el corazón, mirando mañana de tal manera, que tus ojos dicen que arde en tu corazón el fuego de la mala concupiscencia, vedada por Dios, y más desabrida para Él que su sagrada muerte y Pasión? Cierto, era mucha razón que te despedazaran todo tu cuerpo a tormentos miembro por miembro, porque (4) en día de tal fiesta, y en tal lugar, y en la presencia misma de nuestro Señor, hicieras a Dios una ofensa. Era cosa muy debida que antes murieras dos mil muertes—pues Él murió por ti una que vale más que cien mil—, que no ofenderle como le ofendes. ¡Y cuánto más es tu culpa mayor en ofenderle, sin ponerte nadie el cuchillo a la garganta, sin darte tormento ninguno, y tan sin por qué, que con mucha razón se puede este Señor quejar mañana de ti y decirte (*Jn.*, 15, 24): *¡Sin causa ninguna me quisieron mal!*

Caín sacó al campo con apariencia de paz a Abel, su hermano, y le mató a traición (*Gen.*, 4, 8). Joab mató a Abner con palabras de paz (2 *Reg.*, 4, 27). Y Dios nuestro Señor dijo a Judas (*Lc.*, 22, 48): *Judas, ¿con un beso entregas a la muerte al Hijo de la Virgen?* Y así podrá el Señor decirte mañana: «Cristiano, ¿con vista blanda y señas de amor me vas ofendiendo, y te pierdes tú, perdiendo mi gracia, y me quitas a Mí la vida, que Yo tenía en tu ánima? Eras primero parte de mi Cuerpo místico; hácestе, por este deshonesto deseo, *miembro de la mala mujer* (1 *Cor.*, 6, 15) y de Satanás. ¿Por qué haces que mi muerte salga en balde, pues la pasé por traspa-

---

(4) *Porque;* el sentido es: «debías dejarte despedazar antes que ofender a Cristo en su presencia».

sarte del poderío de las tinieblas al Reino de mi claridad? *¿Qué te he hecho? ¿En qué te he sido molesto?* (*Mich.*, 6, 3). ¿Por qué tan desacatadamente me tratas, tan cruelmente me lastimas, y me das males por bienes?»

¡Oh Señor mío y Dios mío, cuán justa es vuestra queja! ¡Cuán grande nuestra culpa! ¡Cuán recio será el castigo del hombre que no quiso imitar a los once Apóstoles que acompañaban a nuestro Señor Jesucristo con corazón sencillo, casto y devoto, cual lo llevarán mañana muchos en la procesión, y quiso ser compañero de Judas, que acompañando al Señor con el cuerpo, tenía de Él muy lejos su corazón, y de otros muchos que tienen paz en la boca y muchas maldades en el corazón! Y finalmente, quiso ser compañero de los que llevaban al Señor a crucificar, y aun de los mismos demonios, cuyo intento principal es que sea Dios ofendido, y que en las fiestas diputadas para mayor servicio suyo, allí se le hagan mayores ofensas.

Los cielos y la tierra y cuanto Dios nuestro Señor ha criado, serán en el día del terrible y espantable juicio testigos de esta maldad, y dirán a voces que justamente merece ser prohibido de (5) la vista de Dios en el cielo quien con tanto desacato miró y codició lo que no debía en la tierra, matando su ánima por el pecado, y la vida que el Señor tenía en el corazón de él.

2.—*¡Sacrificáis almas en presencia de Cristo!*

¡Oh, cuán mal celebramos esta solemnísima procesión de esta Arca divina! ¡Cuán al revés le hacemos la honra, de la que le fué hecha por el real Profeta David y el rey Salomón su hijo, en las procesiones que con ella hicieron! El uno de los cuales hizo esta honra, que *de seis en seis pasos* (*2 Reg.*, 6, 13) que andaba el Arca de Dios nuestro Señor, mataban delante de ella muchos animales, ofreciéndolos en sacrificio y olor de suavidad al Señor; y en la procesión que el rey Salomón hizo con ella, crecióle la honra, y como era más rico, mandó matar delante

(5) *Prohibido de:* excluído de, privado de.

de ella *de bueyes veinte mil y tantos* (2 *Par.*, 7, 5; 5, 6) y *de otros animales,* que *era cosa sin cuento.*

Aquel sacrificio de animales mudos, aunque por sí mismo no era agradable a nuestro Señor Dios, mas éralo por la devoción y fe con que se hacía; y porque representaba la Pasión del Señor; y porque Él mandó que le fuese ofrecido, y recibía contento en que su santa voluntad fuese cumplida y obedecida, y galardonaba a los que aquellas obras hacían.

Mas decidme, cristianos, por caridad, ¿habéis oído decir que mandase el Señor que le matasen hombres delante de su Arca?

Diréis: «No, por cierto; porque al amador de los hombres y dador de la vida de ellos no le son agradables los matadores de hombres. Porque escrito está (*Ps.*, 5, 7): *Al varón de sangres y engañoso, el Señor lo aborrecerá.*»

Mas ya que eso no habéis oído, ¿por ventura sabéis si ha mandado que le maten ánimas delante su Arca?

Diréis que eso muy menos, y que cuan lejos está la alteza del cielo de la profundidad del infierno, tanto, y muy más, está del corazón del Señor querer muerte de ánimas, que se causa por el pecado. Nunca tal hemos oído, mas esto sí, que el Arca de Dios, Jesucristo nuestro Señor, murió en la cruz delante de mucha gente, porque las ánimas no muriesen en el acatamiento de Dios. ¿Cómo ha de mandar o se ha de holgar que le maten las ánimas en su presencia, pues es padre de ellas, criador y redentor y glorificador?

Y cuando la Escritura quiere dar a entender cuánto desagrada a los ojos de Dios *ofrecerle sacrificio de la hacienda que roban al pobre,* no halla otra cosa más fea con que la comparar, que con *sacrificar un hijo delante de su padre* (*Eccl.*, 34, 24). Cosa ajena es ésa de nuestro Señor, y muy propio del demonio y de sus servidores que adoran ídolos; los cuales matan o ven matar delante de sí a sus propios hijos, y sacándolos los corazones, y así ensangrentados, untan con ellos los bezos (6) del ídolo; de lo cual el demonio que en ellos mora, recibe gran contentamiento, de ver que tal crueldad hagan los hombres para honra de él y mal de ellos, como quien los abo-

(6) *Bezo:* labio.

rrece de corazón, y les desea todo mal que les pueda venir. Eso hemos oído (7); mas de nuestro Señor en ninguna manera, mas todo lo contrario de aquesto.

Pues tened por cierto, que cuanto esta verdad es más cierta, y el Señor más amador de las ánimas, y que no sólo no ha mandado que se las maten, mas halo vedado, tanto nuestra culpa es mayor, y nuestro dolor es más justo.

¡Oh benditísimo Señor! ¿Vos no sois nuestro Padre que nos criasteis con el poder de vuestra Divinidad, y nos redimisteis con vuestras humanas flaquezas; y también sois nuestra Madre, que con grandes gemidos nos paristeis en la cruz; y fueron tan grandes los dolores de vuestro parir, que porque nosotros quedásemos vivos, quedasteis Vos muerto? Pues siendo Vos nuestro Padre y Madre, ¿quién tiene corazón tan cruel para matar a vuestros hijos? ¿Quién, Señor, os ha hecho a Vos, o quiere hacer, semejable al demonio y su ídolo, pensando que recibís Vos alegría en fiestas donde la mujer vana, con el fuego que resulta de su acicalada cara, penetra el corazón del mancebo descuidado, y le saca de seso, y por mal consentimiento muere su ánima, y ofrece su corazón al demonio, quejándoos Vos mucho, mi Dios y mi Señor, por Isaías (40, 18; 46, 5), diciendo: *Di, ¿a quién me hiciste semejable? ¿con quién me igualaste y comparaste?* Quien, Señor, piensa que tal cosa os agrada, muy mal siente de Vos; ciertamente es hereje, pues contradice a la fe, la cual nos enseña que el malo y la maldad son aborrecibles a Dios. Y si creen que los pecados y muerte de ánimas os dan tanto enojo, y mucho mayor que darían a un padre matándole a su hijo delante sus ojos, díganmelo los que tan mal celebran vuestra procesión: ¿por qué a sabiendas, y en el día de vuestra alegría hacen cosa con que tanto os enojan y ofenden?

Cristiano, ¿por qué, celebrando el fruto de la Pasión de nuestro redentor Jesucristo, que es remisión de pecados, vuelves esta fiesta tan al revés, que haces cosas contrarias a ella, que son los pecados?

Mas, ¿quién contará cuántos son? ¡Oh válame Dios! Si cuantos malos deseos de hombres a muje-

---

(7) El autor alude tal vez a los sacrificios humanos que ofrecían a sus ídolos los indios de Nueva España y de otras regiones de América.

res y de mujeres a hombres se cometen en la procesión, mediante el mirarse; si cuantas rencillas y malquerencias, por llevar el más honrado lugar, o por otras ocasiones livianas que suelen acaecer en aquestas juntas; si cuantas dejarán de oír Misa mañana, pudiéndola oír, con otras muchas desobediencias que se cometerán contra los mandamientos de Dios nuestro Señor y de la Iglesia, tantos pecados mortales serán los que mañana se hacen, miedo me tengo que morirán ánimas delante la presencia de aquesta Arca divina, más a menudo que *de seis en seis pasos,* que era el término en el cual mataban animales en la procesión del Arca pasada; y mucho temo que son tantas, que no tienen cuento, como los animales que mataron delante el Arca en tiempo del rey Salomón.

3.—*¡Oh día del Corpus Christi!*

¡Oh día del *Corpus Christi,* instituído para honra de Dios nuestro Señor, y para espiritual alegría y aprovechamiento de los fieles! ¡Quién te ha vuelto tan al revés, que te ha hecho día de muerte de ánimas, de guerra cruel contra ellas, que de muertas o heridas no hay cuento! Hízote nuestro Señor Dios convite para darte espiritual vida con ese pan que vino del cielo, y haste tornado banquete de ponzoña con que las ánimas mueren. Y lo que fué ordenado para alegrar a los ángeles y para tristeza de los demonios, has tornado tan al contrario, que se regocijan los enemigos con la mucha ganancia de ánimas, y los ángeles, y el Señor de los ángeles que allí va acompañado de ellos, llorarían si pudiesen llorar, porque se pierden las ánimas que con el precio de su preciosísima sangre Él compró.

¡Oh fiestas, tan falsamente dichas fiestas para los que de esta manera las celebran, y que con más justa razón serían llamadas para ellos días de muerte, pues que con miserable descuido mueren en ellas, y muerte de ánima!

¡Desdicha grande de tiempos, tan faltos de temor de Dios y amor de virtud, que no hay junta de hombres, sin que haya contenciones (8), rencillas, mal-

(8) *Contenciones:* contiendas.

querencias, y algunas veces llegan a muerte; y cuando se juntan mujeres y hombres, se han de hacer o codiciar tales cosas, que salga el diablo con mucha ganancia, y Jesucristo nuestro Señor con mucha pérdida, sin que se tenga respeto a santidad de fiesta, ni a la Iglesia, ni a la misma presencia de Dios!

Dadme, Señor mío, licencia para que os pregunte: ¿Quién os metió entre tal gente, que tan mal os sabe servir, y tan desacatadamente os trata, y atrevidamente os ofende? Señor, mirando el amoroso Corazón con que Vos vais en la procesión, deseando el bien de todos, y holgándoos de haber muerto por ellos, y determinado de—si menester fuera—pasar otra vez por ellos lo que primero padecisteis; y por otra parte, mirando el corazón de éstos, con que os van acompañando, tan irreverentemente desagradecidos, despreciadores de vuestros mandamientos, y que tienen en más el pecado que a Vos; si no fuese porque Vos sabéis todas las cosas, yo os diría que vais engañado entre aquesta gente, y vendido como de Judas, y que debajo de alegrías y reverencias exteriores, os dan bofetadas, y os ponen espinas, y os hieren con caña, como lo hicieron los soldados en casa de Pilato, y os dan a beber hiel y vinagre, como en el monte Calvario. Allí, Señor, la malquerencia y deshonra era en descubierto; no os creían, no os amaban; así, concordaban las obras de fuera con lo de dentro del corazón. Mas creer, Señor, que Vos vais allí, y que sois Dios y hombre, y no hacer caso de vuestra presencia, ni darse nada por ofenderos, y llevando corazones vacíos de vuestro amor verdadero, y llenos de desobediencia, ir con Vos en lo de fuera y cantaros y acompañaros y bailar delante de Vos, matando sus propias ánimas, renovando vuestra pasión, espantable cosa es de oír, lastimera de ver, y que con muy justa causa debe causar amargo sentimiento en el corazón de quien bien os quiere.

Plega a Dios, que haya quien esto sienta y entienda. Porque ya que el Señor, por su infinita misericordia y admirable paciencia, disimula sus injurias, aunque le sean hechas en su propia presencia, y va mañana como en el tiempo de su Pasión, despreciado, hollado y ofendido, y no quejándose, como un manso cordero que no abre la boca, no es razón que seamos nosotros tan desagradecidos y desamora-

dos, que dejemos de sentir su deshonra y llorar sus ofensas.

Cosa digna de consideración es, que yendo el Señor en el día de su Pasión entre tanta gente, a muchos que les había sanado sus enfermedades, alumbrando ciegos, levantando cojos, limpiando leprosos y habiendo hecho diversos bienes a cuerpos y ánimas, que ninguno de aquéllos osasen tornar por Él, ni aun hablar una sola palabra. Y por ventura pasará lo mismo en la procesión de mañana, que no habrá quien torne ni sienta los desacatos de este Señor, como si ninguno hubiese recibido bienes de su larguísima mano, ni halle quien le consuele a la diestra ni a la siniestra (*Ps.*, 141).

¡Oh! qué mala señal ver cumplido en nuestros días lo que dijo el Señor (*Lc.*, 18, 8): *¿Piensas, cuando venga el Hijo de la Virgen, que hallará fe en la tierra?* Veislo aquí por nuestros pecados cumplido. De lo que podréis tomar conjetura que estamos en los días postreros, cercanos al gran juicio de Dios. Porque si de la *fe católica* lo queréis entender (9), ya veis la mucha gente que por diversas herejías en nuestros tiempos ha perdido la fe. Si lo queréis entender de la *fe amorosa* y lealtad obediente que se debe tener con nuestro Señor, mirad cuántas ofensas le son hechas cada día en el mundo, y cuán pocos hay que se pongan a las estorbar, aunque puedan, y que giman sobre las abominaciones que se hacen en Jerusalén (*Jer.*, 1). Y por lo uno y por lo otro entenderéis que no hay lealtad para con Dios en la tierra, como dijo Dios nuestro Señor.

4.—*Deber de las autoridades.*

Mas no por esto entienda el cristiano que, siendo persona particular, ha de ir a reprender públicamente al que fuere desacatado en la procesión del Señor, movido *por el celo de Dios, y no según ciencia* (*Rom.*, 10, 2). Porque allende de que este oficio no es suyo, hallará por experiencia que antes se empeora el corregido que no que se enmiende. Porque la desvergüenza de nuestros tiempos ha llegado a tanto col-

(9) *Lo queréis entender;* se refiere al dicho de Cristo *que no hallará fe en la tierra.*

mo de mal, que siendo los hombres sueltos para ofender a Dios, son muy enemigos de ser corregidos, y no quieren entender que la verdad y justa reprensión, por cualquier boca que sea dicha, es del Espíritu Santo.

Cosa es de temer que si un cura o un sacerdote reprende, aunque sea con mucha razón, a algún hombre—cuanto más si es honrado—, cuán mal recibida es la reprensión, cuán pagada en decir mal de quien le reprendió, y con darle a entender que ni le tiene en nada ni ha de ser corregido de él.

Mucho temor me da ver aquesto; porque el desprecio de personas eclesiásticas, y el hablar con libertad en sus vidas, fueron los medios para que el perverso Lutero fuese quien fué, y de medios semejantes, fines semejables se deben temer.

Y por esto tiene más obligación un juez secular, o un Obispo, o persona que tenga autoridad para corregir a los tales mañana, cuanto menos mano tienen en ello los que no lo son.

Y cosa digna sería de rey cristiano y celador de la honra de Dios, que para que la fiesta de mañana fuese para hacerle servicio, y no para irritarle con nuevas ofensas, entre los capítulos de buena gobernación que dan a sus Corregidores, fuese uno—y muy principal—que tal día como mañana, ni hubiese curiosidad (10) en atavíos de mujeres, ni deshonesto mirar en los hombres, y proveer que las ventanas no estuviesen echando de sí pestilencia (11) con ponerles algún paño delante o dar otro medio con que las mujeres puedan ver y no ser vistas.

Evítese todo paseo en la fiesta (12); y antes de la fiesta no ande hombre a caballo por las calles que ha de andar el Señor. Y todo, sin faltar nada, se ordene de tal manera que ninguna cosa haya que pueda nublar la santa alegría de aquesta fiesta, ni que pueda descontentar al omnipotente Señor para quien se celebra.

---

(10) *Curiosidad:* primor, esmero.
(11) *Pestilencia:* así clasifica la liviandad femenil.
(12) *En la fiesta:* durante la procesión.

5.—*Temamos no se vaya Cristo.*

Porque si, en lugar de la *santificación* que nos pide, le damos profanidad, y en lugar de servicios, enojos, teniéndole en poco los unos y disimulando los otros, temor tengo que este Señor, que sabe cuán justamente se le debe honra y servicio, y cuán mal se le paga, aunque ahora va callando como cordero para provocarnos a penitencia y a enmienda con su benignidad, si nosotros tomamos ocasión para más pecar y tenerle en menos por su mucho callar, tornarse ha, cierto, de manso Cordero en bravo León, y dirá lo que muchos días ha que prometió en Isaías (42, 14). *Siempre callé; sufrido he; mas yo hablaré como mujer que tiene dolores de parto.*

¡Oh qué voces dará este Señor, terribles como bramidos de fuerte y airado león, contra aquellos que en el día de su honra le ofenden, y contra los que tienen por oficio de reprender a los tales, y callan!

Oíd el recio bramido del fuerte León de Judá, cuyas palabras son éstas: *Yo quitaré el seto a mi viña, y será robada; yo destruiré su cerca, y será hollada, y la haré que quede desierta* (*Is.*, 5, 6).

¡Válame Dios, oh Señor benditísimo! ¿y podréis Vos con vuestras piadosas entrañas castigar tan recio a los que celebran vuestras fiestas con tantas alegrías y regocijos? ¿Que tendréis Corazón para quitar de vuestro pueblo el muro de vuestro amparo, y enviar infieles que roben y huellen vuestra viña, y quedar marchita sin hoja ni sin fruto? ¿Que podréis acabarlo con Vos?

Responde el Señor por Jeremías, hablando con Jerusalén, y amonestándole que haga penitencia de sus pecados; y que viviendo mal, no confíen en tener entre sí el Arca del Señor en el templo (*Jer.*, 5, 12-14). Porque así como la sacó de la ciudad de Siloé, donde primero estaba, porque no la tenían con el acatamiento debido, y la mandó pasar a Jerusalén para que allí fuese honrada, así les decía, que si la trataban con poca reverencia como en Siloé, que también se la quitaría de en medio de ellos, como de los otros. Y como el Señor lo amenazó, así se cumplió; porque por los pecados de Jerusalén la ciudad fué destruída, y el Arca del Señor quitada de allí, porque no escarmentaron en ajena cabeza.

¡Mas ay dolor! que ni Jerusalén escarmentó en Siloé, ni los cristianos en una ni en otra; y siendo nuestra divina Arca más preciosa, sin comparación, que la otra, y que pide mayor honra, y que perderla nos será más dañoso, hay muchas tierras a las cuales el Señor se la ha quitado en castigo de sus pecados. «Id a Siloé», dice el Señor; «id a Jerusalén», os digo yo ahora, y hallaréis que ni el Arca del Señor está en una ni en otra.

Y si os parecen estos ejemplos ya viejos, y que os mueven poco, porque ha mucho que son pasados, id a Constantinopla, a Rodas y a Grecia; id a muchas ciudades y villas de Alemania (13) donde celebraban esta procesión como nosotros, y preguntad: «¿Hay mañana procesión aquí? ¿Hay música, hay bailes y danzas en honra del Cuerpo de nuestro Señor?» Y veréis que no la hay, ni memoria de ella; porque unos han perdido la fe de aqueste divino Misterio, y aunque puedan, no quieren celebrar esta fiesta, y este castigo es mayor; y otros desean, y no pueden, por estar enseñoreados de infieles, habiéndoles quitado el Señor la posibilidad por su justo juicio, por sus pecados, y porque celebraban mal sus santísimas fiestas.

¡Oh qué recio juicio, Señor, no querer recibir de vuestros cristianos las honras y regocijos que tal día como mañana se os dan, y habéis hecho que la alegría se torne en tristeza, y los cantares en lágrimas! ¿Por qué, Señor benditísimo, habéis echado de vuestro acatamiento vuestra santa festividad, instituída por el Espíritu Santo, y galardonada con muchas indulgencias concedidas por el santo Concilio [de Viena] a los que os honrasen en ellas?

«Engañados estáis—nos responderá el Señor—; yo no desecho mis fiestas, no destruyo mis obras, antes las conservo y las perfecciono; y riego lo que he plantado, y mantengo lo que he criado; y si las manos de los hombres no deshiciesen y tornasen al revés mis obras, que de sí son hermosas y buenas, ni tendría yo por qué castigar, ni vosotros por qué llorar, y mis fiestas serían durables, y vuestros sucesos bienaventurados.

---

(13) El peligro turco y el peligro protestante eran las dos preocupaciones de los españoles en tiempo del Maestro Avila.

»Mas decidme, ¿por qué llamáis fiesta mía al día que, no teniendo cuenta con mi contentamiento, lo empleáis vosotros en comer más, en vestir más, y en ser más derramados y más deshonestos?

»En Isaías (58, 5-7) tengo dicho que no recibo yo por ayuno mío, ni agradable a mí, aunque ande uno afligido con hambre, y tan grande hambre, que de flaqueza no pueda tener su cabeza enhiesta, sin que se le acorbe, y aunque ande vestido de cilicio, y se eche en ceniza, si con hacer estas cosas, que de sí son buenas, en el día de tal ayuno usa de crueldad con sus prójimos y le falta misericordia con ellos. Y desechando yo estas tales fiestas, y no tenerlas por mías, ¿recibiré por fiesta mía el día en que estáis muy hartos, y traéis con liviandad las cabezas muy levantadas, y en lugar del cilicio de l ceniza, traéis preciosos vestidos, hechos con toda la curiosidad que han podido inventar las personas vanas, que carecen de mi temor y tienen cuenta con el contentamiento del mundo?»

Cuando ayunasteis, para vosotros ayunasteis; y cuando comisteis, para vosotros comisteis, y no para Mí, dice el Señor (*Zach.*, 7, 5-6). Y eso mismo nos dirá ahora si le preguntáremos por qué ha desechado sus fiestas. «Para vosotros bailasteis y cantasteis comisteis y bebisteis, y os ataviasteis y holgasteis, que no para Mí.»

Tiene el Señor mucha razón. Desengáñense todos; sepan que, sin puridad de conciencia, sin reverencia al Señor, sin honestidad de dentro y de fuera, ninguna música, ningún regocijo ni honra agrada a sus ojos, antes le da en rostro, y dice: «No recibiré el olor de vuestros sacrificios; quitadme allá la concordancia de música, que no quiero oír los cantares de vuestra vihuela.» Dios espíritu es, y aunque tomó cuerpo, así como lo principal de Él es su divinidad, la cual es espíritu, así el principal servicio que pide, en espíritu ha de ser, porque tales adoradores quiere, como dice en el Evangelio (*Jn.*, 4, 24) *que le adoren en espíritu y en verdad.*

Mas no en espíritu solo, porque Dios [Hombre] no tiene espíritu sólo. Juntemos el servicio corporal de fuera con el espíritual de dentro, y habremos cumplido con lo que nos pide, y será bueno lo uno y lo otro; y entonces le ofreceremos servicio conforme a Él, y le agradarán nuestras festividades, y las lla-

mará suyas, y las tendrá por tales, y nos defenderá de nuestros enemigos, para que alegres con la paz y señorío (14) cristiano, celebremos hasta el fin del mundo sus santas festividades, y estaremos sin temor de que venga sobre nos el recio castigo de quitarnos el Señor la fe de este divino Sacramento o sus fiestas, como lo ha hecho en otras partes, según hemos dicho.

6.—*Santificaos para mañana.*

Suene, pues, en nuestras orejas una y muchas veces, y suene más en nuestros corazones esta palabra divina, dicha por boca de Josué: *Santificaos, que el Señor hará mañana maravillas entre vosotros. Descalcemos nuestros zapatos*—que son el humano sentido y afecciones de carne y de tierra—, porque el Señor, en cuya compañía vamos, y *la tierra* por donde pasa, *santo es* (*Ex.*, 3, 5); y para tratar con Él no basta menos que sentido de fe, que es sobrehumano, y limpieza de ánima, purificada de las afecciones mundanas con amor celestial.

Y si para oír en el aire, en el monte Sinaí, voces formadas por ministerio de ángeles, manda Dios que *se santifique el pueblo un día y otro, y laven sus vestiduras, y estén aparejados para el día tercero* (*Ex.*, 19, 10, 11), mucha más razón es que nosotros para ir con el Señor en su procesión *nos santifiquemos* cuatro días antes; que quiere decir que estemos limpios de obras de carne, aunque sea entre casados. Porque si para tratar con el Señor *en la oración*, que es trato más de lejos, aconseja San Pablo (1 *Cor.*, 7, 5) que no se junten los casados en uno, porque el lodo y la bajeza de la carne no impida la elevación del ánima que se requiere para orar al Señor, ¿cuánto más será cosa conveniente esta limpieza para acompañar y tratar a este limpísimo Señor y amador de la limpieza?

A aquéllos fué mandado que lavasen *sus vestiduras;* lavemos nosotros las manchas de nuestras ánimas con amargas lágrimas de contrición, por humilde y verdadera confesión y condigna satisfacción, entendiendo en esto y en otras buenas obras los cua-

(14) *Señorío:* dominio, gobierno, estado.

tro días que hay desde el domingo pasado hasta el fin de hoy, como el santo Concilio [de Viena] (15) nos lo amonesta, para que así aparejados, purificados y ataviados, ocurramos, no a Angel que nos ha de hablar, sino al Señor de los Angeles que nos ha de llevar en su compañía.

Y si para ver las maravillas de Dios en el río Jordán, mandó Dios que *se santificase* su pueblo, por lo cual se entiende la limpieza de carne, la elevación del ánima en Dios, el orar y velar aquella noche para dignamente ver el paso del Arca, que hizo secar el río Jordán, ¿con cuánta más razón debemos nosotros hacer esto, para ver mañana en la procesión [a] este Señor que con su tránsito, que fué su muerte, secó el torrente de nuestros pecados, e hizo que nuestros corazones, que en sí mismos van hacia abajo como agua de río, se tornen hacia atrás, y despreciando lo del suelo, amen a Dios y busquen los bienes eternos?

Esta noche santa es, no es de dormir, o [es] de poco dormir, mas de oraciones devotas, estando deseando la venida de la mañana para gozar de la buena vista de aqueste Señor que quiere pasear nuestras calles.

7.—*Reverencia en la procesión.*

Mas habéis de estar avisados—que va mucho en ello—que aunque os parezca que habéis hecho lo que según vuestra flaqueza sois obligados para os aparejar a ir en la procesión y compañía de este Señor, no por eso os ensoberbezcáis, y vayáis con poca reverencia en la procesión. Porque aunque los que pasaron el río Jordán iban *santificados*, como Dios lo mandó, mas no por eso les fué dada licencia para que fuesen cerca del Arça, sino lejos; y no como quiera, pues mandó Dios que su Arca fuese delante, y el pueblo la siguiese sin llegar a ella, *por espacio de dos mil codos enteros* (*Jos.*, 3, 4). En lo cual veréis la grandísima dignación de Dios con su pueblo cristiano, que mandando que los de aquel pueblo pasado

(15) Viena de Francia. El Concilio se celebró en el pontificado de Clemente V, años 1311-1312. (Véase Tratados 2 y 18.)

fuesen tan lejos del Arca como os he dicho, nos da licencia a nosotros, que vayamos en una calle juntos con Él, y algunos tan cerca, que no hay entre ellos cinco pasos enteros.

¿Qué novedad es ésta, Señor? Allí: «Apartaos de mi Arca tan lejos.» Aquí: «Allegaos a Mí, y muy cerca.» Ciertamente, es hacernos mayores mercedes, y por consiguiente, obligarnos a mayores servicios; y advertirnos que no es razón que, por ser el Señor más humilde con nosotros sus siervos, le tengamos nosotros en menos a Él; y que su inefable llaneza de conversación no cause en nosotros desprecio, sino mayor reverencia. *Hermanos, santificad a Cristo*—dice San Pedro (1 *Petr.*, 3, 15)—; y esto sea—dice Isaías (8, 13)—, según hemos dicho, *temiendo y temblando* de tu grande indignidad, para ir con un Señor del cual *tiemblan los poderes del cielo, y las estrellas no son limpias en su acatamiento divino* (*Job*, 25, 5).

¿Qué harás, cristiano, mañana en la presencia de tan alto Señor? ¿Cómo has de cumplir con su benignidad, que te convida a ir cerca de Él, y con tu amor que lo desea? ¿Y cómo cumplirás con la reverencia que se le debe, que justamente te obliga a ir lejos de Él?

En grande aprieto estuvo San Pedro cuando se vió en una nao con el Señor, por haberle visto hacer el milagro de que, echando la red *en la palabra* de Dios, se pescaron muchos peces, donde no los había primero; y teniéndose por indigno de estar en la compañía de Él, dijo con profundad humildad (*Lc.*, 5, 8): *Señor, apártate de mí, que soy hombre pecador.*

Siente tú lo mismo mañana; espántate y di: «Señor, ¡que vamos juntos vuestra Alteza infinita, y el abismo de mi poquedad! Señor, ¿qué merced no merecida ni vista es aquésta? Yo os confieso, que no sólo merezco estar lejos de Vos los *dos mil codos* que antes mandábades, más dos mil leguas y doscientos mil; porque vuestro lugar es el cielo, por ser vuestro por muy justos títulos, y el mío es el infierno, que yo justamente merezco por mis pecados.

¿Quién juntó en uno tanta alteza con tanta bajeza, al Criador con la criatura, luz con tinieblas, verdad con mentira, y finalmente, una Bondad infinita, con un abismo de nada y de maldad?»

Abaja, hermano, tus ojos, y di: «Señor, sed manso conmigo, dadme gracia para que sepa conocer y

agradecer esta merced, no atribuyéndola a mí, sino a Vos, cuya es la gloria.»

8.—*Mirando la sagrada Hostia.*

Después de te haber humillado, y abajado tus ojos con el publicano arrepentido (*Lc.*, 18, 13) toma confianza cristiana para los alzar al Señor, y dile con muy firme fe: «Yo creo, Señor, que *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo*», como dijo San Pedro (*Mt.*, 16, 16); y dile con todas tus entrañas: «Gracias te hago, Señor, porque derramaste tu Sangre, y perdiste tu vida por mí.

»También, Señor, te bendigo, y particularmente te agradezco, que por tu gran caridad te quisiste quedar con nosotros en manjar para vida, y en defensa de nuestros peligros, y en remedio cumplido de todas nuestras necesidades. Dadnos a todos gracia, Señor, que correspondamos con los servicios debidos a tan grandes mercedes.

»Da lumbre de fe a los infieles para que conozcan a Ti, Criador y Bienhechor suyo.

»Enciende tu amor en nosotros; haznos de *un ánima* y de un *corazón* (*Act.*, 4, 32); haznos humildes; danos tu paz, y destierra de nos todo pecado; y haz que todos te sirvan y ninguno te ofenda; y recibe en tu amparo y servicio mi cuerpo y mi ánima y todas mis cosas, que a tu grande bondad encomiendo y ofrezco en perpetuo sacrificio, para que, desde ahora para siempre jamás, se haga en mí y en ellas tu santo contentamiento, para perpetua honra de tu Majestad infinita.»

Y dicho esto, torna a abajar tus ojos con humildad y dile: «Señor, el Patriarca Abraham se hallaba indigno de hablar con un ángel, y se tenía por *polvo y ceniza* (*Gen.*, 18, 27) en su acatamiento. El santo Moisés *abajaba su faz, y no osaba mirar hacia la zarza* (*Ex.*, 3, 6), en la cual estaba un ángel que representaba al Señor. Yo soy más indigno que aquéllos; Vos sois criador y Señor de los ángeles; ¿cómo me atrevo a hablar con Vos, y a miraros, no mereciendo que la tierra me sufra? Suplícoos, Señor, que Vos, que sois Autor de esta merced, me enseñéis cómo tengo de usar de ella, y que templéis mi corazón y

mis ojos, para que ni el amor me haga atrevido, ni mi indignidad pusilánime.»

Y acuérdate, cristiano, que las aguas del mar Bermejo dice David que miraron al Señor (*Ps.*, 76, 17): *Miráronlo, y temiéronle, y fueron conturbados sus abismos;* y procura tú que, si las aguas insensibles del mar Bermejo, por el respeto que tuvieron a Dios como a su criador, se atemorizaron en su modo, y lo más profundo de ellas se movió de su lugar, e hizo camino enjuto y sólido para que el pueblo de Dios pasase, obedeciendo en esto a la voluntad del Señor, tú que eres hombre y cristiano, mirando al Señor, no sufras que tu corazón se quede en su propio lugar, mas que hasta lo más dentro de él penetre la saeta del amor y temor de aqueste Señor, al cual con tus ojos miras, para que de ahí nazca morir al que eras, y te mudes *en otro varón* (1 *Reg.*, 10, 6) que viva a la voluntad de Cristo.

Y particularmente te encomiendo que, si desde que te confesaste acá, por tu gran desdicha has cometido algún pecado mortal, y no te has arrepentido de él, que el mirar al Señor te mueva tan de verdad tu corazón, que entrañablemente te pese de haberle ofendido.

Y si, por tu mayor desdicha, te sientes tan aficionado al pecado, que aun mirando a la hermosura del Señor le tengas en menos, y al pecado en más, suplícale te añada fuerza para que, hollando al pecado, mires al Señor con ojos amigables, leales y agradables a Él. Porque aunque la santa Iglesia católica, regida por el Espíritu Santo, relajando el rigor que en el principio de ella se tuvo (porque convenía entonces así, mandando que no fuesen admitidos a la vista de este Señor los que estaban en pecado mortal e indispuestos para lo recibir), considerando la flaqueza de sus hijos en estos tiempos ser tanta, que si no los admitían a ver al Señor, del todo se extrañaran (16) y dejaran de ir a la iglesia; y que el hincar las rodillas para adorar al Señor, con herir los pechos, y el favor que d[a] la compañía de los buenos cristianos que en el templo están, por cuya oración acostumbra el Señor a hacer merced de convertir a los pecadores, relajó aquel rigor, que entonces convenía tenerse y ahora no, por la diversidad de

(16) *Extrañaran:* apartaran.

los tiempos, y dió licencia para que todo hombre que tuviere fe y bautismo, y no estuviere excomulgado, pueda ver y adorar al Señor; mas por esto no penséis vos que habéis de tener poca vergüenza, y mirar al Señor estando en pecado mortal, adorándolo a Él con el cuerpo, e hincando las rodillas del ánima al demonio y al pecado en que estáis.

Por tanto, para que la vista del Señor, dondequiera que sea, os entre en provecho, y sea a Dios agradable, procurad vos de arrepentiros de vuestro pecado, y pedidle para ello gracia, según está dicho. Pues que si *el justo en principio de su oración es acusador de sí mismo* (*Prov.*, 18, 17), con más razón lo debe ser el que ha cometido pecado mortal, y quiere mirar al Señor.

9.—*Hermosura de Jesús sacramentado.*

No es, hermano, pequeña merced, ni se debe tratar como quiera, el ir en compañía de este Señor, gozando de la hermosura de su vista, y hablando familiarmente. No es bastante para estimar esto tu espíritu humano, por enseñado que sea. Pide lumbre del cielo; y si te fuere concedida, conocerás algún rastro de la hermosura que el Señor lleva mañana en la procesión, y la diligencia con que le debes servir, y el fruto que debes sacar de la vista.

Y no digo esto por la hermosura del Cuerpo de nuestro Señor, de la cual, por ir escondida, no podemos aquí gozar; mas hablo de la espiritual hermosura, que es más excelente que la corporal, y es lo mismo que la bondad; y ésta podémosla conocer, aunque no con los ojos del cuerpo, con el entendimiento alumbrado por fe (17).

Hermosísimo apareció Jesucristo cuando nació en el portal de Belén de su sacratísima Madre, y estuvo en los brazos de Ella, y fué reclinado en el santo pesebre; porque como el hacerse Dios hombre sea la mejor obra que se ha hecho ni se hará, si lo bueno es hermoso, según hemos dicho, ninguna hermosura hay que iguale a la de Dios humanado, porque ninguna obra hay que iguale a ésta en bondad y en amor. Y porque hermosura tan admirable como ésta no que-

(17) Véase AUDI FILIA, c. 113.

dase sin ser conocida y amada, luego en naciendo el Señor, mandó Dios que los pastores de cerca, y los Reyes Magos de lejos, le viniesen a ver y a adorar; y no sólo a ellos, pero también a los ángeles; y todos lo hicieron así, y se le ofrecieron por suyos.

Y no sólo el Señor fué hermoso en su nacimiento; fuélo también en su niñez, fuélo siendo de mayor edad, sanando enfermos, haciendo milagros y obras tan ilustres y llenas de admiración, que, como dice San Atanasio, «obscureció la fama de todos los hombres que tenían fama en el mundo, y los que después la tendrán»; y por sentencia del Espíritu Santo fué dicho de Él (*Mc.*, 7, 37): *Todas las cosas hizo bien; y a los sordos hizo oír, y a los mudos hablar;* y (*Jn.*, 7, 47) *ningún hombre habló en el mundo como Éste habló.*

Y no sólo fué bueno y hermoso en el hablar y obrar, mas en el padecer muerte y Pasión por amor de los hombres, manifestando su grandísimo amor, y por consiguiente su gran hermosura.

Mas no piense nadie que, porque cumplió en esta vida las obras que el Padre la había mandado hacer, y después de muerto y resucitado se subió al cielo y está asentado a la diestra de Dios, que por eso cesó de hacer obras que manifiesten su hermosura. Y por nueva y admirable manera conoció por su sabiduría aqueste Señor que aquellas obras magníficas suyas, que en vida mortal hizo por amor de los hombres, muy dignas por cierto de que siempre estuviesen presentes a nuestra memoria, y obrasen en nuestros corazones agradecimiento y amor, las habíamos de olvidar por nuestra flaqueza, y por haber muchos días que ellas pasaron; y por eso, aunque llenas de hermosura, ni eran amadas, ni obraban en nuestros corazones lo que era razón. Y para resucitar la memoria de aquéllas, y darles su fuerza, acordó el benigno Señor de hacer otra obra llena de amor y particular hermosura, que fué quedarse con nosotros en este Santísimo Sacramento, para que, viéndole presente con los ojos de fe, movidos con la hermosura de tal obra presente, y con la memoria de las pasadas, se encendiese nuestro corazón en su amor, que es lo que de nosotros pide, no porque le venga a Él provecho, mas porque es necesario que nosotros le amemos, si le hemos de poseer y gozar en el cielo.

Bastantes obras eran aquéstas, por cierto, para nos

aficionar a Él y servirle, y dar por Él nuestra vida. Mas conociendo Él nuestra flaqueza y pesadumbre para le amar, acordó de añadir bien sobre bien, hermosura sobre hermosura.

Y porque ya que Él esté en el Sacramento, y en su Iglesia, donde le podemos ver y gozar de su hermosura; porque algunos no van a la iglesia o si van, la poca capacidad de ella te estorba de ver al Señor cuando lo alzan, o si lo ves, por ventura parece poco el tiempo en que es alzado para ser visto del pueblo, y no hartas tu vista en Él, como deseas, por estas causas y otras, que todas paran en nuestro provecho, sale el Señor mañana de la estrechura de la iglesia a la anchura de nuestras calles a vistas públicas, y va en unas andas públicamente, para que todos le puedan ver sin impedimento y despacio, cuatro o cinco horas enteras, y se acuerden de lo que ha hecho y ahora hace por amor de los hombres; y tanto más se aficionen a Él, y con amor más entrañable y fundado, cuanto la vista de Él fuere más despacio, y más larga.

Es esta obra y merced tan digna de admiración, y tan digna de ser vista de todos, que, así como siendo nacido este Señor en Belén, mandó su Padre Eterno (*Lc.*, 2, 8) a hombres y a ángeles que le fuesen a mirar, adorar y servir, así también en la fiesta de mañana lo manda, diciendo (*Cant.*, 3, 11): *Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey pacífico con la guirnalda que le puso su Madre en el día de su desposorio, y de la alegría de su corazón.* Así fué cumplido entonces, que vieron el Verbo divino vestido y ataviado con la guirnalda de su humanidad, la cual le puso su sacratísima Madre cuando de su purísima sangre le concibió, y Él se desposó con la Iglesia, y con mucha alegría de su corazón, por ver cerca el remedio de los hombres, deseado y procurado por Él, y efectuado con la medicina de su sagrada muerte y Pasión.

Alcemos los corazones a Dios, pidámosle su lumbre; y si el Profeta David pide al Señor: *Espabila, Señor, mis ojos, y consideraré cosas maravillosas de tu Ley* (*Ps.*, 118, 18), mucha más causa tenemos nosotros para confesar nuestra ignorancia, y pedir lumbre al Señor para considerar las maravillas de aqueste divino Misterio. En el cual, y en el misterio de la Santísima Trinidad, como dice San Agustín, nuestro

entendimiento alcanza menos, y nos es más necesaria la fe.

Las *hijas de Sión*, manda Dios que salgan a ver al *Rey pacífico*, humanado y nacido en Belén; y también son mandadas que salgan a verlo mañana por las calles en la procesión. Sión, *atalaya* quiere decir, y sin atalayar a Dios, viéndole faz a faz en el cielo, o sin atalayarle en la tierra por fe, ninguno es digno de le mirar, ni tiene que ver en este convite. Mas los ángeles que en el cielo le ven, y los hombres fieles que hay en la tierra, salgan mañana a ver la hermosura de aqueste Señor, y glorificar a su bondad con alabanzas y encendido amor.

Hermoso era Cristo en el portal de Belén, y hermoso es ahora, estando por presencia real en la iglesia. Hermoso en los brazos de su santa Madre, hermoso, y aún más hermoso, en las manos de un sacerdote, aunque pecador; porque cuanto Él muestra mayor bondad en ponerse en manos de persona más indigna, tanto parece mejor su hermosura, pues hemos dicho que lo bueno es hermoso. Y si fué hermosura particular estar Dios hecho Niño, reclinado en un pesebre y vestido de pobres pañales, no es, por cierto, menor ir mañana en las andas, consagrado y abreviado, con pobres vestiduras de accidentes de pan.

Y si la *guirnalda* de su sacratísima *humanidad* que le dió su santísima Madre (la cual Él no tenía) fué cosa muy maravillosa, también lo es que un sacerdote, aunque pecador, con las palabras de la consagración, ya que no dé a Cristo cuerpo de nuevo, dale que esté donde primero no estaba, y un ser sacramental, lleno de inefables maravillas, el cual no tenía antes de la consagración.

Y si el día de su santa Encarnación fué día de *su desposorio y de alegría de su corazón,* sepamos que también lo es el día de mañana, en el cual el Señor, con unas ánimas se desposará, si se aparejaren para recibir la gracia de nuevo; y a otras, que están desposadas con Él por estar en su gracia, les añadirá más gracia para que el desposorio sea más firme.

Y porque el fin de su Encarnación, y de su vida, y trabajos y muerte es el bien de las ánimas, como fué *día de su alegría* el obrar nuestra redención, así es *día de su alegría* mañana, en el cual entra en nuestros pechos, y sale por esas calles a poner en efecto su redención, buscando ovejas perdidas para

traerlas a su rebaño, guardando y confortando a las que están en su gracia, y dando a unos y a otros los frutos del derramamiento de su sacratísima Sangre.

Conoce, cristiano, este *día* alegre *de tu visitación* (*Lc.*, 19, 44), porque no seas condenado con la ingrata Jerusalén; y despabila tus ojos para ver mañana a este Señor benditísimo, que sale mañana para ser visto, y manda que le miren todos. Que pues Él te miró con ojos de amor cuando, antes que fueses nacido, puso su vida por ti, y Él te crió y te hizo cristiano, y te ha mirado con ojos de misericordia, librándote de muchos males y haciéndote muchos bienes, unos de los cuales tú sabes—y éstos son los menos—y otros sabrás cuando estés en el cielo; y en toda tu vida este Señor ha de tener cuidado amoroso de ti, y ha puesto sobre ti los ojos para que no te le pierdas de vista, como pastor cuidadoso con oveja amada: mírale tú mañana a Él con mucho agradecimiento y amor; busca lugar para que le puedas mirar muy despacio, y ceba tus ojos en su hermosura, pues Él te da licencia, y aun te manda que así lo hagas.

Y mira no te dé en rostro, ni te canse el mirarlo. Que si San Agustín dice de sí que no se harta de considerar el alteza del consejo de Dios, con que dió remedio al género humano, no te fastidies tú de, con los ojos del cuerpo y del ánima, mirar este admirable modo que el Señor ordenó para enseñarnos este amor y hacernos mercedes; con el cual, estando en el cielo, está con nosotros, y el que a todo el mundo universo tiene en su mano, es llevado en aquel relicario (18) con grande admiración de los ángeles. que por ello le dan muy particulares loores.

10.—*Frutos de la procesión.*

Y pues esta fiesta se hace por ti, aprovéchate de ella, y confúndete de llevar corazón tibio, considerando cuán regocijados y fervorosos van los ángeles con el Señor en la procesión, y cuán más amoroso va contigo el mismo Señor; pues te ama ahora de pre-

(18) *Relicario;* así llamaban al ostensorio o custodia del Santísimo Sacramento.

sente en esta procesión, con aquel amor que te amó cuando anduvo la otra del monte Calvario.

Si esto entiendes, si estas mercedes pasan a tu corazón, si tienes tu corazón herido y enclavado con los clavos que enclavaron los pies y manos de aqueste Señor, herido con la lanza que hirió su sagrado Costado, pon mañana tus ojos en Él con blanda y amorosa vista; y tras los ojos envíale tu corazón, haciéndole gracia de él, y suplicándole te lo guarde y lo tenga en compañía del suyo.

Y si vas delante de la procesión, vuelve de rato en rato tus ojos a lo mirar; y unas veces pídele perdón de tus pecados; otra dile: *Mis ojos siempre al Señor, porque Él librará del lazo mis pies* (*Ps.*, 24, 15); otra: *Como los ojos de la esclava miran a las manos de su señora, así nuestros ojos al Señor siempre miren, hasta que haya de nosotros misericordia* (*Ps.*, 122, 2).

Y está muy atento al dulce cantar que le van diciendo en la procesión:

Nobis datus, nobis natus
ex intacta Virgine,

que quiere decir en romance:

Este Señor *nos es dado, y para nosotros nacido de la sin mancilla Virgen María.* Gózate con tales palabras con todo corazón y con todas tus fuerzas, pues oyes en ellas que el riquísimo, inmenso y hermosísimo Dios hecho Hombre, nació para ti y es dado a ti: cosa por la cual te debes tener por más bienaventurado y rico, que si fueras Señor de cuanto Dios ha criado en el cielo y en la tierra.

Dile a tu ánima que considere esto, y que cese ya de andar fuera de sí, mendigando por las criaturas unos bienes que en la verdad no lo son, y le hacen olvidar y perder este que verdaderamente lo es. Dite a ti mismo: «¿Yo qué más quiero, sino gozar de esta procesión que me hará rico? ¡Muy avariento es a quien Dios no le basta! Quiero poner mi cuidado en aparejar mi ánima con penitencia, con reverencia, sacramentos, y con ejercicio de buenas obras, para alcanzar y poseer a este Señor, y no perder por mi culpa tan grande dádiva como Él me da por su misericordia; que aquesto me basta.»

¡Oh qué prudente serás si esto entendieres y de ello te supieres aprovechar!

Ten, hermano, a Jesucristo por tuyo; usa de Él como de cosa tuya; y para tus penas y para tus gozos, y para alcanzar perdón, y para hacer buenas obras, ninguna necesidad tendrás, que Él no sea bastante para la remediar. Usa de Él como de maestro para aprender cómo has de vivir; tenle por tu verdadero Rey y Señor, y obedécele como a tal; séle agradable como a tu Redentor; arrímate a Él como a tu verdadero amparo; mírale como a dechado para le imitar; tenle por tu Abogado delante del Padre, y para lo que pretendes, piensa que tienes remedio en Él.

No te hartes de lo mirar con entrañable amor, como a cosa tuya; y procura de honrarle, con que, con los ojos que le has mirado, te guardes mucho no mires las vanidades, ni cosa que no convenga mirar, en secreto ni público. Que ya sabes que los moros que iban a la casa de Meca, y veían el zancarrón de Mahoma, se sacaban los ojos por no ver con ellos otra cosa alguna, habiendo visto aquella miserable reliquia (19). Sácatelos tú, no como aquéllos, según la letra, mas mortificándolos para que no vean cosa indecente, pues han visto a este Señor, fuente de toda bondad y limpieza.

Sabe estimar esta *vista*; y con tal aparejo mira al Señor, que puedas decir con verdad lo que el Patriarca Jacob dijo cuando luchó con el ángel (*Gen.*, 32, 30): *Vi al Señor faz a faz, y fué hecha salva mi ánima.* Gózate mucho de tan dichosa suerte como te cupo por la misericordia de Dios, de que fueses cristiano, y acompañases mañana a este Señor en la procesión; y duélate entrañablemente de la gente que no lo cree, y de la que lo cree y no lo trata con debida reverencia, y no lo recibe con la debida limpieza.

Suplícale, con gemido que salga de lo más dentro de tus entrañas, que te perdone a ti y a ellos las faltas que se han cometido en el tratamiento y veneración de la divina Persona que en el Sacramento está; y que envíe Él su lumbre y su gracia con que los infieles lo crean; y los cristianos, con particular devoción, con entrañable agradecimiento, con encendido amor, le honremos y le reverenciemos y le recibamos; y que no permita Él que aquello que con inefable misericordia

(19) El mismo pensamiento repite en la Plática primera a sacerdotes.

nos fué dado para remedio de nuestros pecados, se nos torne en mal y ocasión de hacer más pecados.

Y si de esta manera fueres mañana en la procesión, entenderás por experiencia que la salida del Señor por las calles no es humana invención ni obra ociosa, como tampoco lo era cuando andaba por las calles y plazas de Jerusalén; porque vendrá tu ánima mejorada, como quien ha estado en un dulce convite; vendrá más confortada en la fe de aqueste divino Misterio, y más inflamada en su amor con las centellas que de Él han salido. Y sabrás que es mejor ir a esta procesión y a las congregaciones públicas de la Santa Iglesia, que quedarse en secreto, con título de mayor recogimiento.

Sentirás a tu ánima con aquestas cosas tan adelante en la esperanza de tu salvación, que tendrás por prenda de ella el haber mañana sido compañero de Jesucristo nuestro Señor, yendo en una misma calle con Él. Porque, según es Él copioso en misericordia, y agradecido a los servicios que le hacemos (y más son mercedes que Él hace a nosotros), que en pago de que le fuiste a acompañar en el día de su alegre fiesta, en la cual salió de su casa para andar por las calles, te saque Él de tus ruines caminos, y te dé gracia para andar por los que Él anduvo de sus hermosas virtudes; y que para el día de tu muerte le recibas en este divino Sacramento, y como quien le acompañó en la tierra, te haga Él compañero suyo y participante de su Reino, dándote para siempre gloria.

TRATADO 14

El Pan celestial.

Hic est panis qui de caelo descendit.

Este es el pan que vino del cielo.

(Jn., 6, 50.)

1.—*La vida de Dios se alimenta con la Verdad y Bondad infinitas.*

—Según esto, en el cielo comida hay, pues que hay pan.

Sí hay, por cierto, pues que hay vida, y la vida mantenimiento ha menester, y el mantenimiento con comer se toma. Y así, el manjar que de allá descendió para dar vida acá, allá está dando vida (1).

Este es el pan que del cielo descendió. Pan *vivo,* porque da vida; pan *vivo,* porque él vive y es la misma Vida: *Cerca de Ti está la Vida*—dice David hablando con Dios (*Ps.* 35, 10)—, *y en tu lumbre veremos lumbre.*

¿Sabéis qué es esto? Lo que dijo San Juan: *La Palabra estaba cerca del Padre* (*Jn.,* 1, 1). La Palabra del Padre su Hijo es, engendrado eternalmente de Él. Y *como el Padre tiene vida en Sí mismo, así dió al Hijo tener vida en Sí mismo* (*Jn.,* 5, 26). Porque aunque en las Personas sean distintos, la esencia una es; y esta esencia, que está en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, cosa viva es, la misma Vida es, de la cual y por la cual viven las divinas Personas; vida la más excelente de las vidas.

Por eso entendemos que es *vida de espíritu,* que es más excelente que la del cuerpo; y la vida del espí-

---

(1) *Ambros. de Sacrament.,* lib. VI, c. I.

ritu consiste en conocer la verdad y en amar la bondad y entenderla, poseerla y gozar de ella; no a cualquiera [verdad] porque verdades hay que, aunque el espíritu las coma todas juntas, se queda tan hambriento como si no hubiera comido nada. Testigos son de esto los filósofos, que después de haber metido en su entendimiento las verdades naturales, supieron como vacíos, y dijeron:

«Esto sólo sabemos, que ninguna cosa sabemos.»

Resérvase este privilegio de dar hartura al entendimiento para la suma e infinita Verdad, que así da contentamiento y satisfacción al entendimiento, que no desea otra comida, ni la busca. Tras lo cual viene, que como conoce claramente la suma Verdad, la cual juntamente es suma Bondad, síguese tras el conocimiento un tan grande amor de la Bondad, y un deseo de gozar de ella, que todos los deseos y senos del corazón quedan tan llenos, que se llama el hombre, y verdaderamente lo es, bienaventurado, sin tener más que hambrear ni que desear.

Y porque aquello que mantiene la vida se llama *manjar,* síguese que la Verdad suma es manjar verdadero del entendimiento, y la suma Bondad es manjar de la voluntad, que le ceba, mantiene, conforta y da vida; y porque el usar del manjar se llama *comer* en lo corporal, pasamos este nombre a las cosas espirituales, y por esta semejanza llamamos *comer* al entender y amar.

Y esta vida es la vida de Dios; porque antes que hubiese criatura alguna, Él tenía vida, y era Vida; porque conociendo su misma esencia y amándola, vive una vida excelentísima, más buena de lo que se puede pensar, más gozosa y alegre de lo que se puede entender; porque su Vida es infinita, y de infinita perfección y de infinito contentamiento; y tan fuerte, que es imposible perderse ni enflaquecerse; porque entre las perfecciones que tiene, es ser omnipotente, dulcísimo de gozar, fortísimo para sustentarse.

2.—*La vida del ángel se alimenta con el pan de la divinidad.*

Sea Dios glorificado, que es Dios vivo, y no ídolo muerto; vive de Sí, y no recibe vida de nadie; es Vida tan riquísima para Sí mismo, que de muy lleno

y abastado acordó dar parte de Sí, criando ángeles que participasen en su manera de esta Vida bienaventurada, con tanta honra, que comiesen el mismo manjar que Dios come, y se sustentasen del mismo manjar que Dios se sustenta, y cogiesen dulcísima fruta del mismo árbol que Dios coge.

¿Quién contará el precio de esta vida. pues que, por ser participación de la Vida, que es Dios, participa también de las condiciones de ella; y es vida justa, santa, sabia, limpia, fuerte, alegre, rica, inmortal, llena de gozo, que los hace bienaventurados a semejanza de Dios?

¡Angeles, bendecid al Señor! (*Ps.*, 148, 2) que os honró tanto, que con vuestro entendimiento conozcáis la misma Verdad, claramente, como Dios la conoce (aunque no con tanta fuerza como Él), y améis la misma Bondad que Él ama, y gocéis de esa misma esencia de que Él goza, sentados a una misma mesa con Él, y comiendo de un mismo manjar Él y vosotros; con el cual Él es bienaventurado con bienaventuranza de Dios, y vosotros, bienaventurados, hechos dioses por participación. Gozarnos hemos de vuestro convite que os ha hecho Dios; ayudaros hemos a agradecer a Dios tan grande merced.

Llorará el mundo, porque está tan lejos de esa comida tan festival, tan real, y tiene cerrada Dios la sala comiendo con vosotros, y no queriendo que entre allá hombre ninguno.

3.—*El hombre, excluído del convite divino.*

¡Oh abismo del juicio de Dios, que en tiempo de cinco mil años, poco más o menos, ordenó que hombre ninguno del mundo viese su rostro, ni gozase de su esencia, ni supiese a qué sabía su dulce manjar! Su justicia justísima sentenció esto, por la traición que hizo el primer hombre, que habiendo sido criado en conocimiento y amor de Dios, y con esperanza de, si usaba bien de ello, ir a ser convidado del otro más excelente convite del cielo en compañía de Dios y sus ángeles, perdió acá la espiritual comida que Dios le había dado, por comer de un árbol vedado, que fué convite de muerte; y así fué excluído del celestial convite que da vida, y vida eterna.

De lo cual no se puede quejar con razón, pues a

otras criaturas mejores que él, que fueron los ángeles, criados en gracia, y que se les diera la gloria si usaran bien de ella como los otros usaron, los derribó Dios del lugar del convite, porque quisieron mantenerse de sí mismos y no de Dios, arrimarse así, ser señores de sí, y no juntos a Dios; y probaron por experiencia que *es buena cosa,* como dice David (*Ps.*, 72 28) *allegarse* la criatura *a su Criador,* amándole más que a sí misma, y *poner en Él su esperanza,* esperando bien de Él; y que quien quisiere amarse a sí mismo, y arrimarse a sí mismo, será derribado, sin haber quien lo sustente, hasta los más profundos infiernos, y que él mismo para sí mismo sea tormento, muerte y malaventuranza, pues quiso amarse y gozarse de sí

Justicia usó Dios con los ángeles y con los hombres, pues está muy mal que los traidores al Rey se sienten a una mesa con él; y mal empleado es convite de vida en el que lo tiene en tan poco, que se harta de manjares de muerte.

Mas aunque esto haya sido *justicia,* quiso Él por su bondad que los hombres, como más flacos, alcanzasen su *misericordia,* y los ángeles, como más fuertes, fuesen para siempre excluídos de este convite. *Airado estaba* el Señor con los hombres, y con mucha razón; mas Él *se acordará de su misericordia* (*Hab.*, 3, 2), perdonará al pecador arrepentido.

4.—*Cristo, Pan del cielo.*

¡Venga, Señor, el tercer año de tu reinado (2) y alzarse ha el entredicho de tu convite; y a semejanza del rey Asuero (*Esth.*, 1, 3), convidarás a tu mesa a todos los hombres, chicos y grandes, que quisieren ir!

Pasó el tiempo de la ley de naturaleza, pasó el de la de Escritura, vino el cumplimiento del tiempo de la gracia de Dios, y *envía a su unigénito Hijo hecho debajo de Ley, y engendrado de mujer* (*Gal.*, 4, 4), para que, tomando humanidad, hiciese capaces a todos los hombres, que a Él se juntasen, de gozar del excelente convite en que Dios es el convidado y el mismo manjar.

Y en prendas de aquesto, en siendo aquella Anima

---

(2). Enseguida explica lo que entiende por el *tercer año* del reinado de Dios (la ley de gracia), por semejanza con el rey Asuero.

suya santísima criada, fué convidada a este convite, y vió y gozó de la divina Esencia, según la parte superior de ella, con tanta ventaja y dulcedumbre, que comió más de aqueste sabroso y dulce manjar, que todos los ángeles juntos.

¡Gran gozo para los hombres, que haya ya Dios descubierto su faz a un Hombre, y puéstolo en la cabecera de la mesa de su santo convite; y que siendo Hombre, sea Cabeza de hombres y Cabeza de ángeles; y con ser tan alto, sea tan amigo de los hombres desechados, que no quiso comer a la mesa solo, sin llevar otros convidados, aunque le costase la vida! Alabada sea la misericordia de Dios, que nos dió a su benditísimo Hijo: Vida por ser Dios; convidado a esta vida por ser Hombre.

Y venido a este mundo, después que hubo hecho aquel gran convite de cuerpos, y hartado a millares de hombres y de mujeres con *cinco panes y dos peces* (*Jn.*, 6, 9-12), gloriándose los judíos de que Dios había dado a sus padres en el desierto el *maná del cielo* con que se mantuviesen (*l. c.*, 31), les dijo el soberano Maestro, Dios humanado, las palabras del tema, hablando de Sí mismo: *Este es el Pan que descendió del cielo* (*Jn.*, 6, 50).

Es palabra de tanto valor y de tanta consolación, que se les pasó por alto, y como a gente de tierra, no les supo bien el manjar del cielo; mas por su mal. Oigan los cristianos las misericordias de Dios, dichas por boca del Verbo encarnado; tengan firme fe para creerlas; tengan cuidado de aprovecharse de ellas, agradecidos a Dios por tan grande merced, y temerosos los que no la recibieren como es razón.

¡Oh palabra dulcísima y digna de toda acepción! *Este es el Pan que vino del cielo.*

El que es de tierra—dijo San Juan (*Jn.*, 3, 31)—, *de tierra es, y de la tierra habla; el que viene del cielo, sobre todo*[s] *es.* Si estabas, hombre, habituado a comer manjares de tierra, manjares vanos, manjares de muerte que te causaban hablas de tierra y vida de tierra, abre las orejas y oye: *Este es el Pan que viene del cielo,* más precioso, fuerte y sabroso que los otros manjares que has gustado, cuanto excede la alteza del cielo a la profundidad de la tierra.

Descendió *el Pan del cielo,* porque, como Dios sea Señor de los de allá y de los de acá, y no sólo sea Señor, más también sea amantísimo Padre, y no des-

cuidado de la provisión de sus hijos, ordenó mantenimiento para los que tiene en el cielo y para los que tiene en la tierra. Jesucristo, Pan verdadero, «descendió del cielo por nosotros hombres, y por nuestra salud encarnó en el vientre virginal de nuestra Señora» (3), y salió hecho pan de los hombres, conforme a la flaqueza de ellos. Cómenle los ángeles en el cielo como a Dios invisible; mas los hombres de la tierra no tienen aquellas fuerzas; y por eso convino que el que es pan de los grandes en el cielo, fuese hecho leche para mantenimiento de los pequeños de acá. Al que ven los ángeles en el cielo invisible, ya le ven acá los hombres con sus corporales ojos, oyen su voz con orejas de carne, pueden tocarle con sus manos, y gozan de él conforme a su pequeñez.

5.—*La Eucaristía y la Encarnación.*

Mas porque su morada según el cuerpo en este destierro, convenía—según la ordenación de Dios—que fuese por pocos años y en pequeña parte de la tierra, y había de tener en todo el mundo hijos que mantener ordenó su amor que, ya subido—resucitado—a las alturas del cielo, descendiese a la tierra, no a esta parte ni a aquella, sino a todo el mundo universo donde hijos tuviese, y no por treinta años, sino por todo el tiempo que el mundo durase, hecho manjar de ellos según su divina palabra, más firme que el cielo y la tierra (*Mt*, 28, 30): *Yo con vosotros esto todos los días hasta que el mundo se acabe.*

Todos te demos alabanzas y gracias, Señor, porque «por nosotros hombres, y por nuestra salud, descendiste del cielo», y haciéndote hombre en el virginal vientre, saliste de allí y conversaste familiarmente con los hombres, y gozaron de tu preciosa habla y milagros, y acabaste la obra de nuestro remedio. Bien fué aquél para los pasados, presentes y por venir; y en señal de esto, la gente que el día de Ramos iba, Señor Jesucristo, delante de Ti y detrás de Ti y a los lados, te cantaban loores como a universal y común Salvador (*Mt.*, 21, 9). Mas los que de tu presencia no gozamos en aquellos tiempos, porque aun no éramos nacidos, te alabamos, y de corazón te agradecemos que

(3) Del *Credo* romano.

«por nosotros hombres, y por nuestra salud descendiste del cielo», no una vez, como entonces en el vientre de la Virgen, mas innumerables veces en el vientre de la Hostia consagrada (4), para desde allí entrar en nuestros estómagos, a darnos la vida con esta tu venida, que nos ganaste con la otra primera. ¿Qué aprovechara al mundo que descendieras del cielo y murieras en la cruz, si no descendieras ya vivo del cielo para darnos la vida que nos ganaste en la cruz con tu muerte?

«¿Quién de los fieles hay—dice San Gregorio—que no crea que en la hora de la consagración se abren los cielos a la voz del sacerdote, y se juntan en uno las cosas bajas de la tierra y las altas del cielo, y de las cosas visibles e invisibles se hace una cosa?» Lo cual se ha de entender, que así como cuando *descendió* a ser hombre, no quiere decir que el Verbo de Dios dejase el lugar que en el cielo tenía, y según movimiento local, descendiese a la tierra, pues que la divinidad ni es cuerpo, ni está en lugar señalado, mas todo lo hinche y a todo excede, y ni se muda según substancia, ni se muda según el lugar; mas dícese que *descendió del cielo* para dar a entender que desde la alteza del cielo a la profundidad de la tierra hay grande baja; y así, siendo Dios, juntar consigo en el sacratísimo vientre de la Virgen un cuerpo y un alma de tal manera que el que es Dios, también sea hombre, es una descensión mucho más baja que si descendiese un cuerpo desde el cielo a la tierra.

Y de esta manera, cuando decimos acá que a la voz del sacerdote se abren los cielos y *desciende* el Señor a la tierra, no queremos decir que desciende corporalmente por esos cielos y aires abajo, mas porque, así como [tomó] el cuerpo en el vientre de la Virgen, formándolo de nuevo de su purísima sangre; así el cuerpo que ya tiene en el cielo está debajo de la Hostia, y es el mismo que está allá a la diestra del Padre.

Y así hay semejanza entre la santa Encarnación y este sacro Misterio; que allí se abaja Dios a ser hombre, y aquí Dios humanado se baja a estar entre nosotros los hombres; allí en el vientre, aquí debajo de

---

(4) Cómo la consagración es un nuevo nacimiento de Cristo, trátalo Fr. Luis de León: *Nombres de Cristo,* libro III. Nombre de *Hijo,* p. 4.

la Hostia; allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote.

En la primera venida *padeció* y *fué sepultado,* y aquí se llama ser *sacrificado* en la Misa, porque es representación de su sagrada Pasión; entonces muerto, fué sepultado en el sepulcro, y aquí es puesto vivo en nuestros corazones; para que por la conveniencia de estos misterios entendamos que los que bien usamos de aquesta venida, somos participantes de los bienes que nos ganó en la otra primera, y que para nosotros nació, vivió, fué muerto y sepultado, pues aquí tenemos la semejanza de todo aquello, y al mismo que aquellas cosas obró.

Y si está escondido, aquello fué proporcionarse con nuestra flaqueza; porque si en su propio resplandor pareciese, ni nuestros ojos sufrirían a verle, ni tendríamos merecimiento de fe. Y como Él tenga más cuenta con lo que nos es provechoso que con lo que nos es sabroso, quiere más que ejercitemos la fe creyéndolo en escondido, para que se nos dé por premio en el cielo de ver cara a cara su hermosura; y no cura de darnos acá el contentamiento que tuviéramos en verle en su propia figura. Mas esto es cierto, que Éste. que entre nosotros tenemos, es el que nació, padeció y fué sepultado, y el mismo que en los cielos está...

Mas ¿queréis que os diga otra exposición, aunque será muy causadora de pena en vosotros y en mí, de aquestas palabras? Que se representa aquí el Señor muerto y sepultado...

6.—*Si tenéis fe, ¿por qué no recibís el Pan celestial?*

Decidme: este pan que debajo de la Hostia está, ¿vino del cielo o es pan de la tierra? ¿Está allí Jesucristo, o un pedazo de pan? Esta cosa tan alta, ¿qué es? ¿Dios humanado, o una tortilla de pan cenceño (5) no más? ¿Vino del cielo, es Rey del cielo? ¿Es Dios y Hombre verdadero, o es pan de la tierra?

Sospecha tengo que no me osáis responder, sino que estáis atajados como los fariseos, a quienes aquel Señor, viviendo en vida mortal, preguntó (*Mt.*, 21, 25):

---

(5) *Pan cenceño:* pan sin levadura, ázimo. La Iglesia latina consagra con pan sin fermentar; la Iglesia griega usa pan fermentado.

El bautismo de Juan, ¿es del cielo o de los hombres? No osaban responder; porque si decían que era invención de los hombres, era tanta la estima en que el pueblo tenía a Juan, que matarían a pedradas a los fariseos si dijeran que su bautismo era humana invención y no ordenación del Señor; y si respondían que aquel bautismo era cosa del cielo, temían no les replicase el Señor y dijese: «¿Pues por qué no lo creísteis y os bautizasteis?» Y así acordaron de callar, porque no tenían qué responder.

Decidme, hermanos: ¿Es verdad que este pan vino del cielo? No osaréis decir que no, porque os quemaran por herejes; mas ¡desdichado de aquel que tiene puesta su fe en el temor del castigo, y que si no hubiese castigo, él no creería a la fe!; porque poco le aprovechará que escape del fuego de acá, pues arderá en el infierno para siempre jamás.

—No, Padre, no hay hombre que tal diga. Católicos somos por la misericordia de Dios, y este santo Misterio creemos como nos lo enseña la Iglesia romana.

Pues ¿así que aquél es *el pan que vino del cielo?* Si es el pan que comen los ángeles, y son bienaventurados en comerlo, viviendo vida en su modo semejable a la de Dios, y mientras Dios fuere Dios: si este pan es Dios verdadero y Hombre verdadero, y por la inefable e indecible misericordia de Dios, quiso descender del cielo a la tierra, para que, siendo Él nuestro manjar, nos librase de la muerte del pecado, y con su gran poder nos traspusiese de la tierra en el cielo, para que allá le comamos en compañía de los ángeles, y vivamos y seamos bienaventurados en compañía de ellos y del mismo Dios; si tan gran cosa es ésta, ¿por qué no gozáis de ella? Si creéis que el convite es tan excelente, ¿por qué huís de él?

Si [en] el convite del rey Asuero que hizo a todos los principales de su reino, y después a chicos y grandes, gozaron de ver su grandeza, y fueron hartos con la excelencia y variedad de tantos manjares, ¿por qué no vais al convite que hizo Dios para enseñar la grandeza de su poderío, la alteza de su sabiduría, las entrañas de su inefable bondad? ¿Y no queréis ir a ver tantas excelencias y gozar del *pan que descendió del cielo,* habiéndooslo dicho Dios nuestro Señor; pues que habiendo dicho los ángeles a los pastores que les diesen albricias y se gozasen, que les era nacido el Salvador, y que en tal parte y con tales señales lo

hallarían, dijeron con entera fe y devoción entrañable: *Pasemos hasta Belén, y veamos esta cosa que nos ha sido dicha; y fueron apriesa, y hallaron al niño* envuelto en pañales y *reclinado en el pesebre?* Y fueron tan hartos con aquel convite, que *se tornaron glorificando a Dios* (*Lc.*, 2, 15-17) por tantas maravillas como habían visto; las cuales no las guardaban para sí solos, mas publicábanlas con su santa simplicidad a los otros, para que fuesen a ver lo que ellos habían visto, y viniesen con las espirituales riquezas con que ellos habían venido.

¡Oh hermanos míos, y qué bienes perdemos por no hacer como aquestos pastores, que *fueron apriesa* y vieron al Hijo de Dios, y lo trajeron espiritualmente en sus entrañas! Buena dicha fué la de aquellos pastores; mas mirad bien en ello, y veréis que la vuestra no es menor, y por ventura es mayor.

Excelentes predicadores fueron los ángeles, que les anunciaron que el Señor estaba en Belén. Mas si ángeles dijeron aquello, el Señor dice estotro. Y aquéllos dicen: «En Belén» *ha nacido* (*Lc.*, 2, 10-15). Y el Señor dice: *Aquéste es mi Cuerpo* (*Mt.*, 26, 26). «En *Belén*»—que quiere decir *casa de pan*—dicen los ángeles que ha nacido el Señor; y debajo de unos accidentes de pan—que es *la casa* donde *el pan* moraba—, allí dice el Señor que ha venido a morar, y está consagrado; y la substancia de pan dió la casa al Señor en que él moraba; aunque él [el pan] tomó otra mejor, que fué convertirse en el Cuerpo de Cristo.

Albricias, cristianos, albricias; *un gran gozo os anuncio* de parte de Dios; que en aquella *casa de pan* está el Hijo de Dios consagrado y *envuelto en pañales* de pobres accidentes, y puesto en aquel relicario como en pesebre, hecho manjar de los hombres, que como *limpios animales, hienden las uñas y saben rumiar* (*Lev.*, 11, 3), discerniendo este manjar celestial de los corporales, preciándolo y honrándolo con debida veneración, y rumiándolo con devota memoria, y *admirándose*, como los otros pastores, de tan gran novedad, y *glorificando a Dios* por las maravillas que hace en este divino misterio, que a todo entendimiento, si no es al suyo, son incomprensibles.

Si esto creéis, ¿qué hacéis que no vais *muy apriesa* a gozar de este sagrado convite a que sois convidados? Estáos Dios llamando (*Prov.*, 9, 5): *Venid, y comed*

mi pan, y bebed mi vino; ¿y hay cosa alguna que os detenga de no ir a Él?

El ciego *hijo de Timeo* que estaba *pidiendo limosna* en un camino por el cual pasaba el Señor, cuando le dijeron: *El Señor está allí y te manda llamar, saltó con grande alegría*, y por correr mucho *se le cayó la capa* (*Mc.*, 10, 46), y no curó de ella, entendiendo que si él llegaba a aquel Señor que lo mandaba llamar, aunque llegase desnudo, tornaría vestido y enriquecido; y como lo confió le acaeció. ¡Y está aquel mismo Señor llamándote amorosamente desde aquella Hostia sagrada, y por ventura tienes más necesidad de llegarte a Él por lo que toca a tu ánima, que aquel ciego por lo que tocaba a su cuerpo, y estás tan embarazado con negocios que te cercan como vestidura; y es tanta tu pereza y tan poco tu cuidado de gozar de este bien, que *ni corres como el ciego, ni aguijas como los pastores*; y así te quedas sin gozar de la bienaventurada vista espiritual y corporal con que él y ellos vieron a nuestro Señor!

Decidme, señores: si el rey viniese a esta tierra muy alegre y de fiesta, y ganoso de regocijaros, e hiciese un convite cual convenía a su persona real, y él se asentase a la cabecera de la mesa con rostro amoroso y alegre, convidándoos a comer con él, y agradeciendo a quien se asentase a la mesa, y no sólo agradeciéndolo, mas galardonándolo con copiosas mercedes, y siendo los manjares muy bien guisados, sabrosos, y tales, que quien los comiese no moriría, y viviría vida para siempre bienaventurada, ¿en qué posesión sería tenido el hombre que, siendo rogado del rey, y siendo los manjares de la calidad que os he dicho, no fuese al convite porque se le ofreció un no sé qué impedimento, o porque le dijeron que para ir al convite era menester primero lavarse la cara y las manos?

¡Oh cielos, oh tierra, oídme vosotros (*Is.*, 1, 2) y ayudadme a sentir la ceguedad de mi pueblo!

¿Por qué, hermanos, por qué no vais a este sacrosanto convite, al cual os convida el Rey de los reyes, de tan alta majestad, que en su comparación todos los reyes y todos los ángeles son una pequeñita hormiga; y Él está a la mesa con amorosísimas entrañas y cara, rogándoos que vayáis a Él, galardonando a quien va, enojándose con quien no va, y dándose a Sí mismo en manjar, precioso sobre todo precio, sa-

broso sobre todo sabor, manjar que libra de los pecados, y da vida que nunca se acaba?

¿Qué os detiene? ¿Qué os ciega que no entendáis este bien, y no vayáis a gozar de él? ¿Qué os piden para sentaros a esta mesa sagrada? ¡Que no llevéis la cara y las manos llenas de lodo! Es mucha razón que se pida, porque a la mesa de la limpieza, limpios se han de llegar. Mas no lo dejéis por eso, que el agua del dolor de vuestros pecados, con que habéis de lavar la faz de vuestra ánima, y las obras de fuera, el Señor os la dará; las ropas ricas y perfumadas que habéis vos de llevar a este convite, no las habéis vos de comprar, porque no tendréis dineros que basten a ello. Ayudaos vos a vestir la ropa que de balde os dan; y aun no os vestiréis a solas, que para eso os ayudarán. Meted la mano en la bacía del agua; que el agua os dan, y ayudaros han a lavar, y aun a enjugar después de lavado.

¿Estáis sucio, estáis mal vestido o desnudo en vuestra ánima? Idos a un confesor y decidle: «Padre, muy bien me ha parecido el Santísimo Sacramento; mi ánima desea comer tan excelente manjar; ya estoy ahito de comer tierra y ponzoña, aunque bien mezclada debajo de pestilenciales deleites; tornarme quiero a mi Dios. Y pues su bondad me convida a su mesa, no quiero ser ingrato a su misericordia, ni hacerme a mí tanto mal, que pierda tantos bienes como allí están. Enseñadme lo que tengo de hacer, cómo tengo de pensar mis pecados, cómo tengo de confesar; mi conciencia pongo en vuestras manos para que me la aparejéis de manera que yo vaya a comer aquel santísimo Manjar de suerte que me aproveche.»

Ten, hermano, por cierto, si eso poquillo que puedes, haces, el Señor dará lumbre a tu confesor y a ti, y te dispondrá para que recibas bien el santísimo Sacramento de la Comunión, donde se te dé gracia que lave tu ánima, y la vista para que seas hecho digno de la mesa de Dios.

7.—*¡Ay de los grandes que no comulgan!*

¡Mas, oh Señor, que ni aun esto poquito quieren hacer los cristianos para ser convidados a vuestra sacratísima Mesa! ¡Oh Señor, que si algunos van, son *el hijo de Timeo, ciego y pobre* (*Mc.*, 10), y son los sim-

ples *pastores que están velando sobre la guarda de su ganado!* (*Lc.*, 2.) Mirad en ello, y veréis y lloraréis con mucha razón, que si hay gente que comulgue las fiestas, cada mes, o cada semana una vez, han de ser mujeres, y aun no de las más principales; o son hombres de los bajos del pueblo, y muy pocos veréis de la gente principal, que vengan al convite de este Señor. ¡Oh cosa tan al revés, que la gente a quien Dios ha honrado, le honre menos a Él; que la gente primera, sea postrera; y la cabeza, pies; lo alto, bajo! Y los que, si el rey viniese acá, e hiciese un convite, serían los primeros que fuesen a él, y estuviesen y anduviesen más juntos a él, y fuesen más privados suyos, éstos son los que más huyen de la mesa de Dios, en testimonio que son de la tierra más que del cielo, pues por el convite de la tierra se honran más que por el convite del cielo. Mirad (6) que desea Dios que los reyes vayan a esta mesa de Rey; que los grandes señores gocen del convite de aqueste grande Señor. Mirad que no hay cosa en esta mesa de que se os pegue deshonra o bajeza. Mirad que los ángeles se sientan a ella, y aun se tienen por indignos de ella; y lo que más es, el mismo Dios está en ella, y convida a ella, y es el manjar, y Él mismo come de él; porque, si bien se os ha dicho, su bienaventuranza consiste en conocerse y amarse.

¡Ay, ay, ay, de los grandes que no precian a este Grande, y que pudiendo con su buen ejemplo hacer que los menores tomasen esta buena costumbre de comulgar muchas veces, ellos no gozan del convite, y por ventura desfavorecen a quien lo quiere gozar!; y el no favorecerlo es harto mal; y así, unos por unos achaques, y otros por otros, *el Pan del cielo* está allí rogando consigo mismo a quién quiere ir a comerlo; y siendo dado para que nos acordemos de su Pasión, hémonos dado tan buen recaudo, que hemos olvidado a él y a ella.

8.—*Quejas divinas.*

Grandes quejas da de aquesto aquel Señor que allí está, aunque calla; mas como antes que encarnase, y antes que este Misterio ordenase, y antes que fuésemos nosotros nacidos, ya sabía Él esta frialdad nues-

(6) *Mirad*: el autor dijo *catad.*

tra de su amor y esta negligencia en ir a su mesa, mandó decir por boca del profeta David, lo que nosotros hacemos con Él en aqueste tiempo: *Olvidado me han como un muerto que lo olvidan de corazón* (*Ps.*, 30, 13). ¡Oh cuidadoso Padre y Señor, que tanto nos tienes en tu memoria para hacernos bien! ¡Cuánta razón tienes de quejarte de agravio tan grande, de que, acordándote Tú siempre de nos, nosotros te hayamos puesto en olvido!

Murióse un vecino vuestro, y al cabo de pocos días olvidáislo en vuestro corazón tan olvidado, como si nunca lo hubiérades visto y conversado; y así hace el mal cristiano, que como ha días que murió el Señor, olvídale *de corazón*, sin tener gusto en pensar en su sagrada Pasión, y sin dársele nada por recibir al Señor, sino es al cabo de un año, y aun eso mal hecho.

¿Qué hicieron más los judíos? Matáronlo, despreciáronlo y fué puesto en la sepultura. Mátaslo cuando cometes un pecado mortal; tiéneslo en poco y olvídaslo cuando, teniéndolo presente y rogándote consigo mismo, por no dejar tus pecados y por no ponerte en cuidado de enmendar tu vida, no quieres llegarte a recibir al Señor, como cosa en que te va poco. Pues no es poco, y Dios no lo tiene en poco, y de muy agraviado, da queja por el Profeta Isaías (1, 2); y no espera a darla al medio ni al fin de sus razones, mas como muy sentido y muy lleno de enojo, quejándose comienza a hablar y dice: *¡Oye, cielo; tierra, oye!* ¿Qué será esto, que, Señor, queréis decir con tanta afrenta del hombre? Como quien dice: «Pues no me oyen los hombres a quien di entendimiento, óigame el cielo, óigame la tierra la queja que de ellos doy.» *Yo mantuve hijos y los ensalcé, y ellos despreciaronme. El buey conoció a su dueño, y el asno al pesebre de su señor; mas Israel no me conoció, y mi pueblo no entendió.*

¡Oh, qué mala paga te damos, Señor, de que nos criaste, y mandaste a tus criaturas que nos sirviesen y nos mantuviesen, y sobre todo esto, nos ensalzaste con darnos licencia que nos llegásemos a tu mesa, y te recibiésemos a Ti mismo hecho manjar, igualándonos con los ángeles! Y siendo razón que, pues gozamos del beneficio de los ángeles, lo agradeciésemos y preciásemos como lo hacen los ángeles, es tan grande nuestra torpedad y negligencia, que podemos ser condenados en comparación *del buey* y *del asno*; porque aquéllos conocen a su dueño y el lugar de su man-

tenimiento, y con grandísima hambre van a él, y muchas veces quiebran las ataduras con que están atados, y no hay quien los pueda tener de ir a tomar el manjar; ¡y nosotros, teniendo el manjar divinal delante, que nos ensalza juntándonos consigo, nosotros le despreciamos con abominable desprecio!

9.—*¡Despreciáis el Pan celestial!*

No esté aquí alguno tan ciego que no conozca que desprecia al Señor, y con el desconocimiento cierre la puerta a la confesión de su culpa y al perdón del Señor.

—¿Qué decís? ¡Que no desprecie al Señor!

Muchos días ha que respondieron eso al Señor unos malos sacerdotes que eran negligentes (7) en su oficio; a los cuales replica el Señor diciendo (*Malach.*, 1, 6, 7): *¿Preguntáis en qué me despreciasteis? En que decís que la mesa del Señor es cosa despreciada*; que quien a sus cosas desprecia, a Él desprecia.

Esa respuesta te da Dios a ti, cristiano; que en lo que le desprecias a Él es en tener por *cosa despreciada su mesa*, y con más razón que la otra mesa antigua; pues que en aquélla no había sino unos panes de trigo de la tierra, y el pan que en ésta hay es el mismo Dios humanado.

Y no pienses que, porque te hinques las rodillas y creas de Él lo que se debe creer, estás ajeno del no despreciarlo. *Gente hay*—dice San Pablo (*Tit.* 1, 16)—*que con la boca confiesan que conocen a Dios, y con las obras lo niegan.* Los infieles no creen que en esta mesa está Jesucristo; y los malos cristianos, aunque lo creen, no atienden (y por ventura no creen) a la virtud y riquezas que este pan celestial comunica a quien lo recibe. Conocen a Él en él, mas no su virtud y sus efectos poderosísimos para tener en pie una ánima, y darle victoria contra sus enemigos. Y por falta de este conocimiento hay mucha gente que tiene por imposible el vivir sin pecado mortal, y el vivir vida aprovechada en la virtud; y como ninguno intenta aquello que tiene por imposible, estánse caídos debajo del poderío del demonio y de la maldad del pe-

(7) Los impresos dicen: «respondieron eso unos malos sacerdotes al Señor, que eran negligentes...»

cado, hollados de sus enemigos, sin procurar salir de debajo de sus pies; ni toman armas, ni pelean, ni lo procuran, ni lo piensan, y están muy contentos con decir: «Creemos que está allí *el Pan que vino del cielo.*» Si creéis que está allí *el Pan que vino del cielo,* ¿por qué no creéis que tiene la virtud para hacer a los hombres que tengan costumbres del cielo? Si conforme al manjar que uno come, tales humores engendra, ¿manjar limpio, por qué no hará limpios; y santo, santos; y celestial, celestiales?

Si hiciese un rey un convite en mitad de esa plaza, y rogase a todos que fuesen a comer en él manjares que diesen salud, riquezas y vida que nunca se acaba; y se anduviesen los hombres paseando por allí cerca, y oyendo las amorosas voces del rey no fuesen allí, ¿quién diría que esta tal gente no despreciaba al rey, y a su mesa, y a su manjar, y a todos los bienes que de presente da a sus convidados, y a los muchos que promete que les ha de dar? ¡Oh cosa digna de gran confusión, que convidando Dios con *el Pan que vino del cielo,* se hagan sordos los hombres, sin tener respuesta que sea de ver (8) para ello! Dejan de ir a comer el pan de los ángeles por comer pan de puercos, que son los deleites carnales; apaciéntanse del humo y aire de las honras y pompas de aqueste mundo, y pierden el pasto celestial que Dios da en su mesa, y huyen de la contratación y conversación de Él, por no pasar un poco de trabajo en aparejarse, o no sé por qué.

10.—*Vanas excusas.*

Decidlo vosotros que huís, ¿por qué huís? ¿Por qué tenéis en poco las admirables invenciones de amor que el Señor inventó con su sabiduría para juntarse con vosotros y ser manjar vuestro? ¿No me decís el porqué? Preguntarlo he a nuestro Señor para que Él os lo diga, y oírlo he yo.

Decid, Señor; decid, sabedor de todas las cosas; quejaos de este agravio que esta gente, a quien criasteis, mantuvisteis, ensalzasteis, por quien nacisteis, por quien disteis vuestra sangre, os hace [en] despreciar a Vos y a vuestro convite, y los grandes provechos que de él sacarían.

(8) *De ver:* presentable, aceptable.

«No queréis venir a Mí—dice el Señor—ni me queréis bien a Mí; que los que bien se quieren, juntos desean estar y conversar; *ni queréis vida* (*Jn.*, 5, 40); pues de Mí, que sólo la puedo dar, huís tanto.»

Señor, pues a quien a Vos no ama, ni quiere venir, ¿de qué le asiremos para convidarle que vaya a Vos?

Cristiano, acuérdate de estas palabras, avergüénzate de ellas, duélete, porque se dice de ti con verdad: *No queréis venir a Mí para tener vida.*

¡Oh cosa recia! Que dice la Escritura (*Prov.*, 27, 6), *que son mejores las heridas que da el que ama, que los falsos besos que da el que quiere mal.* ¡Y que haya llegado nuestra ceguedad a tanto, que queramos mas recibir heridas de quien mal nos quiere, que abrazos de quien mucho nos ama! Los pecados que haces, heridas son que te dan tus enemigos: y en la mesa del Señor te da abrazos y vida con mayor amor ue tu te tienes a ti.

«Hermano, ¿que es verdad que *no quieres venir a Mí para tener vida?* ¿Por qué? ¿Porque te parezco *hombre bajo,* como los fariseos decían? ¿Por qué? ¿Porque hago mal rostro a mis convidados? ¿Por qué? ¿Porque no os quiero bien?

«¿Por qué no queréis *venir a Mí a recibir vida?* ¿Porque soy yo el que la doy?»

¡Oh desacato tan grande; obra que, por ser tan mala, no tiene respuesta! Porque el Señor es tal, que aunque Él diese azotes, y en otra parte hubiese placeres, habíamos de ir corriendo y desalados a Él, queriendo más llorar con Él, que reír con el mundo. ¡Oh mesa sagrada, cuán mal conocida eres, y por eso tan poco estimada, y por eso tan poco usada, y por eso perdemos los excelentísimos frutos de la vida cristiana, vida de gracia, vida de toda virtud, vida de consolación entrañable, que en ti se dispensa para los que bien se aparejan para recibir en ti *el Pan que vino del cielo!*

Si Dios se queja de que la otra *mesa suya,* que era figura de ésta, *era tenida en poco,* ¿con cuánta más razón se quejará de ser tenida en poco esta preciosísima, verdad y cumplimiento de aquella pasada, cumplimiento del cordero, cumplimiento del maná y de otras muchas figuras, según canta la Iglesia? (9):

---

(9) *In figuris praesignatur,* etc. (De la Sequencia *Lauda Sion.)*

«Este pan celestial da cumplimiento a las figuras pasadas» (10).

11.—*La tierra, convertida en cielo.*

Es tan grande el valor de esta mesa, que porque no nos espantase con su grandeza, quiso Dios mucho tiempo antes representar por figuras esta verdad, para que, acostumbrados los hombres a tratar las *sombras*, con mayor facilidad recibiesen el *cuerpo* cuando viniese.

Ya tenemos entre nos el santo Cuerpo de Jesucristo; *Pan que vino del cielo*, figurado por las figuras pasadas, y figura de aquel eterno convite y eterna hartura que hemos de tener en el cielo; lo cual nos declara la santa Iglesia en la oración *Post communicanda* de la Misa de este divino Misterio, que dice: «Haznos, Señor, ser llenos del gozo de tu sempiterna divinidad, según es figurado en el recibimiento corporal de tu Cuerpo y Sangre.» ¡Palabras de grande consuelo y de grande estima, por cierto, que haya cosa en la tierra que represente la eterna comida del cielo! Si nos diese Dios ojos para saber mirar esta mesa sagrada, el corazón se nos iría tras de ella, así por los bienes que de presente recibe quien bien comulga, como por los que representa que le darán en el cielo en pago de la comida de acá. *Este es el Pan que vino del cielo*, y por eso poderosísimo para hacer a los terrenales celestiales. Porque, según dice San Pablo (1 *Cor.*, 15, 48): *Cual es el terreno, tales los terrenales; y cual es el celestial, tales los celestiales.* Sea a todos notorio, que, pues el manjar comido de Adán, por el cual él fué pecador y nos hizo a todos pecadores semejables a él, fué poderoso para derribarnos de la vida y gracia celestial que tuviéramos, que este *Pan que descendió del cielo* es más poderoso para hacer celestiales semejables a Sí a aquellos que bien lo comieron.

Muchas pruebas ha dado de aquesto, en testimonio que lo mismo hará con todos nosotros si nos aparejamos para recibirlo. ¡Oh nuevas dichosas! *Este es el Pan que descendió del cielo.* Si el Señor está en la tie-

---

(10) *Dat panis coelicus figuris terminum.* (Del himno *Sacris solemniis.*)

rra, la tierra tornádose ha cielo; pues ha descendido a ella lo que daba valor al cielo y le hacía ser cielo. Si Dios dejase el cielo y se fuese al infierno, allí estaría el paraíso, como estuvo en el limbo, y allí nos iríamos sin hacer caso del cielo. ¡Dichosa nuestra tierra, que cobra nombre de *cielo* por tal morador! Y también se quedó el cielo dichoso; porque aunque este Pan divinal descendió acá, quédase allá; y estando acá *el Hijo de la Virgen,* dijo Él que *estaba en el cielo* (*Jn.*, 3, 13). Y dos ciudades hay habitadas de Dios, dos paraísos tenemos; y en este de acá moramos según el cuerpo, y en el cielo con el pensamiento y deseo. Mas para que no os canséis, ni os duela mucho la cabeza de subir hasta las alturas del cielo a pensar en Jesucristo nuestro Señor, tenémosle acá presente, para que podamos pensar en Él, pedirle socorro, enderezar nuestras oraciones a Él, cuando quisiéremos acá, y cuando quisiéremos allá. Junto quiso estar el Señor con nosotros, para que en diciendo que digamos (11): *¡Ay!,* esté cerca para nos oír y remediar, como médico o madre que, estando el hijo enfermo, no se apartan de la cama de él, y si es menester allí cerca duermen.

¡Oh cuidadosísimo Padre, amorosísima Madre, dulcísimo Médico, cuán atado te tiene nuestro amor con nosotros! ¡Cuán cercano te has hecho, para que en doliéndome el alma, para que, en mordiéndome el lobo, si yo a Ti, Señor, me quejare, estés tan cercano, que luego me oigas, y cuando yo duerma, Tú me estés velando siempre despierto, que *ni duermes, ni te viene sueño,* guarda vigilante de los que se encomiendan en Ti! (*Ps.*, 120; *Cant.*, 5.)

12.—*Pan del cielo, vida celestial.*

Y es de mirar, que ya que Dios nos hizo esta merced, de que la Persona divina de Jesucristo nuestro Señor descendiese del cielo a estar con nosotros por real presencia en este Sacramento divino, dícesenos por tales palabras, que no sólo nos dan a entender la verdad de su presencia, mas la alteza del provecho que de ello nos viene. *Este es el Pan que del cielo descendió*

(11) *En diciendo que digamos... tan pronto como digamos..*

(*Jn.*, 6, 50), dice el Señor. Si es *Pan del cielo,* mantenimiento es de los que están en el cielo; y si tenemos acá el mantenimiento del cielo, tendremos acá la vida del cielo.

Porque si en el mantenimiento corporal que tomamos, los humores se engendran conforme al mantenimiento, y aunque sea muy baja la cosa comida, es levantada a tan gran valor, que tenga vida de hombre, porque quien lo come es mejor que el manjar, y por eso le pega su propio valor, ¿pues qué será aquí donde el pan que comemos es Jesucristo, mantenimiento del cielo, y este manjar es mejor que nosotros, y comiéndole, nos come Él y nos convierte en Sí mismo, y de hombres terrenales nos hace hombres celestiales, semejantes a los ángeles en la vida, como lo somos en el manjar?

No tiene que ver la vida del cristiano con la vida de la tierra, porque el Hijo de Dios lo convierte en Sí mismo y lo hace celestial en sus costumbres como el Señor lo es; *cuyas manos,* dice la Esposa que son *llenas de jacintos* (*Cant.*, 5, 14), que son del color del cielo, porque sus obras eran celestiales, y así lo son las de aquellos a quien Él mantiene consigo mismo y los transforma en Sí.

San Pedro dice (1 *Petr.*, 4, 4) que los infieles de aquel tiempo *se maravillaban* de cómo los cristianos estaban tan ajenos de seguir los deleites carnales que los infieles seguían. Y también se cuenta que se maravillaban de cómo los cristianos pasaban tantos tormentos por amor de Jesucristo nuestro Señor, y decían: «Mucho quieren los cristianos a su Dios, más que otras naciones.» También dice San Pedro (1 *Petr.*, 3, 1) que las mujeres cristianas tuviesen vida tan alta, que *convirtiesen a sus maridos* con el buen ejemplo, ya que no se convirtiesen con la predicación y milagros de los Apostoles. El Señor dice (*Jn.*, 17, 21) «*que todos los cristianos sean una cosa* por la caridad, *para que,* viéndolos el mundo, *crea que Cristo, Señor de ellos, es Dios verdadero*». Y San Pablo dice a los Filipenses (2, 15, 16) «*que son como las lumbreras* del cielo, *que alumbran al mundo, y que tienen obrada en sí la palabra de la vida*».

Esta ventaja ha de llevar la vida cristiana a la vida de los infieles, aun en lo que toca a las buenas costumbres, cual la lleva el cielo a la tierra. Y por esta regla miden los Santos en su doctrina la cris-

tiandad, y los reprenden si no suben más altos que ellos.

Y si os parece esto de poca autoridad, el mismo Señor, para dar a entender esta celestial vida que hemos de tener, dice (*Mt.*, 5, 46-48): *Si amáis a los que os aman, o hacéis bien a quien os hace bien ¿qué mucho hacéis en eso? Pues que lo mismo hacen los infieles y los arrendadores* (que entonces eran tenidos por gente que tenía poca cuenta con Dios). *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto,* y haced obras que imiten a su bondad, de las cuales el mundo se admire, y *den gloria a vuestro Padre que está en los cielos* (*Mt.*, 5, 16), por veros a vosotros, aunque andéis en el mundo como ellos andan, que no vivís según el mundo, pues en la vida sois celestiales.» Lo mismo nos amonesta San Pablo diciendo (*Rom.*, 12, 2): *No os queráis conformar con este siglo, mas renovaos en la novedad de vuestra ánima, para que por experiencia probéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, bien placiente y perfecta.*

13.—*¡Ay de los predicadores tibios!* (12).

Mas ¡ay de la tibieza de nuestros tiempos, tan lejos de tener vida celestial, conforme al Pan celestial que del cielo vino! *¡Ay del mundo por los escándalos!* (*Mt.*, 18, 7), dijo el Señor; y no es el menor tropiezo en el camino de la virtud la tibieza, pues allende de privarnos de la perfecta virtud, nos es tropiezo para caer en pecados mortales. *¡Ay del mundo por el escándalo* de la tibieza en que muchos tropiezan!; mas *¡ay de aquel por quien este escándalo viene!* (*Mt.*, 18, 7). Si la gente simple vive en tibieza, mal hecho es; mas su mal tiene remedio, y no dañan sino a sí mismos; mas si los enseñadores son tibios, entonces se cumple enteramente el *¡ay!* del Señor *para el mundo*, por el grande mal que de esta tibieza le viene; y el *¡ay!* que amenaza a los tibios enseñadores, que pegan su tibieza a los otros, y aun les apagan su fervor.

---

(12) Llama *tibios* a los predicadores y directores que no exhortaban a vida perfecta y a la comunión frecuente; sobre todo, condena a los que negaban la comunión frecuente. (Véase el Tratado 23.)

No dañan tanto a los hombres los ladrones que están acechando en los caminos para robar caminantes; no tanto los corsarios que roban en el mar a los que llevan muchas riquezas y navegan con próspero viento, cuanto daña un enseñador tibio a un hombre que corría ligero por el camino de Dios; y sale él de través (13) con desordenados temores que le pone, a veces con palabras buenas mal entendidas; de tal manera lo trata, que le echa unas cadenas a los pies para que no pueda correr como antes, sino andar muy poco a poco; y la f ialdad que el tal enseñador tenía dentro de sí, la derrama como agua fría sobre el corazón del que tenía fervor, y se lo apaga como el fuego con agua.

Camina otro por el mar de este mundo con muchas virtudes, inspirado con soplo del cielo; y sálele al camino el espíritu y soplo de la humana prudencia, y hace que deje el otro el agua del cielo que le hacía celestial, que se baje a ser terrenal, regido por la humana prudencia, maestra de la tibieza, enemiga del fervor.

No tienen todos lumbre para conocer este mal que de la doctrina tibia viene a la Iglesia; mas siéntelo Jacob, y lloralo, y dice con lágrimas (*Gen.*, 37, 33): *¡La pésima bestia fiera ha tragado a mi hijo José!* El *luchador*—significado por *Jacob*—, el mañoso y esforzado para las guerras de Dios, éste siente y llora el mal que hace en la Iglesia la malísima bestia fiera de la tibieza, que se ha tragado el aprovechamiento de la virtud, significada en *José,* que quiere decir *crecimiento;* porque matando o no favoreciendo el crecimiento de la virtud, poco a poco se viene tanto disminuyendo, hasta que del todo se pierde.

Contentarse debían los tibios enseñadores con su mal propio, causado de su propia tibieza, y debíanse poner en su propio lugar, que es aprender y mejorarse, y crecer en virtud, y no tomar oficio para daño suyo y ajeno.

Por maravilla, y muy a pospelo (14) se hallará hombre que con eficacia reprenda el vicio en que él está; porque ya que no tema que los hombres le digan (*Lc.*, 4, 23): *Médico, cúrate a ti mismo* (porque, por ventura su mal es secreto), mas aquellos latidos

---

(13) *De través:* de costado, transversalmente.
(14) *A pospelo:* a contrapelo, redopelo, redropelo.

que la propia conciencia le da, acobardan tanto, y el amor que al vicio tiene le ata de manera, que cuando de él dice mal, es como cosa fingida, y que el modo del decir da a entender cuán poco aborrece en el corazón lo que reprende de fuera.

No es de todos la dispensación de la palabra de Dios, sino de aquellos que la tratan conforme a lo que ella es; conviene a saber (*Jerem.*, 23, 29), *martillo para quebrantar peñas, y fuego* para encender la tibieza. Yo—dice el Profeta (*Mich*, 3, 8)—*estoy lleno de la fortaleza del Señor para anunciar a Jacob su pecado*. Ardía con fuego de Dios, como también Jeremías (20, 9) dice que le acaeció; y confortado de su corazón con aqueste fuego divino, echaba palabras de sí, que al malo hacían temblar de temor, y al tibio encendían en deseo de aprovechar con el fuego del amor.

¡Oh gloria cristiana, y cuán caro te cuesta la falta de aquestos tales enseñadores, pues por esta causa está tu faz tan desfigurada, y tan diferente de cuando estabas hermosa en el principio de tu nacimiento! ¿Dónde está ahora aquel desprecio del mundo con que en el principio de la Iglesia *dejaban los cristianos sus haciendas, y el precio de ellas lo ponían a los pies de los Apóstoles* (*Act.*, 4, 34), significando que las despreciaban en sus corazones como tierra, polvo y lodo que está debajo de los pies?

Gente habrá que, midiendo este negocio por su corazón, diga: ¿Cómo pueden ser estas cosas? Si tal preguntáis, responderos hemos a esta maravilla que había entonces: Oíd otra; que siendo muy muchos los cristianos, dice el Evangelista San Lucas (*Act.*, 4. 32) *que de los creyentes era el corazón uno, y el ánima una*; y ahora, ¡ni aun padres con hijos, ni marido con mujer, aun no tienen un corazón!

¿Queréis otra? No sólo estos santos tan grandes, mas otra innumerable gente, varones y mujeres, mancebos, viejos y mozos, hollaban la carne, y escogían más virginidad con pobreza, que casamientos muy ricos. Pasaban tormentos para espantar, y muchos se ofrecían a ellos con mayor alegría, que uno de nosotros ama la vida y la busca donde la halla.

¿Qué era la causa de vida tan celestial, que ponía en tanta admiración a los hombres que la miraban, muchos de los cuales se tornaban cristianos, viendo tanta alteza de virtud que tenían aquéllos, tan aje-

na de lo que en sí propios sentían? ¿Sabéis cuál fué la causa de vida tan celestial? Haber buenos predicadores, encendidos con fuego de amor celestial, que encendían los corazones de los oyentes al fervoroso amor de Jesucristo nuestro Señor, y usarse entonces comer de este Pan celestial.

Se ha quitado el comer y se ha quitado la fuerza. Descendió *el Pan del cielo* para darnos vida y fortaleza del cielo; apartámonos de él, no sé por qué; comemos falsos o vanos manjares; con que estamos tan flacos, que con una pequeña y vana tentación nos caemos, y en ofreciéndose cosa que toque en nuestra hacienda, o nuestra honra o nuestra vida, aun no se espera a pelear, porque luego damos con nosotros en tierra.

14.—*Comulga con fervor y te harás celestial.*

No es menester, para prueba de esta fortaleza y celestial vida que da este Pan celestial, acordarnos de los tiempos pasados, ni buscar testigos fuera de casa. Determínate, cristiano, a comer muchas veces este pan celestial, limpiando tu conciencia, viviendo con el cuidado, cual debe tener la persona que quiere conversar con Dios humanado, y ser convidado a su mesa, y recibirlo con debido aparejo en sus entrañas; y te acaecerá muchas veces, que acabada la Misa o la comunión, te sentirás tan otro del que eras cuando te llegaste a esta mesa sagrada, que tú mismo te admirarás de lo que Dios obra en ella; y no te conocerás mirando qué tal viniste, y qué misericordias ha hecho nuestro Señor contigo. Tendrás un gusto de este divino Pan que has recibido, que así te quitará el gusto de la carne y de todos sus regalos, que aun de pensarlos te dará fastidio, aborrecimiento y admiración, y te espantarás mucho cómo cosa tan desabrida y amarga, algún tiempo te supo bien, o cómo te venció o te dió guerra cosa tan flaca

Probarás que San Gregorio dijo verdad: «Que así como gustada la carne, parece el espíritu desabrido, así gustado el espíritu, se torna desabrida toda la carne.» Sentirás tormento en sentarte a comer a la mesa del cuerpo, acordándote de aquella dichosa hora en que fué puesto por manjar de tu ánima Dios

humanado, *que del cielo descendió.* Y con esta riqueza te parecerán cosas de tan poco tomo todas las cosas de aqueste mundo, que te parecerán un poco de humo, que muy presto se deshace; sombra, y no cuerpo; engaño, y no verdad; y te maravillarás, y habrás compasión de que haya gente que estime cosas tan indignas de ser estimadas; sentirás un esfuerzo tan grande, que *hollarás al león y al dragón* (*Ps.*, 90, 13), que es el demonio, y te será dado un señorío tan alto, que ni temas disfavores, ni estimes los favores de todo este mundo; y ni tengas temor de la muerte, ni de enfermedades, ni de pobreza, ni de necesidades, ni te verás aficionado demasiadamente a la vida; y tan rico te hallarás, y tan favorecido por recibir al Señor y experimentar que Él te favorece y que entre de buena gana en tu pecho, que te veas como señor de cielo y tierra, y por todo lo que en él hay, no trocarás esta merced de que Dios humanado sea manjar de tu ánima.

Entonces sabrás por experiencia que este pan no es pan de cuerpo, ni que se cogió en las hazas de la tierra, sino *Pan que vino del cielo* para hacer a los terrenales celestiales. Y como San Ambrosio, cuando iba a decir Misa, decía a este Señor: «Hazme, Señor, aquesta merced, que yo experimente la dulcedumbre de tu presencia, pues estás aquí»; suplicarle has tú: «Experimente yo la fortaleza de vuestra presencia, que dais a los que bien os reciben.» *Pan del cielo les dió; y el pan de los fuertes* (como traslada San Jerónimo), *come el hombre* (*Ps.*, 77, 24, 25); porque lo comen los ángeles fuertes en el cielo, y hace a los hombres flacos, fuertes, y de fuertes, más fuertes.

Aunque estos dichosos sentimientos no se comuniquen a todos los que bien comulgan, sino cúmplese lo que dice San Pablo (2 *Cor.*, 9, 6): *El que escasamente siembra, escasamente coge, y el que siembra en bendiciones* (que quiere decir *en abundancia*) *también cogerá en abundancia la vida eterna.*

Hay gente esforzada en el servicio de Dios que pasan muchos trabajos y hacen muchas buenas obras; y danlo todo por bien empleado, porque cuando se ven en aquella hora dichosa de recibir a nuestro Señor, sean de Él recibidos amorosamente, y hechos participantes en la grandeza de sus riquezas. Estos dicen al Señor lo que dijo David (*Ps.*, 62, 1-6): *¡Dios, Dios mío!* por las mañanas, *al tiempo que sale la luz,*

velo en oración a Ti. Mi ánima tiene gran deseo de Ti, y también mi carne en muchas maneras. En la tierra desierta, sin camino y sin agua, y en toda santidad me he presentado delante de Ti, para ver tu fortaleza y tu gloria. Mejor es tu misericordia que todas las vidas, y mis labios te alabarán. Te bendeciré en todo el tiempo de mi vida, y en tu nombre levantaré mis manos para bien obrar, *para que mi ánima sea llena de redaño y de grosura, y mi boca te alabe con labios de regocijo.*

¡Qué buen consejo el de aquestos que *velan en la oración,* y su carne y su alma *tiene hambre y sed* del Señor (*Mt.*, 5, 3), ejercitándose en la vida áspera de la penitencia, procurando alcanzar *santidad para presentarse* delante de aqueste Señor que es *fortaleza y gloria* del Padre! Hacen buena vida, y no presuntuosos; mas confían en *la misericordia* de Dios, y *alaban* a Él, y no a ellos. *Bendícenle* en lo que les acaece en su vida, y confiados en el socorro de Dios, *alzan sus manos,* y emprenden cosas fuertes por Él; y les va (15) tan bien en la comunión, que *su ánima es llena* y rellena *de grosura* de amor y devoción entrañable; y habiendo también comido y gustado la celestial dulcedumbre, *alaban al Señor,* no con alabanzas frías ni secas, mas de mucha alegría, semejables al dulce corazón de que salen.

Cúmplese en ellos lo que está escrito por David (*Ps.*, 21, 27): *Comerán los pobres, y serán hartos; y alabarán al Señor los que le buscan*; y con este manjar de vida *vivirán sus corazones en el siglo de los siglos.* Si trabajan bien, bien les pagan; si sudan, comen su pan; y ellos aparejándose cada día mejor, y el Señor a hacerles en esta mesa nuevas mercedes, vanse cada día apurando (16) más, creciendo en justicia, y con la participación del pan celestial haciéndose cada día más celestiales, y tan divinos, que, como Orígenes dice, los hombres no los conocen, por estar tan reformados y transformados en Dios; y en fin, viven una vida tan bienaventurada, que sólo el Señor que la da, y ellos que la experimentan, saben cuál es.

Verdad es que esto no es siempre, porque no sea continuo el paraíso en la tierra. Y escóndeles el Se-

---

(15) *Les va;* la edición de 1596, *vales.*
(16) *Apurando:* purificando.

ñor su amor y quítales su dulcedumbre, para que no se asgan (17) a ella más de lo que es razón, y lleven cruz de desconsuelo interior que les ejercite y humille, porque esto es más seguro para este destierro.

Cuando así te acaezca, cristiano, no te desmayes por ello; no dejes tu buena vida, ni te apartes de aquesta mesa sagrada; que la dulzura y consolación de que algunas veces careces, con sufrirlo en paciencia la tendrás guardada para cuando vayas al cielo.

Lo que debes de procurar, y te amonesto mucho que adviertas, es que, si el Señor algún tiempo te ha tratado con estos espirituales regalos, no se te hayan quitado por alguna culpa de liviandad, o negligencia, o desagradecimiento, o cosa de aquéstas. Y si en ello has caído, pon el remedio conforme a la culpa, y el Señor hará contigo lo que mejor te estuviere..

Y si no eres de aquellos que se aparejan con tanto esfuerzo para esta mesa sagrada, ni sientes lo que ellos sienten cuando comulgan, procura de mejorarte en el servir, para que el Señor, cuando fueres a su mesa, tienda su mano en galardonarte. Y espérale, que Él volverá, y te mirará; y por muy poco que te dé de aqueste sagrado convite, lo debes en más estimar, que si todo el mundo te diese. Más vale un poco de oro, que mucho de lodo; y sin ninguna comparación, es más preciosa una migaja que el Señor te dé de aquesta celestial mesa, que cualquier bocado que te dé el mundo, por grande que sea. Toda razón pide que lo que aquí se da es de mucho valor, pues creemos que el mismo Señor se aposenta en nosotros con verdadera presencia real. Y pues un hombre rico y piadoso que condesciende a visitar los pobres de un hospital, no se debe creer que se saldrá de allí sin hacer misericordia, ¿qué podremos esperar siendo Dios riquísimo, y dándosenos Él mismo, sino que quien a Sí mismo se nos da, no habrá cosa que niegue?

¡Alabada sea, Señor, para siempre tu bondad!

15.—*El convite del rey Asuero y la comunión.*

Bastantes mercedes son aquestas que Dios de presente da a los que a su mesa sagrada se allegan para

---

(17) *Se asgan* (de asir): se agarren.

despertar nuestra hambre, y poner espuelas a nuestra pereza, y correr a esta mesa divina a gozar de sus bienes. Mas para que más entiendas cuánto te cumple ser convidado de aquesta mesa, por mucho que te costase, has de saber que así como este divino convite es cumplimiento de muchas figuras pasadas, es también figura del convite del cielo, que se tiene de hacer a los que comieren como deben de aqueste divino *Pan que descendió del cielo* a la tierra.

Figurado fué este convite, de que ahora gozamos, en el pan y vino que ofreció Melquisedech (*Gen.*, 14, 18). Figurado fué en el maná que llovió Dios a los padres en el desierto (*Ex.*, 16, 14). Y más por extenso fué figurado en aquel famoso convite que el gran rey Asuero hizo en la ciudad de Susan *en el tercer año de su imperio* a todos los príncipes y esforzados caballeros, y a todo su reino; del cual diremos aquí, dejando las otras figuras para en sus lugares.

Quiso aquel rey, según la Escritura dice (*Esth.*, 1, 4), *enseñar las riquezas de la honra de su reino,* y los deleites que podía dar según la grandeza de su poderío; y en un portal que estaba cerca del palacio real *y cerca de un huerto* de mucha frescura, como convenía a la majestad del rey, mandó poner las mesas para los convidados, y encima de ellas muchos *doseles de color blanco y colorado y de jacinto,* los cuales eran sustentados *con cuerdas de holanda y carmesí,* y atadas *a unas columnas de mármol* para que se tuviesen (18); y con este amparo eran defendidos los convidados del sol y del agua, para que mejor pudiesen gozar del convite. *El suelo* del portal *era de piedras preciosas, y maravillosamente adornado,* encima del cual había *lechos de oro y de plata* en que se acostasen los convidados para comer, porque era uso y costumbre que entonces se usaba.

Los platos y *tazas* eran *de oro,* y había tantos, que *los mudaban de unos en otros,* y no era menester que uno aguardase para beber, a que otro convidado hubiese bebido. *El vino era muy excelente, como vino de rey, y había de ello grandísima abundancia.* Y porque no hubiese convidado que recibiese algún sinsabor, *mandó a todos los que tenían cargo de proveer las mesas, que ningún convidado fuese constreñido a be-*

(18) *Se tuviesen:* se sostuviesen.

ber cuando no quisiese, o más de lo que quisiese, sino que en todo *se guardase su contentamiento.*

A algunos parece que primero hizo convite a los príncipes de su reino, que duró muchos días, y después convidó a todos, chicos y grandes, cuantos había en la ciudad, por tiempo de siete días. Y otros dicen que el aparejar del convite duró mucho tiempo. y que fueron juntamente convidados los príncipes y los otros, chicos y grandes (v. 4, 5).

Famosa (19) *figura* de este convite divino; pero más famoso es el *cumplimiento* de esta figura. Asuero era rey de un poco de tierra, y Jesucristo nuestro Señor es del cielo y tierra, y *tiene escrito en su muslo,* según dice San Juan (*Apoc.*, 19, 16), *Rey de reyes, y Señor de señores;* porque, aun según hombre (20), es Él Señor de todas las cosas.

Queriendo este benditísimo Rey de reyes y Señor de señores *enseñar la grandeza de sus riquezas,* que son virtudes y gracias, y los deleites santos que hay en Él, quiso *en el tercero año de su reinado,* que fué en el tiempo de la gracia, en la ciudad de Jerusalén, sobre cuyo monte, dice el mismo Señor por boca de David (*Ps.*, 2, 6): *Yo soy constituído Rey de la mano del Padre sobre su santo monte Sión,* y en el Cenáculo que en aquel monte está, cenando con sus discípulos, tomó en sus sacratísimas manos pan y vino de lo que estaba en la mesa, y después de haberlo consagrado, lo dió a comer y beber a los doce Apóstoles que *había de constituir Príncipes sobre toda la tierra* (*Ps.*, 44, 17); y dándoles poder para hacer lo mismo que Él había hecho, a ellos y a los sacerdotes derechamente (21) ordenados, convidó también a todos los cristianos, chicos y grandes, no de una ciudad sino de todo el mundo universo.

Y si el otro convite duró *siete días,* o *ciento y ochenta,* éste durará no sólo semana de días, ni de meses, ni de años, sino por todo el tiempo que el mundo durare, que se significa en número de *siete,* y en tiempo de una semana, porque todo el tiempo por

---

(19) *Famosa;* dícese no sólo de la cosa que ha adquirido fama, sino también de la que merece tenerla. Podríamos decir: *maravillosa, insigne.*

(20) *Según hombre:* en cuanto hombre.

(21) *Derechamente:* rectamente.

estos siete días se revuelve (22), y lo comienzan otros siete de nuevo.

Mas si este convite tanto excede al otro en lo mucho que dura, ¿quién tendrá lengua para decir cuánto le excede en el manjar y en el vino que en él se dispensa? Animales o aves sería lo principal de aquel convite, y el vino sería añejo, de buen olor y sabor, producido de las vides de la tierra. Y en cumplimiento de aquella figura, tenemos nosotros aquí en este convite *el manjar que del cielo descendió,* santísima carne, santísima ánima, excelentísimo pan, que es el Verbo de Dios. Este es el manjar que comemos; y en lugar del otro vino, bebemos su bendita Sangre. ¡Nuevo convite, nunca oído ni visto hasta que Dios lo ordenó; ni corazón de hombre tal pensó, que la divina bondad tanta manifestación diera del amor que tiene a los hombres para gloria suya!

Si quiso *enseñar sus riquezas,* muy bien acertó a tomar este medio, pues con las cosas que aquí hace se manifiestan las riquezas de su sabiduría, bondad y misericordia, de tal manera, que este sacrosanto Misterio se llama, según hemos dicho, *gloria de Dios,* por cuya participación los pobres son hechos ricos de riquezas espirituales y eternas. Y [si] quiso enseñar *la grandeza de sus deleites,* muy buen aparejo hay en aqueste divino manjar, aparejado *con dulcedumbre al pobre* (*Ps.*, 67, 11), y sabrosísimo de gustar sobre todos los sabores. Porque [si] conforme al ser de la cosa, así sea su sabor, siendo Dios el que comemos, Bien sobre todas las cosas y dulcedumbre infinita, manifiesto es que nos manifestará bien su deleite, incorporándonos en Él mediante esta santa comida; como una pera metida en un mar de azúcar dulcísimo, y por todas partes y hasta lo último de ella penetrada de él.

Los *platos* y *copas* en que se come esta Carne y se bebe esta Sangre son la consideración amorosa de los beneficios que este Señor nos ha hecho desde que se hizo hombre por nosotros hasta el punto que lo vamos a recibir en el altar.

El *manjar* uno es; mas si consideras, que este Señor se hizo hombre por ti, nació en pobre casa, fué

---

(22) *Se revuelve:* da la vuelta entera. Quiere decir que el tiempo no es más que una serie de semanas que se suceden unas a otras.

puesto en pesebre por ti, y a cabo de ocho días derramó su preciosa Sangre, y después huyó a Egipto, y tornando a su tierra se cansó por los caminos, y padeció muchas persecuciones, y al fin de la vida mayores, y perdióla en la cruz por ti; fué sepultado, y *resucitó por nuestra justificación* (*Rom.*, 4, 25), subió a los cielos a parecer delante del Padre abogando por nosotros, envióнos el Espíritu Santo, y Él mismo se nos pone en el altar para que le recibamos: ¡oh cristiano, y qué hartura, y qué dulcedumbre recibiría tu ánima si no comieses este sagrado manjar así de prisa y todo junto, sino que le repartieses en estos bocados! Cada uno de los cuales es tan grande, que se puede repartir en otro y otros, y el menor de ellos es más precioso y más deleitoso, que todo lo que en el mundo puede haber.

Pide a Dios ojos interiores para saber mirar y estimar lo que te ponen delante cuando comulgas, y con amorosa memoria dile: «Señor, Vos sois el que por mi amor descendisteis del cielo; Vos el que nacisteis, vivisteis y moristeis por mí.» Y ten por averiguado, que así como nunca faltó el aceite a la viuda de Eliseo, hasta que le faltaron los vasos en que echarlo (4 *Reg.*, 4. 6), nunca a ti te faltarán manjares en este manjar, si no te falta devota y amorosa consideración. Y digo *amorosa*, porque los vasos y platos del otro convite eran *de oro*, y el oro significaba el amor, como cosa más preciosa de todas; y si quieres gustar de este manjar y chupar esta Sangre, lleva contigo vaso de amor, porque de otra manera no se comunicará contigo este divino manjar, guisado con grandeza de amor.

Hermoso era el suelo del otro convite; más hermosa es la fe—fundamento de todo bien—, que excelentemente se ejercita en este divino Misterio, por ser cosa sobre toda razón.

Y no dejes pasar en olvido que sobre el suelo estaban *camas de oro y de plata*, sobre que se recostaban para comer con descanso; para darte a entender, que si quieres comer con provecho y sabor de este divino manjar, has de traer tan buena conciencia de esperanza y caridad, y otras buenas obras, que no te remuerdan y acusen, sino que descanses en ella con mucha paz.

Y *los doseles* del otro convite, que defienden de los impedimentos que se podrían ofrecer a los convida-

dos, son las doctrinas de la Iglesia y de los Santos pasados, que nos defienden de los errores y tentaciones de los demonios, y de nuestras ignorancias, y de todo aquello que nos puede ser impedimento para no gozar de este convite como debemos. Estos Santos son *columnas* firmísimas que sustentan esta santa verdad de este divino Misterio; hombres a quien Dios habló, hombres de santísima vida, que con la santidad de su vida y con el derramamiento de la sangre por Jesucristo nuestro Señor, cobraron tanta autoridad, que tienen en pie su doctrina, como las columnas del otro sustentaban los doseles con *cuerdas de holanda y carmesí;* porque hallarás que estos Santos tuvieron mayor blancura de limpieza de vida que una fina holanda, y fueron tan encendidos en el amor del Señor, que derramaron por Él su sangre, con que fueron teñidos mejor que ningún carmesí.

Y una cosa queda por decir, que no es la menor; que no había en aquel convite quien constriñese a beber, porque el vino debía de ser tal, que Él mismo convidaba consigo, y antes sería menester freno, y que constriñesen a no beber tanto, que forzarles a que lo bebiesen. ¡Oh dulcísima Sangre! ¡Oh preciosísimo Vino! ¿Quién nos ha cerrado los ojos? ¿Quién ha derribado nuestro apetito, para que no conozcamos tan grande valor, no gustemos tu dulcedumbre, y sintamos tan mal de ti, que sea menester que los predicadores os importunemos con tantas palabras a que vayáis a comer y beber este celestial *Pan* y *Vino, que esfuerza y alegra nuestro corazón?* (*Ps.*, 103, 15.) Y lo que peor es; que hay algunos que sea menester que les fuerce el Prelado y la justicia, para que vengan de mala gana a la mesa de la *Buena gracia* (23), donde el Señor de tan buena gana se da.

¡Oh válame Dios, y qué diferentes caminos andamos Tú, Señor, y nosotros! Tú vienes del cielo muerto de hambre por mantenernos, y el hombre no ha gana de Ti, y huye por no recibirte. ¡Adolécete (24), Señor, de cuán errados caminos andamos, y métenos por tu misericordia en los caminos de tu verdad y de

---

(23) *Buena gracia* es lo que a la letra significa *eucaristía.*

(24) *Adolécete: compadécete.*

tu amor, para que, pues vienes con grande gana de dártenos, vayamos a Ti con gana de recibirte!

¡Cristiano, que es menester rogarte que comas de este sagrado manjar y bebas de este dulcísimo vino! Verdaderamente merece Él por quien es, por su hermosura, por su bondad, que le amásemos tanto y tuviésemos tanta hambre de ir a Él, que las voces que ahora os damos los predicadores rogándoos que vayáis, había de ser deciros, que aunque el vino es dulcísimo y vuestra sed grande, que os templásedes (25) en el beber, que por ventura comíades más que vuestros trabajos merecían.

16.—*La Comunión, figura del convite del cielo.*

¡Plegue, Señor, a tu misericordia que venga ya aquel día, en que faz a faz nos veamos, para que tu hermosura claramente vista despierte en nosotros deseos eternos!

Vendrá, cierto, vendrá, y vuestros ojos verán claro a este Señor que ahora veis escondido, si queréis aprovecharos de este convite, que como es cumplimiento de las figuras pasadas, así es figura del convite que está por venir. No *figura* en lo que toca al manjar, porque el mismo que aquí comemos en fe, es el mismo que allá comeremos en su propia especie (26). Que por esto dice San Juan que él vió *en las dos riberas* de un río que salía de la silla de Dios, *árbol* (*Apoc.*, 22, 2), y no árboles; porque de la una parte del río, que es el cielo, está Jesucristo nuestro Señor manteniendo a los de allá; y a la otra ribera, que es la Iglesia en que estamos, está el mismo *árbol de la Vida* manteniéndonos como manjar. Y aunque en el sitio local hay muchas leguas de esta ribera a la otra, de la tierra al cielo; mas para quien bien come de aqueste manjar, muy cerquita está el convite del cielo; según está figurado en el convite pasado [de Asuero], que fué hecho en un portal *cerca del huerto* del rey; y aquella bienaventuranza del cielo es llamada por nombre de *paraíso*, que quiere decir *huerto*, por ser cosa fresca que da mantenimiento y deleite; y [del]ante de él está el portal, que es la Iglesia; y

(25) *Os templasedes:* os moderaseis.
(26) *Especie:* figura.

aquello y esto se llama un reino de Dios, y se llama paraíso y huerto cerrado. De manera, que como en los nombres somos cercanos al cielo, así lo seremos en entrar allá, si sabemos aprovecharnos bien de aquesta mesa sagrada.

En la cual, aunque esté el mismo manjar—y cuanto a esto no sea figura—, mas cuanto al modo de comer, y cuanto a otras circunstancias, es grandísima ventaja la que aquel convite del cielo hace al que celebramos en la tierra, con este convite excede a las cosas que lo figuraban. Por un pequeño templo, en que aquí celebramos este convite, hay allá la inmensidad del cielo, en cuya comparación lo de acá es un punto. Aquí hay música de alabanzas divinales, para que mejor nos sepa el manjar; allá hay música de innumerables cantares, que no descansan noche ni día alabando al que los crió. Este Señor que aquí está es Rey; no está solo, que muchos ángeles están con Él, aunque no los vemos; pocos son en comparación de los que están allá, pues *millares de millares lo sirven, y diez veces centenas de millares asisten a Él* (*Dan.*, 7, 10). El suelo en que se hace el convite de acá precioso es, mas las plazas de aquella ciudad que San Juan vió, son de oro purísimo.

Encubierto está aquí este Señor para mérito de nuestra fe; allí es visto faz a faz para galardón de los que aquí trabajaren. Abrimos aquí la boca y recibimos su santísimo cuerpo en nuestras entrañas; mas aquella conjunción (27) que en el cielo habrá cuando nuestra ánima se junte con la divinidad, ¡dichosos los que la gustan! que a nosotros es inefable. Un hierro metido en un fortísimo fuego, parece que es el mismo fuego; y cuando el sol se incorpora con una nube, párala tan luciente, que semeja al mismo sol; mas todo esto, y más que se puede decir, es muy bajo en comparación de aquel *íntimo ilapso* (28), por el cual en el cielo el ánima *es hecha un espíritu con Dios* (1 *Cor.*, 6, 17), y queda Dios más dentro de ella que ella misma consigo.

¡Oh junta honrosa, oh deleitosa y bastantísima a hacer un ánima enteramente bienaventurada! No tienes precio, no tienes nombre; sobre todo pensamien-

---

(27) *Conjunción:* unión de uno con otro.

(28) *Ilapso:* éxtasis contemplativo (Acad.), infusión de la divinidad, que penetra en el interior del espíritu.

to y deseo te has levantado, y eres un maná escondido, que sólo el que lo recibe lo sabe.

El deleite se causa de juntarse una cosa con otra que le es conveniente, de una cierta proporción, que hace dos cosas semejables que venga una con otra. ¿Mas qué lengua habrá que diga cuán bien, cuán propio, cuán ajustado viene Dios con el ánima? Pues ella es criada a imagen de Él, y la junta es indecible, y el amor es indecible, y así lo son los deleites. Tiene esto la infinita hermosura de Dios, que en siendo vista, causa en sus amadores una hambre y sed de espiritualmente comerlo y beberlo, y de tal manera les roba los corazones, que ninguna saeta tan recia va a dar en un blanco, cuanto ellos van a juntarse a Dios; y según la hambre, así es la hartura. Y aunque el cuerpo tenga sus corporales placeres que toma de las criaturas; mas el ánima y sus potencias, como son más excelentes que las corporales, cuando allí se emplean todas en su Criador, gozan un deleite tan verdadero, que la menor gota de aquel dulcísimo vino es más preciosa que todos los deleites de acá, y quien de aquello bebiere, de todo lo demás tiene muy apagada la sed. Y como el ánima es incorruptible y eterna, y el manjar mucho más, la hambre—para que el manjar sepa bien—es grandísima, el manjar está muy junto con ella, comen siempre con hambre que no atormenta, sino que alanza el fastidio; y aunque la divina esencia sea una, sus perfecciones son infinitas, y ya contemplan en una, ya en otra, comiendo siempre, y hallando siempre qué de nuevo comer.

Son servidos en diversos vasos con diversos manjares, no en la esencia sino en la consideración; y todos son de oro, porque están encendidos en perfectísimo amor; y no es menester que les constriña nadie a comer ni beber, porque la hermosura, bondad y dulzura de Dios los saca de sí, y los junta consigo con suavísima fuerza.

Aquí tenemos *doseles* de doctrina de Santos de la Iglesia, que nos defienden de los errores e impedimentos que nos pueden turbar nuestra sagrada comida: mas allí no habremos menester este reparo, ni lumbre de fe, porque claramente veremos todo lo que aquí creemos, sin poderlo dudar. El *dosel* que allí los cobijará, serán *las alas* (*Ps.*, 16, 8) divinas, que así los tendrá *amparados* debajo de su sombra, *como la gallina tiene a sus hijos* (*Mt.*, 23, 37), morando en ellos,

y ellos en Él; gozoso de hacerles bien, y gozosos ellos de recibirlo; sus deseos son tan llenos, que no tienen más que desear, y nunca ellos pensaron ni desearon que era tan grande el bien que de la mano poderosa de Dios habían de recibir.

Ellos están asentados a aquella mesa divina, y comiendo del pan celestial sin velo ninguno; nosotros estamos acá en este miserable destierro. Y aunque somos dichosos por comer del *Pan que del cielo vino*, tenemos por qué llorar, porque ni sabemos comer, ni se puede comer acá tan bien como allá. Y no es maravilla, pues que esto es *figura* celebrada en este destierro, que más es para despertar hambre que para quitarla, y el *cumplimiento* de ella está allí, donde está escrito (*Ps.*, 35, 9) que *serán embriagados de la abundancia de la casa de Dios, y los dará a beber con el río de su deleite.*

Gocemos entretanto, hermanos, de este deleite, y suspiremos por aquél; agradezcamos éste, alleguémonos a él, y tendremos una prenda y señal de que hemos de ser convidados del otro.

17.—*La Mesa eucarística y el juicio final.*

Estad muy atentos a lo que pasa en este convite en este tiempo presente, y veréis una clara figura de cómo le irá a cada uno en el día del juicio que está por venir.

San Agustín dice que la cruz donde el Señor fué crucificado, «no sólo fué tormento de quien padecía, mas también fué silla de Juez que daba sentencia». Dos culpados tenía a los lados este Juez; y al que conoció y confesó sus pecados, y le dijo (*Lc.*, 23, 42): *¡Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino!*, le perdonó, y *aquel mismo día* lo llevó *al paraíso*, y le hizo convidado de su mesa divina, compañero de los santos y de los ángeles, que comen a Dios y se mantienen de Él para siempre. ¡Dichosa suerte, por cierto, y copiosa paga de su confesión! Y por el contrario, desdichado el de la mano izquierda, que por no hacer lo que el otro hizo, perdió el convite de Dios, y fué sentenciado a ser él manjar de la muerte que lo pazca, y sin acabarlo, esté siempre lamentando mientras Dios fuere Dios.

Pues aquello que en la cruz pasó, de ser salvo el que

estaba a la mano derecha, y condenado el que a la izquierda (que fué figura del día postrero, cuando el Señor, que fué de los hombres juzgado y condenado, venga *en las nubes del cielo con gran majestad* (*Mt.*, 24, 30) y absuelva a los de la mano derecha y condene a los de la izquierda), esto mismo representa en esta mesa sagrada; mal de unos, bien de otros, si hay ojos que lo sepan mirar.

¿Qué piensas, hermano, que es paraíso? Es un sentarse Dios y decir el *Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está aparejado desde el principio del mundo* (*Mt.*, 25, 34). ¿Y qué piensas que es infierno? Ser alanzado un hombre de la mesa de Dios, llena de hartura y lumbre, y echado *en las tinieblas de fuera* (*Mt.*, 8, 12) con la voz del Juez, que dice (*Mt.*, 25, 41): *Apartaos de Mí, malditos* de mi Padre, *al fuego eterno que está aparejado.*

Juntarse con Dios, es paraíso; apartarse de Dios, es infierno.

«Pues dime, cristiano—dice San Cipriano—: tú que te apartas de este sagrado convite, en el cual está Dios, ¿no ves que ya das señal en esta vida presente de lo que ha de acaecer en el terrible día del juicio que está por venir? Tú mismo te apartas de Dios; tú mismo das sentencia contra ti; no te hará Dios injuria en apartarte de Sí, aunque tú mucho le ruegues, y todo el cielo y la tierra, que te junte consigo, pues ahora tú te apartas de Él de tu propia voluntad, y con tanta porfía, que aunque te rueguen predicadores y el mismo Dios que te está convidando, te haces tan sordo, como si no valiese nada con lo que te convidan, o como si pudieses valerte sin Él, o como si Dios, que te lo ruega, no fuese nadie.» ¡Ay de ti, para en aquel día en que Dios entrará en juicio contigo, y será la sentencia (1 *Cor.*, 14, 38): *El que ignoró, será ignorado*; «el que de Mí se apartó, será de Mí alanzado»!

Otra señal tienen, por cierto, las ovejas de nuestro Señor, que según su flaqueza se aparejan para, con limpia conciencia, venir a comer de este Pan celestial y este pasto divino, conociendo y confesando sus culpas, y suplicando al Señor *se acuerde de ellos* en bien, cuando venga a juzgar vivos y muertos; y llegándose muchas veces, recibiendo su santísimo Cuerpo, van aprovechando en la buena vida, y juntándose con el ánima cada día más a nuestro Señor. Este *Pan que*

del cielo descendió, obra en ellos desprecio de las cosas de la tierra, y levántales con su poderosa fuerza a que deseen las cosas del cielo y suspiren por ellas; porque como es pan que desciende de alto, tiene virtud para subir al hombre a tan alto como Él descendió. Y así los inflama con el deseo de aquel eterno convite, que están ligeros para *correr el camino de los mandamientos* de Dios (*Ps.*, 118, 32) y fuertes para sufrir los trabajos y tentaciones de cualquier manera que sean. Todo lo tienen en poco, por ser participantes de aquellas verdaderas y dulces palabras (*Lc.*, 22. 28): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí, para que comáis sobre mi mesa en mi reino.* Comen de esta mesa, y tienen hambre de aquélla. De aquí cobran fuerza, y allí cobran el descanso. Este *Pan celestial* les es pan para trabajar, y allí lo esperan para gozar; y viviendo aquí con el cuerpo, viven allá con el ánima. Como acaeció a Santa Mónica (y a otros muchos), que habiendo acabado de comulgar, como recibió *el Pan que descendió del cielo,* fué inflamado su corazón en el deseo del cielo, y como embriagada del vino de Dios que había bebido, comienza a dar voces diciendo: «Volemos al cielo, fieles, volemos al cielo.»

18.—*¡Cuán amadas son tus moradas! (Salmo 83.)*

¿Qué maravilla que, pues aqueste sol criado, hiriendo con sus rayos en la tierra llovida, levanta con su calor los vapores de ella trayéndolos hacia sí y haciéndolos subir a lo alto, que Jesucristo nuestro Señor, verdadero Sol de justicia, criador de estotro sol, levante con la fuerza de su amor el ánima que está llovida con gracia, y humedeciendo el corazón y ternura. la haga subir sus deseos a lo alto del cielo, y olvidada la bajeza de acá, la encienda en amor de la casa del cielo donde Dios mora, y la haga decir como otro David (*Ps.*, 83): *¡Cuán amadas son tus moradas, oh Señor de las virtudes! Mi ánima codicia, y en gran manera desea los palacios del Señor. Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo,* o, como dice otra letra, *llamaron o alabaron a Dios vivo.*

En otra parte dijo David (*Ps.*, 62, 2): *Mi ánima y mi carne hubo sed*; porque el ánima encendida con

amor del Señor, y la carne afligida y mortificada con la penitencia, entrambas desean a Dios; y cuando reciben este divino Sacramento, entrambas *se gozan en Dios*, y entrambas desean estar en el cielo, y con entrañable suspiro dicen lo que se sigue (*Ps.*, 83, 4): *El pájaro halló casa para sí, y la tortolilla nido donde ponga sus hijos*. Y entiendo yo, *mi Dios y Señor de las virtudes*, que *tus altares* son para mí nido y casa, y suspiro por ir a ellas, *Rey mío*. Y entretanto que no voy, considero la buena dicha de los que moran en tu casa; y no con envidia, sino con alabanza tuya; y deseo verme con ellos; digo que son *bienaventurados los que moran en tu casa, Señor*, y que son tantas las magnificencias que haces con ellos, son tan grandes las perfecciones que ven en Ti, que ni estarán ociosos, ni tendrán extrañas ocupaciones; mas *en los siglos de los siglos te alabarán*.

Mas aunque el cristiano, que acá mora en obediencia y deseo de Ti, no es tan bienaventurado como aquellos que te ven cara a cara, mas cábele parte de aqueste nombre, y digo que es *bienaventurado el varón del cual Tú eres su arrimo* y fortaleza, y con tu gracia tiene fuerza, que aunque la propia inclinación y cosas de este mundo tiren de él hacia abajo, queriendo hacer que se huelgue y tome gusto de las cosas de la tierra, él no anda por estos caminos, mas *tiene puestos en su corazón tus caminos y subimientos para Ti*, despreciando todos los impedimentos, y con obras y verdaderos deseos, va cada día subiendo más y más hacia Ti. Ni le estorban los impedimentos de aqueste *valle de lágrimas*; ni lo próspero ni lo adverso; por todo pasa para guardar aquí tu Ley, y para llegar a tu sagrado convite; y esto tiene en su corazón y por consuelo en esta vida.

Y como el Señor inspira estos deseos y esta dichosa hambre de comer de Dios a su mesa allá, y acá corresponde a los tales deseos con particulares favores, *dando gracia el que dió la Ley* para que la cumplan; y confortados con ella, *caminan aquí de virtud en virtud, hasta que vean al Dios de los dioses* en la celestial *Sión*: clamen al Señor suplicándole oiga sus oraciones y cumpla sus deseos, y díganle: *¡Señor de las virtudes, oye mi oración; óyela con tus orejas, Dios de Jacob! ¡Defendedor nuestro, mira en la faz de tu Cristo!* Míralo sentado a tu diestra abogando por nos: míralo aquí entre nosotros encendiendo nuestro cora-

zón, levantándolo a Ti. Míranos por Él, pues nos redimiste por Él, y cumple el deseo que nos has dado y estimación de tu casa; que tenemos por *mejor un día en tus palacios, que millares* de días en cualquiera parte. *Más quise ser el menor,* y estar *en* el umbral de *la casa de Dios, más que morar en las moradas* de la maldad y *de los pecadores.* El *umbral* de la casa del cielo es la sagrada Comunión, porque por ella suben allá; y sin comparación vale más el bien, el deleite y la honra que en este *umbral* hay, que todos los bienes y placeres que dan los pecados a los pecadores.

El Señor ama la misericordia, pues nos dió este manjar; ama *la verdad,* pues como lo prometió lo cumplió; y Dios es nuestro sol y nuestro escudo, porque no sólo nos alumbra y alienta de dentro, mas nos defiende de los males de fuera, y *nos dará su gracia y su gloria;* a los malos castigará, y *no dejará sin galardón a los que viven sin hacer daño* a otros.

Y después de mucho pensado, y enseñado, Señor, por tu Espíritu, digo que *bienaventurado es aquel hombre que espera en Ti.* Si bien hay en este mundo, si cosa que desear, si placer, si contentamiento, aquel lo tiene que de presente recibe con buena conciencia a tu sacratísimo Hijo, y con esta prenda *tiene esperanza,* acompañada de buenas obras, que después de este destierro lo llevarás a tu gloria.

TRATADO 15

LA EUCARISTÍA, RETABLO DE LAS MARAVILLAS DE DIOS.

Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se.

Hizo memoria de sus maravillas el misericordioso Señor y hacedor de misericordias; dió manjar a los que le temen.

(*Ps.*, 110, 4, 5.)

1.—*Introducción: La reina Vasti y la Virgen María.*

Cuando alguna cosa muy grande súbitamente se ofrece, y primero no es creída como lo había de ser, suele causar grandísima admiración; y por eso se tiene por costumbre, cuando alguna cosa grande se tiene de decir, que precedan algunas cosas pequeñas, e ir así creciendo poco a poco, hasta venir a decir la cosa que quieren, como el que sube una altura muy grande por unos escalones pequeños; y entonces, como han precedido cosas que han ayudado para venir a aquella grandeza, no suele causar tanto espanto.

Es tan gran cosa lo que hizo Dios en este divinísimo Sacramento, que porque los hombres no se espantasen de ver una cosa que a los ojos humanos—no mirando al infinito poder de Dios—parece tan grande y tan alta, ver a Dios hecho manjar para que le comamos, cosa es que pone grandísimo espanto; y así, para que pudiese ser creída, ordenó que no se manifestase luego, sino que desde el principio del mundo acaeciesen cosas y precediesen figuras que poco a poco declarasen lo que tenemos entre manos. Para que nuestros ojos viesen ahora las grandezas que Dios hizo

en este Santísimo Sacramento, para que se comenzase a decir esta verdad, para que nuestras orejas oyesen ahora que el Verbo de Dios era ya encarnado y que estaba en el altar hecho manjar de vida, convidándonos que le vayamos a comer, ¡qué de comidas, qué de convites que precedieron! Porque si luego al principio del mundo, cuando los hombres aun no estaban recios en la fe, se hiciera Dios Hombre y se metiera en el Santísimo Sacramento, donde ahora está, ¿quién lo creyera?

Entre otras cosas y convites que figuraron este Santísimo Sacramento, leemos que fué el del rey Asuero, rey de los medos y persas, el cual, queriendo mostrar la gloria de las riquezas de su reino y la magnificencia de su poder, para que por muchos años quedase la memoria de él, hizo un gran convite a los principales de todo su reino, tan abundante de manjares y de diferentes guisados, que duró seis meses enteros. Estando ya todo aparejado, las mesas puestas, los convidados presentes, dijo el rey Asuero: «No falta nada aquí sino la reina Vasti, mi mujer, para que todo el convite esté cumplido; llamádmela acá»; y mandó a ciertos criados suyos que trajesen delante de sí a la reina Vasti su mujer, y que la aderezasen muy ricamente, y le pusiesen una diadema sobre su cabeza, para que todos viesen su gran hermosura, porque era hermosa en grandísima manera. Entraron, pues, sus criados y dijéronle que el rey mandaba que saliese al convite. Ella no quiso ir al convite, y dijo: «Andad, decidle al rey que no quiero ir allá.»

Enojóse de aquello en grandísima manera el rey Asuero, y pidió consejo a los letrados y sabios de su corte de lo que debía de hacer sobre ello. Ellos, habido su consejo, respondieron: «Señor, no hay otro medio sino que, pues la reina Vasti, vuestra mujer, no os obedece, vos la echéis de vuestra casa, y no sea más tenida por mujer vuestra. Porque si esto se disimulase, y vos, señor, no lo castigásedes, sería grande escándalo de vuestro reino, y cada mujer hará otro tanto con su marido, viendo que vos dejáis pasar esto sin castigo; porque los mayores siempre son dechados de los menores, y así viéndolo el pueblo hacer al rey, hará él otro tanto. No hay mejor que, pues la reina Vasti no ha conocido el bien que tenía en ser mujer vuestra, que lo pierda, y pongamos en su lugar otra, a la cual la reina Vasti no lleve ventaja en hermosu-

ra y natural, que sea muy cumplida de todas virtudes, y que en lugar de la desobediencia de la reina, esta otra sea muy obediente y humilde.»

Estaba entonces en aquella ciudad una doncella llamada Ester, huérfana, desamparada, pobre, que no se acordaba nadie de ella; era hermosa en grandísima manera, a la cual en ninguna cosa llevaba ventaja la reina Vasti; cumplida de todas virtudes, casta, honesta, obediente, humilde, bien criada, amorosa. Esta, pues, trajeron al rey Asuero, la cual le agradó más, y le fué más obediente que la reina Vasti le desagradó. Venida, pues, Ester, estuvo el convite lleno y bien cumplido, como no faltaba otra cosa.

Cuando en las historias leyéredes que se hizo algún convite, acordaos de este que entre manos tenemos, porque aquéllos figuraron a éste. ¿Qué convite puede haber que sea tal como éste, en el cual Dios se hizo manjar? Este es del cual dijo Isaías (25), hablando del monte de Sión, porque allí estaba el Cenáculo donde nuestro Redentor cenó el Jueves Santo, e instituyó el Santísimo Sacramento: *Faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vindemiae, pinguium medullatorum, vindemiae defaecatae.* «Hará—dice el Profeta—el Señor de *las huestes* un convite en este monte a todos los pueblos del mundo, de cosas gruesas y de vendimia muy delicada, de cosas gruesas y medulas, y dará un vino de lo que sale de la flor de las uvas sin pisarlas, vino apurado del mosto que se escurre sin estrujarlas; hará un convite a todos los pueblos.» ¿Cómo se puede entender esto a la letra, que se habían de juntar allí en aquel monte todos los hombres del mundo? Sino que lo dice por el Santísimo Sacramento. *Convite grueso, de medulas muy gordas,* donde da a entender la gran substancia, virtud y fuerza de este Santísimo Sacramento. *Convite en que se dará vino de la flor de las uvas,* dando a entender la suavidad y dulzura de este manjar.

Convite grueso. En el Santísimo Sacramento hay tres cosas: la Carne de Jesucristo, y su Anima y la Divinidad. Por la compañía que tienen el Cuerpo y el Anima, dando el Cuerpo nos da el Anima; y por la compañía que tienen el Anima de Jesucristo y la Divinidad, se nos da Dios dándonos el Anima. Y así, cuando comulgamos recibimos al que es verdadero Hombre y verdadero Dios juntamente. ¿Qué cosa se

podía pensar igual a ésta? ¿Qué sabor, qué dulzura hay en el mundo, que se compare con ésta? Si nos espantamos de un saborcito de una frutica, o de otra cualquier cosa que nos hace perder el tino y decir: ¡Oh bendito sea el que te crió!, ¿qué tan dulce os parece que será el que dió ese saborcito a esa fruta? ¿Qué tan sabroso será Aquel, en cuya comparación lo más dulce de esta vida es amargo, y lo más sabroso desabrido?

Está ya todo aparejado, no falta sino aquella reina de desobediencia, nuestra madre Eva, a la cual habiéndole Dios mandado que no comiese del árbol que Él había señalado, no curó de lo que Dios le mandó, sino antes quiso obedecer a la antigua serpiente, confiada que la mentira que le había dicho saldría verdad, y que comiendo del árbol vedado, sabría tanto como Dios. La cual por su desobediencia fué echada del lugar en que Dios la había puesto, y le fué quitado todo el bien que le había dado, pues que en tan poco lo tuvo.

En cuyo lugar ordenó Dios que se buscase otra que no debiese nada en hermosura ni en natural a la primera reina, que le hiciese ventaja en virtudes; y fué hallada la humilde Ester, que es la sacratísima Virgen nuestra Señora, hermosísima más que nuestra primera madre, dotada de todas virtudes, limpísima de todo pecado, bien criada, honestísima, mansa, humilde, amorosa, en cuya boca nunca se halló palabra de desobediencia, sino que tengo para mí que dijo—mientras que vivió en este mundo—infinitas veces las palabras que dijo al Angel (*Lc.*, 1): *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum.* He aquí la esclava del Señor; sea hecho en mí según su voluntad. Palabra es ésta que la habían de decir siempre los cristianos, y nunca se les había de caer de la boca, y que la dicen los siervos de Dios en prosperidad y adversidad. «He aquí el criado del Señor. yo le he dado ya mi libertad; suyo soy en riquezas y en pobreza; servirle tengo en muerte y en vida; no me olvidaré de Él en la prosperidad, ni desconfiaré de Él en la adversidad; cúmplase en mí todo lo que le pluguiere, presto estoy para le obedecer.»

Fué, pues, recibida la Virgen María nuestra Señora, y agradó más y sirvió tanto a Dios, que venció su humildad la soberbia de Eva, y su obediencia la desobediencia de Eva. De manera, que hallada esta

Señora, fué cumplido con ella todo el convite. Allí está el manjar en el altar; la sacratísima Virgen es la que nos lo parió y la que lo crió en sus benditísimos brazos, la que lo envolvió y dió a mamar; ella es la que nos lo guisó, y por ser ella la guisandera, se le pega más sabor al manjar, aunque Él de sí es dulce y sabroso, y pone gran codicia de comerlo; desde allí nos está convidando con Él. Comámoslo, que no nos irá mal, y tendremos gracia para bien obrar y bien hablar.

2.—*Hizo memoria de sus maravillas.*

Dice el santo Profeta David: *Hizo una memoria de sus maravillas el Señor misericordioso; dió manjar a los que le temen.* Si preguntáis qué hace Dios en este tan profundo Misterio, que entre manos tenemos, del Santísimo Sacramento, responderos ha David: *Hizo una memoria de todas sus maravillas.* ¿No hacen acá los hombres memoria de sus hazañas? Pues así Dios ha hecho una memoria de todas sus maravillas y grandezas.

Quisiera yo veros a todos comulgados y confesados, y en gracia, para que se os pegara bien a las entrañas lo que se ha de decir; pero creo que no lo habéis hecho. Decid: ¿habéis confesado y comulgado en esta fiesta [del Corpus]? ¿No dicen que no basta la vista del médico para sanar, si no hacen lo que dice? Yo os he dicho que no basta mirar, y que no ha de engordar vuestra ánima ni se puede hartar con sólo el ver, si no come.

Ahora tornemos a lo pasado.

¿Qué es esto? (*Ex.*, 16, 15). Luego se ofrece admiración a los que se paran a pensar el alto, y sobre todo entendimiento, misterio del Santísimo Sacramento. ¡Señor, que pareció a vuestro alto consejo hacer una cosa tan grande como es encerraros en este Pan, y hacer una cosa tan grande, que fuésedes manjar de vida para nuestras ánimas!

Salieron los del pueblo de Israel la mañana que Dios les había llovido el maná, y dijeron: *Manhu? ¿Qué es esto?* ¿Qué manjar es éste? Responde David y dice *que hizo Dios una mención de sus maravillas:* hizo una maravilla, donde recogió todas sus maravi-

llas; sumó y recogió todas sus maravillas y grandezas en una.

¿No os holgáis vos de tener diez o veinte ducados en una pieza de diez o veinte, que estén todos en una pieza? (1). Pues así Dios quiso recoger todas sus maravillas en una.

Dais dineros por tener un retablo, porque os dibujen en una tabla cinco o seis pasos de la Pasión, de que sois devoto: o de cuando Jesucristo llevaba la cruz a cuestas, o de cuando estaba orando, o de cuando estaba crucificado. Y aun es muy buena cosa, poi cierto, tener un retablo de esta manera, si están las imágenes dibujadas al vivo; y esto hacéislo por acordaros de lo pasado, de lo que pasó Jesucristo por nosotros. Pues así hizo Dios un retablo en que dibujó todo lo pasado, presente y por venir.

—Padre, ¿cómo encerró Dios en este Sacramento todas sus maravillas pasadas y por venir?

—Escuchad, yo os lo diré. ¡Ah!, que no hay quien os haga pensar en sus maravillas y en su vida. Pero al fin algunos sois devotos del descendimiento de la cruz, otros de la columna, otros del crucifijo; unos de uno, y otros de otro. Pues aquí en el Sacramento hallaréis todo esto que ha ya tantos años que pasó.

Pues ésa es la virtud que tiene este Santísimo Sacramento, como la que tenía el maná que cayó del cielo (del aire habéis de entender, que esto quiere decir allí *cielo*; como decir que llueve del cielo, pero no es sino del aire). Tenía tal virtud aquel maná, que sabía a cada uno a lo que quería; al que quería que le supiese a gallinas, a eso le sabía; el que a perdices, a perdices; el que a miel, a miel le sabía. Pues así es el Sacramento que entre manos tenemos. Creedme, que si os aparejáredes para recibir dignamente este Santísimo Sacramento, que os sabrá a lo que quisiéredes.

¿Tienta la carne? ¿Pícaos con heridas encendidas que os hace reventar? Comulgad, recibid la Carne de Cristo, y hallaréis que por tocar en vos aquella Carne de Jesucristo, concebida por Espíritu Santo, no por obra de varón, se os quitan todas las tentaciones; hallaréis que se os apaga todo el ardor malo, que tenéis de vuestra propia carne.

(1) De diez o veinte, que estén todos en una pieza? (1596).

Si estás triste, comulga y recibirás alegría. Si la pobreza te da mucha pena, comulga y todo se te sosegará. No hay tal remedio en el mundo para cuantos trabajos hay. *Si crees*—dice San Bernardo—*hallarás remedio.*

3.—*La Eucaristía y los Misterios de la santa Infancia*

¿Qué es esto? Hizo un retablo Dios en que puso todas sus maravillas, en que está dibujada su Encarnación, su Nacimiento y su Pasión, y todas las obras pasadas que ha hecho dignas de memoria, para que si deseas acordarte de todo, lo halles todo junto y nada te falte de lo que deseas; y este manjar, con ser uno y solo, te sepa a todo lo que quisieres.

Si eres devoto de la Encarnación, aquí en el Sacramento hallarás esa contemplación, aunque no del todo semejante, pero muy aparente. Piensan que, como cuando Jesucristo encarnó, bajó del cielo, así ahora baja también al altar por movimiento local.

—Pues no baja de esa manera.

—¿Pues cómo baja Jesucristo donde se consagra el pan?

—Porque la palabra de Dios lo quiso así, que luego que el sacerdote, de parte de Jesucristo, dice: *Este es mi Cuerpo,* luego se halla allí, y no saldrá mentirosa la palabra de Dios (2). Antes se hundirán los cielos y la tierra, que falte Jesucristo de hallarse cada y cuando que el sacerdote dijere las palabras que hemos dicho de parte suya.

He aquí quitadas todas las dudas de los que dicen: «Cómo puede ser, cómo no puede ser; sí puede, no puede; cómo viene, cómo no viene.» Son ignorantes; puede Dios hacer, que yo que estoy ahora aquí, esté cien leguas de aquí tan entero como estoy aquí, y que esté en otras cien partes de ese mundo sin pasar por lugar, sino porque Él lo quiere, y en queriéndolo Él, es hecho. Pues no digas ya más de aquí adelante: «¿Cómo puede ser?» ¿Tan necio eres, que te paras a dificultar en lo que Dios pueda hacer con sólo Él quererlo? Como son las viejecitas que aun no saben bien hilar, y páranse a dificultar una cosa tan honda, que si la preguntásedes: Decid, viejecita, esa le-

(2) *S. Thm.*, p. 3, q. 26, a 6.

chuga que coméis, ¿cómo de un granito de simiente se hizo tan grande? ¿Por dónde le entró la substancia? ¿Y cómo bastó ese jugo de la tierra a criarla? ¿Cómo está un durazno, una bellota, cómo de cosa tan chica, de un cuesquecito, viene a hacerse un árbol tan grande y a llevar hojas y fruto? Dime, ¿cómo se hizo esto?

Diráme: «No sé.»

¿Pues para qué lo dificultas? ¿No entiendes esto que es una nonada, y méteste en un abismo tan grande como es esotro? ¿No te basta creer que lo puede Dios hacer todo?

¡Oh Señor, y si quisieses tomar a manos los infieles, y cómo lo harías con sólo esto! Esta ley habías de poner, que nadie comiese, si no dijese primero qué es aquello que come, y cómo y de qué manera fué engendrado. Y sería buena ley, por cierto, que no comieses, cuando vas a comer, hasta que dijeses cómo y de qué manera nació aquello que has de comer. Eso que bebes, ¿qué es?

—Padre, es vino.

—Y ese vino, ¿de qué se hace?

—Padre, de uvas.

—¿Y cómo?

—Estrujadas en un lagar, y aquel mosto a cabo de tanto tiempo se hace vino.

—Y esas uvas, ¿de dónde nacieron?

—De una cepa.

—Y esa cepa, ¿cómo nació?

—De un sarmiento, y ése fué creciendo poco a poco hasta que se hizo una cepa grande.

—Y ven acá; ¿y si se secara ese sarmiento, no naciera?; pues ¿por qué no se secó?

—Porque le llovió.

—Y esa agua, ¿dónde se engendró?

—Allá arriba, en la media región del aire.

—¿Y cómo regó esa vid, y después de regada, cómo se convirtió la simiente de uva, en uva?

—¿Cómo? Con el agua y la tierra se corrompió la forma de simiente, y se vino la forma de sarmiento.

—¿Pues cómo puede ser cosa tan distante nacida de tan distante, un contrario que nazca y se engendre de su contrario?

—No sé, Padre; tanto preguntáis que no os sabemos responder.

—¿Pues si una cosa que comen las bestias no al-

canzáis a saber cómo es, qué hará en las maravillas de Dios? ¿Cómo las queréis entender por razón? Come y calla; cree que Dios lo puede hacer, y di que tú no sabes cómo puede ser o cómo no; que no sabes más de que la palabra de Dios no puede faltar, sino que es verdadera, y que, porque Él ha dicho que está allí, es así verdad.

¿En qué estábamos? Cómo el Alto descendió a hacerse hombre. Pero no habéis de entender que descendió de lugar, así como no entendemos que para venir al Santísimo Sacramento pasa por lugar; porque si eso fuera, no estuviera Dios en todo lugar, lo cual es falso. Piensa, pues, cómo descendió Dios de su alteza, no de lugar, que en todo cabo está. Piensa cómo el Alto, el soberano, el inmenso se abajó; que ha abajado su inmensa grandeza; de eterno se ha hecho temporal, de impasible se ha hecho pasible; que siente el frío, el cansancio, la sed y el hambre. Piensa cómo Dios se abajó, no según lugar, sino en hacerse hombre; como un rey que se casa con una mujer baja, no deja de ser rey, mas abaja su alteza. Pues como el que solamente era Dios, ha venido a hacerse también hombre, así también en el altar ha bajado su majestad y grandeza en hacerse manjar para que lo comamos, no dejando de ser quien es.

Piensa cómo el Alto se abajó, de ser una cosa sola, que es Dios, a ser hombre y Dios en un solo supuesto (3). Y como allá, antes de nacido, estaba en el vientre de la Virgen María, así acá ahora está debajo de los accidentes, y encubierto debajo de ellos. *Foemina circumdabit virum,* dijo Jeremías (31, 22). «Una mujer cercará a un varón.» Como estaba Dios y hombre dentro del vientre de la Virgen, así es acá en el Sacramento. Así como estuvo antes escondido en las entrañas de la Virgen, así lo está ahora debajo de los accidentes del pan.

Toma, pues, esta contemplación, y ve comparando la Encarnación con el Sacramento, y di: Señor, allá os bajasteis a vientre en el cual estuvisteis escondido; acá, Señor, os bajáis a estar debajo de esos accidentes. ¿Dónde estáis que no os vemos, aunque creemos que estáis ahí?

¿No decís acá, viniendo de Misa: «De dónde ve-

---

(3) *Supuesto* aquí es lo mismo que *persona.*

nís»? Decís: «De ver el Cuerpo de Cristo.» Y no lo visteis; que aquella blancura y cantidad que visteis no es el Cuerpo de Cristo. A semejanza es esto; el que viera la humanidad de Jesucristo, dijera con verdad que había visto a Dios; y no lo vió, que no vió más del cuerpo de Jesucristo, el cual en lo de fuera no parecía sino un puro hombre. Sino, porque vió la humanidad, la cual anda tan conjunta con la divinidad, por eso se dice con verdad que vió a Dios. Aunque no es acomodada la similitud—ya os lo dije—; porque acá en el Sacramento el Cuerpo de Jesucristo y la blancura y cantidad no hacen una Persona, allá la hacen la divinidad y humanidad; pero es un rostro por donde se puede contemplar la Encarnación, y aun hay harta semejanza, como hemos visto. Es, pues, una imagen el Sacramento de la Encarnación; es un retablo donde está dibujada esta grandeza y maravilla de Dios, que es hacerse hombre.

Si eres devoto de ver a Jesucristo Niño recién nacido, humillado, pobre, muerto de sed y de hambre, temblando, puesto en unas pajitas en un pobre pesebre por falta de ricos colchones y camas de campo, envuelto en pobres pañales, temblando, aquí en el Sacramento lo verás así. ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor, que estás en los cielos adorado de ángeles, y tienes por bien de estar acá en la tierra tan humillado y tan callado!

Así como los pobres pañales encubrían la limpísima y bendita carnecita de Jesucristo Niño recién nacido; así está ahora cubierta de los accidentes, cantidad y blancura; debajo de ellas está encubierta su grandeza y omnipotencia. Más bajo es el accidente que la substancia, y los accidentes son los que aquí encubren el cuerpo de Jesucristo. Digo que es más bajo el accidente que la substancia, porque la substancia tiene *ser por sí,* y bien puede estar sin el accidente, mas los accidentes no, sino su ser depende de la substancia; y no puede ser que naturalmente haya accidente, si no hay substancia en quien esté *subyectado* (4). Por eso, pues, es el accidente más bajo; y así, estando el Cuerpo de Jesucristo encubierto debajo de accidentes, está cubierto de bajeza, está humillado y pobrecito, más que debajo de los pañales. ¡Que aun no se le ha olvidado la humildad allá donde está

---

(4) *Subyectado:* sustentado como un sujeto.

en el trono de su gloria sentado a la diestra de su Padre!

Si lo quisieras ver entre los pobres pastores, cómo le vienen a adorar, míralo en manos del pobrecito como yo; y mira también a los que lo reciben cómo son también pobrecillos, bajitos y pastorcillos: *Manducat Dominum pauper, servus et humilis,* dice Santo Tomás.

¿Quisieras ver los ángeles cómo cantaban cantares de alegría la noche que lo vieron nacido? Pues acá también hay ángeles. Es cosa ésta para contemplar, que están allí los ángeles dándole gracias por tan grandísimo bien, como fué quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, porque no podemos darlas nosotros las que a su Majestad se deben por tan grandísima misericordia. También las dió Jesucristo por todos nosotros, viendo lo poco que todos éramos para darlas, porque no cayéramos en falta. ¿Ya no os lo dije, que dió Jesucristo gracias al Padre por tan gran bien, viendo que no habíamos de ser para darlas? Allí, pues, están los ángeles alabando a Dios, espantados de ver su grandeza y majestad tan abajada, hecho manjar de los pobres gusanillos.

—¡Oh Padre, que no veo yo nada de eso! ¡Ni veo si hay ángeles, ni si no; no veo nada!

—No te espantes, hermano, por más encubierto que lo veas; no pienses que es peor eso. Y más haces en creer a las palabras de Dios sencillamente; que crees que está allí Jesucristo, porque lo dijo Él, mas cierto que si con los ojos lo vieses; y mucho más, porque en esto se pueden engañar tus ojos, pensando que ven, no viendo nada, y en la palabra de Jesucristo no. Guárdate de querer ver—como algunos desean—alguna carne o sangre en la Hostia. Luego andan muy bulliciosos: «¿No vería yo allí un niño, o a Jesucristo crucificado? ¿No vería yo alguna señal o mudanza en la Hostia?»

Más mereces, si, no viendo, crees fidelísimamente, que si viendo creyeses; porque si, no viendo nada, crees, es señal que fías mucho de Jesucristo, y que tienes por más cierta una cosa que Él dice, que si con tus propios ojos la vieses; y no has menester testigo ni señal que aquello es así. Como cuando un amigo cuenta a su amigo una cosa, el cual si luego se cree de él, agradéceselo mucho, y es señal que lo quiere bien, y que lo tiene por hombre de crédito. Si le dice

que «¿quién estaba delante?», es señal que no se cree de su palabra, sino que quiere más seguridad que la palabra de su amigo para creer lo que dice. Es, pues, muy malo no creer a las palabras de Jesucristo sin prenda, como lo hacen los que decíamos, que quieren alguna señal en el Santísimo Sacramento.

—Así, que hay allí ángeles.

—Mira lo que dicen los teólogos, y muy bien por cierto; que aunque viniese un cuerpo glorificado de los que más gloria tienen, no cualquiera, sino aunque fuese la Santísima Virgen María, no vería más en el Sacramento con los ojos del cuerpo, que uno de nosotros, si no quisiese Dios mostrárselo particularmente. Mirad qué tan encerrado está allí Jesucristo. Procurad de ser fiel en creer que no faltará la palabra de Jesucristo, porque más vale creer que ver (*Jn.*, 20, 29).

4.—*La Eucaristía y los milagros de la vida pública.*

Si quisieras ver a Jesucristo predicando, si lo quisieras ver acá entre los hombres haciéndoles tantos bienes, curando enfermos, dando vista a los ciegos, curar los leprosos, sanar los sordos, perdonando la mujer pecadora, resucitando muertos, aquí lo hallarás haciendo otro tanto. Si nos diese Dios devoción, todo lo *entenderíamos* en este Sacramento, y no querríamos *ver* nada. El que no tiene devoción, no os daré por él un maravedí. Dios me libre del cristiano que no es devoto—y ¡ay de aquellos que no lo son!—. Y la causa es, porque no viene aquí a comunicarse con Jesucristo; y los que no se comunican, luego se olvidan; y del olvido viene a haber tan pocos devotos del Sacramento, que no hace en ellos más impresión ver a Jesucristo entre nosotros, como si no quedara. Como se comunican pocas veces, olvídanse de Él, y váseles poco a poco entibiando la fe; y si viniese un hereje con una razón falsa, les haría creer que no estaba allí Jesucristo, y perder la fe que en Él tienen. De olvidar la comunión y comunicación de Jesucristo, se viene a entibiar tanto la fe, que a no nada que os apremiasen, os harían perder la fe.

¿Hay aquí algunos a quien Dios ha resucitado de muerte a vida, a quien ha perdonado sus pecados, a quien ha sanado de ciego, de cojo, de mudo? ¡Si

viéramos (5) hacer a este Santísimo Sacramento en las ánimas lo que antes hacía en los cuerpos cuando vivía en este mundo! Si entonces resucitaba hombres muertos, ahora también; si [sanaba] cojos, ahora también; si dió lengua a los mudos, ahora ni más ni menos; si dió vista a los ciegos, ahora ni más ni menos. Porque si has hecho un pecado mortal, muerta queda tu ánima; si te confiesas y comulgas, perdónante. ¿Ves cómo te han resucitado, quedando ya tu ánima con vida? Has pasado de la muerte del pecado a la vida de la gracia.

Si andas embebecido tras la vanidad de este mundo, y andas sumido en mil miserias, y Dios, trayéndote un buen pensamiento y otra inspiración: «¿Qué haces, triste? ¿por qué confías en cosa que se acabará mañana? Todo se ha de quedar aquí; procura de buscar morada de gloria; deja eso»; y tú con todo eso no oyes, ni dejas de andar como antes andabas; ciego estás; comulga, y serte ha restituída la vista.

Si andas atónito por un deleite, y no ves lo que acarrea después de cumplido, ciego estás; ¡triste de ti! Comulga, y serte han restituídos los ojos.

Si estás tibio, que no tienes gana de rezar ni de recogerte un rato, y para hacer una buena obra te pesa cada pie un quintal, cojo estás; recibe a Jesucristo, y serte han dados pies ligeros y firmes, y dirás con David (*Ps.*, 39, 3): *Statuit supra petram pedes meos:* «Dado me ha el Señor pies ligeros y firmísimos sobre la *piedra,* sanos y libres.»

5.—*Estáis tibios porque no comulgáis.*

La Carne de Jesucristo—dice San Juan Damasceno—*est sicut carbo ignis:* «es como un carbón encendido», la cual hace arder a los tibios en fe y caridad; y como ella es ardiente como fuego, así para a los que la comen. Para cuantos males hay es remedio; nadie la recibió bien que no fuese sano de cualquier enfermedad que tuviese. Tomadla y comedla, que es carbón encendido que os quemará y convertirá en Sí, o por lo menos os calentará y alanzará de vos esa frialdad. *Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, et vestimenta ejus non comburentur?*

(5) *Viéramos;* la edición de 1596, *veríamos.*

(*Prov.*, 6, 27). «¿Quién habrá que meta en su seno fuego, y sus vestiduras no se le quemen?» Si estáis tibios, comed; que no es posible que no recibáis calor, metiendo en vuestros pechos el mismo fuego, que es la Carne de Jesucristo; o ya que no os queme, calentaros ha.

¿Sabéis vosotros, por dicha, qué cosa es devoción? No por cierto. Pensaba yo que no entienden los cristianos de nuestro tiempo qué cosa es ser devotos, amorosos, blandos. Por eso nos untan con el óleo en el bautismo, en señal que recibimos el Espíritu Santo, que es la misma blandura, la misma devoción, el mismo amor: y así había de ser el corazón del cristiano, tierno, amoroso, blando, benigno. Pero sois tales de dentro, cuales parecéis de fuera; tenéis los corazones ásperos, fieros como las fieras. Y las espadas que traéis ¿para qué son? ¡Sois unos cobardes!, tenéis vergüenza de ir a comulgar, porque no os digan que sois hipócritas y alumbrados (6). No os llegáis a comer, por eso no tenéis devoción. No os engañéis; sabed que el comulgar no es sino para verdaderos penitentes, humildes, mansos, benignos, amorosos y limpios de ánima y cuerpo, y para los que no han vergüenza de comulgar, mas antes se tienen por dichosos, porque tal suerte les cupo, de recibir a Jesucristo y comerle, y lo desean de corazón.

No tenéis devoción, no lo deseáis. Engaña el mundo a unos con honras, a otros con deleites, a otros con sedas y vestidos. Hacéis de lo chico grande, y de lo grande chico; habéis hecho del establo cielo, de lo temporal eterno. No veis nada; andáis ciegos, y lo peor es que no lo conocéis, sino que pensáis que veis, no viendo nada; que vais por buen camino, y vais errados. ¡Despertad los ojos de sueño tan profundo! Por reverencia de Dios, poned *lodo* sobre vuestra ceguedad (*Jn.*, 9, 6): conoced quién sois (que eso quiere decir). Descubrid vuestras llagas a Cristo, y llegaos a Él conociéndolas. Pensad que todo el bien os ha de venir de este divino Sacramento, y no de vosotros: pensad que de allí os ha de venir la vista para vuestra ceguedad, la alegría para vuestras tris-

---

(6) *Alumbrados:* secta que brotó en España a los principios del siglo XVI y que fué exterminada por la Inquisición. Hizo mucho daño a la verdadera piedad. (Véase M. Pelayo: *Heterodoxos españoles*)

tezas, la misericordia para vuestras miserias. Y desconfiad entretanto de vuestras fuerzas, y confiad en Jesucristo; porque el que pensare que de otra parte le viene el bien sino del Sacramento, loco es y soberbio. Dice San Bernardo: «Comulgad, que con Cristo vienen todos los bienes.»

6.—*Viene a vosotros ¿y no le recibís?*

Si decís: «¡Oh quién viera a Cristo ser convidado!» llegaos aquí, hermano, que más es verlo a Él convidar; y que Él mismo es el manjar con que convida, ¡y no hay quien quiera venir, no hay quien lo reciba, ni hay quien le de posada, andando rogando Él que le acojan!

¿Sabéis qué ha de decir el día del juicio el manso [Cordero] que allí veis, que está ahora callando? *Hambre hube, y no tuve quien me diese a comer*; en la tierra estuve, *y posada no me disteis*, andándoos yo rogando que me acogiésedes. *¡Id, malditos, al fuego eterno!* (*Mt.*, 25, 41-43).

Señor, ¿de qué os quejáis que no os dan posada? ¿No tenéis grandes custodias de oro y plata y piedras preciosas? ¿No estáis cubierto con ricos paños de brocado?

Bueno es que haya todo eso, y que sirvan a Dios todas sus criaturas; pero no lo ha Él por nada de eso (7). La posada que Él quiere es el ánima de cada uno; ahí quiere Él ser aposentado, y que la posada esté muy aderezada, muy limpia, muy quitada de lo de acá. No hay relicario, no hay custodia, por más fina que sea y de piedras preciosas, que se iguale a esta posada para Jesucristo. Con amor viene a aposentarse en tu ánima, con amor quiere ser recibido. Pero tráete amor, y dasle malquerencia; [tráete] (8) humildad, y vuélvesle soberbia; tráete castidad y limpieza, y tú estáste con tus deleites sucios; tráete mansedumbre, y tú eres un airado; tráete misericordia y caridad, y a ti no hay quien te haga dar una blanca en limosna, ni haber misericordia de tu prójimo que padece de hambre, por falta de lo que a ti te sobra

---

(7) *No lo ha El por nada de eso:* no busca nada de eso.

(8) *Tráete:* la edición de 1596, *date.*

en tus rincones, y se pierde en tus trojes. ¿Qué le trajo del cielo? Amor. ¿Qué le trajo al vientre de la Virgen? Amor. Con amor viene, recíbele con amor; para hacerte bien viene, sabe ahora agradecérselo con darle buena posada.

Pero ¡no se hace nada! Habíamos de estar con los ojos tan largos para recibirle, con lámparas encendidas con mucho aceite, como las buenas doncellas: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei* (*Mt.*, 25, 6).

Cuando el Rey viene a alguna ciudad, no oiréis otra cosa sino: «El Rey viene.» Si vais por esta calle: «El Rey viene»; por esotra: «El Rey viene». Y viene Jesucristo cinco mil veces cada día, desde el cielo a la tierra, tantas veces cuantas Misas se dicen en todo el mundo (9), ¡y estás tan tibio que, si viene a mano, por no dejar de dormir, u otra cosa que no pesa una paja, no vienes a verlo a la iglesia!

Recibamos con amor al que viene con tanto fuego de amor. Apareja, hermano, tu lámpara, y recíbelo con amor; que aunque otro pensamiento no tuvieses sino pensar que cada día viene Jesucristo a la tierra, bastaba para hacerte bueno. Di: «Mi Redentor viene para hacerme bien, a remediar mis necesidades y a consolar mis tristezas, a perdonar mis pecados, a justificarme, a salvarme.»

Decid: ¿qué cosa sería si viniese un hombre de las Indias a veros y haceros bien, y que solamente le moviese el amor que os tiene, sin deberos nada, y vos no lo recibiésedes ni quisiésedes verlo ni oírlo? Grande desagradecimiento y mala crianza sería ésta, por cierto. Pues Jesucristo nuestro Señor viene desde el cielo a la tierra, que es más que de las Indias, sin debértelo, sino por sólo el amor que te tiene, y no a cosa que a Él le cumpla, sino a ti. Sábeselo agradecer, que con sólo esto se contentará Él. Di: «Mi Señor viene a posar en mi ánima; quiero aparejarle la posada; no quiero que halle en mí pecado ninguno; quiero tener mis pensamientos limpios; no haya cosa en mí que le desagrade para que deje de aposentarse en mi ánima.»

¡Oh manjar tan mal conocido! ¿No hay ninguno que quiera aparejarse para comerlo ni gustarlo? ¿Qué

---

(9) No pretende el Maestro Avila calcular las misas que diariamente se celebraban en su tiempo. Hoy se calculan cerca de trescientas mil cada día.

mala ventura es ésta, que esté entre nosotros la hartura, y muramos de hambre? Creo que pasa hoy día lo que en el advenimiento de Cristo, que a unos ap o vechó su venida y presencia, a otros dañaba. ¿No lo dijo así Cristo nuestro Redentor? (*Jn.*, 9, 39): *Ad hoc ego veni in hunc mundum, ut qui non vident, videant, et qui vident, caeci fiant:* «Para esto vine al mundo, para que los que están ciegos y no ven, vean; y para que los que ven, no vean y se tornen locos y ciegos.» Y así fué; que a unos parecía bien su doc trina, y le recibían y creían por Dios; y otros se morían de envidia, y le blasfemaban. Así pasa ahora a la letra: unos hay que se mueren por comulgar, y desean ver venida la hora en que han de recibir en sí mismos a Cristo. Yo conocí una persona que me decía que deseaba ver el día en que había de comulgar como la salud. Otros hay que los hacen ir por fuerza, y los constriñen a poder de penas y excomuniones. Como hace el rey, que cuando no quiere alguno venir a su mandado de su voluntad, le hace venir por fuerza como mal criado; así la santa Iglesia católica romana a los que no quieren ir a comulgar algunas veces entre año, hace que cada año vayan por fuerza, y que no puedan dejar de hacerlo en este tiempo (10). A lo menos no sé qué aparejo podéis tener, ni cómo habéis de examinar una conciencia de doce meses. Y así acaece, que como entre el año no le recibís muchas veces por amor y de vuestra voluntad, cuando vais de año a año por fuerza, tampoco le recibís por amor, ni sentís ni gustáis qué es lo que coméis, ni a qué sabe. ¿Quién os lo preguntase? Decid, hermanos, ¿a qué sabe Dios? ¿Habéislo alguna vez probado? Creo que no habrá quien responda; esto no lo entendéis vosotros.

7.—*Bien se os conoce que no comulgáis.*

¿Por qué no queréis curaros de tantas enfermedades? Estáis malos, y tenéis aquí el remedio de vuestros trabajos, y la medicina de vuestras enfermedades, y no queréis recibirla; ¡aosadas, que se os parece bien en la cara! ¿No decís acá a uno cuando

(10) *Conc. Later.*, IV, c. 21.

está mal dispuesto: «Malo andáis, que en el gesto se se os parece»? Pues así andáis vosotros; bien se os parece en el gesto el mal que hay en vuestras ánimas. Coméis malas hierbas, hacen os mal provecho; los unos os mantenéis de un poco de honrilla perecedera; otros de unos poquillos de dineros; otro de un malaventurado deleite; todos traéis el gesto cuales son los mantenimientos que coméis. *Aruit ccr meum, quia oblitus sum comedere panem meum,* dice David (*Ps.*, 101). Secádose ha mi corazón, porque me he olvidado de comer mi pan, el cual es el Santísimo Sacramento, que da vida a nuestras ánimas. Porque esotro pan las bestias lo comen, y (11) solamente sustenta los cuerpos, que son como bestias; estotro Pan es el que os ha de sustentar.

¿Por qué tantos males en el mundo? Porque no queréis comulgar. ¿Por qué tanto pecado? ¿Tan poca caridad unos con otros? ¿Por qué tan pocos que hagan bien? Porque no queréis comulgar. Así como el cuerpo se seca y no se puede sustentar sin el pan de acá, así el ánima no se puede sustentar, ni puede holgar ni reposar sin este *Pan de vida*, sino que está flaca y seca: en tocándole, luego resurte; si le hacen una injuria, luego no quiere perdonar; si le tocan en la honra, luego se quiere vengar; si se le pierde la hacienda, no hay quien se valga con ella. ¿Pues aun no os cortan, y ya os sentís? Cómo, ¿que no ha de haber un día más paciencia que otro? ¿Cada día habéis de ser ruin? Comulgad; no se os pase este tiempo en balde, sin que queden fuertes, alegres y bienaventuradas vuestras ánimas con este santo manjar. Allegaos al altar a tomar remedio, pues tenéis allí a Jesucristo como lo quisiéredes contemplar, lloroso, triste, azotado, orando en el huerto, crucificado, sepultado. Todos cuantos bienes pudiéredes desear los hallaréis allí; llegaos, si sois devotos de lo que padeció Jesucristo por vosotros.

De manera, que es el Sacramento un retablo de toda la vida pasada de Jesucristo, y de sus maravillas y grandezas.

---

(11) *Y;* la edición de 1595, *y este pan.*

8.—*La Comunión, figura y prenda de la gloria.*

También es el Santísimo Sacramento retablo de las cosas que están por venir. Dibujadas, allegadas, pintadas, recogidas están allí todas las grandezas de Dios que esperamos, que aun no son venidas. Figura es el Santísimo Sacramento de la gloria que esperamos. Manjar es éste, que entre manos tenemos, que significa el que hemos de comer en la gloria; así lo canta la Iglesia en la última oración de la Misa de este Sacramento: *Fac nos, quaesumus Domine, divinitatis tuae sempiterna fruitione repleri, quam pretiosi Corporis et Sanguinis tui temporalis perceptio praefigurat:* «Concédenos, Señor, que seamos hartos y rellenos del sempiterno gozo de tu divinidad, el cual gozo nos presenta la recepción temporal de tu preciosísimo Cuerpo y Sangre.» Así, que recibir el Cuerpo de Jesucristo e incorporarnos acá en Él mediante la comunión, es figura de la unión que ha de haber entre nosotros y Él en los cielos.

¿Qué piensas que es comulgar? Una representación, una semejanza del traslado que habrá en los cielos. Acá nos ensayamos, para que cuando allá fuéremos, comamos de hecho. Decid: El que ha de ir a la mesa del rey, ¿primero no pregunta qué uso, qué crianza, qué costumbres se usan en la mesa del rey? ¿Qué cortesía tengo de hacer cuando entre? ¿tengo de estar quitada la gorra? ¿no tengo de escupir mientras comiere? ¿tengo de sonarme las narices? ¿cómo hemos de estar? Primero se informa de lo que ha de hacer. Así, pues, para cuando norabuena vayamos, Señor, delante de Ti a darte las gracias de las misericordias que nos has hecho, de los trabajos que nos has librado, teniendo por bien de escogernos para Ti, para cuando te vayamos a ver y a gozarnos contigo, nos ensayemos ahora recibiéndote hecho manjar de vida para nuestras ánimas.

Es menester, pues, ensayarnos aquí, para cuando vayamos a la mesa del cielo a comer.

¿Qué? ¿leche y miel?

¡Donosa necedad! Eso los moros lo dicen, que en el cielo han de comer leche y miel, y que han de tener muchas mujeres; que los sabios y entendidos no

dicen tal. Avicena (12) hizo burla de las necedades de Mahoma; y dice que otra cosa más linda y más suave que miel y leche tiene Dios guardada para los buenos moros, que nada de aquellas burlerías no. En el nono libro de la Metafísica, en el capítulo VII, dice que no ha de haber allá mujeres, ni casamientos, ni comidas, ni bebidas, ni nada de esos deleites sucios, ni cosa del cuerpo (13); porque éste no tiene de comer allá, sino que de la gloria del ánima se ha de mantener. Es tanta la fuerza de un ánima viendo a Dios que dice San Agustín que de la gloria del ánima pasa al cuerpo, y queda harto y contento. Es tanta la hartura espiritual que un ánima tiene gozando de Dios, que de lo mucho que le sobra, pasa al cuerpo, y hace que no haya hambre ni sed, ni haya menester dormir, ni asentarse, ni descansar, y sin ninguna cosa de éstas vivirá para siempre. Mira cuán grande es la dulzura, la hartura, el descanso, el gozo que un ánima tiene, pues el cuerpo puede pasar sin sentir las necesidades, de lo que se le pega del ánima.

Y porque no parezca palabra vana y recia para los necios, infieles y herejes, decir que los cristianos comen a su Dios, digo que no hay palabra más dulce ni más suave en el mundo, ni que mayor esfuerzo ponga en el corazón de los que la oyen y la creen. Yo pondré la cabeza y la vida, y mil vidas que tuviera, delante de cuantos infieles hay en el mundo, sobre que esto es así verdad como digo. Porque decidme: ¿puede ser acá uno bienaventurado sin ver a Dios? Eso todos lo confiesan, que la bienaventuranza del hombre está en ver a su Dios. Moros, judíos, idólatras, cuantas naciones hay en el mundo, confiesan eso. Ellos verdad es que se engañan en poner los dioses que ponen; porque unos adoran un palo, otros una estatua de piedra, otros el sol pero cualesquier que ellos sean, todos conciertan en esto que en gozar de su Dios está la bienaventuranza del hombre. Luego la salud, la bienaventuranza, la vida del ánima es ver a Dios. Pues si para que sustente el ánima, para que tenga vida, para que nada le falte y

---

(12) Avicena, uno de los más insignes filósofos de la España musulmana (980-1037)

(13) Mejor lo dijo Cristo refutando el grosero materialismo de los saduceos, precursores en esto de los mahometanos. (*Mt.*, 22, 29-30).

sea bienaventurada es menester ver a Dios, dígole yo *Dios* al manjar que me sustenta y da vida inmortal, y me hace bienaventurado: luego no es palabra vana decir que el hombre *come a su Dios.*

¿En qué estábamos? En que os ensayáis cuando comulgáis para la mesa del cielo. Mirad en ello cuando comulgáredes, y pensad lo que hay allí en el Santísimo Sacramento, que es Jesucristo, que se os da por señal, que así como, recibiéndolo en vuestro cuerpo, os convierte en Sí y os hace una cosa con Él, así también os ha de hacer (14) en los cielos alegres, dichosos, bienaventurados, que nada os falte de cuanto desear pudiéredes estando unido a Él y gozando de Él para siempre sin fin. Y la prenda de que algún día habéis de veros como decimos, es dárseos Él a sí mismo, y el haber muerto y padecido por vos; lo cual también os trae a la memoria este Santísimo Sacramento. Y así habéis de tener a Jesucristo delante de vuestros ojos, lloroso, corriendo sangre, afrentado, cansado y muerto, cuando allí os llegáredes a recibirlo.

9.—*Señal de buena comunión, no el gusto, sino el vencimiento propio.*

Es gran cosa ésta cuando Dios la quiere dar a entender, pero pocos la gustan; empero todavía lo sienten algunos a quien el Señor quiere. Otros no sienten nada, sino parece que comen un pedazo de pan, según no toman gusto en el Sacramento.

De los que comulgan de año a año, de ésos no decimos; que ésos claro está que no sienten nada. Yo no sé cómo podéis aparejaros con pensar vuestros pecados en una o dos horas para lo que habéis hecho en doce meses; creo que os vais como os estábades, y que no barréis bien aun un rincón de vuestras conciencias. ¿Pues cómo? No os contentáis con que barra vuestro esclavo la casa así como quiera, yendo tan poco en ello, ni la mujercita deja ni aun un rincón por barrer en toda la casa, ¿y en lo que va la vida a vuestras ánimas para siempre ponéis tan poco cuidado, como es mirar y remirar con siete ojos lo que habéis hecho para confesarlo, y procurar luego,

(14) La edición de 1596: *os habéis de hacer.*

en sintiéndoos caídos, poner remedio en el mal sin dejar añejarlo? No hagáis carga de un año, que es gran peligro.

Pues de los que mal aparejados están, de ésos no digo, que no sienten nada, sino de los que más de veras se aparejan y a menudo comulgan; de ésos hablamos, que quiere Dios algunas veces que se traguen el bocado entero y sin digerirlo, sin alegría de ello, ni lo gusten, ni lo sientan más que si no lo hubieran recibido, sino que tengan solamente una fe, que es Dios aquello que reciben; consuelo no, ni por pensamiento. No penséis que es malo, no desmayéis ni dejéis de comulgar; que visto habéis enfermos que a cada bocado que comen les cuesta lágrimas de pasarlo; mas decidme, ¿es bien que no lo coman porque pasan trabajo?

—No; porque por eso no deja de hacerles provecho porque pasan trabajo.

—Pues así no dejéis de comulgar porque no sentís gusto en ello; sino comed y creed. No penséis que está en eso el comulgar bien. Digo a los que os aparejáis y vivís con aviso: ¿Queréis buscar a Dios por gusto y sabores? Engañados andáis; no es cosa segura ni cierta, sino muy peligrosa. No penséis que, porque no veis a Dios como querríades, no le gustáis como deseáis, que por vuestro provecho es. Yo conozco muchos que les ha hecho mal el habérseles comunicado Dios muy estrechamente, porque no se han sabido regir, engriéndose de los regalos y consuelos que Dios les daba.

Trátaos Dios como el padre que quiere mucho a su hijo, que por una parte le da azotes, y por otra le abraza y le hace mil regalos. No siempre le abraza; ni siempre le azota, porque no se avece a temerlo como esclavo, que es muy malo; ni siempre le muestra amor, porque perdiéndole la vergüenza, no se haga bellaco. (No castiguéis siempre a vuestros hijos, ni siempre los halaguéis.) Pues así hace Dios con vosotros; unas veces os consuela otras veces os castiga con no dejaros gustar nada. Porque si te enseñase Dios el abrazo que te da en el altar cuando te llegas a comulgar, más trabajo tendrías en buscar ciencia y humildad para disimular tantos favores, para no ensoberbecerte de que Dios te trata tan amorosamente; y así no te entraría en gozo el sabor y dulzura que sentirías. Y también sentirían otros tu soberbia y locura.

Por eso te está mejor comer el manjar sin gusto; así te ama Dios, y juntamente te corrige.

Muchos hemos visto que de comer mucha miel les ha hecho mal; y no es cosa mala la miel, antes tan dulce y suave como veis; así hay quien tiene muchos consuelos y gustos; y aunque, como veis, son buenos a unos, a otros son malos y peligrosos, porque no se saben aprovechar de la visitación de Dios. En lugar de humillarse y tenerse en menos, cuanto más ven que Dios se abaja a comunicarse con una cosa tan vil [y decir]: «¡oh Señor, que a cosa tan miserable y apocada te abajas!», cobran fantasía y una soberbia solapada, encubierta; y cuando pensaban que estaban más cerca y más favorecidos, estaban ya caídos en suma miseria.

Mejor señal es para ver si has comulgado bien, si vences muy bien tus pasiones y las traes debajo de tus pies después que comulgaste, que no ver si tienes gustos. Más segura y cosa cierta es ver si vences tu malquerencia, si no haces lo que te pide tu carne, y traes debajo de los pies a tu envidia, y sujetada muy bien tu soberbia, que no si cuando comulgaste sentiste mucha alegría.

Mas ¿nunca habéis visto unas mujeres que verlas comulgar es para alabar a Dios de ver las lágrimas que derraman, la devoción con que se llegan a recibir a Jesucristo, y en yendo a sus casas luego se enojan por una palabrita, y no sufren un sinsaborcito que no pese una paja, menos que antes que comulgasen? Es muy mala señal que te sepa muy bien el manjar cuando le comes, y no te sepas aprovechar de él después, sino que te haga mala digestión; y bueno al gustar, y al digerir malo. Haz hincapié en vencerte, que eso es lo seguro y lo que hace al caso. Haz misericordia, como se hace contigo. ¿Haos vestido y cubierto con su gracia? Viste tú y cubre los desnudos. ¿Perdónante? Perdona tú también a los que te han injuriado. Esto es recibir a Jesucristo; esto es comulgar; porque Jesucristo es humildad, castidad, paciencia, mansedumbre, caridad: y aquel lo recibe y lo come, que se le imprime en el corazón, y se hace una cosa con Él, pareciéndole, y en todo siendo como Él humilde, tú también humilde; Jesucristo casto, tú casto y limpio; Jesucristo manso, tú manso; la misma caridad, y tú también caritativo.

Esto, pues, es en lo que has de hacer hincapié; y

los gustos y consuelos, cuando vinieren y Dios los enviare, recíbanse con humildad y hacimiento de gracias.

10.—*Conclusión.*

¿En qué estábamos? En que este Sacramento es figura de lo por venir que hay en el cielo. Cuando vas a comulgar, llega con mucha reverencia alabándolo, y temblando de amor di: «Mi Dios de tanta majestad está allí, y yo, gusanillo miserable, llego a recibirlo.» Que así hacen en los cielos: *Quem laudant angeli, tremunt potestates*; tiemblan de Él, sólo en estar en su presencia; ¿qué te parece que debes hacer tú, gusanillo miserable, que no sólo estás en su presencia, sino que lo recibes, lo que no hacen los ángeles? Ten, pues, reverencia del Santísimo Sacramento. Espántome cómo no temblamos cuando nos llegamos al altar; no digo de temor como esclavos, sino de amor y reverencia como hijos.

Hagámoslo así, y darnos ha su gracia, y enriquecernos ha con sus dones.

TRATADO 16

LA COMUNIÓN, PRENDA DE VIDA ETERNA.

Si quis manducaverit ex hoc pane vivet in aeternum.

Si alguno comiere este pan vivirá para siempre.

(*Jn.*, 6, 52.)

1.—*Cristo, vencedor de nuestra muerte.*

Más fuerte es el don que por Jesucristo nos vino, que el mal que por la comida de Adán. *Si por el delito de uno*—que fué Adán—*la muerte reinó, muchos más son los que reciben la abundancia de la gracia y del don y de la justicia, y reinarán en la vida por Jesucristo.* Esto dice San Pablo (*Rom.*, 5, 17). De lo cual se saca, que si aquel manjar vedado fué causa que Adán ofendiese a Dios, y la ofensa de Dios fué causa de muerte de cuerpo y ánima, mucha más fuerza tendrá este divino manjar para juntar el ánima con Dios, y dar vida de cuerpo y de ánima.

No se gloríe la muerte porque por el pecado de Adán reinó en todos los hombres; mas oiga lo que este Señor que allí está (vida de todas las vidas, omnipotente, delante de cuyo acatamiento es la muerte deshecha), le dice: *¡Muerte, yo seré tu muerte!* (*Os.* 13, 14.) Porque muriendo el mismo Señor, mató nuestra muerte.

Y porque estábamos en muerte de ánima y cuerpo, estuvo Él muerto y sepultado, y de esta manera nos ganó la vida de gracia para el ánima, y vida inmortal y gloriosa para el cuerpo, sin que tenga fin una ni otra. Porque ¿qué quiere decir: *Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre,* sino «Por virtud de este pan *la muerte será muerta* para siempre»?

Esto *creemos* ahora; esto *veremos* después cuando, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 15, 26), *el enemigo pos-*

trero, que es la muerte, será destruído; y se cumplirá la palabra de Dios que tiene dicha contra la muerte: *Que será absorbida con la victoria* de la vida. Y los que de aquella bienaventurada vida de cuerpo y ánima gozaren, harán burla de la muerte, que ahora parece que es señora de todos, y diránla: *Muerte, ¿dónde está tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón? El aguijón de la muerte el pecado es*; porque en él tiene ella su fuerza para matar, pues por el pecado entró en el mundo; y *la fuerza del pecado es la Ley*; porque vedando y no dando fuerzas para vencerlo, toman los hombres ocasión de pecar más.

Gracias a Dios—dice San Pablo—, *que nos dió victoria por Jesucristo nuestro Señor*. Ganónonos con su muerte gracia y virtud para cumplir la Ley de Dios, vencer el pecado; y éste vencido, es vencida la muerte, pues que la fuerza de ella estaba en él. No hay que temer muerte, no, si el hombre ha vencido al pecado; y como entonces [el pecado] estará del todo muerto en el cielo, estará del todo muerta la muerte. ¡Tiempo bienaventurado y reino dichoso! ¡Con cuánta razón diremos *bienaventurado al que ha de comer pan en el reino de Dios!* (*Lc.*, 14, 15.)

¡Oh Señor! ¡en que cuidados estamos puestos en este destierro, pues *nos está puesta ley de morir una vez!* (*Heb.*, 9, 27.) Y este yugo, harto grave era, aunque fuera solo; y hácese muy más grave, porque *tras la muerte se sigue* tu riguroso *juicio,* donde se pide cuenta del mal que hemos hecho por toda la vida, y de los bienes que dejamos de hacer; y no sabemos, Señor, qué tal será tu sentencia, aunque sabemos que será o de grandísimo mal o de grandísimo bien.

Mas, cristiano, aunque esto sea así, no desmayes; acuérdate de estas palabras: *El que come de este Pan, vivirá para siempre.* Si temes la muerte estando con salud o cuando te quieres (1) morir, que es el tiempo en que su temor más aprieta, entre todos tus desmayos, mirando tus pecados y el rigor de la justicia de Dios nuestro Señor, y las penas del infierno, y el espanto y obscuridad de la muerte que te cerca y te quiere tragar, entre todos estos espantos acuérdate: «Me he confesado de mis pecados; hecho he lo que mi confesor me mandó; he recibido a Cristo: espero que me ha de salvar.»

(1) *Te quieres* morir; *estás para* morir.

La muerte vino porque el ánima se apartó de Dios; por lo cual ella murió primero que el cuerpo; y parecióle a la divina Sabiduría dar el remedio por el orden que vino la perdición. Él, por su misericordia, ordenó Sacramentos para que, bien recibidos, cobrásemos la vida del ánima; y nos dió este Pan celestial, tan fuerte y tan lleno de riqueza, que entre todos los impedimentos y contrarios que la vida de nuestra anima tiene, Él, como más poderoso, la hace más fuerte que todos ellos, y la hace andar y *correr por el camino de los mandamientos de Dios* (*Ps.*, 118) por [el] discurso de la vida, hasta que la meta en el cielo.

Mas aunque el ánima esté remediada y libre de la muerte por el espíritu de la vida que recibió, el cuerpo se queda todavía sujeto a la muerte y a los trabajos que de ella proceden, para ejercicio de virtud y para socorro contra el pecado; y porque es bien que así como en el cielo hemos de ser conformes a Cristo nuestro Señor en cuerpo y en ánima, también lo seamos estando acá; el cual, aunque su sacratísima ánima desde que fué criada siempre fué viva en vida de gracia, tuvo su sacratísimo Cuerpo sujeto a trabajos y a la misma muerte. Y pues *no es mayor el siervo que el Señor* (*Jn.*, 13, 16) y *es grande gloria seguirle* (*Eccli.*, 23, 38) y parecer a Él, no tenga nadie por mal, que aunque tenga su ánima viva, su cuerpo tenga necesidad de morir. Ofrece a Cristo tu vida de muy buena gana, que te la quite la enfermedad, y acepta el gusto de esa muerte que te parece tan desabrida, en razón de la muerte que el Señor recibió en la cruz con mayores tormentos por ti. Y si te parece cosa espantosa entrar en esa tan obscura casa, acuérdate que has comulgado, y cuán poderoso es el que has recibido; y en su confianza, osa decir (*Ps.*, 22, 4): *Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque Tú eres conmigo.* ¡Oh dulce palabra! ¡Oh dulcísima obra! ¡Que abra el hombre su boca, y reciba dentro de sí al Señor de las virtudes, al destruidor de la muerte, al que en el sepulcro entró muerto y salió vivo, sin que los lazos de la muerte lo pudiesen tener!

Terrible cosa pareció a Jonás, profeta, ser echado de la nave, y ser tragado de la ballena, y andar en el vientre de ella; mas el Señor de la tierra y mar, de los peces chicos y grandes, no sólo libró a Jonás de la muerte en el vientre de la ballena, más tomólo

por medio para darle la vida (*Jon.*, 2, 11) *y mandó a la ballena que* lo sacase a la orilla, como si fuera un navío seguro y *lo echase en la tierra* vivo y sano. ¿Que temes, hombre? Este Señor que has recibido venció a la muerte para ti y para Él; y pues te has arrimado a El, Él te sacará a nado de este mar donde quieres entrar.

Acuérdate que el piadoso samaritano (*Lc.*, 10, 34) tomó al llagado que estaba en el camino, y *le untó sus heridas con aceite*, y lo lavó *con vino y lo puso encima de su bestia*, y lo llevó donde recibiese perfecta salud. Da gracias a este Señor, que viniendo del cielo a caminar por estos caminos de trabajos, te vió herido de heridas mortales, que son los pecados, y por curarte descendió acá, y untó tus pecados y los lavó, cuando por su misericordia te dolieron y gemiste por haberlos cometido, y con amargura de tu ánima confesándolos, cumpliste la penitencia que te fué mandada, y otras cosas que según tu flaqueza habrás podido hacer Y su misericordia no te dejó en este desconsuelo; mas ordenó que su ministro, en nombre de Él, dijese aquellas palabras de la absolución sacramental, más dulces para el gusto del ánima que la misma miel, más sabrosas de oír que la música, por acordada que sea, más blandas y mitigativas del dolor del ánima, que el aceite para el cuerpo: las cuales son: *Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* ¿Qué blandura se puede igualar con aquésta? ¡Que en el tribunal de Dios te acusan delante del juez puesto por Él, y tus orejas oigan sentencia definitiva en tu causa, por la cual te den por libre de la muerte que merecían tus pecados para siempre jamás!

Alabado sea Dios por esta misericordia, y alabado sea por la que hace tras ésta; que habiendo untado al llagado, lo toma y lo pone, no encima de bestia, sino encima de Sí mismo, encima de sus hombros, llevando sus pecados a cuestas, y aun metido en lo más dentro de su Corazón, amándole más fuertemente de dentro que parece en lo de fuera, aunque lo uno y lo otro es incomprensible.

Cristiano, ¿qué temes muerte de cuerpo, pues ya ha muerto Dios tus pecados, y llevádolos sobre sus hombros? Para ti nació, para ti fué circuncidado, para ti fué bautizado, para ti predicó; cansóse por esos caminos, ayunó, sudó y lloró; recibió azotes, bofetadas,

espinas y clavos; expiró en la cruz con grandes dolores, y deshizo los pecados como un grandísimo fuego se traga una paja. ¿Qué temes pecados tuyos, siendo Dios la paga de ellos? ¿Por qué no esperarás el cielo, habiéndotelo comprado Dios con su Sangre en la cruz? Ten averiguado, que aunque mucho dista el alteza del cielo más alto, del centro de la tierra, que es lo más bajo de ella, mucho más vale tu precio, que es Dios humanado, que el perdón de los pecados por grandes que sean, ni la gloria del cielo, aunque sea más grande; todo es poco en comparación de Dios. Y para que tu flaqueza estuviese enteramente confortada, no te dieron por remedio algún ángel o serafín, mas al Criador de ellos, Jesucristo nuestro Señor y Redentor.

2.—*La Comunión, áncora de nuestra esperanza.*

Mas ya entiendo por qué agujero se sale la flaqueza de tu corazón.

—Todo eso creo—me dirás—, y con todo eso temo, y mucho temo; porque sé que, con haber pasado nuestro Señor todas esas cosas, están muchos en el infierno, no por el poco valor de su Sangre, mas por falta de bien se aparejar los que han de gozar de su merecimiento. ¿Y qué sé yo si soy uno de éstos?

No penséis, hermano, que tenemos tal Dios, que tenga desconsolados a los suyos; que San Pablo (2 *Cor.*, 1, 3) le llama *Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones*. No se contentó la divina Bondad con remediar nuestras necesidades, sino con que estuviésemos consolados en nuestras tribulaciones; y como ésta sea la mayor, no es de creer que aquí falte la dulcedumbre de su consuelo.

Los infieles que no conocen a Cristo, los malos cristianos que están en pecado mortal sin querer salir de él, teman y tiemblen cuando se les acerque la muerte, pues que se les acerca su condenación, como gente que, o no conoció, o desechó el potentísimo remedio para sus males, que, a costa de la Sangre de Cristo, les era ofrecido. Mas el cristiano que es bautizado y tomado por hijo adoptivo de Dios, si ha mortalmente pecado, va a lavarse, con gemido de lo pasado y propósito de se enmendar, a la piscina de la Sangre de Jesucristo que obra en el santo sacramento de la Pe-

nitencia, y de allí, con aparejo bastante, en el altar recibe a Jesucristo, ¿por qué este tal se ha de dejar caer con desconfianza, pues tiene tantas causas para esperar?

¡Qué piadosamente lo hizo el Señor! ¡Cuán gran remedio puso en la sacra Comunión contra nuestras desconfianzas! Porque si nuestro temor nace de que no sabemos si el merecimiento de Jesucristo se aplica a nosotros en particular, no hay cosa tan apropiada contra esta enfermedad, como la grande benignidad que en este divino Sacramento se muestra.

Dices tú: «La vida y muerte de Cristo, suficientísimas son para mi remedio contra el pecado y contra la muerte; y si yo supiese que era participante en Jesucristo, viviera y muriera muy consolado.»

Alabado seas, Señor, por siempre, y la hora en que ordenaste esta dulcísima medicina, manifestadora de tu dulcedumbre y causadora de nuestro consuelo; que porque Tú conoces bien cuán ponzoñosa cosa es el pecado, y cuántos desmayos causa en el corazón de quien lo comete, y cómo hace huir de Ti y *esconderse*, como nuestros padres hicieron (*Gen.*, 3, 8), y hace temblar lo principal del ánima, como tembló la cabeza a Caín (*Gen.*, 4, 5, 14), pusiste aquí tal remedio, que haga huir a nuestros desconsuelos, por ser *señal* y *causa* que el hombre goce del merecimiento de Cristo.

Palabra es del Espíritu Santo, dicha por boca del Apóstol San Pablo; palabra digna de toda acepción y de todo consuelo, que dice (1 *Cor.*, 10, 16): *El pan que repartimos, ¿por ventura no es participación del Cuerpo de Cristo? El cáliz, al cual bendecimos, ¿no es comunicación de la Sangre de Cristo?* ¿Oyes, cristiano, que el recibir este pan celestial que en el altar se reparte, y el recibir su sacratísima Sangre (y quien el Cuerpo recibe, la Sangre recibe), es ser *participante* del Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Si prometías de vivir y morir consolado con saber si eras *participante* de Jesucristo, ves aquí palabra de Dios, que te afirma que el comulgar es *participar* de su Cuerpo y Sangre.

No pidas saber que *participas* de los merecimientos por certidumbre *de fe* ni claridad de *evidencia*. No te cumple eso ni Dios lo ordenó; porque certidumbre infalible no la has de tener si no es por revelación divina (2): conténtate con una confianza cristiana, que

(2) *Trid., sess.* 6, c. 12, can. 15, 23.

aunque no llega a los grados de aquella certidumbre, es bastantísima para desechar las flaquezas del corazón, y arrimada a los merecimientos de Cristo, hace vivir consolados y morir confortados, poniendo debajo de sus pies la desesperación que causa el pecado, y el demasiado temor que causa la muerte.

3.—*Recibir a Cristo peregrino, señal de salvación.*

Ahora dice, hermano, la divina misericordia que te hizo merced que con razonable aparejo llegaste a la mesa de la paz, a la señal de la reconciliación a gozar de los dulces abrazos de Cristo: Júntate con el mismo que ha de ser tu Juez, y en prendas de que entonces te será piadoso Padre y dará sentencia por ti, quiso Él recibir de ti este servicio, de tomar tus entrañas por casa, para serlo Él tuya en el cielo.

¿Quién hay sabio entre vosotros, y entenderá las misericordias de Dios? (*Ps.*, 106, 43), dice David. Y si para alguna parte es necesaria esta exclamación, para aquí mucho más. ¡Oh Misterio dulcísimo, cuán de verdad se cumple en Ti lo que antes prometiste a nuestros padres pasados, que les habías de dar *una tierra que* les *manase leche y miel!* (*Deut.*, 26, 9.) Más dulce, más sabroso te nos has guisado, Señor, en manjar, que lo es toda la leche y miel que hay en el mundo.

Verdad tuya es, que los que aquí hicieren misericordia los pondrás en el día del juicio a tu diestra. Porque dieron de comer al hambriento y de beber al sediento, e hicieron obras semejables, les dirás, Señor (*Mt.*, 25, 34): *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está aparejado desde el primero día del mundo.* Aunque sea tanta tu bondad, y te hayas juntado con nos, y digas Tú con tu santísima boca que la comida, bebida y vestido y obras de misericordia que al prójimo dimos por Ti, lo dimos a Ti, no te contentaste con recibir estas obras por tercera persona, mas ordenaste Tú, piadosísimo amador, este consuelo, que pudiesen los hombres hacer obras de misericordia a tu misma Persona.

Dichosa fué tu sacratísima Madre; dichoso el Santo José; dichosos todos aquellos que te dieron comida, bebida y vestido, posada y cualquier refrigerio; porque allende de ser gran bienaventuranza dar el hombre algo a quien todo se lo dió, y remediar la criatura la

necesidad de su Criador, el galardón de aquellos tales que a la Persona inmensa de Cristo hicieron buenas obras, muy más abundante e ilustre será, que el de los que hacen las tales obras a otras personas por amor de Él. Obras dignas, por cierto, [por] (3) las cuales con razón llamamos bienaventurados a quien las hizo, y que oyéndolas, suspiremos de corazón porque nosotros no fuimos dignos de alcanzar aquel tiempo y ayudar a las necesidades de nuestro Señor, aunque fuera haciendo de nuestro corazón manjar que Él comiese, ropa con que [se] vistiese, casa donde morase, sepulcro donde después de muerto fuese enterrado.

¿Quién no tornará otra vez, y muchas veces, a exclamar: *Quién hay sabio entre vosotros, que entienda las misericordias de Dios?* ¿Quién tendrá, Señor, ojos para mirar las riquezas de tu sabiduría, la grandeza de tu poder que ejercitas en este santo Misterio lleno de milagros, tan incomprensibles a nuestro entendimiento, que lo primero que nos ofrece y postrero cuando pensamos en él es decir: *¿Qué es aquesto?* (*Ex.*, 16, 15), quedando admirados nuestros entendimientos, vencidos de[l] gran resplandor de tu sabiduría y poder, con que este Misterio ordenaste? Mas cuando llegamos, Señor, a pensar la misericordia y *dulcedumbre* con que aquí te *aparejaste en manjar para el pobre* (*Ps.*, 67, 11); y cómo, aunque te subiste al cielo, donde ni es ya menester que te den de comer y beber, ni recibes de nadie en Persona obras de misericordia, hallaste manera como estar entre nosotros, y en tu misma Persona recibir de nosotros obras de misericordia, para que nosotros seamos consolados en hacerte bien, y tengas Tú ocasión de, por lo poco que nosotros te damos, darnos Tú mucho en el cielo.

¿No habéis pensado, hermanos, aquesto, que el lugar propio de nuestro Señor es el cielo, pues a cuerpo ajeno de corrupción tal lugar le es debido? Y con todo eso, el amor que nos tiene le hace extranjero, por acompañar a los que somos extranjeros, y estar en aquella pequeña casa de los accidentes de pan, casa asaz desproporcionada para su Majestad, mas muy a lo propio para su amor y a la obra que viene a hacer.

No piense nadie, no, que el estar el Señor allí encerrado es el fin por que allí está; medio es para otra cosa; y si quieres saber para qué está guisado y pro-

---

(3) *Por;* las ediciones consultadas dicen: *con.*

porcionado, bien puesto debajo de aquella pequeñez, para desde allí dar un salto y meterse en las entrañas de nosotros pequeños, para que, recibiendo de nosotros posada, tener ocasión de ser Él la nuestra en el cielo. Rogadle, rogadle con mucha afección lo que decía David (*Ps.*, 30, 3): *Sedme, Señor Dios, defensa y casa de refugio para me salvar*; y responderos ha San Agustín en su nombre: «Si tú quieres que Dios sea tu casa en el cielo, sé tú casa suya en el suelo.»

¿Quién de las personas, hermanos, que en este mundo aposentó al Señor, quedó sin muy buena paga de la posada? (4)

Su sagrada Madre fué la primera que en sus entrañas le aposentó; y Él a Ella la tiene aposentada en el cielo sobre todas las criaturas humanas y angélicas, y muy junta consigo.

Una vez no más le dió Zaqueo posada, y dijo el Señor (*Lc.*, 19, 9): *Hoy ha sido hecha salud en aquesta casa*; y fué hecha salva hoy aquel ánima, por un rato que dió aposento al Cuerpo del Señor.

Preguntad, ¿cómo ha pagado a María y a Marta el hospedaje que le hicieron?

Mirad el sepulcro que al cuerpo muerto dió posada, cuán honrado de todos está, que lo llama Isaías (11, 10) *glorioso*.

Mas ¿qué nos maravillamos de aquesto? Si Elías resucitó el hijo muerto de la mujer que le daba posada (3 *Reg.*, 17, 20-23); si Eliseo alcanzó hijo a su huéspeda (5) no le teniendo, y después de muerto se lo resucitó (4 *Reg.*, 4, 12-36); y lo que más es, si por tocar los huesos de Eliseo ya muerto, recibió vida el que estaba muerto (4 *Reg.*, 13, 21), ¿con cuánta más razón el Señor, que es mayor y más dadivoso que fueron sus siervos, hará estas mercedes y otras mayores a los que le dieren posada?

¡Oh palabra dulcísima, que de la boca del Señor el día del juicio oirá el cristiano que aquí hubiere bien recibido el Cuerpo del Señor: *Huésped era, y acogísteisme; tomad el reino que os está aparejado!* ¡Oh palabra más que dulcísima! *En la cárcel estaba, y vinisteis a Mí; tomad el reino que os está aparejado.* ¿Entendéis esto? *¿Qué sabio hay que guarde estas co-*

---

(4) Argumento semejante desarrolla en el Tratado 25.

(5) *Su huéspeda:* la dueña de la casa en que él se hospedaba.

sas, y entienda estas misericordias? (*Ps.*, 106, 43.) *Huésped era, y acogísteisme; y en la cárcel estaba, y vinisteis a Mí.* ¿No lo veis *extranjero*, debajo de hábito más disimulado que el que llevaba cuando se juntó con los discípulos que iban a Emaús? (*Lc.*, 24, 15.) ¿No habéis oído en vuestras entrañas sus santas palabras, que hacen *arder el corazón* cuando el hombre ha comulgado? ¿No entendéis que desde aquella sagrada Hostia os está diciendo lo que dijo a Zaqueo: *Desciende apriesa, porque hoy me conviene posar en tu casa?* (*Lc.*, 19, 5.)

4.—*No recibir a Cristo, señal de reprobación.*

Mas ¡ay de mí! que Zaqueo *descendió presto* del árbol en que estaba, y dice el Evangelio que fué *gozoso y lo recibió*, y así gozó de tal Huésped y tal galardón. ¡Y hay muchos entre vosotros a quien deciros: «Recibid al Señor», os es palabra de tristeza y amargura, y así os quedáis sin gozar de tal fiesta y de tal galardón!

¿Qué haréis—dice Isaías (10, 3)—*en el día de la visitación y de la desventura, que viene de lejos?* ¿A quién huiréis para que os dé socorro? ¿Qué haréis, hombres, a quien Jesucristo, infinita bondad, pide que le deis casa, y que *descendáis* de vuestras soberbias y desobediencias, y sujetándoos a los mandamientos de Dios, y humillándoos a sus sacerdotes, limpiéis vuestras conciencias, para que en casa limpia recibáis su limpísimo Cuerpo, y os pague la posada según la grandeza de su misericordia?

¿Duéleos abajar vuestro cuello? ¿Duéleos humillar vuestro corazón a perdonar a vuestro prójimo y pedirle perdón? ¿Duéleos obedecer a la palabra de Dios, que seáis castos, para en cuerpo casto recibir al castísimo Cuerpo de Jesucristo? ¿Duéleos? ¡Oh cuánto más os dolerá cuando en aquel día terrible, en el cual a ninguno recibirá Dios en su casa sino a quien le recibió a Él en la suya, dirá con terrible voz y con más terribles ojos (*Mt.*, 25, 41-43): *Huésped era, y no me recibisteis; en la cárcel estaba, y no vinisteis a Mí; ¡andad, malditos* de mi Padre, *al fuego que está aparejado al demonio y a sus ángeles!*

¿Queréis ver cómo tenéis señal que habéis de ser de aquellos reprobados? Yo os diré cuál es: y es que

respondéis ahora lo que responderán aquéllos: *Señor, ¿cuando te vimos extranjero y en la cárcel, y no vinimos a Ti?* ¡Oh gente desconocida, que no entiende las misericordias de Dios! *¿Cuándo te vimos extranjero?* Responderos han: Tantas veces cuantas le visteis en el Sacramento, allí le visteis, y allí le veis; pidiéndoos está posada, y para eso desciende del cielo, no lo habiendo Él menester, sino por hacer bien a vosotros que os hacéis sordos a su voz, teniendo en poco todo lo que os puede dar en pago del hospedaje, y teniendo en poco su divina Persona y su descendida del cielo, y no curando nada de lo que Él se desveló en guisarse por manjar para que lo comáis, y en abajarse a ser vuestro para que lo recibáis.

5.—*Cristo preso y desterrado: ¡recíbele!*

Decidme, hombres desconocidos: ¿Qué es Dios estar encerrado en un Sagrario y en un Sacramento? ¿Qué la falta para estar preso y encarcelado? Sino que, por el grande amor que nos tiene, Él mismo se deja prender; y verdaderamente está encarcelado, aunque en cárcel de amor. Quítale el amor con que allá está, y verás que es incomportable estar donde está. ¿Cómo sufriera el Señor encerrar su cuerpo tan grande debajo de una cantidad tan pequeña, pues ninguna cárcel, por estrecha que sea, es tan pequeña como ésta en comparación de Cuerpo tan grande?

¿Y piensas, cristiano, que poco hace este santísimo y limpísimo Señor en morar en tierra donde hay pecados, y tantos pecados, y que se cometen continuamente? Desproporcionado lugar para el Cuerpo incorruptible de Cristo es este mundo, por ser lugar donde se corrompen unas cosas para que se engendren otras: mas sin ninguna comparación es lugar más ajeno de su ánima, aborrecedora de todo pecado, estar en lugar donde tantos se cometen cada día. Si no, dime: ¿Qué sentiría un hombre muy santo y amador de sus alabanzas, si lo pusiesen en compañía de muchos hombres que con gran desacato estuviesen blasfemando contra nuestro Señor? ¿Qué sentiría una doncella honestísima, que la pusiesen entre muchas malas mujeres, que hablasen y tratasen cosas conformes a su deshonestidad? Pues tanto excede el aborrecimiento que la sacratísima ánima de nuestro Señor Jesucristo tiene

a toda ofensa de Dios, a la que estas tales personas podían tener, cuanto excede el amor que Él tiene a su Padre, al amor que estas personas le podían tener.

Recísimo tormento es para un hijo que mucho ama a su padre, o para un mujer que mucho ama al marido, estar oyendo blasfemias de él, y viendo que le hacen muy grandes enojos. ¡Obedientísimo Corazón que cuando en el mundo vivías vida mortal fué mayor la pena que te dieron las ofensas cometidas contra tu Padre, y más atormentada fué tú ánima con el dolor de ellas, que tu sacratísimo y delicadísimo Cuerpo con azotes, espinas, clavos y muerte de cruz! Y con mucha justicia se debía a tu ánima morar en una tierra que es el cielo, más lejos de haber en ella pecado, que según el sitio corporal está lejos de la partecica más baja de toda la tierra. Mas Tú, Señor, que renuncias tus derechos por condescender con nuestras necesidades, quisiste morar acá entre los pecadores, en la tierra de los pecados; que aunque no puedes padecer ahora dolor ni pena, mas a lo menos ves cosas que sobre toda manera aborreces tanto como aborrecías entonces, y bastante más, cuanto es de parte de ellas, para atormentarte.

No hay hedor, hermanos, que tan mal huela a las narices de uno que tuviese muy delicado el olfato, cuanto los pecados hieden al sentido de Dios. Y si este mal olor no siente vuestra ánima, si no os da pena vivir en tierra donde es Dios ofendido, miedo he, o que está muerta vuestra ánima, y que no tenéis amor al Señor; o si alguna vida de su amor tenéis, es vida poca, vida de principiantes, vida imperfecta; que a los que tienen muy vivos los sentidos del ánima, grave tormento les da el hedor de los pecados del mundo, y con entrañable suspiro suplican a Dios que los saque de la cárcel tan hedionda y los lleve a los *cielos nuevos y tierra nueva* (*Is.*, 65. 17), donde mora la santidad y justicia. Y el consuelo con que estos tales pueden pasar su destierro y penosa carcelería, es ver que nuestro Señor esté acá encarcelado, viendo cosas que tanto aborrece su ánima: como acaeció a uno que, quejándose mucho al Señor que por qué le mandaba estar en vida tan llena de muertes y donde tantas ofensas hay de su Majestad, le fué respondido: «Pues que yo sufro estar acá, súfrelo tú.» Mas como no experimentamos la pena que es estar en este mundo miserable, extranjeros en él, ni ver ofendido a nues-

tro amantísimo Padre, no sabemos agradecer a nuestro Señor el vivir acá con nosotros, y estar encerrado en lugar tan desproporcionado a Él, que sola la fuerza de su grande amor, y otra cosa no, es bastante para lo tener.

Cristiano, pues el Señor es extranjero todavía y caminante, ¿no mirarás en ello? ¿No se te moverá el corazón, y con profunda consideración dirás a tu ánima lo que la mujer de Sunán dijo a su marido, viendo pasar por allí al Profeta Eliseo? *Marido*—dijo aquella buena mujer— *paréceme que este varón que por nuestra casa pasa muchas veces, es varón santo; hagámosle una celda, y pongámosle una mesa, una cama y un candelero, donde repose cuando por aquí pasare* (4 *Reg.*, 4, 9-10). Parecióle bien al marido, e hízose así, y dieron agradable posada al grande Eliseo, y por ello la mujer estéril fué hecha fecunda, y recibieron entrambos un hijo de la mano de Dios. Hermano, ¿no ves, no a Eliseo, sino al Señor de él y de todos los Profetas, al Señor de hombres y ángeles, pasar muchas veces delante de ti? ¿No lo ves que lo traen en procesión? ¿que lo llevan a visitar los enfermos? ¿que lo consagran y alzan en la Misa? ¿que lo ponen y lo sacan del Sagrario? ¿que lo traen por la iglesia a vistas, para que se mueva tu corazón y digas a ti mismo: «Este Señor, gran Señor es; muchas veces pasa por delante de mí; su tierra es el cielo, y extranjero es acá; quiérole aparejar posada en tierra entrañable, donde Él descanse; lumbre de fe. porque no estemos a obscuras; porque para esto anda por aquí llamando a la puerta de los corazones, para que, si hay quien le quiera dar posada, pagarla muy bien»?

Si esto, hermano, considerases y pusieses en obra, por ventura no estaría tu ánima tan *estéril* y sin fruto de buenas obras; porque recibiendo a este Señor, daríate parte de su santo Espíritu, cuyos frutos son, como dice San Pablo (*Gal.*, 5, 22), *caridad, paz, gozo,* con otros semejables. Mueres de hambre, atorméntate la pobreza, está el campo de tu ánima seco con esterilidad, por no querer recibir en tus entrañas al que *saca agua de la piedra* (*Ps.*, 77, 16), al que hace reverdecer lo seco, y al ánima *estéril hace madre de hijos, y que more en su casa con alegría* (*Ps.*, 112, 9). Y si entendieses lo que el Señor hace por ti en estar allí encarcelado por tu amor, no vivirías tú con tan mala libertad y soltura, mas atarías tus pies y tus manos.

tu cuerpo y tu ánima con las prisiones de su santa Ley y de su santo amor, y tendrías tu corazón puesto en aquel divinísimo Sacramento, acompañando con amor al que allí está encarcelado por ti.

6.—*Tiene hambre y sed: ¡aliméntale!*

Y si quieres cumplir con Él esotras obras de misericordia, aparejo tienes; Él te las recibirá de buena gana, y te las pagará con grande ventaja.

Hambriento y sediento está, no de manjar corporal, mas de otra hambre y sed muy mayor. Y si la del cuerpo le hizo decir a la Samaritana: *Dame a beber* (*Jn.*, 4, 7), y decir en la cruz: *Sed tengo* (6) (*Jn.*, 19, 28), ten por averiguado que con mayor instancia te pide a ti que le quites aqueste hambre y aquesta sed, que entonces lo pedía para su cuerpo. No pienses que por otra cosa está aquí encerrado, sino para que te dé a ti de comer; y tú a Él. Muchos años ha que lo mandó decir a su Apóstol San Juan: *Yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno quisiere abrir, entraré a él, y yo cenaré con él, y él conmigo* (*Apoc.*, 3, 20).

¡Oh hartura de los ángeles! Tú, mucho tienes para que yo cene contigo, pues Tú eres inmenso bien, que bastas [a] henchir de bienaventuranza y entrañable alegría a todo lo que es criado, y a mil cuentos (7) de mundos que criases de nuevo; y cuando hubieses hartado a todos éstos, se quedaría tu plato tan abastado como si ninguna persona hubiera comido de él; porque en tu Persona se dice: *El cáliz mío que embriaga* —o, como dice el original hebreo: *que siempre está lleno*—, *¡cuán excelente es!* (*Ps.*, 22, 5.) No hay, Señor, comida igual a la tuya, no convidados tan dichosos como los tuyos. Mas, Señor, ¿qué hallaste Tú en mi casa? ¿qué viste por mis rincones? ¿qué ganados, qué aves, que quieres Tú, Señor, ser mi convidado y cenar conmigo? ¿Qué te dará, Señor, mi pobreza, que sea digno de poner a tu mesa y que comas tú de ello?

«No, dice el Señor, no os excuséis por ahí: *Yo no comeré carne de toros, ni beberé sangre de cabrones* (*Ps.*, 49, 13). Ni estéis congojados porque no podéis

---

(6) *Tengo;* el Maestro dijo: *he.*
(7) *Cuentos:* millones.

traer a mi mesa las flores del campo para me recrear *Todas las aves y animales, míos son; la hermosura que el campo tiene, yo se la di, mía es*: lo que es vuestro, eso os pido; dádmelo bien guisado; que por poco que sea, el amor que os tengo es buena salsa para que me sepa bien y me haga contentar de ello, y pagároslo bien.

¡Oh dichoso hombre que tiene cosa propia que dar al Señor, y con que le convidar, y manjar que le sepa bien! ¿Qué cosa tan preciosa será ésta? Cierto, no la supiéramos, si el Señor no nos avisara de ella, diciendo: *Sacrifica al Señor, sacrificio de alabanza, y al Altísimo dale tus deseos; y llámale en el día de la tribulación, y librarte he, y honrarme has.* Alaba, cristiano, y da gracias al Señor por las mercedes que te ha hecho, y especialmente por el bien que te hace con este divinísimo Sacramento, el cual, según adelante diremos, tiene por nombre *Eucaristía*, que quiere decir *Hacimiento de gracias*, y tiene por nombre *Bendición*, que quiere decir *Alabanza de Dios*. Y con esto, *dale* al Señor *tus deseos*, dale tu amor libre, que es cosa tan tuya, que lo puedes dar a quien tú quisieres. Y si te vieres en necesidad, piensa que tienes quien bien te quiera y quien te pueda de ella sacar, y *llámale* con buen corazón, y *librarte ha* y *honrarlo has*.

Si al Señor, pues, alabares, y fueres agradecido según te enseña la fe, y si tras esto le dieres tu amor, y si en el tiempo de la tribulación confiares en Él, toma esta fe y esperanza y caridad, y apareja tu corazón bien con ellas, y escucha bien los golpes que el Señor está dando a tu puerta y rogándote desde allí que le abras tu boca y tus entrañas, porque quiere venir a *cenar contigo*; y dale tu *corazón contrito y humillado* (*Ps.*, 50, 19), dáselo amoroso y agradecido; ponle en sus manos a ti y a todas tus cosas; y habrásle dado un manjar mucho más sabroso que *el pan y becerro* con que Abraham convidó a los tres ángeles (*Gen.*, 18, 6-8). Y en pago de eso poco que tú le das, te dará Él a sí mismo, manjar de vida eterna, cuyo gusto te haga parecer desabrido todo lo que Él no es, y halles en Él deleites, el menor de los cuales es mayor que todos los deleites del mundo.

7.—*Cristo desnudo: ¡vístele!*

Si quieres cumplir con el mismo Señor la obra de misericordia de *vestir al desnudo,* entiende lo que se canta en el Oficio de esta santísima fiesta: que *los hijos de la Iglesia,* cuando están comulgando, *son como pimpollos de oliva alrededor de la mesa del Señor* (8), y cumplen lo que está escrito (*Is.*, 49, 18): *Yo te vestiré con todos aquestos, como con atavío.* Y así se goza el Señor de verse de ellos cercado en el altar, como un padre muy rico y muy amoroso de ver su mesa llena de hijos. *Gozando me gozaré en el Señor*—en cuanto hombre—, *y mi ánima se regocijará en Dios; porque me vistió con vestidura de salud y me rodeó con vestidura de justicia, como un esposo hermoseado con corona, y como esposa ataviada con las manillas* (*Is.*, 61, 10).

¡Amorosísimo Señor! pues que tanto te gozas con ver a tus hijuelos alrededor de tu altar, pues que los tienes por vestidura tuya y corona, que dan testimonio de que tus trabajos y Sangre fueron de tanto precio, que a los perdidos dieron salud y a los injustos justicia, ¿por qué huímos de tu mesa, pues que el comer nosotros es comer Tú, y según está escrito (*Jer.*, 16, 19), *nuestra fortaleza y fuerza eres Tú?* Ya ha muchos años que has prometido (*Ez.*, 34, 26) que habías de poner a tus hijos *como una bendición alrededor de tu collado.* Aquel collado era el monte de Sión, donde el templo estaba, y donde Tú instituíste este divino Misterio, dándote en manjar a tus hijos, que eran los discípulos que estaban alrededor de tu mesa. Gran fiesta, Señor, te hace, muy buena comida te da quien aparejándose según hemos dicho, se llega a tu mesa a que cenes con él, y él contigo, y te vista y te honre, y dé testimonio del valor de tu Pasión, que fué bastante para le resucitar, y como hombre vivo, va a comer el manjar de la vida.

8.—*Sea tu pecho sepulcro de Cristo vivo.*

Y porque ninguna obra de misericordia quede que el Señor reciba de ti sin pagarte Él con muy más co-

(8) Antífona 4.ª de las vísperas del *Corpus.*

piosa misericordia, quiere que así como el santo sepulcro le recibió muerto, así tú seas sepulcro suyo que le recibas vivo. Sábelo bien guardar; conoce la honra que te es hecha; que no menos te compete a ti, antes mucho más, el nombre que dijo Isaías (11, 10), que *el sepulcro de este Señor sería glorioso,* que le compete al otro de piedra. Mejor eres tú, por ser criatura racional, que el sepulcro de piedra insensible; más excelente está el cuerpo del Señor vivo, que muerto; y es tanta tu gloria por lo recibir, que quedas más honrado con ello, que con toda la honra del mundo que se te pudiera dar. Lecho y relicario de Dios eres, y por la misma causa, aun los mismos ángeles te estiman en mucho.

9.—*Recompensa eterna.*

Y si el mismo hacer misericordia a Cristo es aquí honra, provecho, deleite, ¿qué será en aquel día cuando Él, como otro Josué, Capitán del ejército de Dios, venga a destruir a Jericó, que son los malos, y meter a los buenos en la tierra prometida del cielo, cuando estaremos unos y otros atentísimos a oír la sentencia que dará este soberano Juez? Si entonces está viva Raab porque dió posada a los mensajeros de Josué (*Jos.*, 6, 23), que por otro nombre se llama Jesús, ¿qué buena suerte será la de aquel que en aquel día terrible, delante de los cielos y tierra, oiga esta voz: «Sea salvo Fulano; viva para siempre Fulano, porque dió posada en su pecho al Hijo de Dios? Tal día comulgó la Cuaresma, y tal día de Pascua; comulgó en tal y tal fiesta.» Y de otros dirán: «Comulgó cada semana»; y de otros más veces; y de otros, «Cada día»; y págales ahora el Señor en la misma moneda: que siendo extranjeros del cielo, los mete en Él, pues cuando Él lo era en la tierra le dieron posada.

No es pequeño el vínculo del amor, ni la obligación que resulta entre el que recibe posada y es convidado, y [el] que estos beneficios le hizo. Y como el Señor es tan leal, y fuente de donde toda la lealtad nace, guarda muy bien estas leyes del hospedaje y del comer a una mesa; y por el mismo caso que hace merced a uno de tan estrecha conversación de querer entrar en su pecho, y ser su manjar, y que el hombre lo sea de Él, queda según su bondad obligado a no desamparar al

tiempo de la necesidad a la casa donde moró y al compañero que tuvo a su mesa. Y porque hay pocos que saben guardar lealtad, de éstos tales hay pocos que sientan la grandísima riqueza que es comulgar, y la fuerte esperanza que podemos tener de que, teniendo con el Señor tan estrecha y tan continua conversación en la tierra, no huirá de nosotros ni nos negará la suya en el cielo.

Y con este espíritu y sentimiento y confianza ruega la Iglesia al mismo Señor en una oración *Post communicandam*: «No permitas, Señor, caer en los humanos peligros a los que haces merced que, recibiéndote a Ti, gozan de tu divina conversación» (9).

10.—*Cristo se entrega a ti: no te negará el cielo.*

De manera que no hay cosa que así conforte nuestra esperanza de estar para siempre con Cristo en el cielo, como recibirlo en la tierra, según su palabra que dice: *El que come de este pan vivirá para siempre* (*Jn.*, 6, 59). Porque para entrar en el cielo requiérese que se apliquen al hombre los merecimientos de Cristo; y también se requiere que el hombre no vaya estéril, sino que tenga buenas obras que se junten con las del Señor. ¿Pues qué prenda se puede dar de mayor certidumbre, para que la humana flaqueza confíe que participa en los méritos de Jesucristo, que es recibir en sus entrañas a la misma Persona de Cristo? Y no sin acuerdo grande de la divina Sabiduría, que procura siempre nuestro remedio y nuestro consuelo, fué así considerado: ¡y bendita la hora en que fué ordenado! Así, que la misma persona de Jesucristo realmente recibimos los cristianos cuando comulgamos, para que entendiésemos que, así como cuando la mujer entrega por casamiento su cuerpo al marido, tras la persona va la hacienda, como cosa menor tras mayor; así el camino más cierto y más llano para participar de los méritos de Cristo es la sagrada Comunión, que, como dijo San Pablo (1 *Cor.*, 10, 16), *es participación del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.*

¿Qué desconfías, cristiano, qué desconfías del perdón de tus pecados, pues recibes en ti al verdadero sacrificio y amansamiento de Dios, paga bastante y

---

(9) Contra persecutores Ecclesiae.

sobrada para ellos? ¿Qué desconfías de que no se te dará fuerza para vivir sin morir por pecado mortal pues recibes el pan de la vida, más fuerte para te guardar, que todos los contrarios para te matar? Ten confianza que el reino del cielo te será concedido, pues que no te es negado recibir al Hijo de Dios, que es el Señor y el Rey de aquel reino. Gran verdad dijo San Pablo (*Rom.*, 8. 32), que *dándonos a su Hijo, nos dió todas las cosas con Él,* como menores y accesorias a Él y a las obras buenas que se requieren de nuestra parte. Porque así como el manjar que recibes es el mismo Cristo, así el aparejo que tú has de llevar, no tanto consiste en las cosas fuera de ti, como en ti mismo; conviene a saber, que lleves tu cuerpo ejercitado con alguna pena; tu entendimiento alumbrado con fe, y especialmente de aqueste divino Misterio; y tu voluntad dada al Señor por amorosas obras de sus santos mandamientos y de su Iglesia; y la memoria saludable de la muerte que el Señor padeció por tu amor (10). Y ofreciéndote a ti de esta manera, haces al Señor más señalados servicios en esto, que si mil mundos le dieses. Él hace a ti plato de su misma Persona; tú a Él de tus mismas entrañas. La merced que te hace y dádiva que te da, la mayor de todas es; y el servicio que tú le haces también es mayor que todo lo que puedes hacer.

De lo dicho se ve cuán provechosísima cosa es ejercitarse el hombre a menudo en recibir este divino Sacramento. Porque en otras buenas obras puede el hombre dar limosna y quedarse con una mala querencia en el corazón; puede dar la lengua a Dios y el corazón al demonio. Mas si se determina de recibir este Señor, el aparejo y servicio que ha de llevar para se confesar y comulgar bien, son cosas que le salen de las mismas entrañas, por las cuales él mismo se ofrece a Dios en recompensa de que el mismo Dios se da a él; y por esto las obras buenas que aquí se hacen dan mayor consuelo y mayor esperanza que las que fuera de aquí. Con condición que el hombre ponga en su lugar cada cosa, y entienda que aunque la gloria del cielo se llama *jornal* (no porque se haya de ganar con obras hechas con ánimo de jornalero, como por principal intento, porque [así]

(10) *S. Thom.*, 3 p. q. 79. a. 8; in 4 d. 12, q, 3, a. 1 q. 3.

hace las obras, que faltando el jornal deja de obrar; mas como el Tridentino dice (11), pueden los justos mirar al premio), mas, porque es menester que se haga con ánimo y obra de hijo, con todo eso la misma gloria se llama herencia, y San Pablo la llama [galardón], que es don dado por la gracia de Dios; y en otra parte el mismo San Pablo junta estos dos nombres diciendo (*Colos.*, 3): *El galardón de herencia.*

Si preguntáredes: «Si es *galardón* de trabajos, ¿cómo *herencia* que se da por ser hijos?», habéis de saber, y conviéneos mucho saberlo, para que deis a Dios la gloria debida, y se amolde vuestro corazón con la verdad que sea guía de vuestro vivir. Esto, hermano, os sea notorio; que es tanta la bondad divinal, y tan grande su magnificencia, que llega hasta hacer a un hombre merced de cosa tan grande como es gozar del mismo Dios en el cielo para siempre jamás. Y en testimonio de aquesta comunicación tan valerosa y tan de balde, os doy otra mayor, la cual hay entre las Personas divinas, dando el Padre al Hijo toda su divina esencia, y Padre e Hijo dándola al Espíritu Santo. ¡Oh piélago de bondad infinita, qué bien no esperan los hombres de Ti! pues aunque sea poseerte a Tí por gracia y por gloria, es sin ninguna comparación menor este modo de participarte que el que es por naturaleza entre las Personas divinas. Y la primera ánima a quien fué hecha esta merced, y del todo de balde, de que fuese bienaventurada viendo a Dios claramente, fué la benditísima Anima de Jesucristo nuestro Señor, que en el mismo instante que fué criada fué tomada del Verbo de Dios en unidad de Persona, y vió la divina esencia tan claramente como ahora la ve. Gracia inefable fué, y pura gracia, serle dada aquella vista que hace bienaventurados. Y porque no comiese tan buen bocado a solas, fuéle también prometida la gloria del cielo para todos aquellos que fuesen suyos y se juntasen con Él. Mas esto que a otros tocaba no le fué dado de balde, como lo que tocaba a Él; mas la gloria que habían de gozar los suyos fué a costa de sus trabajos, y de su propia vida, que puso en la cruz.

De manera que no debe pensar el cristiano que si va al cielo, va allá porque sus obras solas lo ganen;

(11) Sess. 6, c. 2.

a cosa ganada va, y por trabajos justísimos. Porque si le dan compañía de ángeles, mayor cosa fué estar Cristo humillado y deshonrado entre dos ladrones. Si le dan a Dios gozoso, que lo hincha de gozo, bien lo mereció el Señor, que dijo (*Mt.*, 26): *Triste es mi ánima hasta la muerte,* humillado y sudando gotas de sangre. Parécele al humano corazón cosa desproporcionada que un hombrecillo concebido en pecado, lleno de muchas miserias, suba a las alturas del cielo con nombre de hijo de Dios a gozar de Dios como de propia *herencia, limpia, incorruptible, que nunca se marchita,* como dice San Pedro (1 *Petr.*, 1). Mas si consideramos que para que el hombre tan bajo subiese a Dios, descendió Dios de los cielos haciéndose hijo de una mujer, viviendo vida humilde, y muriendo en cruz, lugar más bajo que todos los hombres, esforzaráse nuestro corazón con toda confianza.

Y en esto estriba nuestra esperanza de que hemos de vivir para siempre con Dios en el cielo, en que la divina largueza, por los merecimientos y muerte de Jesucristo, hace esta merced a los hombres, de darles la gloria del cielo. Porque aunque se requiere que los hombres reciban los santos Sacramentos que hay en la Iglesia, y que vivan en obras buenas en ella (12); mas si se miran las obras del hombre en sí mismas, y a solas, todas ellas sin gracia, por grandes, por muchas que sean, aunque duren desde el principio del mundo hasta el fin de él, no son bastantes a merecer que el hombre vea a Dios una sola hora en el cielo; y por eso aunque se requieran, no estorban que al dar Dios la gloria se llame gracia y merced; pues lo que el hombre hace de su parte es tan poco para igualar con aquella grandeza de gloria, que le conviene lo que el Profeta dice al Señor (*Ps.*, 55): *Hacerlos has salvos por nada,* y esto por el valor que reciben por los méritos de Jesucristo.

Aunque la divina Bondad no se contenta con nuestro provecho, mas también procura nuestra honra y valor, y toma en sus manos aqueste cobre de nuestras obras, y atavíalo con riquísimas piedras preciosas (que son su gracia y la participación de los méritos de Jesucristo), y con este valor dado de gracia,

---

(12) La edición de 1596: *en obra de él y de ella.* Parece errata.

valen nuestras obras y merecen el cielo; de lo cual la gloria es de Dios y no nuestra; Él nos la dió, y en Él la tenemos. Y por eso no debemos andar hinchados con los buenos servicios, mas hacerlos, y confesar que de gracia se nos dió el valor, y de gracia se nos da la gloria; porque el precio que pagamos por ella al Señor, Él mismo nos lo dió para que se lo pagásemos.

12.—*Confianza en la divina Bondad.*

Y por no tener muchos hombres asentada en su corazón esta verdad, de que llega la magnificencia de Dios a hacer *merced* de la gloria, tienen el corazón tan pequeño y tan lleno de desconfianzas, como gente que mira a su propia pequeñez, y no tiene lumbre del cielo con que confortar su corazón y dar gloria a Dios, de que es poderoso, sabio y bueno para dar a los hombres el cielo; que aunque tenga[n] vida con razonable obra de Dios, como no estriban sino en ella, viven sus corazones vacíos de alegría que da la esperanza, y llenos de tristeza desconfiada, causadora de muchos pecados. Por ventura no podréis pensar cuán importante cosa es al cristiano traer el corazón alegre, contento y confortado con la cristiana esperanza de que ha de ir al cielo, y cuántos trabajos puede sufrir, y cuántas buenas obras acomete y sale con ellas, y cuántas veces vence al demonio; todo lo cual le falta al estrecho y desconfiado corazón.

«El perfecto amor—dice San Bernardo—ni siente los daños de la desconfianza, ni cobra fuerzas de la confianza.» Porque este tal amor destierra de sí, y muy lejos, todo temor y desconfianza, y por eso no siente los daños que le pueden hacer. Y como es «perfecto», que sólo el contentamiento de Dios es su espuela que lo aguija y el norte por donde navega, no ha menester el socorro de la esperanza que mira al propio bien, aunque es buena. Mas así como hay pocos que tengan este «perfecto amor», así son muchos los que han menester ayudarse de la esperanza, que en grandísima manera hace obrar con esfuerzo, sufrir trabajos con paciencia y *pelear las peleas* del Señor, como otro Judas Macabeo, *con alegría* (1 *Mac.*, 3, 2). Y cuando esto falta, sin que nin-

guna carga echen al hombre, se cae, y antes que entre en la guerra ya está vencido; porque el medroso, aun del solo resplandor de las armas y estruendo de la guerra echa a huir.

Visto hemos muchos que cuando vivían en ofensas de Dios, y tenían razón para temblar, pues tenían por enemigo al Omnipotente, andaban tan asegurados como si tuvieran muy buena vida (13). Y si Dios les hería los corazones con saludable herida, sacando de ellos agua de amargo arrepentimiento, y enmendaban su vida viviendo en temor del Señor, eran tantas y tan grandes sus desconfianzas y tristezas desaprovechadas, que corrían por allí no pequeño peligro. Estaban primero mal asegurados en el tiempo que habían de temblar de la Justicia divina; y después que, por la misericordia de Dios recibieron señales y conjeturas de que estaban perdonados y en gracia de Dios nuestro Redentor, todo su negocio es temblar y desconfiar, errando en esto como en lo otro.

Alcen estos tales sus ojos a la Bondad divina, alcen los ojos a los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, y entiendan que aquella enmienda de vida que les ha venido, de estas fuentes les ha venido Y aunque mirándose en sí mismo sea muy poco, arrimándose a Jesucristo es muy mucho. Ofrézcanse de corazón en la Bondad divinal, y oigan que dice por el Profeta Isaías (46,4): *Yo os hice, yo os sufri*[*ré*]; *yo os llevaré, yo os salvaré.* Y han probado que Dios *los sufrió* cuando estaban apartados de Él; ya pueden confiar, pues se han confesado y comulgado con razonable aparejo, que Jesucristo nuestro Señor los ha incorporado en Sí mismo y hecho participantes de sus merecimientos; y desterrando toda pequeñez de corazón, tengan en mucho aquesta merced, y tengan en mucho a Jesucristo, por el cual y en el cual osen esperar el reino del cielo, como miembros vivos que tienen Cabeza tan valerosa.

Y consideradas estas cosas, recibiendo el hombre al Señor, cobre corazón de león, no en sí mismo, sino en el mismo Señor, y sepa estimar el beneficio recibido, de que Dios se ha querido juntar con él para ampararlo debajo de sus alas, *como* [*la*] *gallina am-*

---

(13) Véase el AUDI, FILIA, c. 23.

para a sus hijos (*Mt.*, 23, 37). Arrímese a Él; ásgase (14) a Él, pues en Él está toda la seguridad.

Y después que hubiere sido harto recibiendo este manjar divinal, sea muy agradecido, y cante al Señor aquel divino cantar, propísimo para esta sazón (*Ps.*, 102, 1): *Anima mía, bendice al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí bendigan su santo nombre*, etc. Mira con atención todas aquestas mercedes que canta David, y hallarás que todas son concedidas en este divino Sacramento a quien bien lo recibe. Aquí el Señor se amansa con *nuestros pecados*; aquí da fuerza a nuestra ánima, para que de aquí adelante no caiga en ellos; aquí *sana nuestras enfermedades* e imperfecciones. Aquí nos junta consigo; aquí se nos da Él mismo en prendas de que viviremos para siempre con él; porque es la levadura que se echó *en las tres medidas de harina* (*Mt.*, 13, 33) para que el pan fuese sazonado y fuese gustoso al Señor; y fuera de este sacratísimo Cuerpo no hay vida, ni salud, ni [sazón] (15) en las buenas obras; no hay gracia, ni gloria, ni bien alguno. Porque así como la fuente de la lumbre es el sol, y en la mar se juntan las aguas, así en este poderosísimo Señor están juntos todos los bienes, y quien lo recibe puede decir: *Todos los bienes me vinieron con Él* (*Sap.*, 7, 11).

Y esté sin miedo de la muerte, pues ha recibido la Vida, y espere de gozar de la dulce y verdadera promesa de Jesucristo que dicen las palabras del tema: *El que come de este pan vivirá para siempre.*

---

(14) *Asgase*: de *asir*.
(15) Los impresos consultados traen *razón*.

TRATADO 17

LA COMUNIÓN, REMEDIO CONTRA EL PECADO VENIAL.

In me manet, et ego in illo.
Está en Mí, y Yo en él.
(*Jn.*, 6.)

1.—*Introducción. Cristo vino a destruir el pecado.*

Mucho se admiró el sacerdote Abimelec (1 *Reg.*, 21) de ver que David, principal persona del reino, señalado en armas, y yerno del rey, y de toda parte varón ilustre y digno de honra, venía solo y sin armas, como si fuera un hombre particular y pobre; y deseando mucho saber la causa de tal novedad, le preguntó: *¿Por qué vienes solo, y nadie contigo?*

Y si nosotros tuviésemos sentido cristiano para sentir la admirable obra que el Verbo de Dios hizo en tomar nuestra carne y andar por este mundo solo y en hábito de pobre, sin armas y sin otro subsidio temporal, nos maravillaríamos mucho de que siendo Dios, en cuya comparación todas las cosas, por altas que sean, se dicen no ser, y le deben servicio y acompañamiento, le preguntaríamos, y no sin lágrimas: Señor, ¿por qué estáis solo en vuestro nacimiento, en vuestra vida, y mucho más, puesto en una cruz y en un sepulcro; tanto más solo, cuanto más acompañado de aquella muchedumbre de gente, que no sólo no os reverenciaba, mas despreciaba, aborrecía y atormentaba? ¿Por qué, Señor, y sin armas?

David respondió a Abimelec que el rey le mandaba ir de tanta priesa y con tanto secreto, que ni hubo lugar para tomar armas, ni para llevar gente consigo, ni convino, porque el camino fué muy secreto. Mas la verdad era que él iba huyendo del rey Saúl porque le quería matar. No responderá nuestro David, a quien le preguntare esto, porque va huyendo

de la muerte que su suegro le quería dar; mas dirá que él viene solo y sin armas, porque el Hijo de la Virgen *vino a servir y no a ser servido* (*Lc.*, 21); y para este oficio más conviene venir solo y pobre, que rico y acompañado. Tampoco trae espada, porque no viene a juzgar el mundo, sino a salvarlo; ni viene huyendo de la muerte, sino a buscarla, y *dar su ánima*, como Él lo dice, *por rescate de muchos*. ¿Quién no se admira de tal caridad, que no mira a su descanso, sino a nuestro provecho; y lo desea tanto, que no dudó de perder su vida por darnos vida, y matar en Sí mismo las enemistades que estaban entre Dios y nosotros, como dice San Pablo? (*Efes.*, 2). Si queréis saber por qué el Señor anda solo, por qué pierde su vida en la cruz, es por hacer paces entre Dios y los hombres; lo cual no puede haber habiendo pecados, ni se pueden quitar los pecados sino por la muerte y por derramamiento de sangre de Jesucristo.

Grande es, y muy grande, la conveniencia y amistad que hay entre Dios y los hombres, pues Él los quiso honrar tanto, que los crió a su imagen y semejanza; y no hay pintor que si pinta a sí mismo, si es perito en el arte, y él es hermoso, que no ame haberse pintado y se huelgue con la imagen que le representa. Y si no se entremetiese entre Dios y el hombre el pecado, no habría cosa que bastase a poner mal a Dios con su imagen, ni aun habría cosa en ella que desagradase los ojos de su Criador.

¡Oh pecado, que haces divorcio entre tales casados, que apartas cosas tan juntas, que tanto se aman! ¿Quién no se espantará de ti, de que puedas tornar a Dios de manso en airado, de amoroso en aborrecedor, y que envíe al infierno, y para siempre castigue a quien crió a su imagen y semejanza, y aun a quien había tomado por hijo y prometido la herencia del cielo? ¿Quién habrá que no te aborrezca, sino quien no te conoce, o a quien no se le da nada por estar mal con Dios ni ser de Él castigado?

Fortísima cosa es el pecado, y fortísima enemistad causa entre Dios y el hombre. Y quien quisiere estar bien con Dios, aborrezca el pecado, y entienda que por ninguna otra vía, ni medio, ni puerta puede entrar a privar con Él, si no fuere aborreciendo, huyendo pecados. Y en ellos nos estuviéramos, si el Hijo de Dios no viniera a pelear contra ellos y a quitar los de nuestras ánimas, para que ellos quitados, nos

mirase Dios con ojos amorosos, y nos diese su gracia y su paz, viviendo con el sosiego y concordia que el buen padre con buenos hijos, o marido y mujer. Y porque ya se ha dicho de cómo este Señor por su Sangre en la cruz nos mereció el perdón de nuestros pecados, y en los santos Sacramentos y en este santísimo del Altar se nos aplica el perdón de los pecados mortales, resta ahora decir cómo también nos trajo remedio para pecados veniales. Porque es tan grande el amor que nos tiene, que no se contentó con quitarnos los pecados que nos hacen perder a Dios para siempre, y ser atormentados en el infierno sin fin, mas aun aquellos por los cuales somos castigados en purgatorio, y hacen nuestro trato con Dios desabrido y desgraciado en alguna manera.

Y si esto entendéis, no caeréis en un error, en gran manera dañoso, en que muchos están, no haciendo caso de pecados veniales, pareciéndoles que apartarse de ellos o hacer penitencia de ellos es una cosa sobrada, o que va poco en ella, y que es cosa que conviene a los Santos y no a los medianos cristianos.

2.—*El pecado venial es pecado; es ofensa de Dios.*

Decidme, hermano: Si una mujer os dijese: «Con que yo no os haga traición con otro hombre, o no os fuere a las barbas, o diere bofetadas en la cara, o cosa semejante de aquéstas, de esotros enojos que os diere no se me da nada, o muy poco»: decid vos que tenéis hijos, diga el señor, diga el rey que tiene vasallos, y para que todos entremos, digan los que tienen amigos: Si os dijesen todos éstos: «Cuando yo no hiciere cosa contra vos que sea digna de muerte, poco va en que os haga otros enojos cualesquiera que sean», ¿quién podrá sufrir tal respuesta? ¿qué trato sería entre los casados? ¿cuándo habría paz entre padres e hijos? Ni se hablarían, ni holgarían de estar juntos, y poco a poco vendrían a del todo apartarse.

¿Queréis saber qué es pecado venial? Dígoos que es *pecado*. Entendedme; digo que el pecado venial no sólo es pecado venial, mas a boca llena es *pecado* (1).

---

(1) *Jn.*, 1.; *Prov.*, 14; *Jac.*, 3; *Concil. Milev. c.* 6, 7; *Mt.*, 6.

No os engañéis si leyéredes en algún Santo que este nombre *pecado* es análogo a pecado mortal y a pecado venial: que también este nombre, *Ser* o *Substancia, Bondad* o *Sabiduría,* son análogos, según aquel Santo, a Dios y a la criatura; mas no por eso dejamos de decir que el hombre tiene ser y tiene substancia, y bondad y sabiduría, ni el Santo quiso decir otra cosa. Ni piense nadie que, como decimos que el hombre muerto no es hombre, así el pecado venial no es pecado; eslo, cierto, y a boca llena; y así lo llaman los santos todos, y como a tal lo huyen, y como a tal lo lloran cuando lo han cometido.

Y a quien le pareciere pequeña la autoridad de ellos, oiga la palabra de Cristo nuestro Redentor, que dice (*Jn.*, 20): *Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos.* En las cuales palabras instituyó el santísimo sacramento de la Penitencia, por el cual son perdonados a los que vienen dispuestos, no sólo los mortales, mas aun los veniales; que muy mal se engañaron los que pensaron que los pecados veniales no son materia del santísimo sacramento de la Penitencia (2). Si dijeran que no son materia necesaria, acertaran en ello; mas si se confiesan, verdaderamente obran en ellos las llaves, y la verdad de este santísimo sacramento; de manera que se comprenden en aquellas palabras de Cristo nuestro Señor, *cuyos pecados perdonáredes serán perdonados,* aunque no se digan veniales (3).

¿Queréis que lo diga el mismo Señor otra vez tan claro como aquésta? Diónos manera de orar, y pedir perdón de estos pecados veniales; y lo que por un Evangelista (*Mt.*, 6) dice que digamos: *Perdónanos nuestras deudas,* en otro (*Lc.*, 11, 4) dice: *Perdónanos nuestros pecados,* sin decir veniales o no; porque en este nombre *pecados* se entienden unos y otros; pues que esta oración no sólo la rezan los que están en pecado mortal, mas aun los que están en estado de gracia, que cometen veniales. Y si bien se mira, más es oración propia de estos tales, que siendo hijos por gracia, llaman Padre a Dios, que no de los que están en pecado mortal, enemistados con Dios, indignos de llamarle Padre, y si se lo llamaren, les

(2) *Triden.*, sess. 14, c. 5.
(3) Aunque no se mencionen explícitamente los veniales.

puede Él responder con mucha verdad (*Jn.*, 8): *Vosotros hijos sois del diablo.*

Y si queréis otro nombre del pecado venial, que os parezca más feo, San Jerónimo (4) dice que «no es cosa liviana *ofender a Dios,* aunque sea en cosas que sean de sí muy livianas».

Y porque no penséis que no se atrevió él (5) a poner este nombre tan infame a cosa que tanto vos tenéis por liviana, oíd al Espíritu Santo, que por la boca de aquel santísimo varón Santiago (3, 1, 2) dice de esta manera: *Hermanos, no queráis ser hechos maestros, porque sabed que tomáis sobre vosotros más peligroso juicio; porque todos hemos ofendido en muchas cosas.*

Y siendo esto verdad, no acierta quien dice que en el pecado mortal hay *ofensa* de Dios, y en el venial no. Ofensa hay, y aunque es mucho menor sin comparación, ¿quién habrá que tenga en poco cosa con que Dios se ofende, cosa que le desgracia el corazón, no para echar a su hijo o esposa de su casa, mas para no tratarla con aquella blandura y paz que quienquiera desea ser tratado? Y veces hay que les quita por esto los regalos e inspiraciones espirituales, y hablas que con ellos tenía; las cuales cosas quien las tiene en poco, no las ha experimentado; y quien las ha perdido por los pecados veniales, yo aseguro que no las llore poco, ni las huya poco.

3.—*El pecado venial es mancha y enfermedad del alma.*

Mas si por aquí no entendéis la malicia de pecados veniales, decíroslo hemos por semejanza. San Bernardo dice que el pecado venial ensucia el ánima. Y otro [santo] dice que es como lodo y como polvo que se echa sobre ella. Mirad vos, si sois hombre, o si sois mujer, si os holgaréis de traer suciedad, barro o polvo, en la cara; y creo me responderéis, que ni aun en los brazos, manos ni pies; poco os digo, que ni en vuestro bonete, ni la mujer en su tocado, ni en vuestra ropa, ni en el cabo de ella, ni en vues-

(4) *Epist. ad Thesiphon.*
(5) Que fué atrevimiento del Santo llamar *ofensa* de Dios al pecado venial.

tros zapatos. ¿Decíslo así? *De tu boca te juzgo, siervo malo* (*Lc.*, 19): así dirá el Señor, cuando en la hora de vuestra muerte os tome estrecha cuenta de vuestros pecados chicos y grandes, para convenceros, sin otros libros, sin otras razones y autoridades. No sufres un poco de barro en tus faldas, ni en tus calzas, ni en tus zapatos, ¿y súfreslo en ti mismo, y en la mejor parte de ti, que es el ánima, y en sus principales potencias, que son entendimiento y voluntad?» ¡Oh sentido tan al revés! ¡Oh sentido tan engañado! Y con cuánta verdad dijo de los tales (*Ps.*, 19): *Mentirosos son los hijos de los hombres en sus balanzas.* ¿Qué es esto, hermanos? ¿Tan vivos para sentir los males del cuerpo, de la hacienda, de la honra? —¿qué os diré?——de un poquito de barro en la capa, de una pajica, que traéis un mozo para que os la quite? Y qué los que tenéis ojos para mirar cosas tan pequeñas, los que tenéis pesos para ponderar mucho la falta de la salud que tenéis, las necesidades, los trabajos que pasáis con vuestros hijos, con vuestros maridos, con vuestras mujeres, los cuales contáis muy por extenso, y aun os enojáis si no os lo creen y os ayudan a decir que es así, ¿por qué en los males del ánima—el menor de los cuales es mayor mal y os hace más daño que cualquier de esotros y que todos juntos, y que tanto ponderáis y sentís—estáis tan muertos a ellos como si fueran nada, y por risa los cometéis, y después de cometidos, dáseos muy poco por ellos?

¿Queréis que os diga la causa? Oíd a San Pablo (*Rom.*, 8): *Qui enim secundum carnem sunt, quae carnis sunt sapiunt: qui vero secundum spiritum sunt, quae sunt spiritus sentiunt.* Esto tenga por cierto quien no siente el lodo de los pecados veniales; que, o no tiene la gracia de Dios, y como muerto no siente nada, o tiene tan poca, y tan poco sentido espiritual, que si no le dan una puñalada mortal, no siente las otras heridas, ni bofetadas, ni azotes. El Señor dijo (*Jn.*, 10): *Yo vine para que tengan vida, y más abundantemente tengan vida.* Porque no se ha de contentar el cristiano con tener una vida tan flaca y enferma, que no tenga más de vida, de que no está muerto del todo. Vivo está uno que está desahuciado de médicos, y oleado por el sacerdote; mas no creo que os contentaríades vos con tener vida tan cercana a la muerte, y vida de que tan poco gozáis. Si

amáis vida del cuerpo, sana, recia y alegre, ¿por qué la del ánima la queréis al contrario? El pecado mortal es muerte del ánima, y el pecado venial es enfermedad de ella; y la enfermedad hace al hombre flaco para hacer obras y para trabajar, quítale la fuerza para llevar cargas, y trae al hombre desabrido, y algunas veces tanto, que daría todas sus riquezas, y tener pobreza, por un poco de salud.

¿En qué andáis quejándoos de desconsuelos, desasosiegos, descontentos y cosas semejables, que las sabéis sentir y no remediar, ni aun entender la causa de ellas? Sabed que la enfermedad—cuanto más si es más que una, y mucho más si dura años—es cosa muy desabrida, y así lo es el pecado venial para el ánima; y que ese contento que vos deseáis es efecto de ánima sana, que con cuidado huye de pecados veniales, y tiene fuerza para hacer buenas obras, y paciencia para trabajos, y en lo uno y en lo otro está conforme con la voluntad del Señor. Que gran verdad dijo la Escritura (*Prov.*, 16): *Que la sanidad del ánima es dulcedumbre de los huesos.* Que como los malos no tienen paz, tampoco pueden tener alegría.

4.—*Castigo del pecado venial.*

Y si no escudriñáis estos males, deciros he lo que dijo San Gregorio: *Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.* Día vendrá, cierto, en que experimentéis la estima en que Dios tiene los pecados veniales, y por cuán ofendido se tiene de ellos; y os lo enseñará a poder de castigos, y castigos de fuego, y recísimo fuego en el purgatorio. ¿Quién creerá esto, si Dios no lo dice? Mas dícelo Él, y por eso el cristiano no le debe dudar. Palabras son del Verbo encarnado, verdad engendrada del Padre, que *de cualquiera palabra ociosa que los hombres hablaren, darán cuenta en el día del juicio* (*Mt.*, 12). ¡Oh cosa tan lejos del sentido de muchos! ¡Oh peso más sutil que el de la plata, ni oro, ni piedras preciosas! Pues para que una balanza de aquello algo se abaje, es menester algún peso, por chico que sea; y en el peso del juicio de Dios, una palabrilla, que es un poco de aire, dicha sin causa, pesa en el peso, y lo abaja para ser castigado el hombre que la dijo.

¿Mas con qué, Señor, la castigaréis? Cosa terrible, que el castigo de los pecados veniales en el purgatorio es vivísimo fuego, y no como el de acá, mas que atormenta tan gravemente, que no se pueden comparar con él las penas que acá pasaron los mártires aunque sea el ser desollado de San Bartolomé, y el ser asado de San Lorenzo, y todos los demás tormentos que en este mundo se han dado. ¿Qué os diré? Que hay penas en el purgatorio más recias que las que pasó Jesucristo nuestro Señor con sus cinco mil azotes que le dieron, con la corona con que le traspasaron su santo celebro, y con los tormentos que sobrepujan a todo sentido, que en la cruz y en la muerte pasó.

Testimonio claro es aqueste de la Bondad divinal, pues tan reciamente castiga los pecados mortales, de los cuales aquí no se hizo entera satisfacción, y los pecados veniales, que tan livianos parecen. Y si el castigo fuera en el infierno, donde están los que mal le quieren, y son enteramente sus enemigos, no pareciera tan grave el rigor; mas castigar en el purgatorio con fuego y con tan graves tormentos, a los que tiene en su gracia, a los que son sus hijos y miembros vivos de Jesucristo, y a los cuales ama tanto, que después de aquellos trabajos los ha de llevar a la gloria del cielo, esto parece mayor rigor en su modo que el de los dañados en el suyo. Da a entender Dios en castigar tanto los males de sus propios hijos, cuánto quiere que sean buenos; y aborrece tanto la maldad, porque es muy amigo de la bondad, y Él mismo es la misma Bondad esencial é infinita.

Y a quien esto le parece rigor, ni tiene lumbre de la verdad, ni amor entrañable de la bondad. No es verdaderamente casta la mujer casada, que le parece mucho rigor que el castigo del adulterio sea el cuchillo del marido que le corte la cabeza. Ni me parece del todo leal el criado del rey, que le parece pena demasiada la que se pone contra los traidores. Ni aun ama la fe católica como es razón, el cristiano que no le parece justísima pena que la herejía sea castigada con fuego. Riñe el padre virtuoso, o madre, con el hijo liviano y derramado, y parécele al hijo que le encarece su padre las culpas más de lo que era razón; y a la hija liviana parécele incomportable su madre, porque le manda esconderse y recatarse de las ocasiones que le pueden traer a perder la castidad, o

cuando la castiga por algún defecto que acerca de ella haya hecho.

No es pequeña merced de nuestro Señor, ni pequeña señal de tener un hombre su espíritu, cuando siente de las culpas ser cosa muy mala, y los castigos menores de los que ellas merecen. Y así dice San Agustín, que el que tuviere sentido de la altísima sabiduría y lumbre de Dios, juzgará que el castigo que hizo Dios en todos los hombres desde el principio del mundo hasta el fin por el pecado de Adán, no le parecerá ser sobrado, sino justo. Por tanto, quien del castigo que Dios hace por los pecados veniales se escandalizare, testimonio da de la poca lumbre que tiene, y del poco amor de la bondad, con el cual siente poco la pérdida de ella; y por el mucho amor que tiene a la carne, le parece recio el castigo. Él es el que tiene falsas balanzas; que *los juicios de Dios*—como dice David (*Ps.*, 18)—*verdaderos son y en sí mismos justificados*, y con gran verdad se canta de Él (*Deut.*, 32): *Dios es fiel, y sin ninguna maldad, justo y derecho.*

Y así como su castigo pone temor a los malos, así pone gran consuelo a los buenos. Porque demostrándose tan justo en aborrecer y castigar aun los males pequeños, declara cuán largo es en galardonar los bienes aunque pequeños; y que si aborrece al malo, ama al bueno, y que en queriendo uno, será favorecido de Dios con toda su omnipotencia.

¿Quieres, pues, cristiano, no temer el castigo de Dios y su justicia? *Haz bien*, como dice San Pablo (*Rom.*, 13), *y serás alabado* y favorecido *de ella.*

5.—*Desigualdad de penas en el purgatorio.*

Y entiende que así como los pecados veniales no son todos iguales, tampoco la pena que por ellos se da. Y aunque lo que dijo San Gregorio, de ser mayores las penas del purgatorio que las penas de Jesucristo nuestro Señor, sea verdad cotejando la mayor pena del purgatorio con la Pasión del Señor: mas las otras penas no se sigue que sean mayores ni que sean iguales. Aquí se verifica también como en el castigo del infierno (*Apoc.*, 18): *Según la medida del delito, será la medida de los azotes.* San Pablo dice (1 *Cor.*, 3) que *sobre el buen fundamento*, que es la fe, esperanza

y caridad, por el cual está un hombre en estado de gracia, unos—y éstos son los buenos y aprovechados cristianos—*edifican oro, plata y piedras preciosas,* que son buenas obras, edificio conforme a tan buen fundamento. Mas otros hay mal mirados, negligentes y de poco saber, que no siguiendo la conformidad con el buen fundamento, *edifican madera, heno y paja,* cosas que ni tienen firmeza, ni valor de oro ni plata ni de piedras preciosas; y no sólo no tienen valor de bien, mas aun pérdida y mal. Y aunque esto no se conozca ni se estime, *el día del Señor*—dice San Pablo—que es el día de la muerte, donde Dios ha de juzgar a cada uno según sus obras, aquel día, con el fuego que ha de traer, manifestará qué tal es la obra de cada uno; y si ha edificado oro, plata y piedras preciosas, aunque pase el fuego por él no le quemará, ni el tal hombre perderá nada de su edificio; mas el que edificó la madera, heno y paja, no le hace injuria el fuego en se la quemar, pues es propia materia donde él prende y con que se ceba. Y aunque el tal fuego no le cause condenación del infierno, porque halla allí fundamento de fe, esperanza y caridad, mas atormenta al tal hombre por los pecados veniales; *y salvarse ha, mas por medio del fuego.* Y éste será más recio cuando quemare la madera, y menos cuando quemare al heno, y muy menos cuando la paja.

6.—*Diversa gravedad de los pecados veniales.*

Diferentes son las mansiones de la gloria que hay en el cielo, diferentes las sillas de los condenados en el infierno, y también diferente el castigo de los hijos en purgatorio (6). Si vuestros pecados veniales son *muy graves* y gruesos como *madera,* así como una gula destemplada en comer o beber, un exceder mucho en precio y curiosidad de vestidos, unos deshonestos pensamientos con mucha negligencia tenidos, aunque no lleguen a pecado mortal, y cosas de esta manera que traen consigo culpa notable, que parece que frisan con pecado mortal, tened entendido que cuando os muráis lleváis *madera* con vos, y que prenderá

(6) Véase *Lecciones sobre la Primera Epístola de San Juan,* c. 2, v. 5.

en vos el fuego de la divina Justicia, tanto con mayor rigor, cuanto vos llevasteis materia en que el fuego mayor llama hiciese y más tiempo durase. Y tener en poco estos pecados veniales, es causa o de graves tormentos en el purgatorio, o de cometer acá pecados mortales. Y por esto está mucha gente perdida; porque escrito está: *Como de la cara de la culebra, huye el pecado* (*Eccli.*, 21). Si queréis tener guardada vuestra anima de pecados mortales, tenedla guardada de los veniales, y especialmente de los mayores; porque sin esta guarda y cuidado, entended que la serpiente del pecado mortal os ha de morder, y las bestias, que son los demonios, han de entrar en la heredad de vuestra ánima, y hollarla y pacerla, y hacer morada en vos.

Tras estas culpas gravísimas, figuradas en la *madera*, vienen otras que son menos graves, algunas de las cuales cuenta el glorioso Doctor San Agustín en el libro de *Natura et Gratia*, diciendo así: *Hac ergo Virgine Maria excepta, si omnes illos Sanctos et Sanctas cum hic viverent, congregare possemus, et interrogare, utrum essent sine peccato, quid fuisse responsuros putemus? Utrum hoc quod iste dicit, an quod Joannes Apostolus: Si dixerimus quod peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est?* (1 *Jn.*, 1.) No es cosa tan grave un pecado venial hecho por inadvertencia, y aunque sea advirtiendo, como el que tiene raíz en el corazón, de inclinación natural, de mala costumbre, de afección *pegada*, o deshonesta o de codicia o de honra o de cosa de esta manera, que como raíz o árbol brota aquel fruto de sí.

Tenga grande atención quien quiere tener cuidado de sí, de que la fuente *donde* mana su agua, que es su corazón—por el cual se entiende la voluntad—esté limpia, no *pegada* con amor demasiado, aunque no mortal, con criatura ninguna. Porque así como juntándose el agua y la tierra se hace lodo, y ensucia a quien lo trata, así quien *pegare* su amor con la criatura, si no fuere por Dios nuestro Señor, entienda que tiene lodo dentro de sí, y que por hermosa o preciosa que le parezca la tal criatura, se ha de verificar lo que dice el Espíritu Santo (*Eccli.*, 13): *Quien tocare la pez, será ensuciado con ella.* Y cuando estas aficiones no se quitan del corazón, acaece muchas veces estarse los hombres con los pecados veniales que de ellas proceden, sin mirar en ellos, ni sin arrepentirse de ellos; y aunque confiesan, no se les qui-

tan, porque les place tener aquella afección, y no procuran de quitar la raíz que en el corazón está, que es causa y ocasión eficacísima para que muchas veces el hombre haga obras conforme a la tal afección, y muchas veces sin mirar en ello.

Examínese, pues, cada uno con diligencia y cuidado, y mire dónde tiene puestos sus pies, que son las afecciones de su corazón, sus inclinaciones, el amor de los hijos, y el de los casados uno en otro, y de cosas semejantes; y oigan lo que dice San Agustín: *Señor, poco te ama quien alguna cosa ama contigo, que no la ama por amor de Ti.* No es este amor tal que haga amar a la cosa más, o tanto como a Dios nuestro Señor; mas aunque sea menos, hay desorden, porque no se ama por Dios, o en Dios; y tanto se le quita al amor divinal, cuanto se le da a éste. Y por esto dice el Apóstol San Pablo (1 *Cor.*, 7): *Los que tienen mujeres, como si no las tuviesen; los que compran hacienda, como si no la poseyesen; los que usan de este mundo, como si no usasen de él; porque la figura de este mundo se pasa.* Eso quiero; quiero que estéis sin congoja; y la congoja, del amor desordenado procede.

Y aunque la tal inclinación o afección no es pecado cuando [no] sale en acto, mas según se ha dicho, es grande ocasión para él; y muchas veces obra el hombre, de dentro o de fuera, conforme aquella afección o inclinación que tiene dentro de sí. *¿Quién tendrá el fuego en su seno*—dice la Escritura (*Prov.*, 6)—*y no se quemará?* Sacudirlo conviene de sí, si no queremos llevar a otro mundo manojos de *heno* en que ardamos, y nos atormente el fuego de la divina justicia.

Y quien de ella y del heno hubiere escapado por la misericordia de Dios nuestro Señor, dando Él su gracia, con la cual el hombre vive con mucho recato, teniendo su ánima purificada de extraño amor, viviendo con diligencia, mirando qué piensa, qué habla y qué obra, procure de guardarse también de otros pecados veniales, que son muy menudos, significados por *paja,* la cual, aunque se quema en el fuego, ni es tan recia ni tan durable como las otras cosas. Estos pecados son tan sutiles, que algunos de ellos caen aun en los hombres muy santos; tanto, que sacado el Hijo de Dios y su Madre bendita, ninguna persona ha habido en el mundo, ni la habrá, que no edifique alguna paja de

aquéstas; unos más veces que otros, y más grandes pajas que otros. Mas estar sin ninguno, si no fuere por algún tiempo no largo, ni es, ni puede ser, si no fuese por algún particular privilegio, cual fué dado a la sacratísima Virgen María, como el santo Concilio Tridentino lo afirma (7).

Vida miserable es aquésta, en la cual los más descuidados caen en pecados mortales; y los que algún cuidado tienen para huir éstos, caen en veniales, y muy graves; y los más cuidadosos, en menos graves. Y que por santo que un hombre sea, aunque sea Apóstol de Dios, que fueron los más santos en santidad que todos los otros, no escapan de aquestas culpas, aunque muy livianas. Y el castigo de todas dice el Apóstol San Pablo (2 *Tess.*, 1) que es fuego. ¿Qué remedio, hermanos, tendremos, pues que nuestros pecados veniales en unos serán pajas, y no muy pequeñas, en otros heno, en otros madera, y ha de quemarnos el vivísimo fuego del purgatorio, del cual no saldremos *hasta que*—como dice el santo Evangelio (*Mt.*, 5, 26)—*paguemos el postrer cuadrante,* que vale dos minutos; y otro Evangelio (*Lc.*, 12, 59) dice, *hasta que paguemos el postrer minuto,* que, según declara Orígenes, quiere decir las mínimas culpas que hubiéremos cometido?

Recia cosa es fuego; y como dice San Agustín: «Aquel fuego excede a toda la pena que han pasado en este mundo los mártires»; y de fuego tan vengativo Dios nos libre, aunque no nos queme como a los que más quema. No puedo sufrir tener llegada la mano a un fuego de acá más de lo que conviene; siento mucho caerme en la mano una centella o agua hirviente; ¡y que me meta[n] el ánima entera, que es la raíz del sentir, en el fuego tal como aquél! No es buen consejo. Aprovechémonos de la misericordia de Dios, que por la Sangre de Jesucristo nuestro Señor perdona con misericordia en este mundo los pecados veniales; y es fácil cosa sufrir aquí el castigo de sus manos, que por ellos nos da para que no vayamos al fuego del purgatorio, donde su justicia con rigor castiga las culpas; y aunque no para siempre, mas en su manera se puede decir con mucha verdad lo que San Pablo dice (*Hebr.*, 10), que *es cosa espantable caer en las manos de Dios vivo.* Aprovechémonos de la

---

(7) Sess. *5 de peccato orig. ad finem.*

amenaza de allí para no ir allá; tomemos los remedios suaves en este mundo, que la Sangre bendita de Cristo nos ganó, el cual por su grande amor nos lavó de nuestros pecados, y con su Sangre. ¿Tenéis muchos? Creo que sí. ¿Os dan pena? También lo creo. ¿Pero quién no la recibirá de haber dado enojos a Dios, aunque no sean mortales? ¿Y quién no deseará de tener con Él comunicación amorosa, estando en su gracia, y teniendo con Él trato gracioso? También creo que también desearéis tener vuestra ánima limpia, sin lodo y sin polvo, y no probar a qué saben los tormentos del purgatorio, a lo menos, lo menos que pudiere ser, en cuanto fuere en nosotros. Oídme los que deseáis estas cosas, y bendecid al Señor, que con el grande amor que nos tiene, ordenó medios de paz, y paz perfecta, quitando de en medio todo enojo, grande o chico, que esté entre Dios y entre nosotros.

7.—*Por la Comunión se perdonan los veniales.*

Y pues que la Sangre de Jesucristo, derramada en la cruz en remisión de nuestros pecados, es la que los quita en los Sacramentos, y por los medios que diremos, no porque ella realmente esté en ellos ni en aquellas cosas, ¿cuánta más razón es que por este divinísimo Sacramento, en el cual está presente la misma Sangre que fué derramada en la cruz, se perdonen los pecados veniales? El mismo Cuerpo que en la cruz estuvo, la misma Sangre que se derramó, ése comemos y ésa bebemos, en memoria de aquella sagrada Pasión que se celebró en remisión de nuestros pecados. No es mucho, pues, que representándose aquí el derramamiento de aquella Sangre, y estando ella presente aquí, bebiéndola con devoción se nos aplique el perdón que allí nos ganó.

San Ambrosio dice: «Si la muerte del Señor anunciamos en este Sacramento, y el perdón de los pecados, yo debo tomarla siempre para que se me perdonen mis pecados siempre; y yo que siempre peco, debo tomar siempre la medicina.» ¿Qué no se podrá esperar de tan grande merced como es recibir aquí al mismo Señor, fuente de toda gracia y de todo perdón? Pues como dice San Pablo (*Rom.*, 8): *Todas las cosas nos dió con el Hijo,* no dude nadie de recibir el

perdón, pues que aquí está el sacrificio, con tal que venga el hombre aparejado como debe venir.

8.—*Limpieza del alma para comulgar.*

Cosa es de considerar cuántas preparaciones se requieren para bien gozar de aqueste Señor, significadas en las santas palabras que el Señor a sus discípulos el Jueves Santo en la noche antes que los comulgase les dijo, con las cuales les limpió las ánimas de las inmundicias que se les habían pegado de las ordinarias flaquezas, y particularmente de la soberbia y *contención* (8) que habían tenido, deseando ser cada uno mayor, y pensando que lo merecía ser en ausencia de su Maestro. Reprendióles y enseñóles el Señor. y no sin fruto, pues dijo: *Vosotros limpios estáis por la palabra que os he hablado* (*Jn.*, 15, 3).

—Pues si están limpios, Señor, ¿para qué es esa bacía de agua? ¿el ceñiros el lienzo? ¿el arrodillaros delante de sus pies y lavárselos con vuestras sacratísimas manos?

Ser obra sin provecho no se puede creer, así por ser tan admirable, como por ser Vos el que la hacéis.

—Y no es el provecho sólo darles el ejemplo de humildad, mas también, como San Bernardo dice: «Este es ministerio de perdón y limpiamiento de nuestros pecados.» *Si no te lavare*—dijo el Señor a San Pedro—*no tendrás parte en la gloria conmigo* (*Jn.*, 13, 8). Porque para entrar allá ha de estar un hombre limpio de todo pecado mortal y venial. Y porque el Señor los quería del todo limpios, y ya lo estaban de los mortales, y no de todos los veniales, limpiólos el Señor de fuera y de dentro, para que así fuesen, del todo limpios, a recibir su santísimo y limpísimo Cuerpo.

Es tanta nuestra flaqueza, especialmente la de los flacos e imperfectos, que aunque ahora los limpie el Señor de algunos veniales, les quedan otros; o si los limpia de todos, tornan presto a algunos de ellos. Si vos habéis de hacer lo que es razón para purificaros de los pecados veniales y recibir a este Señor, aunque haya poco que os habéis confesado, es razón que la noche antes os recojáis y miréis con atención la grandeza del Señor que habéis de recibir otro día; y cuán

---

(8) Altercado, contienda.

justamente a nuestra ánima, que ha de ser *su casa*, se le debe pedir *toda limpieza* (*Ps.*, 92, 5) y mirar y remirar los escondrijos de vuestro corazón; y lo que en él halláredes no limpio, y con todo lo demás que habéis hecho, gemidlo, para que mediante vuestro dolor, el Señor os lo perdone y limpie vuestra ánima. Y tras esta purificación reconciliaos después, y seréis purificado otra vez por el santo sacramento de la Penitencia, figurado en aquel gran vaso lleno de agua que mandó Dios nuestro Señor poner a la puerta del templo, en el cual se lavasen los sacerdotes primero que entrasen a sacrificar (*Ex.*, 30, 18).

Comiénzase luego la Misa, y tornáis a decir la confesión general, con la cual se perdonan como hemos dicho, los pecados veniales; y después del Evangelio y el Credo tornáisla otra vez a decir (9); y después otra vez cuando ya estáis para recibir al Señor. Y aunque sean muchas las purificaciones, es tanta nuestra impuridad, y la pureza de este Señor que vamos a recibir, que siempre hemos de pensar que aun nos queda algo de purificar; y aunque no nos quedase, toda pureza es menor de la que se debe a Señor tan limpio, que San Juan Bautista, siendo como ángel en la tierra, tiembla de le tocar, y los ángeles de le adorar.

9.—*Cristo es fuego purificador.*

Mas no penséis que habiendo vos hecho según vuestra flaqueza estas diligencias y otras para llevar vuestra ánima limpia para recibir al Señor todo limpio, que si con todo eso os quedan pecados veniales, ha de haber el Señor asco de vos, y entrar de mala gana en vuestra ánima. Acordaos que el Profeta Isaías (6, 3) fué puesto en espíritu en un templo donde vió un gran Señor, de cuya majestad estaba llena toda la tierra, al cual los serafines con grande clamor le cantaban diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria*. Lo cual visto y oído por Isaías, hallóse tan indigno de estar allí, y con la claridad de aquel Señor conoció sus propias faltas que antes no conocía; y compungido en su corazón, y muy humillado, dijo: *¡Ay de mí, que soy*

(9) En el rito actual no se dice la Confesión después del Credo.

varón de labios sucios, y moro en medio de pueblo que los tiene de la misma manera! (*l. c.*). No me espanto yo que un cristiano puesto delante de un altar, viendo con los ojos de la fe al Señor que allí está, y que a quien va a recibir es verdadero Hijo de Dios, igual a su Padre, y verdadero hombre, de mayor dignidad que los ángeles, al cual le cantan los serafines cantares de mucho loor con todas sus fuerzas, que el tal cristiano se encoja y humille, y se le represente su indignidad más que antes, y gima diciendo: «¡Ay de mí, que soy pecador!»

Mas no desmayéis, que si tembláis como Isaías, también habrá remedio para vos como para él. Voló un serafín de aquellos que estaban alabando al Señor, y fuése al altar donde había fuego, y tomó con unas tenazas un carbón encendido, y fuése con él adonde estaba Isaías, y tocó con el fuego sus labios, y díjole palabras de mucho consuelo: *Mira que he tocado tus labios, y es quitada tu maldad, y quedas limpio de tu pecado.* Gran cosa se hizo con él, mas mayor se hace contigo. Un serafín voló para le limpiar; y con un carbón, que es una poca de leña encendida, le tocó sus labios. Mas ¿quién contará la sobrepujante merced que en el altar se hace al cristiano cuando recibe a nuestro Señor?, pues no envía serafín para que limpie nuestros pecados, mas aquel mismo Señor que allá vió Isaías en espíritu (el cual dice San Juan (*Apoc.*, 4) que era Jesucristo), ése mismo desciende de la silla de su gloria, y no con carbón encendido, mas consigo mismo; y no se contenta con tocar nuestros labios y transformarnos en Sí, ni para hasta entrar en nosotros, para que de más cerca de nuestro corazón más excelentes efectos obre con Él.

Escrito está (*Deut.*, 4, 24): *Nuestro Dios, fuego gastador es.* Y en otra parte (*Malac.*, 3, 2): *¿Quién podrá pensar el día de su advenimiento, y quién estará en pie para poderlo mirar? Porque Él será como fuego que apura, y como hierba con que emblanquecen los paños, y sentarse ha apurando y limpiando la plata, y purificará los hijos de Leví.* En aquel día del terrible juicio de Dios será fuego gastador de los malos, ejercitando en ellos tan de verdad su justicia, que examinando sus obras y hallándolas malas, se cumplirá lo que está escrito (*Malch.*, 4, 1): *Sabed que vendrá un día encendido como horno, y todos los soberbios y que*

obran maldad serán como paja, y quemarlos ha el día que viene, dice el Señor de los ejércitos, y no dejará en ellos tronco ni hoja; gastarlos ha el Señor para siempre, castigándolos con deshonra, pobreza, tormentos, sin dejar cosa sin castigo, en cuerpo ni en ánima.

Allí está el Señor, fuego terrible, que castiga sus enemigos con severidad.

En el purgatorio *es fuego* que con justicia castiga a los que son sus hijos con severidad y misericordia, aunque parece tener más parte de rigor que de la dulcedumbre.

También *es fuego* castigando a sus hijos en este mundo con la tribulación (*Job*, 23), en la cual se perdonan los pecados, y se apuran los hombres en el horno de la tribulación; que aunque duela, mucha más parte tiene la misericordia que la justicia; más usa el Señor oficio de padre que de juez, pues está escrito (*Hebr.*, 12, 6): *Castiga el Señor al que ama, y recibe contentamiento en él, como el padre en su hijo.*

Mas por enseñar el Señor la suavidad de su amor y el abismo de su dulcedumbre, sin mezcla de amargura ninguna, enseñónos que *es fuego* de otra manera, escondido a todo humano entendimiento. ¡Quién alcanzara que era Dios tan verdaderamente *fuego de amor,* que descendiese del cielo, y se hiciese hombre por puro amor, y dijese (*Lc.*, 12, 49): *Fuego vine a traer a la tierra; ¡cuánto deseo tengo de que se encienda! Con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡cómo vivo en estrechura, hasta que sea cumplido! Fuego de amor* es el Señor, y descendiendo Él acá, y trabajando por nosotros Él en su vida, y muriendo Él por nosotros en la cruz, fué encendido con fuego de grave tribulación, y con entrañable amor que de dentro más le abrasaba; y muerto de amor por nosotros, dásenos en manjar para que, encendidos con tal amor, vivamos por Él.

En el día del juicio *se sentará como fuego, examinando y purificando* a los que estuvieren delante de Él; y lo mismo hace aquí desde el santo altar. Aquel día es *encendido así como fuego,* y quemará y gastará a los malos desde el tronco hasta la hoja; y aquí está el mismo Señor *purificando y colando a sus hijos,* gastando en ellos la escoria de los pecados veniales, dejándolos limpios de muchos de ellos; y si

mejor disposición traen, purifícalos de todos, sin dejarles chico ni grande.

No parezca a nadie cosa imposible, ni aun muy dificultosa, haber muy muchos hijos de la Iglesia católica que con tal cuidado viven de caer en pecados veniales pocos (10), y con tan buen aparejo reciben este fuego divinal que aquí está, que queden sin pecado ninguno, y les dure aquella limpieza a unos más tiempo, y a otros menos, según la medida de su diligencia y la gracia que el Señor les da. Que no dijo en balde el ángel San Gabriel al Profeta Daniel (9, 24): *Que se acercaba el tiempo en que fuese ungido el Santo de los santos, y viniese al mundo una justicia sempiterna, y el pecado recibiese fin.* ¿Queréis ver un testimonio de que, como lo prometió Dios, lo cumplió? Oíd a San Juan Evangelista, testigo abonado, cuyo testimonio, según dice él (*Jn.*, 21, 24), es conocido por verdadero, cuyas palabras son éstas (1 *Jn.*, 1, 8): *Si dijéremos que no tenemos pecados, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros; mas si confesáremos nuestros pecados, fiel y justo es Dios para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.* Y arriba había dicho (v. 7): *Y la Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.* No os espantéis; que pues en la cruz aquella Sangre bendita fué tan subida de precio, que mereció el perdón de todos los pecados del mundo, que recibiéndola uno a ella misma cuando recibe el Cuerpo del Señor, le limpie de todo pecado venial.

¿Queréis saber cómo? Es fuego el Señor que allí está; fuego que consuela y no aflige; fuego que quien está en Él no desea salir de Él, como los que están en las otras maneras de fuego, como ya hemos dicho. Oíd, qué dice San Agustín hablando con este Señor: «¡Oh fuego santo, cuán dulcemente ardes, cuán suavemente quemas! ¡Pluguiese a Ti que todo yo ardiese en Ti!» Y si es fuego, y tan maravilloso y poderoso, no os maravilléis que eche centellas de sí, y pegue calor a los que se acercan a Él, según lo experimentan los que con pureza de ánima llegan a este Señor; algunos de los cuales, en entrando en la iglesia sienten su corazón encendido con calor que sale de aquel Señor, y otros se sienten del todo mudados cuando están en el altar esperando a lo reci-

---

(10) *Pocos:* pequeños.

bir, y experimentan, que así como el Profeta David hablando con Dios del grande rigor que enseñará a los malos en el día del juicio, dice (*Ps.*, 20, 10): *Ponerlos has como horno de fuego en el día de la manifestación de tu faz* (11); *el Señor en su ira los conturbará, y el fuego los tragará*; así en este santo día. y en esta dichosa hora, cuando uno [está] en la presencia de este divinísimo Sacramento esperando de lo recibir, saltan en él centellas que del Señor salen, que *lo encienden* en fuego de amor divinal, y *lo muda* el Señor, no con ira, sino con blandura, y *lo traga el fuego* de su amor. No es maravilla que pues Dios tiene ira para conturbar y quemar a sus enemigos, que tenga bondad y dulcedumbre de amor para, en presencia de su gesto (12), derretir y suavemente quemar a sus hijos.

Y si, antes que el fuego sea recibido del hombre, lo enciende con sus centellas, y lo calienta con su calor, ¿qué se puede esperar después que el cristiano ha metido dentro de sí este dulcísimo y eficacísimo fuego, sino que del todo quede hecho *horno de amor*, que en su manera imite y participe al fuego inmenso, que es Dios? ¿Quién dirá que no es fuego y horno encendido un Apóstol San Pablo, cuando decía (*Rom.*, 8, 35-39) que *ni tribulación, ni angustia, ni espada, ni vida ni muerte, ni cosa presente ni por venir, ni criatura baja ni alta, no le podrían apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo?* Recibió el fuego, y tornóse fuego; porque no puede dejar de encenderse quien bien lo recibe, ni es posible alcanzar de otra parte, si de Él no, una centella de fuego.

Oíd a San Ignacio, que dice: *El amor mío, el Crucificado es, y no estoy en mí.* Y San Pablo dice (*Galat.*, 2, 30): *Vivo yo, más no yo, Cristo vive en mí.* ¿Habéis visto tal trueco, y tan bienaventurado, que el hombre es unido con Jesucristo, y transformado en Él? Pues este trueco, esta unión por amor, que estos Santos, y todos los que están en gracia, tienen, en este santo Sacramento es significada y es hecha. ¿No veis que recibimos al Señor debajo de forma de manjar? Y el bien recibirlo no ha de ser sólo comerlo, mas tener calor para digerirlo; pues cuando no hay calor en el estómago, el manjar es pesadumbre y causa de

---

(11) *Tu faz (vultus tui).* La edic. 1596 *tu Padre.*

(12) *Su gesto:* su faz, su rostro.

enfermedad, en lugar del mantenimiento y salud para que se tomaba. Con la fe comemos a Cristo, y con el amor le digerimos; y como su amor sea muy más fuerte que el nuestro, digiérenos Él y conviértenos en Sí, pegándonos consigo; a semejanza de un manjar que el hombre ha comido, que después que ha pasado dentro del cuerpo, por muchas operaciones que en él ha hecho el calor natural, al fin viene a pegarse como engrudo en la misma substancia del hombre, quedando hecho semejable, siendo primero cosa muy diferente.

10.—*Contra pecados veniales, el Sacramento del amor.*

¡Oh eficacísimo fuego de Jesucristo nuestro Señor, cuánta es tu suavidad! ¡Cuánta nuestra honra y provecho el día y hora que ordenaste esta misericordia incomprensible, de entrar Tú en nosotros hecho nuestro manjar, y con el gran calor de tu amor, mudarnos y mudarnos, hasta que quitada nuestra escoria, nos hace semejables, amándote en semejanza de como nos amas, y llevando el fuego de aqueste divinísimo Sacramento, que es el más excelente de todos!

El Bautismo es señal y causa de regeneración; otro Sacramento, que da fuerza para confesar la fe, es llamado Confirmación; otro, que da perdón de pecados, Sacramento de Penitencia; y así los otros tres tienen sus particulares nombres, significaciones y efectos.

Muchas hijas congregaron riquezas; mas Tú, divinísimo Sacramento, *excedido has a todas* (*Prov.*, 31, 9). La perfección de la ley consiste en amor. La cosa que a Dios más agrada es amor, y nuestra bienaventuranza está en juntarnos con Dios por amor; y este divinísimo Sacramento se llama *Sacramento de amor* y unión, porque por amor es dado, amor representa, y amor obra en nuestras entrañas. De manera que, pues todo este negocio es amor, el Señor recibido es fuego, el que bien lo recibe también lleva fuego de amor: juntándose tales dos fuegos, ¿qué tales pensáis que pararán a los pecados veniales?

Ningún fuego con tanta ligereza quema una paja pequeña, con cuanta, por la obra de este Sacramento, es deshecho y quemado el pecado venial. San Damasceno dice, que: «Cuando el fuego de nuestro de-

seo se junta y recibe a este fuego y carbón encendido, divino, que es Jesucristo, quema nuestros pecados y alumbra nuestros corazones.» El pecado venial cáusase de tibieza de amor; y como aquí el amor del hombre, encendiéndose más con la compañía del amor divinal, hierve y sobrepuja a sí mismo, destruye y aniquila a los pecados veniales como una cosa poderosa a un contrario suyo muy flaco; como el fuego toma entre manos al metal de oro y plata, y obrando en ellos, quita de ellos lo que no es semejable, y los deja apurados y resplandecientes. Y de esto no se maraville nadie, pues el fuego de amor bastó a purificar tantas escorias de pecados mortales y veniales como la Magdalena tenía, según el Señor dió testimonio, diciendo (*Lc.*, 7, 47): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho.*

Lleguemos, pues, con firmeza de fe, con buena esperanza, con fuego de amor a este fuego inefable que aquí está encerrado, que sin falta acrecentará lo bueno que Él mismo nos dió, y quemará lo que hallare extraño, dejándonos apurados (13), resplandecientes, limpios y santificados; que escrito está (*Is.*, 44, 22) que dice Dios (y aquí lo hace): *Yo quité tus pecados como el sol quita las nubes.* Es fortísimo fuego para quemar las escorias que afeaban al ánima; es fortísimo sol de justicia, que con su grande calor consume las nubes de los pecados veniales que se habían puesto en medio de Dios y del ánima; porque aunque el sol del todo no se fuese de ella y la dejase a obscuras, mas eran impedimento para que no le luciese ni la calentase como solía; y, en fin, estaba una cosa en medio de Dios y del ánima, que ni a Él ni a ella hacía buen gusto; lo cual quitado por este sol de justicia que en el hombre entró, el ánima goza de su Dios a su placer, y el Señor descansa en ella muy de mejor gana que en el cielo empíreo, pues como en casa que más le costó, «mora, como San Bernardo dice, de mejor gana que en el mismo cielo».

Y así como Él es lucidísimo y hermosísimo sol, así la parará a ella resplandeciente, semejable a Él, como fué figurado cuando se transfiguró en el monte Tabor, *y le resplandeció la cara como el sol, y fueron hechas sus vestiduras blancas como la nieve* (*Mt.*, 17, 2). Nosotros *nos vestimos de Cristo,* como dice San Pablo

(13) *Apurados:* purificados.

(*Gal.*, 3, 27) porque en la gracia y virtud que de Él recibimos perdemos nuestra fealdad y cobramos honra y hermosura del cielo; y nosotros *somos vestiduras* de Él (*Is.*, 49, 18) porque nuestros bienes son gloria suya, y lo atavían y honran, pues son testimonio de su grande bondad con que nos los dió, y el gran valor de su Sangre con que nos los mereció. Y estas *vestiduras* que atavían su Cuerpo, y aun se llaman su Cuerpo (1 *Cor.*, 12, 27), que somos nosotros cuando nos transformamos en Él, participamos del resplandor que recibió en su cara cuando se transformó, siendo emblanquecido más que la nieve (14), como David lo deseaba y pedía, diciendo (*Ps.*, 50, 9): *Rociarme has. Señor, con hisopo, y seré limpio*; lo cual se hace cuando nos limpian de pecados mortales; *lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve*, cuando nos limpian de pecados veniales. Para todo tuvo amor, para todo tuvo precio su Sangre. *Nos amó*—dice San Juan (*Apoc.*, 1, 5)—*y nos lavó en su Sangre.* Y pues recibiendo el Cuerpo del Señor, recibimos también su Sangre que en sus venas está, no se maraville nadie que metiéndonos en esta piscina, que aunque roja en el color, tiene virtud para emblanquecer, salgan nuestros vestidos limpios de manchas, que, como dice el Evangelista San Marcos (9, 2), *ningún batanero sobre la tierra tan blancas las pudiera parar.* Y entonces obra el Señor lo que está escrito (*Efes.*, 5, 25): *Que se entregó a la muerte para parar a su Iglesia hermosa, que no tenga mancha ni arruga, ni cosa de esta hechura, para que sea santa y sin mancha* de pecado venial; porque tales para a los que bien le reciben, que no les queda mancha de pecado venial, y les quita las arrugas de las imperfecciones.

Y a algunos principales miembros de su Iglesia los deja tan libres y resplandecientes, que ni les queda *culpa* ni *pena* de pecado venial; y si acabado de comulgar muriesen, volarían al cielo como si hubieran recibido el santo Bautismo. A otros les quita todas las culpas de pecados veniales, y pierde los enojuelos que con ellos tenía, y les deja reformado el fervor del amor que habían perdido, aunque queden en alguna obligación a pagar penas de purgatorio. Estas cosas

---

(14) *Donys. de cael. hier.*, p. 3, c. 3.

obra el Señor diferentemente, según las diferentes disposiciones de quien lo recibe.

Y no hay remedio tan grande para purificación de nuestros defectos, y quemar las pajas de pecados veniales, como bien recibir este fuego sagrado, con que se encienda el fuego de nuestro amor y se quemen las pajas de los veniales. Y aunque no se pueda pasar esta vida sin caer en algunos de ellos, si tomamos esta medicina dulcísima y suavísima, no nos dañarán, pues por ella nos son perdonados; hasta que este mismo Señor, que aquí nos limpia de nuestros pecados, nos dé tan fuerte limpieza, que nunca más la podamos perder, confirmándonos en su gracia, y dándonos gloria.

TRATADO 18

FIESTA Y PROCESIÓN DEL CORPUS (III).

(Predicado la víspera del Corpus.)

David et omnis Israel ludebant coram Domino.

David y toda Israel se regocijaban ante el Señor.

(*2 Rg.*, 6, 5.)

1.—*El Arca de Dios.*

Desde que el soberano Señor, para gloria de su bondad, crió hombres, siempre tuvo comunicación con ellos, enseñándoles los hermosos caminos de la virtud, y oyendo sus oraciones, y recibiendo servicios y sacrificio de las manos de ellos, como parece en el discurso de la humana generación (1), que duró el tiempo de la ley de naturaleza.

Mas cuando este Señor quiso ser conocido y servido de mayor número de gente, eligió al pueblo de Israel, que estaba cautivo en Egipto, y sacándolo con grandes milagros de aquella miseria en que estaba, trájolo al monte Sinaí, donde después de haberle dado la Ley, por la cual reglasen sus obras, y diesen testimonio de la obediencia que se debe al Señor, ordenó que hubiese lugar señalado donde su pueblo le ofreciese devotas oraciones y sacrificios, en testimonio de su divinal Majestad, la cual es principio y fin de todas las cosas, y como a tal, le sacrificasen y orasen, y Él, como Omnipotente y de suma bondad, les oyese, enseñase, y con serena faz recibiese sus sacrificios, usando con ellos obras de Padre y Maestro. Y

(1) *De la humana generación;* hoy diríamos *del humano linaje.*

con estas entrañas dijo a su siervo Moisés (*Ex.*, 25, 8): *Hazme un tabernáculo, y moraré entre vosotros.* Beneficio grande por cierto, avecindarse el Criador con sus criaturas, y señalar lugar donde los efectos de su misericordia fuesen más usados, y diesen testimonio del particular cuidado y amor que Dios a aquel lugar tenía.

Obedeció Moisés al Mandamiento de Dios, y recibida de Él la traza de lo que debía hacer, mandó fabricar un tabernáculo de madera y *un arca de madera de Setín, dorada toda de dentro y de fuera con purísimo oro; la cual tenía dos codos y medio en largo, y uno y medio en ancho, y otro tanto en alto* (*l. c.*, 10, 11); y como dice Josefo, «cada codo tenía dos palmos».

Y esta arca fué llamada el *Arca de Dios*, y fué puesta en la parte más honrada del tabernáculo (*Ex.*, 42), y allí era Dios consultado por su sacerdote, y daba respuestas de lo que debían hacer. Y dentro de ella mandó Dios poner las dos tablas de piedra en que estaban escritos los diez mandamientos con su mismo dedo (*Ex.*, 31), dando a entender que su Ley no la debemos echar tras las espaldas, mas tenerla guardada, como cosa de mucho precio, en nuestra memoria y corazón, como en preciosísima arca.

Y aunque en otra parte dice la Escritura (*Núm.*, 17) que estaba en esta Arca también la vara de Aarón, que floreció en testimonio de que Dios le elegía a él y a sus descendientes por sacerdotes, y que con esta vara, también estaba un vaso lleno del maná celestial, para memoria del beneficio que hizo Dios a aquel pueblo manteniéndole con este manjar por el desierto cuarenta años enteros: mas pues la Escritura divina no puede contradecirse, porque toda ella, y cada parte de ella, es inspirada por el Espíritu Santo, que es suma Verdad, hemos de entender, para quitar esto que parece contradicción, que dentro de la misma Arca no estaban sino las dos dichas tablas, y en lo de fuera de ella estaban apegadas estotras dos cosas: conviene a saber, la vara y el vaso del maná; o como dice Santo Tomás (2), donde dice el Apóstol que estaban estas tres cosas en el Arca, se ha de entender que de principal intento estaban las tablas solas.

Esta dicha Arca fué traída en los hombros de los

---

(2) Sobre el c. 5 a los Hebreos.

levitas, y otras veces [de los] sacerdotes, hasta que fué puesta en la tierra de Promisión, en la tribu de Efraín, en un lugar que se llamaba Siloé. Y después fué cautivada de los filisteos, y vino a Betsames, y desde allí fué llevada a Gabaa, que es muy vecina, o es collado de Cariatiarim, que quiere decir Ciudad de las Selvas, según lo canta el Salmista, que dice (*Ps.*, 31): *Oímosla en Efrata, y hallámosla en los campos de las Selvas,* que es la dicha ciudad de Cariatiarim. Y si Efrata es nombre apelativo, que quiere decir *fertilidad,* no será lugar distinto, sino esta misma ciudad, que era fértil; y si es nombre propio Efrata, tomarse ha aquí por Efraín, donde estuvo el Arca primero; o si se toma, como se suele tomar, por Belén, quiere decir, que estando David, cuando pequeño, en Belén, como de allí natural, oyó decir de esta Arca, y ahora cuando fueron por ella, la hallaron en la dicha ciudad de Cariatiarim, que David llama *campos de Selva.*

Estando, pues, la dicha Arca en este lugar, parecióle a David (según era devoto del culto divino) que no se honraba allí, ni frecuentaba el Arca del Señor como convenía, *e hizo voto de no dar descanso a sus ojos, ni entrar en su morada,* quiere decir, que no reposaría, *hasta que hallase lugar conveniente donde poner el Arca del soberano Señor* (*Ps.*, 131, 3, 4).

Y por más enseñar la devoción que a ella tenía, propuso de hacerle en su casa real un tabernáculo, el mejor que él pudiese, y colocarla allí. Y habiendo pensado él esto dentro de sí, no fiándose de su parecer en cosa tan ardua, dice la Escritura (2 *Reg.*, 6) que mandó llamar a los capitanes del ejército y a todas las demás personas que se solían juntar en consejo pleno para la determinación de las cosas graves que se ofrecían; y estando juntos les propuso su determinación y deseo, diciéndoles que si este negocio les parecía bien, y era cosa que venía de Dios, que le avisasen de ello para que se pusiese en efecto. A todos les pareció cosa justa y conveniente a la honra del Señor, pues la honra de su Arca redundaba en el mismo Señor; y con esta determinación fueron todos por el Arca. Y, como dicen las palabras del tema, el rey *David, y toda la casa de Israel, traían el Arca del Señor con grande alegría*; sonaba música muy acordada de muchos cantares, y también la había de órganos, arpa y vihuela y otros muy muchos

instrumentos; y de seis en seis pasos que andaba el Arca (2 *Reg.*, 6, 13) mataban muchos animales en sacrificio al Señor.

Y aunque era cosa hermosa, y que daba honra al Señor, ver tantos regocijos con que era llevada su Arca, lo principal, y que más devoción podría causar a quien lo mirase, era el encendido fervor y profunda humildad con que el santo rey David dejado su vestido real (2 *Reg.*, 6), *se vistió una ropa de lienzo,* que era ropa de los levitas, y *bailaba y daba saltos y saltos con todas sus fuerzas, delante del Arca del Señor* (*l. c.*, 14), teniéndose por muy honrado de hacer oficio de humildad delante del Arca de la soberana Majestad, cuya alteza es tan grande que pega honra a cualquier cosa, por baja que sea, que por su servicio se haga.

Y con esta devoción y concierto comenzaron a traer el Arca; aunque por cierto desastre que acaeció, según contaremos, no se llevó de aquella vez a la casa real de David, hasta que, pasados los tres meses, fué tornada a llevar con la misma solemnidad y regocijos, y fué asentada en el lugar que el rey David le tenía aparejado; en el cual estuvo hasta que su hijo el rey Salomón edificó aquel solemnísimo templo de Jerusalén, y en el *Sancta Sanctorum* del dicho templo aparejó lugar para el Arca de Dios, y con grandísima fiesta y regocijos la llevó y asentó allí.

2.—*La santa Humanidad de Cristo.*

Contádoos he, y oído habéis, los beneficios grandes del Señor que hizo a aquel pueblo antiguo en darle su Arca, en la cual se decía particularmente estar, asistiendo en ella, y haciendo particulares mercedes al pueblo.

Mas, ¡oh Señor!, cuán aventajadas mercedes son las que habéis hecho a vuestro pueblo cristiano, dándole otra Arca más excelente, sin comparación, así en lo que toca a vuestro descanso como en lo que toca a hacer mercedes al mundo. Con mucha razón mandasteis decir a vuestro pueblo nuevo por vuestro Profeta Isaías (43, 19): *De las cosas primeras no os acordéis, y las cosas antiguas no las miréis: mirad que hago nuevas todas las cosas, y presto vendrán, y las veréis*

San Pablo dice (*Colos.*, 2, 16) que aquellas cosas *eran sombra de las cosas que estaban por venir,* y que *el cuerpo* de ellas, quiere decir *lo significado,* y el cumplimiento y el tomo de ellas es de *Cristo,* porque en Él se cumplen con entera verdad; como cuando viene el cuerpo es cumplido lo que representaba su sombra.

Y si esto es así en las otras ceremonias, cuánta razón tenemos de dar gracias al soberano Señor, que tan por entero cumplió con nosotros la figura del Arca pasada, dándonos en lugar de la madera de Setín, que dicen ser incorruptible, los purísimos e incorruptibles miembros y Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor, en los cuales ni entró gusano de pecado, por el cual se corrompiese su ánima, ni entró podredumbre que sucede a los cuerpos muertos, porque Él fué *el Santo* (*Ps.*, 15, 10) que aunque vió muerte, *no vió corrupción.*

Este Cuerpo santísimo está todo dorado de dentro y de fuera, muy mejor que la otra Arca; porque tiene un ánima llena de Espíritu Santo, gracia y amor, y diversos dones que la enriquecen con más excelente valor que el oro. Aquí dentro están las tablas de la Ley de Dios; porque, como dice San Pablo (*Colos.*, 2, 3): *En Él están escondidos los tesoros de la sabiduría de Dios.*

Y no falta aquí la vara sacerdotal, pues este Señor por institución y *juramento irrevocable* de su Padre eterno, es *Sacerdote para siempre, según la orden de Melquisedec* (*Ps.*, 109, 4), sacerdocio más digno que el de Aarón.

Y aunque estas cosas son de tanta grandeza y excelencia, que no solamente exceden sin ninguna comparación a aquella Arca antigua, mas aun a todos los hombres santos, y aun a todos los ángeles, desde el menor de la primera orden (3) hasta el mayor de los serafines, pues todos ellos no igualan con la santidad de este Señor; mas con todo esto, hay otra cosa mayor que todas éstas, con mayor proporción que ésta excede a todas las otras: la cual es, que no solamente el Señor tiene cuerpo y ánima, en la cual mora por gracia la divinidad como Señor en su casa, mas está en Él la misma persona divina del Verbo, eternalmente engendrado del Eterno Padre, no como

(3) De la ínfima jerarquía.

en los otros Santos por gracia de Dios, mas con singularísimo modo, y a Él sólo concedido, que siendo hombre sea también Dios, no por participación, sino por verdad de Persona. Este es el *nombre sobre todo nombre* (*Phil.*, 2), honra sobre todas las honras, que ni en los siglos pasados tiene semejable, ni tendrá para siempre. Este es el maná, manjar de dulcedumbre infinita, que estaba en el Arca que presente tenemos, figurado por el otro maná, de muy poco valor en comparación de éste. Esta es la grandeza que el Apóstol San Pablo quiso declarar cuando, hablando de nuestro Señor Jesucristo, dijo: *En el cual mora el cumplimiento de la divinidad corporalmente* (*Col.*, 2, 9); no porque la divinidad sea cuerpo, mas porque el modo de morar en Jesucristo no solamente es según gracia, que es cosa accidental, mas es otro modo distinto y de mayor excelencia sin comparación, cuanto va de *cuerpo* que es substancia, a calor que es accidente, y de ser Dios por Persona, a ser Dios por participación.

Y de esta manera el Arca que se nos ha dado en lugar de la otra, y que hemos de llevar mañana en la procesión con nosotros, es hombre que tiene cuerpo, y ánima llena de mayores gracias que ninguna criatura en cielos ni en tierra; y el que mora en ella es Dios verdadero; y el modo de morar es, que Dios y hombre sean una Persona y dos naturalezas (4).

¡Oh pueblo cristiano, qué debes a Dios! ¡Oh cuánta honra te ha hecho! Y en cuánto cuidado te ha puesto de agradecer y servir mercedes tan valerosas, que exceden a las pasadas como del cielo a la tierra, y en cuya comparación nos está mandado que *olvidemos las otras*, como cuando viene el rey nos olvidamos de su mensajero, y cuando parece el cuerpo no curamos de la sombra que le precedía, y, en fin, edificado el arco, no curamos de la cimbra, y venida la verdad de la cosa, no curamos de la imagen de ella.

---

(4) De las grandezas de la santa Humanidad de Cristo habla el autor en el *Tratado del Amor de Dios a los hombres*, n. 3.

3.—*Institución de la fiesta del Corpus.*

Y porque merced tan señalada no quedase sin agradecimiento y servicio que por ella es debido al Señor, ni los hombres quedasen sin aprovecharse de beneficio tan inefable, así como en el otro tiempo el Espíritu Santo inspiró al santo rey David aquel ferviente deseo de que fuese honrada el Arca del Señor, y llevada con grandes regocijos, y puesta en lugar conveniente, así acá, y con mucha más razón, inspiró el mismo Espíritu Santo al Papa Urbano IV (5) que mandase celebrar esta fiesta, dándole a entender la grandeza de esta merced y la alteza de este milagro lleno de tantos milagros, en el cual el Señor quiso tanto extender su mano a hacer maravillas, que el cielo y la tierra no las pueden comprender, y no cesan de se maravillar.

Cosa nunca oída ni vista, que hallase Dios manera cómo, subiéndose al cielo, se quedase acá su misma Persona por presencia real, encerrada y abreviada debajo de unos accidentes de pan y de vino; y con inefable amor dió poder a los sacerdotes ordenados según la orden de la santa Iglesia romana,. que diciendo las palabras que el Señor dijo sobre el pan y vino, *hagan* cada vez que quisieren *lo mismo* que el Señor hizo el Jueves Santo en la noché una vez, y con las dichas palabras de la consagración nos lo trajesen del cielo de entre los ángeles, y nos lo pusiesen entre nosotros, y lo comiésemos como dulcísimo y provechosísimo manjar, y fuese nuestro compañero en los trabajos de este destierro, y nuestra defensa entre los peligros; y finalmente, remedio muy bastante y sobrepujante contra todos los males que nos pueden venir, según David lo vió en espíritu y lo

---

(5) A las revelaciones de una humilde religiosa, la beata Juliana de Cornellón (1193-1259), debemos la grandiosa solemnidad del *Corpus* Christi. Juliana logró que la fiesta fuese instituída en su propia diócesis de Lieja y celebrada por primera vez en 1247. Muerta ya Juliana, el Papa Urbano IV, que había sido arcediano de Lieja, en su Bula *Transiturus* (1264) extendió la fiesta a toda la Iglesia. El Concilio de Viena de Francia (1311-1312) mandó ejecutar la Bula de Urbano IV.

profetizó diciendo: *Pusiste una mesa delante de mí contra todos los que me atribulaban* (*Ps.*, 22, 5).

Es tan grande esta merced en los ojos de quien la sabe estimar, y tan grande la reverencia, agradecimiento y amor que a la presencia de este Señor que entre nosotros está le debemos, y tan grande la pureza de conciencia con que debe ser recibido y tratado Él y todo lo que a Él toca, que puesto esto en una parte, y de otra cuán mal cumplimos estas obligaciones, así los sacerdotes cuando decimos Misa, como los legos cuando la oyen, y cuando comulgan, y cuando entran en la Iglesia; y finalmente, unos y otros somos negligentes y flacos en la honra y en el uso de este divinísimo Sacramento, que cometemos por todo el año muchas faltas, y aun pecados en el trato de él.

Por lo cual ordenó el Espíritu Santo por medio del dicho Pontífice, que así como está diputado en el año un día en que se hace fiesta de *Todos los Santos*, para suplir la negligencia que entre año hemos hecho cuando celebramos sus propios días, así acá, aunque la Iglesia hace cada año memoria de este Misterio en el día del Jueves de la Cena, en el cual fué instituído, mas ocupada entonces en los oficios de la Pasión del Señor, no puede hacer fiesta ni señales de agradecimiento que a tan alta merced son debidas, se diputan ahora cada año estos ocho días enteros para solemnizar por entero esta fiesta, y celebrarla con tanta vigilancia y devoción, que sintamos y estimemos profundamente la grandeza de este beneficio, y lo honremos con tan buen aparejo, que en estos pocos días recompensemos y deshagamos todas las negligencias que en su servicio hemos hecho en todo el año; y recreada nuestra ánima con tan dulce memoria y con recibir tan poderoso manjar, sea hecha participante de los admirables efectos que este soberano manjar obra en quien bien lo recibe, y quedemos industriados para de aquí adelante honrarlo con mayor reverencia y recibirlo con mayor fruto. Porque así como el trabajador se mantiene de su viña y campo, y el mercader gana en sus ferias para mantenerse en el año, así el buen cristiano ha de celebrar su fiesta tan bien, que recompense las faltas que ha hecho en todo el año. Y cuando la festividad es muy grande, como éstas y otras semejantes, ha de

cumplir faltas de tiempo más largo, y ganar espiritual hacienda para muchos días.

Y así celebremos esta festividad, que siendo encendidos de amor de aqueste Señor, y embriagados y hartos en recibir este divino manjar, y ricos con tener presencialmente con nosotros al mismo Señor en testimonio de su amor y en prenda de nuestra esperanza, salgamos mañana por esas calles, como quien no cabe de gozo dentro de sí, ni dentro en la iglesia, a rebosar lo que sentimos a las anchuras de las calles y plazas, protestando con nuestra fe, que éste es nuestro Señor, Rey, Redentor, Esperanza y Medianero; Criador nuestro, por ser Dios; camino para pasar a gozar de Él, por ser hombre; y finalmente, que es nuestro único y cumplido bien, con el cual nos tenemos por tan ricos, que por todas las cosas no le trocaremos. Y de este fuego de amor y de gozo que en nuestros pechos tenemos, salen centellas y regocijos de fuera, con que hacemos fiesta cuan solemne podemos, para que el Señor reciba gloria y servicio, y los ángeles alegría, y los fieles sean confortados en la fe y devoción de este divino Sacramento.

Y para que, como el Concilio Tridentino (6) dice, viendo los herejes que celebramos este Misterio con firme fe y con devotas alegrías, o se conviertan a nuestra verdad o queden confundidos en las tinieblas de su error (7), siendo rechazados y condenados con el gran resplandor de nuestra festividad, como la idólatra reina Atalía viendo coronado y adorado por rey a Joas (4 *Reg.*, 11, 14). Y si se quedaren en su perversa incredulidad y pertinacia, e hicieren burla de nuestras fiestas y danzas, como hizo Micol de David porque bailaba y saltaba delante del Arca, responderles hemos como David a Micol (2 *Reg.*, 6, 16): «Vive el Señor que nos escogió para pueblo suyo, y nos hizo fieles, y os reprobó a vosotros porque habéis perdido la fe, con la cual gozárades de lo que gozamos; que pues David bailaba con todas sus fuerzas

---

(6) Sess. 3, c. 5.

(7) Entre los protestantes, negaron la presencia real de Cristo en la Eucaristía Carlostadio, Zuinglio y Oecolampadio. Lutero no osó negarla; Calvino uso palabras anfibológicas. A la fiesta del *Corpus* dió el Concilio de Trento cierto carácter de protesta contra la falsa reforma.

delante del Arca del Señor, que hemos de bailar nosotros, y enseñar cuantos regocijos pudiéremos delante del Señor de todas las cosas que aquí presente llevamos, y que a vosotros os ha de castigar con la maldición con que castigó a la mofadora Micol, que fué con *no darle* el Señor *hijos en toda su vida.*» Así ha castigado Dios todas las herejías que se han levantado contra este divino Misterio en los tiempos pasados, pues que la destruía luego y las ahogaba con sus mismos autores, *no dando generación* de hombres, que las creyesen ni las siguiesen; y de esta manera esperamos en la divina misericordia y poder del mismo Señor, que ha de tornar por su verdad y deshacer todo lo contra ella levantado, para que acabándose el mal con sus malos autores, sea por todos conocido y adorado este Señor que llevamos con nos.

Esta, pues, es la causa de nuestros regocijos y de esta santísima fiesta: la institución de la cual, como cosa a Dios agradable y de mucha importancia, se supo por revelación muchos días antes que fuese instituída (8), según el mismo Papa Urbano IV lo testifica.

4.—*Indulgencias de la fiesta del Corpus.*

El cual, considerando por espíritu del Señor la grandeza de aquesta fiesta, y el mucho fruto que los fieles podrían sacar de ella asistiendo a los divinos Oficios, concedió las indulgencias siguientes a los que estuviesen presentes a ellos:

Primeramente, a los que estuvieren en las primeras Vísperas, cien días de indulgencia, y a quien en las Completas, cuarenta. Y en los Maitines y Misa y segundas Vísperas, en cada uno ciento. Y en las otras Horas canónicas del jueves, por cada una cuarenta días. Y a quien estuviere presente, en los otros siete días del octavario, a la Misa y Horas canónicas, concede por cada día cuarenta días de perdón.

Y para mayor consolación de los fieles, ordenó el Espíritu Santo que todo esto que el dicho Papa mandó y concedió, fuese confirmado y de nuevo man-

---

(8) Alude a la revelación de la Beata Juliana de Cornellón.

dado por el Papa Clemente V, presidiendo en el Concilio universal de Viena.

Y después el Papa Martino V concedió otras tantas indulgencias como están dichas y añadió de nuevo otros cien días de indulgencia a quien fuere en la procesión, y otros ciento al que comulgare. Y después el Papa Eugenio IV, movido con el mismo espíritu, concedió otras tantas indulgencias como cada uno de los Pontífices pasados. Y así montan todas las que se ganan en los Oficios divinos por todos aquestos ocho días, cuatro mil y cuatrocientos días, y los de la procesión doscientos, y para quien comulgare otros doscientos.

Y ruégoos mucho, que aunque tengáis las orejas a oír que por esto o aquello se ganan diez, y aun cien mil años de perdón (9), no dejéis de tener las indulgencias ya dichas en mucho, por ser concedidas por tan justísima causa como es la veneración de aqueste sacrosanto Misterio, y cuanto la causa es más justa, tanto es más acepto el valor de las indulgencias.

Y estad avisados, que para ganar éstas y otras habéis de estar en estado de gracia; porque lo que ellas conceden es remisión de la pena de los pecados, y ésta no se puede quitar, si la culpa no se quita primero por la penitencia. Póngase cuidado, porque el Señor, que desea que todos estén en su gracia, favorece de tal manera a quien la quiere alcanzar, que sin mucho trabajo el hombre puede venir a ella, si del todo no la tiene en tan poco, que no quiere pasar nada por ella. Lo que se requiere es—y para ello mismo ayuda el Señor—tener dolor del pecado y propósito de enmienda, y de confesarse cuando sea obligado. Y quien de verdad tiene esto, puede confiar alcanzará la gracia del Señor. Mas porque pocos saben hacer esto bien hecho a solas, y porque se requiere más perfecto dolor cuando el hombre no se confiesa que cuando se confiesa, y las indulgencias se conceden a los verdaderos penitentes y confesados, es cosa más segura no dilatar la confesión, sino hacerla, si algún impedimento justo no hubiese que la estorbase; porque si lo hay, llevando el dicho dolor y propósito, de creer es que la intención del Papa sea

(9) Ahora están modificadas todas estas concesiones.

que el tal hombre gane las indulgencias (10). Y también creo que las ganaría el que, después de la postrera confesión que hizo, no ha caído en pecado mortal, aunque ahora no confesase; porque las palabras de *los verdaderos penitentes y confesados* parece entenderse de quien no ha hecho pecado mortal.

Mas pues debéis procurar de recibir en esta fiesta el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para lo cual debéis confesar, no es menester andar muchas disputas, pues sabemos el cierto camino. Y para que entendáis cuánto provecho os será, y con qué aparejo lo habéis de hacer, el recibir el santo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, para cumplir con esta santa festividad, os contaré las mismas palabras del santo Concilio, que dicen así:

«Por tanto, amonestamos y exhortamos en el Señor a todos los Obispos, y por estos escritos apostólicos estrechamente mandamos, que en virtud de santa obediencia, y lo ponemos en remisión de vuestros pecados, que en el dicho Jueves por cada un año celebréis devota y solemnemente, y hagáis cuidadosamente ser celebrada por todas las iglesias de vuestras ciudades y de vuestros obispados, esta fiesta tan alta y gloriosa; y que amonestéis por vuestras personas o por otras en el domingo de la Santísima Trinidad, que precede al dicho Jueves, que los cristianos, por verdadera y pura confesión, y por liberalidad de limosnas, y con oraciones frecuentes y atentas, y con otras obras de devoción y piedad, de tal manera procuren de se aparejar, que muestren ser hechos participantes de este preciosísimo Sacramento en el dicho día del Jueves, y lo puedan recibir con reverencia y alcanzar aumento de gracia» (11).

Cuán bien ha hecho el Señor todas las cosas; dad magnificencia a su santísimo nombre, y alabadle con la voz de vuestros labios y con cantares de música. y diréis en su alabanza: Todas las obras del Señor son muy buenas (*Malach.*, 7). ¡Qué bien ha ordenado el Señor esta fiesta! ¡Con cuán justa causa! ¡Y cuán bien pagará a los que dignamente la celebra-

---

(10) Ahora está muy bien determinado cuándo se requiere confesión y comunión para ganar las indulgencias.

(11) Palabras del Concil. Vienense.

ren! ¡Y cuán grande motivo de alegría espiritual y corporal nos ha dado!

5.—*Reverencia en la procesión. El castigo de Oza.*

Grande consuelo nos fuera no tener que hablar otra cosa, ni que mudar el son de alegre en triste. Mas esto, hermano, que en la alegría habemos de considerar las obras de Dios tan llenas de sabiduría, benignidad y amor con nosotros, se nos torna en tristeza, considerando lo mal que nosotros respondemos a ellas, y el poco fruto que de ellas sacamos; y plega a Dios no saquemos daño, y plega a Dios no saquemos pecados, por no usar de ellas como debemos. En procesión iremos mañana con esta Arca preciosa, inefable y divina: roguemos a Dios que la sepamos reverenciar y tratar para su gloria y nuestro provecho, y que no nos acaezca algún desastrado caso que nos entristezca, como acaeció en la otra procesión del Arca del Testamento, que entristeció y atemorizó al rey David y a todo el pueblo, por alegres que iban.

Cuenta la historia divina, que cuando fueron por el Arca del Señor, que estaba en casa de Abinadab, la encomendaron a dos hijos suyos, que se llamaban Oza, y éste era el mayor, y Ahio, que era el menor, los cuales eran levitas, e hijos de levita, y por eso les convenía de oficio llevar el Arca del Señor *sobre sus hombros,* según Él había expresamente mandado. Mas por no estar santificados para oficio tan santo, como llevar encima de sí el Arca de la santidad de Dios, o por ventura por huir el trabajo de aquella carga, no la quisieron llevar ellos *sobre sus hombros,* como lo debían hacer, y como sus antecesores lo habían hecho cuando la trajeron por el desierto y después; mas pusiéronla *encima de un carro nuevo,* al cual llevasen dos bueyes, imitando en esto a los filisteos, ajenos del conocimiento de Dios (1 *Reg.*, 6), que cuando tuvieron cautiva esta Arca y la enviaron a la tierra de Israel, no la honraron con llevarla encima de sus hombros, sino enviáronla en un carro nuevo, al cual llevaban dos vacas. Yendo, pues, el un hermano, que era el menor, delante del Arca guiando los bueyes, y el mayor, como más principal, iba más cercano y puesto al mismo lado del Arca,

iban contentos, y parecíales que con esto cumplían bien con su oficio.

Mas al Señor y Juez de todos, delante del cual es muchas veces culpado el que pensaba ser justo, pareció otra cosa muy diferente; y yendo todos haciendo grandes regocijos delante del Arca, llegaron a la era de Nacor, o por otro nombre Quidón; y allí, o porque los bueyes se desasosegasen, o según a otros parece, porque iban en grandísima manera quebrantados del peso del Arca del Señor, por no ser convenientes para llevar cosa tan santa, en fin, el Arca se inclinó como que iba a caer; y cuando el levita Oza, que iba a par del Arca, vió aquello, puso sus manos, y túvola para que no cayese. Obra por cierto piadosa, según el humano parecer, mas no según el juicio divino. Y como el levita tendió las manos para tener el Arca, tendió también Dios las suyas para le castigar, y tan recio, que quebrantándolo y partiéndolo, lo mató allí luego en aquel lugar. Y aunque este delito se cometió al principio de la procesión, porque no tomaron el Arca sobre sus hombros como Dios mandaba, mas no los quiso castigar Dios entonces hasta que la experiencia dió a entender el yerro pasado, y cuánta diferencia iba de ser llevada su Arca por animales brutos con desasosiego, o por gente consagrada a Dios, que la llevasen con pureza de ánima, y con mucho tiento y reverencia. Y aunque todos los que allí iban fueron inadvertidos en no mirar y avisar de este yerro; mas el soberano Juez castigó solamente a Oza, porque a él le incumbía por oficio saber y hacer lo que en este caso debía; y era más principal, y por esto debía ser más cuidadoso que todos, y que su hermano menor, aunque también era levita.

Puso este castigo tan grande espanto a cuantos allí iban, y especialmente al rey David, que temió llevar el Arca del Señor a su casa como tenía pensado, y púsola en casa de Obededón geteo, que también era levita (1 *Paral.*, 13), hasta que pasados tres meses, e informado de cierto que el Señor había hecho muchas mercedes a Obededón por haber recibido en su casa el Arca de la santidad, perdió el miedo que le había puesto el castigo pasado, y tornó a congregar a Israel para que fuesen por el Arca a casa de Obededón, y la trajesen con gran solemnidad a

su propia casa real, como lo había pensado primero.

Y como hombre temeroso de Dios, y que había entendido que la causa de aquel terrible castigo fué porque los levitas, como no aparejados para ello, no llevaron el Arca sobre sus hombros, según el mandamiento de Dios nuestro Señor, llamó a Sadoc y a Abiatar, sacerdotes, y a otros levitas, y díjoles (1 *Paral.*, 15): «Vosotros, que sois Príncipes de las familias de Leví, santificaos, y los otros vuestros parientes también; y llevad el Arca del Señor Dios del pueblo de Israel, al lugar que le está aparejado, porque no se haga alguna ilícita cosa y nos hiera el Señor como la otra vez, porque no estábades presentes.» Oyéronlo de muy buena gana y voluntad, y santificáronse unos y otros, y tomaron el arca del Señor encima de sus hombros, según el mandamiento del Señor, y lleváronla con solemnidad sin acaecer cosa que les turbase su alegría; porque el suceso de lo que se hace a contento de Dios siempre es bueno.

6.—*Alerta los que llevan sobre sus hombros el gobierno del pueblo.*

Si estas cosas habemos oído con sentido de temor de Dios, entenderemos que aquel recio castigo que el Señor hizo contra aquel que no quiso llevar sobre sus hombros el Arca, y que tanto espanto puso a los que iban presentes, no se hizo por ellos solos, mas para dar aviso a todos los que tratan las festividades de Dios, pasados, presentes y por venir. Porque así como en una palabra que enseña, habla a todos, así en un hecho que hace con uno, es aviso para todos los ausentes y que estamos presentes aquí.

Teman, y con mucha razón, los prelados, curas, y beneficiados, a quienes está mandado que ellos mismos en sus propios hombros lleven el Arca de Dios, que son sus cristianos, cuidándolos, enseñándolos, sufriendo sus pesadumbres y cargas, aliviándoles sus trabajos, y cumpliendo cada uno personalmente su oficio y residencia. Teman los reyes y señores, de hurtar el cuerpo a los negocios de sus vasallos, contentándose con llevar el provecho y la honra, y poniendo la carga de los cuidados y despacho de negocios sobre hombros ajenos. *El varón vano*—dice la Escritura (*Job*, 11)—*levántase en soberbia, y tiénese por*

libre como hijo del jumento silvestre, al cual no le doman ni cargan. Y así piensan algunos tener licencia para holgar o vanamente ocuparse, viéndose encumbrados y abastados con la grandeza de sus señoríos.

Mas la verdad es que nadie heredó tal libertad, y quien la tiene, él se la toma contra toda justicia. Porque si miramos aquel primero y común padre Adán, del cual todos venimos según la carne, no le veremos holgado como a sardesco, mas con azadón en la mano labrando la tierra para *comer su pan en sudor de su cara* (*Gen.*, 3), como Dios lo manda. Y si miramos el segundo Adán, que es Jesucristo nuestro Señor y Redentor, el cual, según dice Isaías (9), es *padre del siglo que está por venir,* porque de Él recibimos la regeneración de la gracia, como del primer Adán el ser natural, hallarle hemos, no con azadón cavàndo la tierra como el primero, mas cavadas sus manos y pies con crueles clavos, y sus espaldas y cuerpo aradas *con surcos de pecadores, y su principado puesto sobre sus hombros*; porque el señorío que le fué dado sobre los hombres fué con cargo de llevar la cruz y morir por ellos, verificando aquella sentencia, que «a tantos hombres tiene uno encima de sí, cuantos parece que manda». De donde parece que quien es persona pública, y huye de llevar las cargas de sus súbditos, ni vive como cristiano, pues no imita a Jesucristo nuestro Redentor, ni como hombre, pues como dice el Santo Job (5): *nació para trabajar, como el ave para volar.* De otra naturaleza debe ser, no de esta común que conocemos.

Y lo que de esto se sigue lo declara el Espíritu Santo, diciendo de estos tales por boca del real Profeta David (*Ps.*, 72): *No participan en los trabajos de los hombres, ni son azotados con los azotes que a todos* por el pecado *vinieron. Y por esto poseyólos la soberbia, y fueron cobijados con impiedad y maldad, la cual salió de ellos en mucha abundancia como de una grosura. Pensaron y hablaron maldades, y contra el Alto tendieron sus lenguas, las cuales pusieron en el cielo, y pasaron por la tierra,* diciendo mal de lo alto y de lo bajo. ¡Oh qué malos efectos se siguen de querer holgar aquellos cuyo oficio es trabajar! Mal señor tienen en *la soberbia* que los tiene poseídos; mal vestidos están con *impiedad* y *maldad.* Y si

tienen abundancia de hacienda, y placeres y recreaciones, ¿qué les aprovecha, pues son abundantes y gruesos en la maldad? Tienen mal corazón, malos pensamientos y lengua, y con su mucha ociosidad, tiene el demonio puerta para hacerles escudriñar las vidas ajenas, y lo que peor es, los secretos de Dios nuestro Señor, que con sencilla fe se han de creer; y acaéceles caer en muy grandes yerros, castigándolos nuestro Señor por su soberbia y pecados. Cierto, cargas son éstas que toman sobre sus ánimas, harto más pesadas y perjudiciales que las otras cargas de servir a los suyos, que dejan. Huyen de penas, y caen en culpas; el peso de las cuales, si ahora no lo sienten por estar embriagados con la dulcedumbre de los placeres y pasatiempos presentes, sentirlo han, cierto, en aquella hora cuando su cántaro salga del agua; quiero decir, cuando su ánima, por mandamiento de Dios nuestro Señor, salga del cuerpo, y sea presentada delante del juicio divino, donde el holgar de acá en este mundo ponga en mucho trabajo, y el haber trabajado por el provecho de otros ponga mucha confianza para estar en pie en el juicio de Dios y para oír aquella dulce palabra (Lc., 12): *¿Quién pensáis que es el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre sus criados para que les dé a su tiempo medida de trigo? Bienaventurado aquel siervo al cual su señor hallare que lo hace así; que en verdad os digo, que lo constituirá sobre todos sus bienes.*

¡Oh qué dichosos serían los que tienen mandos, si gustasen con el paladar del corazón la diferencia que va de este galardón prometido a los buenos señores, al recio castigo guardado para los malos, según luego dice nuestro Señor de esta manera: *Mas si aquel siervo dijere en su corazón: No vendrá mi Señor tan aína; y comenzare a herir a sus compañeros, y comer y beber con los embriagados, vendrá el Señor de aquel siervo en el día que no espera y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y pondrá la ración de él con los hipócritas; allí habrá lloro y batimiento de dientes.*

Abrid vuestras orejas los que regís las muchedumbres de gentes, y estáis contentos con enseñorear las compañas de las naciones; porque vuestro poder el Señor os lo ha dado, y vuestra fortaleza el Altísimo. El cual ha de examinar vuestras obras, y escudriñar

vuestros pensamientos; porque siendo ministros del reino, no juzgasteis derechamente, ni guardasteis la ley de la justicia, ni os gobernasteis según su voluntad. Espantablemente, y presto, os aparecerá; porque juicio durísimo será hecho a los que tienen mandos; y al pequeño concedérsele ha misericordia; mas los poderosos poderosamente padecerán tormentos (*Sab.*, 6, 2-7).

¿Qué carga se puede igualar, por grande que sea, con estar amenazados los que huyen las buenas cargas, con un día de juicio tan estrecho, que los justos dicen (*Ps.*, 11, 2): *No entres, Señor, con tu siervo en juicio;* y todos temen el rigor de él, por ser duro, y será *juicio durísimo* a los que tienen mandos? Mejor acuerdo será, o huir de ellos, y esto es lo más seguro, [o] (12) cumplir lo que dice San Pablo (*Rom.*, 12, 8), que *quien tiene mando, tenga cuidado,* o, aunque las tales personas tienen licencia para tomar quien les ayude y lleve sus cargas, elegir las tales personas que no sean ignorantes o apasionados como animales, mas como la Escritura (*Ex.*, 18) los pide, varones sabios y temerosos de Dios, en los cuales haya verdad, y que aborrezcan la avaricia. Y aunque estos tan calificados ayudan a llevar el peso del Arca, no se debe descuidar quien tiene principal obligación de llevarla sobre sus propios hombros; pues que sabemos (*Ex.*, 32) que aunque Moisés dejó buenos vicarios cuando se ausentó para ir a negociar con Dios negocios del pueblo, hizo su ausencia tanto daño, que llegó a ser adorado un becerro por Dios. Eficacísimo ejemplo y aviso, de cuán necesaria sea la presencia del pastor sobre sus ovejas, y escarmiento perpetuo, si no lo quieren disimular, para no echar las cargas sobre solos hombros ajenos.

7.—*Los que llevan a hombros la Eucaristía.*

También conviene advertir a los Obispos y gente principal de la Iglesia, que les estaría muy bien llevar en la procesión, aunque fuese por pequeño trecho, las andas del Señor sobre sí. Lo uno por ser los principales ministros de este Señor. El cual va aquí no como en el Arca pasada, sino Él mismo en persona; y es

---

(12) *O;* la edición de 1596, *en.*

razon que, si a un hombre principal que murió, lo llevan hombres principales sobre sus hombros a la sepultura, que los principales ministros de este Señor, para siempre vivo, un día del año que sale con solemnidad a dar vida, sea llevado encima de los hombros de sus principales ministros. Y también sería esto edificación para el pueblo, y esfuerzo para los sacerdotes que llevan las andas.

Y también sabrían por experiencia los mayores las cargas de los menores, y no se diría de ellos aquella afrentosa palabra (*Mt.*, 23): *Ponen cargas pesadas e incomportables sobre los hombros de los hombres, y ellos no las quieren menear, ni aun quieren llegar a ellas el dedo.* Veces hay que los sacerdotes con el peso de las andas o de la custodia van tan cargados y reventados, que van forzados como Simón Cirineo, y huyen otro año cuanto pueden de tomar sobre sí aquel trabajo. No es razón que, pues Dios nuestro Señor halló modo cómo, yendo allí verdaderamente su Cuerpo, no haya más peso que los accidentes de pan que lo llevan encubierto, que siendo su carga liviana, la hagan pesada y odiosa por cosas que son fuera de Él; mas todo se ordene conforme a Él, y como de buena gana y con devoción sea llevada.

Los sacerdotes miren también que llevando mañana al Señor; y sintiendo trabajo, no sea mayor causa para ello la falta de amor y de devoción, que el mucho peso que llevan con las pocas fuerzas del cuerpo. Miren mucho que, llevando al Señor sobre los hombros del cuerpo, no lleven algún pecado, y por consiguiente al demonio sobre la parte más íntima y más honrada que tienen, que es la parte superior de su ánima; y que, como el pecado sea pesado como talento de plomo, les quite los alientos para llevar al Señor Dios nuestro. Porque es cierto que así como la gracia y amor del Señor que en el ánima está, da alientos al cuerpo para hacer el bien que los malos no pueden, así el pecado del ánima enflaquece el cuerpo para las obras de virtud. Nunca Él permita que, en tal día y lugar, tal cosa haya; porque sería abominable, y bastante para provocar la ira del Omnipotente y Todopoderoso Dios para darle recio castigo, en lugar del galardón que diera al tal sacerdote, si (13) lo llevara *sobre hombros de hombre,* que aunque es animal, es

(13) *Sí;* la edición de 1596, *y.*

racional, porque se debe regir por razón, y no *sobre hombros de animales,* regidos por la *ley de la carne; la cual*—como dice el glorioso Apóstol San Pablo (*Rom.*, 7)—*no es sujeta a la Ley de Dios.*

8.—*Pureza de conciencia. Castigo de los betsamitas.*

Y no sólo los ya dichos, mas todos sin sacar ninguno, conviene examinarse y remirarse si van tales cuales conviene ir a gente que va sirviendo y acompañando, no a quienquiera, mas al Señor de los cielos y de la tierra. ¡Oh qué buen consejo, y cuán importante y propio para este día, el que nos dió el real Profeta David, cuando dijo (*Ps.*, 2): *Servid al Señor con temor, y regocijaos en Él con temblor.* El servicio y el regocijo mañana lo veremos, aun con los ojos del cuerpo; mas el temor y el santo temblor que nos manda llevar el Señor Dios nuestro, cuya dádiva es, Él nos lo conceda por su misericordia: lo uno, porque no seamos desacatados contra la alteza de su infinita Majestad, que es el mayor mal de los males; lo otro, porque no probemos el rigor de su justicia que probaron los del pueblo pasado por falta de aquesto.

Oíd una cosa teribie, y que os pondrá espanto, y mucho mayor que el castigo de Oza, que no os he contado. Pasó así: que cuando los filisteos echaron de su tierra el Arca del Señor porque hacía en ellos grandes castigos (1 *Reg.*, 6) pusiéronla, según os he dicho, encima de un carro y dos vacas paridas, dejando sus becerricos encerrados en casa; para que si las vacas llevasen el Arca, sin que nadie las guiase, a la tierra de Israel, entendiesen que la causa de los azotes que habían venido sobre ellos era de parte del Dios de Israel, por tener cautiva su Arca. Caminan con el Arca las vacas; y aunque daban bramidos por sus becerricos, no dejaron el camino derecho ni el peso del Arca; dándonos ejemplo, que los que han puesto sobre sí el Arca del servicio de Dios no deben tornar atrás por condescender a los afectos humanos, por conjuntos que sean y por mucho que duelan. Guía Dios a las vacas, y llevan el Arca a la tierra de Israel, y paran en un campo de la ciudad de Betsames, en el cual había mucha gente segando trigo. Y holgáronse en gran manera de aquel particular favor que Dios les hacía, de que pudiendo enviar su Arca a otras partes,

eligió a ellos para esta merced. Mas si así supieran reverenciar el Arca como alegrarse con ella, no se les tornara el favor en castigo, ni pidieran que les llevaran el Arca de su tierra, con la cual se habían holgado primero. Pararon las vacas. Quitando los levitas el Arca de encima de la carreta, pónenla encima de una piedra; viénenla a mirar los que presentes estaban, y otros que venían de la ciudad, y embebecidos con la alegría, no se acordaron ni se curaron de lo que Dios había mandado, que no mirasen su Arca desnuda, sino cobijada, so pena de muerte; miráronla, castigólos Dios con matar luego setenta hombres de los principales, y cincuenta mil de la gente del vulgo.

¿Quién tal pensara? ¿Y quién tal creyera, si no fuera el Espíritu Santo el que lo dice? ¿Quién no temerá de ir mañana con este Señor, pues que la irreverencia hecha contra su Arca, cosa tan baja en comparación de Él, fué castigada con muerte de tantos? Y de espantados dijeron: *¿Quién podrá estar en la presencia de un Dios tan santo?* Y no osando tener el Arca consigo, enviaron a rogar a los de la ciudad de Cariatiarim que viniesen a llevar el Arca, porque ellos no la querían tener.

Y si, en la sombra y figura, el Señor quiso ser tan reverenciado, que juzgó ser ley justa mandar que no alzasen los ojos a mirar su Arca desnuda, so pena de muerte, y como lo mandó lo ejecutó con mucho rigor, y con muerte de tantos, ¿qué hará si mañana no acatáremos como es razón a su propia Persona y en presencia, pues el Arca de entonces, en comparación de Él, no tiene ser ni valor?

Despierten, pues, todos; y ninguno haya, chico ni grande, que se atreva a ir mañana con mala conciencia acompañando al Señor que mira los corazones, y da a cada uno según sus obras, y a los irreverentes a Él, por principales que sean, los castiga con recio castigo. Los sacerdotes no imiten a Oza y a su hermano en ir desaparejados en la procesión, porque no sean participantes en el castigo si lo fueren en la culpa; antes imiten a los sacerdotes y levitas de la segunda procesión, que purificadas las ánimas y los cuerpos, llevaron con reverencia el Arca del Señor, y fueron galardonados de su mano bendita.

9.—*Deberes del rey a imitación de David* (14).

Los reyes (15) imiten al Rey David, hallándose presentes a esta santa procesión con mucha reverencia y acatamiento, y con haber confesado y comulgado, por lo que ellos deben a Dios nuestro Señor, y por dar ejemplo a los otros. Que éste es el tiempo en que *el Señor tiene necesidad* de los reyes y gente principal, como en otro tiempo (*Mt.*, 21) lo tuvo de aquellos dos jumentos para entrar asentado en ellos a Jerusalén, pues que vemos estar perdido el respeto que se debe a Dios nuestro Señor y a su Ley, y que solamente se tiene cuenta con apartarse del mal por temor de los castigos. Y también los ha menester, porque ordinariamente aquello siguen los menores, que ven hablar y obrar a los que son mayores; los cuales si fuesen por buenos caminos, serían causa de que fuese Dios acatado, y haber muchos bienes, y su galardón sería grande en el cielo. Yendo por camino contrario, cierto, habrá sucesos contrarios; porque la virtud o el vicio de ellos son cosas muy calificadas para aprovechar o dañar.

Y si el rey no tuviere tanta humildad para desnudarse de su real vestidura, y vestirse de una sobrepelliz, como lo hizo David, a lo menos vaya mañana templadamente vestido. Porque delante de la presencia de Dios que llevamos en la procesión, y está en la iglesia, no es razón que el rey ni los grandes tengan aquel aparato de estrados como en otras partes suelen tener; pues que ellos mismos quieren que sus vasallos no tomen estas honras estando en los palacios y presencia del rey o de los otros señores.

Y si los reyes quisieren con su buen ejemplo, y con leyes puestas en ejecución, templar la profanidad y demasía de los vestidos, joyas y atavíos de casas, que es causa de mayores pecados y trabajos que se puede decir, harían a Dios muy mayor servicio, y al reino más cumplido bien, que hizo David en dejar su ropa real y tomar un vestido bajo, de levita.

Y si tampoco no tuviere el rey tanta devoción y amor del Señor, que le embriague como a David, y le haga ir como fuera de sí, bailando y saltando, y como

---

(14) Véase la Carta 11 sobre el gobernante cristiano.
(15) ¿Iría el rey en la procesión? ¿Dónde y cuándo?

dice la Escritura, *resaltando con todas sus fuerzas*, a lo menos imítele en aquel entrañable cuidado del culto divino, y de buscar lugar donde el Arca del Señor se pusiese con mucha decencia. Que estando los sacerdotes descuidados de aquesto, que era propio oficio suyo, velaba el corazón del rey, y despertó a los eclesiásticos para que llevasen el Arca, y les avisó que la llevasen con aquella santidad que se le debía, y después tuvo ferventísimo deseo de hacer templo al Señor.

Aquel rey *se desnudará muy bien, y bailará delante del acatamiento de Dios,* que considerando cómo ante aquel Dios ni tenía ser ni reino, y pudiéndolo dar a otro, se lo dió a él liberalmente, se tenía por pobre y desnudo cuanto es de su parte, y no se ensoberbecía sobre los otros por la excelencia que Dios le dió; antes la atribuía a la divina bondad, y se humilla y abaja más para con Dios y para con los hombres.

Y aunque el poderío cuanto es más alto, tanta suele ser la osadía que da para pecar, porque piensa el tal hombre que tiene licencia para hacer todo lo que puede, y como son jueces de otros, y no hay quien juzgue a ellos, acaece que se hacen atrevidos para pecar; mas los que delante de Dios en espíritu *se desnudan* de verdad *el aparato real,* al contrario de esto hacen, porque entiendan que por ser grandes no tienen más licencia para hablar una palabra ociosa, ni para otra cosa aún más liviana, que toque a la ley de Dios, que la tiene un hombre el más bajo del mundo; antes se tienen por más obligados a toda virtud, y por más enfrenados y a raya para no hacer mal; porque entiendan que son espejo donde muchos se miran, y guía a la cual muchos siguen, y regla con que muchos se conforman, y temen que han de hacer como San Jerónimo dice: Quien lo quisiere seguir sea constreñido a errar.

Muy bien se desnuda aquel rey y se humilla, a quien la carga de la cuenta que ha de dar le pone cuidado y temor de cómo vive y administra su reino; y muy bien *baila delante el mismo Señor,* el que lleno de su amor lleva las cargas de su gobernación con esfuerzo y alegría, como lo hacía Judas Macabeo (1 *Mac.*, 3) en las guerras que emprendía por la honra de Dios.

Muy bien baila al Señor, si le dice de verdad (*Ps.*, 17): *Aparejado está, Señor, mi corazón*; quiere decir, que tiene una pronta voluntad de servir, y de que le sirvan los otros, aparejado el corazón con celo de justicia para castigar los delitos como recto juez. Mas

no se contenta con este nombre y con esta obra; *mas tiene,* y más principalmente, *aparejado su corazón* para, con cuidado y entrañas de padre, con buenos ejemplos, con buenos trabajos, con buena educación de sus vasallos, y por cuantas vías pudiere, procurar que prevengan a los delitos, y no sea menester el castigo, o no muchas veces.

Aquel baila bien, que no tiene amor al mandar, sino al aprovechar, y tiene el lugar alto por ejercicio de hacer bien a muchos, y no para sus intereses ni sus regalos.

Y *aquel baila bien,* cuyo cuidado único es beneficiar a los suyos, y para el bien público tiene ofrecida su hacienda, su honra y su vida, al ejemplo del Señor, que vino *a servir, y a dar su vida en rescate de muchos* (*Lc.*, 22). No es desabrido en las palabras, ni áspero en el gesto, porque no lo es en el corazón. Ni es pesado en despachar los negocios, porque el amor le hace la carga liviana; con el cual, aunque trabaja como esclavo, siente dulcedumbre en los trabajos como padre y pastor. Todo lo cual ni lo hace por alcanzar la vanidad de la fama, ni por fin de humana virtud; que esto no fuera *bailar delante del Señor,* mas delante los hombres; mas estas poquedades holladas, encumbra su intención al agradamiento (16) de Dios, y a la esperanza del eterno reino, que ha prometido a los que administrasen bien el temporal.

Y en particular aquel rey *se desnudará y bailará bien delante del Santísimo Sacramento,* que aunque generalmente tenga cuidado de todo lo bueno, lo tenga muy particular y muy encendido en amor de aqueste divinísimo Sacramento, cele mucho la fe y honra de él, y lo que toca a los sacerdotes, a los altares y a las iglesias, y finalmente, a lo mucho y a lo poco que de cerca o de lejos tocare a este Señor. Y si en todo tiempo es esto cosa debida, mucho más lo será en el presente cuando el principio de salirse muchos de la congregación de la santa Iglesia fué por tenerla en poco, y a sus ministros y a sus ceremonias. Castigue las herejías; porque quien no resiste al error, es visto aprobarlo; favorezca a los ministros de la fe y a los buenos Prelados, y su cuidado único sea como el pueblo cristiano, que es Arca donde mora el Señor, esté

---

(16) *Agradamiento;* la edición de 1596, *agradecimiento* (errata).

defendida de los infieles, y reformado en las buenas costumbres, para que pueda Dios recibir de él conveniente servicio, pues que para hacer esta obra ninguno es tanta parte como los reyes, si, dejando sus intereses aparte, y poniendo los hombros a ello, quisieren emplear en el negocio todo el poder que el Señor les dió para que le sirviesen. Y por consiguiente, se sigue que si esto no se hace, la mayor culpa y el mayor castigo para ellos será.

10.—*Deberes de los señores.*

Y tras el bailar bien el rey de esta manera, *bailen también a Dios los otros señores,* pues son participantes en el mandar y en la obligación, y lo serán en el galardón. Hagan también lo mismo, en su modo, la gente principal, y entiendan que aquel ir mañana en la procesión más cercanos al Señor que la otra gente, y tener en los templos lugares más cercanos a Él, no es cosa liviana, ni que se ha de usar de ella con descuido e inadvertencia, si no quieren ser alanzados más lejos de Dios eternalmente en el otro mundo los que en esta breve vida fueren más cercanos a Él. Guarde Dios a la gente principal. Unos irán mañana llevando las varas del palio con que va cobijado el Señor, y otros irán cerca del mismo Señor. No lleven sus corazones desnudos de la divina gracia, que hace al hombre ser desemejable a Dios, y no vayan afeados con la imagen del demonio, que mora donde no mora la gracia, y tales, que el Señor que allí va, en cuyo acatamiento los escondrijos del corazón son más claros que la lumbre del sol, viéndolos de dentro tan abominables, y de fuera sirviéndole y cercanos a Él, les diga con justísima queja (*Mt.*, 15): *Este pueblo con los labios me honra, y su corazón está lejos de Mí.*

Terrible cosa sería que el día que se hace fiesta a un rey entrase un criado suyo hasta la presencia real a hacerle alguna reverencia o servicio, y que llevase abrazado consigo a un capital enemigo del rey su señor, diciendo con la obra: «Aunque sé que éste es vuestro mortal enemigo, y que os hago en ello enojo muy grande, y aunque me habéis mandado que lo eche de mí, lo tengo de querer bien, y abrazarlo muy abrazado en vuestra fiesta, y en vuestra presencia.» ¡Esto sería celebrar fiesta al rey, o darle hiel y vinagre? Lle-

var al demonio en el ánima, e ir cerca del Señor en la procesión, ¿es celebrarle día de fiesta, o renovar su Pasión? No así, no así, por reverencia de Dios; límpiense, confiésense, vayan con mucho acatamiento, amor y temblor, principalmente los principales, para que, siquiera un día en el año, vea el Señor nuestras ánimas amadoras de Él, y aborrecedoras de los pecados, que son sus enemigos, y tan capitales, que le quitaron la vida en la cruz, y que como a tales nos ha mandado que los aborrezcamos y echemos de nosotros, si queremos ser suyos.

11.—*Espíritu con que todos han de ir en la Procesión.*

Y todos, sin quedar ninguno, procuremos llevar la conciencia limpia con la confesión, y a más no poder, con la contrición; y no contentarnos con sólo el estruendo exterior de los cantos, danzas y regocijos que mañana se hacen, que aunque sean buenos, si no corresponde a ellos lo de dentro, a lo cual Dios principalmente mira, no será sino ofrecer un cuerpo sin ánima, una cáscara sin meollo y, en fin, apariencia sin existencia.

Los hombres de Betsames, que dijimos que fueron de Dios castigados por su desacatado mirar, muy devotos fueron en el ofrecer sacrificios; porque no sólo le ofrecieron las vacas y el carro que trajeron el Arca, mas otros muchos, así víctimas como holocaustos; y no por eso agradaron a Dios, ni les libraron del castigo que merecieron por su pecado. Ya tenemos de esto respuesta de Dios por boca del profesta Samuel, que dice (1 *Reg.*, 15) que *quiere más obediencia que sacrificios,* y que donde hay pecado, ninguna cosa le agrada al Señor.

Advirtamos mucho que somos naturalmente inclinados a estos regocijos de fuera, y enemigos y descuidados de la virtud interior; y por esto los que los hacen y los que los miran no se descuiden en contentarse con ellos a solas, ni paren en ellos, mas tómenlos como motivo y despertador del amor y devoción interior; como salsa para comer el manjar; porque el oficio de las ceremonias exteriores éste es.

Y así el que cantare con la boca, cante juntamente y principalmente con el afecto del ánima; el que bailare con el cuerpo, enderécelo al amor del Señor re-

gocijándose con su presencia; quien danza, dance al Señor, y no a contentamiento suyo ni ajeno; y los que miran a estos servicios y honra que al Señor se hacen, gócense en lo más dentro de sus entrañas de ver honrado a su Señor, cuya honra, sobre todas las cosas y con todas sus fuerzas, son obligados a desear. Y acuérdense de aquellas humildes reverencias, de aquel encendido amor, de aquellos alegres regocijos, que los ángeles y los santos en el cielo hacen; y digan con todo su corazón lo que dice David (*Ps.*, 68, 35): *Alábenle los cielos y tierra, y el mar, y todo lo que en ellos está.* Y para darnos a entender cómo la celebración de esta fiesta ha de ser principalmente en el ánima se dice en el dicho Concilio [de Viena] que *cante la fe y se regocije, y salte nuestra esperanza, y la caridad y devoción den palmadas de alegría.*

Y de esta manera cumpliremos la figura de los que ofrecían en la procesión del Arca, de seis en seis pasos (1 *Reg.*, 6), animales al Señor; porque a la continua iremos nosotros mañana ofreciendo a nuestro Señor nuestros apetitos, nuestra voluntad, nuestra honra y hacienda, y nuestra propia vida, determinados de perderla antes que negar la fe de este Señor o quebrantar algún mandamiento suyo, diciéndole: Señor, pues disteis vuestra vida por mí, yo os doy la mía y todas mis cosas, para que dispongáis de ellas a vuestro santo servicio. Alentémonos todos a esto, y no nos contentemos con lo exterior.

Y haga cada uno esta cuenta dentro de sí: «Por ventura será esta fiesta la postrera que vea en mi vida: quiero ir en ella de manera que satisfaga lo que en otras fiestas, y en oír Misa y cosas tocantes a este Sacramento, habré pecado de un año acá y en toda mi vida. Quizá habré ido a la iglesia, no con la pureza de intención que debía; quiero ir mañana por amor de sólo Dios en esta procesión, y tan recogido y tan mirando a Dios sólo, como si no fuese más gente con Él, que Él y yo. Por ventura me habré vestido demasiado alguna vez para ir a la iglesia; no quiero mañana hacer alarde de mis vestidos y joyas, sino llevar tanta templanza, que satisfaga a lo pasado, y que ninguno tome ocasión de poner los ojos en mí y quitarlos de nuestro Señor.»

Y el varón oiga y cumpla lo que el Señor dice (*Mt.*, 5, 29): *Si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y arrójalo de ti.* Baje los ojos; y si los alza, mire al

Señor. No hagas, cristiano, cuenta que tienes ojos mañana para mirar a mujeres; dáselos al Señor para que le sirvan a Él, pues Él te los dió; refrena tus malos deseos y tu vista de fuera; que mientras más penoso te fuere, más meritorio te será; y según es Dios lleno de misericordia, por ventura por verte mañana trabajar contigo por no le ofender con tu vista, te dará fuerza para que te quedes con la buena costumbre de tener vista casta y corazón casto, que no será pequeña merced. Y de esta manera dice San Pablo, templo del Espíritu Santo, que cumpliremos lo que nos dijo (1 *Cor.*, 6, 20): *Comprados sois con precio grande; honrad y llevad a Dios en vuestro cuerpo* y en el espíritu de vuestra mente.

Hízonos Cristo esta merced, que pudiésemos ser *Arca divina* por la unión de su gracia, como lo es Él por unión personal. Procuremos que, pues recibimos por la creación un cuerpo y un ánima, que es madera dorada, no la tengamos vacía; mas cumplamos lo que está escrito del varón justo (*Ps.*, 36, 31): *Que la Ley de Dios está en su corazón. No seamos imprudentes; mas entendamos*—como dice San Pablo (*Efes.*, 5, 17)—*cuál sea la voluntad del Señor*; porque quien no la conoce, ¿cómo la podrá cumplir y tener?

Esto es tener en sí *las tablas de la Ley* de Dios. Y después tengamos *el maná* celestial, que es Jesucristo, que con su gracia nos mantenga y consuele.

Y porque, aun con todo esto, caeremos en faltas, conviene que nos desvelemos y castiguemos con santa corrección y disciplina, significada por *la vara sacerdotal*; y así hechos *Arcas divinas*, reposará el Señor en nosotros de mejor gana que en el sagrario, ni en el relicario, ni andas; porque si allí está y allí va, es por entrar y morar en nosotros. Y si le pudiésemos ver su Corazón amoroso cuando va en la procesión, oiríamos cómo nos va diciendo lo que dijo a Zaqueo (*Lc.*, 19, 5): «Cristiano, *desciende* de ese árbol de tu locura y desamorada ingratitud; humíllate a mí; conoce el amor que te tengo; aparéjame tu conciencia, *porque en ella deseo descansar* y morar.»

Alabadas sean, Señor, tus misericordias, que llegan a convidar y rogar Tú mismo contigo que te quieran recibir aquellos que no merecían que les volvieses tu faz, aunque muchos años te lo suplicasen. ¡No haya, Señor, por tu misma misericordia, no haya quien no te reciba en su casa, pues Tú con tanta benignidad

quieres entrar y morar en nosotros, y aun pagarnos colmadamente el hospedaje que te hiciéremos! Porque si *echaste tu bendición* haciendo señaladas mercedes *a Obededón* el levita (2 *Reg.*, 6, 11) porque recibió la otra tu Arca, ¿qué tales, y qué tan copiosas serán las mercedes que harás a quien bien recibiere en su pecho tu misma Persona? Darle has bendición de perdón de pecados, consolación entrañable con tu dulce presencia, lumbre para sus ignorancias, fuerza para sus flaquezas, y aumento de gracia con que más te ame.

TRATADO 19

EL MANÁ CELESTIAL.

Non sicut manducaverunt patres vestri manna.

No así como comieron vuestros padres el maná.

(*Jn.*, 6, 59.)

1.—*Dios sustenta a todos los vivientes.*

Quien tiene hijos, es razón que tenga cuidados; y si buen padre es, los debe tener doblados, para dar mantenimiento de doctrina y buenos ejemplos al ánima de sus hijos, y el mantenimiento corporal para sus cuerpos, so pena de caer en aquel infame vicio que San Pablo dice (1 *Tim.*, 5, 9): *El que no tiene cuidado de los suyos, y principalmente de los de su casa* —y aquí entran principalmente los hijos—, *la fidelidad ha negado, y peor es que infiel*; y también pudiera decir, «la naturaleza ha negado, y peor es que animal»; pues a todos es notorio cómo por natural instinto, animales y aves tienen cuidado de mantener sus hijos.

Alabado seas Tú, Señor, que tan lejos estás de que te sea dicho este baldón, pues no solamente a tus hijos adoptivos, que son los que están en tu gracia, mas a los bastardos y a los que te ofenden, derramando tu copiosa misericordia, *haces salir tu sol sobre buenos y malos, y llueves sobre justos e injustos* (*Mt.*, 5, 45). Y no sólo a hombres, mas a animales, aunque sea a una hormiga, y a las plantas, porque tienen una poca de vida, y a todo das mantenimiento cual conviene. En reconocimiento de lo cual, tu católica Iglesia te da las debidas alabanzas, diciendo: *El que da mantenimiento a toda carne, porque para siempre es su misericordia* (*Ps.*, 135, 25). Tú, Señor, *das de*

comer a los hijos de los cuervos, y les oyes (*Ps.*, 146, 9). Y finalmente, *los ojos de todas las cosas*, cada una según su manera, a Ti se alzan y *en Ti esperan*; y no en balde, porque *les das mantenimiento en el tiempo conveniente; abres la mano* de tu magnificencia, *e hinches todo animal de bendición* (*Ps.*, 144, 15).

Gracias, Señor, damos a tu bondad por el cuidado que del mantenimiento de nuestros cuerpos tienes. Y pues que los animales, que de Ti reciben mantenimiento, no te pueden dar gracias, porque no te conocen, nosotros te las damos por ellos; y con mucha razón; así porque lo que a ellos das es para que nos sirvan con ello; y porque si un hombre cuerdo tuviese cargo de algunos locos o de algunos niños, y algunas personas les hiciesen bien, debía este tal darle gracias por lo que hace con ellos, pues ellos no se las pueden dar. Otra vez te alabamos, Señor, y besamos las manos de tu magnificencia, del cuidado que tienes de nuestro mantenimiento y de todas las cosas que viven.

2.—*Al Pueblo escogido sustentó con el maná.*

Más adelante pasó el cuidado de Dios en *Ley de escritura* del que tenía en *Ley de naturaleza*. Porque como tomó pueblo distinto, al cual dió conocimiento de Él, y le dió honra de nombre de *suyo*, convino que le honrase con mantenimiento especial, para darle a entender el amor particular que le tenía, para que viendo las maravillas que con él hacía, más se confirmase en la fe de Él, y tomase aquel beneficio en prendas de otros mayores, y le fuese incentivo para más le amar.

Saca Dios a Israel de Egipto con grandes maravillas; llévalo por el desierto, tierra sin pan; y cuando se les acabó la provisión que de Egipto sacaron, y les faltaron los medios humanos para se mantener, proveyó Dios en el tiempo de la necesidad (*Eccli.*, 36) (que aquella es la hora propia de sus misericordias); mantúvolos con un pan singular, nunca hasta entonces visto, sin ser arado ni sembrado, sino enviado del cielo; pan tan precioso, que de él canta David (*Ps.*, 77, 24-25): *Pan del cielo les dió, y el hombre comió pan de los ángeles.*

Este es el que se llama *maná*, que era formado en el aire, que por ser región alta, se llama *cielo*; y se

llama *pan de los ángeles* (*Sap.*, 16, 20), porque por su ministerio se hacía y descendía. Él venía *junto con el rocío* o helada (*Num.*, 11, 9); y a algunos parece que la helada venía primero, y el maná se asentaba encima de ella, y luego el rocío encima del maná, que lo tenía cobijado y escondido hasta que venía el sol y derretía el cobertor del rocío, y aparecía el maná, que era unos granos menudicos *como simiente de culantro, y blancos* como un aljófar; *y su natural sabor era como de miel* (*Ex.*, 16, 31); aunque, para enseñar la bondad divinal su dulcedumbre, y cuán amigo es de darla a los suyos, dió a este manjar sobrenaturalmente tal virtud, que supiese, a los buenos que lo comían, a cualquiera otra cosa que ellos deseasen o tuviesen gana (*Sap.*, 16, 20-21). Cosa maravillosa, que unos granillos blancos valiesen por sabor de perdices, y de gallinas, y de fruta, y de cualquier cosa que al gusto tocase. Es Dios sabroso, y dador de sabores a las personas que le son obedientes en los servicios.

Y por el contrario, los que eran malos y golosos, y que no se contentaban con comer el maná como Dios se lo enviaba, sino que, por hallar en él más sabor, lo molían y hacían tortas y las cocían, no sólo no hallaban en él aquellos sobrenaturales sabores que los buenos hallaban, mas ni el natural de miel que el maná tenía; porque según la Escritura dice (*Num.*, 11, 18): *Sabíales a pan rociado con aceite*.

Cada día acaece esto, que por no querer ir por el camino que Dios nos lleva, por no contentarnos con lo que nos da y por el medio que nos lo da, buscamos nosotros otros caminos más placenteros y que más provechosos nos parecen; y no sólo no mejoramos nuestros negocios, mas aun los empeoramos. Justicia justísima es que, si el ciego quiere ir delante del que sabe el camino muy bien y le quiere guiar, que tropiece y se descalabre. Y el hijo mozo que pidió la parte de su hacienda a su padre y quiso regirse por sí, perdióla muy presto, y aun a sí mismo con ella, y de hijo muy honrado y abastado en la casa de su padre, vino a ser guarda de puercos, y a no hartarse aun de lo que ellos comían (*Lc.*, 15, 16). No le dañara ser mozo ni su poca experiencia, si quisiera vivir debajo del regimiento (1) de su padre.

(1) *Regimiento:* gobierno, régimen.

Tornando al propósito; con este pan mantuvo el Señor aquel grandísimo ejército que de Egipto sacó, y hasta que lo llevó a la tierra que había prometido, nunca le dejó de proveer con este manjar por tiempo de cuarenta años enteros (*Ex.*, 16, 35). Y porque merced tan señalada y tan milagrosa nunca de su pueblo fuese olvidada, ni cayesen en desagradecimiento del tal beneficio, mandó Dios a Moisés, al principio que les dió este pan, que hinchese de él un vaso, y lo pusiese en el *Sancta Sanctorum*, junto con el Arca del Testamento de Dios (*l. c.*, 33, 34).

Esta es la historia, aunque abreviada, de la divina providencia en mantener a su pueblo antiguo que de Egipto sacó; con la cual estaban los judíos tan ufanos y favorecidos, que les parecía que no podía haber mejor ni más maravillosa ni excelente comida que aquésta. Y así cuando el Señor les habló diciendo (*Jn.*, 6, 27): *Obrad manjar que no se acaba, mas que permanece en la vida eterna,* acordándose ellos de su maná, le dicen: *¿Qué señal obras Tú para que creamos en Ti? Porque nuestros padres comieron pan del cielo, según dice la Escritura* (*Ps.*, 77, 24). *Dísteles pan del cielo, y el hombre comió pan de ángeles.*

3.—*El verdadero pan del cielo.*

¡Oh gente grosera, que no sabéis sino de la tierra, no estimáis sino el mantenimiento del cuerpo! Dios os dé su luz, y orejas interiores con que sepáis oír y entender el Pan divino que ese Maestro, a quien preguntáis, que del cielo vino, os dará. *De verdad os digo* —dijo la verdad de Dios (*Jn.*, 6, 32, 51)—*que Moisés no os dió pan del cielo; mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Yo soy pan vivo, que del cielo descendí, para que todo aquel que de Mí comiere viva para siempre.*

Parecióles bien el pan que mantiene *para siempre*; parecióles cosa recia que, Aquel que era tenido por hijo de una mujer y de un hombre a los cuales ellos conocían, dijese que había descendido del cielo. Y declarando el Señor más el misterio de este mantenimiento, que hace vivir para siempre, díjoles (*l. c.*, 52): *El pan que yo daré, mi carne es, por la vida del mundo.*

Espantáronse más, y dijeron: *¿Cómo éste nos puede dar su carne para comer?*

Gente grosera y tosca, sin fe y sin prudencia; que ya que ellos se engañaban en la manera del entender, preguntáranle al Señor, y dijérales que no entendía Él que habían de comer su carne sagrada así a bocados y a tajadas como la carne de un animal que la cortan en la carnicería (2). Fuéronse del Señor, porque les parecía que esta *doctrina* era *dura*; ¡y éranlo ellos! (3). Porque San Pedro, como tenía lumbre del Señor, siendo preguntados los Apóstoles por el mismo Señor: *¿Y vosotros queréis también iros como éstos?*, respondió: *¿A quién iremos, que tienes palabras de vida eterna?* Tanto va en la disposición de quien recibe la doctrina, que por una misma palabra uno huye de quien la enseña, y otro se llega más; y esta palabra de este divino pan es de tan alto misterio, que sin lumbre de Espíritu Santo no se puede creer. Que por ésta dijo el Señor (*l. c.*, 44): *Ninguno puede venir a Mí, si mi Padre no le trajere.* Enseñó el celestial Padre al bienaventurado San Pedro allá dentro de su corazón la verdad de la fe, y con aquella lumbre creía quién era nuestro Señor, y ser verdad todo lo que decía, ahora lo entendiese, ahora no, como ha de hacer el verdadero creyente.

Gracias y alabanzas te damos, Señor, todos cuantos estamos aquí, por nos y por toda la Iglesia católica, por tu grande misericordia que nos ha dado lumbre y firmeza de fe para que creamos que tu Hijo bendito, aunque, según hombre (4), fué engendrado en la tierra, según Dios, fué engendrado de Ti antes de la creación de cielos y tierra, y que descendió del cielo para nosotros hombres, y por nuestra salud fué hecho hombre, y murió por nosotros, y está encerrado debajo de aquella Hostia sagrada que allí está.

Para aquí, para aquí es la fe; porque aquí hay grandísimas causas para que todo entendimiento humano y angélico se admire y salga de sí.

Salieron los judíos al campo cuando vieron aquellos granos menudicos y blancos; maravilláronse mucho,

---

(2) San Agustín.

(3) *Eranlo ellos;* la edición de 1596 dice: *errando ellos.*

(4) *Según hombre..., según Dios:* en cuanto hombre..., en cuanto Dios.

y dijeron (*Ex.*, 16, 15): *Manhu?*, que quiere decir: *¿Qué es aquesto?* Y respondióles Moisés: *Este es el pan que dió el Señor para comer* (*l. c.*, 16). «Si te maravillas de la sombra—dice San Ambrosio—, ¿con cuánta más razón, del cuerpo que causa la sombra?» Aquel *maná* con que se mantenían los cuerpos que caminaban por la tierra desierta a la tierra prometida por Dios, fué figura de aqueste dulcísimo manjar que tenemos aquí presente, dado para que sustente la vida espiritual.

Los cristianos que cuando se bautizaron, salieron de Egipto, ahogados sus pecados; recibieron la gracia y virtud del Espíritu Santo, nuevo ser y nueva vida. hechos hijos adoptivos de Dios, a los cuales prometió el cielo, si guardasen sus santos mandamientos. Y para que en tierra desierta, de tan recios enemigos, tengan fuerzas para caminar y para se defender, les es dado este fortísimo manjar, que les conserve la vida que recibieron en el santo Bautismo hasta que lleguen al cielo.

Mas así como va mucha diferencia de la vida del cuerpo, para cuyo mantenimiento era aquel maná, a la vida del ánima, para cuyo mantenimiento nos da el que tenemos, así hay mucha diferencia de la causa de admiración que aquéllos tuvieron, que les hizo preguntar. *¿Qué es aquesto,* Señor, para siempre bendito? No preguntamos para creer, ni queremos entender para creer; porque aquello es cosa de infieles, tasados, y apocados y miserables, y os quieren hacer a Vos semejable a ellos, sintiendo de Vos tan bajamente, que lo que ellos no pueden entender, no pueden creer que Vos lo podéis hacer. ¡Lejos vaya, Señor, tal blasfemia! Hijos somos de vuestra Iglesia católica romana; y enseñados de ella, creemos que debajo de esos accidentes de pan está verdaderamente vuestro Cuerpo sagrado. Y aunque no lo entendemos, *porque lo creemos,* como dice David (*Ps.*, 115, 1), *osamos hablar,* y para nuestro consuelo, y para agradeceros más esta merced, preguntar, no a Moisés, Señor sino a Vos: *¿Qué es esto,* que delante de nosotros está? ¿estos preciosos granos de aljófar, cobijados con rocío de accidentes de pan?

Responde el Señor (*Jn.*, 6, 32): *No os dió Moisés pan del cielo*; *mas mi Padre os da pan verdadero del cielo*; pan que comen los ángeles, pan lleno de toda suavidad y esfuerzo.

Ahora, Señor, tenemos más de que nos admirar y preguntar: *¿Qué es aquesto?* ¿Quién somos nosotros, Señor, para que el Eterno Padre tanto amor y cuidado tenga de nos, que nos envíe desde el cielo por manjar a Vos que sois su Unigénito Hijo?

Tiene mucha razón Job (7, 17) de espantarse—y nosotros mucha mayor—de tu inefable bondad y efectos de ella diciendo: *Señor, ¿qué cosa es el hombre por que lo visitas y pones en él tu corazón?* Si se espanta de que Dios haga mercedes al hombre y le visite con ellas, ¿qué diremos de tan inefable merced, que Él mismo en persona venga a nos visitar, hecho manjar con que viva nuestra ánima?

4.—*Panis angelicus.—Fit Panis hominum.*

Inefable dignidad es aquésta, mayor, sin comparación, que la que Dios nos dió cuando nos hizo merced de los manjares del cuerpo; porque aquéllos también los dió a los animales, y antes parece más bajeza que alteza sentarnos a una misma mesa animales y hombres. Mas [danos] (5) este Señor en manjar pan que en el cielo comen los ángeles, no sólo contemplando su divinidad, mas también su sacra humanidad, mirándola con grandísimo deleite, cebándose en el conocimiento y amor de aquella sacratísima ánima del Verbo de Dios, y admirándose de aquella gracia sobre todas las gracias con que la santa Humanidad está unida personalmente al Verbo de Dios y está hecha más alta que todos los ángeles (*Hebr.*, 1), y reverencian al Verbo encarnado como a su Criador en cuanto Dios, y su Rey y Señor en cuanto hombre, y se deleitan en gran manera en pensar cómo se humilló a ser hombre, y del excesivo amor que tuvo en la cruz, y subieron muy alegres con Él cuando de la tierra subió al cielo.

Y con todo esto, es tanto el bien que Dios hizo a los hombres, que cuando un sacerdote toma el pan en las manos, y diciendo las palabras de la consagración, lo torna en Cuerpo verdadero de Jesucristo, tiene manjar en sus manos con que pueda, y muy sin empacho, convidar a los ángeles del cielo, aunque sean los más altos de los querubines y serafines, a que

(5) Los impresos que hemos consultado traen *darnos*.

vengan a la tierra a un altar a gozar de un convite, que no se arrepientan de haber venido a él. Mas no esperan ellos a que los convidemos; ellos se vienen, atraídos del olor del manjar suavísimo. Que como en el cielo lo comen, y experimentan su dulcedumbre, vienen del cielo a la tierra a le gozar; y no solamente harían esto, mas si fuese posible, por lanzas y fuego se meterían, por venir al altar a reverenciarlo, gozarlo y espiritualmente comerlo.

No os maravilléis de aquesto, ni os sea cosa increíble; porque aunque este manjar que aquí está, es el mismo de que ellos gozan y se mantienen en el cielo con vista clara y gusto indecible; mas está guisado en el altar de otra manera que en el cielo; y es tan admirable la sabiduría, es tan indecible el amor, y las circunstancias, con que está guisado, tan nuevas y tan sobre todo entendimiento, que reciben grandísimo deleite en las contemplar, y dan alabanzas y gracias a Dios nuestro Señor que tal obra hizo, como gente que sabe bien ponderar esta obra y maravilla de Dios. Alabado sea, Señor, tu nombre, que hay quien sepa conocer esta merced, y engrandecer tu sabiduría, y gozar de aqueste manjar. Alábente, Señor, los ángeles, agradézcantelo, Señor, por nosotros, pues que nuestra vista es tan corta, nuestra virtud tan tasada para saberte mirar y servir.

Un convite hizo el rey Asuero en el tercer año de su reinado (6), y convidó a él *todos los príncipes* de su reinado, y *a los gobernadores de las provincias*; hecho con grande aparato de muchos y diversos manjares traídos a la mesa con diversidad de vasos de oro. *El vino* que les dió a beber era vino *precioso y real*; estaban las mesas en una sala *cerca de un huerto; el suelo cubierto de esmeraldas y mármol,* muchas *tiendas sustentadas con cordeles de holanda y carmesí metidos en anillas de marfil, y sustentados en columnas de mármol.* Comieron primero en el convite, que duró muchos días, la gente principal, y después convidó a toda la gente que estaba en aquella ciudad, desde el mayor hasta el menor, sin que ninguno quedase; y todo esto *a intento*—dice la divina Escritura (*Esth.*, 1, 3-7)—*de enseñar sus grandes riquezas y la gloria de su poder.*

---

(6) Del convite de Asuero habla largamente el autor en el Tratado 14, n. 15.

¡Oh dichoso pueblo cristiano! ¡Oh dichoso tiempo de la *Ley de gracia,* año tercero del reinado de Dios. en el cual hizo el admirable convite, haciéndose hombre, no lo habiendo hecho en Ley de naturaleza ni en Ley de escritura! En lugar de los manjares y vino y vasos de oro y marfil, carmesí con holanda y todo lo demás—que todo es tierra, poquedad y miseria—, toma una sacra humanidad, más preciosa que todo lo criado, y en un portal de Belén, sala más preciosa que la de los reyes, sale del virginal vientre el Pan del cielo, Jesucristo nuestro Señor. Y los convidados fueron los ángeles; embriagados de tal dulcedumbre, adorándolo, y van a rogar a los pastores que vengan a tan gracioso convite; y de muy contentos y hartos, dijeron aquel dulce cantar: *¡Gloria sea a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!* (*Lc.*, 2, 14).

¿Qué contemplaciones tan gustosas os parece que tendrían los ángeles de ver a Dios humillado hasta ser hombre, y nacido en un pobre portal, reclinado en un pesebre, cercado de pañales de muy poco precio? Miraban su amor, admirábanse de Él, encendíanse ellos con Él, y eran mantenidos admirablemente.

Allí comenzaron a gustar de Él, y comieron a su mesa, y siempre le acompañaron, y atentamente contemplaron el maravilloso discurso de su vida, sus obras heroicas, su doctrina divina, su amor en la cruz, su poder en la Resurrección y su gloria de la alteza en la Ascensión.

¡Qué bien ha cumplid Dios nuestro Señor con los Príncipes de su reino, con los Gobernadores de sus provincias, con todos sus ángeles!

Y los pequeños, Señor, los huérfanos del linaje humanal, ¿no tendrán parte en vuestro convite? ¿no comerán siquiera *de las migajas que caen de la mesa de los señores?* ¿Qué dices, Señor?; que te piden los pobres manjar para que no perezcan de hambre; y pues has hartado los grandes, no te olvides, Señor, de los chicos. *Los pobres y menesterosos*—dice Dios (*Is.*, 41, 17)—*buscan agua, y no la hay; la lengua de ellos con sed se ha secado. Yo el Señor los oiré*; *Dios de Israel, no los desampararé.* ¿Que comeremos, Señor, y beberemos los pobres a la mesa de los Angeles ricos? ¿Que levantarás *a los pobres del polvo, para que se sienten con los principales de tu pueblo?* (1 *Reg.*, 2, 8; *Ps.*, 112.)

Otra vez sea tu voluntad alabada millones de veces.

y para siempre sea bendito tu amor; que si el rey Asuero convidó a su mesa, donde comían sus grandes, a todos los de su ciudad, por muy pequeños que fuesen, Tú, Señor, pues eres más largo en bondad que aquel rey y que todo lo criado, quisiste convidar a los hombres, y de los hombres a los más bajos de los hombres; de manera que ninguno, por pequeño que sea, le sea vedado entrar y sentarse a la mesa de que tus ángeles comen. *O res mirabilis!... ¡Que el muy pobre, el siervo y el más bajo come al Señor!* Señor, ¿quién de los hombres entenderá las grandezas de tus misericordias con que nos precias, nos ensalzas a que comamos de Ti en compañía de los bienaventurados ángeles, gente principal de tu pueblo?

Ellos mejor saben comer de este divino manjar que nosotros; más fuerte calor tienen para lo amar, gustar y gozar; mejor saben agradecerlo y estimarlo que nosotros. Mas esto osen los hombres decir, a gloria de aquel Señor que allí está, e hizo el convite, y es el manjar del convite; que aunque ellos sepan mejor gustar el manjar, mas que hay en él tales circunstancias y tal salsa, que tenemos muy grandes causas para gozar y gustar de aquel divino manjar mucho más que ellos.

¡Angeles del Señor, que aquí estáis sirviendo y acompañando a nuestro Rey Jesucristo, y todos los que en el cielo y en cualquier parte estáis! Bien sabemos que estáis llenos de verdad, y vacíos de todo desordenado amor propio, y que os gozáis de los bienes de los pobres, y que no os desdeñáis de los servir y poner encima de vuestra cabeza, por amor de Aquel que es Cabeza de los hombres y cabeza de [los] ángeles. No tengáis por mal que contemos las obras *y las misericordias de Dios hechas a los hijos de los hombres* (*Ps.*, 106, 8). Y dígase por autoridad de San Pablo—al cual muy bien conocéis (*Hebr.*, 2, 16)—: *No tomó Dios a los ángeles*—quiere decir: «no se hizo Dios ángel»—; *mas de la simiente de Abraham,* porque tomó carne de su linaje.

Si primero que nosotros comenzasteis a gozar de Dios hecho niño; mas nosotros, con la santa Iglesia (7), cantaremos: *Por nosotros hombres, y por nuestra salud descendió del cielo a la tierra, y encarnó por*

---

(7) Credo romano.

Espíritu Santo de Santa María Virgen, y fué hecho hombre.

Con Él anduvisteis, y os deleitasteis en verlo a Él y a sus obras; y muy bien supisteis ponderar la obra de su amor, por el cual dió la vida en la cruz; mas a lo menos no cantaréis: *Crucificado también por nosotros debajo del poder de Poncio Pilato, padeció, y fué sepultado,* como lo cantamos nosotros.

Y si este amor que Dios nos tuvo, por ser de cosas pasadas, no nos parece salsa tan eficaz para que comamos este divino manjar con particular gusto, vengamos al tiempo presente

¡Señor, nuestra honra, nuestro amador verdadero! ¿quién te trajo ahí? ¿Quién te ha encarcelado ahí? ¿Qué haces ahí? ¿Que quieres? ¿Qué buscas? Decláranos, Señor, esta cuestión; sentencia este pleito: ¿Has tomado ese hábito pobre; has bajado a ese portal de Belén; haste puesto debajo de cantidad tan pequeña, por amor de los ángeles santos, o de los hombres pecadores y pobres?

No, Señor, no por los ángeles, sino por nosotros; porque ellos allá os tenían en el cielo; mas los pobres de acá quedábamos sin Vos; y como, aunque os subisteis al cielo en cuerpo y en ánima, vuestro Corazón y amor se nos quedó acá, y donde está vuestro Corazón está vuestro tesoro (*Mt.*, 6, 21), quisisteis venir con el cuerpo a estar presente con los que amáis estando lejos. Y si queremos saber si venís de mala gana, muchos años ha que Vos dijisteis que vuestros deleites son *estar con los hijos de los hombres* (*Prov.*, 8, 31). ¡Oh verdaderamente encarcelado de amor! ¡Oh verdaderamente amador de los hombres, pues por ellos naciste, y te diste en precio, derramando tu preciosa Sangre en la cruz, y para ellos mismos te has hech. manjar, y son los principales del convite, y los ángeles son los accesorios!

Señor, mientras más te preguntamos y nos respondes, más tenemos que preguntarte.

Preguntámoste, Señor: *¿Qué cosa es esto?* Respondístenos que era pan verdadero que el Padre nos dió. ¡Dichosa renta por cierto!

Mas hácenos tornar a preguntar: Señor, *¿qué es aquesto,* que nos ensalzas a comer a una mesa con tus santos ángeles, y que te hayas hecho hombre y manjar por nosotros, y no por ellos? ¿Qué te queda que darnos? ¿Qué lugar te queda adonde subirnos?

¡Oh bondad sin tasa! ¡Oh amor sin medida, que tienes convidados a los hombres para que coman y beban sobre tu mesa; y siendo el manjar Tú, los conviertes en Ti; y siendo Tú verdadero Dios, haces a ellos dioses por participación! (*Ps.*, 81).

¿Estareis, hombres, contentos? ¿Andaréis ya hambreando por las cosas perecederas? ¿Podreis por ventura alcanzar, aunque todo lo criado sea vuestro, tales bienes como en esta mesa sagrada os son dados, de honra, deleite y riquezas, el menor bien de los cuales es mayor que todos los bienes del mundo? Y el ser uno de los menores de aqueste convite, es el ser mayor que todos los mayores del mundo; y según Isaías (60, 22) *el chiquito valdrá por mil, y el muy pequeño por gente fortísima.* Sabed, hombres, preciar al Señor que tanto os precia; sabed preciar el valor de tal vida, para la cual fué necesario perder Cristo la suya en la cruz, para que mediante el santo Bautismo, recibiésemos vida espiritual los que estábamos muertos.

Y para que esta vida no se perdiese, sino que se conservase y aumentase, nos es dado el Hijo de Dios para manjar; y para eso está allí cumpliendo muy de verdad la figura del *maná,* y excediendo en tanta proporción, que en comparación de este manjar, el otro no se llama manjar verdadero. *No os dió Moisés*—dijo el Señor—*pan del cielo; mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo.* No era el otro pan *de mentira*; mas era pan *de figura,* y pan imperfecto, por ser pan del cuerpo; mas el Cuerpo de nuestro Señor es pan del ánima, y su virtud también resulta en el cuerpo; y excede tanto en valor al otro, que ninguna comparación hay

Y no sólo en esto se cumple la figura del otro, mas también en que, como el otro, pasados los cuarenta años que cayó en el desierto, estuvo guardado en el templo de Dios en memoria de tal beneficio y de agradecimiento a Dios por él; así este sagrado manjar, no sólo cuando de nuevo se consagró, mas después acá ha estado en la Iglesia, y estará hasta que el mundo se acabe, no viejo, sino siempre nuevo, convidándonos con más razón a que lo agradezcamos a Dios y nos aprovechemos de él comiendo de él y viviendo por él, que el otro pasado; que aunque estaba en el templo, serviríales de memoria, mas no de manjar.

¡Cuán bien, Señor benditísimo, tu sagrado Cuer-

po cumple la figura del maná pasado, y con muchas ventajas!

Y si no hubiera otra figura, que cumplimos nosotros, todo fuera de alegría y contentamiento. De Ti, Señor, se dijo (*Mc.*, 7, 37): *Todas las cosas hiciste bien*; y por cierto, así es la verdad; que muy *bueno y suave ha sido tu espíritu* (*Sap.*, 12, 1), *y demostrado has tu dulcedumbre a tus hijos* (*l. c.*, 16, 21) en mantenerlos contigo mismo, para que comiéndote a Ti, vivan por Ti.

5.—*¿Por qué te fastidia el maná celestial?*

Mas ¡ay de mí! que no sólo el maná es figura de tu Cuerpo sagrado, mas los que entonces lo comían son figura de los que lo comemos ahora; y entrando nos otros en *la fiesta*, por alegre que sea, luego *la convertimos en tristeza y lloro*, como muy bien *se acordaba Tobías* (*Tob.*, 2, 6) *que lo decía el Profeta Amós* (8, 10).

Comían aquel maná los que eran buenos; y no faltaba nada para el verdadero mantenimiento y buen uso de él, si la disposición y humores de quien lo tomaba estaban buenos y sanos. El manjar que tomaban era bueno, obraba en ellos su operación, y dábales fuerza para caminar, y deleite, sabiéndoles a todo lo que querían; y así vivían vida sana y alegre, como lo hacen ahora los que bien reciben este manjar santo.

Mas ¿qué diremos? Que como entonces hubo quien se descontentó de aquel manjar, y por ser delicado, no les hartaba, y decían que quisieran estar en Egipto para comer *ollas de carne, puerros, cebollas y cohombros* (*Num.*, 11, 4, 5; 21, 5), que, según había muchos, los daban de balde o baratos. Ellos eran los desabridos, carnales y miserables, indignos de tan buen manjar como Dios les daba. Fueron ingratos a Dios, despreciadores de su manjar, y sintiólo Dios mucho, y castigólos muy bien, aunque les dió carne como deseaban.

Y ¡ay de nosotros, hermanos, que hay muchos entre nosotros que ni precian este sacratísimo Pan, ni tienen gana de comer! Y si lo comen, van tan mal aparejados, que siendo Él bastante a henchir todos los deseos del hombre, se quedan tan vacíos que dicen (*Num.*, 11, 6): *Seca está nuestra ánima; no ven*

nuestros ojos sino maná. Si fuera aquel maná pasado, aunque fuera culpa, tenía su excusa con decir: «Otros manjares hay con que vivamos; no es mucho que tengamos aquéste en poco y deseemos los otros.» Mas ¡pobre de mí!, ¿adónde iremos, Señor, que Tú sólo das la vida, y tu Cuerpo es manjar de vida, y sin él no hay sino muerte y tinieblas? Y por eso, de los tales se cumple muy bien lo que la Escritura dice (*Ps.*, 106, 18): *El ánima de ellos abominó todo el manjar, y acercáronse a las puertas de la muerte.* No es cosa muy peligrosa tener fastidio de un manjar y apetito de otro: mas tener abominación de *todo manjar,* hace llegar a las puertas de la muerte, porque sin comer no se puede vivir.

Desengañaos; un manjar es aqueste que Dios nos ha dado; mas tiene virtud de todos manjares; y quien de sólo éste tiene fastidio, bástale para morir, pues que fuera de él no hay manjar que dé vida.

¡Oh Señor, y si te tuviste por ofendido, y tu manjar por despreciado, cuando aquellos pasados se fastidiaban de él, ¡qué reciamente te quejarás de nosotros, que habiendo Tú desveládote en darnos un manjar que eres Tú mismo, y guisádolo con amor nunca visto ni oído, y con este amor haberlo dado a los hombres y rogarles con él, que haya gente que ni el valor de tu Persona, ni la dulcedumbre con que lo has guisado, ni las maravillas que en él están, ni la vida que, comiendo de él, les prometes, sean bastantes a ponerles gana de comer de Ti! ¡Oh hijos de los hombres, abajad vuestras cabezas, cobijad vuestras caras de vergüenza! Confundíos, gemid y llorad, porque nuestra ceguedad, ingratitud y maldad llega a tanto, que tengamos fastidio de comer a Dios humanado; manjar en el cual no sólo están juntos todos los deleites, mas todos juntos en comparación de él no son deleites.

¡Hombre, hombre, que no te hinche (8) aqueste manjar! ¡y que deseas hartarte de carne podrida, que pára en corrupción, y en tal parará quien la siguiere! ¡Hombre, que deseas mantenerte del bien de las honras vanas, de espinas de las riquezas, todo lo cual es *puerros y cebollas,* cuya comida no sólo no da contentamiento perfecto, mas consume la complexión; y estándolas comiendo con la boca, saltan los humos a

(8) *Hinche* (de henchir): llena, satisface.

los ojos, y los hacen llorar; porque aun estando el hombre haciendo el pecado, allí le está remordiendo la conciencia; y tomando un poco de deleite corporal y temporal, le están atormentando su ánima!

Di, hombre engañado, ¿qué piensas que *los cohombros* de Egipto—que son los pecados—, porque hay muchos de ellos, y tras cada cantillo los hallas, y aun te ruegan con ellos, que por eso se te dan de balde? Entra el pecado por una puerta, y con él los demonios, y obligan a tormentos eternos; sálese por otra puerta Dios y su gracia, y pierdes el cielo; si esto es comer de balde, siendo el escote tan caro, yo digo que no hay cosa en el mundo que sea costosa.

Y si no crees, espera un poco, cuando te asienten en los infiernos en un mesa cual la vió Isaías (28. 8) cuando dijo: *Mesas llenas de vómito y de suciedades*, vomitarás, cierto, y con las setenas de dolores, lo que aquí comiste de tus malos placeres; y experimentarás lo que Dios ha amenazado a los tales, diciendo (*Jer.*, 23, 15): *Yo les daré a comer ajenjos, y a beber hiel.*

Dime, hombre a quien es desabrido este manjar celestial, y te son sabrosos los pecados del mundo: ¿Quién hizo los placeres, y los sabores y los deleites? ¿Por ventura no los hizo Dios? Preguntó Dios a Moisés (*Ex.*, 4, 11): «*¿Quién hizo la boca? ¿Por ventura no la hice yo?* ¿Pues por qué temes de llevar mi embajada? Aunque seas tartamudo, yo seré en tu boca y sabrás hablar.» Cristiano, sabe, si no lo sabes, que esas cosas que te deleitan, esa honra y riquezas que precias, no las hizo otro sino aqueste Señor. Y entiende que todas ellas son una gota de agua para lo que Él tiene en comparación de la grandeza del mar. Si del otro maná se escribe que tenía *todo deleite*, ¿qué será de éste, que es Criador del otro, e infinito le excede? Si no, preguntad a los ángeles si es Dios sabroso.

¡Oh humana miseria! ¡Oh cristianos! Despertad por amor del Señor. Admírense los cielos, y como Jeremías (2, 12) decía: *Cáiganse sus puertas de espanto* de que haya hombres que tomen fastidio del manjar que es Dios, y que dejen la *fuente del agua viva* por desabrida, rogándoles con ella, y vayan a buscar para beber cieno podrido en las *cisternas disipadas* de las criaturas. Aquí les ruega consigo mismo, y no le quieren; y ruegan ellos, y trabajan por alcanzar las cosas que desean, y ni el mundo, ni demonio, ni carne aun no les dan de sus manjares lo que ellos

querrían. Cautivos de Adonibecec, que los tiene *debajo de su mesa, cortados los pies y las manos* para que no hagan bien ninguno, y aun de sus manjares no les da pedazo de pan entero, mas de *las migajas de la mesa* (*Judic*, 1, 7) que le caen a él de su mantenimiento. Hijos pródigos, que guardan los puercos de los demonios, y aun no se hartan de lo que comen los puercos (*Lc.*, 15, 16).

Dime, hombre, ¿por qué te fastidia este divino manjar? ¿Qué cosa se pudo pensar más al contrario de lo que ello es? Si fuera algún manjar grosero que provocara a vómito, manjar de poco precio, manjar mal guisado, tuvieras excusa. *Entremos en cuenta*—dice Dios (*Jer.*, 2, 5)—: *¿Qué han hallado vuestros padres en Mí, porque se apartaron de Mí, y se fueron tras la vanidad, y se tornaron vanos?*

Y hablamos, Señor, con vuestra licencia, que como se tornan vanos por amar la vanidad, se tornan dioses por comeros a Vos. Hombre, responde a Dios, que te dice: ¿Qué has hallado en Mí, porque has huído de Mí?; y se te pasan meses, y si fuese a más no poder, se te pasarían años que no quieres sentarte a mi mesa, y recibir mis dulces abrazos, dándote Yo a Mí en manjar, y por sobremesa prometiéndote el cielo porque me has recibido en la tierra. Respóndeme, hombre: ¿no tienes qué?

¡Ay del hombre cuando se vea en el estrecho juicio de Dios, y le ponga Dios esta demanda, no con la blandura que yo aquí la digo, mas haciendo temblar a quien la pusiere! ¿Por qué fuiste causa que me desvelase yo en hacerte un manjar que me costase la vida para que tú vivieses, y quieres más morir comiendo ponzoña que vivir comiéndome a mí? ¡Y que sean *mis deleites estar con los hombres* (*Prov.*, 8, 31) (teniendo muchas causas para ni verlos ni oírlos, y que me diesen en rostro ellos y sus cosas), y que tengan ellos por pesadumbre que les digan de mi parte: «Confesaos y recibid al Señor»; y que no tengan en nada que yo estuviese aquí o no!

Hombres, ¿qué falta habéis hallado en este divino manjar, del cual esta escrito (*Sap.*, 16, 20): *Dístele, Señor, manjar aparejado?* Aun el nombre de *maná*, quiere decir tambien *aparejada cosa es ésta*. ¿Cómo? *¿qué cosa es ésta?* (*Ex.*, 16, 15). *Manjar aparejado*, que ni lo sembraste, ni lo araste; sin que te cueste nada, sin que hicieses nada, y antes que fueses nacido.

ya Dios te tenía aparejado este manjar. Si no, dime: ¿qué te ha costado estar allí el Señor hecho manjar tuyo, convidándote a que lo quieras comer? No tienes qué responder a esta pregunta.

6.—*¡Más le costó a Cristo!*

Mas quiero yo responder por ti, y dar la causa por que hallas fastidio en este manjar y te vas a buscar otros; quizá tendrás vergüenza de la decir delante de tanta gente; yo la diré; mas si, diciéndolo yo, no te parece muy mal y no te enmiendas de ella, delante de los cielos y de la tierra y de los infiernos te será dicha con gran confusión tuya y condenación.

Tu manjar, Señor, muy bien aparejado está, y cualquier cristiano, por malo que sea, si no es hereje, no puede poner falta en Ti. Él bien cree lo que Tú dices, que eres manjar que del cielo descendiste, y que das vida a quien bien te recibe, y que fuera de Ti, que ni hay vida ni gracia; muy bien aparejado dice que estás, y que estarlo así, a él no le costó nada. Mas aquí, Señor, está la llave del negocio, por qué no quiere venir a comer; porque para ello le piden a él mucho aparejo y muchas condiciones; pídenle que se confiese; pídenle que restituya lo ajeno; pídenle que no blasfeme de Ti, que no se perjure (9); piden al casado que no conozca ni codicie otra mujer; y al que no lo es, que viva en castidad. Y parécenle estas cosas tan intolerables y tan costosas, que a trueco de ellas quiere perder la mesa de Dios y el manjar de Dios, y aun estar toda su vida sin Él.

¡Oh mal hijo, que tienes por carga decirte tu padre que seas bueno! ¡y mala mujer, porque tu marido te dice que no seas adúltera, huyes de su mesa, y de su cama, y te es desabrido!

Ven acá, hermano, que tu mal me hace haber compasión de ti. ¿Duélete mucho el dejar los pecados? ¿Parécete cosa costosa aparejar tu cuerpo y tu ánima con buenas obras, para venirte a sentar a esta mesa y comer este manjar celestial? ¿Es cosa costosa guardar castidad por recibir a Jesucristo? ¿Es cosa costosa hacer penitencia?

¡Oh benditísimo Señor! ¿A quién costó más, a Vos

(9) *Se perjure:* perjure.

aparejaros para ser manjar para los hombres, o a los hombres aparejarse para venir a comeros a Vos? No me has menester Tú a mí; y porque estaba yo muerto y condenado a eterna muerte, y te había menester a Ti, a costa de cinco mil y tantos azotes que, atado a una columna, recibió tu santísimo Cuerpo, quisiste aparejarte para hacerte manjar con que yo comiese y bebiese; ¡y que tenga yo por gran costa tener cuerpo casto y hacer una poca de penitencia para venir a recibirte!

Acuérdate, hombre, cómo el Señor fué coronado de espinas en su sagrada Cabeza, agujereados sus pies y su manos con clavos en la cruz; recibió injurias de afrentosas palabras; recibió bofetadas y recios tormentos; y porque no quedase nada por hacer para del todo enseñarte su amor, dió en la cruz su vida por ti, para que tanto más sabroso te pareciese cuanto más trabajos padeció por ti; y para que mirando la costa tan excesiva que Él hizo para ser tu manjar, no tengas tú por cosa pesada aparejarte para comer de Él. Acuérdate, quienquiera que seas, cuando se te hiciere de mal lo que el confesor te manda, o lo que tú ves que es menester hacer para bien recibir al Señor; que si mirares la costa de Él, no te parecerá cosa recia que, a trueco de la sangre que de sus manos corría, des tú limosna a los pobres, y a trueco de sus bofetadas e injurias, perdones las tuyas por su amor. Y si pasares dolor en dejar algún pecado a que estás muy asido, y en quitar alguna mala costumbre con que a Dios tienes ofendido, ofrécelo en cuenta de sus dolores y de su muerte que por ti padeció; y verás que haciendo tú lo poco que puedes, y recibiendo el sacramento de la Confesión, y comiendo este sagrado manjar, se te irá quitando la gana de los pecados, y poniéndosete el amor y gusto de las virtudes.

No pienses, no, que ese aparejo que se pide para venir a esta mesa sagrada, se te pide a solas tus fuerzas. Es tanta la liberalidad de este Señor, y tanto el precio de la costa que por ti hizo, y tan indecible la gana de que goces de este convite, que Él mismo te ayudará para te aparejar. Y el confesarte y comulgarte hoy, te acrecentará el aparejo para comulgarte mañana. No te apartes de esta mesa, por amor de Dios y por lo que toca a tu vida. Si deseas tanto la vida del cuerpo, que todo cuanto tienes darás por la conservar, estima la de tu ánima, pues no tiene fin;

y siendo ella bienaventurada, dará al cuerpo parte de su vida, y también vivirá para siempre. Vida bienaventurada de cuerpo y de ánima hallarás aquí, y fuera de aquí no hay sino muerte.

7.—*La Comunión, fortaleza del mártir.*

¿Quieres conservar la gracia de Dios? ¿Quieres escapar del infierno? ¿Quieres ser heredero del cielo? ¿Quieres no cometer pecado mortal, cosa tan para desear? Frecuenta a recibir este divino manjar, y experimentarás lo que Él mismo dice: *Quien me come a Mí vivirá por Mí* (*Jn.*, 6, 58). El Papa Inocencio dice que este santo Sacramento «perdona los pecados veniales y preserva de caer en mortales». San Bernardo dice que «este santo Sacramento quita el consentir en pecados mortales, y el sentir de los veniales»; quiere decir, que no impriman tanto en el hombre.

Todos los Santos dicen que los efectos que el pan y el manjar obran en un cuerpo (cuéntalos bien y piénsalos bien), que todos ésos obra este Santísimo Sacramento en el ánima de quien bien lo recibe. Y particularmente da testimonio de aquesto el glorioso obispo y mártir San Cipriano, el cual cuenta que le reveló nuestro Señor que se había de levantar presto en aquella tierra una grave persecución contra los cristianos, para que a poder de tormentos negasen la fe; y aunque había Constitución eclesiástica, que los que negasen la fe entre los tormentos fuesen castigados, y aunque mucha penitencia hiciesen, no les fuese dada la sagrada comunión hasta la hora de su muerte, dijo este santo obispo—y así lo escribio a otros obispos—, que no obstante esta Constitución, se diese el Santísimo Sacramento a los cristianos que habían negado la fe entre los tormentos, para que estuviesen fuertes para confesar la fe en los tormentos que en la persecución que venía les habían de dar; cuyas palabras son éstas:

«Pues que los despertamos y amonestamos a que peleen, no les dejemos ir a la guerra desnudos y sin armas, mas armémoslos con el amparo de la Sangre y Cuerpo de Jesucristo Y pues para esto se consagra la Eucaristía, para que pueda ser amparo y guarda a los que la toman, armemos con el amparo de la hartura de este Sacramento a los que queremos que sean fuer-

tes contra el perseguidor. Porque a los que enseñamos y amonestamos que derramen su sangre por la confesión de la fe de Cristo, si les denegamos la Sangre de Cristo, ¿cómo han de pelear? ¿O cómo les haremos idóneos para que beban la copa del martirio, si primero no les admitimos a beber en la Iglesia la copa del Señor, dándoles el derecho de la comunión?» Y un poco después dice: «No puede ser idóneo para recibir martirio a quien la Iglesia no arma para la guerra; y aquel ánima ha de desmayar y caer, la cual no recibe la santa Eucaristía para que la encienda y levante.»

Palabras dignas de consideración son todas aquéstas; y por ventura son necesarias para semejable persecución a la que fué revelada a este Santo. Grandes novedades hay en el mundo, que dan muestras no sólo de su vejez, mas de su acabamiento; y según la doctrina evangélica (*Lc.*, 31, 34) el estar los hombres descuidados de la venida del juicio, es una gran señal que ya *está a la puerta* (*Mt.*, 24, 33). La pestilencial doctrina de Lutero y los que le han seguido es un gran testimonio de que ya vienen los mensajeros muy cercanos del Anticristo; cuya persecución ha de ser tan recia, que sería muy justo, aunque se tardase su venida, comenzar a aparejar a los cristianos y darles armas para que estuviesen en pie en guerra tan fuerte; cuanto más teniendo tan poco uso de padecer tormentos por confesión de la fe, y que con razón se debe temer que en persecución tan grande faltarían muchos; pues *si los días de ella no se abreviasen, ningún hombre quedaría que fuese salvo* (*Mt.*, 24, 22).

Y si, por pareceros que esta guerra no vendrá tan presto, no os queréis aparejar, a la puerta tenemos peligros de herejes, y de los turcos, que no sabemos si será menester que ofrezcamos nuestras cabezas en confesión de la fe; y para estar fuertes en trance tan recio, dijo este Santo bienaventurado (10) que es cosa necesaria el recibir el santo Cuerpo y Sangre de Jesucristo; y que aquel ánima ha de faltar y desmayar, que no fuere esforzada por la sagrada comunión que recibe.

---

(10) San Cipriano, cuyas palabras se leen poco más arriba.

8.—*Contra el pecado mortal, la Comunión.*

Gran daño ha venido a la Iglesia por no entenderse, o no enseñarse, y no ponerse en obra aquesta verdad, que para confesión de la fe, y para no caer en pecado mortal, es remedio eficacísimo el recibir aqueste santo manjar. Y como dice este Santo, no es justo que pidamos a los cristianos que estén firmes en la confesión de la fe, aunque sean atormentados, si no los armamos con la sagrada comunión; así también se puede decir a los enseñadores (11) cristianos que piden al pueblo cristiano que no caigan en pecado mortal, que les enseñen que para esto es muy gran remedio el recibir el Cuerpo del Señor, y por cuantas vías pudieren les induzcan y provoquen a esto.

Y téngase por una cierta señal, de que uno es legítimo predicador de Dios, si a los hombres angustiados y flacos los consuela y enseña que reciban a nuestro Señor, y que con esto serán confortados. El ángel así lo hizo con el Profeta Elías, que atemorizado con las amenazas de la reina Jezabel, iba descarriado, lleno de angustia, suplicando a Dios que lo sacase de vida tan trabajosa; y estando dormido con aquel tedio, le despierta el ángel de Dios; y el remedio que le da es un pan hecho debajo de rescoldo de la ceniza, y dice (3 *Reg.*, 19, 7): *Levántate y come, que te queda por andar mucho camino.* Voz de predicador cristiano es levantar los corazones caídos con aquesta palabra: *Levántate y come* de aqueste sacratísimo Pan, que está debajo de accidentes tan pobres, en señal de su grande humildad. Como, por el contrario, es voz del demonio el apartar a los cristianos de la frecuencia de estos divinos Misterios, pues que sin ellos está cierto que han de llegar a las puertas de la muerte; pues es propio efecto de aqueste divino Misterio preservar de pecado mortal.

Y si todavía piensas que estándote mucho tiempo sin comulgar no caerás en pecado mortal, no sé qué diga de ti: o que eres medio hereje, pues no crees lo que estos Santos dicen; o que tienes algún privilegio particular para conservar la vida del ánima, que cada día anda en peligros, sin comer este divino

---

(11) *Enseñadores:* predicadores y directores de almas.

manjar, y sin ser armado con estas celestiales armas que en su santa Iglesia Dios nos dejó.

Y si todavía porfías que, aunque estés mucho tiempo sin comulgar no caerás, yo también porfiaré que sí caerás. Profetas parecemos entrambos, pues afirmamos de lo que está por venir; mas si me contradijeres a mi palabra (que no es mía, sino de todos los Santos), y dijeres que tú profetizas mejor, y te enojares como Sedecías contra Miqueas, diciéndome que *cómo el espíritu de la profecía pasó a mí sin pasar a ti,* responderte he lo que Miqueas respondió a Sedecías: «Quién es mejor Profeta, *tú lo verás en aquel día cuando fueres huyendo de quien te irá a matar,* y procurarás de *te esconder de cámara en cámara,* y en fin morirás» (3 *Reg.*. 22, 24-25). Dejemos disputas, vengamos a las obras; el tiempo te doy por testigo, que si te apartas de comer de este manjar de la vida, que te has de ver acosado de algún pecado mortal, y te ha de llevar de vencida y, en fin, quitarte la vida del ánima, y entonces te acordarás de la palabra de Dios (*Ps.*, 106, 18): *El ánima tuvo fastidio de comer todo manjar, y llegaron hasta las puertas de la muerte*; y unos entraron dentro de *la muerte primera,* que es el pecado mortal, y otros entraron en *la muerte segunda,* que es el infierno (*Apoc.*, 20).

Muchos han cometido pecados mortales, que si hubieran en el tiempo de su tentación, o un poco antes, confesado y comulgado, no hubieran caído en el abismo del pecado mortal; y metidos en éste, muy breve camino hay para entrar en el infierno; porque no falta más sino que le quiebren el vaso de vidrio, que es este cuerpo que traemos a cuestas, que es una pura flaqueza, y basta para quebrarlo un dolor de costado, o una apoplejía. A uno mata un rayo, a otro ahoga el agua, y muchas veces sin confesar ni comulgar; y diera el hombre entonces mil cuentos (12) de mundos por haber hecho lo que ahora le rogamos, y ¡plegue a Dios! y otra vez ¡plegue a Dios! que, como dicen, no le entre por una oreja y le salga por otra.

---

(12) *Cuentos:* millones.

9.—¡*El Deseado causa hastío!*

Digamos la verdad, y ésta es, que (13) no se te da nada de conservar la vida del ánima. ¡Ay dolor, que trabajas con todas tus fuerzas por huir de la muerte del cuerpo; y curas a tu esclavo porque no se te muera, y mantienes a tu caballo, a tu azor, a tu perro y al pajarillo que tienes en la jaula, siendo cuidadoso de su mantenimiento; y te olvidas de tu ánima! Que si tuvieses en algo este divino manjar, desde lejos te apercibirías para estar fuerte con la fuerza que este manjar pone para estar firme en el tiempo de la tentación. Mas ni sientes tu necesidad, ni te convida la dulcedumbre de aqueste manjar, y con el fastidio que tienes de él, llegas y pasas *a las puertas de la muerte.*

¡Oh sagrado Pan, tan mal empleado!, pues dice el glorioso Doctor San Agustín, que «este Pan pide hambre del hombre interior». Deseado, Señor, deseado es razón que seas de nosotros, pues todas las cosas que pueden despertar el deseo, todas están juntas en Vos; y tenéis grandísima razón de quejaros de nosotros. pues que antes que a este mundo viniésedes, aquellos santos Patriarcas y Profetas que tenían olor de Vos, con todas sus entrañas os deseaban; con atentísimas oraciones, mezcladas con lágrimas, os llamaban y os suplicaban quisiésedes descender acá, para con vuestra hartura matar nuestra hambre; y fué tanto lo que os desearon, que os llamaron por nombre *el Deseado de todas las gentes* (*Ag.*, 2, 8).

¡Cristianos, cristianos! recordad (14), por reverencia de Dios, de sueño tan pesado y tan peligroso; limpiad vuestro gusto de fastidio tan sin porqué; conoced la merced que Dios os hizo, y entended que a nosotros dijo Jesucristo nuestro Señor (*Mt.*, 13, 17): *Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. y las orejas que oyen lo que vosotros oís. Dígoos de verdad, que muchos Profetas y Reyes quisieran ver lo que vosotros veis, y no lo alcanzaron.*

Si con el solo olor de este sacratísimo Pan—que más era hambre que hartura—, tanto se consolaban, en tanto lo estimaban; si aquel maná de poco valor ha-

(13) La edición de 1596, *que porque.*
(14) *Recordad:* despertad.

cían gracias por él; si tenían en tanta honra el arca de Setín, que bailaban delante de ella con mucho regocijo, ¿qué hicieran si tuvieran presente lo figurado por aquellas figuras, que es este sagrado manjar que presente tenemos?

¿Cómo? ¡Y tenemos corazón para hacer tal afrenta a este Señor, y dar tal mancha a nuestra honra, que antes que al mundo viniese fué llamado *el Deseado de todas las gentes*, y que después de venido se llama *el fastidiado*, y tenido por cosa que no os va mucho en recibirlo o no recibirlo!

Por cierto, Rey nuestro, Vos tendréis mucha razón de huir de nosotros, y por vuestro justo juicio, permitir que perdamos la fe sagrada de este Misterio, y que ni haya Misa, ni comunión, ni cosa que le parezca. Y a quien de esto se quejare le podréis con mucha razón decir: «Yo fuí grano de trigo (*Jn.*, 12) sembrado en el vientre virginal de mi sacratísima Madre; salí de él tierno y fresco, como un trigo que está en berza; creciéronme aires y muy recios soles de trabajos, caminos y persecuciones; y cuando fuí casi de treinta años, echaron los malos su hoz en Mí, y fuí cortado de esta vida, molido y atormentado, y hecho harina para que de ella se hiciese este pan sagrado, del cual y por el cual digo (*Jn.*, 6, 58): *El que me come a Mí, vivirá por Mí.* Y habiendo comprado tan caro darme yo por manjar a los hombres, y estando cerrado y depositado en lugar tan pequeño para que mejor me puedan comer, advierten tan poco a mis trabajos y a mi grande amor y a la gran necesidad que tienen de Mí, que algunos ni aun quieren venir a mi casa; y si otros vienen, conténtanse con reverenciarme cuando soy consagrado y alzado en la Misa; mas aparejar sus conciencias, pelear contra sus pasiones para venir limpios a mi mesa, y recibirme y holgarse conmigo, muy pocos hay.»

El fin de quedarse Cristo acá debajo de semejanza de pan y de vino, es para decirnos que, así como el uso del pan y del vino no es solamente mirarlo, sino comerlo, así el fin de los trabajos que Cristo pasó para hacerse pan nuestro y estar allí como está, no es sólo para verlo y reverenciarlo, sino para comerlo y matar nuestra hambre con Él, y restaurar y conservar nuestra vida. Porque ¿quién se hartó ni mantuvo con sola la vista del pan? Y si nos contentamos solamente con verlo y no recibirlo, no se alcanza el

fin que Él pretende; y tendrá mucha razón para decir: «Pues que no usáis de Mí según mi deseo y vuestro provecho, por demás estoy aquí, y por demás me tenéis; irme he de vuestros entendimientos permitiendo que perdáis la fe, pues que me echáis vosotros de vuestras voluntades, no me deseando, ni holgando de mi comunicación; pues que un efecto de los que bien se quieren es estar juntos, hablarse y *comunicarse*; y para que entiendan todos que este es mi fin, se llama *Comunión* este sagrado Misterio.»

¡Oh cuánta razón, Señor, tenéis de iros de nosotros! ¡Cuánta razón tenemos de deciros con los discípulos (*Lc.*, 24, 29): *Quedaos, Señor, con nosotros, porque ya es tarde!* No nos castiguéis con vuestra ausencia, como habéis castigado a otros, y como nuestros pecados merecen; porque tenemos, Señor, poca lumbre, y estamos *en tarde*; y si Vos os vais, quedaremos en noche. No, Señor, no por vuestra misericordia; mas Vos de vuestra poderosa mano sanad el fastidio que nuestras ánimas tienen de aqueste divino manjar, por lo cual hemos llegado *a las puertas de la muerte*; y por no lo recibir, unas veces habemos llegado a peligros de pecar mortalmente, y otras hemos caído en ellos. Cumplid, Señor, lo que está escrito: *Envió su palabra, y librólos de su perdición.* Señor, la palabra yo la digo, y vuestra es: *El que me come, vivirá por Mí.* Decidla Vos en las entrañas de los que aquí están, para que, según está escrito (*Ps.*, 106, 20, 32), *alaben a Dios sus misericordias y maravillas que hace con los hombres; ensálcenle en la Iglesia del pueblo*, y cuenten sus obras con alegría.

Cuando esta alegría, hermanos, reinare en nuestros corazones de ver y experimentar la dulcedumbre de aqueste soberano manjar, de estar muy más hartos con él, le demos alabanzas por tal beneficio; y entonces tendremos señal que nos ha librado Dios de la peligrosa enfermedad del fastidio, y nos ha quitado las gruesas flemas que en el estómago de nuestra ánima teníamos y nos impedían el gusto de aqueste divino manjar.

10.—*Dichosos los que tienen hambre de Cristo.*

Bienaventurados los que lloran (*Mt.*, 5, 5, 6), dijo el Señor; y tras esto dijo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*; para dar a entender

que los pecados son los que quitan la gana de este sagrado manjar, y llorados los pecados y alanzados de nosotros, luego tenemos tanta gana de comulgar, como un hombre sano tiene hambre y sed de su mantenimiento.

Y esta es la causa por que antes de comulgar hemos de confesar, porque en la confesión echamos por la boca nuestros pecados, como quien vomita los malos humores; y quedando el ánima limpia, desea recibir este divino manjar, y cuando lo recibe éntrale en gusto y provecho.

Quien esto ha recibido de Dios, déle gracias por ello, y entienda que tener particular devoción y reverencia, y agradecer y recibir este sagrado manjar con buen gusto y provecho, es una grandísima señal que el hombre está en gracia y que se ha de salvar; y quien no, tema, gima y quéjese de sí, porque es peor que los brutos, y más necio que los niños de un día.

El cordero, por natural instinto sabe conocer su manjar; y si le ponéis muchos manjares, y entre ellos la leche, aunque no la vea, él la sacará por rastro, y comerá de muy buena gana. Un niño busca el pecho de su madre, y lo toma con grande regocijo; y si nosotros estamos sanos, dice San Juan Crisóstomo (15) que hemos de buscar este sagrado manjar, y recibirlo con aquel regocijo que, según hemos dicho, y todos lo vemos, el niño toma los pechos de la madre.

Hagámoslo así, y no demos causa, por reverencia de Dios, que tan singular obra suya como es aquésta, se nos pase por alto sin ser conocida, estimada, agradecida y reverenciada, ni se nos pase tan excelente manjar sin tener hambre de él y sin recibirlo muchas veces. No demos causa que lo que Dios nos dejó por particular socorro para nuestra flaqueza, por remedio eficaz para nuestra conservación de la vida, se nos torne por nuestra culpa en *juicio de condenación,* o por no recibirlo, o por mal recibirlo (1 *Cor.*, 11). Cobremos buenos alientos; pésenos de la negligencia pasada, sea nuestro cuidado huir de pecados, adornar nuestra ánima con buenas ocupaciones; y cualquier trabajo nos parezca liviano por aparejarnos para, convidados de aqueste Señor, recibirlo con pura conciencia; porque con esto tendremos nuestra ánima en pie

---

(15) *Homil. 60 ad pop. antioch.*

y pasaremos sin caída mortal, aunque tengamos muchos enemigos que nos quieran matar, y tendremos fuerzas bastantes, como las tuvo Elías (3 *Reg.*, 19, 8), para caminar por el camino de los mandamientos de Dios, hasta que lleguemos *al monte Oreb,* que es la gloria.

TRATADO 20

EL CORAZÓN DE DIOS PADRE.

(Predicado el Jueves Santo.)

In me manet et ego in illo.
En mí está, y yo en él.
(*Jn.*, 6, 57.)

1.—*¿Cómo herir el corazón de Dios Padre con saeta de amor?*

En aquella oración que Cristo nuestro Señor hizo a su Padre el Jueves de la cena en la noche, le dice entre otras palabras (*Jn.*, 17, 6): *Padre, manifesté tu nombre a los hombres, los cuales me diste.* Y entre todas las otras cosas que hizo buenas, y muy buenas, especialmente se esmeró en predicar la honra de su Padre, atribuyéndole a Él *la doctrina* (*Jn.*, 7, 16) que predicaba, los milagros y obras (*Jn.*, 14, 10) que hacía: todo para ejemplo nuestro, que encendía los corazones de los Apóstoles en el amor del Padre invisible, tan altamente alabado por su Hijo.

Y uno de ellos, que fué San Felipe, dijo como en nombre de todos (*Jn.*, 14, 8): *Señor, muéstranos al Padre, y bástanos*; como quien dice: Pues tantas cosas buenas nos ha dicho de Él, querríamos verle, y ni tendríamos más que pedir ni que desear. Tenía, por cierto, mucha razón de desear ver al Padre, pues hace claramente bienaventurados a los que claramente le ven.

¿Mas cómo le verán, si Él no se muestra? ¿Cómo se mostrará, si no le amamos? Pues como dijo Cristo nuestro Señor (*Jn.*, 14, 21): *Si alguno me ama, manifestármele he a Mí mismo.* ¿Y cómo amaremos al Padre, si el Padre primero no nos ama, pues que el amar nosotros a Él es efecto de amar Él a nosotros?

¿Y quién, al contrario, ha de ser amado de una cosa tan alta como es Dios Padre, siendo nosotros tan bajos, que aun acordarse como quiera de nosotros, y darnos el ser de naturaleza, es muy grande merced, y sobre todo nuestro merecimiento? Merced es aquel amor con que nos ama a los hombres y ángeles, con que los levanta sobre toda su naturaleza criada, y los hace *consortes* por gracia y por gloria *de la divina naturaleza* (2 *Petr.*, 1, 4).

Amar a uno es darle señorío sobre sí mismo; es cautivarse, y encarcelarse y parar en señorío (1) de él. ¿Pues quién no alabará aquel eterno Padre, principio no sólo de los ángeles y hombres, mas de todo lo criado, y aun de las dos Personas, Hijo y Espíritu Santo, *del cual*—como dice San Pablo—*toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra?* (*Eph.*, 3, 15). Un Padre del cual el Hijo y el Espíritu Santo reciben todo lo que tienen, y Él de ninguno lo recibe, de Sí mismo tiene lo que tiene, y es lo que es; mas ¿quién dirá qué es? (2). Es un Poder infinito que llegó a poder engendrar un Hijo igual y semejable a Sí mismo; es una Bondad tanta, que llegó a dar toda su esencia a su Hijo por vía de generación, y al Espíritu Santo por vía de amor; y finalmente, es un piélago de infinitas perfecciones, que, por mejor decir, es una infinita perfección, al cual los ángeles reverencian, y las dominaciones adoran, y los poderes tiemblan, y las dos divinas Personas conocen que es su principio, y que aunque haya entre ellos suma igualdad, y más que igualdad, pues es *unidad* en la misma naturaleza, mas con esto está la autoridad del Padre, del cual las dos Personas divinas reciben lo que tienen, y el Padre no de ellas, ni de otro ninguno.

Pues poniendo de una parte esta suma Majestad e infinita alteza, encumbrada sobre nosotros con distancia infinita, y de otra parte nuestra bajeza, y, lo que peor es, nuestros pensamientos, ¿quién osará esperar, ni aun pensar, que dos tan distantes extremos se pudiesen juntar en uno? ¿Quién de los hombres volará tan alto que alcance esta presa, que vuela *sobre querubines y alas de vientos?* (2 *Reg.*, 22, 11). ¿Quién tan rico que posea a este Señor, y le hiera su corazón con saeta de amor, y lo haga abajar a tratar le-

(1) *En señorío: bajo el dominio.*
(2) *S. Th.*, 1 p. q. 35; q. 36, a. 1.

yes de igualdad de amor con criaturas tan desiguales a Él? «Tú eres verdad—decía San Agustín—, y yo mentira y vanidad, etc.» ¿Y cuándo podrán juntarse en uno estos extremos? Y si se juntan, cosa es digníssima de admiración, como el santo Job (7, 17) lo sentía, diciendo: *Señor, ¿qué cosa es el hombre porque lo visitas y pones en él tu corazón?* Y [si] según sentencia del Señor, *donde está el tesoro, allí está el corazón* (*Mt.*, 6, 21), ¿cómo puede ser, que cosa tan pobre como es el hombre, sea *tesoro* de cosa tan rica como es Dios?

Cierto, es aquí menester la fe de Abraham, que no enflaquecido por parte de la criatura, mas confortado en la promesa del Criador, dió gloria a Dios, teniéndole por tan poderoso, que puede hacer todo lo que promete. Mas lo que había allí prometido era que Sara, estéril y vieja, pariría un hijo (*Gen.*, 18, 10). Gran maravilla por cierto; mas muy más es que Dios Padre se dé por amor a una ánima estéril, a un gusano de la tierra, a un pecador e indigno de mirar el cielo y hollar la tierra y de comer un poco de pan. Que ame Dios, y de amor tan entrañable, a su criatura, el hermoso al feo, el rey al vasallo, el todo a la nada, cosa es de mayor maravilla y más bienaventurada de poseer, mas muy ardua de creer; y no pequeñas prendas son necesarias para certificarnos de tan grande honra, tan grande riqueza y tan copiosa bienaventuranza. Porque si de esto nos dan suficientes prendas, ¿qué resta sino perder la vida, si es menester, por alcanzar el corazón de Dios Padre por nuestro, y tenerle herido con saeta de amor? (3).

2.—*Cristo es el corazón del Padre; está patente para que se lo robemos.*

Alabada sea la bondad divinal, que a tanto llega, que nos da el bien que no merecemos, y *exceden sus dádivas a lo que le pedimos,* y aun a lo que deseamos, *y aun a lo que entendemos,* según dice San Pablo (*Eph.*, 3, 20). Ninguna cosa le parece a Dios ardua en lo que toca a hacer bien a los hombres; y cuanto excede el alteza del cielo a la pequeñez de la tierra,

---

(3) Sobre este argumento, véase el AUDI, FILIA, capítulo 103.

son ensalzados de hacernos bien sobre la pequeñez de nuestro corazón para osarlo desear y pedir. *En tus pensamientos, Señor, para lo que cumple*—dice David (*Ps.*, 39, 6)—*no hay semejable a Ti.*

Cierto, es así, que el divinal y paternal corazón, conmovido de su entrañable bondad, se quiere poner en los hombres, y tenerlos por *su tesoro,* no para enriquecer Él en ellos, sino para que, juntándose con ellos, los haga tan ricos, que lo posean a Él. Y el medio que para juntarse estos extremos tomó, fué su santísimo Hijo Jesucristo nuestro Señor, según Él mismo lo dice (*Jn.*, 14, 6): *Yo soy camino, verdad y vida; ninguno viene al Padre sino por Mí.* Sepan, pues, todos los que quisieren subir a la alteza del Padre, que la escalera es Jesucristo su Hijo; sepan todos que otro medianero principal no hay, si Él no; porque aunque los Santos lo sean, sonlo por Él, y sonlo porque Él fué medianero para que ellos tuviesen cabida con Dios; y que para todos es medianero, si quieren llegar a Él.

—Mas ¿qué haremos, que también Él es alto y *altísimo,* como la Iglesia lo canta? (4). Y tampoco podemos llegar a su alteza, como a la de su Padre, pues en cuanto Dios tiene una misma alteza, y en cuanto hombre está unido con la misma Persona del Verbo de Dios.

No os iréis por ahí llenos de achaques; días ha que respondió Dios a esas preguntas por boca de Moisés, y después, de San Pablo: *No digas*—dice Dios (*Deut.*, 30, 12)—*¿quién subirá al cielo, y quién descenderá al abismo para traernos este Mandamiento?* Lo cual declara San Pablo diciendo (*Rom.*, 10, 6): *¿Quién subirá al cielo para traernos a Jesucristo? ¿Quién descenderá al abismo para traerlo resucitado? Muy cerca está lo que te es mandado; en tu boca está y en tu corazón.*

Pregúntasme dónde está Cristo, para que me llegue, y por Él suba al Padre; y responderte he, señalando con el dedo como San Juan Bautista, y decirte he tan grande verdad como dice él, y la misma verdad que dijo él (*Jn.*, 1, 29): *He allí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* Allí está, vestido de unos accidentes de pan, y por harto más maravillosa manera que estaba cuando lo señaló San Juan con su dedo.

---

(4) *Tu solus altissimus.* (Himno *Gloria in excelsis Deo.*)

¡Oh divinal amor del eterno Padre, que puso por puerta para entrar a Él a Jesucristo su Hijo, según Él lo dijo (*Jn.*, 10, 9); y la pone tan cerca de los hombres, y tan abierta de par en par, que parece que está convidando a que éstos entren por ella! El corazón del Padre, su Hijo es; quien a su Hijo tiene, el corazón del Padre tiene. Pónelo en aquel relicario descubierto, a que todos lo miren, tan en público como lo veis allí.

¡Oh sapientísimo Padre! ¿No sabe vuestra Majestad que lo que en público se pone, siendo cosa preciosa o hermosa, que hay muchos que lo codicien? ¿No sabéis, Señor, que como vuestro siervo San Gregorio dijo: «El que lleva el tesoro públicamente, con la obra da a entender que desea que se lo roben»? Vos, Señor, ¿no dijisteis (*Prov.*, 4, 23): *Con toda guarda guarda el corazón, porque de él procede la vida?* Y si la vida de nuestro cuerpo procede del corazón, y por eso mandáis que lo pongamos a buen recaudo, ¿por qué no ponéis Vos a mejor recaudo vuestro corazón, pues que de él procede la vida del nuestro, y es fuente de vida, por el cual viven todas las cosas vivas en el cielo y en la tierra? Si fuera dineros, no fuera mucho guardarlos poco, pues valen poco; mas vuestro corazón, Señor, que es la misma riqueza, y que tanto Vos amáis, ¿cómo no teméis que os lo roben, pues tan hermoso y rico es, y tan en público está puesto y tan cerca de nos, que con cuatro o cinco pasos que demos, llegaremos a él y lo tomaremos?

¡Oh invenciones de Sabiduría divina, manifestadora de su encendido amor con los hombres, que por ser tan admirables, ni se deben olvidar ni callar, pues por ellas se dijo (1 *Paralip.*, 16, 8): *Declarad en los pueblos las invenciones de Dios!* ¡Oh deseo, oh sed intensa que tienes, Señor, de que los hombres te roben, te posean y sean bienaventurados por Ti!

El sol alumbra, calienta y alegra sin que nadie se lo ruegue, sino por su propia naturaleza; y el fuego y todas tus criaturas comunican lo que Tú les diste, sin elección, sino por instinto de naturaleza que Tú les pegaste, haciéndoles participantes en su modo de tu infinita liberalidad. Mas así como son en el ser más bajas que Tú, no tiene que ver su liberalidad con la tuya: ellas, si se dan, no saben lo que hacen; mas Tú, Señor, sabiendo qué haces, y sobre pensado, te comunicas de mejor gana y más copiosamente que

ninguna de tus criaturas. ¡Oh quién entendiese, Señor, tus caminos llenos de hermoso amor! ¡Quién entendiese, cómo en todas las cosas, cuando no concedes y cuando concedes, y cuando haces y no haces, halagas y riñes, el fin que en todo pretendes es nuestra satisfacción y salvación eterna!

Mándasnos, Señor, que cerremos y *guardemos con toda guarda nuestro corazón,* porque no se derrame por las criaturas y pierda a Ti, que eres su vida; mandas que esté vacío de todo amor, como el altar de tus sacrificios, y para que todos sus senos se hinchan (5) de Ti y te posean; y mandándonos Tú esta tan estrecha guarda de nuestro corazón, ¡pones Tú el tuyo en público para que todos te lo puedan robar; y el nuestro no nos lo lleve nadie, y el tuyo te lo tomen todos!

¡Ay del mundo ciego, que por enriquecer, roba a los pobres (6), y por hartarse, beben cieno, andan tras el viento y humo de la vana honra, y aun de estas miserias no pueden alcanzar lo que desean! ¡y viéneseles a la mano el amor y el corazón del Omnipotente Padre, y no curan de él, pudiendo ser bienaventurados con él! Allí está, hombres, allí está el corazón y amor de Dios Padre; ¿por qué hay tan pocos codiciosos de él? Pregonamos que Dios Padre quiere dar su amor; ¿por qué tan tibios para lo recibir?

3.—*Para herir al Padre en el corazón, amar a Cristo y comulgar.*

Y si Dios os hace merced de estimar este don en lo que es razón; si vuestra ánima, con entrañable deseo quiere vivir y ser amada en la oración de Dios Padre, yo os diré las saetas con que lo hiráis, las prisiones con que atéis el corazón invencible, y os enseñaré unos fortísimos bebedizos (7), con que el corazón del Padre se cautive de vuestro amor.

Mas ¿quién yo para dar testimonio de amor tan grande? Que aun los ángeles son pequeños para des-

(5) *Hinchan* (de henchir): llenen.

(6) Pide felicidad a las criaturas; cosa tan necia como querer enriquecer robando a un mendigo.

(7) *Bebedizos:* bebida que se decía tener virtud para conciliar el amor de otras personas. Academia.)

cubrir camino que lleva a una mina tan honda y a tesoro tan rico. Dígalo el mismo Hijo de Dios, el que, como dice San Juan (*Jn.*, 1, 8), *está en el seno del Padre,* el cual es Sabiduría que no puede errar; dígalo Él, y óiganlo sus cristianos con entera fe, y pónganlo en obra con mucho cuidado.

Dice el Señor: *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que salí de Él* (*Jn.*, 16, 27).

He aquí con qué se gana el amor de Dios Padre, con amar y creer en su Hijo bendito. ¿Y qué cosa más fácil, que amar a la misma Bondad? ¿Y qué cosa más debida, que amar a quien de amor murió por mí?

El leproso Naamán vino de su tierra al Profeta Eliseo para que le diese salud, la cual los médicos no le podían dar; y mandóle el Profeta que se fuese a lavar al río Jordán siete veces, prometiéndole salud si aquello hacía; y él, de enojado, no lo quiso hacer; y perdiendo el trabajo que había pasado, volvió a su carro, y tornábase a su tierra. Mas sus criados, que miraron el negocio más sin pasión, diéronle buen consejo: *Padre, si el Profeta te mandara otra cosa dificultosa, fuera razón que la hicieras* para alcanzar salud de un mal incurable; *cuanto más que* no *te dijo* sino una cosa muy fácil: *Desciende al Jordán, y lávate, y cobrarás la salud deseada* (4 *Reg.*, 5, 13).

Alabada sea, Señor, tu bondad, que con la grande gana que tienes de darte, pides tan poco por Ti; poco trabajo, cosa muy fácil, amar a tu Hijo bendito.

Cristiano, ¿no ves que tienes tantas razones para lo amar, que no debías preguntar: «Cómo querré bien a Jesucristo», sino: «Cómo lo dejaré de querer»? Si algún exceso hubiese, en su amor había de ser, y decir: «¿Qué haré, que me veo tan aficionado a Él, que antes es menester freno que espuelas?»

Amar a Jesucristo y quererlo, esto es lo que cuesta el ser amado del Padre. Y si quieres oírlo en menos palabras, el que bien comulga y se tiene por suyo, éste ha vencido, éste ha herido el corazón del Omnipotente Dios Padre. Cuando amas a Cristo, y por su amor te pesa de los pecados que has hecho, entonces mueres a ti y estás hecho hábil para ser comido; porque vivo, si primero no muere, ¿quién le comerá? Y cuando con este amor, y con la fe católica, confiado en la Pasión del Señor, te llegas al altar y recibes aquel Señor que allí está, entonces Él, como más fuer-

te, según está dicho, te come a ti y te transforma en Sí. Y con este engrudo de fe y amor, quedas unido con Él, y hecho miembro vivo de Él, y descienden sobre ti los rayos del divino amor paternal, y te recibe por hijo, y te honra y enriquece como a tal.

4.—*Cristo muere por granjearnos el amor del Padre.*

Jesucristo nuestro Señor es Hijo natural de Dios Padre, es el solo amado de Él, es el solo heredero, es aquel a quien, como dice San Pablo (*Gal.*, 3, 16), *le prometió la herencia* del cielo, *como a simiente de Abraham.* No hay, fuera de Jesucristo, bien ninguno de aquéstos; y en Él, [hay] éstos y otros muchos. Quien se quisiere llegar a Él, quien bien lo recibiere, éste goza de las influencias y riquezas que Dios Padre puso en Él.

¡Cosa mucha, cosa no oída, que el Hijo unigénito del Padre ande Él mismo buscando y trayendo a sus propios esclavos, para que el Padre de Él los tome por hijos adoptivos y agradables y tratados a semejanza de Él! Suelen los hijos de acá no querer por compañeros hijos adoptivos; ni quiere nadie adoptar sino a quien le falta hijo legítimo. Mas el altísimo Padre, *que es rico en misericordia,* teniendo sumo contentamiento de su Hijo legítimo Jesucristo nuestro Señor, quiso dar a los indignos esclavos parte en los bienes que dió a su Unigénito Hijo, haciéndolos hijos amados agradables y herederos; y por darles estos bienes *no perdonó a su Hijo, mas entrególo a la muerte por todos* (*Rom.*, 8, 32).

Dinos, Señor, por tu misericordia, dinos Tú, que ahí estás callando: ¿Te pesó a Ti de esta liberalidad que tu Eterno Padre hizo, tomando a los hombres por hijos, y dándotelos a Ti por hermanos, como acostumbran hacer los malos hermanos? ¡Oh amor nunca oído! ¡Oh Corazón sin igual, más herido con nuestro amor, que con la lanzada que le dió Longinos!; que estuviste tan lejos de pesarte de esto, que todos tus deseos, obras y palabras se emplearon en ello; y con grande instancia, y profundos gemidos y derramamiento de lágrimas (*Hebr.*, 5), suplicaste Tú a tu Padre que así lo hiciese; y fué tanto el gusto que tomaste en tener hermanos y compañeros en tus bienes y en tu herencia, que no dudaste de, con precio de tu pro-

pia Sangre y tu preciosísima vida, rescatar los que eran esclavos, y comprar de tu Padre que los amase y tomase por hijos.

«Murió el Unico—dice San Agustín—por no quedar [solo]» (8). No te sabía bien, Señor, el gozar de tu bien a solas, si no viniesen los pobres a comer contigo, y fuesen amados del celestial Padre. Cuán dulce cosa, Señor, es de pensar, que desde que fuiste concebido en el virginal vientre de nuestra Señora, tomaste por empresa—y perdiste sobre ello la vida—de que, como el Padre te amaba a Ti, amase también a los tuyos. Y como Rut (3, 9) rogaba a Booz que extendiese su ropa sobre ella, así rogabas Tú a tu eterno Padre que el amor con que te amaba y cobijaba no te calentase ni parase en Ti sólo, mas pasase a los tuyos haciéndolos participantes del corazón y amor paternal. Voz tuya fué, Señor; oración tuya fué con que oraste al Padre; en esta noche del Jueves Santo, un poco antes que fueses al huerto a ser preso por nosotros, muy más preso Tú de nuestro amor, dijiste al Padre (*Jn.*, 17, 26): *El amor con que me amaste, esté en ellos, y Yo en ellos.* ¡Oh cosa admirable! ¡Oh empresa digna de tal Hijo! ¡Oh verdadero medianero y reconciliador, lazo de amor entre el Padre y nosotros! *Yo en ellos,* dices, Señor. ¿Quién son estos *ellos,* sino aquellos que bien te reciben con el cuerpo y con el ánima? *Yo en ellos,* como está la cabeza en sus miembros; *y el amor con que me amaste esté en ellos.* Y si queréis saber por qué, porque Cristo está en ellos, como en la misma oración lo había declarado, diciendo (*Jn.*, 17, 23): *Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfeccionados, y conozca el mundo que me enviaste, y los amaste a ellos como me amaste a Mí.* El amor del Padre está en Cristo, y Cristo está en los hombres; de manera que en Cristo se juntan Dios Padre y los hombres.

¡Oh dichosa comunión con Cristo! ¡Oh dichoso el trabajo que se pasa por bien comulgar! ¡Oh sustantífico bocado, con el cual confortado, *es levantado el pober del polvo, y el menesteroso del estiércol* (1 *Reg.*, 2, 8), y subido hasta la alteza del amoroso corazón paternal, y allí mora como en casa, allí se asienta como en silla y, en fin, como amado, en el corazón de su

(8) [*Solo*]; el autor traduce *uno;* latinismo que en castellano no expresa el pensamiento de San Agustín.

verdadero Amador! *¡Alábente, Señor, tus misericordias, tus maravillas* que haces *en favor de los hombres!* (*Ps.*, 106, 8), pues que los levantas a que se junten con tu Hijo, para que los tomes por hijos en Él.

5.—*Sólo en Cristo nos ama el Padre.*

Mas es de mirar que [Dios] no toma a nadie por hijo, para que él goce de este nombre como hombre que está apartado por sí, ni que su voz suene en las orejas de Dios, como de persona propia que suena por sí, y vale por sí y *estriba* en sí. Si un hijo adoptivo de Dios pidiere algo a Dios, y no alegare a Jesucristo sino que es *fulano,* hijo adoptivo de Dios, o que tiene su gracia de presente, y derecho para la herencia del cielo, este tal, si otra cosa no alega, ni será oído, ni su nombre conocido; y resolutamente la responderán: «*No os conozco*» ni acepto vuestra oración, ni acepto vuestras buenas obras, ni me parecéis bien, aunque seáis un San Pedro, ni un San Pablo, ni aunque seáis la Virgen María!

Los amorosos ojos de Dios, según hemos dicho, la adopción de hijos, la gracia y dones del Espíritu Santo, en sólo Jesucristo están, y a Él sólo se han dado como a fuente; y aquel sólo gozará de ellos, que se incorporare en Jesucristo, y fuere cosa de Él, no como quiera, sino como miembros o cuerpo, que con su cabeza hacen una *persona mística,* cual es Cristo y la Iglesia. Quien está en Cristo como miembro vivo, hijo es agradable, es heredero, no como cosa apartada de Cristo, sino como cosa de Él, y, según se ha dicho, que se llama Él.

Y esto no lo tome nadie por caso de menos valer, sino de más valer, y por una merced muy particular. Porque así como si la santísima ánima de Cristo nuestro Señor fuera dejada en sí misma para tener propia persona que *estribase* en sí, aunque tuviera toda la gracia y dones de Dios que ahora tiene, no fuera tan alta con tener propia persona, como lo es con carecer de ella y ser *personada* (9) en el Verbo de Dios, en el

---

(9) *Personada en el Verbo:* estar personalmente unida con el Verbo, tener la personalidad de El y en El.

cual está arrimada, y con el cual está unida con unión de honra inefable; así acá ser hijo de Dios adoptivo, ¡gran dignidad!; tener su gracia, ¡cosa dichosa!; más ser cuerpo de Cristo, y estar unido con Él con tal unión que se llamen una persona y se llamen un Cristo, esta dignidad es cosa admirable; y este no estar el hombre arrimado a sí, ni tener nombre propio, ni sonar como tal, es grande ganancia y grande riqueza; porque, en lugar de ello, es levantado el hombre a ser miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor, y a ser llamado por nombre de Él; y por ser cosa de Cristo, es mirado del Padre con amorosos ojos, y tiene cuidado como de cosa tan conjunta a su Hijo.

Y para certificarnos de aquesta verdad, dijo el mismo Señor (*Jn.*, 15, 1, 2): *Yo soy vid verdadera, y mi Padre es el labrador; y a todo sarmiento que no llevare fruto en Mí, cortarlo ha; y a todo aquel que llevare fruto en Mí, limpiarlo ha para que lleve más fruto.*

¿Quién callará tales mercedes? ¿Quién agradecerá tales beneficios? ¿Quién será tan sabio, que conozca el precio que vale tener Dios tal cuidado de un hombre incorporado en su Hijo como un sarmiento en una vid, para limpiarlo, corregirlo, abrigarlo, a semejanza de lo que hace un podador con la vid?

¡Oh celestial Padre! Que el hombre tiene cargo de la vid, [mas] ni puede llover sobre ella, ni traerle el sol ni el aire cuando es menester, ni dar virtud a los sarmientos para que produzcan hijos y fruto! Mas ¡dichoso de aquel de quien tuvieres cuidado!; y tiéneslo del chico y del grande, que, por bien comulgar, fuere transformado en el Cuerpo de tu Hijo; que muy bien lo sabrás podar, quitándole las cosas que fueren dañosas; muy bien lo sabrás limpiar, quitándole la escoria de sus pecados y faltas; y lloverás sobre él la lluvia fructífera de la gracia, que es tuya; calentarlo has con tus rayos; alumbrarlo has con tu sabiduría, y harás que dé fruto, y fruto de vida eterna y agradable a Ti, y meritorio para él.

¿Qué hacéis, hombres, los que andáis buscando, en precio de mucho dinero, quien fielmente, muy sabiamente solicite vuestros negocios? *¿Podréis, por ventura, hallar*—como dijo el Rey Faraón (*Gen.*, 41, 38)—*otro hombre tan industrioso como José,* que supo desatar el sueño, y remediar con su prudencia la hambre de Egipto, y enriquecer a su Rey? A tal hombre—dice

Faraón—encomendémosle nuestros negocios. Cristianos, ¿quién hará mejor vuestros negocios, Dios Padre, o vosotros, o los que eligiéredes o adquiriéredes con vuestros dineros? Juntaos con Jesucristo nuestro Señor; aparejaos para bien comulgar; y recibiéndolo a Él, y juntos con Él, os recibirá su Padre por hijos, y se encargará de vuestros negocios, como de miembros vivos de quien tanto ama, y os regalará, cuidará y os llegará tanto bien, que seáis semejables al Unigénito suyo, de manera que sean hechos semejables Cristo y su cuerpo.

6.—*La predestinación de Cristo.—La nuestra.*

Hombre, ¿por qué no dices: «De dónde a mí tanto bien, que me siente al convite de Dios, y que su Hijo sea mi manjar, y su Padre me sea mi padre, y tenga cuidado de mí, a semejanza del que tiene de su Hijo»?

Está Mifiboset asaz ofendido, cojo, y con temor de que el rey David no le hiciese mal, por ser nieto del rey Saúl, gran perseguidor de David, sin hallar en él culpa. Mas otros pensamientos andaban en el corazón de David, llenos de paz para con Mifiboset; al cual no le dañó ser nieto del mal abuelo y enemigo capital de David; y aprovechóle mucho, y el todo, ser hijo de Jonatás su padre, tan grande o más amigo de David, que Saúl enemigo. Mandóle llamar David, y consolándolo con dulces y amorosas palabras, le dice: «*No temas*, Mifiboset, *porque haciendo haré misericordia* (10) *contigo por amor de Jonatas tu padre; y yo te restituiré todas las heredades de tu abuelo Saúl; y tú comerás siempre pan en mi mesa.* Y así se cumplió; que comió Mifiboset a la mesa del rey David —dice la Escritura (2 *Reg.*, 9, 7-11)—*como comían los hijos del rey.*» ¡Dichoso hombre, por tener padre tan bueno y tan amado de David, que había hecho concierto, muchos años había, que cuando viniese David a reinar, amase e hiciese bien *a la generación de Jonatás,* su verdadero y fiel amigo (1 *Reg.*, 20, 14, 16).

David representa a Dios Padre, Jonatás a Jesucris-

---

(10) *Haciendo, haré misericordia:* hebraísmo que significa firmeza en la aseveración.

to nuestro Señor; entre los cuales, en aquel secreto de la eterna predestinación, aun antes que el Hijo de Dios encarnase, fué hecho concierto que, por amor de nuestro Señor Jesucristo, fuesen amados y recibidos por hijos, hechos agradables y amigos los que fuesen hechos hijos espirituales de Él, hermanos, cuerpo y esposa; de lo cual da testimonio San Pablo diciendo (*Efes.*, 1, 3-7): *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en toda bendición espiritual en las cosas celestiales en Cristo, como nos escogió en Él antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mácula en el acatamiento de Él en caridad; el cual nos predestinó en adopción de hijos para con Él por Jesucristo, según el propósito de su voluntad, en alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo agradables en su amado Hijo, en el cual tenemos redención y perdón de pecados por la Sangre de Él.*

De manera que lo que en otra parte (*Rom.*, 1, 4) dice, que Jesucristo nuestro Señor *fué predestinado,* según la humanidad, *a ser Hijo de Dios natural,* se ha de entender de Él a solas; mas su cuerpo místico y sus fieles, *por adopción*; ellos por amor de Él, no Él por ellos; así como no fué criado Adán por causa de Eva, sino ella por fin de él.

Bodas hizo Dios Padre a su Hijo en tiempo cuando se hizo hombre; mas en su eternidad ordenó esta encarnación, obra admirable suya. Y para hacer fiesta a su Hijo, predestinó convidados, los cuales también les dió por esposa. Y así como la primera operación *en orden* (aunque no *en tiempo*), que el Padre tuvo en su eternidad, fué engendrar a su Hijo igual a Él, así la primera y principal obra de las que *en tiempo* se habían de hacer ordenó en su mente divina que, el que por este nacimiento eterno fué Dios, fuese otra vez engendrado de Santa María Virgen, y naciese de ella verdadero Dios y Hombre, para que de dos naturalezas resultase una sola Persona; y *a éste hizo heredero de todas las cosas* (*Hebr.*, 1), y como Él dijo (*Jn.*, 13, 3), *todas se las puso en las manos,* y le dió señorío de todas las del cielo y de la tierra.

Y porque le pareció bien que este Hombre Dios, como otro Adán, no quedase sólo, dióle criados, dióle miembros, dióle esposa que fuese *carne de su carne y hueso de* todos *sus huesos* (*Gen.*, 2, 23). Y Él es la aíz del amor de entre el Padre y ellos. Porque no es

cosa digna que valiendo Él más que todos ellos juntos, y siendo Señor de ellos, fuese Él predestinado por ellos, y no ellos por Él: *Los que conoció y predestinó* —como lo dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29)—*fueron predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo.*

Y San Agustín dice «que Cristo es dechado clarísimo de nuestra predestinación». Y si Él es *la forma* de nuestra predestinación, necesariamente hemos de entender que su predestinación fué primero, y la principalmente pretendida de Dios, y la de los escogidos secundariamente, conforme al dechado de Él. A Cristo deben los predestinados el ser amados y predestinados. Y si Él saliese de en medio, que es el Hijo natural, ninguno habría adoptivo, ni amado, ni agradable, ni heredero del cielo. Por Él nos vinieron aquestos bienes, y en Él los poseemos; porque estando unidos con Él, nos son dados, no como a cosas distintas, sino como a Él; como son los hombres recibidos *en consorcio de la divina naturaleza* (2 *Petr.*, 1, 4), y como el Padre ama los miembros de su unigénito Hijo, ámalos en gran manera, porque ama sobre toda manera a Jesucristo, Cabeza de ellos.

Ni estorba a este amor el ser los hombres nietos del Adán pecador, desobediente, ingrato, y que dió males por bienes a su verdadero Dios, como Saúl a David; porque el estar en medio Jonatás, que es Jesucristo nuestro Señor, fué cosa más poderosa para que ellos fuesen amados, que la traición y desgracia de Adán para ser aborrecidos.

Este es el Señor, por el cual el Padre nos mira con agraciados ojos, por venos hechos miembros de Aquel de quien el Padre mismo dió testimonio diciendo (*Mt.*, 17, 5): *Este es mi Hijo muy amado, en el cual Yo me he agradado.*

Y así como la desgracia de Adán se extendió a los que venían de él, así mucho más el amor y agradamiento que Dios Padre tiene en su Hijo es cosa universal y general para todos, chicos y grandes, que se quisieren juntar e incorporar en él mismo Hijo.

7.—*Incorporados en Cristo por la Comunión.*

¡Maravillosa cosa! que come al Señor el pobre, y el siervo y el bajo; y por juntarse con Él, suben a tanta dignidad, que participan de ser amados y mirados del

celestial Padre con tales ojos, que sean todos ellos llamados por nombre de *Cristo*. *Todos los que habéis sido bautizados*—dice San Pablo (*Gal.*, 3, 27-28)—*vestido os habéis a Jesucristo. Ya no hay siervo, ni libre; ni judío, ni griego; no varón, ni mujer; mas Cristo nuestro Señor es todas las cosas en todos.*

Esto se hace en el bautismo espiritualmente; mas hácese por virtud de aquel Señor que allí está, debajo de especies de pan; y aquello se llama comerlo espiritualmente, y en el altar corporalmente y sacramentalmente, para ir bien hecho. Y la unión que se hace en el bautismo invisiblemente, aquí en el altar se representa visiblemente; porque comiendo a Cristo, somos comidos de Él, unidos con Él como miembros con la cabeza.

Y también el que se bautiza o recibe cualquier Sacramento (dejado el postrero, que es el de la Extremaunción), no ha de parar allí, mas recibir sacramentalmente el Cuerpo de nuestro Señor, como el fin y consumación de los otros Sacramentos. Y aunque en los otros Sacramentos se represente algún efecto particular de gracia, como es *renacer* por el santísimo bautismo, *ser perdonados* por la absolución sacramental, y así en los demás; mas en este dignísimo Sacramento, donde reside el mismo Señor, fuente de todas las gracias, es significado el fin de toda la Ley, y la perfección de todas las obras, que es *la unión del amor* (11); y que estos bienes, que en los otros Sacramentos se dan, aunque se dan por Cristo, se dan por vía de estar unidos con Cristo.

Y pues habéis visto que en Él, como en fuente, están todos los bienes, y en Él el amor y corazón del eterno Padre, *corramos los sedientos a las aguas* (*Is.*, 55, 1), los pobres al rico, los descaminados a nuestro camino, los extranjeros a la casa de nuestro refugio. Aunque mucho nos cueste comer con limpieza de conciencia este santo bocado, sufrámoslo todo, pasémoslo todo; pues comiendo bien este celestial *Pan que del cielo vino,* Jesucristo nuestro Señor, nos convertiremos en Él; y por Él poseeremos por nuestro el corazón de su Eterno Padre; el cual no se contentará con coronar con corona de honra a su unigénito Hijo, mas hará que desde Él, que es Cabeza nuestra, des-

---

(11) *S. Th.*, opúsc. 5.

cienda la honra y gloria a sus miembros, que somos nosotros, y desde el cuello hasta la uña del más chico dedo, nos hermosea, nos cura, nos viste y nos mira como a cosa conjuntísima con su unigénito Hijo.

Bástenos, pues, tener a tal Padre por padre, aquí por gracia, y después (como San Felipe pidió), viéndolo en la majestad de su gloria.

TRATADO 21

UNA PERSONA MÍSTICA CON CRISTO.

Sicut misit me vivens Pater.

Así como me envió mi Padre que vive.

(*Jn.*, 6.)

1.—*Unión inefable.*

Tiene esto la inmensidad de Dios y la grandeza de sus obras, que mientras más un hombre conoce de Él y de ellas, tanto más le parece que es poco lo que ha conocido, y mucho el camino que le queda de andar.

A un filósofo preguntaron que dijese qué cosa era Dios (1). Y porque responder de ligero a una duda mediana parece atrevimiento y señal de liviandad, pidió término para responder a una cuestión tan grave, en la cual aun decir verdad es cosa peligrosa, como San Hilario dice. Pasado aquel término, le pidieron respuesta de quién era Dios, y dijo que aun no lo había alcanzado, que le diesen más término. Diéronle otro, y después otros; al cabo de los cuales dijo que no había menester más términos, ni quería más rastrear cosa tan alta, porque mientras más trabajaba por la alcanzar, tanto menos sabía de ella; y mientras más a ella se acercaba, más era rechazado, como los ojos de un hombre que más se acercase a mirar al sol.

El Profeta Ezequiel (47, 3-5) dice que entró en un río por mandado de un ángel, al principio del cual había muy poca agua, que no *le daba* más que *al tobillo*; y entrando más adentro, *le daba a las rodillas*, y más adentro *a los lomos*, y pasando adelante *no hallaba do hacer pie*. La Sabiduría divina y las

---

(1) Cicerón, *De natura deorum*.

obras que de ella proceden es *el agua de este río* profundo, que mientras más adelante el hombre se acerca a ella, mayores cosas y más difíciles halla, en las cuales su entendimiento se agota, sin poderlas comprender ni atinar.

Así me parece que nos ha acaecido acerca de los misterios de este profundísimo, altísimo y divinísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor, tratando de este nombre *Sinaxis,* que quiere decir *Comunión,* que con mucha razón le es atribuido (2). Comunión hay, entre Cristo y quien le recibe, de Señor a siervo; comunión hay de Hermano a hermano; comunión hay de Padre a hijo; comunión de Esposo a esposa; y aunque éstas van creciendo de menor en mayor, como el río de Ezequiel, mas, en fin, con el favor del Señor, se halla algún pie para hablar de ellas, aunque no con la dignidad que ellas merecen. Mas en la unión entre Cristo y los suyos, de que os hemos de hablar; en la buena dicha, en la grande honra que al hombre resulta de juntarse con Jesucristo nuestro Señor, la lengua enmudece y el sentido, y los ángeles del cielo tendrán harto que hacer en hablar de aqueste Misterio, y nosotros mucho más en bien entenderlo.

No se contentó la divina Bondad con querer que nos juntásemos con Jesucristo nuestro Señor con los títulos dichos; mas ordenó otra mayor y más admirable unión, allende la cual no hay que subir (3), la cual se llama unión de cabeza con miembros, que hacen *una persona.*

2.—*El nuevo Adán.*

Quiso la divina Sabiduría que por el medio que nos perdimos, por aquel nos cobrásemos; y que el soberbio Senaquerib, que es el demonio, se tornase *por el camino que vino, con un freno en la boca* (*Is.*, 37, 29), sacando Dios bien de sus males, y destruyéndolo por el mismo camino que él destruyó a Adán. El cual, aunque en sí era un hombre particular, mas dióle Dios tal superioridad y tal privilegio, que le hizo cabeza

(2) Magist. in 4, d. 8, sess. 5, p. 3. Damasc. de fide ortod. c. 41.

(3) *No hay que subir:* no se puede subir más.

de todos los hombres, no sólo para que recibiesen de él el ser natural, mas también para que heredasen de él la gracia del Señor y la justicia original, y muchos bienes que procedían de aquestas dos cosas. Usó mal de lo que Dios le había dado, y quedó perdido para él y para los que de él vinieron; y no sólo los dejó sujetos a muchos trabajos, mas *quedaron todos pecadores* (*Rom.*, 5) participantes en pecado de él, y por consiguiente feos y manchados, viles y abominables a Dios, y desterrados del paraíso de la tierra y del paraíso del cielo.

Hace una cabeza alguna cosa mala, así como blasfemar con la lengua, y por lo que ella hizo, encarcelan a todo el hombre, y échanle hierros en los pies, y por ventura le dan azotes en las espaldas; porque la unidad de la cabeza y cuerpo hace esto, que el pecado de la cabeza sea pecado del hombre, y que el castigo que se le da no sea injusto. Pecó nuestra cabeza, que era Adán; éramos nosotros miembros suyos, y como tales fuimos culpados con culpa original, y castigados con graves castigos.

Sucede a esto que, como seamos pecadores y mal inclinados, obramos conforme a quien somos y a nuestro apetito, y cometemos pecados actuales, como frutos de la raíz del pecado original. Y si por lo que Adán hizo, el demonio tomó señorío sobre nosotros, tómalo mucho mayor por los pecados que nosotros hacemos; e instigándonos él al mal, y procurando de hacernos semejables a él, venimos a recibir sus malas persuasiones, y a tanta desventura, que él sea nuestra cabeza y nosotros su cuerpo místico. Y si Adán, nuestra propia cabeza, nos dió su culpa y su nombre, porque nos hizo pecadores, y que nos llamásemos *terrenos* como él, el demonio también nos dió de su ponzoña, haciéndonos pecar actualmente, y también nos dió su nombre. Porque el cuerpo de los malos, y cada uno de ellos, se llama diablo, como parece por Judas, por el cual dijo el Señor (*Jn.*, 6): *Uno de vosotros es diablo.* Y por consiguiente, hablando del demonio, le llamó el Señor (*Mt.*, 13) *el hombre enemigo.* Porque el demonio y los suyos son un cuerpo y una persona mística, y se comunican los nombres de él a ellos y de ellos a él. ¡Miserable género humano debajo de tales cabezas, que les causan abominable deshonra y gravísimo daño!

Moviéronse las entrañas de Dios viendo tanta mise-

ria, y acordó de dar, en lugar de estas dos pestilenciales cabezas [Adán y el demonio], una cabeza sana, llena de gracias, de gran dignidad, debajo del amparo de la cual fuesen acogidos los hombres, y por juntarse con ella, recobrasen con mucha ventaja, así de honra como de provecho, lo que por las dos primeras habían perdido. Esta cabeza es Jesucristo, cuya dignidad llega a ser Dios, aunque el ser cabeza de los hombres es en cuanto hombre, y cuyas riquezas son sin medida, e investigables, como dice San Pablo (*Eph.*, 3). A ésta vayan los despreciados y perdidos, y hallarán remedio en Él para todos sus males; y fuera de Él nadie piense librarse del pecado que heredó, ni de los demás que Él ha hecho, ni piense poder alcanzar la gracia de Dios, ni obrar cosas que le sean agradables, ni recobrar la herencia del cielo perdida. Ni quiso Dios librar a nadie del agua del gran diluvio, sino a quien se acogiese al arca de Noé (*Gen.*, 17); ni se libraron de las piedras y granizo los animales de los gitanos que se quedaron fuera en el campo, sino los que creyeron a la palabra de Dios, y los recogieron dentro en sus casas (*Ex.*, 9). No hay Dios fuera de nuestro Dios; no hay salud sino en la sacra Humanidad de Jesucristo. Y quien allí no huyere, y se incorporare con Ella, siendo miembro suyo de aquella Cabeza, no vivirá, y la ira y castigo de Dios serán ejercitados en él. No hay perdón de pecados, no gracia de Dios, no merecimiento de la vida eterna, ni entrada allí sino por Jesucristo, y en Jesucristo nuestro Señor.

Y es de notar, que lo primero sin lo postrero no basta; porque no quiso Dios dar a los hombres perdón ni su gracia, como a gente que hiciese cabeza por sí, aunque se les diese por los merecimientos de Jesucristo; mas quiso que aquel bien que les dió por Él, estuviese colgado y conservado, por estar arrimado al mismo Señor.

3.—*Cristo es nuestra cabeza.*

Esta Cabeza es Jesucristo nuestro Señor en cuanto hombre: el cual, aunque tuvo a Adán por cabeza en lo que toca a recibir carne de él; mas no lo tuvo por cabeza en lo que toca a los bienes o males del ánima. Porque como no vino de él por la vía ordinaria de ayuntamiento de hombre y mujer, no pasó

en Él la culpa de Adán, ni pasara en Él el bien que tuviera aunque no pecara. No recibe este Dios-Hombre bien ninguno de hombres ni de ángeles; mas Él es cabeza de unos y de otros. Y *la cabeza de Cristo Dios es,* según dice San Pablo (1 *Cor.*, 11). Que quiere decir, que Él, en cuanto Dios, es cabeza suya en cuanto Hombre; porque del Verbo divino, como de mayor a menor, redundaron a la sacra Humanidad suya todos los bienes que ella tiene.

Como es tan sublimada en el Verbo, por ser unida personalmente con Él, es más alta que todos los hombres y que todos los ángeles (*Hebr.*, 1), y es constituída por Cabeza de todos ellos. Y así le conviene la primera condición para ser cabeza, que es ser *más alta* que todo el cuerpo.

Conviénele también la segunda, que es *influir* sentido y movimiento en el cuerpo; pues de Él viene a todos los hombres que en el mundo hay, y hubo y habrá justos, toda la gracia y favores para ella, toda la gloria que tienen y han de tener.

También es condición de la cabeza que está puesta en el *primer lugar* de todo el cuerpo, y así se suele llamar *cabeza* el principio de la cosa, como dice el Profeta (*Thr.*, 4): *In capite omnium platearum.* Y David dice (*Ps.*, 39): *In capite libri.* Comúnmente solemos decir: «La cabeza de la escritura es ésta o ésta.» La sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor postrera fué en el ser real a muchos de los miembros que tuvo; mas también fué Cabeza de todos los que en Él creyeron desde el principio del mundo hasta la encarnación; los cuales, aunque en el ser real fueron primero que su Cabeza, mas en lo que toca a la gracia dícense postreros a Él (5); porque, según la ordenación de la Santísima Trinidad, antes que fuese criada y unida al Verbo era *causa meritoria,* por la cual se daba la gracia a los que antes de su encarnación la tenían. Y aunque la santa Humanidad no obrase acción real, porque entonces no tenía tal ser, bastaba que los hombres creyendo obrasen, y amando al que había de venir; y así fué primero en honra y dignidad, pues a todos se les dió la gracia por Él, según la divina ordenacion.

También fué primero, según el tiempo que vió la

(4) *S. Th.*, 3 p. q. 5.
(5) *S. Th.*, p. 3, q. 19, a. 4.

divina esencia, y el primero que tuvo cuerpo glorificado. La cual bienaventuranza de cuerpo y de ánima es el fin a que se ordena ser Él Cabeza de los hombres. Y conforme a esta condición le llama San Pablo (*Colos.*, 1) *el primogénito de los muertos,* porque el primero que gozó de resurrección de cuerpo glorioso, Él fué.

Tiene también condición de cabeza con miembros, porque es de una misma naturaleza con sus fieles: Él hombre, y ellos hombres. Y aunque con los ángeles no tenga esta unidad específica de naturaleza, mas por tener ánima, que es su vida espiritual, tiene conveniencia con ellos bastante para llamarse cabeza, aunque no tan propiamente como con los hombres. Y por falta de esta condición no se llama cabeza de hombres Padre, y Verbo y Espíritu Santo, aunque le excedan en ser principio suyo, y en influir en ellos todos los bienes que tienen. Porque como haya entre ellos diferencia infinita, pues las tales Personas tienen sabiduría increada y divina y los hombres creada, no hay suficiente conformidad, cual se requiere entre cabeza y sus miembros.

4.—*Nuestros son los méritos de Cristo.*

Tiene más Cristo otra condición para ser cabeza, que es influir bienes en sus fieles, no por vía de merecimiento *de congruo,* que estriba en sola la liberalidad del dador; mas por vía de mérito *de condigno* y firme ordenación del Señor. San Esteban alcanzó por su oración la conversión a San Pablo (*Act.*, 7); y otros muchos Santos han hecho lo mismo, o alcanzado semejantes favores (6). Y como es cosa de pura liberalidad, halo concedido Dios unas veces, y otras lo ha negado. haciendo según su misericordia cuando oía sus ruegos, y no contra su justicia cuando no los admitía. Y esto declara el Señor muy expresamente, porque conviene que así lo sepamos. Cuando el Santo Moisés, movido con entrañas de caridad, y confortado con los muchos favores que Dios le hacía, se atrevió a decir aquella confiada palabra (*Ex.*, 32): *O perdona a este pueblo, o ráeme a mí del libro de la vida en que me escribiste,* ¡grande osadía, y gran testimonio de su caridad! Mas

(6) *S. Th.* 1, 2, q. 114, a. 6.

el Señor declaró a él y a todos, que este privilegio de aquella santidad y merecimiento de Uno, [que] se extendía a aprovechar a otros por vía de *justo merecimiento,* y de la palabra y ordenación de Dios, que según su ley ordinaria no le puede negar, ni decir de no a quien le rogare por otros; no es de Moisés, ni Abraham, Isaac y Jacob, ni de San Pedro, ni de San Pablo, ni de San Esteban, ni de la sagrada Virgen María, ni del Angel, ni de ninguno del cielo, sino de sólo Jesucristo, *en el cual puso* el Padre *las maldades de todos nosotros* (*Is.*, 53), para que la santificación de Él se nos comunicase, y por sus merecimientos fuese dada la gracia a los que, según santa ordenación, estuviesen dispuestos para la recibir.

5.—*Una persona mística con Cristo.*

No tema nadie que lo que Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, pidió para otros, le haya sido o sea negado; según Él da testimonio diciendo (*Jn.*, 17): *Gracias te hago, Padre, porque siempre me oyes.* Ordenación de Dios es—¡y sea por ello su santo nombre bendito!—que los trabajos y santidad de su unigénito Hijo entren en provecho a los hombres, y como de verdadera cabeza, corran los bienes del Señor a nosotros, y en este caso haya unidad y compañía entre Él y nosotros, según dice San Pablo (1 *Cor.*, 1), que somos llamados *para la compañía de Jesucristo.* ¡Oh maravillosa merced! ¡Oh dignación tan digna de agradecimiento! ¡Oh *compañía* tan provechosa y tan honrosa entre Jesucristo y nosotros, que en los santos trabajos y merecimientos de Él sea participante la humana bajeza y pobreza!

Mas dinos, Señor, por esta misericordia con que a tu Hijo nos das para enriquecernos con su compañía, y perdonarnos con su Pasión; este influir de bienes de Él en nosotros, ¿a qué lo compararemos para que bien lo entendamos?

Puede ser uno tan privado de un rey, o hacerle tales servicios, que por palabra que haya el rey dado, o ley que haya hecho, no sólo haga bien a quien le sirvió, mas también a los criados de aquel buen servidor. Puede también tener hecha ley de, por los servicios de uno, hacer bien a los que son sus parientes; puede subir más adelante, y hacer bien a sus hijos,

y hacer bien a su mujer. Grandes son todas aquestas uniones, y cualquiera de estas personas gana con tal compañía, aunque unas excedan a otras.

Mas, Señor, ¿con qué palabras engrandeceremos tu don? ¿Con qué lengua te alabaremos? ¿Con qué peso podremos pesar la grandeza de tu virtud, y la unión de la *compañía* que has hecho entre Jesucristo tu Hijo bendito, y entre aquellos dichosos que participan de Él? ¿Señor, participan como criados, como parientes, como hijos, o como esposa? A ser así, mucho es. Mas como tú eres inefable en Ti, son también inefables las obras de tu misericordia, mirando las cuales, y atónito de no las poder comprender, dijo David (*Ps.*, 39, 6): *No hay quien sea a Ti semejable en tus misericordias.* No se ha contentado tu misericordia con que gocemos de tu Hijo como sus parientes, criados, hermanos, hijos y esposa, que todo esto nos ha concedido; mas sobrepujando unas misericordias con otras mayores, nos ha levantado a tanta dignidad, que seamos hechos cuerpo de Él, una misma persona con Él, y que el bien que Él influye lo influya en sus miembros: y, para decirlo en una palabra, lo influya en Sí mismo, pues cabeza y cuerpo una misma persona son.

¿Quién callará, Señor, tus alabanzas? ¿Quién te dejará de honrar y estimar sobre todas las cosas, honrándonos Tú tanto, que *levantes del polvo y estiércol al pobre, y lo coloques*, no sólo *con los Príncipes de tu pueblo* (*Ps.*, 112), mas con el Príncipe de los Príncipes Jesucristo, apegándoselo por vivo miembro suyo para que Él lo mantenga, y lo honras como a tal? ¿Quién no dirá aquí, mirando la grandeza de tal beneficio, que excede toda nuestra capacidad, lo que Nicodemus dijo al Señor (*Jn.*, 3): *¿Cómo pueden ser hechas aquestas cosas?* Él no lo alcanza, y por eso se admira de cómo un hombre torna a nacer para ser hombre; y nosotros nos admiramos y con más justa razón, cómo puede un hombre renacer y meterse en el cuerpo de Jesucristo para ser miembro vivo de Él. Aquí bien viene lo que San Juan Crisóstomo dice, que son tan grandes las mercedes que Dios hizo a los hombres, que uno de los grandes trabajos de los Apóstoles fué persuadir que la flaqueza de los hombres creyese la grandeza de tales misericordias. Y cierto, será menester que, como San Pablo cuando hablaba de alguna merced señalada de Dios, apercibía a los oyentes para que la creyesen, diciendo (1 *Tim.*, 1): *Fiel* (o verda-

dera) *es esta palabra que os digo*: así, pues que nos dicen tan alta palabra: *Vosotros sois Cuerpo de Jesucristo*, es menester que nos esfuerce con sus palabras y oraciones, para que nuestra flaqueza no falte en creer que los hombres pueden pasar de sí en Cristo.

6.—*La Comunión nos incorpora a Cristo.*

¿Qué prueba os daremos de aquesto?

Acordaos que estamos en la fiesta de las maravillas, y grandes maravillas, de Dios; y que es fiesta del Cuerpo del Señor, en la cual unas maravillas dan testimonio de otras. Este es el misterio, que celebramos. de nuestra salvación y remedio: que no sólo somos hechos salvos por Cristo, mas en el mismo Cristo; uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta, que pone en admiración a los ángeles, pues llega a tanto que los hombres sean hechos con Cristo un hombre, una persona, como San Agustín y San Gregorio lo dicen; y un Esposo, y una esposa; y un cuerpo y una Cabeza; y para que digamos en una palabra la grandeza de la bondad divinal que con los suyos usa, súbelos a tanta honra, que no solamente se llaman cristianos, mas se llaman *Cristo*.

El cual nombre, tan lleno de soberana honra, no sólo compete a *todos* los miembros vivos de la Iglesia Católica, mas aun *a cada* miembro por sí. En la Iglesia, diversidad de oficios hay que competen a unos y a otros no. Apóstoles hay, doctores hay, profetas hay. y sacerdotes; mas no a todos convienen estos nombres ni oficios. Mas la honra de llamarse *Cristo* no conviene a éstos solos; mas si un hombre pobre, de vil linaje, esclavo, y si otra cosa más baja se puede pensar, recibiere en buen estado aquel sacratísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, es levantado de su bajeza, y a trueco del nombre que antes tenía, es hermoseado y honrado con nombre de *Jesucristo*. «Hagamos gracias a Dios, hermanos—dice San Agustín—, que no sólo somos hechos cristianos, mas *el mismo Cristo*.» Y la glosa (7), sobre el capítulo duodécimo de la epístola a los Corintios, dice: «Por la inefable unión que hay entre los miembros y la cabeza, no solamente somos lla-

(7) La glosa ordinaria.

mados cristianos, mas el mismo Cristo; así los mayores como los menores, son llamados *Cristo*.»

¡Oh soberano Señor! ¿Qué es esto que oyen nuestras orejas? Si David, metido en la consideración de lo mucho que Dios puede, atónito y espantado, dice (*Ps.*, 105, 2): *¿Quién hablará los poderíos de Dios, y dará a entender sus alabanzas?*; si estuviera en nuestra fiesta, y le metieran, con la Esposa (*Cant.*, 1, 3) *en la bodega del inefable amor* con que Dios nos ama, cuánto más saliera de sí, y bailando con su ánima, exclamara diciendo: «¿Quién hablará la caridad de Dios con los hombres, y dará a entender las alabanzas que por ella le son debidas?» ¿Quién podrá hablar como es razón de esta honra que Dios da a los suyos que bien lo reciben, juntándolos consigo y poniéndoles su nombre?

Y pues que esta unión es *inefable*, como dijo la glosa (y es inefable, porque el amor con que Cristo la hace no puede ser conocido cuán grande es, como dice San Pablo) (*Eph.*, 3, 8), ¿qué maravilla que de amor inefable nos venga bien inefable? ¿Y qué maravilla que lo que no se puede comprender con el entendimiento no se pueda hablar con la lengua, pues aun las cosas que bien sentimos no las podemos declarar con la lengua tan presto ni tan bien como las entendemos?

Alabada sea tu bondad, Señor; ensalzado sea tu amor, que tantos bienes nos vienen de él, que son mayores que podemos hablar ni podemos entender.

7.—*La Comunión nos convierte en Cristo.*

¡Oh bocado divino, que ahí estás encerrado! ¡Cuán sobre todo nuestro merecimiento, conocimiento y deseo, nos mantienes y nos ensalzas, convirtiéndonos en ti y haciéndonos uno contigo! ¡Cuán verdaderamente cumples lo que Job (31, 17) dijo: *Si comí mi bocado de pan a solas, y no di parte de ello al huérfano, esto y esto me venga.* El *bocado de pan* que fué dado a la sacra humanidad de Jesucristo nuestro Señor, fué *el Verbo divino*, para que uniese consigo aquella sacratísima ánima y cuerpo en unidad de Persona tan de verdad, que fuese llamado aquel hombre verdadero Hijo de Dios, no adoptivo como los ángeles y como los santos, mas Hijo por naturaleza, y Dios verdadero. Y con-

forme a este altísimo *nombre sobre todo nombre* (*Phil.*, 2, 9) le fué dada la gracia, poderío, y sabiduría, y otros muchos dones, cuales convenía a humanidad sublimada en alteza de Persona de Dios (8). *Vimos*—dice San Juan (1, 4)—*la gloria de Él, gloria cual convenía a Hijo unigénito,* engendrado *del Padre.* Bien pudiera Jesucristo nuestro Señor quedarse con su honra y con sus riquezas a solas, y decir como el rico avariento (*Lc.*, 12, 19): *Ánima mía, muchos bienes tienes para muchos años; come, y bebe y descansa.* Mas no le supo bien comer a solas del bocado honroso y provechoso, y deleitoso que le fué dado, sin que también fuese *el huérfano*—que es el género humano—convidado por Él, y participase de tan excelente manjar. La causa de esto es lo que luego se sigue: *Porque desde mi principio creció conmigo mi misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo.* Estas entrañas tan piadosas, más de lo que se puede decir, constriñeron a Jesucristo nuestro Señor de no contentarse de comer su bocado a solas, mas de ponerlo debajo de accidentes de pan, para que comiéndolo dignamente, gocemos de lo que comió (*Jn.*, 6, 58): *Como el Padre que vive, me envió, y Yo vivo por el Padre, así que el que me come a Mí, vivirá por Mí. Enviar* el Padre al Hijo, es hacerlo encarnar; y por la encarnación, aquella sacratísima ánima, levantada a tener Persona de Dios, vive vida de gracia, por el Espíritu Santo, que, como dice San Juan (3, 34), le fué dado *sobre toda medida.* Y a semejanza de esta santa *misión* o encarnación, hace nuestro Señor con los que bien le reciben, levantándolos a tanta honra, que según hemos dicho, se llamen un hombre, una persona, y una esposa, y un Cristo con Él.

8.—*Comunicación de nombres entre Cristo y nosotros.*

¿Quién osara pedir tal honra, ni aun desearla? ¿Quién dijera que de la sagrada Comunión se sacaba tal honra y provecho? Es unida la humanidad de Cristo con el Verbo divino; y el hombre es Dios, y Dios es hombre; y del hombre decimos que crió el cielo y la tierra; y de Dios decimos que fué crucificado, muerto y sepultado. Porque aunque las naturalezas, una

---

(8) Véase el Tratado 1.º, del Amor de Dios.

divina y otra humana, sean muy diferentes, y miradas en sí, tengan diferentes operaciones y les convengan diversos nombres, mas porque la Persona es una, la voz es una, y se dice del hombre lo que le conviene según Dios, y se dice de Dios lo que le conviene según hombre (9).

Y a semejanza de esto, la Humanidad sagrada de Cristo está unida con el Verbo, y este Verbo humanado se abaja a que le recibamos, para que por este recibimiento seamos levantados a ser una persona y un Cristo místico con Él, de manera que Él tome nuestra naturaleza, y nosotros tomemos la suya.

¿Quién dirá cuánto se humilló el Verbo de Dios cuando descendió de los cielos, y juntó consigo la sagrada Humanidad? Mas no se contentó con esto, como dice San Agustín, con tomar de esta manera nuestra pobreza, mas añadiendo pobreza sobre pobreza quiso Él, siendo Dios y Hombre, abajarse a unirnos consigo en unidad de *persona mística.*

¡Oh baja, causada de alteza de amor excesivo, pues se abajó a tomar naturaleza de malhechores para pagar los pecados de ellos, como si tú, Señor, los hubieras hecho! Y llegó a tanto el disimular tu honra, y vestirte de nuestra deshonra, que diga San Pablo (2 *Cor.*, 5) que *no sabiendo tú* por experiencia *qué cosa era pecado*, el Padre *te hizo pecado* en el nombre, que tan lejos convenía estar de Ti, cuan lejos estaba la obra, como de ello dió testimonio Isaías (52) diciendo, aun antes, Señor, que vinieses al mundo, que *no hiciste pecado,* ni *fué hallado engaño en tu boca* (1 *Petr.*, 2). *Pecado* fuiste llamado y *maldición,* porque saliste por fiador de pecadores y malditos. Y así como el Verbo divino se abaja a ser llamado pasible, mortal, sepultado, y otras cosas muy lejos de Él mirándose a Él, y convenientes a Él porque se abajó a ser hombre: así, Señor, aunque estos tales defectos culpables sean muy ajenos de Ti mirándote a Ti, mas pues te quisiste abajar a unir contigo a los hombres, no es mucho que se digan de Ti los nombres que a ellos convienen. Y pues quisiste que la carne sea una, no es cosa injusta que la voz sea una. Honrado eres Tú, Señor, en Ti; mas tu amor te hizo amar a los deshonrados y pegámoste los nombres de nuestra deshonra.

---

(9) Esta frase aparece truncada, y destruído el sentido en las ediciones modernas.

Y de ahí viene que Tú, tan lejos y apartado de los pecadores en lo que toca al pecar, cuanto está el cielo distante de la tierra, tomas la causa de ellos tan por tuya, que llames nuestros pecados tuyos. Voz tuya es, Señor (*Ps.*, 21): *Lejos están de mi salud las palabras de mis pecados.* Voz tuya es (*Ps.*, 37, 4): *No tienen paz mis huesos delante de la faz de mis pecados.* Y también es voz tuya, que hablas al Padre (*Ps.*, 40): *Sana mi ánima, porque pequé a Ti.* ¿Quién no sale de sí oyendo estas cosas decir a la boca de Cristo: *Pequé a Ti...* y: *delante la faz de mis pecados...?* ¿Quién de sus hijos no reventará de dolor, porque por nuestros pecados fuimos causa que el Señor dijese palabras de tanta deshonra, y pagase por nosotros tan grandes tormentos? Llama el fiador deuda *suya,* no la que él hizo, sino aquella cuya obligación tomó sobre sí. Llama un monasterio deuda *suya* la que hizo su monje. Y dice la cabeza, por muy sana que esté: «Enfermo estoy», porque una mano o un pie estén enfermos. Y así Cristo llama *suyos* nuestros pecados en los pagar, siendo más ajenos en el cometerlos, que está distante la suma alteza del cielo, de la más baja parte que hay en la tierra. Y por esta inefable caridad y humildad con que *se abajó* a tomar persona y lugar de pecadores, *hasta morir muerte de cruz,* son levantados los que de esto se quieren aprovechar a tanta alteza de honra, que tengan la persona de Él, y sean llamados *Cristo.*

¡Oh maravillosa baja del *Verbo divino* hasta hacer Hombre divino, que fué causa que aquella sacra Humanidad fuese ensalzada a tener Persona de Dios! ¡Oh admirable baja, y en alguna manera mayor, abajarse *Dios humanado* a unirse y tomar persona de los pecadores! Porque aunque abajarse el Verbo divino a hacerse hombre es la mayor que puede ser ni pensarse, pues hay distancia infinita desde Él, que es Dios, hasta ella que es criatura, mas es criatura santa y santísima, limpia de todo pecado, y que tiene más abundancia de gracia y de gloria, que los más altos serafines del cielo. Mas nosotros, con quien el Verbo divino se quiso unir, y en cuyo lugar se quiso poner, somos vilísimos pecadores desde nuestro nacimiento con otros muchos pecados que por nuestra voluntad hemos cometido. Y en pago de esta humildad profunda, fué concedido a los hombres tanta honra, tanta alteza, que fuesen incorporados en Cristo y gozasen

de sus bienes y representasen su persona (10). El abatimiento suyo fué en su sagrada Pasión: el levantamiento nuestro en la sagrada Comunión. De aquella hiel que Él gustó viene esta dulcísima miel que nosotros gustamos cuando comulgamos; y su hambre de allí nos harta aquí; sus heridas nos sanan; desnudo estuvo, y aquí nos viste; sed hubo, y aquí nos embriaga; y de aquella piedra, más dura para recibir bofetadas y golpes por nuestro amor que un diamante, nos harta el Señor con esta dulcísima miel, que hace dulces y enternece nuestros corazones, por duros que estén.

Quien esto considerare, verá suelta aquella cuestión que Sansón propuso a los filisteos (*Judic,* 14, 14):

Del que come salió el manjar—y del fuerte, la miel;

y verá cuánta razón tuvo Sansón de decir:

Si no arárades en mi becerrilla, no supiérades soltar mi pregunta (*l. c.*, 18).

Misterios tan grandes como estar Cristo puesto en la cruz representando persona de pecadores, y pagando por ellos, y que de aquella extremada bajeza saliese para nosotros tanta honra, que fuésemos admitidos a recibir en nuestro pecho a Él mismo en persona, y que, haciéndose esto como se debe hacer, seamos convertidos espiritualmente en la persona de Él, y gocemos de sus dones, y seamos llamados Cristo, no lo pudo hacer otro que Dios, ni lo sabrá sino quien creyere a la Iglesia. Cristo es llamado *pecado* (2 *Cor.*, 5, 21) *y maldición* (*Gal.*, 3, 12), *y nosotros*—como dice San Pablo (1 *Cor.*, 1, 30)—*somos llamados justicia de Dios en Él.* ¡Trueco admirable! Y así, es inefable la baja que dió, y es inefable la alteza nuestra. Trocamos personas; hicimos una *compañía,* en que nosotros le dimos nuestras grandes deudas, y Él nos hizo participantes en su muy mayor paga

9.—*¡Oh inestimable amor de caridad!*

Y aunque, según hemos dicho, es inefable esta unión, no podemos—para gloria del mismo Señor, que tanto nos amó, que nos quiso juntar consigo, y para consolación de los hombres que quieren gozar de esta

---

(10) *Chrisost. Homil. 45 in 50 Cyrill. Hierosol. Catech.,* 4.

unión—dejar de decir algo de ella, aunque será mucho más lo que quedará, que lo que se dice.

No le faltaba a la sabiduría de Dios otro modo, y otros mil modos para remediar nuestros males; mas las entrañas de su caridad, entre todos, eligieron éste, más honroso para los hombres, y de mayor confusión para los demonios, y que más declarase la sabiduría y poder, y especialmente su amor con nosotros. Miserable y deshonrada cosa era el género humano, y en tan poco precio estimado del que Dios puso por cabeza de él [Adán], que por precio de una manzana entregó a todo el mundo a la muerte, al pecado y al demonio, y le hizo perder muy grandes bienes. Y a éstos tan despreciados de su propio padre, preciólos tanto el que los crió, aunque ellos le habían ofendido a Él, que se determinó en el Consejo de la santísima Trinidad, que una de las divinas Personas, que es el Hijo de Dios, tomase carne humana, y rescatase a los hombres de su miserable cautiverio, y les volviese los bienes perdidos; y esto no por cualquier medio, sino pagando Él con graves dolores y muerte los pecados de ellos, y comprándoles los bienes perdidos con precio de su misma vida. «¡Oh inestimable amor de caridad—dice San Gregorio—que por redimir el siervo entregaste al Hijo a la muerte!» Y el Apóstol dice (*Rom.*, 8), hablando del Padre eterno: *No perdonó a su propio Hijo;* quiere decir, no lo dejó de poner en trabajos y muerte, *mas entrególo por todos nosotros.*

Admirables son los bienes que Cristo nos ganó; mas muy admirable es el medio con que los ganó, pues Él se dió en precio de ellos; que por mucho que ellos valgan, Él vale más. Dulce manjar comemos cuando nuestra ánima recibe perdón de pecados, y la gracia y dones de Dios; mas cuando consideramos que para gozar de aquellos bienes nos amó Cristo *hasta la muerte, y muerte de cruz,* hínchese nuestra ánima de una dulcedumbre tan grande, que nos acaece como a San Agustín, que no se hartaba de considerar la alteza del consejo de Dios sobre la redención del género humano; el cual fué preciado de Dios, pues fué Dios su precio; y fué lleno de honra, porque como fué hombre el que fué vencido, y cayó, y causa de la perdición de los hombres, también fué hombre el que venció, y los rescató, y remedió (11). *Por hombre*—dice

(11) San León, *Serm. de Passione.*

San Pablo (1 *Cor.*, 15, 21)—*vino la muerte, y por hombre la redención de los muertos.* Y en otra parte dice (*Rom.*, 5, 19): *Como por la inobediencia de un hombre muchos fueron constituídos pecadores; así por la obediencia de otro hombre muchos son constituídos justos.*

Y esta honra del género humano, de tener Redentor que sea uno de ellos, resultó en confusión de la soberbia del demonio, pues que uno del linaje del vencido por él, y más bajo en naturaleza que él, lo venza y destruya, y le saque la presa de entre sus manos (12). Grande gloria fué ésta de Dios, y muy ilustre parécese su perfección y bondad, pues *amó tanto al mundo, que diese su unigénito Hijo* (*Jn.*, 3) para remedio de él, y que lo entregase a muerte, para que los pecadores fuesen justificados, y los enemigos reconciliados, y los que estaban desheredados del cielo, recobrasen la herencia perdida. ¿Quién dirá que estos beneficios pueden crecer, ni que hay más amor que enseñar a los hombres, ni que hay más que pedir ni desear?

¡Alabada sea tu bondad, Señor, que no tiene término! *Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejable a Ti?*—dice David (*Ps.*, 34)—, y aunque en todas tus obras excedes a todos; mas particularmente *en tus pensamientos* amorosos para conmigo, *no hay semejable a Ti* Todo esto hiciste, Señor, por nuestro remedio en señal de tu grande amor; mas como es tu bondad infinita, *aun está tu mano extendida* para hacer otros bienes admirables, de pensar dulcísimos, y llenos de honra y de provecho para nosotros.

10.—*En Cristo Jesús.*

El misterio de que somos redimidos por Cristo, y el desprecio de nuestra bajeza celébrase en el Adviento, y celébrase en la Semana Santa, que se trata de la Pasión, y en otras fiestas particulares. Mas el dichoso misterio, que celebramos en estos días, del Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor debajo de accidentes de pan y de vino, muy diferente es del otro,

---

(12) San León, *Serm. I de Nativ.*

y que añade miel sobre miel, honra sobre honra, y amor sobre amor. Acullá celebramos que somos hechos salvos *por Cristo* y aquí que somos hechos salvos *en* Él. Allí, que Dios se abajó a hacerse hombre y morir por los hombres; aquí, que el hombre es levantado a ser unido con el Verbo encarnado que murió por los hombres.

Y para que esto se entienda mejor, es de notar que, como dice San Pablo (*Gal.*, 3, 16), *la herencia que fué prometida a la simiente de Abraham*—que significa la gloria del cielo, y significa el espíritu, con su gracia y dones, y todo aquello que es necesario de favor para el hombre salvarse—estos bienes de gracia y de gloria fueron prometidos a Jesucristo nuestro Señor, el cual es *simiente de Abraham*, y como dice San Pablo, *no en muchos, sino en uno*, que es Jesucristo nuestro Señor. De manera que ni se da la gracia, ni se da la gloria sino a Jesucristo. Y según esto, dijo el mismo Señor (*Jn.*, 3): *Ninguno sube al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo de la Virgen, que está en el cielo*; y como dice San Agustín, que, «como Cristo sólo descendió del cielo, sólo Cristo sube al cielo». Y conforme a esta sentencia dice San Mateo (3, 16) que siendo Cristo bautizado *le fueron abiertos los cielos*.

Según esto, dice el Señor (*Jn.*, 8, 35): *El siervo no permanece en la casa de su señor para siempre*. Y si este Hijo es Cristo, y Él sólo sube al cielo, y *Él sólo permanece para siempre en él*, como *simiente de Abraham, a quien fué prometida esta herencia*, ¿qué esperanza nos queda a los miserables hijos de Eva de gozar de estos bienes, pues no somos Cristo?

La respuesta es, que los hombres están excluídos de la gracia y de la gloria mirados *en sí mismos*, y en ninguna manera son de ello capaces; mas si se juntan con Cristo, por ser cosa de él, recibirán la gracia y la gloria, si por ellos no queda. Lo cual maravillosamente dió San Pablo a entender cuando dijo (*Gal.*, 3, 16): *No a simientes como en muchos, mas a simiente como en uno*; como quien dice, que la gracia y la gloria no se niega *a los muchos*; mas *estos muchos* no han de estar *en sí* mismos, sino *en uno*, el cual es Cristo; y esta ha de ser la esperanza de los que se quieren salvar, que, como dice el mismo San Pablo, sean de Cristo, y así serán *simiente de Abraham*, y herederos según la promesa.

Mas aunque dice que somos de Cristo, no dice en qué grado puede ser uno de Cristo. En grado de siervo, puede ser casa suya, puede ser vestidura suya; y subiendo más, puede ser pariente, y hermano, y esposa; y sobre todo, aun hay otro grado de unión, por el cual llega el hombre a ser hecho, como declararemos, no sólo cristiano, mas aun Cristo. Y de esta manera le convendrá el ser *simiente de Abraham* y heredero del cielo.

Y porque mejor esto se entienda, pongamos este ejemplo. Unos *vasallos* de un rey le hicieron una traición digna de muerte; y queriendo el rey castigarlos como merecían, púsose en medio el hijo del mismo rey, y con grande amor y compasión de aquellos vasallos, ofrecióse a morir por ellos, suplicando a su padre que aceptase este trueco, y que siendo él castigado por ellos, ellos no lo fuesen, sino que les tornase su gracia que antes tenían, cumpliendo ellos las ordenaciones que el hijo pusiese para gozar de esta su redención. El rey fué de tanta bondad, que por hacer bien a sus enemigos y no condenarlos, aceptó el amoroso ofrecimiento del hijo; el cual muere como lo prometió, y quedan los vasallos, que las dichas ordenanzas guardaron, perdonados de su traición, y recobrada la gracia perdida, con la cual van a pedir al rey lo que han menester y son favorecidos de él; y el mismo hijo que les ganó esta gracia perdida, ruega a su padre que les haga mercedes, y solicita los negocios de ellos.

Y lo que hemos dicho de *vasallos*, podemos también entender de *hijos adoptivos* que tuviese este rey, y que mereciesen muerte por la traición que hubiesen cometido, y que el hijo legítimo, y engendrado de la substancia del padre, les alcanzase con su muerte el perdón y la gracia que antes tenían.

Estos tales, redimidos se llamarán por el hijo, y la gracia del rey alcanzarán por él: unos gracia de *vasallos,* otros gracia de *hijos adoptivos,* según primero la poseían, y por unos y otros ruega el hijo natural, y les alcanza mercedes, aunque ellos tienen su valor delante del rey, y los servicios que le hacen le son agradables a él, y merecen que se les galardone como servicios de *vasallos* o de *hijos adoptivos* del rey.

Si Dios ordenara de esta manera nuestro remedio, bastante nos fuera, pues lo quería Él, y diéramosle gracias, porque nos remedió por su Hijo, y por sus

merecimientos nos tornó la gracia de hijos adoptivos, y méritos de nuestras buenas obras, que habíamos perdido en Adán; y fuéramos a pedir mercedes a Dios con nombre y valor de *hijos adoptivos*; y sobre esto se nos añadiera que el Hijo natural de Dios, Jesucristo nuestro Señor, rogara por nosotros.

Mas no es éste sólo el beneficio que Dios nos hizo, y de esta manera; porque a ninguno da perdón de pecados, ni la gracia perdida, ni valor de merecimiento a sus obras, ni es oída su oración, ni es mirado con los ojos de Dios, ni tiene parte en el corazón de Dios, ni en su gloria, por título de ser hijo adoptivo del rey, como distinto del (13) natural, ni por otro, chico ni grande, que suene propia dignidad o gracia, si no es de Cristo y por Él. Determinóse Dios de no querer a nadie, ni darle su gracia, ni gloria, sino al hombre que viere unido con Jesucristo su Hijo; y que lo que le diere se lo da porque lo ve unido con Jesucristo e incorporado con Él. Y el Hijo, si gana perdón de pecados, si gana gracia, si gana gloria, no la gana como para extraños, sino gánala como para Sí mismo; y cuando ruega por éstos, ruega Cristo como por Sí mismo. La cual sentencia declara el Señor orando a su Padre, y diciendo (*Jn.*, 17): *Quiero, Padre, que el amor con que me amaste esté en ellos, y Yo en ellos.* Que quiere decir que aquel amor con que el Padre amó a Jesucristo, pase a aquellos que están unidos con Él; de manera que el amar a Él, será amar a ellos, y amar a ellos, será amar a Él, por ser uno ellos y Él. Y así aquello que el mismo Señor un poco antes había dicho: *Yo me santifico, Padre, por ellos, para que ellos sean santificados en la verdad*; quiere decir, según San Agustín, que éstos por quien *me santifico*, soy Yo; y santificarme por ellos es santificarme a Mí por ellos; que Yo soy tu Verdad, en la cual ellos son santificados.

Misterio grande, unión inefable, honra sobre todo merecimiento, que el hombre y Cristo sean un Cristo, y que salvar Cristo al hombre y rogar por él, sea salvarse a Sí mismo y rogar por Sí mismo. ¿Quién podrá creer tan grande alteza de honra con que el hombre es honrado, si no mira primero la grande bajeza y deshonra con que Dios humanado fué deshonrado por el hombre? Y de aquello profundo nace esto

---

(13) *Del;* la edición de 1596, *de un.*

alto; y de ponerse Cristo en la bajeza del hombre nace ser levantado el hombre a la alteza de Cristo. Aquí es menester decir lo que San Pablo decía cuando hablaba de algún grande misterio, para que le creyesen (1 *Tim.*, 1): *Fidelis sermo, et omni acceptione dignus.*

Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento y hacimiento de gracias a tal Señor, y tan grande amador de los hombres.

TRATADO 22

La Eucaristía, dulce remedio del alma.

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus.

Aparejaste, Dios, en tu dulzura para el pobre.

(*Psalm.* 67, 11.)

1.—*Introducción.*

Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de coelis, et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine, et homo factus est (1). «Por amor de nosotros descendió de los cielos, y encarnó por Espíritu Santo de Santa María Virgen.» El negocio de juntarse Dios con el hombre es negocio del Espíritu Santo; no intervino obra de varón; como el pan que fué dado a los hijos de Israel en el desierto no fué sembrado ni cogido por mano de hombres; pues a proporción ha de ser lo figurado de la figura. Así como Jesucristo encarnó en el vientre de la Virgen, y no por obra de varón, como el pan que fué enviado del cielo y no sembrado por mano de hombre, así para hablar de este misterio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo es menester en gran manera la gracia y el saber de Dios; que si en alguna cosa sabe poco el hombre, en este tan alto Misterio es. Dice San Pablo (1 *Cor.*, 2): *Quae sunt Dei nemo cognovit, nisi Spiritus Dei.* Las cosas que son de Dios, no las sabe nadie sino el Espíritu de Dios; y si acá las saben, es porque las reveló. Los que tratamos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, hemos menester mucho la gracia para bien tratarlo y para bien aprovecharnos; y los que oímos Misa, para bien la oír; y los que la decimos, para saberla decir; y los

(1) Símbolo romano.

que tenemos fe, para saberla tener; y los que hemos de hablar y oír, tenemos necesidad de la gracia del Espíritu Santo, que mueva nuestra lengua y despierte vuestras orejas. Y porque en el vientre de la Virgen fué amasado este pan, que así se llama, *el pan de la Virgen,* y pues que sabemos que no es avarienta en hacernos mercedes, que bien lo sabe repartir, supliquémosle que nos alcance gracia.

2.—*El misterio de Cristo.*

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus. Estas palabras son en hacimiento de gracias de este bienaventurado y sacro Misterio que gozamos y entre manos tenemos, del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Dicen en romance: «Aparejaste, Señor; aparejaste, Dios, en tu dulzura al pobre.»

Cuando el pecho está muy lleno de afición, háblanse las palabras sin orden y concierto de compostura. Tómame los Cantares (2). Así me parece esto aquí: *Aparejaste, Dios.*

¿Qué aparejó?

Allá os lo habéis vos y Dios, David; parece que allá os lo dijeron, ¿y paréceos que todos lo entienden?

No es tan fácil la respuesta como la pregunta. ¿Qué nos aparejó en este manjar? ¿Qué bienes nos dió aquí?

Sobre esto viene el *Manhú* (*Ex.*, 16, 15), que preguntaron los hijos de Israel: *¿Qué es esto?* ¿Qué es esto que nos ha aparejado Dios, que tanto caso hace de ello el Profeta David?

Poco ha que se puede responder; [esto es], desde que Cristo nuestro Señor instituyó este Santísimo Sacramento; que si antes lo preguntaran, ¿quién supiera responder? Este es uno de los misterios muy escondidos de Cristo, y es tan profundo y escondido, que dice San Pablo que [ni] los ángeles ni los arcángeles no lo supieron, sino cuando lo vieron obrado (*Colos.*, 1). Pequeña respuesta es decir: ¿Qué es esto que aparejó Dios? ¿Qué es esto que ha ordenado? Habíamos menester una lengua de Dios para saber responder. Dice San Pablo (*Ephes.*, 3, 8): *A mí, el más pequeño de los Santos, me fué dada esta gracia,* y me fué he-

(2) Prueba de ello es el *Libro de los Cantares.*

cha esta merced, *que mi lengua predique*, que sea pregonera *de las riquezas investigables de Dios. Hame hecho esta merced*, ¡y tal es ella, y no pequeña!, de predicar yo, y de declarar al mundo, que sea *dispensador de los misterios* y sacramentos *de Dios*, para que amen y conozcan los hombres a Dios, y conozcan sus secretos escondidos, porque este Misterio nace *en la dispensación de los siglos.*

Sobre toda ciencia es y naturaleza, y sobre todo entendimiento; que aunque uno viese toda la orden y naturaleza de las criaturas, no vería este Misterio, porque es más alto que todo ello. Es sobre todas las criaturas, y tan escondido, que quiso que aprendan y sean enseñados los ángeles, y les sea notorio lo mucho que sabe Dios hacer; y esto lo aprendan de la Iglesia. Misterio es grande de Dios que sean los ángeles enseñados, que sean discípulos de los hombres: *Multiformis gratia* (3) *Dei*. Séales notorio lo que aquí se sabe: el saber y *la sabiduría de Dios*, que es en sí una, y en los efectos *de muchas maneras*. ¿Que saben los ángeles este misterio de los hombres? ¿cómo no se admiran los hombres? ¡Discípulos son los ángeles de nuestra Doctrina [y de] nuestra Iglesia! Y ándanlo mirando y remirando; y mil veces nos llaman bienaventurados, porque fuimos dignos de tratar con nuestras manos, y mirar con nuestros ojos este Misterio. Míranse unos a otros: *¿Cómo es esto?*

3.—*La Comunión, remedio de todos tus males.*

Mirad si la pregunta es razonable: ¿Qué ha aparejado Dios?

Responda el que lo pregunta: *Parasti in conspectu meo mensam* (*Ps.*, 22, 5). Del abismo llama al abismo. ¿Queréis saber qué? *Aparejaste en mi acatamiento una mesa contra los que me atribulan.* ¿No más? ¡Bendito sea quien tanto pudo y supo, y tanto bien nos quiso hacer!

Cuando tú alzas los ojos y ves en el altar, que es *la mesa*, el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo, ¿qué habías de hacer? ¡Qué darle gracias! ¡Qué esfuerzo habías de tomar contra todos los vicios! ¡Qué fuego ha-

(3) *Gratia;* el apóstol dice *sapientia*, y así lo traduce Avila.

bía de arder en tus entrañas! Y aunque tuvieses un pie en los infiernos, habías de cobrar fuerzas; y aunque vinieses helado y muerto de frío, te habías de abrasar en amor. Que este santo Sacramento es figurado, según dice Damasceno, por el *carbón encendido* que tomó el ángel del altar, y lo puso en los labios de Isaías (6, 6), con el cual fué limpio. Cuando está el fuego presente huye el frío, y cuando el buen cristiano está presente al Cuerpo y Sangre de Jesucristo, habían de saltar centellas de amor de su corazón, por frío que estuviese. *Caro ignita, caro Christi.* ¿No lo dijeron los discípulos cuando iban al castillo de Emaús? (*Lc.*, 24, 32): *Nonne ardens erat cor nostrum?* ¿Por ventura no era nuestro corazón encendido, en tanto que nos hablaba por el camino? ¿No nos ardía el corazón con fuego de amor oyéndole lo que de las Escrituras nos declaraba?

Pones eos ut clibanum ignis (*Ps.*, 20, 10). En el día del juicio ha de haber *un horno de fuego* que queme a los malos. Antes que venga aquél, hay acá otro *horno de buen fuego* que quema los corazones de los buenos, los purifica y limpia de los pecados. Y quien quisiere escapar de aquél, arda en este otro; que cosa averiguada es que quien viene tibio y frío, si se llega con reverencia a este Santísimo Sacramento, le saltan centellas de fuego, y va encendido; y cuando viene a la Iglesia a recibirlo, se quema en vivo fuego de devoción. ¿Qué habías de sentir, cristiano, cuando lo vieses puesto en el altar por ti?

Aparejásteme, Señor, *mesa contra todos los que me atribulan.*

—Decid: ¿tenéis mucho que sentir? ¿Habéis ofendido a Dios? ¿Qué decís, David?

—Que no haya ya queja en ti, ni mal, ni desmayo, ni miseria, que no sea bastante el pan de esta *mesa que te aparejó Dios* para te lo remediar. No puedes estar tan enfermo, que no vayas sano. No tienes tú tantos pecados, cuanto remedio hallarás en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Allí hallarás fuerza contra tus desmayos, y perdón de tus pecados. Si fueres tentado, afligido, triste y desconsolado, allí hallarás medicina y verdadera salud de todos sus trabajos y enfermedades; finalmente, no habrá en ti tanto mal, cuanto bien allí hallarás; y por eso dice muy bien el Profeta: *Contra todos los que me atribulan.*

Decid: ¿tenéis mucho que sentir? ¿Habéis ofendido a Dios? ¿Tenéis algo que lloréis?

Señor, multiplicadas son las pasiones de mi corazón (*Ps.*, 24, 17). ¿Quién no tiene que sentir? ¿Quién no tiene que llorar de la niñez? ¿Quién hay que entonces hizo algo que ahora no le dé pena? ¿Quién no está lastimado del tiempo pasado? ¿Quién no trae en su corazón hincado un puñal, acordándose de las ofensas de Dios? ¿Quién no tiembla de la hora de la muerte? ¿Quién no teme mucho el temeroso y riguroso juicio de Dios? ¿No anda hincada esta espina en nuestro corazón y en nuestras entrañas: «Señor, si estoy perdonado de Dios? ¿Si estáis bien conmigo? ¿Si os tengo enojado? ¿Cómo me va con Vos? ¿Si me queréis bien? ¿Qué será de mí? ¿En qué tengo de parar?» ¿Quién no es perseguido del demonio? ¿Quién está en paz en este mundo? Todos estamos llenos de guerra.

Que contra todo lo dicho es tan poderoso el remedio que tenemos, que todo es flaco y nada, contra su fuerza. *Aparejónos Dios una mesa en dulzura,* que destierra toda cuanta amargura hay en todo lo demás. Hermanos, el remedio contra todos nuestros males (esto se os asiente en vuestros corazones) Dios-Hombre es. Venid a comer el pan, que os es hoy dado, Dios-Hombre: Hombre, porque lleguéis a Él sin temor, que no os desechará, que se dolerá de vos, que sabe vuestros trabajos, y os consolará en ellos; y es Dios para que sepáis que os puede perdonar y tiene poder para ello, y lo sabrá, podrá y querrá hacerlo. Ase de Él; allégate a Él; recíbelo, que para todo tiene remedio; en todo te ayudará; tú, hermano, ase de Él, que todo es tuyo; que aparejó Dios nuestro Señor mesa contra todos los males, mesa contra todas nuestras necesidades.

4.—*En espíritu blando.*

Bien ha dicho el Profeta: En *dulcedumbre,* en dulzura, en amor y remedio.

Algunas veces la apareja *in spiritu suo duro.*

—¿Qué o cuál es la dureza de su espíritu?

—Leed a Isaías (27, 1). Cuando Dios reprende a alguno, cuando castiga a alguno, cuando lo maltrata,

cuando lo lastima, cuando apareja *vasos* (4) *de muerte* (*Ps.*, 7), cuando ordena castigos de muerte, cuando trata y hace tratar a alguno con rigor de su justicia. todo esto es tratarlo *con su espíritu duro.* No es así acá en esta santa mesa, en este rico convite; sino *en espíritu blando,* en espíritu amoroso, en espíritu de dulcedumbre. No pone en su arco saetas de muerte, saetas de enemistad, sino saetas de vida y de amistad. *Aparejó su arco* (*Ps.*, 7, 13) Jesucristo, su bendito Hijo, puesto en la cruz; desde allí tiraba saetas, que atravesasen nuestros corazones con amor, con fuego de encendido amor y caridad (5).

Aparejó dulzura sobre dulzura, amor sobre amor. Dulce y amoroso se nos mostró en la cruz: dulce y amoroso se nos muestra en el altar.

¡Dulce eres, Jesucristo, en la cruz; dulce eres, Jesucristo, en el altar; en todo eres dulce y amoroso!

¿Qué quiere decir: «Que es cosa, y cosa» que *de la boca del fuerte salió dulzura?* (*Judic*, 14).

Halló Sansón en el camino un león, y matólo; y cuando volvió por allí halló en la boca del león un panal de miel. ¿Qué «cosa, y cosa» en la boca del *fuerte* la *dulzura?* ¿Quién tal pensara, que en la boca del fuerte muerto había de haber dulzura?

¿Quién es este fuerte? El *León de la tribu de Judá.* ¿Quién tal pensara, y quién tal pudiera decir: El fuerte había de morir, y en la boca del muerto se había de hallar la dulcedumbre? El fuerte León murió. El que no podía morir, murió; y en la boca del fuerte estaba la dulzura.

¡Que de la boca del fuerte había de salir manjar para hartar y consolar a los hombres! [Que] nuestro Señor Jesucristo, Hijo de la Virgen, el que anduvo predicando por el mundo, enseñando a los hombres y sanándolos de sus enfermedades, aquel mismo que hacía tantos milagros, que padeció y murió por nosotros, ese mismo, no otro, tengamos acá entre nosotros, y lo miremos con nuestros ojos, y lo tratemos con nuestras manos, y lo recibamos en nuestros corazones! [Que] esté y more entre cosas tan bajas, como nosotros somos! ¿Quién tal pensara, si no estuviera hecho, que

---

(4) *Vasos:* instrumentos.

(5) Preciosamente desarrolla el autor este asunto en el *Tratado del Amor de Dios,* pág. 21, y en el *Tratado de la Asunción de nuestra Señora.*

a este tan alto Señor lo tratemos, y que lo conversemos, y le cantemos cantares?

No diga nadie, «Dios es riguroso», o que «Dios no es manso»; no lo digas. ¿Que no sabes cómo estás con Dios? No tengas ya temores, no huyas de Él, mira cuál viene, y mira con qué amor viene; no riguroso, no cruel, sino amoroso y manso, y lleno de todos los bienes; y ganoso de te dar a Sí mismo (*Zach.*, 9).

¿Quién sabrá tantear ni pensar aquesto? Una lengua del cielo había de venir para hablar de este sacrosanto Misterio. ¿Habéislo pensado? ¿Habéis caído en ello? Creo que no, ni tal os pasa por el pensamiento. ¡Cuánto (6) habría que estudiar en esto; que sale Jesucristo y va a visitar un enfermo y pobrecito; que no se desdeña aquella Majestad de ir a su casa, y yo no lo hago! Bendito seáis Vos, Señor, que vais sin asco y sin desdén a visitar al buboso, y al pobre, y al llagado, y al leproso; a todos cuantos hay por ahí que os han menester. Señor, que andáis visitando los enfermos, los que hieden, ¡y no os dan en rostro! Aun no os lo digo por lo del cuerpo, que peores y más hediondas enfermedades son las del alma. ¡Oh bondad y paciencia grande de Jesucristo, que quiso morar con tales como nosotros!

Y lo peor es, que *aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens et rugiens* (*Ps.*, 21, 14). En esto veréis quién es Dios, y cuánta fué su paciencia, y cuánto es lo que cada día nos sufre y disimula. Grande fué la Pasión y trabajos que por nosotros padeció, y muchos fueron los tormentos y afrentas que colgado en la cruz padeció; pero mayor espanto es, y mayor su paciencia; pues sufre que comulgue aquel en pecado, y que el sacerdote le reciba y se llegue a aquel santo altar y sacrosanto Misterio, sucio y sin aparejo alguno. ¡Oh Señor! ¡y que te dejas tratar de tales manos! ¡y que tienes paciencia para sufrir que lleguen a Ti! ¡y que llegue a Ti la boca sucia, y las manos sucias, y el corazón que te ofendió! ¡que te tome aquella sucia boca! ¿Qué es sino que *abrió el león su boca para tragarte?* León, y peor que león es el que tiene el corazón airado; y el otro es dragón que tiene el corazón malicioso: y el otro es toro, el que es desobediente. Todos éstos, Señor, todos *te han cercado,* todos *abren la boca* para te tragar; ¡y calla el Cordero

---

(6) *Cuánto;* la edición de 1596, *Qué.*

manso, calla y no dice palabra, como si lo tratasen manos buenas, y buena boca, y limpio y honesto corazón!

Gran merced fué, por cierto, quedarse acá con nosotros. Grande cosa quedarse el médico para nuestras enfermedades; el médico de nuestras almas y conciencias; el pastor de nosotros que somos sus ovejas: y nuestro padre que nos consuele, y tal arrimo para que nos esfuerce y dé aliento, y nos haga sombra y espaldas en todas nuestras necesidades. ¿Qué nos falta teniendo acá a Cristo? ¿Qué hay que desear? Nada nos falta, todo nos sobra, ricos estamos, sanos y bienaventurados, y llenos de todo bien.

5.—*Qué hace Cristo en la Eucaristía.*

Cuenta Baruc (3, 38) por gran cosa, que *conversó* Jesucristo una vez acá *en la tierra con nosotros,* y que habló y estuvo entre nosotros. Mas cierto es, y más hay que espantar de verlo obrar las obras que cada día obra en su pueblo cristiano. Porque entonces en sola Judea *conversó,* y anduvo y predicó; y ahora no solamente en Judea, pero en todo el mundo. ¿Quién os podrá contar lo que acá cada día gana Jesucristo y remedia; lo que levanta, lo que sustenta, lo que anima, lo que consuela? Todo lo mira, todo lo ve, todo lo conoce; lo pasado, lo presente, lo por venir; en todo lugar está, a todo responde. ¡Cuántas veces te da buenos pensamientos! ¡Cuántas, por oír una Misa, por hacer una buena obra—y muchas veces sin hacerla, antes estando descuidado y olvidado de Él—, te despierta y te llama, te da una aldabada que te hace volver como espantado. ¿Qué es esto? Que Jesucristo —¡bendito Él sea para siempre!—te llama, te quiere bien y te busca. Que así se convierten ahora ánimas a Él, como cuando andaba predicando en carne por el mundo, y así obra ahora en las ánimas aquellos milagros y sanidades, como entonces las obraba en las enfermedades de los cuerpos.

¡Cuántas veces te hallas tentado gravísimamente, lleno de miserias, enfermedades, llagado; llégaste a Él, llámaslo, confiésaste, tómaslo en tu corazón sacramentalmente, y quedas consolado, fuerte, lleno de alegría! ¿Qué lo hizo esto? Cosa maravillosa, que así lo hace ahora espiritualmente, como lo hacía viviendo en la carne mortal.

6.—*Contra los deleites mundanos.*

Aparejado has, Dios, mesa en tu dulcedumbre. ¿Qué apareja Dios nuestro Señor? ¿Y a quién tal convite, tal mesa llena de tantas y tales dulzuras, llena de tantos remedios para todos nuestros males y para todos nuestros desmayos?

Grueso es el pan de Aser (7), *y dará deleite a los reyes* (*Gen.*, 49, 20). Suelen comer los reyes pan muy blanco y muy cernido, amasado de la flor de harina. Así es este Pan; grueso, lleno de grosura, lleno de dulzura; es flor; es masado (8) con mil gracias y bendiciones; si bien lo tomas, si bien lo recibes, alegra, da contento, sana, limpia al que lo come. El pan de acá [el pecado] pocas veces harta; pocas veces sentirás sabor y dulzura y deleite. Si bien te sabe, pagarlo has, porque Él dijo del pecado (*Prov.*, 5, 4): *Más amargo es que los ajenjos*. más amargo que otra ninguna amargura.

—Padre, ¿pues cómo no lo siento eso?

—Eso es más de espantar, pues gran verdad es lo dicho; señales tienes de muerte, pues no lo sientes. ¿Hante herido mortalmente, y no lo sientes? ¿Hante llagado tan cruelmente, y no lo sientes ni te duele? Espera, vendrá la hora de la muerte; vendrá día, cuando todas las cosas se vean en su propio sentido, y se conozcan verdaderamente; y tan grande como fué tu descuido, tan grande será el castigo y tormento que durará para siempre jamás; lo que presto y en un momento se acabó, durará su pena y tormento cuanto Dios fuere Dios, que no habrá fin. ¡Oh malaventurado el que por tan pequeño rato se atreve a echar sobre sí penas eternas, penas que nunca se han de acabar, penas que no han de tener remedio! Que esta es la mayor pena que los malaventurados han de tener; la certidumbre que tienen que aquellos tormentos y penas no han de haber fin ni remedio, ni jamás han de salir de allí, ni han de gozar de bien alguno.

Nace el río Jordán en el monte Líbano, corre con grandísima prosperidad y frescura; y el que nace en

---

(7) *De Aser;* así el texto bíblico; la edición de 1506, *del Rey Asuero.*

(8) *Masado*: amasado.

monte tan lindo y tan oloroso y tan tenido (9) y nombrado de todos, va a parar y acabar en la hediondez y suciedad del mar Muerto. ¿En qué andas? ¿En qué piensas? ¿En qué han de parar tus vicios y tus deshonestidades? Aunque muy florido y muy próspero te parece que estás; aunque se hace ahora todo a tu contento, vendrá un día, vendrá una hora en que se acabe esa corriente de maldades que tienes, y no puedas más murmurar, no puedas ser más deshonesto, no puedas más robar, no puedas más trasegar (10). Acabarse han tus males, acabarse han todos tus deleites; pero no se acabarán los tormentos que por ellos te darán para siempre (*Joel,* 1, 5): *Espersgiscimini ebrii.* «¡Despertad todos, *llorad y lamentad, todos los que bebéis vino en dulzura, porque pereció de vuestra boca!* Los que estáis fuera de seso, los que estáis embriagados con el vino de las cosas y placeres de este mundo, ¡despertad! Los que no tenéis cuenta con Dios, los que ahora os reís, los que jugáis, los que andáis en pasatiempos, y en alegrías, y en convites, en comidas y en bebidas, ¡lloraos, mesaos!, que día vendrá que os quiten la copa de vuestra boca; día ha de venir que se acabe todo esto a vuestro pesar.

Di, ¿para qué quieres gozar de cosa que tan caro te ha de costar y tan presto lo has de perder? Mira que eso en que ahora te deleitas, eso que tanto te agrada, eso que parece que viene con hábito de amigo, enemigo mortal es; finge ser tu amigo, finge ser dulce, finge que te quiere bien; y es amargura, y es tu capital enemigo. Míralo con cuidado, míralo bien; no mires a lo que parece, sino a lo que viene escondido; parece hermoso pero encerrada trae gran fealdad. Cuando te viniere a engañar, dile: ¡Ah, traidor, que bien os conozco! Convidáisme con amistad, y sois mi enemigo como otro Joab (2 *Reg.,* 20, 10); decís que traéis vida, y traéis muerte; decís que habéis de durar mucho, y antes que comencéis sois acabado.

7.—*El hombre come Pan de ángeles.*

¿A qué propósito esto? Los que sois amigos de riquezas, los que sois amigos de honra, los que queréis

---

(9) *Tenido:* estimado; tenido en tanto.
(10) *Trasegar:* trastornar.

tener y gozar de deleites, los que queréis ser regalados, veislo aquí todo eso, veis aquí riquezas, veis aquí honra, veis aquí deleites y regalos. Todo cuanto deseas, todo cuanto buscas, todo junto está aquí en este convite; pan dulce, pan sabroso para el pobre, para los reyes. Hay hombres tan delicados, tan regalados, que no pueden comer sino manjares así delicados. A los señores y a los reyes, el mejor pan y el más blanco se les da, grueso, deleitoso.

¿Qué es esto que habéis hecho, Señor, entre nosotros? ¿Qué misericordias son éstas? ¿Quién lo podrá decir? ¿De este arte vino el maná? Estaban los judíos muy ufanos porque el Señor les había dado aquel pan. Dijo Jesucristo: *El Padre* eterno *os dió este Pan,* no del aire, sino pan *del cielo* (*Jn.*, 6, 22). ¿Qué queréis decir? Que dió Dios a los hombres *Panem angelorum* (*Ps.*, 75, 25). Dióles pan de ángeles, pan de dulzura. *O res mirabilis! Panis angelicus fit panis hominum!* (11). ¡Oh cosa admirable! ¡Oh cosa nueva y muy maravillosa, que el pan del cielo, el pan que allá comen los ángeles, coman acá los hombres! Gozan los ángeles de este bendito Pan, y comen de él y gozan de la divinidad de Jesucristo, y gozan de su santa humanidad; y este gozar es comer y ser bienaventurados.

—Padre, si es pan de reyes, ¿cómo se da a los pobres? Si es pan de altos, ¿por qué se da a los bajos? Si es pan del cielo, ¿por qué se da en la tierra? ¿Qué mercedes son estas que le hacéis al hombre? ¿Qué misericordias estas que le concedéis?

—Cuando Dios crió a nuestros padres primeros en el paraíso, dióles manjares con que se mantuviesen, que fueron aquellas frutas. ¡Qué gran merced fué, Señor, la que entonces hicisteis en darles manjar! Pero también se lo disteis a las bestias, que todas comían de él; no es eso grande honra. Si me convidase el Emperador o el Papa y me sentase a su mesa, ésta sería honra; pero sentarme con una bestia, no fué aquélla honra, sino aquésta que Jesucristo nos hizo cuando dijo: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo* Ahora nos sentamos a una mesa los ángeles y los hombres; todos comemos un manjar, todos comemos de un pan y de una dulcedumbre.

Pues que todos comemos de un manjar, ¿en qué

(11) Del himno *Sacris solemniis.*

diferimos? En que los ángeles comen clara y abiertamente, y los hombres lo comen por fe.

Aparejado has, Señor, al pobre, manjar en dulcedumbre. Si no tienes qué comer, si no tienes qué vestir, si estás muy pobre, si estás afligido, si tienes fatigas, si estás lleno de tentaciones, mira y goza de estas palabras. *Aparejaste al pobre, Señor, en dulcedumbre.* ¿Qué quiere decir esto? Que así como el pan que envió Dios del aire, el maná que envió a los hijos de Israel, era tal y de tanta virtud, que los mantenía y cumplía sus apetitos y hartaba, dándose a cada uno en aquella forma de sabor que había menester y lo deseaba, así ahora este Pan bendito, este Pan de ángeles, este Pan del cielo da alegría y consuelo, y enriquece, y sana, y da vida, y resucita; finalmente, que en cada uno obra lo que ha menester. ¿Que te falta consejo? Ven a Jesucristo. ¿Estás pobre? Ven a Jesucristo. ¿Estás tentado? Ven a Jesucristo. No haya cosa, no haya necesidad, con la cual no vayas luego a Jesucristo; en Él y no en otro, está el consejo, el remedio y ayuda contra todos los males, y el que sabe, puede, y quiere darte y hacerte todos los bienes.

Tocó Jonatás con el cabo de la vara a la miel, y en gustándola se le alumbraron los ojos (1 *Reg.*, 14, 27), y luego vió, y tomó esfuerzo. Ciego estás; pero luego en tocando que toques (12) aquella dulcedumbre del Cuerpo de Jesucristo, luego serás alumbrado de tus ignorancias, y serás fuerte para [per]seguir a tus enemigos. Anda a Cristo con todas tus necesidades, ve a Él, y saberte ha a todo lo que has menester; cómelo, recíbelo.

—¡Oh Padre, que estoy muy tentado de la carne; en grande aprieto me pone; rocío del cielo he menester, que mate y apague en mí el fuego de los deseos malos y tentaciones.

—Ve, hermano, al Cuerpo de Jesucristo, llégate a él, que allí está tu remedio. Mirad no se os olvide esta palabra, acordaos de ella para siempre: La carne de Jesucristo nuestro Señor tiene más fuerza para las tentaciones de la carne, que otro ningún remedio; mata las concupiscencias y desordenados y malos movimientos; destierra los malos pensamientos, y como agua, mata y apaga el fuego de nuestros corazones. Más fuerte es esta carne virginal de Je-

---

(12) *En tocando que toques:* apenas toques.

sucristo para darnos fuerza y gracia, que la de Adán para enflaquecer y matar. Mayores fuerzas hay en Cristo para vencer, que en demonios, mundo y carne para tentar. Vete, hermano, vete a Él, no pierdas tanto bien (13).

8.—*Preparación para comulgar.*

—Padre, ¿qué haremos para gozar de aquella mesa?

—Que pues Dios con tanto amor se ha aparejado, también tú, hermano, te aparejes, que te laves las manos, que limpies tus obras; porque gran limpieza y gran cuidado se requiere para llegarte a tan gran limpieza. ¿No veis cómo el sacerdote se lava los cabitos de los dedos cuando dice Misa? para dar a entender que aunque esté limpio, todavía es menester limpiar los extremos de los dedos cuando dice Misa, que son los pensamientos. Las cositas, por pequeñas que sean se han de limpiar. Y hemos de estar muy recogidos, recogidísimo y hecho ángel ha de estar el que allí fuere al altar a decir Misa, y tratar a Jesucristo con sus manos.

Cuando nuestro Señor quiso dar la Ley a su pueblo dijo a Moisés (*Ex.*, 19): *Diles de mi parte, que se limpien, que aviven, que estén con grandísima reverencia.* Pues si para ir a recibir la Ley que le daba un ángel, era menester tanto cuidado y tanto aparejo, ¿qué tal os parece que debe ser el aparejo que se requiere para tomar al Dador de la Ley, y para tratar con nuestras manos y mirar con nuestros ojos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Hermanos, si queréis, estos ocho días nos aparejemos, y tengamos un poco de cuidado y de agradecimiento a las misericordias del Señor; no pequemos, no murmuremos, no seamos sucios; y todo por su amor, y por reverencia del mucho amor que Él nos tiene, pues se quiere estar entre nosotros.

¡Señor, siquiera por esta merced de estar ocho días así como estás entre nosotros, no quiero pecar, quiero dejar de ofenderte!

¡Oh, si vieses aquellas entrañas de Jesucristo nuestro Señor cuáles andan encendidas y abrasadas en el amor de los hombres, y aquel Real Corazón tan amo-

---

(13) Véase el AUDI, FILIA, cap. 10.

roso para ti, y por ti, que si fuese menester que lo azotasen, y coronasen, y le pusiesen otra vez en la cruz por ti, de muy buena gana lo haría por ti, como lo hizo el Viernes Santo!

¡Que vengas Tú a mí a convidarme, Cristo, y a rogarme, y que vuelva yo las espaldas! ¡Que llames, y que me haga sordo! ¡Que me ames, y que te aborrezca! ¡Que me hables, y que no responda! (14). ¿Qué es esto, hermanos? ¿qué es esto? ¡Vergüenza, vergüenza! Por reverencia de Jesucristo, siquiera esta santa Pascua os aparejad, y os limpiad, para que cantemos y hagamos fiesta, y demos muchos loores y gracias a Aquel que tantos bienes y misericordias nos ha hecho en esta Pascua—que así se llama—; para que os perdone, para que os consuele, para que os dé fuerzas. No se pase en balde y sin fruto esta gran fiesta; no se pase sin que recibáis mercedes, sin que recibáis dones, que dároslos ha, y haceros ha misericordias.

---

(14) *No responda;* la edición de 1596, *me haga sordo.*

TRATADO 23

UN CASO DE CONCIENCIA SOBRE LA COMUNIÓN.

Pregunta: Si alguna persona pidiese a su Prelado o cura que lo comulgase muchas veces en el año, si el tal Prelado o cura es obligado a comulgarlo cuantas veces lo pidiere, no habiendo legítimo impedimento.

1. Mi parecer (salvo mejor juicio) es, que no habiendo legítimo impedimento, el Prelado (en nombre del Prelado entiendo cualquiera que tiene cargo de administrar el Santísimo Sacramento de la Eucaristía) es obligado a darlo a su súbdito cuantas veces le pidiere. Lo uno, por razón del nombre, que es *sacerdote*, que *da cosas sagradas* o Sacramentos; ¿y cuál mejor, ni tal como el de la Comunión?

Lo segundo por razón del amor que debe tener a Dios. *Si le ama, apaciente sus ovejas* (*Jn.*, 21). ¿Y qué pasto? El que el mismo Dios dice: *Mi Carne es verdaderamente manjar* (*Jn.*, 6).

Y el que este Santísimo Sacramento niega, es *injusto*, porque le niega lo que con tanta justicia se le debe, como Santo Tomás dice, que «El cristiano tiene tanto derecho para pedir el Santísimo Sacramento, que ni su Prelado se lo puede negar, si no fuese por pecado público. Pidiéndoselo en público se lo ha de dar; cuanto más debe al que con devoción se lo pide.»

Es *cruel*, porque quita el pan a su hijo, al cual es obligado a mantener con manjar espiritual, mucho más que el padre carnal a su hijo con pan material, de quien dice el Apóstol San Pablo (1 *Tim.*, 2) que *el que no tiene cuidado de los suyos, mayormente de los de su casa, es peor que infiel.*

2. ¿Pues qué diremos del Prelado que no trabaja y procura que sus súbditos frecuenten la Comunión, y

más cuando ellos la vienen a pedir con devoción, no habiendo impedimento y la niega y no se la quiere dar? Que pues la Escritura (1 *Reg.*, 2) condena a *grave pecado* los muchachos que apartaban a los hombres del sacrificio; no con menos razón debo condenar al tal Prelado, que niega el pan de vida a su hijo, a pecado. No siento excusa que le poner, sino traerle razones que manifiesten su ceguedad, y que a dar la comunión le compelan. Lo uno, porque la comunión siempre es buena de parte del Sacramento, y por eso hace bien de comulgar; porque de la disposición interior, ninguno hay mejor médico que cada uno de sí mismo, viendo que aprovecha en amar a Dios, y en virtudes, no quitándole la reverencia. Que presunción es grande pensar de uno que viene indispuesto y mal aparejado. Aunque otro pecado no hubiese sino éste, es grande.

Cuanto más que le estorba tantos bienes como de la santísima Comunión alcanza. Alcanza salud para el ánima, medicina espiritual para las enfermedades, con que sus vicios se curan, sus pasiones se refrenan, las tentaciones se vencen y disminuyen; dase mayor gracia, la comenzada se aumenta, la fe y esperanza cobran fuerzas, la caridad se acrecienta, impídese de caer.

Yo no sé por qué ponen tasa en la Comunión, pues el glorioso San Agustín (1) no osa condenar a los que comulgan cada día, ni reprender; y la causa es, porque si está aparejado, es bueno; y si no es malo. Y también amonesta, que comulguen cada domingo; y esto no a sacerdotes, sino a todos los cristianos. Así lo entiende Santo Tomás en la tercera parte. Pues si este glorioso Santo no osa reprender, antes lo amonesta, ¿por qué el Prelado lo veda, o no lo quiere dar, que es más que reprenderlo? El Prelado que tal niega, ni es aparejado para comulgar a ninguno que comulga, ni lo procura de estar, y así no se puede contar entre los siervos de Dios, y hace contra los Doctores sagrados, y contra la inspiración del Espíritu Santo, y contra la caridad, que es fin de todo mandamiento, y daña a su oveja, y hace contra la institución de la Iglesia. La cual en decir que todos los fieles comulguen, a lo menos una vez en el año (2), da claro a en-

(1) *Lib. de Deffinit. Ortodox. fidei,* c. 21.
(2) *C. Omnis utriusque sexus.*

tender que no estorbe, antes aconseje; y estas veces no tasa diciendo, *tantas veces,* mas cada y cuando que uno viniere aparejado para ello. En otros tiempos era mandamiento de la Iglesia so pena de ser alanzados de ella quien no comulgase cada día de domingo después de haber comulgado el sacerdote; y después fué mandamiento comulgar las tres Pascuas del año, y ahora una. Y aunque aquellos mandamientos no obliguen como mandamientos ahora, quedan como buenos y santos consejos de la misma Iglesia; y quien a este mandamiento pone tasa, presuntuoso es, y no conforme a su Madre la Iglesia, pues quita el pan a quien ella no lo quita.

Y es tanto mal poner esta tasa a la Comunión, que no solamente va contra los Doctores de la Iglesia, mas aun contra el mismo Dios. Pregunto: cuando alguno dice con devoción que le comulguen, ¿de dónde diremos que procede el movimiento de aqueste que pide la Comunión? Claro es que no del demonio, pues es obra tan contraria a él, que dice San Ignacio en una de sus epístolas que por la frecuentación de este Santísimo Sacramento son reprimidas las fuerzas de Satanás. Y San Juan Crisóstomo (3) dice que «cuando salimos de comulgar, salimos terribles a los demonios, como leones que echan llamas de fuego». Y si decimos que es de movimiento humano, tampoco; porque no es de hombre creer el Santísimo Sacramento, siendo un Misterio en que tan poco valen los sentidos y razón natural, mas es obra de pura fe infundida de Dios. Y quien con devoción lo pide, da testimonio que lo mueve Dios a creer y a que lo ame. Y de este comulgar se sigue que quiere perdonar a los que mal quiere, y pedir perdón a los que había enojado, y enmendar su vida, y crecer en buenas costumbres; que así lo hace quien bien se apareja. Pues el deseo y propósito firme de salir de pecados, y enmendar su vida, y ponerlo por obra, y creer el misterio de la Eucaristía, no es pues este movimiento humano, mas del Padre Eterno, del cual dice el Hijo (*Jn.*, 6): *Ninguno puede venir a Mí, si mi Padre no le trajere.* Y es también del Hijo, del cual se dice que es sabiduría que alumbra el entendimiento con fe; del Espíritu Santo, el cual mueve el amor; y por mejor decir, es de la Santísima Trinidad, que indivisamente mueve al

---

(3) *Homil. 61 ad pop. antioch.*

hombre al bien. Pues veamos: ¿quién será aquel que ose vedar su buen propósito a éste que viene a comulgar? ¿Qué fuerzas tenemos para contradecir a quien nos crió, que mueve a éste para aquella obra que el Prelado estorba?

Y si decimos que no sabe que le mueve Dios, respondo que pareciendo en él devoción, y no estando en pecado público, hase de creer que viene movido por Dios; y resistir a esto es resistir a Dios, y es digno de muy grave penitencia.

Una cosa tengamos por averiguada; que le demandará Dios todos los pecados que éste hiciere porque no comulgó, y todos los bienes que deja de hacer, los cuales es cierto que no son pocos; porque no hay persona que no se aparte de algunos males y haga algunos bienes en la Comunión. Todo lo cual se quita a Dios, y *en lugar de coger, derrama* (*Mt.*, 12). En especial, siendo el oficio del Prelado encender en amor de Dios, enfría lo ya encendido; y siendo puesto para hacer crecer, quita el mantenimiento; y finalmente, habiendo de *ser con Cristo, es contra Él.*

Si quitar al prójimo el pan, y la vestidura que ha menester, y el fuego con que se calienta, y quitarle el consejo y otros semejantes bienes, es contra la caridad, ¿qué será quitar al prójimo, no pan de tierra, sino de cielo; no para vivir cuarenta años, mas para siempre? Y si la restitución ha de ser conforme al bien que al prójimo se quita, ¿qué se podrá restituir al que quita al mismo Dios? Quítase al prójimo fuego con que se calienta cuando está tibio. Como dice Juan Gersón, no hay ejercicio con que más se encienda la devoción, como la sagrada Comunión. Y no es menester para esto alegar Doctores, porque un rufián dirá que cuando comulga se halla más devoto. Y no sólo es fuego que gasta nuestra tibieza, mas es vestidura que nos cubre; Maestro que enseña, a los que lo reciben, muchas cosas que ignoran; es consuelo de tristes, fortaleza de flacos; es dador de innumerables mercedes a la posada donde es recibido; y esto no lo limita una vez en el año o en el mes, mas cada vez que le dieren posada la paga muy bien. Oso decir que no hay mayor bien que éste que al prójimo se quita, porque es el mismo Dios. Y pues Dios manda (*Rom.*, 12, 20) que *si tu enemigo hubiere hambre le des de comer,* ¿por qué se le quita este pan, no a enemigo, sino a amigo, e hijo espiritual, mayormente pidiéndolo con

tanta devoción? ¿Por qué niegan al que es todos los bienes?

Cuanto más que es cosa acaecedera, que cuando éste viene a comulgar traiga alguna grande necesidad y venga por remedio a la Comunión para no caer en algun pecado mortal. Los experimentados saben bien esto, que no hay tal remedio en los remedios, para cuando uno anda en cometer algún pecado, como traerlo a confesar y comulgar, porque allí recibe medicina preservativa para no caer. Pues si viene con esta necesidad, si se le quita el remedio tan necesario y cae en pecado, cierto es que aquel fué causa de su pecado, que le quitó su remedio, y comprenderle ha lo de San Ambrosio: «Si no dieres de comer al que muere de hambre, tú le mataste.» De donde parece cuánto mal está encerrado en estorbar o no dar la comunión cuantas veces el cristiano la pide, no habiendo impedimento, si viniese el prójimo [por no comulgar] a cometer pecados mortales, siendo obligado a perder la vida por evitar uno, mayormente siendo su hijo. Aunque otra razón no hubiese mayor que ésta para decir que tal Prelado hace mal, es ésta muy suficiente para lo afirmar, pues está aparejado para negar indistintamente el remedio que puede librar de pecado mortal a su súbdito.

Y si alguno dijere que aunque el comulgar sea muy buen remedio para no pecar, pero no necesario, porque sin comulgar puede remediar que no peque, respondo a esto: Lo uno, que no es esa voz de Prelado; que él ha de dar a su oveja el remedio mejor y más fácil que pudiere hallar. Lo segundo, porque aunque otro remedio sea posible, puede ser el caso tal, que probablemente se puede creer que comulgando alcanzará preservación de pecado por la gracia que en el santo Sacramento se da; y no comulgando pecará, aunque pudiera no pecar si quisiera. Todo lo cual puede acaecer muchas veces por ser tanta la diversidad de las conciencias; y por eso cerrar la puerta a todos, sin saber las necesidades de cada uno, ¿qué otra cosa es sino negar el remedio que librara del pecado, y dejar el pastor a su oveja en la boca del lobo?

Y si el Prelado tuviese el celo que del aprovechamiento de sus ovejas debe tener, él rogaría que muchas veces comulgasen; que, según la experiencia, tanta diferencia hay de los que comulgan a los que no,

como de buenos a malos. En lo temporal no hay hombre que no desee que su viña sea la mejor que pudiere. ¿Cuál es el Prelado que no desea que sus súbditos sean muy perfectos, pues que es obligado a procurar la bondad y remedio de ellos? Y el que esto no hace, da causa que piensen de él, que no quiere el aprovechamiento de las ovejas, sino el esquilmo de ellas, y que las quiere llevar por el camino de la perdición en que él va.

Y no solamente es dañoso a sus súbditos, que les quita este bien, mas a los vivos y difuntos; por los cuales ruega uno comulgando con mayor eficacia que sin comulgar. No se sirve a Dios en quitarle el servicio que con comulgar recibiera; hace contra su propio oficio, que es despertar a la perfección; es causa de muchos males, e impedimento de muchos bienes, y quiere medir con una medida a los que son muy diferentes. Aunque algunos hay que no les está bien comulgar sino de año a año, entre muchos hay de muchas maneras; hay algunos aprovechantes, y otros muy perfectos; y así no se deben llevar por una regla, pues se muestran en sus buenas costumbres.

Y si alguno hubiere que se escandalizare de ver comulgar muchas veces a su prójimo, digo que este escándalo es gran mal, que no se debe creer de ninguno que cristiano sea. Y si alguno hubiere tan malo, que de lo que había de tomar ejemplo se escandalizare, no se debe hacer caso de aquel escándalo, mayormente que es escándalo de fariseos.

Estas cosas miradas, no se debe negar la comunión, sino rogar que todos comulguen y se aparejen cada día (4).

---

(4) Para entender el alcance de este Tratado 23, óigase a Fray Luis de Granada *Vida del Padre Maestro Avila*, parte II, párrafo 8.º: «Predicó muchas veces encomendando la frecuencia de la Sagrada Comunión, y esto en tiempo que no la había en la tierra. Por lo cual padeció muchas persecuciones, así de los perlados como de otras personas que extrañaban este negocio... Mas... se opuso contra todo el torrente del mundo, teniendo por dichosas las tempestades que por esta causa contra él se levantaron.»

TRATADO 24

EMPEÑO DEL AMOR DIVINO.

(Fragmento.)

Yo los traeré en las ataduras de Adán.
(*Os.*, 11, 4.)

1.—*Lucha el amor divino con nuestra ingratitud.*

Es tan grande nuestra ceguedad, que gozando de una lumbre, no miramos la hacha de donde viene, conforme a los animales que pacen la hierba sin alzar los ojos a agradecerlo a quien se la da. Grande es la ceguedad del humano corazón, y de la ceguedad le viene la dureza. Porque, pues una piedra es cavada con dar muchas veces gotas de agua en ella, más sería ablandado el corazón, si conociese cuán sin cesar recibe mercedes de la mano de Dios nuestro Señor. La piedra no siempre es herida con la gota de agua; mas acá no hay momento en que la misericordia y largueza del Señor no esté lloviendo en ti nuevas mercedes. ¿Qué se dirá a esto, sino lo que con mucha razón dice Dios, que *los traía en sus brazos, y ellos no conocieron que Él tenía cuidado de ellos* (*Os.*, 11, 3); y no lo conociendo, son hechos olvidadizos, y de olvidadizos desgraciados e ingratos?

Y es tanta la bondad del Señor, que aun pasa adelante en su bondad, no obstante nuestra maldad; nosotros a olvidarle, y Él a hacernos mercedes, para que así provocados, dejemos un día u otro nuestra dureza, y le seamos blandos, agradecidos y humildes. *Yo los traeré*—dice Dios—*en cuerdas de hombre, y en prisiones de amor.* ¿Y qué son *cuerdas* para traer *a hombres?* No sogas, no maromas, sino beneficios; porque más fuerte cosa es para traer a hombre, si insensible

no es, el verse beneficiado de mano de otro, que una muy recia maroma para traer al animal. Multiplica Dios mercedes dándonos bienes de diversas maneras para que vayamos a Él; y todavía nuestra maldad olvida sus dones, y con parecerle que son cosas usadas, no mira en ellas, cuánto más agradecerlas.

¿Qué haréis, Señor, que no hay cuerda que lleve a vos gente tan desagradecida? El yugo rompen; de Vos se olvidan días sin cuento.

Yo los atraeré—dice Dios—*con prisiones de amor*. ¿Y qué son éstas, sino los beneficios que Dios nos hizo descendiendo del cielo, haciéndose nuestro hermano, y trabajando y muriendo por nos? Estas cadenas son prisiones hechas con amor, y tal amor que no lo hay mayor, pues quiso dar su vida por el bien de los que amó.

¿Qué dirás aquí, corazón humano? ¿Olvidarte has de tu Dios, acordándose Él tanto de Ti? Acuérdate de Él con la penitencia, y tendrás parte en lo que Él padeció y ganó; porque no por otro canal ha de venir a ti el fruto de su Pasión, sino mediante el acordarte de ella, y el hacer penitencia. Porque si la olvidas, tanto es para ti como si no la hubiera pasado; el olvido, muerte es de la cosa olvidada, cuanto toca al olvidadizo. ¿Qué me aprovecha que haya Dios, si yo de Él no me acuerdo?

¿Qué será la justicia de esto, sino que, como habiendo un Dios que en Sí es tan inmenso, tú lo olvidas como si no fuese nada, y haces que *no sea* en tu acatamiento *el que es* verdaderamente en todo y sobre todo; así para lo que a ti te cumple, para ser bienaventurado en Él, será Dios para ti como si no hubiese Dios? Sentirlo has, para castigarte, muy recio, fuerte y omnipotente; mas para tu descanso, como si no hubiese Dios; y esto con mucha razón, pues tú le deshiciste en tu memoria cuanto en ti fué.

¡Oh miserable de quien, Señor, te olvida! ¡Y cuán mal le irá cuando Tú te olvidares de él! ¡Oh humana maldad, y hasta dónde has llegado, que siendo derramada la Sangre del Señor por ti, aun la pones en olvido, y la echas tan atrás de ti, como si fuera sangre de algún animal, o no por ti derramada! Traes el corazón lleno de mil vanidades, indignas de ser en ti recibidas, y desechas la memoria amorosa de la Sangre, con la cual tendrías vida, y vida muy limpia. Con razón se queja el Señor en persona de Job (16

19) diciendo: *¡Tierra, no cobijes mi Sangre!*; porque se siente muy ofendida y afrentada en que sea ella olvidada. ¿Y por qué? Acuérdaste de las cosas terrenas, y olvidas lo que el Señor por ti padeció. *La tierra cobija su Sangre,* pues la tierra está encima en tu memoria, y la Sangre hollada, y por causa de la tierra, olvidada. ¿Qué más queda por hacer para despertar tu olvido, si beneficio tan grande no te despierta? Quien a esta voz duerme, no es dormido, sino muerto; no es hombre, sino piedra; y no piedra, sino demonio, pues las piedras no pudieron sufrir golpe de tanto amor, pues se quebraron, ¡y no lo siente el corazón por quien la Sangre se derramó! ¡En gran trabajo, Señor, estáis con estas ánimas olvidadas!

2.—*Viene el Esposo.*

¿Qué hará un marido que tiene una mujer moza, hermosa y liviana, y que le conviene ausentarse de ella, y la quiere bien? ¿Qué descanso ni contento tendrá el corazón de éste en ausencia, pues tantas razones tiene de temer el olvido de su mujer, la cual él quiere que de él se acuerde? Solicítala con mensajeros, con cartas, con dádivas y tan continuas, que antes que un mensajero salga de casa de ella, otro es venido con cartas, ruegos y dones. Y si la liviandad de ésta es tanta, que no tiene cuenta con el ausente marido, sino vásele el corazón tras lo que presente ven sus ojos, ¿qué le aconsejarán los amigos de este ausente; sino que, pues todo está tentado y nada le aprovecha, que dejado todo negocio, se venga él a estar presente con ella, pues es tanta su liviandad, que aun en los mismos criados que el marido le enviaba para que ella se acordase de él, ponía ella los ojos no castos, alzándose con aquello que había de ser medio para que a su marido amase?

«Yo quiero ir—dice el marido—; que pues es mi mujer legítima, las entrañas se le moverán en viéndome a mí, y olvidará cualquier amor extraño que haya en mi ausencia tenido.»

Viene el marido con entrañas de amor a despertar la memoria amorosa de su mujer; y si a su presencia no respondiese con memoria de los beneficios que estando ausente le hizo y con el amor que le debe,

¿en qué lugar de maldad pondríamos ésta, y en qué tormentos de infierno estaría bien castigada?

¡Oh Señor! ¿y qué hacéis Vos, esposo de nuestras ánimas? Tales son cuales Vos, Señor, las conocéis, vanas, livianas, y que nos vamos tras lo que vemos. ¡Qué de carros de Escritura sagrada nos habéis enviado! ¡qué de predicadores que de vuestra parte nos amonesten no olvidemos a nuestro legítimo Esposo; sin otros mensajeros mas secretos que Vos, Señor, enviáis, hablándonos en nuestros corazones que nos acordemos de Vos! ¿Quién hay de nosotros que no haya sido muchas veces amonestado en el rincón de su corazón de vuestras suaves palabras para que dejemos el mal camino y nos tornemos a Vos? ¿Quién, si quiere mirar en ello, habrá que no haya recibido de Vos particulares mercedes de vuestra parte, ya en cuerpo, ya en ánima? Y aunque unos más que otros, todos han recibido muchas, ¡y a todo nos hemos hecho sordos, ciegos y tontos, tomando lo que nos dais, y con ello nos olvidamos más de Vos! Muchos ha habido que, antes que de Vos recibiesen lo que deseaban, eran humildes, devotos y cuidadosos de su salud; y cuando lo recibieron se enamoraron tanto de ello, que por ello olvidaron a Vos. ¡Así, Señor, os servimos vuestras mercedes, dejándoos a Vos por ellas!

Grande es vuestra bondad que esto sufre, grande, en buscar todavía el bien de esta vuestra esposa. Muy fuertes son vuestras ataduras; y viendo que todo no aprovecha, venís Vos mismo en persona a ponérlosle delante para que os conozca, ame y se salve. Al cielo convenía que fuésedes; en peligro está vuestra esposa, ausente Vos; determinasteis de quedaros en el altar, para que viéndoos ella con ojos de fe, creyendo que Vos mismo que en el cielo estáis, acá estáis, se le mueva el corazón, y recibiéndoos diga: «¡Oh Señor y Esposo mío, Vos sois el que tantos bienes me habéis enviado; Vos el que por mí os hicisteis hombre y moristeis en cruz; Vos de cuya mano yo tantos bienes generales y particulares he recibido!» Y así con su presencia se acuerde el ánima de todos los beneficios que en ausencia le ha enviado.

Y si uno estando ausente nos enviase muchas dádivas, y después viniese a nuestra casa, todo lo recibido se nos renovaría, y le daríamos gracias por cada cosita, con David (*Ps.*, 135). Así ha de hacer el ánima cuando comulga, agradecer al Señor lo que por ella

pasó y lo que de su mano ha recibido, y tomar la presencia del Señor en este Sacramento para remedio contra su olvido, porque para esto lo ordenó el Señor, según Él dijo: *Haced esto para acordaros de Mí* (*Lc.*, 22, 19). Porque tiene Él tanta fiucia (1) en lo que nos ha hecho, que si de ello nos acordamos, cierto, le seríamos agradecidos; y por esto dice que nos acordemos de Él, y se queda acá para ello (2).

¡Y ay de aquel que ha olvidado lo que le fué dado para remedio contra su olvido! ¡Y bienaventurado aquel que con frecuente memoria se acuerda de este divinísimo Sacramento, y con humilde devoción le recibe, porque con él le vendrán todos los bienes!

---

(1) *Fiucia,* o *fucia:* confianza.
(2) Véase el Tratado 3.º, n. 9.

TRATADO 25

LA COMUNIÓN REALZA NUESTRAS BUENAS OBRAS.

Parasti in dulcedine tua pauperi, Deus.

Aparejaste, Dios, en tu dulzura para el pobre.

(*Ps.* 67.)

1.—*Grandes efectos ha de obrar tan gran Sacramento.*

Tienen esta excelencia los Sacramentos de la Nueva Ley sobre los de la Vieja, que a éstos llama San Pablo (*Gal.*, 4, 9) *elementos pobres y flacos,* porque aunque significaban la santidad, no la daban; mas de los nuestros dice el Tridentino (1) que contienen y dan la gracia, obrando dentro lo que representan de fuera.

Y si esto pasa en los otros Sacramentos con mucha verdad y provecho de quien los recibe, mucho mejor se efectuará en aqueste divinísimo Sacramento, que sin ninguna comparación excede a los otros Sacramentos (2), que mirados por sí son muy grandes; mas en comparación de éste son ríos pequeños, y todos le conocen ventaja, y se ordenan a él como medios al fin.

Y según hemos dicho, tan grandes son las señales de amor y regalo que aqueste Señor enseña a los suyos poniéndoseles encima de un plato para que lo coman, y entrándose con mucha verdad en sus entrañas; y necesariamente a tales muestras ha de corresponder grande efecto.

Y si aun falta nuestro entendimiento en saber estimar lo de fuera, ¿quién será aquel de tan pene-

---

(1) *Sess.* z, c. 6.

(2) *Trid., sess.* 13, c. 3.

trativa vista, que conozca y nos dé nuevas del trato de este Señor con las ánimas de quien bien lo recibe en su cuerpo?

Por los efectos conocemos las causas, y también por las causas conocemos los efectos. Vemos un gran convite de diversos y preciosos manjares, y por allí sacamos que el tal convite costó mucho precio; y de la misma manera si vemos una ropa preciosa, unos edificios muy suntuosos, sacamos de allí que cosas tan grandes mucho costaron. Y, por el contrario, que un señor da a su criado mucha copia de oro para que haga un convite, o compre una ropa, o cosa de esta manera, sin que la hayamos visto, y aun antes que hagamos la tal cosa, la deseamos y estimamos en mucho, y decimos: «Grande y preciosa cosa será aquella para cuyo precio tanto dinero se da.»

Quien quisiere rastrear algo de los grandes dolores y penosa muerte de Jesucristo, sáquelo por el excelente convite, por la benignidad nunca oída ni vista, por la grande consolación que en este Sacramento se nos muestra, y bienes que se nos dan; y verá que cosa tan alta y tan desproporcionada a nuestro entendimiento, tan liberalmente comunicada con nos, no pudo ser sin que mucho costase a Cristo, pues los bienes que a nosotros vinen quiso Dios que los comprase Él, y con justísimo precio, *y no de dineros, sino de sangre y de su preciosísima vida.*

Y así, por el contrario, si no tenemos aquella limpieza de vida y viveza de espirituales sentidos que por la gracia del Señor tienen algunos, con que entrando Cristo en su cuerpo, luego sus ánimas sienten la eficacia del Señor que en ellos entró, y dicen de corazón: *Mi ánima se ha regalado en oyendo hablar a mi Amado* (*Cant.*, 5, 6); a lo menos atinemos algo de este amorosísimo y provechosísimo trato que, siendo recibido, tiene con los que bien le reciben, de lo mucho que le costó, para que ellos fuesen consolados y bien tratados.

Tiene Cristo dos cuerpos: uno el que recibió de la Virgen; y otro somos nosotros. Quien quisiere saber cómo trata a aquel cuerpo que lo recibe bien en el Sacramento, acuérdese cómo ofreció el Señor su propio Cuerpo a ser rigurosamente tratado en el tiempo de su Pasión; porque a la medida de aquel rigor es la blandura de su trato. Dice David (*Ps.*, 93, 19): *Según la muchedumbre de mis dolores en mi corzaón, tus*

consolaciones alegran mi ánima. La cual alegría no sólo fué dada a su propia ánima en la resurrección, mas también la da a las nuestras; que, según hemos dicho, por la unión que hay entre Él y nosotros, nuestras ánimas llama suyas (3). Él es la *piedra* golpeada y herida con diversos dolores, y de ella salió *miel* (*Ps.*, 80, 17) con que *son hartos* los que bien lo reciben, aprovechando y consolando a quien bien comulga, y le da, según su flaqueza, la posada de[l] corazón bien aparejada.

2.—*Magnificencia de Cristo con los que le albergaron.*

Usada cosa es de Él pagar bien a sus huéspedes; que así lo hizo con la primera que lo recibió y trajo en su vientre, que es la sacratísima Virgen María; pues que Raab, mesonera, fué galardonada por recibir los mensajeros de Josué (*Jos.*, 6, 23), figura de Jesucristo nuestro Señor.

Santa Isabel lo recibió, no en sus entrañas como nosotros, mas en su casa, entrando la Virgen en ella; y la paga fué henchir de consolación a la madre y de gracia al niño que estaba en su vientre (*Lc.*, 1, 41).

¿Qué diré de cuánta honra pegó al portal de Belén donde nació, al pesebre donde fué reclinado?

Y después de grande, siendo convidado y hospedado su sacratísimo Cuerpo, hacía grandísimas pagas en bienes del ánima. Recibióle Zaqueo en su casa, y salva su ánima (*Lc.*, 19, 9). Y convídanle las dos hermanas, y resucita a su hermano (*Jn.*, 11, 43). Y por concluir, la cruz y sepulcro que lo recibieron fueron llenos de honra, según su capacidad.

¿Quién será tan desconfiado, que viendo tantos ejemplos de buena paga a los que lo recibieron siendo chico y siendo grande, no espera, si bien se apareja, y no creerá que a los que bien se aparejan el Señor recibido de ellos les hará muy grandes mercedes?

No hay hombre rico, si tiene misericordia, que entre en un hospital donde hay muchos enfermos necesitados, que no se le muevan sus entrañas con misericordia, y eche mano a su bolsa, y conforme a su posibilidad y caridad que Dios le dió, y necesidad de

(3) Véase *Tratado* 10, donde pone en boca de Cristo las palabras del Salmo: *Sana mi alma...*

los pobres, les haga merced. En ninguna razón cabe, que pues las obras de Dios no son ociosas (pues ni sus palabras lo son) (*Is.*, 55, 11), ésta que es tan admirable, y que espanta al cielo y tierra, como recibir la criatura a su Criador por modo tan extraño, deje de hacer grandísimos efectos en quien bien lo recibe.

No, Señor, no venís Vos en balde, no son fingidas las muestras de amor que aquí nos mostráis; mas, según vuestra antigua costumbre, mayor es lo que de dentro tenéis, que lo que de fuera parece. Y quien quisiere, como la reina Sabá, acercarse a Vos y meteros en sus entrañas, sentirá de Vos mayores cosas, que la otra de Salomón; y con mucha más razón saldrá de sí con admiración, y dirá (3 *Reg.*, 10, 6): *Mayores son tus obras que tu fama*; *aunque mucho se dice de Ti, lo menos es de lo que en Ti hay.*

¡Oh qué perdemos los hombres, Señor, por amar la maldad, o por amar el bien con tibieza! Porque si esto no fuese, sentiríamos alguna poca de dulzura, pues metemos la miel en la boca; y quedaríamos con algún calor que se nos pegase de Ti, que eres fuego infinito; y diríamos como Santa Mónica después de te haber recibido: «Volemos al cielo, fieles, volemos al cielo.» Quien siente, Señor, tu dulcedumbre dentro de sí, olvida la transitoria, y amárgale más que la hiel; esle carga estar en el mundo, pierde el desmayo que le causan sus pecados, confía ser amado de quien tan piadosamente lo trata; ama al Señor que lo ama, y *desea* con grande deseo *ser desatado de las cadenas* de esta vida *y volar a Ti.*

Hablando particularmente de algunos efectos de la Comunión sagrada, y de la admirable paga que este Señor da a los que bien le reciben (pues de todos no podemos, por ser innumerables), diremos ahora de alguno, y después de otros. Si durase el decir hasta la fin del mundo, aun entonces faltaría tiempo, y no que contar de las mercedes que nos vienen por este Señor; si le damos buena posada, no tienen tasa, no término; que de éstas se entienden: *Las misericordias del Señor cantaré para siempre* (*Ps.*, 88, 1). ¿Quién hablará en tiempo lo que da materia para contar y gozar y alabar a Dios *para siempre?* Comencemos en esta vida a gozar tales mercedes; comencemos a las agradecer, y a cantar a Dios alabanzas por ellas; y alentémonos para no perder por nuestra negligencia bienes tan preciosos y paga no menos que eterna.

Señor, ¿cómo trata vuestra Majestad allá dentro en las entrañas *al pobre, al siervo, al bajo,* cuando, habiéndose bien confesado, viene a recibiros y os recibe en sus entrañas? Algo, Señor, algo de lo mucho que hacéis con él, enseñad a mi corazón, y despertad mi lengua; abrid las orejas del cuerpo y del ánima de aquestos que me han de oír, para que, convidados con el provecho y dulzura de vuestro buen tratamiento, nos esforcemos a echar de nuestras ánimas toda maldad, y ataviar nuestras casas con las virtudes, para que siendo Vos recibido en casa, que os agradezcamos nosotros [ser] recibidos de Vos en vuestras entrañas, y descansemos en Vos.

3.—*Cristo se nos da por Cabeza, y con Él todos los bienes.*

Comencemos por aquí: Comemos al Señor, y, según se ha dicho, cómenos Él a nosotros, como lo fuerte a lo flaco, e incorpóranos en Sí haciéndonos miembros suyos; o si ya lo estamos hechos, júntanos más consigo, haciéndonos más perfectamente partes de su sagrado Cuerpo místico. De manera que lo que obrare con ellos será oficio de cabeza con miembros, pues los toma por tales. ¡Dichosa suerte, por cierto! que no se contentó la divina Bondad con dar a los hombres gracia que les alumbre, virtudes que los esfuercen, para que ellos así ayudados obren *como principales cabezas* obras de vida agradables a Dios; mas para mayor honra de ellos y de sus obras, y para que más ciertamente acertasen en ellas, dióles *otra Cabeza* que los gobernase, rigiese y moviese a bien obrar, como una cabeza rige y mueve a los miembros del cuerpo; y quiso que la tal Cabeza fuese Cristo.

Este es el Pastor prometido del Padre para regir sus ovejas (*Ez.*, 34, 23), y dichoso aquel que con David puede decir: *El Señor me apacienta; ninguna cosa me faltará; en el lugar del pasto, allí me ha colocado: sobre las aguas de hartura me ha mantenido, y esforzado ha mi ánima y tornádola a su lugar* (*Ps.*, 22, 1-3). ¿Qué puede faltar al cristiano a quien Dios apacienta en su Iglesia con el manjar de su sacratísimo Cuerpo, y juntamente con Él le da a beber su sacratísima Sangre?

Voz grande es: *No me faltará nada*; mas podemos

con mucha razón decir y esperar, que pues el Señor nos da a Sí mismo, todas las otras cosas, como menores, también las dará. Si el Rey se nos da, no es mucho [que] con Él venga el reino; y si participamos de su sacratísima Persona, no es mucho que seamos participantes de sus merecimientos, y de sus bienes espirituales y temporales; que esto nos promete la divina Escritura, como otra Rebeca al criado de Abraham, diciéndole: *Entra, bendito del Señor, ¿por qué estás fuera?; que no solamente hay posada para ti, mas también mucho heno y paja para tus camellos* (*Gen.*, 24, 31).

¡Oh ceguedad humana! que por no conocer o no querer las sobras (4) de bienes para cuerpo y ánima, para lo presente y lo por venir, y finalmente para todo lo que ha menester, que hay incorporándose en Jesucristo nuestro Señor, se quedan sin ellos por estarse fuera, fiados de sí mismos, amadores de su voluntad; y por no abajarse con la debida obediencia a entrar por la puerta humilde que es Cristo, verdadera arca de Noé, que libra de muerte, verdadera casa de Dios donde hay abundancia de justicia, paz y gozo del Espíritu Santo, se quedan tiesos en sí mismos, y los ahoga el diluvio, y son lanzados en las tinieblas de fuera, porque no quisieron entrar en la casa de la luz, que es Jesucristo.

Sentía bien David la grandeza de esta merced cuando, admirado de que Dios se quería encargar de cuidar y gobernar a los hombres, exclamó diciendo: *Bienaventurada la gente de la cual el Señor es su Dios, y el pueblo que cogió en heredad para Sí* (*Ps.*, 32, 12). Dime, hombre, ¿quién labrará mejor tu heredad para que lleve más fruto? ¿Quién la guardará mejor de las bestias y de los caminantes, Dios o tú? «Muy mejor —dice San Dionisio—nos está ser de Dios, que ser nuestros; porque ahora miremos al poder, o al saber, o al amor, estamos muy mejor en sus sacratísimas manos que en las miserables nuestras.»

Ven, ven y ofrécete a Jesucristo, mata tu vida pasada con el cuchillo del verdadero dolor; avergüénzate y confiesa tus males delante sus sacerdotes, a quien dió poder de perdonar los pecados; ven al altar con reverencia profunda, cual se debe a tal Majestad.

---

(4) *Las sobras:* la sobreabundancia.

esforzado con la confianza de su misericordia, encendido con el amor de su suma bondad; recibe al Señor y queda por suyo; y experimentarás cuán bien sabe labrar su heredad, cuán bien da de comer a sus ovejas y regala su cuerpo, cuán sabia y poderosamente lo guía y lleva por los caminos y obediencia de la Ley de Dios. *Llevóme*—dice David (*Ps.*, 22, 3)—*por las sendas de justicia,* no por mi merecimiento, *sino por su nombre.* Y de Jacob dice la Escritura: *Al justo guió el Señor por caminos derechos, y enseñóle el reino de Dios; dióle conocimiento de cosas santas, enriqueciólc con trabajos, y, en fin, le dió fin a ellos, favorecióle contra los engaños de quien lo quería engañar, y procuróle una fuerte guerra para que saliese vencedor de ella* (*Sap.*, 10, 10-12). Grande bien es por cierto ser tan derechamente guiado, tener esfuerzo para tales trabajos, de los cuales se le siguió mucha riqueza; tornarle en bien los engaños de su suegro Labán (*Gen.*, 30), y dar fin a su destierro y trabajos tornándole a su propia tierra, y hacerle que luchase en el camino con un Angel, y que fue[se] vencedor de él ¿Quién habrá que no desee otro tanto, mayormente siendo estas cosas figura de los bienes espirituales y eternos?

Mas miremos bien; por ventura hallaremos el medic por donde este hombre alcanzó tantos bienes, para que, imitando nosotros a él, alcancemos lo que él alcanzó. Salió de su casa por obra de sus padres a peregrinar en tierras ajenas, amenazado y perseguido de su hermano Esaú; y viniendo a reposar en un cierto lugar, echóse en el suelo a dormir, y reclinada su cabeza en una piedra, allí vió los misterios del cielo, y oyó voz de Dios que le prometió grandes mercedes, y entre otras le dijo: *Yo seré guarda tuya dondequiera que fueres, y te tornaré a esta tierra, de la cual ahora te partes, y no te dejaré hasta que haya cumplido todas estas cosas que te he prometido* (*Gen.*, 28, 15).

¡Oh misterios de Dios! La fortaleza que tiene Sansón para, siendo uno solo, poder más que millares de filisteos, consiste en que *sus cabellos estén apegados a su cabeza* (*Jud.*, 16, 17); y los bienes que alcanza Jacob le vinieron de *reclinar su cabeza encima de una piedra* (*Gen.*, 28, 11); aquella *piedra* que herida dió agua, con que gran muchedumbre de gente y de animales apagó su sed (*Num.*, 20, 11); aquella *piedra,* de

la cual dice David: *Cuando mi corazón se angustiaba, en la piedra me ensalzaste* (*Ps.*, 60, 3); aquella *piedra* fundamental que sustenta todo el edificio de la casa de Dios, prometida de enviar al pueblo de Israel, *piedra angular, piedra preciosa, piedra escogida* (*Is.*, 28, 16); *quien en ella creyere no será confundido*, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 2, 6); porque esta *piedra* no es de las canteras de acá, mas es *Jesucristo* nuestro Señor, como dice San Pablo (*Eph.*, 2, 20). Arrimóse Jacob a ella, poniendo en ella su cabeza, que es su fe, su esperanza, su amor, y así fué espiritualmente incorporado en Cristo, y regido, y defendido, y enriquecido de Él como miembro vivo de tan excelente, poderosa, sabia y benditísima Cabeza como es Jesucristo.

4.— *Cristo ejecuta y avalora nuestras buenas obras.*

Este es el que mueve a los suyos con grande acertamiento y fortaleza a bien obrar. Porque en el rebaño de sus verdaderas ovejas que le creen y le aman, *ninguna hay estéril*, todas dan fruto de buenas obras, y *fruto doblado*, como dice en los *Cantares* (6, 5), porque honran a Dios y aprovechan al prójimo; hacen bienes con alegría de amor, y padecen males con igualdad de paciencia. Él les influye virtud, movimiento y espiritual sentido, a semejanza de la cabeza corporal a su cuerpo. Él habla en ellos, como lo testifica San Pablo diciendo: *¿Por ventura queréis tomar experiencia de que Cristo habla en mí?* (2 *Cor.*, 13, 3). Y el Señor dijo a los suyos: *No vosotros elegisteis a Mí, mas Yo escogí a vosotros* (*Jn.*, 15, 16). Y en otra parte dice San Pablo: *Vivo yo, mas ya no yo, mas vive Cristo en mí* (*Gal.*, 2, 20): como si dijera: «Es casto en Mí, y en Mí es humilde, ayuna, es perseguido, y obra semejantes obras que se llaman de vida.»

Y en este sentido dice San Agustín: «Cristo es criador de nosotros, Cristo ora por nosotros, Cristo ora en nosotros: lo primero es en cuanto Dios, lo segundo hace como hombre por Sí mismo sin nosotros, lo tercero hace como Cabeza en nosotros, moviéndonos como a cuerpo suyo a orar.» De manera que, como San Pablo (*Col.*, 1, 24) llama *pasiones de Cristo* a las que él padecía, y decía que *aun no eran acabadas* sus pasio-

nes; y el mismo Señor, aun reinando e impasible en el cielo, dice que *ha hambre y sed,* y *pasa trabajos* en la tierra (*Mt.*, 25, 40), porque lo pasan sus miembros, y *es perseguido* en ellos (*Act.*, 9, 4); así también podemos decir que tampoco son acabados sus bienes, sus milagros, sus sermones, la obediencia a su Padre, sus ayunos y su paciencia en los trabajos. La Cabeza gloriosa padece hasta el fin del mundo en su cuerpo místico que anda peregrinando en la tierra; y aunque la obediencia y servicios al Padre, que a Cristo le fueron impuestos, sean acabados, mas hasta el fin del mundo predica en los suyos, y hace milagros, y ama a su Padre que le envió.

Y es de notar, que la divina Escritura no sólo afirma que Cristo habla y obra en los suyos, mas también dice del *Espíritu Santo,* que *pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar* (*Rom.*, 8, 26). Y es frase de la Escritura decir que hace Dios, y no el hombre, lo que el hombre hace ayudado con el favor y gracia del mismo Dios. Y en este sentido dice San Agustín: «Cuando el hombre, por particular don de Dios, conoce a Dios en las criaturas, Dios es el que las conoce, y no el hombre.» De manera que hallamos conveniencia en estas palabras: «Cristo habla en nosotros, el Espíritu Santo pide por nosotros, y habla en nosotros.» Cristo obra en nosotros; por el cual reciben nuestras obras un tan grande valor y merecimiento, que nuestros ojos no llegan a saberlo mirar.

¿Quién dirá la diferencia que hay de un poco de pan que toma el sacerdote en las manos antes de lo consagrar, a lo que es y vale después de consagrado? Algún valor tenía primero, pues es criatura de Dios, aunque insensible; mas, sin comparación, es su honra mayor después de convertido en el santo Cuerpo de Jesucristo nuestro Señor. Y a semejanza de esto, una obra buena de *un libre albedrío* no carece de alguna bondad, que por vía de naturaleza es alcanzada; mas será como valor de plomo o de hierro. Y si esta obra es hecha de hombre que Dios por su gracia ha tomado por *hijo adoptivo,* excede sin comparación al propio valor, como si un anillo de plomo o de estaño delgado fuese todo engastonado con gran copia de oro. Mas si consideramos que allende de todo esto, esta obra no sólo es de hijo adoptivo de Dios, mas *de Jesucristo* nuestro Señor, Dios y Hombre, Hijo natural del Eterno Padre, veremos que el anillo, que era pre-

cioso por ser obra del adoptivo, es preciosísimo por ser obra del natural. Y con mucha razón, pues excede mucho una dignidad a otra, aunque el tal hombre libremente haga la obra y sea ayudado de la gracia de Dios; mas es tanta la unión de la Cabeza—que es Jesucristo—con él, y tanta la principalidad de obrar con él y de moverlo como Cabeza a su vivo miembro, que con justa razón, aunque la obra sea hecha de entrambos, se dice con mucha verdad ser más obra de Cristo, que obra del hombre; y de aquí le viene tan grande valor, que ninguna cosa es razón que se le niegue.

En la Vieja Ley (*Lev.*, 7) mandaba Dios que cuando el hombre lego fuese a ofrecer sacrificio o víctima de paz, que tomase él en las manos el pecho y la grosura del animal y lo alzase en alto ofreciéndolo a Dios, y que el sacerdote pusiese sus manos debajo de las del hombre lego, y juntándolas con las de él, le alzase las manos hacia arriba; y yendo de esta manera, era recibido el tal sacrificio, y agradable delante de los ojos de Dios. Cristo es *Sacerdote para siempre, según la orden de Melquisedec* (*Ps.*, 109, 4; *Hebr.*, 7), que ofreció pan y vino. Y aunque Él en su propia Persona no consagró ni ofreció su santísimo Cuerpo más que una vez, mas hácelo cada día hasta el fin del mundo por medio de sus sacerdotes. Y lo que hace por medio de ellos cerca de su santísimo Cuerpo, hace también ofreciendo y santificando a los miembros vivos que son su místico amparo. Abel, en figura de este Señor, ofreció a Dios corderos de los mejores de su manada (*Gen.*, 4, 4). Y el verdadero Abel, que es Jesucristo, ofrece a su Padre los buenos cristianos y sus buenas obras, juntando sus merecimientos, que son sus santas obras, con las obras de ellos, y así las levanta delante del acatamiento del Padre ofreciéndoselas y pidiendo les sean galardonadas.

¡Oh benditísimo Jesús! ¿Cómo dejará de agradar a los ojos de vuestro benditísimo Padre el ayuno, limosna y buena obra que Vos con vuestras santísimas manos le ofrecéis, y no como ajena, mas como vuestra? ¿Quién fuese digno de hallarse presente a tal ofrenda, donde el sacerdote que ofrece es Jesucristo, y a quien ofrece es el Padre, y lo que ofrece es una buna obra que un buen cristiano hizo, y lo que dice es: «Séaos, Padre, agradable esta obra mía, y galardonadla como mía, y el galardón es para Mí»?

¡Oh entrañas de amor, que llegaron hasta juntarnos tanto contigo, que Tú obras en nosotros, y das tu valor a nuestras obras, y en el tribunal de Dios sean estimadas y recibidas por tales, y que seamos uno nosotros y Tú, que así como los males que nos hacen dices Tú que son hechos a Ti, así el galardón que pides para nosotros en pago de las buenas obras, dices que es para Ti! «Págame, Señor, a Mí esta buena obra que Yo hice.» Es tu modo de interceder por nosotros tan valeroso delante del tribunal de Dios, que *por vía de justicia* no se te puede negar lo que pides. Cuánta verdad dijo David: *En la piedra me ensalzó, y ensalzó mi cabeza sobre mis enemigos* (*Ps.*, 26, 6).

Oye, cristiano, entiéndelo bien; da gracias al Señor que tanto te honró a ti y a tus buenas obras, que las toma en sus manos conociéndolas por suyas, y como por tales pide que sean galardonadas. Porque si tu ignorancia o pusilanimidad, o el demonio con desconfianzas te quiere estorbar o entibiar la diligencia y cuidado de hacer buenas obras, haciéndote entender que no valen nada, y que es atrevimiento y locura por tales nonadas esperar eterno peso de gloria, no lo creas, no aflojes, haz a sabiendas más buenas obras, y dile a quien te desmaya, que tus obras, mirando que salen de ti, son de poco valor, como el pan antes de ser consagrado; son como un anillo de muy bajo metal, indignas de ser presentadas delante de Dios y ser galardonadas con gloria por Él. Mas di: «Bendito sea Jesucristo mi Señor, que tomó en sus manos *cinco panes de cebada, y dos peces* (*Jn.*, 6, 9); y por la virtud que en ellas había, fué aquel bajo y poco manjar multiplicado y hecho bastante para hartar millares de gentes; y las mismas manos consagraron el pan y el vino en su sacratísimo Cuerpo y preciosísima Sangre; y su virtud lo hace cada día, mediante las manos de los sacerdotes.»

Este Señor ensalza tanto a los suyos juntándolos consigo mismo, a semejanza de un cuerpo con una cabeza, que el bien que hacen ellos lo hace Él con ellos; y por esta parte, lo que de sí era de poco valor, es preciosísimo, y meritorio de vida eterna aunque sea rezar un Avemaría, aunque [sea] dar por amor de Dios *un jarro de agua fría* (*Mt.*, 10, 42) u otra cosa menor, con que sea buena, y hecha por hombre que

está en gracia, incorporado en el Cuerpo de Jesucristo y que goza de renombre de miembro vivo suyo, y que en valor se llama CRISTO (5).

---

(5) No se puede enaltecer más el valor de las buenas obras, ni poner más poderoso estímulo a bien obrar contra el inmoral error de Lutero, que exaltó la fe sola, y, teniendo en menos las buenas obras, desencadenó el libertinaje.

TRATADO 26

¡ACORDAOS DE MÍ!

Hoc facite in meam conmemorationem.

Haced esto en mi memoria.

(*Lc.*, 22, 20.)

1.—*Gran remedio la memoria de Dios.*

Cuando en la sagrada Escritura oyéredes alguna palabra que Jesucristo diga para que lo tengamos en la memoria y se nos acuerde de Él, podemos pensar que lo hace por una de dos cosas: o porque es tan celoso que, por lo que cumple a Él, quiere que no le olvidemos, porque de ello se le sigue interés; o, mirándole con otros ojos, pensemos que es tan amoroso y manso que nos lo manda por nuestro provecho. y porque Él sabe el gran bien que de hacerlo se nos sigue.

Lo primero, es imposible caber en Dios que diga: Acordaos de Mí, porque yo gano algo de ello por el bien que tengo yo de haber. ¿Por qué? Porque si Dios pudiese ser una migajita más de lo que es, no sería Dios. Es Dios inmenso, infinito, perdurable, sumamente bueno. Asiente, pues. bien en el corazón quien a Dios quiere servir, que si Dios manda: Acordaos de Mí, *haced esto en memoria mía,* es por el grandísimo bien y provecho que de ello se nos sigue.

Hermano, mira; si Dios te dice: Sé pobre, no desees las riquezas: sé humilde, no seas soberbio; si Jesucristo dice que sufras la deshonra, y no ames y quieras ser honrado; si te dice que dejes los malos deleites de la carne; si todo esto te dijere, asiéntalo en tu corazón, cree que te lo dice por tu bien, aunque tú no ves el bien que de ello se te siga.

—Señor, ¿qué es el bien que tengo yo de haber de esto? ¿Para qué, Señor, decís que os tengamos en la memoria?

—Para que sepas, cristiano, y tengas fijado en la memoria: «Los ojos de Dios me miran. Si en mi casa, los ojos de Dios me están mirando. Si en mi retraimiento encerrado, donde pienso que nadie me ve, los ojos de Dios, que resplandecen más que el sol, me están acechando.» Y teniendo esto en tu memoria, digas: «¿Cómo delante de tan soberana Alteza tengo yo de hacer cosa tan baja y vil? ¿Cómo delante tan profunda limpieza pensaré yo pensamiento tan sucio? ¿Cómo teniendo yo a Jesucristo delante mis ojos, que es suma humildad, osaré ser soberbio?»

Si siempre tuviésemos en la memoria: «Los ojos de Dios me están mirando y están delante», no haríamos tantos males como hacemos. Los mozos perezosos, mientras sus amos están delante hacen lo que han de hacer bien hecho; en quitándose el amo de allí, luego se descuidan. Mientras el cristiano se acuerda de Dios, sabe que hay Dios que lo está mirando, está bueno. anda en el camino de Dios como ha de andar; está muy contento y consolado cuando se acuerda de Dios. En perdiendo a Dios de su memoria, luego se hace flaco, tibio, luego desconsolado, luego le pesa cada pie un quintal para entender en cosas de Dios. ¡Grande remedio, hermanos, para las ánimas y cuerpos es tener a Dios en la memoria!

2.—*Dulce recuerdo de la Pasión de Cristo.*

Dios siempre está presente, pero nosotros muchas veces nos olvidamos de estar. *Haced esto en memoria mía.* ¡Grande remedio para los corazones afligidos y ánimas enfermas! Grande medicina, grande consuelo para desconsolados; que es acordarse siempre de Jesucristo y tenerlo en la memoria. ¿Pues qué es esto, hermanos, que lo que Dios ordenó para nuestro alivio, y aquello sin lo cual nadie puede haber contento, les es a algunos tanta pesadumbre, y lo tienen algunos por carga tan pesada, que rato por rato, querrían más estar en esos tormentos que dan en esas cárceles? Hay hombres tan desasosegados en sus vicios, que ni quieren oír sermones ni palabras santas, ni leer cosas buenas, ni aun querrían saber si hay Dios.

¡Oh bendito seas Tú, Señor por siempre, y tu misericordia, y bendita la hora en que tuviste por bien de hacerte hombre por amor de los hombres! Antes que Dios se hiciese hombre estaban tan temerosos los hombres, consideraban a Dios alto, poderoso; veían que era tan justiciero, que nadie se la hacía que no se la pagaba; no querían aun acordarse de Él. ¿Qué hace la Sabiduría eterna? Viendo que ser Él inmenso, y tan grande, que su grandeza les era causa que los hombres se extrañasen de Él, acordó Dios de hacerse hombre, para que viéndolo hecho hombre, viéndolo humilde, viéndolo acá hablar y conversar con ellos, lo tuviesen siempre en la memoria, y lo amasen y no se les cayese del corazón. Y no sólo se contentó con esto; pero viniendo al mundo, cansóse, hubo hambre y sed, y trabajo por amor de los hombres. Y demás de esto, quiso tanto a los hombres, que quiso morir, puesto en cruz, la más abatida y deshonrada muerte que se pudo padecer; todo porque el hombre no olvidase a Dios.

Haced esto en memoria mía. Mira, cristiano, mira, ánima, que te dice Jesucristo que te acuerdes de Él. Esfuérzase mucho una ánima flaca y cansada con pensar en la Pasión de Jesucristo. ¡Oh hermanos, qué consuelo y qué alivio, qué remedio para nosotros! Piénsalo, hermano, por reverencia de Él mismo. Jesucristo rico, míralo pobre por amor de ti; Jesucristo honrado, deshonrado por amor de ti; Jesucristo alto, humillado por amor de ti; Jesucristo la misma vida, muerto por ti. ¿Qué consuelo hay, hermanos, que se compare a tan gran consuelo como éste? Aquí, hermano, hallarás remedio para todo lo que no tiene remedio. Quien se viere deshonrado, vaya a la cruz de Jesucristo, y verlo ha deshonrado, y hallará honra. Quien estuviere con tanto rencor que no pudiere consigo acabar de perdonar a un prójimo que le hizo una injuria, váyase a la cruz de Jesucristo, y verá cómo puesto en ella está rogando al Padre que perdone a los que allí le pusieron. ¿Eres tentado de la carne? Vete, hermano, a la cruz de Jesucristo, y verlo has de arriba abajo desollado y corriendo sangre; y viendo tú que la limpísima carne de Jesucristo está desollada y corriendo sangre, y que los azotes crueles no dejaron en ella cosa sana, no querrás ofender con tu sucia carne a la carne limpia de Jesucristo. Piensa, hermano, en la Pasión de Jesucristo, y hallarás remedio para tu ánima.

Figurado estaba (*Eccli.*, 49): *Memoria Josiae in compositionem odoris, facta est opus pigmentarii; in omni ore quasi mel indulcabitur ejus memoria. La memoria de Josías,* memoria de Jesucristo; aquélla, figura era, sombra era que significaba otra cosa. La memoria de Jesucristo *se ha hecho una poma de olores*: ¡bendita sea su misericordia! ¿No dicen los filósofos que con olores se podrá un hombre sustentar algún poco, prolongar la vida por algún rato? ¡Oh qué poma tan preciosa y tan sustancial el Cuerpo de Jesucristo en la cruz! Huele, hermano, aquesa poma, piensa en la Pasión sacratísima; refrescarse ha tu ánima; sustentarse ha, recibirá nuevas fuerzas. Piensa una vez y otra en la Pasión de Jesucristo; huele esa poma; saldrán unos olores tan suaves, tan confortativos y tan sustanciales, que con aquellos solos olores tu ánima se sustente.

Y esta memoria *se ha hecho más dulce que la miel en toda boca*; no hay panal de miel tan dulce. El ánima del cristiano recibe gran sabor en pensar en la Pasión de Jesucristo.

Y mira que dice *en toda boca,* no dice en una boca sola, ni en pocas, sino en todas; para darnos a entender que ninguno sea tan cobarde ni tan para poco, que no se atreva a pensar en ella, diciendo: «No es para mí.» Para todos es; quien quisiere allegarse a ella, hallará sabor muy excelente. La Pasión de Jesucristo para todos fué; su muerte por todos pagó; su Sangre, precio fué con que todos quedamos rescatados. Por malo y pecador que uno sea, no por eso ha de dejar de llegarse a pensar en esta Pasión; antes mientras más pecador, más necesidad tiene de esta medicina. Y no desconfíe nadie, como Caín y Judas, diciendo que es tan pecador que no piensa hallar remedio. «Más es el precio, y sin comparación mayor el tesoro con que fuimos redimidos, que los pecados que se pueden pecar; mayor bien es la Sangre de Jesucristo, que no el mal y las ofensas que contra Dios cometemos» (1).

3.—*La Pasión de Cristo, recuerdo eficaz.*

—Pues, Padre, si es así que la Pasión de Jesucristo es bien general para todos, ¿qué es la causa que unos

(1) Inocencio, Papa.

gozan de la Pasión, y otros no? ¿Por qué hay muchos que ahora se van al infierno?

—La causa es que unos tienen la Pasión en la memoria, y se acuerdan de ella, y aman al que la pasó, y otros la tienen olvidada. No hay, hermano, otra causa sino ésta; que los unos, por gozar de tanto bien, se acuerdan de ella, y otros, olvidados de ella no les aprovecha. De manera que para que la Pasión de Jesucristo nos aproveche, hemos de pensar en ella y no la habemos de olvidar.

¿De dónde vino, veamos, que en tiempo que perseguían a los cristianos, doncellas tiernas y niñas sufrían tantos tormentos y muertes por no negar a Jesucristo? ¿De dónde nacía que a [Santa Inés] una doncella de trece años, de una parte le ponían muchas sayas de sedas y joyas de oro, y prometían que sería reina de la tierra porque no confesase a Jesucristo y le decían: «Estos bienes te daremos porque niegues a Jesucristo»: y de otra parte le ponían fuego, diciéndola: «¡Niega, niega a Jesucristo!, y si no lo quieres negar, te hemos de echar viva en estas llamas ardiendo»? ¿Qué era la causa que la doncella menospreciaba todas aquellas riquezas y decía: «¡Quitádmelas allá, que me huelen mal! Mi honra y mis riquezas y todo mi consuelo no es otro sino que mis carnes sean peinadas con crudos peines de acero, y ser toda despedazada, por amor de Jesucristo crucificado»? ¡Oh bendito seas Tú, Redentor mío, que una doncella tierna osase menospreciar todo lo de esta vida, y las riquezas de ella, por seguirte a Ti desnudo en la cruz! ¿Qué era esto? Que tenían siempre delante sus ojos, y fijada en el corazón la muerte de Jesucristo.

Pero que no goce de esta Pasión quien no se acuerda de ella, no es maravilla. ¡Desventurada del ánima, que es tan desdichada, que la Pasión de Jesucristo no le da consuelo! ¡Triste de aquel que habiendo Jesucristo derramado su Sangre por él, y dado Él su vida por amor de su ánima, se va al infierno, como si Jesucristo no hubiera muerto por él! ¿Qué es la causa que no quiere aprovecharse de lo que ganó Jesucristo por él? ¡Oh ciego y mezquino de ti! ¿Qué andas a buscar? ¿En qué entiendes? ¿En qué pasas tu vida? Si en la Pasión de Jesucristo no hallas remedio, ¿dónde le piensas hallar? Si Dios no te sabe bien, ¿qué buscas que bien te sepa? Todos cuantos se quisieron aprovechar del tesoro de la Pasión de Jesucristo halla-

ron remedio, hallaron consuelo y alegría. Todo hombre atribulado que estuviere sin consuelo, que tuviere alguna tribulación, por grande que sea, piense en este tesoro, mírese en este espejo, acuérdese y tenga memoria de la Pasión de Jesucristo, y luego se sentirá aliviado de todo lo que le daba pena.

Decía David (*Ps.*, 41): *Ad me ipsum anima mea conturbata est; propterea memor ero tui de terra Jordanis, et Hermoniim a monte modico*. Mi ánima afligida y conturbada en mí mismo, porque estaba muy fatigada, por eso pensé en el río Jordán; acordéme de Ti, Señor, de la tierra de Jordán, y donde Jesucristo había de ser bautizado. Y también me acordé del Monte chiquito, del monte Calvario, donde Jesucristo fué crucificado; monte bajo, donde lo alto fué tenido por bajo, donde aquel mansísimo Cordero Jesús fué crucificado, adonde la verdadera honra fué deshonrada; allí, de aquel monte donde se hizo nuestro rescate; de aquel monte, Señor, me acordé; aquél tuve en mi memoria. No creo yo que hay ánima tan dura, ni corazón tan de acero, que no se enternezca y ablande con el pensamiento de la Pasión de Jesucristo. ¿No has leído que, al tiempo que Jesucristo murió, las piedras duras se quebrantaron y se hicieron pedazos?, que quiere decir, que la Pasión de Jesucristo es tan pesado martillo, que no hay quien en ella piense que no se deshaga de amor, y se le rasguen las entrañas de compasión. Por los hombres murió, que no por las piedras. Y si las piedras duras no pueden recibir golpe sin hacerse pedazos, ¿es razón que seas tú tan duro, y tengas el corazón tan cruel, que aun no hagas lo que una piedra hace? Vete, pues, hermano, al monte Calvario, mira a Jesucristo en la cruz y hallarás consuelo y regocijo para tu ánima, hallarás salud para todas tus enfermedades.

Figurado estaba en los *Números* (21) cuando mandó Moisés alzar en alto en un madero una serpiente de alambre, y dijo que todos los que se hallasen mordidos de víboras mirasen la serpiente que estaba en lo alto, y que luego sanarían. Así, así, hermano mío, cuando te sintieres picado de la víbora mira a Jesucristo en la cruz y sanarás de tu llaga. Cuando te sintieres picado de la víbora (1596) con la gula, alza los ojos a Jesucristo hambriento en la cruz, y sanarás de esa llaga. Cuando te picare la víbora ponzoñosa de la soberbia, mira al humilde Jesucristo en la Cruz. Cuan-

do te persiguiere la deshonra o persecución alguna, mira a Jesucristo perseguido y deshonrado en la cruz. Cuando te sintieres con la llaga de la lujuria, mira la carne preciosa de Jesucristo, su Cuerpo enclavado y desollado en la cruz, y serás libre de la ponzoña.

La víbora que Moisés puso en el madero alto, de alambre, parecía serpiente ponzoñosa, pero ninguna ponzoña tenía. Figura era todo de Jesucristo bendito, para darte a entender que aunque Jesucristo, muriendo en la cruz y con tantos tormentos, parecía pecador y malo, no lo era. Parecía hombre pecador, abatido y despreciado; pero era hombre sin pecado, y verdadero Hijo de Dios. *Hoc facite in meam commemorationem.* Por carne caímos, por carne nos levantamos. Porque la carne del primer hombre pecó, fuimos privados de la gloria, y desterrados del paraíso terrenal; vino Jesucristo nuestro verdadero Padre, y por su preciosa Carne fuimos tornados en gracia y reconciliación de Dios, y coherederos con Cristo. Por carne anda el demonio, y trabaja él, y trabaja por llevarnos al infierno; y por carne quiere Jesucristo que vayamos al cielo.

4.—*Quéjase Cristo de nuestro olvido.*

Viendo Jesucristo cuán poco nos acordamos de Él, y cómo lo tenemos olvidado, quéjase muy reciamente, quéjase que los hombres lo han olvidado como a muerto. Como acá entre los hombres en vida de uno mientras está presente se acuerdan de él, y en muriendo luego se olvidan de él, así dice Cristo nuestro Señor (*Ps.*, 30, 13): *Traditus sum in oblivionem tanquam mortuus a corde.* Por la memoria, las cosas pasadas son presentes, y sin ellas las presentes se olvidan. *Hanme olvidado como a muerto.*

Pues si los extraños olvidan al que se murió, la mujer no es razón olvide a su marido; la hija no es razón que eche en olvido la muerte de su madre; que un amigo entrañable es razón que no se le vaya de la memoria el amigo que mucho quiso. Que le olvide otra persona que no le ha nada, no es maravilla; pero los que son tan cercanos, afrenta y vergüenza grande es, por cierto, que tan presto olviden a quien viviendo tanto amaron. ¡Oh hermanos! ¿Quién ha habido en el mundo que con tanta razón se deba tener

en nuestra memoria como Jesucristo bendito? ¿Y quien hay en el mundo que no deba por justa obligación no olvidar a Jesucristo? ¡Bendito seas Tú para siempre! ¡qué sufres Tú, Señor, que los hombres te olviden, y que no nos hundes debajo de tierra! ¡Que te olviden a Ti los que sin Ti estaban cautivos, y por Ti son libres! ¡Que te olviden a Ti los que sin Ti estaban condenados a muerte, y por tu muerte quedaron con vida! ¡Y que te olviden a Ti aquellos por quien Tú derramaste tu sangre, y aquellos que eran dignos del infierno, y por Ti se les abrió el cielo!

¡Oh hermanos míos! por reverencia del mismo Jesucristo que miréis esto y lo remiréis, cuánta razón tenemos de no olvidar a Dios, sino siempre acordarnos de Él, y que nunca de nuestra memoria se aparte; porque aunque verdaderamente murió, no ha de ser de nosotros olvidado como muerto, antes el camino, y medio, que halló para que no le olvidásemos fué morir por nosotros. Porque fué cosa de tanto precio su muerte, fué cosa tan alta y de tanto valor, que es digno de grandísimo castigo quien echa en olvido cosa tan grande.

Dirá alguno: ¡Oh Padre!, cosa recia es que tenga yo por Dios, y adore por Dios a uno que fué muerto de muerte tan abatida, como fué ser crucificado.

Mirad, pues, lo que el mismo Jesucristo dice por su boca bendita, que no puede mentir. No desmaye nadie, no tenga ningún temor pensando eso; que entonces cuando tú piensas que más abatido está, y que menos gente lo ha de seguir, entonces está fuerte, y más esforzado para atraer a sí mucha más gente de la que antes tenía. Así andaban los fariseos muertos por hacer que no siguiese tanta gente a Jesucristo. ¿Qué remedio pensaron ellos? «Démosle muerte (*Jn.*, 11), y no cualquier muerte, sino muerte de cruz, muerte baja, muerte deshonrada. Subirlo hemos en la cruz, y no lo seguirá nadie; menospreciarlo han todos, tendránlo por hombre bajo, no creerán en Él.» Dice nuestro Redentor: «Así que, ¿pensáis que, porque yo muera, no tengo de tener quien me siga? Pues esperad (*Jn.*, 12): *Cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me*. Cuando fuere puesto en una cruz entre dos ladrones; cuando me pusieren en la cruz y me enclavaren en ella; cuando allí me dijeren deshonras y blasfemias, entonces yo los traeré todos a Mí, y no así como quiera, sino por una fuerza amorosa, y que ni

sepan cómo, ni cómo no, los traeré a Mí.» Así como la grana fina y el ámbar refregado atrae a sí a las pajicas, traerá a sí las ánimas de aquellos que pensaren en su Pasión.

Si quieres gozar de Jesucristo, si quieres gozar de la alegría verdadera de los ángeles, si quieres que tu ánima se alegre, llégate a la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y di con David (*Ps.*, 24): *Introibo ad altare Dei; ad Deum qui laetificat juventutem meam.* Entraré al altar de Dios, aquel Dios que alegra mi juventud. Dios de alegría es, hermanos, no de tristeza; Dios de consuelo tenemos. Lleguemos al altar de Dios, a la cruz de Jesucristo. Allí, hermano, te has de llegar. ¡Oh cruz de Jesucristo! ¡Oh remedio! ¡Oh instrumento de nuestra redención! ¡Oh árbol santo! ¡Oh árbol digno de gran veneración, la cruz de Jesucristo! ¡Gran cosa! No hay cosa que así encienda un corazón tibio e indevoto, como la cruz de Jesucristo. ¿Quieres, hermano, que tu corazón arda en viva llama de amor de Dios? Toma una rajica de la cruz de Jesucristo. Unos piensan en la creación del mundo, otros en el cielo, otros en diversas cosas buenas; todo es bueno; pero es frío en comparación de la cruz. La cruz de Jesucristo hace hervir el corazón, arder el ánima en devoción.

5.—*Haced esto en memoria mía.*

¿Hay, por ventura, otro remedio? ¿Hízolo Dios? ¿Jesucristo dejó efectuada alguna cosa para que no lo olvidásemos? ¡Oh hermanos, y cuántas invenciones de amor usó Jesucristo para que nos acordásemos de Él y lo tuviésemos en la memoria! ¡Cuántas mercedes nos hizo, cuán extrañas y cuán sobre toda razón humana! Bendito sea Jesucristo, Redentor nuestro; bendita sea tu misericordia, y bendita sea tu bondad; bendígante, Señor, los ángeles; manda Tú que ellos te bendigan; bendícete Tú a Ti, alábate Tú a Ti, glorifícate, y ensálzate Tú a Ti por tan gran misericordia como con nosotros usaste en quedarte con nosotros en el Santo Sacramento del Altar.

«¿Qué haré—dice Dios—con esta gente tan olvidadiza, que no se acuerdan sino de lo que tienen delante, por mucho que con ellos he hecho? Heles mostrado mil maravillas, diles maná del cielo, saquéles agua

de la piedra abríles el mar Bermejo por do pasasen a pie enjuto, ahogué allí a sus enemigos, he hecho dos mil cosas por ellos, y todavía me olvidan; ¿qué remedio? Yo haré que no me olviden.»

—Catad, Señor, que os ponéis a mucho. ¡Es la gente tan olvidadiza! A mucho, Señor, os obligáis.

Acordó la eterna Sabiduría, para que nuestro olvido cesase, que el mismo Jesucristo se quedase acá con nosotros, para que en su presencia, teniéndolo delante, no lo olvidásemos.

Y también la Santa Madre Iglesia, alumbrada por Espíritu Santo, procura traerte siempre a la memoria la muerte de Jesucristo y la institución del Santísimo Sacramento. A la puerta de la iglesia está puesta una cruz; por las paredes muchas cruces; cuando te bautizan tantas de cruces; cuando confirman, con cruces; cuando dicen Misa hacen infinitas cruces; todo para que te acuerdes que Jesucristo murió en cruz. También manda la Iglesia que el viernes no comas carne. ¿Por qué piensas que es aquello? Para traerte en la memoria cómo en tal día como aquél la Carne de Jesucristo fué crucificada, y para que tú, por amor de aquella Carne, no comas carne, y hagas más penitencia que esotros días, te abstengas de pecar más que los otros días; pero también pecamos como si no lo fuese, y tantas maldades cometemos en aquel día como en los otros.

También viendo esto que no basta, quísose Él mismo quedar presente, y que digan tantas Misas, para que te acuerdes que el mismo Jesucristo se quedó por tu amor en el santo altar debajo de las especies sacramentales de este Santo Sacramento cuya fiesta hoy celebramos. Bendito sea Jesucristo por siempre, que hora ni momento no nos quitó de su memoria. Y para darnos a entender que se acordaba de nosotros, en el Jueves Santo en la Cena, en la víspera de su Pasión, tomando el pan en sus sacratísimas manos, alzando los ojos al cielo *dió gracias* al Padre. Bendito seas Tú por siempre. ¿Para qué, Señor, dabas Tú gracias al Padre? Hacíase el bien a nosotros, y como si Tú mismo lo recibieras, así le *das gracias* a tu Padre celestial; porque vieron, Señor, tus ojos, que era tan alto el bien que en quedarte Tú acá se nos hacía, y que la merced era tan grande, que sobrepujaba todo entendimiento humano. Bien vieron, Señor, tus ojos que no habíamos de saber agradecer la merced, ni

menos saber dar las gracias que convenían, y por eso las diste por nosotros.

Dió gracias al Padre y dijo: *Comed, que este es verdaderamente mi Cuerpo: haced esto en memoria mía.*

El rey Faraón celebrando el día de su nacimiento, estando en mitad de los convites entre los manjares, acordóse de su paje de copa que estaba preso. —¿Qué es de mi paje?—dice el rey—. Tráiganle aquí.

Grande señal de amor es, cuando uno se acuerda de otro que bien quiere cuando está en algunas fiestas o banquetes: «¡Oh si estuviera aquí Fulano! ¡Oh si viera esto, o comiera de esto!» Y si en todas las cosas los que bien se quieren desean que sus amantes estén presentes a alguna cosa principal: Redentor nuestro, ¿y cuando celebrasteis Vos aquella solemne Cena con vuestros sagrados Apóstoles, acordásteisos de nosotros? ¿O por ventura echásteisnos en olvido? Bendito seas, Señor, por ello, que así de nosotros te acordaste.

«¿Qué haré yo—decía el bendito Jesucristo—para que mis cristianos, mis ovejicas coman de este manjar que yo ahora como? ¿Qué haré para que todos participen y tengan parte en este convite?»

Haced esto en memoria mía. No penséis, cristianos; no penséis, hijos míos, que os tengo olvidados; que ahora estoy cenando con mis discípulos, y mañana estaré puesto en una cruz por vuestro amor. Y demás de esto, parte tenéis en mi cena.»

—Señor, ¿qué nos dejaste? ¿Por ventura dejáisnos acá las sobras y los relieves que entonces quedaron?

Dice San Crisóstomo: «Mirad, cristianos, no nos dejó Jesucristo lo que sobró, no dejó lo que ellos no pudieron comer. La cena tan entera como estaba antes que se comenzase, eso nos dejó. Dejónos el mismo altar, dejónos el mismo mantenimiento; y aquel mismo que entonces aparejó el manjar ese mismo lo apareja ahora. Jesucristo era el manjar allá, y Jesucristo es el manjar acá. Allí dió Él su Cuerpo por mantenimiento a los Apóstoles, y el mismo Cuerpo de Jesucristo dan hoy a todos los cristianos. Jesucristo fué el que nos dió el manjar, diciendo aquellas sacratísimas palabras, y Jesucristo acá también prepara el manjar. Porque aunque el sacerdote diga *Aqueste es mi Cuerpo,* no lo dice el sacerdote por sí; porque si él lo dijese por sí solo, no aprovecharía; en persona de

Jesucristo las dice. Y para dar a entender esto, en el instante que las dice, el Cuerpo de Jesucristo se halla presente debajo de las especies de la Hostia, y debajo de aquella pequeña cantidad está Dios, está Jesús tan alto, tan poderoso y tan grande como está en el cielo. *Hoc facite in meam commemorationem* (*Mt.*, 26; 1 *Cor.*, 11). Esto manda Jesucristo, hermanos, que hagamos para que nos acordemos de Él, que recibamos con devoción su sacratísimo Cuerpo.

6.—*La Comunión enciende el alma.*

¡Oh hermano, y si supieses qué merced tan grande te hizo Jesucristo en quedársete acá para mantenimiento! Cuántas veces te acontecerá que te ves tan triste, tan tibio, tan flojo en las cosas de Dios, tan indevoto, que ni te querrías ver tú a ti mismo; estás muy descontento, y que te da sinsabor el rezar, el ayunar, el dar limosnas: y en llegarte a este Santísimo Sacramento, en llegarte a querer recibir el Cuerpo de Jesucristo, hace Él que, sin que tú lo entiendas ni sepas de dónde vino, te halles alegre y diligente en el servicio de Dios, y te halles devoto, y reces tus devociones, y des tus limosnas. Y si estabas flaco, que de medroso no entrabas en campo ni aun con una mosca, recibiendo el Santísimo Sacramento te paras tan fuerte, tan esforzado, que un león no te espanta. No hay mejor remedio para que un ánima fría hierva en caridad de Dios nuestro Señor, y ame a Jesucristo con ferviente amor, como es tomar y comer el Cuerpo de Jesucristo. ¿Habéis visto un instrumento que hay para calentar las manos, que es una manzana de metal abierta por medio? Toman un clavo hecho ascua, échanlo dentro y ciérranla, y así se calientan trayéndola en las manos. Así, pues, ¿quieres que tu ánima sienta mucha devoción y sentimientos maravillosos de Dios? Mete en tu pecho el Santísimo Sacramento, comulga a menudo, allégate al santo altar de Jesucristo, y ruégale con mucha devoción: «Señor, en esta tribulación estoy; Señor, en esta fatiga estoy; esta tentación me fatiga; esta deshonra me anda rodeando; Señor, estoy tibio, estoy flojo, estoy frío; Señor, pues Vos sois fuego verdadero, encended mi ánima con vuestro amor; abrasad, Señor mío, mis entrañas en caridad.» Pídele, que yo salgo por fiador,

que si con buena fe se lo pides, que te lo dará. Grandísimas mercedes en gran manera nos hizo en dejarnos acá su santísimo Cuerpo.

7.—*Sé bien agradecido.*

Decía Séneca, aun siendo gentil, que el hombre bien agradecido había de tener un librico donde tuviese escrito todas las buenas obras y mercedes que de otro ha recibido: Fulano me hizo esta buena obra, Fulano estotra. Y dice más, que si aquel de quien recibió la buena obra está ausente, y aunque por carta se lo has agradecido, es muy gran razón que cuando lo veas presente le des gracias de la merced recibida, y lo agradezcas mucho.

Envíate tu esposo, que fué no sé dónde, una joya, una saya, un no sé qué. Es razón, cuando venga, que le digas: «Señor, téngoos en merced la memoria que de mí tuvisteis. Bien se parece el amor que me tenéis, pues estando ausente os acordasteis de mí.» Así es razón que haga el cristiano cuando Jesucristo le saca de una tribulación o tentación que mucha pena le daba. Cuando alguna cosa hubiere hecho por ti, dale gracias, agradéceselo mucho, sabe conocer la merced, que es grande, y corresponder con grande hacimiento de gracias. Pero mira que en esto se dice estar Jesucristo como ausente; envíale tus pensamientos, envíale tu ánima, dile: «Yo conozco que esta merced que ahora, Señor, me hiciste, es de tu mano; todo el bien, si alguno tengo, de tu mano es; si tu mano poderosa no me librara del pecado, en él me estuviera, y no era yo bastante a librarme de él. Caído, Señor, estaba, Tú me levantaste, y si Tú no lo hicieras, todavía me estuviera caído.» Envíale estos agradecimientos.

Pero cuando te llegues al santo altar, cuando quieras recibir el Santísimo Sacramento, cuando lo hayas recibido, gózate en el Esposo recién venido, y sábele aposentar en tu ánima, sábele regalar. Y cuando así lo tuvieres, acuérdate de los bienes que por su ayuda has tenido, y acuérdate de los trabajos de que te sacó; tórnale a dar gracias de nuevo. Tráele a la memoria las muchas mercedes que el Señor te ha hecho, y de cuánta necesidad y peligros te sacó; y por todos dale siempre mil géneros de bendiciones, y dile: «Señor,

siempre me habéis hecho mercedes en ausencia; ahora que estáis presente, os suplico no me olvidéis. Hacedme, Señor, esta merced, que tengáis por bien de hacerme grato a vuestras mercedes y misericordias.» Dile mil ternuras de amor con la Esposa. Pídele, pues tienes contigo a quien estando ausente tantas mercedes te hizo.

8.—*Comunión frecuente.*

Allégate a este santo Sacramento muchas veces, si quieres gustar qué cosa es Dios.

Y si quieres que tu ánima esté consolada, llégate al altar, y allí hallarás también la memoria de la Pasión. El ara significa la cruz donde Jesucristo fué puesto; los corporales, la sábana donde fué envuelto; el cáliz, el sepulcro donde fué sepultado. Gozarás de los dos remedios principalísimos para tu ánima, memoria de la Pasión, frecuentación en recibir el Santísimo Sacramento.

Allégate, pues, al Santísimo Sacramento, no de tarde en tarde, sino ven con mucha reverencia, con amor; con devoción, con mucha humildad, y muchas veces en el año, porque no se te vaya de la memoria sino siempre lo tengas delante los ojos como espejo; y tú verás por experiencia lo que se te sigue de la santa Comunión. Aplícasete, cuando te comulgas, lo que ganó Jesucristo en la cruz; mira, pues, si es de perder tal ganancia. Llorar deberías cuando esto perdieses, o lo dejases de ganar; llorar tenías, y no como quiera. Sientes por grandísima pérdida cuando te viene la nueva de la nao que se te hundió; o de que fuiste a las Indias, y no trajiste muchos dineros; sientes mucho esto, ¡y no se te revienta el corazón cuando por tu culpa pierdes lo que Jesucristo nuestro Redentor ganó en la cruz! Con lágrimas de sangre lo habéis de llorar muy llorado.

¿De dónde piensas, hermano, que se levantaron errores y herejías contra este Santísimo Sacramento? Tengo por averiguado, y no me quitarán de la cabeza, que la causa principal fué olvidar de la memoria tan gran merced, *y olvidarse de comer su pan.* ¿De dónde vino el otro hereje a decir no sé qué, y el otro, y el otro? De no llegarse, por cierto, a este santo Sacramento. Los soberbios y presuntuosos, amigos de cosas gran-

des, vinieron a pensar, considerando a Dios tan alto en este misterio, y que Aquel tan grande estaba encerrado en cosa tan pequeña, como aquello que no cabía en su entendimiento y sobrepujaba su juicio, que no quisieron sujetarse a Él ni recibirlo; de no recibirlo vinieron a caer en grandes errores y herejías, como los judíos a no creerlo.

No así, por reverencia de Jesucristo, sino considera la misericordia de Dios, mira las palabras que Jesucristo dijo: *Haced esto en memoria mía.* Y mira que mientras menos entiendes este misterio, mayor es la merced que te hace. Que si las obras de Dios fuesen tan bajas que nosotros las entendiésemos, no serían grandes, como dice San Gregorio; y viendo que las cosas son tan grandes, venimos en conocimiento de la grandeza del Hacedor.

Y mira también el tiempo en que Jesucristo te dijo: *Haced esto en memoria mía*; que fué queriendo padecer y morir por amor de quien lo dijo. Llégate a comulgar muchas veces con devoción, ten en la memoria la Pasión de Jesucristo, la institución de este Santísimo Sacramento. Y con la frecuentación de él alumbrarte ha Jesucristo el corazón para que no caigas en errores; esforzará tu ánima para entender en cosas de su servicio; confortará tu ánima, y consolarla ha; hará que seas misericordioso, humilde, casto, continente, caritativo para con los prójimos; darte ha su gracia, y después gloria.

TRATADO 27

EFECTOS DE LA COMUNIÓN.

A fructibus eorum cognoscetis eos.

De los frutos de ellos los conoceréis.

(*Mt.*, 7, 16.)

1.—*Salutación.*

Enséñanos el santo Evangelio, que cuando quisiéremos conocer a alguna persona, que miremos a sus frutos, que veamos qué tales son sus obras, y así conoceremos quién es: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.* La lengua suele algunas veces engañar; aunque oigáis hablar bien a un hombre, puede ser que haya otra cosa dentro de lo que por la boca habla; pero si le veis hacer obras, eso no os puede engañar, que no le veáis luego notoriamente lo que es.

No hay cristiano que no desee conocer a la Virgen nuestra Señora para servirla y acatarla; no hay quien no desee saber quién es para amarla y reverenciarla. ¿Qué remedio tendremos para conocerla? ¿Qué? Mirarla a las obras. Mirad qué tales son sus frutos, y ahí veréis quién Ella es; qué humilde, qué casta, qué limpia, qué de virtudes tiene, qué acabada la hizo Dios. «Comienza a considerar la grandeza de la Virgen—dice San Bernardo—, y es cosa grande, es cosa infinita: *Sed de misericordia ejus loqui, hoc magis placet*; pero decir que es misericordiosa, decir que está entendiendo, allá donde está, en alcanzarnos misericordias, esto agrada más que otra cosa.»

Decir vos a uno que tiene necesidad: «¡Oh si supiésedes qué gracias tiene Fulano, qué rico, qué gentil hombre, qué bien hablado, qué afable, no le falta cosa!», dirá el otro: «¿Qué provecho me viene a mí

de eso?» Si le decís: «Misericordioso es; ¡oh qué caridad tiene!; nadie va a él que no le remedie; a nadie envía desconsolado de cuantos le piden algo», dirá el otro: «*Hoc magis placet*; eso me agrada a mí, eso es lo que yo he menester, y lo que me parece bien.» Cuando nos dicen de la Virgen nuestra Señora cuán linda la hizo Dios en el cuerpo, y en el ánima sin mancha, mucho nos alegramos y bendecimos a Dios; pero cuando nos dicen que nos favorece, que está siempre rogando por nosotros a su Hijo bendito que nos remedie, que nos ampare, que tiene puestos los ojos en nosotros de misericordia: *hoc magis placet*; esto nos agrada y satisface.

Mas ¿quién será tan desagradecido, que no te agradezca tanta misericordia? ¿Quién será tan triste, que no se alegre en ver que eres tan misericordiosa, Señora? Pero, Señora, ¿en qué veremos que nos quieres bien? Danos seguridad que nos amas.

—Si os amo o no—dice la Virgen—, ved lo que he hecho por vosotros; mirad mis frutos y obras.

César, si te amo, vulnera mea loquntur pro me, decía el otro al emperador César, habiéndolo revuelto y desacreditado; y respondió al César—preguntándole si era verdad lo que le habían dicho de él—descubriendo su cuerpo lleno de heridas que había pasado por él; «*César, si te amo*, etc. Hablen mis llagas por mí, sean testigos de mi corazón.»

—Señora, ¿osaremos confiar de Vos nuestra salvación? ¿Osaremos dejar a vuestro cargo la salud de nuestras ánimas? ¿En qué veremos que no nos olvidaréis?

Hablen sus frutos por Ella; responda lo que por nosotros hizo. Mirad el fruto de su vientre, mirad qué pedazo de carne, salido de sus entrañas, el santo Sacramento. ¿No lo dijo la sabiduría de Ella (*Prov.*, 9): *Venite, et comedite panem meum, et [bibite] vinum quod miscui vobis*: Venid y comed este pan bendito, esta carne que de mis entrañas salió, que a Él de buena gana os convida; gozad del fruto de mis entrañas. Pues según el fruto conoceremos la que nos lo dió. Vos, Señora, pues sabéis qué tal es, alcanzádnosle para que le gustemos, y gustando de Él, sepamos hablar algo de su excelencia.

2.—*Hambre de Dios.*

Veisnos aquí en la fiesta del Santísimo Sacramento; confío en la misericordia de Dios que saldréis con más hambre de Dios de tanta hartura, porque veáis quién es Dios, que cuanto más lo coméis, más gusto tenéis de Él; más hambre y mayor deseo de Él causa el gustarlo. Muchas veces nos dice de Él (*Eccli.*, 24, 29): *Quien me come habrá más hambre*; y por esto poquito que habéis sentido, por una poquita de devoción os dará Dios en el cielo infinita hartura, y con ella infinita hambre. Este es un gran milagro que allá en el cielo hay; que comiendo siempre un manjar, que está nuestra bienaventuranza en comerlo, es tanta la dulzura que sienten los bienaventurados, que cuanto más comen, más hambre tienen. Y de aquí podéis conjeturar cómo se compadece, que en el cielo, durando millones de millones de cuentos de años, comiendo de un solo manjar, que es el mismo Dios mientras Él durare, y que al cabo—¡mas qué digo! ¡no hay cabo!—, que pasados infinitos millones de años está la comida tan fresca como al principio. ¡Oh bendigan, Señor, los ángeles el abismo de tu dulzura, que durando tanto como dura, no da en rostro, antes pone grandísima hambre, con tener en sí toda la hartura! ¡Oh bendito seas, Señor, que no entendiendo los que de Ti gozan sino en comer de Ti, en hartarse de Ti; teniendo en Ti cuantos deleites pueden desear, que no bastan entendimientos de ángeles para pensarlo, y que al cabo les parezcas tan nuevo, tan dulce, tan sabroso como si no hubieran comido; y que con tanta hambre y gana comiencen a comer a cabo de infinitos años, como si entonces comenzasen. ¡Este es Dios, hermanos!

¿Habéis acabado ya de comer en esta fiesta, y aun os queda más hambre? ¿No está vuestra voluntad aún satisfecha? ¿Haos sabido tan bien, que quisiérades que durara más el convite?

—¿Qué remedio, Padre, para matar esta hambre?

—Remedio hay. Mirad, hermanos: aunque las fiestas de Jesucristo cuanto al tiempo pasen, su virtud no es pasada para el que quisiere celebrarlas cada día; su virtud siempre está presente. El buen cristiano ha de hacer como la hormiguita. ¿No la habéis visto alguna vez andar buscando mantenimiento en el

tiempo del verano para el invierno? ¿No anda buscando con mucha diligencia? Coge un granillo, otro no sé qué; en fin, lo que halla enciérralo para cuando hubiere menester. Así el cristiano; tal fiesta como ésta no ha de ser pasada para él, siempre ha de tenerla presente, recogiéndose, buscando, pidiendo que le dure la devoción del mantenimiento hasta otra fiesta, procurándolo con su buen vivir, suplicando a nuestro Señor le conserve en el bien que hubiere recibido en tal fiesta como ésta; de esta manera andará siempre bien mantenido.

Mas si alguno se quedase sin comer entre tanta hartura, ¿qué sería de él? ¡Cuán mal lo habéis mirado! ¡Triste del que estando entre tanta hartura, donde sobra el mantenimiento, por no llegarse a la mesa y pedir, se seque y muera de hambre! No lo permita Dios que haya alguno ahora.

Al propósito volvamos; hemos oído, si hemos estado bien atentos, otras veces, qué cosa es comulgar espiritual y sacramentalmente. Todo lo hemos dicho; mas de la comunión espiritual, plegue a Dios que lo hayamos entendido, que espero que os ha de aprovechar harto. Digamos ahora un poquito de la comunión sacramental.

3.—*Yo estoy con vosotros.*

Padre, ¿qué fué el motivo que movió a Dios?—¿Qué digo? No mueve a Dios nadie sino Él—. ¿Qué mercedes, qué misericordias fueron éstas que quiso hacernos cuando se quedó con nosotros? ¿Qué es la causa que movió a su alto consejo quererse quedar acá con nosotros?

—No se podrá decir las mercedes que nos hizo, aunque se junten ángeles y hombres. Decid: si Vos tenéis una heredad, y andan en ella trabajando los peones, ¿no os holgáis de ir allá y estar allí presente, y andar sobre ellos para que trabajen más y hagan más hacienda? ¿No dicen acá que «donde no está su dueño, etc.», que el mozo trabaja más cuando el ojo de su amo le está mirando? Pues así Dios quiso quedarse en esta su heredad con los trabajadores, que somos nosotros, para que hagamos más hacienda, para que andemos ligeros, nadie se duerma viendo que nuestro Señor anda tras nosotros, porque digamos:

«Mi Señor me ve; quiero trabajar, quiero servir bien, quiero ser fiel, no quiero hacer cosa que parezca mal delante sus ojos.» Y aun paréceme que bastaba aun sólo esto para nunca ofender a Dios. Mas hay tan poca fe, que creo hay pocos que piensen de veras que los están mirando los ojos de Dios, para que cuando estás tú en tu casa y te viene un pensamiento malo, sudes, y mueras y trabajes por resistirlo, y le digas: «Anda, vete, que no quiero consentir en eso que me traes, que está mi Señor delante, y sus ojos me están mirando cómo trabajo»; pues para que trabajases quedó acá en este divino Sacramento.

4.—*La confesión devuelve la vida.*

Grandísimas medicinas hay, grande remedio quedó, gran salud, grandes cosas hay encerradas en los santos Sacramentos. Santo Tomás pone tres; pero hay infinitas. Si lo sintiésemos, y supiésemos y gustásemos lo que es, andaríamos abrasados de amor de Dios.

La confesión es para hacer las amistades entre Dios y ti. Estaba Dios airado contra ti, estaban dadas tantas sentencias de muerte para los infiernos contra ti; confiésaste, eres hecho amigo de Dios, no están ya a tu cuenta aquellos pecados mortales, perdonádotelos ha ya Dios, que no te castigará en los infiernos por ellos. La confesión es para que se deshagan tus pecados, para que no se acuerde Dios más de ellos, aunque ordinariamente quedas obligado a pagar algo en purgatorio.

¡Oh, bendito seas, Señor! Si supiésemos cuánto bien nos cantan en aquel cantar (*Dan.*, 3): *¡Bendecid, sacerdotes, al Señor!* ¡Qué mal te sabemos agradecer el poder que has dado a los sacerdotes, y cómo los has hecho despenseros de tus merecimientos! ¿Qué amigo hay que diga a su amigo: Mirad que de aquí adelante, en las cosas que tocan a mi hacienda, a mi honra, a mi casa, no negocie nadie conmigo, sino todos los que vinieren negocien con vos todo lo que a mí tocare?

—Señor, ¿y si os dan una bofetada?

—También.

Pues así lo hizo Jesucristo con nosotros, que nos dió poder para que negocien con nosotros todo lo que a

su honra y a su hacienda tocare; y que por soberbio y sucio, por abominable, por endiablado, por desprecios que haya hecho a Dios, y con ellos el hombre venga a pedir perdón a Jesucristo a los pies de un sacerdote idóneo, ha dado poder que de su parte lo perdones y le absuelvas de todos sus pecados.

—¿Quién lo dijo, Padre? ¿Es por dicha Escoto, o San Agustín?

—No, sino el mismo Cristo; ¡bendito sea Él, Amén! (*Jn.*, 20): *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt.* «A quien perdonáredes les serán perdonados, etc.»

¿Qué es confesión? Que estando tú muerto, estando en pecado e ira de Dios, por confesar te son los tuyos perdonados, y quedas tú en paz con Dios, que no te demandará su justicia que le pagues lo que le has ofendido. Y de esta manera la confesión resucita muertos. Con venir tú a los pies del confesor habiendo hecho lo que en ti es, por virtud del Sacramento vuelves de muerte a vida, y allí te da el arrepentimiento que basta para que tus pecados puedan ser perdonados.

5.—*La Comunión cura las reliquias del pecado.*

—Padre. si, como decís, por la confesión quedo perdonado, ¿qué es menester más comunión? ¿No basta estar libre del infierno? ¿Qué es menester más, si estamos libres de la justicia de Dios?

—Más es menester; que aunque uno queda perdonado, no queda sano del todo. *Si ad horam pepercisti mihi, quare ab iniquitate mundum me esse non pateris?* Dice Job (10): Señor, si en un momento me perdonaste, ¿por qué no consientes que quede del todo libre de mi maldad? ¿Por qué, Señor, no me limpias del todo cuando haces lo más, que es perdonarme? *Dominus patiens, et magnus fortitudine, et mundans non faciet innocentem,* dijo el Profeta (*Nahum,* 1). ¿De qué os quejais, Job? ¿luego queréis quedar sano del todo? ¿No basta que quedéis libre del mal, sino que queréis luego convalecer? Estabas en ira de Dios; te confesaste, te arrepentiste, restituiste, tienes propósito de nunca ofender a Dios. Bueno es todo eso; razonable estás, aunque no estás por eso sano del todo. He aquí vuestros pecados perdonados; ¿qué más

falta, pues decís que es menester más? Mucho es estar libre del infierno, pero todavía es menester más. Decid: si uno estaba ya para morir, y le dieron una medicina que con beberla no murió, ¿luego está bueno del todo? ¿luego puede andar, y está recio y esforzado, y puede comer con gana como si estuviese sano? No, son menester otras medicinas o conservas que le esfuercen, buenos manjares que le engorden.

Estabas tú en pecado, estabas tú muerto, no te faltaba sino que te echaran en los infiernos; te confesaste, te arrepentiste, ya estás libre de la pena del infierno. Pero dime, ¿luego estás bueno? Es grandísimo mal el pecado; acarrea otros mil cuentos de males. Aunque quedes perdonado de lo principal, pero quedan mil reliquias, de una ira, de enojarte por no nada que te hagan; quédante mil trabajos; tiéntate la carne; si primero fuiste carnal, querría volverse a su costumbre; quédate una fantasía interior, una voluntad propia; reliquias son todas éstas del mal del pecado.

Mira, así como en la vida natural el calor natural es el que gasta y consume los miembros, tenemos un calor que desde que nacemos no hace sino gastar y consumir nuestra vida. Y para eso comemos, para sustentar y cebar los miembros, para que no los gaste luego el calor, sino que en lugar de ellos, gaste del manjar. ¿Qué sería del hombre en gastándose el húmido? Uno muere. ¿Sabéis cómo es? Como un candil o hacha que arde todo el tiempo que dura el aceite o la cera para que la gaste el fuego, y en faltándole, luego se apaga. Así, si no echáis húmido que gaste aquel calor, secaréisos. Eso, pues, obra el comer: mantener y sustentar aquel calor. ¿Y es bueno sustentarlo? Así burlando, no tenéis más vida de cuanto dura.

Así es acá, tenemos un calor en las ánimas, no bueno, sino malo, que nos inclina al mal. Este es el que seca y consume nuestras ánimas, cuando no hay cuidado de remediarlo, cuando no comemos algo con que pierda la fuerza y no gaste nuestras ánimas. De eso, pues, sirve el Sacramento, que te quita ese ardor malo; mitígalo, que no te dé tanta pena. Este ardor es la concupiscencia, las malas inclinaciones a que quedamos sujetos por el pecado, el *fomes peccati* que llaman, que nos trae casi por fuerza a desear y pensar mal, ahora a soberbia, a pecados de carne, a querer hacer nuestra propia voluntad. Todas estas inclina-

ciones al mal están dentro de nosotros, esta guerra continua que traen los pecados con nosotros, y si consentimos en lo que nos inclinan, luego morimos. *Peccatum, cum consummatum fuerit, generat mortem* (*Jac.*, 1, 15).

Así que, cuando tú te confiesas quedas perdonado de lo principal; no morirá tu ánima, pero queda tan flaca, tan desmayada y tan sin fuerzas como el que sale de una grande enfermedad. Así diéronte una purga que te amargó como la hiel, que te llegó a par de muerte el beberla; en esto no puede haber remedio sino que si el enfermo quiere sanar, la ha de beber, aunque amargue. Después de ella bebida, para que no sientas el amargor o el mal olor, porque quedas desmayado, dante una poma que huelas, dante agua de azahar, dante algunas conservas para restaurar lo que la purga estragó en tomarla. Estos olores y conservas que te dan, son el santo Sacramento [de la Eucaristía]. Confesaste tú, dolióte el llorar por tus pecados, porque estabas avezado a reír y no sentir pesar ninguno; dolióte el dejar la manceba; hízote gemir el restituir, el sacar los dineros de tu bolsa para volverlos a quien los habías mal llevado; dióte mal trago el perdonar la injuria. Démosle a tu ánima un bocado que la conforte y esfuerce para las reliquias de los pecados, para que mitigue las malas inclinaciones, la soberbia, la ira; para que le consuma y apague el fuego de la concupiscencia; para que le sepa bien el rezar, el ayunar, el dar limosnas; para tener amor con todos, y lo procures y te deleites en ello; para que tomes gusto en las buenas obras: para que se te quite la gana del pecar, el deseo de hacer mal, el deseo de honra, de pecar en la carne; para que cobres fuerzas, que se te quite ese desmayo; para que no te venga luego cualquier enojillo; para quitar unos humillos que te quedan en el ánima, para que del todo quede limpia y ligera para servir a Dios, quitadas las pesadumbres de las inclinaciones.

Y mirad, no os parezca cosa liviana desechar estas cosillas. Porque algunos hay que sin mucho trabajo salen de los pecados, y no de estas faltas; algunos hay que por ventura ha diez años que salieron de pecar, y se tienen estas cosillas tan vivas, tan frescas, que parece que ayer salieron; y como no han sido poderosos de cofrar fuerzas, sino que aun se

están flacos y desmayados, para esto el comulgar es muy gran remedio; todo lo apaga el Santísimo Sacramento, da esfuerzo, conforta, siéntese la salud a pedazos sensiblemente. Un día ves una falta menos, otro otra; hoy se te quita la gana del pecar, mañana se te parece bien la oración, el contemplar y la confesión; comienza el bien en ti, sales en ella de culpa, perdónasete la pena del infierno, quedas dispuesto para que te dé Dios su gracia con el Santísimo Sacramento, que es Sacramento de *consumación*, porque acaba en ti el bien que la confesión comenzó. Cuando tú te sientes tan esforzado, que no temes demonios ni tentaciones ni carne, todo lo tienes en nada, parécete que lo vencerás, y que nada te empecerá; eso es la virtud del Sacramento, que ha acabado en ti la buena obra, y te ha dado salud del todo, y has convalecido; sano estás enteramente.

Por dos cosas, entre otras, es buena la comunión. Lo uno para ayudar a salir del mal, y para convalecer y alcanzar entera salud, y para cobrar esfuerzo contra las tentaciones y vencer nuestras pasiones. Lo otro para que se perdonen los pecados. De esta manera se enciende en devoción y caridad el ánima comulgando, y así es limpia de todos los pecados veniales, y perdónanse los mortales en este Santísimo Sacramento dignamente recibido (1); y tal contrición podría uno tener, que se le perdone culpa y pena. San Agustín dice: *Sacramentum hoc mortuos vivificat;* que da vida este Sacramento a los muertos.

6.—*La Comunión nos incorpora con Cristo.*

¿Hay más? Convídanos y danos dineros, danos todo lo que habemos menester este Pan bendito; si no, vedlo vosotros. Dice el Apóstol (1 *Cor*., 10, 16): *Calix benedictionis, quem benedicimus, nonne communicatio Sanguinis Christi est?* «El cáliz de bendición que bebemos con hacimiento de gracias, ¿no es comunicación y participación de la Sangre de Jesucristo?»

—Padre, ¿y en aquella partícula está Jesucristo?

—Mirad, ¿y de eso os espantáis? Decid: Si está

(1) Se entiende al que comulga de buena fe, creyendo que no tiene pecado mortal y llevando atrición de sus pecados. (Cf. Gury-Ferreres, vol. II, n. 373.)

escrito en aquella pared con letras grandes este nombre, *Pedro,* y en la otra pared escrito con letras chicas, porque no sean las letras iguales ¿no quieren decir una misma cosa?

—Sí, que lo mismo es.

—Pues así acá, tan entero está el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo en una Hostia grande como en una pequeñita; no hay más Cristo en un cabo que en otro; lo que es en el nombre que decimos letras, es acá en el Sacramento el pedazo grande o pequeñito; no hay que detenernos en eso.

Decidme: dice el Apóstol: *la partecica* [*de pan*] *que os quebramos* para que la recibáis, *¿por ventura no es comunicación del Cuerpo de Cristo?,* y por ella sois hechos participantes de Él? ¡Bendito sea el Señor! ¿Qué es comulgar? Ser hecho participante de los merecimientos de Jesucristo, ser incorporado en Jesucristo. Remediónos cuando padeció, aplicónos en el altar el remedio. Hizo la medicina, los emplastos, las conservas para nuestra enfermedad cuando murió; aplicónosla cuando comulgamos, cuando llegamos al altar a recibirlo. Para venir al mundo a redimirnos hízose Dios hombre; y cuando tú vas al altar y lo recibes, transfórmaste tú en Él, y si dijese: «Háceste tú Cristo por participación», no mentiría, que así lo dice San Agustín (2), que, por la grande unión que hay entre Cristo y sus miembros, Él se llama el nombre de ellos, y ellos el de Él. ¿Qué es comulgar? Ingerirte en Jesucristo, y, como se ingiere la mano en el brazo, y el brazo en el cuerpo, y el dedo en la mano, hacerte parte de su Cuerpo. Si bien comulgas, ingiéreste en sus merecimientos, tienes parte en ellos; teniéndola en sus merecimientos, tiénesla en lo que Él ganó; teniéndola en lo que Él ganó, sé cierto que irás a gozar de Él en el cielo.

«*Gracias hago a mi Señor Dios*—dice el Apóstol (1 *Cor.*, 14, 8)—*por la gracia suya que os es dada*». *Qui et confirmavit usque in finem sine crimine,* etc. No desconfiéis, hermanos; esforzaos, que el que ha comenzado en vosotros la buena obra, la conservará, Él acabará en vosotros hasta el día de Jesucristo; en el cual os conservará sin crimen, el que os ha hecho comenzar vida nueva. *Fiel es el que os llamó en compañía de Jesucristo,* el cual no os defraudará de

(2) *Super ps.* 142.

la heredad que os ganó, pues tenemos ya de ello tal prenda.

¿Y qué puse yo, Señor, para tal compañía sino mal, y tú el bien? Yo los pecados, Tú, Señor, el perdón y la gracia. Pone Él que seas hijo de Dios tú, que antes eras enemigo suyo.

Fiel es Dios, que nos llama en compañía de Cristo.

—¿Qué compañía es ésta?

—Cuando comulgas eres recibido en esta compañía, eres hecho miembro del Cuerpo de Cristo; a Él has sido dado por compañía eterna, que nunca de su parte faltará.

Fiel es Dios, que os llama en compañía de Cristo: el cual es el cuerpo místico de la Iglesia, y todos somos miembros de este cuerpo. Así como la mano es parte del cuerpo, y vive y se sustenta en él, así tú tienes parte de Cristo, y vives y te sustentas en Él, y te incorporas en la comunión como el miembro en el cuerpo: *Sicut misit me Pater* (*Jn.*, 6, 58). *Así como me envió el Padre que vive, y yo vivo por Él, así vivirá por Mí el que me come a Mí*; es hecho parte mía, es incorporado, *vive por causa mía.* Ninguna ánima puede vivir, si no está incorporada en Mí. Así como un sarmiento no puede crecer ni sustentarse si no está asido en su vid, sino que luego se seca, así Jesucristo predicó que es vid, y que el que no estuviere asido en Él, que se secará y arderá para siempre en los infiernos (*Jn.*, 15, 1-7). Eso es comulgar bien, ser participante de Jesucristo, ser hecho una cosa con Él.

Ruégoos que penséis cómo cuando uno ha comulgado tiene a Cristo en sus entrañas, cómo es transformado e incorporado en Él, es hecho participante de sus merecimientos, de todo lo que Él ganó, de la gloria del reino, de la herencia del descanso en que ahora está. Como cuando se casa una mujer con un rey ella tiene vestido y estado de reina, por ser la hacienda de su marido, y dícese, todo lo que Él tiene, suyo propio por estar casada con él, porque es una cosa con su marido; así comulgando tú, metiendo a Cristo en tus entrañas, conviértete Él a ti en Sí, y quedáis tú y Él hechos una cosa. Y por eso quedó debajo de semejanza de pan, para dar a entender la unión que hay entre Él y el que lo recibe. Así como cuando tú comes una lechuga se convierte en substancia, y queda la lechuga hecha tú, así es acá; pero no convertiste tú a Dios en ti, mas Él a ti en Sí; y quedáis

ambos hechos una misma cosa, no en unidad de substancia ni de persona, sino que la honra y provecho, riquezas y gloria que le resultó a Él de morir por ti, se te comunica a ti recibiéndolo cuando has comulgado. Mírate Dios Padre como a hechura de su Hijo; mírate ya con aquellos ojos que mira miembro de su Hijo, por ser tú ya miembro suyo y de su Cuerpo por la comunión; mira a la uñita como a cosa del cuerpo; mira a la parte como a cosa del todo; huélgase de hacerte misericordia como a cosa que toca a su Hijo; tiene cuidado con lo que te cumple como a cosa que cumple a Jesucristo.

Cortan la mano del rey; a todo el rey hacen afrenta, y no como a mano por sí; así es mirado el que comulga, no como cosa de acá y de por sí, mas como cosa de Cristo. Y el mismo Cristo mira el ánima como cosa suya propia, y como se mira a Sí, ámala, regálala, ampárala, remédiala, consuélala, provéela como cosa que a Él toca: *Nemo carnem suam odio habuit* (*Efes.*, 5, 29). [Ninguno jamás aborreció su propia carne]. Pues así es, quien el padre tiene alcalde, seguro va a juicio. Si sois parte del cuerpo del Juez, seguro vais que no sentenciarán contra vos; seguro va el pie del cuerpo cuya lengua ha de dar la sentencia espantosísima del día del juicio. Comulgad, sed hechos participantes de los merecimientos de Jesucristo, incorporaos y meteos en Él, no hayáis miedo, no echará Él su pie ni su mano en el infierno. ¡Oh Señor, bendita sea tu misericordia! No hay entendimiento que alcance esto; no hay quien explique lo que somos por comer de este manjar de vida.

7.—*Comunión frecuente.*

Y si así es todo lo que habéis dicho, ¿quién no se maravillará de los que no quieren comer, de los que no quieren llegarse a mesa tan abundante, donde hay tantas riquezas, tantos bienes? ¿Quién no se espantará de los que no quieren aprovecharse de tantas misericordias, los que no quieren recibir tanto bien? Maravillarme he de Dios, y maravillarme he de ellos: de tan gran desagradecimiento de nuestra parte, de tanta misericordia de parte de Dios. y de tanta providencia suya. *Omnia a te exspectant, ut des illis escam* (*Ps.*, 103, 27). «Señor—decía el Profeta David—,

como no hay otro que pueda proveer esto sino Tú, como no hay otro que pueda hacer esto sino Tú, de Ti esperan todas las cosas el mantenimiento, y todos los animales que les des manjar al tiempo de la mayor sazón; *dándoselo Tú, lo comen ellos; abriendo tu poderosa mano, todas las cosas son llenas de bondad y misericordia.*» Come el león lo que Dios le da, come el ciervo lo que Dios le da, come la avecita. *Dante te illis colligent;* ¡y no comes tú el manjar que Dios te da! ¡Y qué manjar de manjares, y sobre todos los manjares, que es el mismo Dios! Matar al hijo para que coma su criado, ¿quién nunca tal vió? ¡Que dió el Eterno Padre a su Hijo unigénito para que le comamos, y comiéndolo seamos bienaventurados, y que no hay quien coma, no hay quien se llegue a esta mesa de tanta abundancia! Come el animal, ¿y no come el hombre? Está Dios convidando, la mesa puesta, ¿y no hay quien llegue a comer sino de año a año, de tarde en tarde? ¿Quién hay que tenga paciencia viendo esto? Tengo por muy averiguado que os acaece a los que comulgáis de año a año lo que cuando viene el rey a una ciudad. Vos no querríades recibir huéspedes de vuestra voluntad; os hacen recibirlos por fuerza. Así creo que comulgáis algunos, porque viene el tiempo, porque no os castiguen; hacéislo ya de pura necesidad, y no por amor. No sé lo que me diga de esto.

El que frecuenta el comulgar, dificultosamente pecará, porque anda continuamente con aquel recelo, guardándose con mil ojos. Pero el olvidado, el que comulga de año a año, como anda olvidado de sí y descuidado, tras cada paso da de ojos.

Gran salud es comulgar muchas veces, y así lo confesaron los Santos. Leed a San Jerónimo en la epístola que escribió a Luciano el cual le había enviado a rogar que le avisase lo que debía hacer en lo de la comunión y si podía comulgar cada día. San Jerónimo le respondió en aquella carta, que pues en las iglesias de España así se usaba, que lo hiciese así.

Preguntándole otros a San Agustín si era bueno comulgar cada día, responde: «No os sé decir de ello mal ni bien» (3). San Agustín no osa decir que es

---

(3) Ahora la Iglesia exhorta a todos los fieles a la comunión frecuente y aun diaria, con las condiciones debidas.

malo comulgar cada día, ¿y tú osas decirlo de comulgar aun de ocho a ocho días? La causa por que San Agustín no se determina, es porque a unos puede estar bien y a otros no; mas dice luego que aconseja a comulgar de ocho a ocho días. Dicen algunos que habla aquí San Agustín de los sacerdotes. No es así, no lo entienden los que esto dijeren. Santo Tomás lo entiende del comulgar de los legos. San Vicente [Ferrer] dice que los del pueblo escojan diez o doce fiestas para comulgar. Gabriel, Alejandro de Alés y todos los teólogos dicen que es bueno comulgar muchas veces *de parte del Sacramento;* pero que *de tu parte* es bien que te examines qué provecho sientes.

San Buenaventura lo particulariza más, diciendo: «Si vieres que te va bien con frecuentar la santa Comunión, que te crece el amor sin descrecerse la reverencia, usa el comulgar; mas si el mucho uso te causa irreverencia, deténte algo más, y no uses como usan del comulgar algunos que los lleva la liviandad y no piensan más en ello, sino en antojándoseles, hételos van a comulgar, sin más pensar, ni recogerse, ni tener cuidado de la enmienda de la vida.» Para éstos no es el comulgar muchas veces.—¿Pues para quién?—Para los que sudan, para los que revientan y mueren por no ofender a Dios; para éstos es el frecuentar la comunión, que *comen su pan en sudor de su rostro* (*Gen.*, 3. 19). Unos hay que, por comulgar muchas veces, pierden la reverencia; otros, por llegarse tarde, pierden el amor. ¿No sabéis que los que se quieren bien que es menester que se comuniquen porque no se olviden? Piérdese mucho el amor con la ausencia y falta de comunicación.

Porque no se puede dar regla cierta que a todos convenga en esto, mire cada uno cómo le va con la frecuentación de aqueste Misterio, y así haga; y principalmente con consejo de su confesor, el cual, vista la disposición del penitente, así le aconseje.

¿Más qué diremos? Que hay hombres que sin ver la conciencia de los que se llegan a comulgar, juzgan y dicen que es malo, y lo murmuran. Estos tales el oficio del diablo tienen, aborrecedores y estorbadores de las obras de Dios. El confesor, que sabe y conoce las conciencias de los que confiesan, bien es que juzgue y dé su parecer al que confesó; mas el que no ve, ni sabe, ni entiende qué tiene cada uno en su

corazón, ¿cómo, sin ver el proceso, sentencia? Contrario es al Angel de Dios, cuyo oficio es aconsejar a Elías que *se levante y coma, que mucho le queda de andar* (3 *Reg.*, 19, 7). Y así el buen sacerdote o cristiano ha de aconsejar, amonestar y esforzar a su hermano para que comulgue. Y así como quien no comulga debe guardarse de juzgar ni impedir al que comulga, así el que comulga mire mucho cómo comulga, porque *no coma su juicio y condenación* (1 *Cor.*, 11, 29).

Había en una ciudad un clérigo que estaba en pecado mortal, y no por eso dejaba de celebrar cada día. Estando un día diciendo Misa, ya que quería alzar, cuando ponen las manos sobre el ara, vino fuego del cielo, y quemóle ambas manos sobre el ara. Este y otros grandísimos males han acaecido por llegarse los hombres allí sucios.

En un lugar estaba un hombre casado, y era un mal hombre que estaba en pecado mortal: y fué a confesarse con su Cura, y él estaba en tal disposición, que le dijo el Cura que no comulgase; y no bastó esto, sino que otro día fué a comulgar entre otros. Cuando el Cura le vió que venía a comulgar no pudiendo hacerlo, dijo: «Dios juzgue entre mí y ti.» Porque aunque el otro llegaba indispuesto, no puede negar el Cura el Sacramento al que se lo pide en público, si no es pecador público; que entonces puede negárselo. Comulgólo, y luego, antes que acabase de pasar el Santísimo Sacramento, reventó, y llevaron los demonios su ánima; y abriéronlo a él, y hallaron el Santísimo Sacramento en la boca.

Yo sé de una persona que se llegó a comulgar con mala conciencia, y le fué dicho de parte de Dios que si no rogara un Santo de Dios por él, reventara en el altar comulgando.

Dios nos libre de comulgar mal (1 *Cor.*, 11, 27): *Qui manducat et bibit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini.* Dice San Ambrosio en este paso: «Será castigado por la muerte del Señor, porque hace salir en balde su muerte; y también porque comete pecado semejable al de los que lo mataron.»

8.—*Preparación.*

—Padre, ¿pues qué remedio sería bueno para comulgar bien? ¿Qué haríamos para llegarnos dignamente a recibir el Santísimo Sacramento?

—Toda la vida había de aderezarse para el día que habías de comulgar; no había de haber otro cuidado sino en que «Tengo de comulgar; ¿cómo viviría yo ahora sin ofender a Dios? ¿cómo me guardaría yo limpio para el día que he de recibir a Dios?» Habían de guardarse los ojos, no viesen cosa que hiciese mal al ánima; los oídos de oír cosa mala que dañarlos pudiese; la lengua, de hablar; todos los sentidos se habían de guardar. Vive con cuidado, y siquiera dos días antes aparéjate; mira tu conciencia, acúsate de todo aquello que te hallares culpado. Piensa un paso de la Pasión, cual tú quisieres; desmenúzalo, mira el amor con que Jesucristo nuestro Redentor lo padecía por ti; mira los tormentos, las lágrimas, la sangre que por ti derramó; piensa en esto, que eso quiere decir lo que mandaba la Ley (*Ex.*, 12, 9) que comiesen el cordero *asado*: *In cogitatione mea exardescet ignis* (*Ps.*, 38, 4). Piensa en Jesucristo *asado* en fuego de tormentos de amor tuyo; eso es comer *asado*. Vete luego a comulgar después de confesado, y piensa antes que recibas el Santísimo Sacramento el mismo paso que pensaste antes; haz cuenta que tienes a Jesucristo delante tan atormentado como lo pensabas antes en tu rincón.

Confiésate antes, y no digas más de lo que agrava tu conciencia. No seáis escrupulosos; no miréis en unas nonadas; no dejéis de comer por eso. Di: si diesen a uno un manjar muy preciado, y por un pelico que venía en él no lo quisiese comer, ¿qué dirían de él? Hombres hay que entre el altar y el lugar donde se confiesan les levanta el diablo mil dudas y zancadillas, y de todas dice que se ha de tornar a confesar, y no hacen sino ir y venir. No seáis así; dejad las motillas, aunque se os acuerde allí; si no es pecado mortal, no curéis de ello, que otro día lo confesaréis; dejad esas nonadas. No quiere el diablo más para hacerte dudar; no pares en esas niñerías, sino confesando lo mejor que pudieres, llégate en paz a comulgar.

—Padre, ¿qué pensaré?

—¿No te lo dije? El amor con que Jesucristo se te da allí, el amor con que padeció por ti; recíbelo y pásalo poquito a poquito, y después de pasado bebe el agua que te dan por lavatorio (4).

—Padre, ¿cómo no nos dan a beber a nosotros los legos la Sangre, y a los sacerdotes sí?

—En el lavatorio no os dan la sangre, sino una poca de agua; mas no por eso la dejáis de recibir [la Sangre]; porque el Cuerpo que recibís no está sin Sangre, mas con ella; y aunque no está la Sangre en el Cuerpo, *ex vi Sacramenti,* está por concomitancia; así como en la Sangre consagrada en el cáliz está también el Cuerpo, *non ex vi Sacramenti*, mas por concomitancia; y así como quien el cáliz sólo recibiese, a todo Cristo recibiría, así recibiendo su Cuerpo, su Sangre recibe.

Goza, pues, de todo tu Señor; agradece y estima mucho tan grande Sacramento, con cuya virtud será fortalecida tu ánima, santificado tu cuerpo, y después por Él mismo te será dada la gloria.

VIVE, ÁNIMA MÍA, EN PERPETUO HACIMIENTO DE GRACIAS A TAN GRAN SEÑOR, A TAN GRAN AMADOR.

---

(4) Era costumbre ofrecer un poco de agua al que acababa de comulgar para pasar más fácilmente las sagradas especies.


ÍNDICE

ÍNDICE

LIBRO DEL SANTISIMO SACRAMENTO

TRATADO 10. Págs.

TRATADO 11.

TRATADO 12.

TRATADO 13.

Págs.

TRATADO 15. Págs.

TRATADO 16.

TRATADO 17.

TRATADO 26. Págs.

TRATADO 27.